

Bernard Mottez

¿Existen los Sordos?



Textos reunidos y presentados por **Andrea Benvenuto**

Traducción al español de **Martina Jordán**

ESI ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS
EDITORIA

¿EXISTEN LOS SORDOS?

Bernard Mottez

Textos reunidos y presentados por Andrea Benvenuto

Traducción al español de Martina Jordán

Mottez, Bernard

¿Existen los Sordos? / Bernard Mottez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Estudios Sociológicos Editora, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Martina Jordán.

ISBN 978-987-3713-37-8

1. Sociología. I. Benvenuto, Andrea, trad. II. Título.

CDD 301

Traducción del original:

Bernard Mottez, *Les Sourds existent-ils?* Textes réunis et présentés par Andrea Benvenuto, Paris © Editions l'Harmattan, 2006.

Diseño de tapa: Romina Baldo

Ilustración de la portada: Rodrigo González

Diagramación y corrección: Juan Ignacio Ferreras

© 2020 Estudios Sociológicos Editora

Mail: editorial@estudiossociologicos.com.ar

Sitio Web: www.estudiossociologicos.com.ar

Primera edición: noviembre de 2020.

Hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Libro de edición argentina.

El presente libro puede ser descargado desde el sitio web de nuestra editorial

¿EXISTEN LOS SORDOS?

Bernard Mottez

Textos reunidos y presentados por Andrea Benvenuto

Traducción al español de Martina Jordán

 **ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS
EDITORIA**

Estudios Sociológicos Editora

Estudios Sociológicos Editora es un emprendimiento de Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (Asociación Civil – Leg. 1842624) pensado para la edición, publicación y difusión de trabajos de Ciencias Sociales en soporte digital. Como una apuesta por democratizar el acceso al conocimiento a través de las nuevas tecnologías, nuestra editorial apunta a la difusión de obras por canales y soportes no convencionales. Ello con la finalidad de hacer de Internet y de la edición digital de textos, medios para acercar a lectores de todo el mundo a escritos de producción local con calidad académica.

Comité Editorial / Referato

Brenda Araceli Bustos García. Docente investigadora de la UANL-IINSO. Doctora en Filosofía con Orientación en Trabajo Social y Políticas Comparadas de Bienestar Social. Actualmente realiza investigación sobre el cuerpo en contextos necropolíticos situados en Personas que se encuentran en (a) tratamiento para cáncer y (b) discapacidad. Participa en la Cruz Rosa de Monterrey con un “Club de lectura” que nos ha permitido diseñar un taller para hablar de sensibilidades en situación límite.

Carolina Ferrante. Dra. en Cs. Sociales y Lic. en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Asistente del CONICET con sede de trabajo en el Departamento de Cs. Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes.

María Noel Míguez. Profesora Titular del Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República, Uruguay). Posdoctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Posdoctora en Prácticas y Representaciones Políticas (Universidad París 7, Francia); Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires, Argentina); Magíster en Servicio Social (Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil); Licenciatura en Trabajo Social (Universidad de la República, Uruguay). Coordinadora del Grupo de Estudios sobre Discapacidad (gedis) de la Facultad de Ciencias Sociales. Nivel I en el Sistema Nacional de Investigadores-ANII.

Índice

Agradecimientos.....	11
Prefacio. ¿Los sordos emancipados?.....	13
Introducción. Acoger la sordera.....	29

CAPÍTULO 1. ¿QUÉ ES SER SORDO?

“Al obstinarse contra las deficiencias, a menudo se aumenta la discapacidad, el ejemplo de los sordos”.....	37
Dos lógicas: lucha contra la sordera y combate por los Sordos.....	57
La identidad sorda.....	64
¿Existen los sordos?.....	86
Sordos y oyentes, judíos y no-judíos. Una mirada sociológica.....	96
Cuarto Congreso de la Organización Mundial de Sordos Judíos	
Resumen.....	103
La experiencia de la sordera.....	110
La vida es un vasto teatro. Al margen del Grito de la gaviota.....	117
Una proposición de de-nominación: los avatares del vocabulario para designar a los sordos en los siglos XIX y XX.....	122

CAPÍTULO 2. LA CULTURA SORDA: LO QUE ES, TIENE QUE SER ESCOGIDO

Contenido de los conceptos “la cultura de los sordos”	
y “la lengua de señas”.....	143
Aspectos de la cultura sorda.....	151
Experiencia y uso del cuerpo de los sordos y de aquellos que los frecuentan...160	
Saberes, savoir-faire y maneras de ser. La transmisión en los Sordos.....	170
Cultura y diferencia.....	180
Esquema con agujeros de un comentario a “Cultura y Diferencia”	
por su autor.....	189
Los hogares de sordos vistos del exterior: recuerdos e impresiones	
de un oyente.....	196

CAPÍTULO 3. LAS SEÑAS DE LA LENGUA

La lengua de señas en Estados Unidos.....	205
La diglosia en la lengua de señas. Paráfrasis de un artículo de W. Stokoe.....	231
Los sordos como minoría lingüística.....	242
¿La lengua de señas es una verdadera lengua?.....	255
La comunicación entre sordos y oyentes en la vida diaria.....	262
La lengua de señas francesa. La Comunidad lingüística de los sordos.....	269
Una lengua minoritaria distinta de las otras.....	288
La comunicación en familia, cuando uno o varios miembros son sordos.....	299

CAPÍTULO 4. NACIÓN SORDA Y POLÍTICAS DE LA COMUNIDAD

Las paradojas de la política de integración: La comunidad de los sordos.....	309
Integración y derecho a la diferencia.....	317
La salida del gueto.....	325
Milán es hoy.....	331
Los banquetes de sordomudos y el nacimiento del movimiento sordo.....	338
Lección de la historia de los sordos.....	344
La herencia de la Revolución.....	352
La sordera en la sociedad francesa y norteamericana.....	360
“El rol de Norteamérica en el renacimiento de la comunidad sorda francesa”.....	366

Nota biográfica.....	373
Bibliografía de Bernard Mottez.....	379

*Si yo fuera sociólogo, en el sentido que tuviera que publicar
un buen libro,
quisiera sobre todo decir que he tenido la suerte
de encontrar gente
que es como todo el mundo,
que hablaban libremente conmigo como
lo hubieran hecho con un sordo,
con las que he vivido miles de cosas y acontecimientos,
episodios duros de sus vidas y de la mía.
Gente como todo el mundo
que no son como todo el mundo.
Son sordos...*

Bernard Mottez (1999)

Agradecimientos

Si en el momento de escribir estas líneas me encuentro sola con mis ideas y los textos de Bernard Mottez, horas de trabajo juntos nos han permitido concretizar un proyecto al que él concedía gran importancia, el de editar sus trabajos. Por razones de salud, Bernard Mottez no pudo tomar las decisiones finales, ni escribir la introducción que tantas veces había redactado en su cabeza. Tomé pues la decisión de presentar como introducción un texto, según mi conocimiento inédito y seguramente inconcluso, Acoger la Sordera.

La selección de los artículos y la organización en capítulos sigue un reagrupamiento temático, aunque el lector apreciará cómo un artículo atraviesa una multiplicidad de sujetos, pasando de una ribera a la otra de preguntas tan vastas como la identidad, la cultura, la lengua de señas y el movimiento de los Sordos. En cada capítulo el orden cronológico de los textos ha sido respetado para dar testimonio de la evolución del pensamiento del sociólogo y de sus debates que, con el correr de los años, han acompañado el movimiento de los Sordos en sus luchas por un reconocimiento social y político. He decidido, por varias razones, retener textos que expresan a veces las mismas ideas. Primero, porque si hay una característica de la pluma de Mottez, es la repetición de sus ejemplos más determinantes y la insistencia sobre las ideas-claves de su trabajo. Su pluma sigue el hilo de un pensamiento que se construye a partir de fragmentos. Luego, cada artículo tiene su propia unidad, la lectura no tiene necesidad de otra referencia que la del contexto donde el artículo ha sido producido. Finalmente, aún si ciertas ideas se repiten, cada uno de los textos retenidos nos proyectan hacia nuevas pistas.

Ciertas conferencias fueron publicadas sin verdaderas correcciones. Las pocas modificaciones aportadas en esta nueva edición son de orden estrictamente formal. Lo mismo para los artículos que fueron redactados en el fuego de la acción, con el entusiasmo que caracterizaba al autor.

La aparición de este libro ha sido posible gracias a la preciosa contribución de: Michel Lamothe por haber reagrupado un número considerable de conferencias

y artículos de Bernard Mottez con el fin de darlos a conocer a los estudiantes de la Universidad de Poitiers en Francia, trabajo que ha gentilmente puesto a mi disposición para la compilación original en francés.

Michelle Balle-Stinkwich, responsable de la biblioteca del Instituto Nacional de jóvenes Sordos de París que me facilitó el acceso a las fuentes originales;

Los editores que han aceptado la republicación de los textos de Bernard Mottez en esta compilación;

Fabrice Bertin, Patrick Cingolani, Jean Dagron, Cécile Guyomarc'h, Alexis Karacostas, Walter Kohan, Harry Markowicz, Dora Mottez y Patrice Vermeren, por los comentarios pertinentes y enriquecedores durante la preparación del manuscrito en francés.

El Programa Handicap et société de la Escuela de altos estudios en ciencias sociales de París, por el apoyo a la traducción en español.

Un agradecimiento especial a Dora Mottez, verdadera impulsora de esta traducción y a Martina Jordán, quien la hizo posible. Tanto Dora como Bernard, estarían muy orgullosos por la difusión, gratuita y en español, de estos textos que condensan años de debates y de acción que vivieron junto a sus amigos Sordos.

Mi profundo agradecimiento a todos.

Andrea Benvenuto

Prefacio

¿Los Sordos emancipados?

Andrea Benvenuto

*“Lo que me ha parecido siempre importante y esencial es en efecto, ver.
Yo estimo pues que mi trabajo debe consistir en mostrar.
Y darles a las otras ganas de ir a ver por ellos mismos y por sus propios ojos.
Esto no necesita que se entre en los detalles, que se diga todo. Todo lo contrario.
A menudo he soñado con una actividad puramente deíctica,
sin ninguna explicación, sin ningún juicio,
sin todo lo que espontáneamente hace lo propio del sabio”*
Bernard Mottez (1997)

La obra del sociólogo Bernard Mottez no puede leerse desde una perspectiva únicamente sociológica. Inspirado intelectualmente por ciertos autores de la escuela de Chicago (Goffman, Becker), su trabajo aclaró, de manera inédita, la cuestión de la emancipación de los Sordos¹ que pasa entre otros por la lengua que han creado en un proceso de subjetivación singular. Este proceso no puede comprenderse sin tomar en cuenta la negación profunda a la que se enfrentan cotidianamente, y ésto desde hace demasiado tiempo, negación que se ataca a

¹ Sordos con mayúscula designa una categoría lingüística y social, es decir, los que se identifican con la comunidad de Sordos y hablan la lengua de señas. Se escribe sordo con minúscula para referirse al status audiológico de la persona. Esta convención, bastante generalizada hoy en día en el mundo académico y en su expresión escrita, fue realizada por James Woodward en marzo de 1975 en la reunión anual de la Sociedad de Antropología Aplicada, en Amsterdam. El título de su ponencia era «Cómo vas a llegar al cielo si no puedes hablar con Jesús: El Centro Educativo *vs* la Comunidad Sorda ». Publicado en James Woodward (1982), *How you gonna get to heaven if you can't talk with Jesus. On Depathologizing Deafness*, T.J. Publishers, Maryland.

todos los aspectos posibles, explícitos o implícitos, de la lengua, de la cultura y del lugar que los Sordos ocupan en nuestras sociedades. ¿Los sordos tienen un alma? ¿los sordos tienen la noción del bien y del mal? ¿la lengua de señas es una verdadera lengua? No se les da antemano ningún crédito, los sordos deben probar todo, incluso su existencia, afirma Mottez en su artículo “¿Existen los Sordos?” (1993). Este libro es la narración de este combate colectivo contra la negación, en el que Bernard Mottez jugó un rol esencial desde 1975, para que la lengua de señas francesa y los Sordos, sean al fin recibidos en el corazón de la *cit  *.

Una sociología de la emancipación

¿Cómo presentar la obra de alguien que afirma haber soñado de no tener que dar ninguna explicación, ni emitir ningún juicio, más aún si esta obra es la de un sociólogo, es decir un científico, quien se supone debe dar explicaciones y producir demostraciones como lo hacen los sabios? En los textos de Bernard Mottez encontraremos la materia para responder a esta interrogaci  n². Si explicar quiere decir aclarar lo que antes estaba oscuro, dar razones o justificar sus ideas, se necesita al menos dos personas para que la acción tenga un sentido. En esta relación encontramos por un lado a la persona que sabe, que comprende, y por el otro, a la que necesita las explicaciones para esclarecer lo que no ha comprendido hasta ahora. El explicador³ est   siempre listo para lanzarse en una interminable cadena de razones para que su mensaje se vuelva comprensible. El destinatario de la explicación debe esforzarse para penetrar su verdadero sentido. El primero determinará a partir de dónde y hasta cuándo buscar   explicitar sus razones. El segundo no tiene más que seguirlo si quiere aprender. Es así como la incapacidad de aprender de unos justificar   la presencia de quien tiene la misión de explicar.

Sin embargo, como lo muestra Jacques Ranc  re (1987), es la necesidad de justificar la presencia del explicador lo que hace al incapaz, y no la inversa.

2 Este texto es la traducción ligeramente modificada del prefacio publicado en francés. En el origen de este texto, se encuentran algunos pasajes de una conferencia dada en el homenaje que la asociación GESTES le diera a Bernard Mottez en París, el 20 de noviembre de 2004 y que fuera publicada en *Sign Language Studies* bajo el título « Bernard Mottez and the Sociology of the Deaf », vol. 6, n   1, 2005. Ver también el capítulo de mi tesis doctoral (*Qu’est-ce qu’un Sourd ? De la figure au sujet philosophique*, Universidad París 8, 2009), consagrado a la obra de Bernard Mottez (Capítulo 7, « La surdité est un rapport »)

3 Retomo el concepto de Joseph Jacotot explicitado por Jacques Ranc  re en *El maestro ignorante. Cinco lecciones de la emancipación intelectual* (1987), Barcelona, Laertes, 2003.

La explicación sostiene el mito de la pedagogía y tiene por función reparar un mundo dividido entre espíritus sabios, capaces, inteligentes por un lado, e ignorantes, incapaces y estúpidos, por el otro⁴. Si traigo a Rancière aquí, es para mostrar que el acto en principio sorprendente de Mottez – siendo sociólogo, cómo puede soñar de no tener nada que explicar – inaugura un nuevo gesto en la aproximación al mundo de los Sordos. El gesto de alguien que designa y que muestra porque considera que los otros son capaces de mirar por sí mismos, de encontrar las razones y de dar sentido a las cosas. Ese gesto que no divide el mundo entre inteligencias superiores – en general la de los oyentes cuando hablan « sobre » los sordos –, capaces de análisis finos y de métodos que todo lo explican, y las que apenas pueden sobrepasar sus propios límites – la inteligencia de los sordos –, y que tienen necesidad de un maestro para aprender. Dejando de lado el sujeto abstracto, objetivable y medible, Mottez utiliza diferentes tribunas (seminarios, publicaciones, conferencias, pasantías) donde observa y analiza, de manera interactiva, la experiencia sensible que los sordos tienen de sus vidas, de su manera de hacer y de decir, y de las relaciones que entretejen con los oyentes. Esas tribunas son, para el sociólogo, una manera de invitar a adentrarse al mundo de los Sordos y el de los Oyentes, por sí mismo.

Mostrar y no explicar quiere decir que no tenemos necesidad de la inteligencia explicadora de un maestro – o de un sociólogo – para comprender. Nuestros propios ojos alcanzan. Pero quiere fundamentalmente decir, que no hay diferencia de naturaleza, ni jerarquía de inteligencias que sitúe la de unos más arriba o más abajo que la de los otros. La cita de Bernard Mottez que abre este texto nos desvela este principio. Cada uno debe buscar por su propia cuenta, todos tenemos capacidades intelectuales para comprender. Este es el gesto emancipador que atraviesa la obra de Mottez.

Para medir el alcance de esta ruptura intelectual, voy a dar una marcha atrás en la historia de los Sordos, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el abad de l'Épée⁵, con la religión como guía y una « clase

⁴ Jacques Rancière, *op.cit.*, p. 8.

⁵ Charles Michel Lespée (1712-1789), conocido como abad de l'Épée, cura jansenista, comienza hacia 1760 el primer proyecto de educación colectiva de sordos en lengua de señas y en francés escrito como lenguas de enseñanza. Sobre la vida del abad, ver la obra del profesor sordo Ferdinand Berthier, *L'Abbé de l'Épée, sa vie, son apostolat, ses travaux et ses succès...*, Paris, Michel Levy frères, 1852. La biografía de Maryse Bézagu-Deluy, *L'abbé de l'Épée, Instituteur gratuit des sourds et muets 1712-1789*, Éditions Seghers, Paris, 1990.

realmente desafortunada de hombres parecidos a nosotros »⁶ como inspiración, decide dedicar su vida a la educación de los sordos, mientras por otro lado surge la idea de reducir las desigualdades.

El papel desempeñado por el abad en el reconocimiento de la lengua de señas como herramienta de instrucción para los sordos es innegable. Pero a pesar de que hace colectiva su educación, que los considera como seres capaces e inteligentes y que favorece su agrupación y, de ahí, la expansión de su cultura y de su lengua, la hora de la emancipación de los sordos tardaría en llegar. Y no sólo por las condiciones sociales y jurídicas que no siguieron el mismo ritmo que las de su educación, sino también por el lugar en el que el abad ubica a los sordos en su práctica y en sus discursos. Por un lado, los considera como seres inteligentes y susceptibles de instrucción igual que sus pares oyentes. Por otro lado, su teoría de la igualdad de las inteligencias de sordos y de oyentes admite algunas fluctuaciones. El abad lo expresa en estos términos : « Nuestros Lectores podrán sorprenderse de la simplicidad de nuestros ejemplos ; les suplico acordarse que son Sordos y Mudos los que instruimos »⁷.

En esta súplica ¿se trata de mostrar una desigualdad en las manifestaciones de la inteligencia de los sordos o una jerarquización de sus capacidades intelectuales en relación con la de los oyentes ? ¿La necesidad de dar ejemplos mas simples se debe a una puesta en duda de la capacidad de comprender de los sordos debido a la sordera ? El abad de l'Épée no escapa a esta cuestión que ha atravesado la historia de las ideas respecto a los sordos y que continúa siendo de actualidad. Su posición es ambigua. Mostrando la performance de sus alumnos, el abad proclama el principio de igualdad de las inteligencias entre sordos y oyentes. Pero cuando se trata de explicar una dificultad, se la atribuye a la sordera, haciendo de esta causalidad, una cuestión de naturaleza.

La respuesta del abad de l'Épée a los instructores de sordos que le solicitan haga un diccionario, nos aclara sobre su punto de partida : « [...] podría responderles que mis Sordos y Mudos no tienen necesidad de uno [diccionario] que sea escrito o esté impreso, porque en todas mis Lecciones yo mismo soy el Diccionario vivo, quien explica todo lo que es necesario a la inteligencia de las palabras implicadas

6 Abbé de l'Épée, *La véritable manière d'instruire les sourds et muets*, Paris, Nyon l'aîné, 1784. Réédition: Corpus des Œuvres de Philosophie en Langue Française, Fayard, Paris, 1984, p. 10. Las traducciones son de mi autoría.

7 *Ibid.*, p. 45.

en los temas que tratamos, y que este socorro es plenamente suficiente, como lo sería el de un Preceptor, sin cuya presencia el Alumno no traduciría nunca, y le ahorraría el trabajo de ojear los Diccionarios, dejándole solamente la tarea de poner el orden necesario en las frases »⁸. E incluso si algunas líneas más abajo, el abad reconoce la necesidad de un diccionario, el hecho de ponerse en el lugar del que explica todo, instaura una lógica de desigualdad entre el alumno y el maestro explicador, sin cuya presencia el alumno no podrá, por sí mismo, comprender la inteligencia de las palabras. La igualdad de las inteligencias queda así minada en su principio fundador.

Doscientos años pasaron entre la educación de sordos del abad de l'Epée y las acciones de Bernard Mottez en favor de un reconocimiento social y político de la lengua y la cultura sorda. El primero fue educador, el segundo sociólogo, sus combates constituyeron puntos de inflexión en la historia de la emancipación de los sordos. Pero las premisas del abad de l'Epée y las de Mottez se oponen. El primero supone una diferencia de naturaleza de la inteligencia entre sordos y oyentes. El segundo parte de un principio de igualdad. La pregunta que cabe plantearse entonces es : ¿se puede emancipar intelectualmente alguien a quien se lo considera de naturaleza diferente ? Y si, la emancipación intelectual es la toma de conciencia de la igualdad⁹, ¿es suficiente para lograr además la emancipación social ?

Perfil del sociólogo

Bernard Mottez nace un 22 noviembre de 1930 en Sainte Colombe sur Seine (Francia) y fallece el 3 enero de 2009 en San Salvador (El Salvador). En 1954 obtiene una maestría en filosofía en la Universidad de la Sorbonne, cuyo tema, la elección profesional, se inscribía en el marco de una investigación sobre la movilidad social que llevaba adelante Alain Touraine en el *Centro de estudios sociológicos*. En 1963 defiende su tesis de doctorado en sociología bajo la dirección de Georges Friedmann, sobre el estudio de la evolución de sistemas de remuneración¹⁰. En 1966 y 1967, Mottez se radica en Chile con la misión de organizar un instituto de investigación en ciencias sociales, en calidad de consejero del ministro de trabajo

⁸ *Ibid*, pp. 102-103.

⁹ Cf. Jacques Rancière, *op.cit.*

¹⁰ Publicada en 1966 en la editorial del CNRS, *Systèmes de salaire et politiques patronales. Essai sur l'évolution des pratiques et des idéologies patronales*.

del gobierno de Eduardo Frei Montalva¹¹. Paralelamente es invitado a participar en la Facultad latino-americana de ciencias sociales (FLACSO), donde imparte cursos de sociología del trabajo. De vuelta en Francia, Mottez retoma su lugar en el *Centro de estudios de movimientos sociales*, el nuevo nombre del *Laboratorio de Sociología del trabajo* fundado por Alain Touraine en 1958. Antes de lanzarse a nuevas aventuras, Mottez publica *La sociología industrial* (1971), traducido en cuatro lenguas y reeditado varias veces¹². Sus preocupaciones académicas no se circunscriben sin embargo al análisis de las condiciones de trabajo, tema de predilección de los sociólogos en esta época. Mottez realiza un estudio sobre la sociología de la propina que quedó olvidado en sus archivos y otro sobre la sociología de los flippers, publicado cincuenta años más tarde¹³. Estamos en el comienzo de los años 70 y la tempestad de mayo del 68 dejó sus marcas en el campo de las ciencias sociales. Bernard Mottez se interesa en esos tiempos a los movimientos que no han sido aún categorizados como lo fue el movimiento obrero, buscando en las huellas de la sociología de Chicago sujetos « ordinarios », es decir aquellos que merecen ser observados, seguidos, encontrados, para que no corran el riesgo de perderse en los caminos trillados de disciplinas y de normas.

En este espíritu, el interés del sociólogo se concentra poco a poco en las personas en situación de discapacidad, mientras sus investigaciones sobre el alcoholismo continúan su curso. La manera en la que el problema del alcoholismo irrumpe en la escena pública y luego desaparece sin que ninguna razón aparente pueda explicar este fenómeno, lo conduce a formular la hipótesis de las condiciones de visibilidad de los problemas sociales, encontrando en ello un terreno fértil para sus investigaciones ulteriores sobre los Sordos. Mottez se opone a la idea que el etiquetado como « soy un alcohólico », es una mala opción porque reafirma la

11 Presidente de Chile entre 1964 y 1970.

12 Para más información sobre la actividad académica de Bernard Mottez en el terreno de la sociología del trabajo, ver su biografía y su bibliografía al final del libro, así como Gwenaële Rot et François Vatin, « In memoriam. Bernard Mottez (1930-2009), de la sociologie du travail à la sociologie des sourds », *Sociologie du travail*, vol. 51, n°2, avril-juin 2009, pp. 167-169.

13 El sociólogo François Vatin inició la labor de publicación de estos textos, hasta entonces inéditos, pertenecientes al período dedicado a la sociología del trabajo. Bernard Mottez, «Die Sogennante Flippers. Pequeño ensayo de sociología lúdica», *Histoire et sociétés, Revue européenne d'histoire sociale*, presentación de François Vatin, «Flipper al flipper o el capitalismo y el aburrimiento», n° 9, 2004, pp. 95-115. Bernard Mottez, «Carta a la Sra. G. Sch. ... o cómo estudiar la relación salarial», F. Vatin (ed.), *Le salariat. Théorie, histoire, formes*, París, La Disputa, 2007, pp. 65-80.

identidad desacreditada. Al contrario, para el sociólogo, cuanto más se muestra y se afirma la identidad cuestionada, mayor es la posibilidad de desprenderse de la vergüenza a la que se ha sido sometido. Tratándose de alcohólicos o de sordos, la idea clave que atraviesa su trabajo es que la reafirmación de la existencia de un individuo o de un grupo pasa en primer lugar por el hecho de visibilizarla en la escena pública. Es inevitable pensar en las sesiones públicas que el abad del Epée organizaba para mostrar los resultados de su método, y mostraba al mismo tiempo a los sordos hablando en lengua de señas y siendo capaces de aprender. No es mi intención comparar una y otra posición. Si para el abad las clases abiertas buscaban publicitar su método y recolectar fondos para continuar su empresa personal, estas sesiones respondían sobretodo al espíritu de la época, donde la demostración constituía la prueba del hecho. Para Bernard Mottez en cambio, la visibilidad concurre a la afirmación y de ninguna manera a la prueba de la existencia de los sordos y de la lengua de señas.

Su método a propósito de su interés sobre la discapacidad, consiste a dejarse sorprender por lo inesperado. « Me había dado por consigna de interesarme en la primera reivindicación de discapacitados que me pareciera absurda », escribe Mottez. Es así que, leyendo una revista de filantropía de principios del siglo XX, Mottez encuentra las actas de un congreso de sordos-mudos (como se les calificaba en esa época). Los sordos se quejaban del hecho que se haya transformado las escuelas de sordos en « clínicas de la palabra ». He aquí una protesta que parecía absurda. Dado que la palabra les faltaba ¿por qué razón se opondrían a que se las devuelvan ? se preguntaba Mottez.

En 1975, lo inesperado llama otra vez a su puerta. No se trata del encuentro con las gemelas sordas-mudas¹⁴. Se trata del encuentro con Harry Markowicz¹⁵, investigador y profesor en el Laboratorio de lingüística de la Universidad

14 Según la leyenda, el abad de l'Epée « descubrió » la sordera al conocer a dos hermanas gemelas sordas-mudas que conversaban entre sí en lengua de señas. Véase Maryse Bézagu-Deluy, *op. cit.*

15 Harry Markowicz, autor de una importante bibliografía en sociolingüística de la lengua de señas, profesor en la Universidad de Gallaudet, en Washington, trabajó con Bernard Mottez en Francia, en el Centro de Estudios de Movimientos Sociales entre 1976 y 1981. Codirigió con B. Mottez un seminario en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales y fue cofundador de la revista *Coup d'Oeil*. Ambos organizaron cuatro pasantías para sordos, profesionales, padres e hijos en la Universidad Gallaudet en los veranos de 1978, 1979, 1981 y 1982. Algunos participantes a esas pasantías se convirtieron en figuras claves del movimiento « el Despertar Sordo » en Francia a principio de los años ochenta del siglo pasado.

de Gallaudet dirigido por William Stokoe¹⁶. Este encuentro y sobretodo su participación en el 7º congreso de la Federación mundial de Sordos en Washington, conducen a Mottez al descubrimiento del mundo de los Sordos, con mayúscula¹⁷.

No puedo dar cuenta del largo camino recorrido por Bernard Mottez, sin embargo, un aspecto de su trabajo que no aparece en los textos que aquí se presentan, merece especial atención. Desde la creación de *Coup d'Œil* – boletín sobre la actualidad de la lengua de señas y la cultura sorda, fundado y dirigido por Bernard Mottez y Harry Markowicz en 1977 – y el inicio de su seminario en la Escuela de altos estudios en Ciencias Sociales (EHESS)¹⁸ y en otras tantas tribunas, Mottez fue un « intermediador » que promovió la circulación de informaciones, ideas, reflexiones entre los unos y los otros. El boletín y el seminario fueron espacios creados para la circulación de la palabra, en particular, la de los Sordos. Mostrar que las lenguas de señas son objeto de análisis lingüístico y que existen investigaciones realizadas por lingüistas y sociolingüistas, alcanza para darle a esas informaciones un impacto considerable en el seno de la comunidad sorda e incluso más allá. Pero el objetivo de Mottez iba más lejos. Pretendía generar la necesidad de ir a ver por cuenta propia. Las pasantías de verano que Mottez organizó con su compañero de ruta, Harry Markowicz, en el Campus de la Universidad de Gallaudet, representan una de las iniciativas que dan sentido a su posición política. En estas pasantías, un grupo de Sordos, de profesionales, de

16 William Stokoe (1919-2000) es el autor del primer análisis lingüístico moderno de la lengua de señas, *Sign Language Structure*, publicado en 1960. Este libro marca una ruptura mayor con su época, contribuyendo a aceptar la idea de que las lenguas de señas son sistemas lingüísticos autónomos con toda la complejidad estructural de las lenguas humanas. Sin embargo, la obra pionera de Auguste Bébien, profesor en la Institución de Sordos de París, ya había sentado las bases de lo que W. Stokoe «redescubrirá» ciento cincuenta años después, es decir, «que las lenguas de señas son doblemente articuladas y pueden transcodificarse mediante un número limitado de símbolos gráficos» (Christian Cuxac, *Le langage des sourds*, Payot, París, 1983, p. 76).

17 Cf. nota 1.

18 En 2006, se retoma en la EHESS un seminario dedicado a los estudios sordos, en presencia de intérpretes de lengua de señas francesa/francés, abierto a todo público, seminario que se convertiría en una referencia incontornable para estudiantes, profesionales, investigadores, comunidad Sorda, interesada en la temática desde una perspectiva de ciencias sociales. Actualmente, además del seminario *Sordera y lengua de señas : analizadores políticos, filosóficos y sociolingüísticos*, otro dedicado al estudio de los *Deaf Studies en cuestión*, reúne un colectivo de investigación sobre la temática : <https://deafstudies.hypotheses.org>. Ver el sitio del Programme Handicap et Sociétés : <http://phs.ehess.fr>

padres y de niños, aprendieron y juzgaron con sus propios ojos. Dando a conocer lo que otros hacían en favor del movimiento por el reconocimiento de la lengua de señas, las pasantías en Gallaudet, *Coup d'Œil* y el seminario de la EHESS, incitaron a los Sordos a lanzarse, a inspirarse y a empoderarse de sus vidas y de su lengua. En los debates que se organizaban en el seminario de la EHESS entre 1977 y 1979, participaron muchos de los que estarían en la avant-garde de los combates por el reconocimiento de la lengua de señas en Francia. Haciendo la crónica del movimiento, estas tribunas le dieron una visibilidad que incitaba a tomarlo en serio.

Una de las características sorprendente de los textos de Bernard Mottez, es la manera de darle vida a las palabras escritas, calidad bastante ausente de los textos científicos marcados muchas veces por la distancia que se sienten obligados a marcar, con su objeto de estudio.

Llenos de notas de pie de página, con fragmentos de testimonios, nuevas pistas de reflexión o referencias bibliográficas, sus textos dan la impresión de estar en estado de reescritura permanente. A veces parecen inspirados por esas regiones del pensamiento donde pocos se darían el trabajo de ir a echar un vistazo. Sus reflexiones parten de la vida cotidiana de los Sordos y de todos aquellos que lo rodean. Los textos de Bernard Mottez, y más aun sus conferencias, dan cuenta de un compromiso vital frente a su sujeto de estudio, los Sordos. Mottez está lejos de un cierto tipo de encuesta sociológica basada en preguntas anónimas y standardizadas que funcionan como criterio prealable de científicidad. Para Mottez, aprender algo sobre las maneras de ver, de ser, de parecer y de actuar de un grupo, no es posible sin comprometer su propia persona, sin que el investigador se implique con su propia manera de ver, de ser, de parecer y de actuar, en lugar de hacerle decir a las personas interrogadas lo que el encuestador quiere que digan. Mottez trabajó en medio de la acción, transformando con su propio compromiso y trazó, en pionero, las bases de una etnografía de la sordera y de la comunicación entre sordos y oyentes en Francia, a partir del final de los años setenta, que guarda hoy en día toda su actualidad y pertinencia.

¿Qué es ser Sordo ? O cuando la sordera no puede entenderse por fuera de una relación

En su primer estudio sobre la sordera, « El método de las señas en la enseñanza de sordos. Las causas y las consecuencias de un desplazamiento de objetivos » (1973), Mottez esboza la diferencia entre deficiencia y discapacidad. Esta idea se

afirma posteriormente en su artículo «Al obstinarse contra la deficiencia a menudo se aumenta la discapacidad : el ejemplo de los sordos» (1977). La distinción entre deficiencia y discapacidad es indispensable para cualquier planteamiento conceptual que pretenda tomar en cuenta los matices de la vida. Si la deficiencia y la discapacidad forman parte de un mismo conjunto, la deficiencia se refiere al aspecto físico, la discapacidad a la dimensión social. Esta definición social de la discapacidad hace hincapié en el carácter relativo de la deficiencia. Mottez insiste: no existe un vínculo mecánico entre el orden natural, donde se inscribe la deficiencia, y el orden social donde se evalúa la discapacidad.

La distinción esbozada por Mottez en 1973 va más allá del modelo determinista de Philipp Wood (1980), recogido por la OMS en su Clasificación Internacional de la Discapacidad, revisado desde entonces, de «deficiencias, incapacidades, desventajas». Las nociones introducidas por Wood se articulan entre sí y forman una cadena causal en la que la deficiencia (pérdida, lesión o alteración), determina una incapacidad (restricción funcional o disminución de las posibilidades de acción), lo que provoca la desventaja (diferencia entre el rendimiento posible y la expectativa social). La última revisión de la OMS de esta clasificación, Clasificación Internacional de Funcionamiento, Discapacidad y Salud (CIF, 2001) intenta deshacerse de la linealidad del modelo de Wood, considerando por separado los distintos planos de la experiencia y mostrando cómo el medio ambiente puede llegar a ser discapacitante. Bernard Mottez ya hacía esta distinción en los años 70 a partir de un análisis del caso de los Sordos.

Hay que insistir en esta heterogeneidad de órdenes, el « natural », por decirlo de algún modo, donde se sitúa la deficiencia y el social donde se evalúa la discapacidad. No hay un continuo entre el orden natural y el orden social, esto quiere decir que la sordera no condena a los individuos a vivir por fuera de lo social, sin cuidados, sin lengua, sin participación. Si la singularidad, en este caso el hecho de ser sordo, se considera un fracaso, el juicio sobre ella será necesariamente negativo. Si por el contrario, la consideramos una aventura, su valor positivo estará condicionado a su capacidad de adaptarse a la vida. En este sentido, la lengua de señas y los modos de vida que los sordos se inventan para vivir en una sociedad integrada mayoritariamente por oyentes, toman en cuenta la multiplicidad de normas a través de las cuales la vida se despliega en un campo de posibilidades. Los discapacitados en general y los sordos en particular son

«reveladores», según Mottez, ya que permiten ver que todo lo que parece ser obvio en la organización social, no es más que el fruto de opciones sociales que podrían haber sido otras. Estos reveladores se convierten en el espejo de una sociedad que descubre a través de ellos lo que ignora de sí misma. No pueden ser aceptados por derecho propio sin poner en tela de juicio el orden social establecido, escribe en «Dos lógicas: lucha contra la sordera y combate por los sordos» (1981).

Cuando Mottez se interesa por el mundo de los Sordos, no investiga especialmente sobre los métodos de enseñanza o la lengua de señas, dos campos en los cuales se han desarrollado la mayor parte de las investigaciones en ciencias sociales y humanas. Se centra en las relaciones entre sordos y oyentes. Su libro *La Sordera en la vida cotidiana* (1981) es un análisis de tradición goffmaniana, de estas relaciones.

Luego viene «Experiencia y uso del cuerpo en los sordos y en los que los frecuentan» (1987), donde se habla de una experiencia desigualmente compartida de la sordera. Mottez dice: tiene que haber al menos dos personas para que podamos empezar a hablar de sordera. La sordera es una relación, es una experiencia necesariamente compartida. Mottez nos coloca frente a esta evidencia que se vive cotidianamente a pesar de toda la energía que se gasta en negarla : la sordera no es un asunto exclusivo del oído, tampoco se limita a un individuo, la sordera se manifiesta en la relación que mantienen al menos dos personas entre sí.

Cuando nombrar es también existir

En el camino tortuoso de la afirmación de la existencia de un individuo o de un grupo, Mottez explora los diferentes modos de nombrar a los Sordos. La denominación es un proceso por el cual un nombre remite a una cosa o a un estado con cierto grado de aprobación general. Pero plantea muchos otros problemas. ¿Cuál es la correspondencia entre el nombre y aquello a lo que el nombre se refiere? Cuando hablamos de sordo, Sordo, deficiente auditivo, hipoacúsico, ¿hablamos de lo mismo? ¿en qué medida la denominación forma parte de un proceso de eufemización o incluso de negación de la existencia de otros? En el artículo «¿Existen los Sordos?» (1993), la cuestión de la denominación se presenta como un reto existencial. Lo más importante, dice Mottez, no es el nombre, sino en primer lugar, el hecho de tener uno. En el artículo «Una empresa de denominación, los avatares del vocabulario para designar a los sordos en los siglos XIX y XX» (1996), Mottez estudia el fenómeno de la multiplicación de nombres

para designarlos. En el transcurso de un siglo, de una categoría antropológica o sociológica, los sordos se han convertido en una categoría médica, afirma Mottez. Si los nombres se usan para designar a los sujetos, ellos dicen mucho más sobre quién nombra. La denominación es un excelente indicador de las relaciones de poder entre sordos y oyentes, y también tiene una función de reivindicación de identidad dentro de la comunidad de Sordos.

En « La identidad sorda» (1987), Mottez avanza la idea que, a pesar de ser aporético, el concepto de identidad sorda es frecuentemente discutido por los sordos y por esta razón merece toda su atención. Hablar de identidad sorda, ¿no sería simplemente la reivindicación de existir? La identidad no puede ser un asunto exclusivo de una persona o de un grupo. También se juega en las relaciones que estos individuos o grupos mantienen con aquellos que no son sus iguales. Cuando alguien dice: «soy oyente», lo dice con respecto a un individuo o grupo que no escucha. Antes de conocer a los sordos, ningún oyente se definió como tal. Todos apelamos a la diferencia para identificarnos¹⁹. Para los Sordos, la adhesión a la lengua de señas, la elección de hablar o no hablar, son criterios pertinentes de diferenciación, no así el grado de pérdida auditiva. Esto confirma que, incluso cuando se refiere a la singularidad absoluta e irreductible de cada uno, la identidad necesita de la confrontación de unos con otros para constituirse. Implica experiencias compartidas.

La cultura sorda : lo que es, necesita ser elegido

La singularidad de ser Sordo, que tantos especialistas han buscado cuidadosamente en rasgos supuestamente específicos y en general negativos, porque se los relaciona con la pérdida auditiva, tiene una dimensión diferente con Bernard Mottez. La singularidad es, para el sociólogo, indisociable de la cultura. Es la pertenencia a una cultura la que distingue las diferentes formas que los sordos tienen de organizar su vida, su relación con los oyentes y su forma de comunicación. Las investigaciones de Mottez se centraron en los Sordos que se identifican como formando parte de la comunidad de los Sordos, pertenencia que no depende del grado de pérdida de audición. No basta con nacer sordo, señala en su artículo «Aspectos de la cultura sorda» (1985). La deficiencia auditiva es natural, física. En cambio el individuo se vuelve Sordo con S mayúscula, se

19 Cf. Fathi Triki, *La stratégie de l'identité*, Arcantères Éditions, 1998.

aprende, es social. Esto significa que incluso algunos elementos que nos han sido dados por herencia necesitan ser elegidos. Y esta elección se hace con la mediación cultural del grupo interesado. Los individuos se vuelven Sordos con mayúscula en la comunidad de Sordos. Son sordos con minúscula, es decir con deficiencia auditiva, entre los oyentes.

A la luz de las reflexiones de Bernard Mottez sobre cultura e identidad, cabe preguntarse si el ser Sordo es una entidad a reivindicar, o sobretodo una forma de existencia a construir.

En este sentido, las expresiones del tipo: «los sordos son así» o «tal o cual cosa es típica de los sordos», que se utiliza para afirmar que algunas características serían propias de los sordos porque no oyen, se olvida que la singularidad siempre se expresa en la relación al otro y en un contexto. Se puede decir que «hablar con las manos», «colocarse frente a la luz para hablar», «tener un nombre en señas», son rasgos «típicamente sordos». Pero ¿qué decir entonces de las afirmaciones «los sordos son muy propensos a irritarse», «tienen un pensamiento concreto», «los sordos no pueden hacer ésto o aquello porque son sordos»? ¿En qué categoría se clasificarán estas características? Probablemente en la de «lo que es propio del ser sordo». Estas consideraciones que no tienen en cuenta la relación al otro y al contexto, corren el riesgo de volverse la expresión de la negación de la existencia del otro, y de producir en última instancia, racismo.

La lengua de señas, una lengua minoritaria diferente a las otras

En un primer momento Bernard Mottez difundió los trabajos de William Stokoe y de sus colegas de la Universidad Gallaudet sobre la lengua de señas, con la idea que al afirmar que algo existe, la afirmación le da derecho a existir. Inspirado de la manera de nombrar la lengua de señas americana (American Sign Language), Mottez propone, en su informe A propósito de una lengua estigmatizada, la lengua de señas (inérito, 1975), el nombre de «lengua de señas francesa» (LSF), con el que se la conoce hoy en día. Lo más interesante para el sociólogo no era el estudio de la lengua en sí misma, sino su prohibición. Su interés radicaba no tanto en demostrar que la lengua de señas es una lengua, sino en comprender cuáles son las razones por las cuales, en un momento determinado, se vuelve a cuestionar su status lingüístico cuando hace más de un siglo no se lo hacía. En otra época se buscaba descubrir su funcionamiento, «respetuosamente» como señala Mottez en su artículo «La lengua de señas es una verdadera lengua?» (1980). El terreno fundamental donde se juega el reconocimiento de una lengua

es político. Para quitar el derecho de palabra a las minorías, Mottez nos dice : ¿qué mejor que decretar que esta minoría no tiene voz, no tiene lengua? ¿Qué mejor que afirmar que la lengua de señas no permite a los sordos tener un pensamiento abstracto, para negarles el derecho a ser educados en su lengua?

En «Los sordos como minoría lingüística» (1979), Mottez analiza lo que significa pertenecer a una minoría lingüística. En ese contexto, explica por qué la lengua de señas ocupa un lugar singular entre las demás lenguas minoritarias. Este análisis abre nuevas perspectivas en su trabajo. La lengua de señas se convierte en «Una lengua minoritaria diferente a las otras» (1988). La lengua de señas comparte con otras lenguas minoritarias el hecho de ser una lengua marginalizada. Tal vez la más marginalizada. Ha sido víctima de múltiples y radicales intentos de exterminación. Se la ha acusado de muchos males para intentar eliminarla y, como ha ocurrido con otras lenguas orales, se ha considerado que mientras una lengua no sea la misma de un lugar a otro, no existe. La lengua de señas puede considerarse el ejemplo más perfecto de lengua minoritaria, afirma Mottez. En sociolingüista, analiza las particularidades que la diferencian de otras lenguas minoritarias. La lengua de señas es una lengua que se comparte necesariamente con los miembros de la comunidad lingüística dominante. Es más difícil para un sordo aprender el idioma dominante que para otros miembros de las comunidades lingüísticas minoritarias. Cuando un miembro de una comunidad lingüística minoritaria necesita, a pesar de todo, un intérprete, puede recurrir a un miembro de su propia comunidad. No es el caso de los Sordos. Los intérpretes de lengua de señas-lengua vocal, pertenecen necesariamente al mundo oyente. Por otro lado, las lenguas minoritarias suelen transmitirse dentro de la familia. En el caso de los Sordos, el lugar de aprendizaje de la lengua de señas es sobretudo la escuela. En efecto, según Mottez, al hacer la historia de algunas lenguas minoritarias, no se hace necesariamente la historia de la escuela si no es como un lugar pasajero de opresión. Pero, cuando hablamos de Sordos y de la lengua de señas, la escuela es el territorio por excelencia que ha marcado de por vida la lengua y su cultura.

La posición del sociólogo tiene una importancia política notable y una actualidad candente. La lengua de señas no es un tema exclusivamente pedagógico o lingüístico, su alcance es mucho más amplio y Mottez nos invita a ir más lejos. La cuestión de la lengua de señas es fundamentalmente política y es esencial reconocerlo. Sin la palabra en señas, los Sordos quedarían mudos. En última instancia, esta palabra está en el centro del gran desafío de emancipación.

Nación sorda y comunidad política

País sin territorio, nación sin gobierno, raza sin origen común, pueblo sin leyes ni religión, ¿qué ocurre con la comunidad de los Sordos, a veces llamada país, nación, raza, pueblo? En el artículo «Los banquetes de sordo-mudos y el nacimiento del movimiento sordo» (1989), Mottez sitúa en 1834, con la aparición de los banquetes en homenaje al abad de l'Épée, la fecha de nacimiento de la nación sorda. Aunque bien sabe que una nación no nace de la noche a la mañana y que el movimiento sordo no deja de evolucionar desde las primeras luchas de los profesores Sordos para conservar sus puestos en el Instituto Real de París. Los banquetes y la fundación, cuatro años después, de la primera asociación de Sordos en el mundo, concretan el momento en que la lengua de señas les permite ocupar en la vida de la cité un lugar distinto al de sujetos de instrucción, lugar que el abad de l'Épée había contribuido a darles.

Mottez tenía razón al ver estos acontecimientos como un hito político fundamental en la constitución del movimiento. La reivindicación del derecho a la lengua de señas en toda su extensión ha permitido a los Sordos ocupar el espacio público en nombre propio e intervenir en el campo de la política. «Se trata de conquistar hombres para la Sociedad, no loros»,²⁰ decía Ferdinand Berthier, Sordo, uno de los fundadores de los banquetes. Esta reivindicación ha sido formulada por y para los Sordos. Acto de emancipación por excelencia llamado a socavar el régimen de la desigualdad.

Los Sordos, hasta ahora declarados incapaces, muestran sus capacidades. Seres despojados de su palabra, la retoman, reconfigurando el escenario en un modo igualitario. Es la toma de conciencia de esta igualdad la que abre a los Sordos el camino de su emancipación intelectual. Sólo la palabra en lengua de señas visible y presente en la escena pública garantiza a los Sordos la total expresión de su condición de ciudadanos y de sujetos de pleno derecho.

Un final sin punto

Más de cien años de negación de la lengua de señas después del congreso de Milán de 1880 no han podido, a pesar de las páginas más oscuras de la historia de la intolerancia, abolir la lengua y la cultura sordas. Bernard Mottez es uno de los pioneros que contribuyó a restablecer un vínculo de continuidad con esta palabra ocultada por un siglo de oscurantismo.

20 Ferdinand Berthier, *Observations sur la mimique*, Paris, 1853, p.2.

Si la lengua de señas era para el abad de l'Epée el medio natural de dar a los Sordos una verdadera instrucción y devolverlos a Dios, para Mottez la lengua de señas es la única forma que los Sordos tienen de tomar sus vidas en mano. La diferencia entre estas dos concepciones es radical. Suponer la igualdad entre los hombres es sostener que no se necesita del otro para que nos devuelva la palabra. La palabra, no se da, se toma.

La obra de Bernard Mottez gira en torno a este paradigma. Cuestiona la noción de discapacidad aplicada a la sordera y entendida como el resultado de una discapacidad física. La lengua de señas no es una forma de acceder a la lengua mayoritaria, ni la inexorable trampa que encerraría a los Sordos en un gueto. Permite, por el contrario, experimentar en la praxis y el diálogo el paradigma político de una comunidad de iguales, en la que los Sordos no sufren el yugo del déficit, sino se revelan en una lengua emancipadora que los constituye como ciudadanos y sujetos de la comunidad humana.

Hoy más que nunca hay que leer la obra de Bernard Mottez. Sus artículos deben estar siempre (re)ubicados en el campo agonístico de los discursos que algunas políticas médicas y públicas tienen sobre los Sordos. No obstinarse contra la sordera, sino actuar allí donde todos podemos hacer algo, la sociedad. Este es el compromiso y la lección del sociólogo que se leerá en parte en las siguientes páginas.

Introducción

Acoger la sordera

Siendo sociólogo, en los años 70 comencé a interesarme por la lengua de señas, la comunidad de los Sordos y la cultura sorda, y pronto tuve deseos de compartir mis descubrimientos y mi entusiasmo. En un primer tiempo gocé de una especie de derecho natural de tribuna. Un derecho que con seguridad me atribuían a mí más generosamente que a aquellos de los que yo no cesaba de decir –y eso era lo esencial de mis propósitos– que existían, que estaban allí y que era urgente escucharlos.

Lo que conocemos como la querella de métodos no tardó en ubicarse una vez más en primer plano. Algunos, en general los Sordos, esperaban que yo fuese su abogado en este asunto. Para otros, profesionales o padres, yo estaba investido *a priori* de lo que se espera generalmente de un científico: que lejos de pasiones y compromisos, neutro, objetivo y provisto de métodos y herramientas de análisis de probada eficacia, enunciara la verdad y las prescripciones que de ella se derivan. Una verdad que se impusiera por sí misma. Que se impusiera a todos, más allá, a pesar de, o en contra de lo que cada uno pudiera desear o pensar por el hecho de hallarse demasiado implicado en el asunto. Como si se tratara de cosas que pudieran evitarse.

La pedagogía desgraciadamente me interesa muy poco. Prescribir, cualquiera sea el ámbito del que se trate, me interesa todavía menos. Mis gustos me llevan hacia el simple análisis o más bien hacia la descripción. Con respecto a los Sordos soñaba –como si fuera posible– con una especie de expresión anterior a la descripción, más respetuosa de lo que son o de cómo quieren mostrarse, una expresión indicativa, deíctica. Algo que fuera solamente un preludio para favorecer los encuentros. Una especie de invitación a viajar dirigida a los oyentes: “Es por aquí. ¡Vayan a ver con sus propios ojos! ¡No se arrepentirán!”

En ese entonces desconocía todos los prodigios de argumentación de los que es capaz el espíritu humano cuando se trata de rechazar las evidencias más engeguedoras que corresponden a realidades fuertemente perturbadoras.

Ignoraba sobre todo que quien pudiera designarlas –y se dejara seducir por ellas– pudiese engendrar hasta ese punto el odio y la violencia.

Por eso incluso llegué a veces a perder la palabra y me quedé mudo. Me sentí más de una vez invadido yo también por una cólera en la que reconocí las premisas de las célebres rabietas del niño sordo, que patalea y se desespera porque no quieren o no pueden escucharlo. En lugar de gozar, como Sirius, de la posición de observador exterior y sereno, me encontraba yo mismo atrapado en la relación de sordera y las pasiones que ella suscita. Exactamente como sucede en las discusiones cacofónicas y sin fin sobre la lengua de señas o la educación de los sordos, en las que los participantes, demasiado ocupados en imponer su punto de vista para ser capaces de oír el de los otros, logran dar –hasta en sus más pequeños detalles– un espectáculo de la sordera más completo y mejor logrado que aquel que se puede ver cuando se trata de un intercambio entre un verdadero sordo y un oyente.

Es de esta clase de sordera que quiero hablarles.

La analizaré naturalmente desde mi propio punto de vista.

A finales de los años 70 se divulgó la idea de que los niños sordos deberían gozar de las condiciones de escolaridad reservadas hasta entonces solamente a los oyentes. La enseñanza debería hacerse en una lengua que les resultara familiar, a la que pudieran acceder sin esfuerzo, sin pena. Tal como ocurre con los oyentes, deberían recibir una enseñanza en su propia lengua, es decir en lengua de señas de francesa (LSF).

Esta idea no era nueva. Ya había sido aplicada con éxito en ciertas épocas en muchos lugares, para luego ser desterrada. Sin embargo, los Sordos no han cesado jamás de reclamarla. Gracias a la tolerancia activa de los poderes públicos fue posible llevar a cabo varias experiencias de este orden. Algunos pidieron un balance de los resultados. Esto hubiera sido sin dudas algo positivo.

Por un lado están aquellos que consideran que la sordera es ante todo un mal. Un mal que en cierta medida puede ser combatido. Un mal que debe ser combatido imperativamente.

Esta óptica conduce desde el principio a privilegiar, en el ámbito de la sordera, los lugares en los que se puede hacer algo en este sentido. En el campo de la educación se trata de privilegiar la reeducación. Se confía en la ciencia, casi se tiene fe. Lo que la ciencia no provee hoy, lo proveerá mañana. Sin embargo esta visión es profundamente pesimista en cuanto a la naturaleza humana. Cuando no hay obligaciones cada uno sigue la ley del menor esfuerzo. Esta orientación estructuralmente ofensiva, si podemos decirlo así, conduce en principio a una

movilización a cada instante y estigmatiza toda concesión considerándola como una derrota, como una renuncia.

Por otra parte existen quienes consideran que la sordera es, antes que nada, un hecho. “Sordo soy, Sordo me quedo”. Este título provocador y testarudo que J. Jouannic –sordo y bretón– dio a uno de sus artículos, ilustra de forma excelente este punto de vista. También la súplica de la presidenta de la Federación Nacional de Sordos de Francia, Rose-Marie Reynaud, dirigida a los padres, educadores, médicos, especialistas y poderes públicos: “Ayúdenos a ser verdaderos sordos y no un híbrido, una persona oyente injertada en un cuerpo de sordo. No es posible que nuestra existencia esté dividida entre lo que Dios o la naturaleza han querido que seamos, y en lo que ustedes –por amor, por piedad, por espíritu falsamente humanitario o demagogo– quieren que nos convirtamos.”

Por oposición con los precedentes, estaríamos tentados de llamarlos “realistas”, tal como suelen designarse ellos mismos. Pero realismo no quiere decir necesariamente resignación. La política de la ruidosa asociación “Dos lenguas para una educación”, que se inscribía directamente en esta óptica, es un ejemplo elocuente. No se trata de luchar contra esta realidad testaruda y perturbadora, sino de darle un lugar completo. Acogerla. Se trata también de un combate.

Vemos entonces que las cosas se invierten. Les toca a los primeros recurrir al realismo en contra de quienes ellos mismos denominarán, según el caso, ilusos soñadores o peligrosos utopistas. Para lograr sus objetivos y emplear los medios necesarios a este fin, serán incitados a tomar en cuenta las realidades jurídicas, administrativas, financieras y políticas, y sobre todo, las costumbres establecidas. Ahora bien, en este sentido, su pesimismo fundamental sobre la naturaleza humana, los deja sin ilusión: no se puede cambiar la sociedad.

Unos inscriben sus sueños y proyectos exactamente donde los otros invocan el realismo. O, en otros términos, allí donde unos hablan en optativo o imperativo, los otros lo hacen en indicativo, y recíprocamente. La sordera sería, en este caso, un problema de gramática.

Siguiendo con lo que acabamos de decir, daremos para terminar algunos ejemplos de la manera en que, frente a las realidades incontestables –que su análisis o descripción sean problemáticos, como ocurre con todo, es otra cosa– se puede pasar de un juicio de valor negativo a una casi negación de existencia. “Lo que no debe ser, no es”.

Se trata naturalmente de procedimientos discursivos, formas de censura, tipos de argumentación. He escogido hablar de la sordera que curiosamente afecta de manera selectiva a aquellos que, por elección o por destino, deben ocuparse de

la sordera. Me limitaré entonces a este terreno del discurso. Pero la realidad no está hecha sólo de discursos. La historia de los sordos está hecha de una serie de pasajes al acto, más violentos y más cargados de consecuencias sobre su existencia, su cultura y su lengua.

¿Existen los Sordos?

Para amoldarse a las personas cuyos defectos inquietantes no pueden ser corregidos, existen, felizmente, otros medios que la aniquilación. Podemos, por ejemplo, evitar mirarlas. Hacer como si no estuvieran allí. Como si no hubiésemos notado nada, como si no los hubiésemos notado. Es la manera habitual de comportarse con los discapacitados¹.

Otro procedimiento, más cercano al precedente de lo que parece a primera vista —y que es también una manera de no darles lugar— consiste en no darles un nombre.

En el siglo pasado se hablaba de sordomudos. En lugar de oyentes, se decía hablantes. Prefiriendo así nombrar a las personas a partir de sus actos y de lo que se ve. Hablar, no hablar, son actos y eso se ve. Oír, no oír, son más bien estados y eso no se ve. Pero la razón capital del cambio de vocabulario se debe más bien al hecho de haber declarado a los sordos hablantes. Se los hacía hablar.

Se los hace hablar, es verdad. Sin embargo, tal como ocurría en el siglo pasado, una gran cantidad de Sordos —incluso entre los que conocen bien el francés y articulan bastante bien— prefieren, por varias razones, arreglárselas de otra manera en muchos actos de su vida cotidiana. Podemos decir que se comportan entonces exactamente como sordomudos. Hasta diré que son sordomudos y que existen muchos hoy en día.

En los años cincuenta se realizaron progresos espectaculares en materia de prótesis, a partir de ese momento se puso de moda el discurso médico. El término sordo fue en muchos sitios objeto de una verdadera censura, desde entonces se habla de deficientes auditivos. La superioridad de esta primera designación deriva

1 N de T : el término empleado en francés es *handicapé*. En esta palabra no se hace referencia directa a una alteración de las capacidades del individuo como aparece en el término *discapacidad*. A falta de equivalente conceptual, optamos por el utilizado en el vocabulario corriente. Esta dificultad de traducción se presenta igualmente en francés, donde se utiliza el término anglosajón para evitar el viejo concepto de *infirmité*, o el de *déficience* que se focalizan igualmente en el aspecto corporal, alterado e individual de lo que hoy se entiende como formando parte de un proceso fundamentalmente social. El artículo que abre el capítulo primero, ahonda sobre estos aspectos.

de su capacidad de cernir más de cerca la realidad, ya que no implica ningún juicio acerca del grado de sordera. Hay sorderas profundas, sorderas severas, sorderas leves. Pero decir de alguien que es sordo, implica dejar creer que no oye nada. Siempre existen restos auditivos.

La última moda en materia de control de la lengua consiste en no designar jamás nominalmente por su discapacidad a las personas que tienen una discapacidad. No decimos un discapacitado, un sordo o un ciego, sino una persona discapacitada, una persona sorda, una persona ciega. Para recordar, por si lo hubiéramos olvidado, su condición de persona. Es una invitación a no identificar la persona a su discapacidad y a considerar que, después de todo, ésta no es más que un atributo entre otros, incluso un atributo un poco exterior a la persona misma.

La censura siempre dice mucho acerca de los censores. Aquello que se presenta como una intención delicada, da la medida del rechazo [...]

Bernard Mottez

CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES SER SORDO?

“Al obstinarse contra las deficiencias, a menudo se aumenta la discapacidad, el ejemplo de los sordos”¹

Este artículo apareció inicialmente en el número especial “La gestion de la santé” de Sociologie et Société (nº1-1977), revista del departamento de sociología de la Universidad de Montreal. Traducido al italiano, y ligeramente aumentado, fue reproducido en la colección de textos reunidos por Marta Montanini Manfredi, Laura Fruggeri y Massimo Facchini, Dal Gesto al Gesto, il bambino sordo tra gesto e parola. Capelli, Bologna, 1979, 280p. En Francia sólo algunos lo conocen. Sin embargo se lo cita frecuentemente, a menudo con algunos contrasentidos en cuanto a la naturaleza y a las implicaciones de las oposiciones presentadas. Agradecemos a Sociologie et Société por habernos autorizado a reproducirlo.

Este artículo no dice que todos los esfuerzos que se hacen para reducir sus deficiencias favorecen la integración social de los discapacitados. Eso parece ser algo evidente. Dice, al contrario, en qué esos esfuerzos pueden ser a la vez el índice y la causa de una mala integración

Este artículo no dice que no hay que hacer nada, que no hay nada que hacer. Al contrario, insinúa que hay mucho que hacer por parte del cuerpo social.

Teniendo en cuenta que en el texto se concibe a la discapacidad como una producción de la sociedad, este artículo no dice que la sordera, en el sentido material del término —es decir la deficiencia auditiva— no tiene importancia en sí y que se la puede pasar por alto. Dice, al contrario, algo que no hemos cesado de recordar obstinadamente en todas partes, incluso hasta el escándalo: la sordera existe, es una realidad ineludible. Este artículo dice justamente que, cada vez que una sociedad la olvida, desea olvidarla, se esfuerza por desterrarla, la condena, busca ignorarla, la minimiza o se muestra incapaz de sacar las consecuencias que de ella derivan, es entonces que la sordera se vuelve opresiva y “discapacita”.

¹ En *Sociologie et Société*. Montreal, 1, 1977, pp. 20-32. Reedición aumentada en *Supplément à Coup d’Œil*, nº 1984, 39, pp. 20-1. Esta versión corresponde a la reedición.

*La distinción entre dos orientaciones políticas introducida en este artículo nos pareció útil para otros propósitos, sobre todo para analizar las actitudes de diferentes grupos sociales implicados en la sordera. Es por eso que hemos retomado ciertas partes del texto en otros escritos, a saber, en *Intégration ou droit à la différence*, les conséquences d'un choix politique sur la structuration et le mode d'existence d'un groupe minoritaire, les sourds, *Rapport au CORDES*, 1979. Ver también “*Deux logiques : lutte contre la surdité et combat pour les sourds*”, en *Les colloques de l'INSERM*, vol. 104, 1981.*

Algunos puntos de este artículo, merecerían ser reconsiderados. Sin embargo estamos de acuerdo con lo esencial; lo reproducimos, pues, más o menos tal cual. El lector procederá por sí mismo a las actualizaciones que se impongan. Ellas muestran, y esto nos da gusto, que entre el momento en que apareció este texto militante y hoy, algunas cosas han cambiado. Las nuevas tecnologías de comunicación podrían tener el efecto inverso del que habían tenido hasta ese momento en la integración de los sordos. Parece que, en resumidas cuentas, la sociedad francesa se ha vuelto hoy un poco más acogedora para los sordos y para la sordera.

Discapacidad y deficiencia

Introducimos aquí una distinción entre la “deficiencia” y aquello que, a falta de un término más adecuado llamaremos por convención, la “discapacidad”. La deficiencia y la discapacidad son las dos caras de una misma realidad. La primera se refiere al aspecto físico, la segunda al aspecto social. Las dos pueden ser medidas. Podemos decir, de manera poco sutil, que la deficiencia visual se mide en dioptrías, la sordera en pérdida de decibeles y la debilidad, en términos de posición dentro de una escala que sirve para indicar el coeficiente intelectual. Podemos imaginar incluso una medida para aquellas deficiencias que hasta hoy no hemos necesitado medir. Ésta será siempre el resultado de los test que exploran la disminución de cierto rendimiento, causada por la lesión de un órgano o por una disfunción. Desde un punto de vista social estas medidas tienen, a veces, aplicaciones prácticas importantes. Permiten clasificar claramente a los individuos, operación capital para todo administrador minucioso. Cuando se trata de otorgar o retirar ciertos derechos, frecuentemente se hace referencia a la medida de la deficiencia y solamente a ella. En efecto, ella reviste un carácter a la vez absoluto, técnico y preciso que no toma en cuenta los contextos sociales.

En este contexto, llamaremos discapacidad al conjunto de lugares y de roles de los cuales un individuo, o una categoría de individuos, se encuentran

excluidos a causa de una deficiencia física. Entendemos aquí por lugares sociales, aquellos campos de actividades más o menos institucionalizados, definibles en términos tan simples como trabajo, educación, deporte, esparcimiento o religión. La discapacidad es pues, el conjunto de prohibiciones y limitaciones a los compromisos sociales. No es otra cosa, si puede decirse, que el antónimo de la integración. Las exclusiones pueden ser formales, explícitas, como por ejemplo: “Nadie puede tener acceso a la función pública si no es sano de cuerpo y espíritu”. También pueden ser informales, resultar de prohibiciones interiorizadas o presentarse simplemente como algo que cae por su propio peso.

No existe oficialmente una medida de la discapacidad que presente un interés puramente sociológico, pero podríamos imaginarla fácilmente.

Notemos que los criterios que sirven para medir las deficiencias son específicos y varían según la naturaleza de éstas. Por ello, sólo se puede encontrar la medida común que permita comparar la situación entre individuos que padecen de deficiencias diferentes a nivel de la discapacidad. Esta definición, puramente social, presenta sobre todo la ventaja de poder resaltar la parte relativa a la deficiencia en la producción de la condición social de aquel que la padece. Está claro, en efecto, que una misma deficiencia no representa la misma discapacidad según las orientaciones y los modos de organización de las sociedades. Una deficiencia sin consecuencias mayores en tal sociedad o en tal contexto, puede volverse una discapacidad grave en otra sociedad o en otro contexto.

Tomemos el ejemplo del enanismo. En términos fisiológicos se trata de una anomalía, de una anormalidad. A esta anomalía, como a toda deficiencia, le corresponde una realidad social. El enanismo representa una discapacidad. Es más difícil vivir siendo enano que no siéndolo. Si somos enanos las personas nos miran o evitan hacerlo, que es en definitiva lo mismo. Somos sin cesar víctimas de la incomodidad de los otros con respecto a nuestra persona. Generalmente se nos excluye de los roles sociales de representación, estamos limitados en nuestras elecciones conyugales. Todo esto sin hablar de los pequeños inconvenientes de la vida cotidiana: cuesta más caro vestirse ya que las prendas deben ser confeccionadas a medida, los objetos y aparatos de la vida práctica están siempre ubicados demasiado alto, lo que nos obliga a menudo a pedir ayuda.

Imaginemos, dejando de lado la pigmentación de la piel, que los enanos fueran a vivir con los pigmeos o en cualquier otra sociedad donde todo fuera concebido a su medida. La discapacidad desaparece completamente, y esto aunque nada

haya cambiado con respecto a la anomalía, que sigue siendo tal, incluso si es de aquellas de las que podemos aspirar a deshacernos algún día.

Podemos ver en qué sentido la discapacidad, contrariamente a la deficiencia, es rigurosamente un producto de la organización social.

Para reducir la discapacidad existen pues, dos direcciones posibles, analíticamente separables y, *a priori*, no excluyentes entre sí. Podemos luchar directamente contra aquello que hemos convenido en llamar discapacidad, es decir, modificar ciertas formas de la organización social. No podemos hacer que la persona con parálisis cerebral, ni el parapléjico o el tetrapléjico caminen, pero podemos organizar la *city* de manera que su discapacidad se vea reducida: concebir viviendas adecuadas, evitar las escaleras en los lugares públicos cuando no son necesarias o construir rampas por las que se pueda pasar en silla de ruedas; multiplicar los ascensores accesibles y finalmente –puesto que por ser discapacitado no se está menos obligado a satisfacer ciertas necesidades comunes– adaptar a su uso los baños públicos.

Por otro lado, como existe una relación entre la deficiencia y la discapacidad, se puede también disminuir la deficiencia esperando que ésto reduzca en la misma medida la discapacidad. Esto implica abordar la deficiencia desde una óptica terapéutica con el fin de disminuirla, naturalmente. Sin embargo, tratándose de cosas tales como la sordera, la ceguera, una mutilación o un daño de la médula espinal, se puede hablar de ortopedia o de paliativo, pero no de cura.

A diferencia de las medidas precedentes, totalmente dirigidas hacia la organización social, las acciones que buscan reducir la deficiencia, se orientan hacia la persona misma del discapacitado. Destinadas a mejorar directamente su desempeño y/o a darle los medios para valerse por sí mismo, deben aumentar sus posibilidades de integración. Es para disminuir la deficiencia que trabajan la mayoría, si no todos, los especialistas al servicio de los discapacitados: médicos y cirujanos especializados, protesistas y reeducadores de todo tipo. En materia de sordera, que es de lo que trataremos aquí, además de las intervenciones quirúrgicas y de los audífonos –cuando uno u otro son posibles–, entre las medidas dirigidas a disminuir la deficiencia y sus consecuencias inmediatas, debemos contar todas las técnicas de reeducación auditiva, de ortofonía y de aprendizaje de la lectura labial².

2 Por sordos, comprenderemos esencialmente, a los sordos de nacimientos y quienes se quedaron

Puesto que se trata de técnicas, estas medidas dirigidas a disminuir las deficiencias se inscriben en una historia, o más exactamente todavía, en una evolución. Aislándolas, podemos hablar de ellas sin caer en ambigüedades de acumulación y de progreso. Los medios de hoy son mejores que los de ayer. Esto es espectacularmente cierto en cuanto a los aparatos auditivos, también con respecto a los métodos de reeducación.

Es por eso que quienes escriben la historia de una categoría de discapacitados³ tienen dificultades para resistir a la tentación de encontrar allí un hilo conductor, y hacer de éste lo que le otorga todo su sentido. De ésto se desprende una visión optimista del porvenir, en el que todo tendría que ser cada vez mejor. Tales historias reconstruyen siempre el pasado a su manera. Nunca omiten mencionar los tiempos bárbaros, felizmente terminados, en los que el padre romano tenía derecho de vida sobre el recién nacido mal formado. Pero, como todas las formas del progreso van de la mano, las luces de la razón vienen poco a poco a acabar con las tinieblas, la ignorancia y la intolerancia.

Dar un sentido es preconizar también una política y una moral. Ningún obstáculo tiene que levantarse contra la acción de aquellos que son consagrados sujetos de esta historia: aquellos cuyo rol es luchar contra la deficiencia. En cuanto a los eventuales errores cometidos en el pasado, no son más que errores de trayecto, simples faltas inevitables en todo proceso de aprendizaje; faltas que evitarán cometer quienes desempeñarán el mismo rol en el futuro.

sordos antes del aprendizaje del habla.

3 Por historia se pueden entender varias cosas. Ciertas categorías de discapacitados tienen una historia que ellos mismos han construido. Este es el caso de los ciegos y los sordos, que tienen ambos una historia muy larga. Otras categorías, como los discapacitados motores, comenzaron hace sólo unas décadas a hacer la suya. No existe ningún imperativo de orden ético, metafísico u otro, para que toda deficiencia tenga un día una historia. Esto depende de varias condiciones precisas que podríamos analizar fácilmente. Notemos que en este contexto existe, no obstante, una categoría de discapacitados para quienes resulta difícil imaginar que un día podrán tener una historia en el sentido que aquí le damos. Nos referimos a los débiles mentales. Su historia parece no poder ser más que la historia del lugar que se les ha dado. Es en ese segundo sentido, aplicable a todas las categorías de discapacitados, que empleamos aquí la palabra historia. Está claro que la manera en que los especialistas consideran y tratan una deficiencia en diferentes épocas, no es más que uno de los elementos de la situación social de aquellos que la padecen, y que no basta para juzgar su discapacidad.

Aumento de la discapacidad

Desgraciadamente, por muy espectaculares que sean los progresos que apuntan a reducir una deficiencia, éstos no siempre llevan a una reducción de la discapacidad. Tales reconstrucciones pasan regularmente por alto otros cambios y conducen pues, a aumentarla.

De este modo, si queremos comparar la situación de los sordos durante el siglo pasado con la de hoy, debemos tomar en cuenta las revoluciones que han conseguido aislarlos aún más. En la actualidad existen muchos otros medios que permiten el intercambio y la información además de la lectura, la conversación frente a frente y los discursos públicos. Los sordos lograron amoldarse a estos últimos, aunque de manera menos acabada que los oyentes. Contrariamente, carecen de herramientas adaptadas en el ámbito de las telecomunicaciones. Actualmente, es a través de ellas que circulan ciertas informaciones, ciertas ideas, ciertos placeres —pequeñeces o cosas serias—, y que se organizan muchas actividades sociales.

Primero fue la invención y la generalización del uso del teléfono: cruel ironía, es por amor a una sorda que fue inventado. La radio, obviamente, no está hecha para los sordos. En cuanto a la televisión, considerando el uso respectivo que hacen de ella los ciegos y los sordos, podemos decir que el oído es más importante que la vista para captar los mensajes que transmite. Por la misma razón, el cine, al dejar de ser mudo, se vuelve inaccesible para los sordos, al menos que se trate de una producción extranjera subtitulada.

Esta evolución no puede ponerse en cuestión, y no es el resultado de ninguna conspiración maquiavélica contra los sordos. Existen adaptaciones como el teletipo conectado al teléfono, que se extiende en los Estados Unidos, o el subtitulado sistemático en el cine y la televisión. Sin embargo estos acondicionamientos no lograrán nunca otorgarles a los sordos del siglo XX la situación de la que gozaban en el siglo anterior, antes del cambio masivo y desfavorable para ellos de los canales de comunicación y de información.

Existen, en cambio, lugares sociales importantes donde las intervenciones de carácter voluntarista encuentran un campo relativamente amplio. Tal es el caso, por ejemplo, del trabajo y de la inserción profesional. Cualquiera sea la discapacidad de la que se trate, la experiencia es, en casi todas partes, la misma. Las acomodaciones materiales necesarias son frecuentemente menos importantes de lo que se creía, y el verdadero obstáculo, en cambio, lo constituyen los

“prejuicios”. Vemos pues que las dificultades no se sitúan jamás en el lugar en que se las espera.

Los prejuicios no deben ser analizados como falsas ideas venidas de tiempos inmemoriales, que podrían ser eliminadas con un mínimo de reflexión. Debemos interrogarnos acerca de lo que motiva la construcción de espacios que no permiten la prueba de la realidad. A veces los vemos constituirse frente a nuestros ojos.

Según H. Gaillard, asistimos durante todo el siglo XIX, a una apertura creciente del mundo del trabajo en favor de los sordos⁴. La educación de la que beneficiaban en ese momento fue en parte responsable de este fenómeno. La instrucción es naturalmente más apreciada cuando la moneda corriente es el analfabetismo. Grandes empresas y administraciones emplearon a los silenciosos. Estos sectores desbordaban ampliamente el marco de los oficios artesanales a los que la formación profesional tradicional los destinaba. Luego, bruscamente esta tendencia se invirtió. La primera guerra mundial abrió nuevamente el mundo del trabajo a los silenciosos. Pero por muy felices que fueron los resultados, no se quiso sacar de ellos las consecuencias necesarias. Fue una experiencia sin futuro⁵. Podemos verlo en las respuestas a las cartas de G. Vialatte, que solicitaba de manera ficticia empleos para los sordos en varias grandes empresas y administraciones

4 Henri Gaillard, director de la *Gazette des sourds-muets* y secretario de la Asociación francesa y extranjera por el avance de los sordomudos: *De l'utilisation des sourds-muets pendant la guerre*, 1915, Niort, 16 p., y *Le droit des sourds muets au travail*, Paris, 1923, 22 p.

5 En materia de beneficios, las guerras prometen siempre más de lo que dan. Puesto que los más válidos se encuentran en combate, podríamos esperar que se descubrieran las capacidades de los menos válidos. Por otro lado, el compromiso adquirido con los combatientes permite predecir los esfuerzos que se harán a favor de aquellos que vuelvan discapacitados. En general no se repara en gastos. Resulta significativo que, como si fuera más fácil, se trata sobre todo de reducir la deficiencia. Las guerras fueron siempre la ocasión de progresos, a menudo espectaculares, en medicina, cirugía y prótesis. También en materia de métodos de reeducación, puesto que son el complemento necesario de estas últimas. Pero cuando se trata de combatir directamente la discapacidad, el esmero es menor y nos topamos enseguida con muchas oposiciones. Una buena pensión es el precio que, quienes tuvieron mejor suerte, prefieren pagar por sus deudas. Durante la primera guerra mundial, Keufer (Confederación General del Trabajo), aceptó participar de una comisión por la reeducación y la reinserción al trabajo de los heridos de guerra sólo con el fin de defender a los trabajadores –válidos– contra la competencia que representaban los primeros, que por encontrarse disminuidos no podían ser considerados como verdaderos trabajadores. Los temores de Keufer tenían fundamento. Lo mismo sucede con el trabajo de las mujeres y los extranjeros. Pero felizmente para todos los válidos, las preocupaciones de Keufer eran las mismas que las de los empresarios: frente a los imperativos de la reconstrucción, nadie quería cargar con los mutilados de guerra.

públicas. Los rechazos eran rotundos. Cuando eran justificados, lo eran en nombre de los reglamentos y de la seguridad.

La seguridad es el motivo palpable a partir de ese momento, en nombre del cual se elimina a los discapacitados del mundo laboral, y se lo hace con la conciencia tranquila: por el bien de todos y por su propio bien. La poca pertinencia de este argumento tratándose de los sordos —como si fuera ese el problema mayor que plantea su empleo—, permite imaginar la suerte de algunos, para quienes igual que en su vida cotidiana, existen efectivamente riesgos. Hay lugares en los que las mejores iniciativas son siempre pervertidas. Al final del siglo diecinueve, y casi al mismo tiempo, fueron promulgadas en todos los países industrializados o en vías de industrialización, leyes concernientes a los accidentes de trabajo: “la industria” que hiere, debe indemnizar, sin mirar muy de cerca sobre quién recae la responsabilidad, patrón o trabajador. Las primas de los seguros eran más elevadas cuando se trataba de trabajadores que padecían una deficiencia.

Esto no fue más que el principio de una larga historia, la historia de la seguridad, que sorprendentemente, al igual que la historia del rendimiento, no ha sido escrita aún. Puesto que los imperativos del rendimiento y de la seguridad son a menudo contradictorios, olvidamos que se trata de la misma historia, la de la racionalización. Racionalizar, ha significado siempre menos el hecho de que la organización se haga cargo de los problemas de rendimiento y seguridad, que el perfeccionamiento de los medios de control, que permiten verificar que cada uno cumpla con su trabajo y sea responsable del mismo. Si admitimos que racionalizar significa prever, entonces no podemos pasar por alto nada. Se trata de descubrir lo que el trabajador quisiera mantener escondido, de controlar sus gestos y sus más pequeñas deficiencias. Puesto que los accidentes son imprevisibles, no debemos restringirnos cuando se trata de deficiencia. Cuando se apunta al rendimiento y a la seguridad, el procedimiento termina siendo el mismo: la selección. Sólo que cuando se trata de rendimiento, se la puede aplicar sobre la marcha. Pero en materia de seguridad, es necesario anticipar para no correr riesgos. Las visitas médicas obligatorias antes de obtener un empleo, no son obras filantrópicas, sino obras de simple control social. Cardíacos, epilépticos, hemofílicos, víctimas de antecedentes psiquiátricos, no son actualmente los únicos que se encuentran frente al dilema de tener que disimular o decir. No diciendo, no solamente se arriesgan, sino que infringen las leyes, que para la tranquilidad de todos y el buen orden de las cosas, quieren que tanto en el trabajo, como en la ruta o en cualquier otro lugar, cada cosa sea sabida y precisada para que se pueda desconfiar de ella.

Para comparar la discapacidad de los sordos de hoy con respecto a los del siglo pasado, no debemos comparar uno a uno los empleos a los que acceden —o no— hoy en día, con los que ocupaban —o no— en el pasado. Debemos comparar más bien, lo que esos empleos significan dentro de los mercados laborales de ayer y de hoy. Si medimos la discapacidad teniendo en cuenta esta precaución metodológica —y esperemos que así sea aunque no estemos seguros—, suponemos que la inserción profesional de los sordos en la actualidad es mejor que en el pasado. Esto último no le resta importancia al único punto que queríamos destacar: el hecho de que la sociedad asuma sus responsabilidades con respecto a los discapacitados —a aquellos que se vuelven discapacitados dentro del ámbito laboral—, y la preocupación que de allí se deriva por evitar que eso ocurra, tiene como consecuencia *aumentar la discapacidad de aquellos que ya son víctimas de una deficiencia*.

Los discapacitados, como saben lo que es vivir con su deficiencia, son a menudo los primeros en desear que se encuentren los medios para prevenirla. Esto se acentúa aún más cuando se trata de una deficiencia adquirida. Por otro lado, les interesa que su condición se dé a conocer al público en general. Nos sorprendemos y hasta nos escandalizamos cada vez que una categoría de discapacitados —mantenida oculta hasta ese momento— adquiere notoriedad pública. Nos preguntamos cuál es el misterio y la injusticia que hicieron que su destino fuera, hasta ese día, disimulado a tal punto.

Sin embargo, la visibilidad pública de ciertas deficiencias —a veces demasiado brutal— no resulta beneficiosa para los discapacitados mismos. El horror que son susceptibles de inspirar algunas deficiencias, puede hacer que se las tome en cuenta sólo a ellas y se deje de lado a las personas que las padecen. La repulsión que inspira la deficiencia puede incluso extenderse a la persona misma, no dejando lugar —en el mejor de los casos— más que a la compasión, sentimiento que los discapacitados no necesitan. De este modo pensaremos sobre todo cómo hacer para acabar con la deficiencia. Las medidas de protección van a menudo en contra de la inserción social de los discapacitados, y tanto más cuanto más radicales son. Las políticas eugenistas se interesan por los individuos portadores de deficiencias de carácter hereditario o susceptibles de serlo, lo que los vuelve más discapacitados aún. Estos individuos son el objeto de medidas autoritarias, de presiones informales o de prohibiciones interiorizadas que limitan su derecho a la procreación. Los sordos se casan entre ellos. Existe una sordera hereditaria. Por difícil que sea la condición

de aquellos que no han tenido suerte en la lotería de la vida, no siempre ocurre que estén tan hastiados como para no querer, a su vez, engendrar vida.

Es evidente que hacer hincapié en la prevención no favorece en nada a aquellos que ya padecen de una deficiencia. Sin embargo, es importante señalar que las acciones de prevención pueden conducir a aumentar la discapacidad. Al contrario, cuando se trata de atacar una deficiencia que se encuentra ya instalada, el problema parece ser completamente distinto. Sin embargo, las consecuencias pueden ser semejantes. La historia de la educación de los sordos ilustra bien este propósito.

La invasión de la educación de los sordos por las preocupaciones terapéuticas

Instrucción o reeducación: detrás de la disputa de métodos, un debate acerca de los fines de la educación de los sordos.

Los sordos son los herederos y continuadores de una creación cultural importante que les pertenece enteramente. La lengua de señas, lenguaje gestual que se transmite de generación en generación, es una verdadera lengua, con un vocabulario y una gramática propios. Lejos de ser universal, la lengua de señas –al igual que todas las lenguas– no es comprendida más que por aquellos que la utilizan y que conocen el código. Ese código es diferente según los países, e incluso está sujeto a grandes variaciones de una localidad a otra.

El talento del Abad de l'Épée, consistió en hacer de esta lengua el vehículo de la instrucción de los sordos. Durante su vida se ocupó de la desmutización de unos pocos, y lo hizo con un interés decreciente. Su sucesor, el Abad Sicard, perdió por completo el interés por estos métodos, cosa que se le reprochó más tarde. En su defensa, declaró que nunca le habían proporcionado los medios necesarios para hacerlo. Le hubiera bastado con “pagar a dos hombres que se encargaran exclusivamente de este trabajo, que no requiere ni de inteligencia ni de grandes talentos, sino solamente de un poco de paciencia”⁶. Sicard prefirió en cambio, consagrarse a lo que le parecía esencial. Éste fue sin dudas también, el caso de muchas otras instituciones que se habían multiplicado en el mundo siguiendo el ejemplo de París.

En la educación de los sordos, durante el siglo XIX se enfrentaron dos métodos. Algunos siguieron el método propuesto por el Abad de l'Épée, que había abierto el camino hacia la educación de masas de los sordos. Otros, siguiendo a

⁶ Citado por H. Gaillard, *op.cit.*, 1923.

S. Heinicke, de Leipzig, preconizaban una enseñanza *exclusivamente oral*. Este último, basándose en la premisa de que sólo se piensa si se habla, hacía depender toda la enseñanza del aprendizaje previo de la palabra (ejercicios de articulación) y de la lectura labial.

En razón de la célebre polémica entre el Abad de l'Épée y S. Heinicke, al método mímico y al método oral se los conoce respectivamente como método francés y método alemán. Es la terminología que se empleó aún en el Congreso de Milán, en 1880, en el que se decidirá, y por mucho tiempo, en favor de este último.

En ese momento, sin embargo, el método francés había casi desaparecido en Francia. Ciertos establecimientos habían adherido al oralismo más estricto y no quedaban muchas instituciones en las que no se intentara enseñarles a los sordos a hablar y a leer los labios. Se utilizaba entonces el *método mixto* o *combinado*, términos que abarcaban las maneras más diversas de hacer cohabitar las señas y la palabra, así como la escritura y la dactilología (alfabeto manual). En líneas generales se hacía lo que hoy se conoce como *comunicación total*. De este modo, en el Congreso de Milán, no se condenó tanto el método del Abad de l'Épée —más o menos desaparecido ya entonces—, sino el método mixto, ya que se lo consideraba menos eficaz para lograr el objetivo principal: el aprendizaje de la palabra. Hablamos de métodos, pero lo que triunfó en Milán fue, en efecto, la afirmación clara de las finalidades atribuidas a la educación de los sordos. *Anteriormente considerada como un método entre otros, la palabra se volvió el único posible, transformándose así en un fin en sí misma.*

El Abad de l'Épée pretendía hacer de sus alumnos buenos cristianos, buenos ciudadanos y buenos obreros. Tomó en cuenta su deficiencia y descubrió que, a través de su lengua, era posible instruirlos, enseñarles a leer y escribir. Con el fin de favorecer su inserción social, apuntó a la instrucción y al acceso a la cultura. La enseñanza del francés se impartía a los niños sordos siguiendo los mismos métodos que se utilizan para enseñar una segunda lengua, a través de la escritura, el alfabeto manual y naturalmente, las señas metódicas⁷. Los logros de algunos alumnos fueron particularmente brillantes. Del Instituto de París resultó una pléyade de intelectuales que conociendo tanto la lengua de señas como el francés, fueron seguramente menos afectados por no saber hablar que las generaciones de sordos llamados hablantes, que a decir verdad, no conocían ni una ni otra.

⁷ Las señas metódicas, no pertenecen a la lengua de señas natural. Son señas artificiales destinadas a traducir literalmente, término a término, formas gramaticales de la lengua francesa.

A partir de 1880 quedó establecido que, quien no articulaba bien no podía ser buen cristiano, ni buen ciudadano, ni buen obrero. La palabra, considerada como “el pasaporte necesario para acceder a la cultura” y la condición *sine qua non* de la inserción social, se volvió la finalidad en materia de instrucción, la medida de todas las cosas y su adquisición, el requisito previo necesario a toda forma de acceso al saber. “¿Por qué, entonces, se quiere por todos los medios dar el “saber” a los sordos, antes de haberles dado los medios de adquirir el lenguaje correcto?”. Podemos decir esto mismo usando los términos que los sordos emplean: los grandes establecimientos de enseñanza se transformaron en “clínicas de la palabra”. “¿Acaso el médico le pregunta al enfermo su opinión acerca de la manera en que debe ser tratado?”. Esta frase se volvió corriente después del Congreso de Milán, tanto en boca de los profesores, como por escrito. Está dirigida a las asociaciones de silenciosos, que por ese entonces se habían vuelto demasiado ruidosos. Ya no se trataba de escucharlos, como se lo había hecho durante décadas. Esta frase indica, claramente, la manera en que los maestros concebirán, desde ese momento, a los sordos y a su propio trabajo. El trabajo pedagógico pasó a ser entendido como un trabajo terapéutico. Una publicación reciente, que es una autoridad en materia de pedagogía, lo reafirma⁸. A partir de ese momento los profesores de sordos tendrán como ideal no parecerse a los hombres que reclamaba Sicard.

Daños intelectuales y afectivos

Después de un siglo de obstinación oralista se comenzó a hacer el triste balance del período transcurrido. Este replanteamiento se llevó a cabo tanto en los países en los que el oralismo había sido aplicado de la manera más rigurosa —como los países escandinavos—, como en aquellos —como los Estados Unidos—, en los que la lengua de señas nunca estuvo prohibida en el ámbito de la educación. Esta prohibición estuvo y está en vigor en Francia actualmente⁹.

Es a los psicólogos, o más exactamente a los psicolingüistas, psicoterapeutas y psiquiatras que debemos las denuncias más acusadoras¹⁰. El punto de vista de

8 Henry Herren (bajo la dirección de), *L'éducation des enfants et des adolescents handicapés en milieu scolaire et parascolaire*, tomo 3, vol. 1, Les sourds, Paris, Ediciones E.S.F., 1971, 225 p.

9 Los Estados Unidos tuvieron también su período oralista, pero más tarde que los países europeos. Por otro lado, y sobre todo, aún durante este período —en todo caso en los internados—, se recurría a las señas para los niños más grandes que no habían logrado aprender a hablar.

10 Entre los psicolingüistas, ver principalmente los trabajos de Ursula Bellugi. Entre los demás podemos citar: Hilde S. Schlesinger y Kathryn P. Meadox, *Sound and Sign, Childhood Deafness and*

quienes se encuentran de este lado de la barrera es siempre más escuchado que el de aquellos a quienes la cuestión concierne directamente. Pero el interés principal de lo que nos dicen, es que debemos justamente comenzar a prestar atención a la voz de los silenciosos.

Preocupados principalmente por el desarrollo intelectual, el equilibrio afectivo y la salud mental de los niños sordos, mostraron cuál era el origen de todas las patologías, de lo que aún ciertos psicólogos que no se han modernizado describen como la “psicología del sordo”. El origen de esta “psicología del sordo” reside en hacer del aprendizaje de la palabra el objetivo fundamental del que dependerá todo lo demás. Estos profesionales preconizarán una forma de educación precoz que va en sentido inverso de la que se implementa actualmente en Francia. Es decir, una educación precoz que no apunta a alertar a los padres contra las señas que podrían escapárseles, sino que pone el acento en la comunicación sin imponer ningún método de manera exclusiva. Se les enseña a los padres oyentes la lengua de señas. Y, oh sorpresa, no son necesariamente los niños cuyos padres utilizan la lengua de señas, los que se muestran menos ávidos por aprender a hablar.

Absurdos pedagógicos

En la década que siguió al congreso de Milán proliferaron las prácticas pedagógicas más insensatas. Al mismo tiempo que el aprendizaje de la lectura era establecido como un objetivo que debía ser alcanzado por todos los franceses, el oralismo —que contaba entre sus slogans con la frase “el libro del alumno es la boca del maestro”—, comenzaba su guerra contra el libro, preconizando un aprendizaje diferido de la lectura y de la escritura. Estos últimos eran considerados como medios de comunicación demasiado fáciles que, al igual que las señas, impedirían que los sordos hicieran el esfuerzo necesario para hablar. Por otro lado, señalaban algunos, ¿cómo harán los sordos para comunicarse con los analfabetos? Muchos consideraban que, tal como ocurre con la lengua de señas, el carácter concreto de la escritura no permitía verdaderamente el acceso a la abstracción. Insistían: ¿por qué con los sordos debemos proceder de manera diferente que con los oyentes que aprenden a leer una vez que ya saben hablar correctamente?

Mental Health, Berkley, University of California Press, 1972, 265 p., E.D. Mindel and Mc Cay Vernon, *They grow in Silence*, Maryland, 1972 y los trabajos del psiquiatra noruego Terje Basilier.

Estos métodos y muchos otros aún más criminales, fueron desechados. Se los calificó de “excesivos”, pero sin que jamás fuera puesta en duda la finalidad única que se había fijado y que los explicaba. En Milán se encontró al fin, un criterio simple para juzgar la calidad de un establecimiento, criterio que sigue siendo válido hoy en día: una escuela vale tanto más, cuanto menos se “gesticula” dentro de ella.

Estigmatización de la lengua de señas y en consecuencia de la comunidad de los sordos

Si bien el oralismo ha fracasado en forma espectacular en la que fue y sigue siendo su ambición, hacer hablar a todos los sordos de manera comprensible, ha tenido un éxito innegable en otro punto de su programa: ha logrado estigmatizar la lengua. No pudo acabar con ella como se lo proponía, pero logró transformarla en una lengua vergonzante. Esta lengua se utiliza a escondidas, es la lengua de la cotidianidad, de los intercambios afectivos y de la conspiración, es la lengua de los niños –sordos– contra sus maestros –oyentes. Ya no se pretende, obviamente, que los maestros la conozcan. Al contrario, se les desaconseja aprenderla por miedo a que se dejen llevar. Es sorprendente que sólo unos pocos hayan ignorado estas directivas y se hayan preocupado por aprenderla. Esta falta de curiosidad es la interiorización perfecta del rol docente que les asignaba el proyecto de 1880. Ya no se les pide que comprendan a sus alumnos, sino que los corrijan.

La lengua de señas es a tal punto desvalorizada y condenada por los docentes, que ellos mismos se enorgullecen de no querer conocerla. Este fenómeno se acopla a un proceso interno de la lengua de señas, algo así como una profecía autocumplida, como hay tantas en la historia de los sordos. Basta con prohibir una lengua, para que comience a presentar todas las características por las cuales se la desprecia¹¹. La prohibición parece entonces obrar en favor de aquellos a quienes se menosprecia.

Depreciación del sordo

Es sorprendente ver el cambio de tono de la literatura que trata el tema de los sordos a partir del momento en que se elige el oralismo. La intensa y benévola curiosidad inicial que despertaba el funcionamiento mental de aquellos cuya lengua se descubría –hasta la mitad del siglo XIX–, fue seguida de una literatura

11 Cf. p. 71-72 in Bernard Mottez, *A propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes*, documento mimeografiado, París, Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux, 1976, 90 p. (agotado).

sistemáticamente despreciativa de los sordos. Estas obras, escritas por los mismos educadores, se ingeniaban en demostrar su inferioridad natural –intelectual, afectiva y moral– con respecto a los oyentes. Estos escritos encuentran su explicación en el proyecto oralista mismo: si es necesario desplegar tantos esfuerzos y sacrificar tantas otras cosas para aprender a hablar, es porque se considera que un ser hablante es superior a uno que no habla. Sin embargo muy rápidamente aparece la herida narcisística, como Pigmalión herido en su amor propio. La tarea resulta más difícil de lo previsto y los educadores se conducirán como lo hacen los niños cuando se hallan frente a un objeto que no les obedece. Puesto que no habían visto en los sordos otra cosa que su propio proyecto, la imagen que éstos les devuelven es la de su propia impotencia. Se han vuelto incapaces de ver en ellos, lo que sus predecesores habían sabido descubrir y aprovechar. Y en lugar de reconsiderar su posición, esto no será más que un estímulo suplementario para obstinarse contra la deficiencia –y el sordo. En definitiva todo el mal viene ahí: son sordos. Es un círculo vicioso.

Negación de instruir, instrucción bajo condiciones y concentración de los esfuerzos sobre aquello en que los sordos no se destacarán nunca

El oralismo aumenta la discapacidad del sordo ya que se niega a darle aquello que podría y tiene derecho a recibir, en tanto y en cuanto no dependa de la palabra. La enseñanza del cálculo está subordinada a la de la lengua oral¹². Mientras más se haga del aprendizaje de la palabra la finalidad de la educación de los sordos, cuanto más se centre su escolaridad –concebida entonces como una terapia– sobre aquello que los sordos no lograrán nunca más que a medias, más se descuidará el resto. La mediocridad de los resultados en articulación, en francés y en gramática, será a su vez la prueba de que es absurdo pensar que puedan acceder a estudios más elevados. Mientras que, hasta hace pocos años en Francia nos preguntábamos si era concebible la enseñanza a nivel secundario para los sordos, en Estados Unidos existía desde hace más de un siglo una universidad para sordos. Sin desdeñar el uso de las señas, allí se formaban profesores, matemáticos y químicos. Los estudiantes recibían una educación de base que les permitía continuar sus estudios en otras universidades con la intervención de intérpretes profesionales.

12 Como lo ha mostrado J. Lillo en un valiente artículo: «À propos de l'enseignement du calcul et des mathématiques, critique de l'emploi trop exclusif de la communication linguistique», *Revue Générale de l'Enseignement des Déficients Auditifs*, Paris, 1^o trimestre de 1970.

Desde hace algunos años en numerosas universidades se multiplican programas para los sordos.

Los sordos desterrados de la enseñanza

El oralismo ha aumentado la discapacidad del sordo de otra manera. Los sordos no están condenados a los oficios manuales sólo por la educación que se les imparte, algunas profesiones intelectuales a las que antes podían acceder, les están ahora formalmente prohibidas. Paradójicamente hoy nos complacemos hablando de integración, y es en nombre de ella que se le prohíbe a los sordos enseñar a los sordos¹³. Sin embargo, durante mucho tiempo ésta fue la *via regia* para los más brillantes de entre ellos.

Por otro lado, ¿quién mejor que un sordo para comprender a los niños sordos, saber lo que se les puede exigir o no y servirles de modelo? A partir de ahora no habrá para el sordo más modelo que el oyente, es decir, algo que él nunca será. Puesto que el ideal de todo sordo debe ser parecerse a un oyente, ¿cómo es posible que un profesor sordo pueda articular a la perfección y corregir los defectos de pronunciación de sus alumnos?

Conclusión

La discapacidad, o la deficiencia —para respetar la terminología de este artículo—, al revés que cualquier otra enfermedad que finalmente se puede curar, es una realidad ineluctable sin verdadero remedio. Se trata aquí de una cuestión de definición.

El enfermo, como es sabido, busca su recuperación. Ésto es al mismo tiempo un aspecto positivo que se transforma para él en una obligación social. A los enfermos se los tolera justamente a condición de que hagan lo necesario por salir de su estado. La enfermedad es un estado del que hay que huir, es un imperativo moral y social.

13 En Francia, como en la mayoría de los países del mundo, a los sordos e hipoacúsicos no solamente se les prohíbe la docencia sino también el acceso al diploma de educador. Quienes viven cotidianamente con los niños sordos, quienes vigilan los comedores y los dormitorios, organizan sus distracciones y secundan sus enseñanzas, deben obligatoriamente oír y hablar sin problema. Sin duda, para evitar dar el mal ejemplo a aquellos que se pretende reeducar. Modelo estimulante, el educador oyente y hablante, les muestra así cómo deben ser, cómo deben hacer y lo que les falta para ser “normales”. Obviamente que los jóvenes sordos fracasarán en la imitación de este modelo, ya que tienen prohibido ocupar ese lugar, y servir de modelo a su vez.

La deficiencia, al contrario, es algo que hay que aceptar. Se debe hacer un pacto para vivir con ella. Es un imperativo moral, social y también un imperativo vital, tanto como el de curarse cuando se está enfermo.

Aunque ésto parezca evidente debemos recordarlo puesto que, como ocurre con todas las fórmulas abstractas y vacías, todo el mundo puede adherir a ella sin que por ello exista un verdadero acuerdo. Todo depende de lo que cada uno ponga detrás de esta afirmación y de las conclusiones que saque de ella. Lo que no es menos evidente, en efecto, es el hecho de que nadie se resigne ni se acostumbre a aquello que no tiene verdaderamente un lugar en la sociedad. El comportamiento de aquellos que predicán el realismo resulta siempre la mejor ilustración¹⁴.

Hemos distinguido dos direcciones de acción posibles para reducir la discapacidad. En primer lugar, una acción en dirección del sujeto y una acción del sujeto sobre sí mismo. Es la que tiene por objetivo disminuir la deficiencia. Esta acción se inscribe en el espacio en el que la deficiencia se acerca a la enfermedad, espacio limitado dentro del cual siempre es posible hacer al menos algo. En segundo lugar, una acción en dirección de la sociedad. Podemos considerar que la segunda es una manera de adaptar la sociedad al individuo. A esta última podemos llamarla por su nombre: se trata de la tolerancia.

Una y otra no se excluyen *a priori*. Podemos incluso imaginar una perfecta complementariedad. Una completaría en cierto modo el camino que la otra no puede recorrer. Ya hemos demostrado, sin embargo, en qué sentido estas dos ópticas pueden oponerse, y es esta oposición la que nos interesa.

Los especialistas que se encargan de reducir la deficiencia, tomarían con gusto la célebre parábola china: para ayudar a un necesitado, puedo darle el producto de mi pesca, pero también puedo enseñarle a pescar. Enseñarle a pescar es obviamente

¹⁴ Es sabido que los padres de los niños discapacitados no se comportan nunca como deberían. Rechazo y sobreprotección son las actitudes con las que agravan regularmente las cosas. La única forma de remediar esto sería que “vieran las cosas de frente” y que “aceptaran a sus hijos tal como son”. Es divertido, si puede decirse, que estos discursos llenos de razón, sean sostenidos a menudo por psicólogos que predicán sobre la manera en que las víctimas se las arreglan con su deficiencia. ¿Es necesario decir que con esto no ayudan en absoluto a los padres a seguir los consejos que les prodigan? Sabemos que la aceptación y, en fin, el reconocimiento de la discapacidad, no se traduce, para quien la padece, en una suerte de resignación. Al contrario, es en ese momento que la persona deja de querer volverse invisible. Ha decidido vivir y pone todo su empeño para reivindicar el lugar que le corresponde de pleno derecho. Se impone tal cual es, y no tal como quisieran que fuera.

el servicio más precioso que puede dársele, ya que se volverá autónomo y no dependerá en el futuro de nuestros regalos.

Los especialistas conciben su tarea de este modo. Estiman darle al discapacitado lo mejor que podrían darle. Esto explica sus actitudes frente a todas las medidas que apuntan en dirección de la sociedad. Frecuentemente las encuentran demagógicas, a veces perjudiciales, y generalmente secundarias. Más exactamente, están muy de acuerdo con esas acciones, siempre que no interfieran con su trabajo, o siempre que puedan ser consideradas como el suplemento de lo que ellos no pueden hacer. Son capaces, en cambio, de mostrar una increíble hostilidad —con la conciencia bien tranquila—, hacia todas aquellas acciones que vayan en contra de lo que ellos consideran lo mejor, en contra del buen resultado de su trabajo.

Desafortunadamente, estas medidas son generalmente las que los discapacitados reclaman, y es en pos de ellas que comprometen su acción. Mientras que para los especialistas, no se puede aceptar otra acción que aquella que se ejerce sobre el cuerpo del discapacitado, para el discapacitado, se trata efectivamente de lo contrario, para encontrar su lugar y ser aceptado, es sobre el cuerpo social que se debe actuar. Un ejemplo solamente: en casi todos los países del mundo, a menudo son las asociaciones que persiguen el bien de los sordos, las que se oponen —y frecuentemente por todos los medios— a las emisiones de televisión para los sordos. Estas emisiones darían a los oyentes una imagen desfavorable de los sordos, les harían creer que no pueden hablar. También serían una fuente de malas ideas para los jóvenes sordos, a los que hasta entonces se ha logrado mantener apartados de la seducción de esta manera de comunicación demasiado fácil. Nos damos cuenta entonces de toda la intolerancia que se esconde, a veces, detrás de los propósitos más devotos. A menos que prefiramos decir inversamente, y dedicado a los discapacitados que tienen un punto de vista opuesto, que detrás de los actos más grandes de intolerancia se esconde a veces una real solicitud.

Para los especialistas, el problema no reside solamente en tomar distancia y decidir qué sería razonable acordarles a los discapacitados, es decir, decidir de manera esclarecida lo que es bueno para ellos. El problema reside, una vez más, en que acepten tomar una parte más modesta en las decisiones que los conciernen, puesto que en definitiva, cuando se está “al servicio de los discapacitados”, ¿no es sobre todo a su punto de vista que es necesario someterse?

Todo resultaría más claro si estuviera indicado de antemano —y de manera en que pudiéramos descifrarlo—, cuáles son los márgenes dentro de los que es posible

una acción terapéutica. Cada cual busca efectivamente datos objetivos a partir de los cuales poder fundar una política racional. Pero lo propio de este proceso es que todo ocurre en la oscuridad. Cada caso es un caso particular y todo lo que hay que hacer o inventar, no está justamente indicado de antemano. Cuando los deseos son grandes hay, en toda política, una parte importante que se transforma en apuesta.

Esto es verdad para todos, incluso para las víctimas de la deficiencia. Es difícil renunciar al deseo de ser como todo el mundo, o al menos parecer. En primer lugar porque ser discapacitado no es solamente “ser otro”, sino que, si tomamos el término deficiencia al pie de la letra, ser discapacitado significa “ser menos”. Por otro lado, porque a los discapacitados se les hace creer que es posible acercarse a ese sueño porque se les dan los medios para hacerlo, se les dice que depende de ellos y que es cuestión de voluntad. De este modo, el sueño se vuelve también una obligación.

El margen de las acciones que pueden ejercerse sobre sí mismo parece siempre amplio. Entre todos los actos de heroísmo, cotidianos y anónimos, a los que los discapacitados están condenados, hay siempre algunos que podrían haber logrado con más éxito si hubieran aumentado por su parte la dosis de esfuerzo. Para que este incesante trabajo sobre sí —y sobre todo para que los inevitables fracasos por los que se infiltran la culpabilidad, el desprecio de sí mismo y la cólera— se transforme en reivindicación y en acción sobre la sociedad, tienen que darse condiciones sociales bien precisas que no analizaremos aquí.

Pero existe otra razón por la que las reivindicaciones de los sordos no son escuchadas. Es que se trata de niños, y no se acostumbra a preguntarles a los niños de qué manera quieren ser educados. Toda forma de educación, se nos dice con justeza, comporta una cierta forma de violencia. Quienes reivindican y piden ser escuchados son los sordos adultos.

Se dice que los sordos adultos son otros sordos: son los fracasos de la pedagogía de ayer. No se debe detener el progreso: mañana todos los sordos hablarán y parecerán oyentes. Hace cien años que se anuncia sin cesar la buena noticia: acabamos de encontrar el método. En Francia, el último en vigencia es el método verbo-tonal.

Cuántos padres de niños sordos no son reticentes con respecto a los sordos adultos. Éstos son la imagen de lo que su niño no será, son la imagen de aquello que hay que mantener a distancia. Pero, una vez que los niños alcancen la mayoría

de edad, se llevarán a cabo grandes elecciones. Desde hace un siglo, y a pesar del “progreso”, estas elecciones se hacen, invariablemente, siguiendo el mismo modelo. O bien el sordo sigue viviendo a la sombra de su madre, a la que siempre necesitará, o bien —cruel separación— traicionando los esfuerzos de sus padres y maestros, se casará con otro sordo e integrará el mundo de los suyos.

Es remarcable además que la mayoría de quienes se ocupan de luchar contra la deficiencia, ignoran casi todo acerca del mundo de los sordos adultos. Demasiado ocupados en la búsqueda del último invento que acabará con la deficiencia, trabajando obstinadamente para el futuro, y yendo siempre hacia adelante, son incapaces de mirar qué ocurre del “otro lado”. Su tarea se termina en el momento en el que han dado —como dicen— el máximo de posibilidades a los niños sordos. Les han dado las herramientas, ahora les toca a ellos utilizarlas.

Dichosos los sordos que, capaces de formarse un juicio acerca de estas herramientas, aprenderán finalmente y de sus mayores, cómo vivir.

Dos lógicas: lucha contra la sordera y combate por los Sordos¹⁵

El punto de vista de las personas concernidas de manera existencial por una deficiencia –los discapacitados mismos y sus allegados–, se opone a veces violentamente al de los especialistas con autoridad para intervenir. La distinción propuesta entre deficiencia y discapacidad permite apreciar de manera más precisa la orientación de unos y otros. Deficiencia y discapacidad son las dos caras de una misma realidad. La discapacidad es el conjunto de roles sociales denegados a un individuo en razón de una deficiencia. La discapacidad puede ser reducida mediante una acción sobre el individuo, dirigida a disminuir su deficiencia, y/o por una acción dirigida hacia la sociedad.

Estas orientaciones están lejos de ser siempre complementarias, y desgraciadamente pueden oponerse.

Las reflexiones siguientes se inscriben en el marco de una investigación sobre la condición social de las personas discapacitadas. Nuestro interés se centró rápidamente sobre la condición de las personas sordas. Pero lo que decimos aquí vale de la misma manera, y a veces aún más, para otras categorías de discapacitados. Haremos referencia a esto más adelante.

No podemos más que sorprendernos de la violencia con la que, a menudo, se oponen las personas concernidas de una manera u otra por una misma discapacidad. Médicos, educadores, familiares, discapacitados, están todos a bordo del mismo barco. Sin embargo, las convocatorias periódicas de parte de unos y otros para unirse en un frente común y luchar contra la indiferencia de los poderes públicos o del gran público, no llegan –salvo en muy raras ocasiones– más que a acuerdos limitados o convenios aparentes y de corta duración.

Estas oposiciones no se deben a que la posición de unos sea, o pueda ser juzgada desde un punto de vista absoluto, como más lógica y más racional que

¹⁵ In *Conceptions, mesures et action en santé publique*, les colloques de l'INSERM, vol. 104, 1981, pp. 397-405.

la de los otros. Lo que ocurre es que hay varias lógicas que se oponen entre sí en algunos puntos.

Lo que haremos aquí es solamente una suerte de topología para ubicar sucintamente los conflictos que se sitúan en los puntos en que estas lógicas se oponen. Al interior de estos conflictos, no podríamos poner en duda la buena fe y eventualmente el completo desinterés de los especialistas. Sin embargo ocurre que estos especialistas son al mismo tiempo objeto de una viva hostilidad por parte de “aquellos a quienes desean el bien”, y a su vez, son incapaces de comprender la razón de la misma. La atribuyen a una cierta inmadurez o irracionalidad.

Para hacer esta topología volveremos a tomar esencialmente las categorías de análisis que propusimos anteriormente, principalmente en el artículo “Al obstinarse contra la deficiencia, se aumenta con frecuencia la discapacidad, el ejemplo de los sordos”¹⁶ e “Integración o derecho a la diferencia, las consecuencias de una elección política sobre la estructuración y el modo de existencia de un grupo minoritario, los sordos”¹⁷.

Definiciones

La condición de discapacitado por oposición a la de enfermo.

La condición de discapacitado es, *a priori*, completamente diferente a la de enfermo. Aceptemos, al menos provisoriamente, concebirla de esta manera.

El estatuto de enfermo es un estatuto provisorio. Habitualmente, la enfermedad es un estado del cual deseamos salir lo más pronto posible, y enhorabuena, puesto que se trata de una obligación social. Recordamos a T. Parson y las bellas armonías preestablecidas del funcionalismo. El enfermo es tratado con las atenciones y el estatuto de excepción que conocemos en la medida en que ponga toda su voluntad por salir de ese estado.

Lo que afecta al discapacitado no es provisorio. Si nacimos con una trisomía o nos quedamos parapléjicos, pues así permaneceremos. Si nacimos o nos quedamos ciegos o sordos, salvo raras excepciones, así nos quedaremos. Los imperativos que se desprenden de esta situación física son pues, otros. Los psicólogos clínicos que trabajan con los discapacitados –y éste es el punto central de su tarea– no dejan de proclamarlo: el discapacitado que no ha “aceptado” su estado –“reconocido” es tal vez más exacto–, y que difiere siempre este momento, está en conflicto

16 *In Sociologies et Sociétés*, IX, I, 1977, p. 20-32.

17 Rapport CORDES, CEMS, 1979, 165 p.

permanente consigo mismo y con los demás, es desdichado, ineficaz y no vive más que a medias. Aceptar su estado, reconocerlo en lo que tiene de ineluctable y definitivo, es para el discapacitado un imperativo moral. Es también un imperativo de vida, tanto como lo es el de curarse cuando se está enfermo.

Formas de implicación

La sordera o cualquier otra discapacidad, pueden concernirnos de varias maneras. Distinguiremos aquí dos grandes categorías.

Podemos estar implicados de manera existencial. La implicación existencial se caracteriza, sobre todo en oposición a la implicación profesional, principalmente por, primero porque no ha sido elegida; segundo, no implica que tengamos –sobre la sordera– ningún conocimiento particular de carácter formal, teórico o técnico reconocido –es decir, avalado por lo que garantiza socialmente y a menudo de forma exclusiva, un saber o una habilidad: la obtención de un diploma. Se hallan implicados a título existencial, en primer lugar, los sordos mismos, pero también sus familiares –padres, hijos, hermanos y hermanas, conyugue...– así como también sus colegas de trabajo, sus vecinos o el médico de la familia.

La implicación profesional se caracteriza en cambio por: primero, ha sido elegida, y segundo, implica la posesión de un saber formal, generalmente sancionado por un examen reconocido. Este examen confiere oficialmente, el derecho, la autoridad y, a menudo, la exclusividad para intervenir dentro del marco que definen las competencias adquiridas. Se trata, en efecto, de competencias que se refieren a un aspecto específico del problema de la sordera y no a todos –médico, otorrinolaringólogo, audioprotesista, fonoaudiólogo, profesor, educador, etc.

Deficiencia y discapacidad

Siempre nos ha parecido cómodo hacer una distinción entre la *deficiencia* y lo que, por falta de un término más adecuado, continuamos llamando por convención, *discapacidad*.

La deficiencia y la discapacidad son las dos caras de una misma realidad. La primera se refiere a su aspecto físico, y la segunda a su aspecto social. Las dos pueden ser medidas. Podemos decir, de manera poco sutil, que la deficiencia visual se mide en dioptrías, la sordera en pérdida de decibelios y la debilidad, en términos de posición dentro de una escala que sirve para indicar el coeficiente intelectual. Podemos imaginar incluso, una medida para aquellas deficiencias

que hasta hoy no hemos necesitado medir. Ésta será siempre el resultado de los test que exploran la disminución de cierto rendimiento, causada por la lesión de un órgano o por una disfunción. Desde un punto de vista social, estas medidas tienen a veces aplicaciones prácticas importantes. Permiten clasificar claramente a los individuos, operación capital para todo administrador minucioso. Cuando se trata de otorgar o retirar ciertos derechos, frecuentemente se hace referencia a la medida de la deficiencia, y solamente a ella. En efecto, la deficiencia reviste un carácter a la vez absoluto, técnico y preciso que permite no tener en cuenta los contextos sociales.

Llamaremos por convención, discapacidad, al *conjunto de lugares y de roles de los cuales un individuo, o una categoría de individuos se encuentran excluidos a causa de una deficiencia*. Entendemos aquí por lugares sociales, aquellos campos de actividades más o menos institucionalizados, definibles en términos tan simples como trabajo, educación, deporte, esparcimiento o religión. La discapacidad es pues, el conjunto de prohibiciones y limitaciones a los compromisos sociales. No es otra cosa, si puede decirse, que el antónimo de la integración. Las exclusiones pueden ser formales, explícitas, como por ejemplo: “Nadie puede tener acceso a la función pública si no es sano de cuerpo y espíritu”. También pueden ser informales, resultar de prohibiciones interiorizadas o presentarse simplemente como algo que cae por su propio peso.

No existe oficialmente una medida de la discapacidad que presente un interés puramente sociológico. Sería un juego de niños imaginarla. Será importante entonces no olvidar de jerarquizar los diferentes roles y lugares sociales sobre los que recae la exclusión. Ciertas actividades sociales son más valorizadas que otras. Incluso si cada uno es libre de jerarquizar a su manera, la exclusión de ciertos lugares como la educación y el trabajo, significará siempre una exclusión mayor que la de otros como los pasatiempos o –al menos en la sociedad actual– la religión.

Esta separación tajante entre la realidad física –la deficiencia– y la realidad social –la discapacidad– permite poner de relieve la parte relativa a la deficiencia en la producción de la condición social de aquel que la padece. Es claro que una misma deficiencia no representa la misma discapacidad según las orientaciones y los modos de organización de las sociedades. Lo que no es más que una deficiencia sin consecuencias mayores en tal sociedad o en tal contexto, puede volverse una discapacidad grave en otros.

Tomemos el ejemplo del enanismo. En términos fisiológicos se trata de una anomalía, de una anormalidad. A esta anomalía, como a toda deficiencia, le corresponde una realidad social. El enanismo representa una discapacidad. Es más difícil vivir siendo enano que no siéndolo. Si somos enanos las personas nos miran o, lo que es lo mismo, evitan hacerlo. Somos sin cesar víctimas de la incomodidad de los otros con respecto a nuestra persona. Generalmente, se nos excluye de los roles sociales de representación. Estamos limitados en nuestras elecciones conyugales. Todo esto sin hablar de los pequeños inconvenientes de la vida cotidiana: cuesta más caro vestirse, ya que las prendas deben ser confeccionadas a medida, los objetos y aparatos de la vida práctica están siempre ubicados demasiado alto, lo que nos obliga, a menudo, a pedir ayuda.

Imaginemos, dejando de lado la pigmentación de la piel, que los enanos fueran a vivir con los pigmeos, o en cualquier otra sociedad donde todo fuera concebido a su medida. La discapacidad desaparece completamente, y esto aunque nada haya cambiado con respecto a la anomalía que sigue siéndolo, incluso si es de aquellas de las que podemos aspirar a deshacernos algún día.

Podemos ver en qué sentido la discapacidad, al contrario de la deficiencia, es rigurosamente un producto de la organización social.

Para reducir la discapacidad existen pues, dos direcciones posibles, analíticamente separables y que, *a priori*, no se excluyen entre sí. Podemos luchar directamente contra aquello que hemos convenido en llamar discapacidad, es decir, modificar ciertas formas de la organización social. No podemos hacer que la persona con parálisis cerebral, ni el parapléjico o el tetrapléjico caminen, pero podemos organizar la *cité* de manera que su discapacidad se vea reducida: concebir viviendas adecuadas, evitar las escaleras en los lugares públicos cuando no son necesarias, o construir rampas por las que se pueda pasar en silla de ruedas, multiplicar los ascensores accesibles y, finalmente, —puesto que por ser discapacitado no se está menos obligado a satisfacer ciertas necesidades comunes— adaptar a su uso los baños públicos.

Pero por otro lado, como existe una relación entre la deficiencia y la discapacidad, se puede también disminuir la deficiencia, esperando que esto reduzca en la misma medida la discapacidad. Esto sería abordar la deficiencia desde una óptica terapéutica, excepto que debemos precisar que nos referimos, naturalmente, a disminuir la deficiencia. Tratándose de cosas tales como la sordera, la ceguera, una mutilación o un daño de la médula espinal, se puede hablar de ortopedia o de paliativo, pero no de cura.

A diferencia de las medidas precedentes, *totalmente dirigidas hacia la organización social*, las acciones que buscan reducir la deficiencia, *se orientan hacia la persona misma del discapacitado*. Destinadas a mejorar directamente su desempeño y/o a darle los medios para valerse por sí mismo, deben aumentar sus posibilidades de integración. Es para disminuir la deficiencia que trabajan la mayoría, si no todos, los especialistas al servicio de los discapacitados: médicos y cirujanos especializados, protesistas y reeducadores de todo tipo. En materia de sordera, que es de lo que trataremos aquí, además de las intervenciones quirúrgicas y de los audífonos —cuando uno u otro son posibles— debemos contar, entre las medidas dirigidas a disminuir la deficiencia y sus consecuencias inmediatas, todas las técnicas de reeducación auditiva, de ortofonía y de aprendizaje de la lectura labial.

Estas dos direcciones de acción no son, *a priori*, excluyentes. A menudo sucede que son contradictorias y que la acción en dirección de la deficiencia se encuentra frecuentemente asociada a una gran intolerancia hacia el modo de vida normal que se desprende del hecho de estar afectado por una deficiencia.

Partiendo de esta base, podemos enumerar los planos en los que se desarrollan los conflictos específicos entre sordos y “profesionales”:

1) Conflictos en torno a la noción de *prevención*: mientras que esta noción es esencial para los profesionales, no despierta *a priori*, el interés de los discapacitados, ya que de todas maneras no los concierne directamente. Puede incluso resultar francamente desfavorable para ellos, y ésto es lo que ocurre cuando amenaza con convertirse en una práctica eugénica, ya que los sordos se casan frecuentemente entre ellos. 2) Conflictos en cuanto a la naturaleza de la *información* a difundir acerca de la sordera: mientras que los especialistas quieren informar acerca de lo que saben hacer para luchar contra la deficiencia, los discapacitados desean informar sobre lo que el cuerpo social podría hacer para adaptarse a la discapacidad. 3) Conflictos en cuanto a la *educación* de los niños sordos: las preocupaciones terapéuticas de los profesionales han invadido el campo pedagógico. Paralelamente, la lengua de los sordos ha sido condenada y excluida de las escuelas para niños sordos. Y a los sordos se les ha prohibido enseñar allí. 4) Conflictos acerca de la noción de *cura*: la frontera entre deficiencia y enfermedad no es absolutamente tajante: la esperanza de una “cura” posible subsiste, y es a menudo el principio de la acción de los profesionales. Es en este espacio, en el que las esperanzas y la negación se reúnen fuera de toda posibilidad de certidumbre, que se desarrollan los conflictos más violentos.

Los discapacitados son reveladores singulares. Nos permiten descubrir hasta qué punto, todo lo que nos parece evidente en la organización social –y que por eso ni siquiera percibimos– es en realidad, construido, elaborado, y resulta de elecciones sociales que podrían haber sido otras. En este sentido, los discapacitados constituyen para la sociedad, un instrumento de conocimiento valioso acerca de lo que ella ignora sobre sí misma. Al mismo tiempo, para el orden social, son siempre molestos y con frecuencia peligrosos. No pueden ser aceptados tal como son más que al precio de una puesta en cuestión, a menudo costosa en todos los sentidos del término, de este orden.

Si la mayoría de la sociedad humana estuviera constituida por enanos, sordos o ciegos, ella se habría organizado de manera distinta. Hubiera resultado una cultura diferente, no inferior. Se habrían elegido otros caminos y explotado otras posibilidades. Se han imaginado modelos de sociedades como estas, se han hecho proyectos de sociedades “utópicas”, e incluso algunos han conocido un inicio de realización.

Sin embargo, no se trata en absoluto de reorganizar la sociedad en base a estos modelos. Se trata de darles un lugar a las minorías y –si podemos decirlo– de sacar provecho de lo que ellas nos aportan y nos hacen entrever acerca de lo que hubiera podido ser de otra manera.

Los sordos, puesto que no oyen, o no lo suficientemente como para servirse de las lenguas habladas, han desarrollado una lengua visual, la lengua de señas. Ahora bien, esta lengua, en lugar de ser acogida por los oyentes como una nueva faceta del genio humano, de la que podrían ellos también sacar beneficio, ha sido –sobre todo desde hace un siglo– objeto de una saña destructiva y furiosa. El combate contra esta lengua, llevado a cabo en nombre de la lucha contra la deficiencia, y por aquellos que deberían ser los más cercanos a los sordos, es una de las páginas más oscuras de la historia de la intolerancia. Y tanto más puesto que las principales víctimas de esta iniciativa de genocidio cultural han sido siempre los niños.

La identidad sorda¹⁸

Desde hace algunos años se habla mucho de la comunidad de los Sordos, de cultura sorda y de identidad sorda. Estas tres realidades van juntas. Si bien comienza a haber escritos sobre la comunidad de los Sordos y sobre la cultura sorda, no hay en cambio nada escrito aún en Francia –al menos de mi conocimiento– sobre la identidad sorda¹⁹. Como si las nociones de comunidad de los sordos y de cultura sorda debieran ser explicitadas, ilustradas y/o pudieran dar lugar a abundantes comentarios, mientras que la noción de identidad sorda, tal vez porque parece obvia, no necesitara ser precisada. No habría pues, gran cosa para decir al respecto²⁰. ¿Cómo es que lo que designa la absoluta e irreductible

18 *In Etudes et Recherches*, 2LPE, vol. 5, 2º semestre, 1987, pp. 41-55.

19 Sobre la counidad sorda y la cultura sorda, ver el número especial de Santé Mental “L’oeil écoute”, nº 85, abril 1985, los artículos de Christian Cuxac “La fin d’un monde”, pp. 29-32 y Bernard Mottez “Aspects de la culture sourde”; Harry Markowicz “La communauté des Sourds en tant que minorité linguistique”, suplemento del nº 24 de “Coup d’oeil”, Oct-Nov 1980, 12p. En inglés, Paul C. Higgins, *Outsiders in a Hearing World, A Sociology of Deafness*, Academic Press, London, 1980. Mientras esperamos la aparición del libro de Carol Padden y Tom Humphries sobre la cultura sorda, se puede leer de C. Padden “The Deaf Community and the Culture of Deaf People” in Charlotte Baker, Robin Battison (ed), *Sign Language and the Deaf Community*, Washington, NAD, 1980, pp. 89-103.

20 Esta diferencia de consideración, tal vez no proviene, después de todo, más que de la diferencia de estatuto de los tres términos. Cuando hablamos de comunidad de los Sordos, designamos una realidad objetiva, o en todo caso objetivable, y que podría ser descripta de manera pertinente o no. Ocurre lo mismo, a excepción de pequeños detalles, con lo que denominamos la cultura sorda. Con la identidad, en cambio, nos hallamos en otro registro. Muchos, cuando hablan de identidad, insisten con que se trata de un proceso. Quieren decir con eso que se trata de una historia. Otros ponen el acento en el carácter subjetivo del concepto. Debemos ir más allá. O, en todo caso, es hacia ese más allá, que debemos tender. Recurriendo a la terminología austiniana (J. L. Austin, *How to do with words*, Oxford, 1962; traducción francesa, *Quand dire c’est faire*, Seuil, Paris, 1970), diría que con la comunidad de los sordos y con la cultura sorda, nos hallamos en el registro constatativo, mientras que, con la identidad sorda, estamos en el registro performativo. Así, podemos divertirnos discutiendo, incluso, acerca de la existencia misma de una comunidad de sordos y de una cultura sorda, pero, cuando un sordo afirma y reivindica su identidad sorda, no hay ni discusión ni negación

singularidad de cada uno pueda ser confundido —o resultar de— lo que debemos llamar una copia?

Debo confesar que el concepto de identidad sorda no me parece claro de entrada. Es más, a veces me resulta problemático. Y no soy el único. Que este concepto cause problemas a quienes no pueden oír hablar ni de cultura ni de comunidad de los Sordos, ya que prefieren simplemente negar la existencia de aquello que les molesta, parece algo natural. Es en este sentido también que no quieren oír hablar de identidad sorda. Ustedes saben que no es mi posición.

Actualmente, sobre todo en ZLP, se insiste mucho sobre la necesidad de que los jóvenes sordos estén en contacto con adultos sordos a quienes puedan identificarse. ¿La identidad no es en muchos aspectos lo contrario de la identificación?

El concepto de identidad sorda circula a veces como una nueva versión de la antigua “psicología del sordo”. En lugar de las tentativas imposibles, deprimentes y sin ningún interés que intentaban dar una “descripción objetiva” de lo que los sordos son, se intenta ahora proporcionar un modelo normativo de lo que deberían ser. Cualesquiera sean los elementos que incluyamos en ese modelo, éste no nos permite avanzar en nuestra comprensión de lo que significa “ser sordo”. Pero sobre todo, proceder de esta manera nos sitúa en las antípodas de la posición que nos permitiría comprender el carácter profundamente liberador para ustedes, Sordos, del descubrimiento y/o la reivindicación de lo que ustedes llaman vuestra identidad sorda. Es decir, la liberación de ustedes mismos a través de aquello que ustedes tienen de más singular, de más personal.

He sentido, pues, la necesidad de reflexionar sobre esos problemas, a fin de ver un poco más claramente. Esta investigación fue llevada a cabo en el marco de mi seminario, en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Fue realizada con la colaboración activa de los Sordos, algunos deliberadamente gestuales, otros

posibles. No podemos más que tomar en cuenta aquello que adquiere toda su realidad en el acto mismo de su enunciación... Nos resta entender qué es lo que esto significa. No se trata del embrión de una lista de atributos, tan apreciados por los psicólogos. Sino de la reivindicación de un derecho a existir plenamente como persona. Y, como este derecho pasa forzosamente por el reconocimiento de que se es sordo, entonces es necesario hacerla a través de los medios apropiados. Se trata de una reivindicación cercana a la reivindicación de existir simplemente. A decir verdad, esto toca directamente el fondo de la experiencia cotidiana de los sordos: ver a los otros agitarse, actuar, discutir, decidir —incluso acerca de problemas que los conciernen a ustedes— haciendo simplemente como si ustedes no estuvieran allí.

oralistas-sordos, otros que se quedaron sordos en algún momento de sus vidas, y otros hipoacúsicos²¹.

Intentaré compartir con ustedes el estado actual de mi reflexión sobre este tema. Insisto sobre el carácter provisorio de lo que avanzo. No se trata, como de costumbre, más que de proposiciones. Es un primer boceto.

Antes de hablar de identidad sorda, tengo que hablarles simplemente de identidad.

¿Quiénes somos cada uno de nosotros?

Siempre me gusta partir de lo concreto y de lo que creo conocer mejor, partiré entonces de mí mismo. Hagan ustedes igual.

Los elementos de la identidad

Si ustedes lo permiten, voy a enumerar los elementos que componen mi identidad.

Mi apellido es Mottez. Mi nombre es Bernard. Mi padre era ingeniero. Nací en 1930. Soy francés. Tengo ojos azules, la cima de mi cráneo francamente calva y una nariz importante. Estoy casado y mi mujer es extranjera. Soy padre de una mujer y de un varón, actualmente mayores de edad. Soy sociólogo. Soy director de investigaciones en el CNRS. Me intereso por la sordera y he hecho de ella, en estos últimos años, el objeto esencial de mis actividades de investigación.

He aquí una cierta cantidad de rasgos, de características, de atributos – como quieran llamarles– que son elementos de mi identidad. Se trata de rasgos comunes, los comparto con cantidad de otras personas. Estoy tentado de decir: lo que es único es el conjunto. Todos esos rasgos reunidos y otros muchos, hacen que yo sea lo que soy. Es decir, alguien diferente de cualquier otro, alguien que no tiene igual.

Somos muchos los que nacimos en 1930. ¿Tal vez haya aquí presentes otras personas que tengan la misma edad que yo? De todos los que nacimos en ese año se pueden esperar ciertas cosas. Todos sabemos, por ejemplo, que el tiempo que

21 Aproximadamente, unas veinte personas sordas o hipoacúsicas participaron de manera episódica o regular al Seminario este año (1986). Entre los más fieles, hay algunos que frecuentan el seminario desde hace varios años: Daniel Abbou, Ralph Barkatz, Rachid Benelhocine, Saliha Bousselham, Christine Castell, Dominique Charlon, Brigitte Piniau-Ieggli, Karin Salomon, Jacques Thorin et Marie-France Weisser. He aprendido mucho de ellos, y tengo una gran deuda con estas personas. De todas maneras, es evidente que este texto, que debe tanto a sus aportes y que lleva en muchos lugares su marca, no compromete más que a mi persona.

nos queda por vivir será más corto que el tiempo que hemos vivido hasta ahora. Esto nos da frente a la vida una actitud seguramente diferente de la que prevalece en quienes nacieron después de 1960. Puesto que creen que tienen todo el tiempo por delante, pueden generalmente hasta darse el lujo de no pensar en ello.

Pero se puede esperar todavía muchas más cosas de nosotros: un cierto estado de nuestro cuerpo, una cierta experiencia, una cierta respetabilidad tal vez. Luego, haciendo un rápido cálculo, se puede establecer la edad que teníamos cuando nos enfrentamos con grandes acontecimientos, como las guerras, que marcan para siempre a quienes las vivieron. También pueden saber probablemente en qué consistieron nuestros años de aprendizaje y las experiencias cruciales de nuestras vidas. Asimismo, pueden conocer cuáles son las cantinelas que, como toda generación, no podemos evitar contarles una y otra vez a nuestros hijos.

Pero todos nosotros, nacidos en 1930, somos créanme, muy diferentes los unos de los otros. No somos en absoluto iguales. Hay hombres, hay mujeres. Algunos van con la cabeza erguida y caminan a grandes pasos, otros no. Existen de todas las razas, de todas las nacionalidades, de todas las religiones. Hay realmente de todo.

Algunos rasgos bastan para saber con quién tratamos

Tal vez algunos de ustedes querrán saber más sobre mí. Sin embargo creo que lo que acabo de decir es más que suficiente para hacer lo que debemos hacer juntos. Incluso he dicho más de lo necesario. Antes de que tomara la palabra, Jacques Sangla se ocupó de presentarme. Si se fijan verán que dejó de lado la mayor parte de las informaciones que acabo de darles. Por el contrario, dio ciertas precisiones sobre mis actividades en relación con la sordera. Me he reconocido perfectamente en lo que ha dicho. En el contexto en que nos hallamos, las informaciones que ha dado son seguramente más útiles, más importantes, más pertinentes que el color de mis ojos o la profesión de mi padre, para permitirles saber *quién* soy yo.

Cada vez que estamos con otras personas necesitamos saber con quién estamos tratando. Esto es verdad hasta en los contextos más anodinos y aparentemente menos estructurados: la calle, los transportes en común, el hall de una estación de tren, la sala de espera de un dentista. Pero lo que necesitamos saber acerca de los otros varía, claro está, según el caso.

A menudo una simple ojeada basta. A decir verdad, el ojo nos dice rápidamente mucho sobre los otros, a veces más de lo que ellos mismos quisieran mostrar, a veces más de lo que ellos mismos saben. En todo caso, es el ojo, y sólo él,

el que nos permite en un instante elegir al lado de quién o frente a quién nos sentaremos, o evitaremos sentarnos, en los lugares públicos. A quién dejaremos pasar o propondremos nuestro lugar y a quién no. A quién le pediremos la hora, le preguntaremos el camino, o con quién intentaremos intercambiar algunas palabras amables, y con quién, al contrario, intentaremos evitar todo contacto. Es también una simple ojeada la que nos permite constatar que tratamos con la persona habilitada para pedirnos nuestro billete de transporte o para verificar nuestra identidad.

A veces una simple ojeada no basta para aclarar nuestras decisiones. En cuanto se trata de comenzar una relación más durable o más cargada de consecuencias, tenemos que saber más. Por ejemplo, de una persona no basta saber que es médico, tenemos que saber también qué títulos tiene, si es un buen médico, y cómo se comporta con sus pacientes. Sin embargo, si bien es cierto que necesitamos saber muchas cosas sobre los otros, también es cierto, gracias a Dios, que no tenemos que saberlo todo.

No he mencionado cuáles son mis gustos ni las cosas que me disgustan, tampoco mis eventuales compromisos y prácticas en materia religiosa, política o sexual. Sin embargo, esto forma parte de mi identidad. Y puede incluso ser central en la imagen que yo tengo de mí mismo y en la que muchos tienen de mí.

Existen muchas razones posibles para esta omisión. Es posible que mis compromisos sean muy diferentes a los suyos y que corra el riesgo de escandalizarlos. Estoy seguro de que si así fuera, esto tendría consecuencias en la manera en que recibirán lo que voy a decirles luego. Por esta razón, puedo pues escoger no hacer referencia a estas cuestiones, o diferir su comunicación.

Incluso puedo pensar que se trata simplemente de aspectos de mí mismo que no interesan a todo el mundo. No se los cuento más que a algunos, además no estamos en el lugar indicado. Son cuestiones personales, privadas. Claro está que lo que llamamos personal o privado varía según el contexto, y es éste el que determina, en cada circunstancia, lo que podemos mantener en secreto.

Antes de comenzar les pregunté a ustedes quién era sordo, padre de sordo o profesional. Esto era importante para lo que quería decirles. Quería saber a quién me dirigía. Supongan ahora que les pregunte por sus ingresos anuales, sus diplomas, si creen en Dios, quién de ustedes es homosexual, quién tiene cáncer o ha estado en la cárcel. Supongo que, si no protestan violentamente, al menos se reservaran el derecho de mentir o de no responder. Este contexto y el lugar que ocupo, simplemente me prohíbe hacerles tales preguntas. Todo eso concierne lo que llamaremos su vida privada.

Para lo que tenemos que hacer juntos, yo sé muy bien *quiénes* son ustedes y ustedes saben perfectamente *quién* soy yo.

Tipología de los elementos de la identidad

Algunos habrán notado ya el carácter heterogéneo de los elementos de mi identidad.

Para darle un sentido, poner orden y establecer de alguna manera un fin a la lista *–a priori* interminable y siempre abierta– de elementos variados que contribuyen a definir la identidad, podemos proponer algunos principios de clasificación.

Como acabamos de ver, podemos oponer por ejemplo aquellos rasgos que corresponden a la esfera *privada* –de la cual lo menos que podemos decir es que tiene que ver con la identidad– a aquellos que componen la esfera *pública*. Lo que se considere parte de la esfera pública o de la esfera privada y el carácter más o menos tajante de la demarcación entre ambas, varía según las sociedades y los contextos sociales. Puede no haber lugar para la esfera privada: ésta es la definición misma de las sociedades y de las instituciones totalitarias.

Otra distinción clásica consiste en oponer lo puramente físico, *natural*, como el sexo, el color de ojos y de la piel, las particularidades anatómicas, las eventuales patologías, etc., a lo que es puramente social o *cultural*, como la nacionalidad, la religión que practicamos, la lengua en la que hablamos o la profesión que ejercemos.

He aquí una tercera distinción, a menudo utilizada en sociología. Están por un lado los elementos que he *heredado*, que me han sido *dados*, que no he escogido. No escogí nacer en 1930. Tampoco escogí mi sexo. Ninguno de nosotros ha elegido la fecha y el lugar de su nacimiento, el medio en el que ha nacido ni su raza. En cambio escogí ser sociólogo. Y para ser director de investigaciones en el CNRS, tuve que poner mucho de mi parte.

¿Somos sobre todo aquello que no hemos escogido –lo que se nos ha dado–, o somos sobre todo lo que hemos elegido ser, lo que –más allá del azar– hemos hecho de nosotros mismos? Este difícil y antiguo debate filosófico, central en la cuestión de la identidad, está lejos de estar cerrado. Una manera fructífera de abordarlo, podría ser detenerse en los elementos de identidad que, a diferencia del sexo o de la raza, puedan ser para algunos un rasgo *dado* y para otros el resultado de una *elección*.

Un amigo me pelea a veces diciéndome que él es más francés que yo. Él es naturalizado. Él ha elegido ser francés. Yo lo soy simplemente por el hecho de

haber nacido en Francia y porque mis padres eran franceses. ¿Quién es más francés de los dos? Es difícil de decidir. Lo que es cierto, es que hay dos maneras diferentes de serlo.

Destino

Ahora quisiera detenerme en un tipo particular de elemento de la identidad.

Su primera característica es que es algo dado, no ha sido escogido ni adquirido. Por otro lado, mientras que para la persona que lo porta constituye un simple elemento entre otros, o incluso un detalle periférico y no significativo para la imagen que la persona tiene de sí misma, este elemento tiene —a ojos de los otros— la sorprendente característica de *ser o parecer particularmente rico en información*. Una vez que conocemos este rasgo, tenemos la impresión de saber mucho sobre la persona. Tenemos la impresión de saber realmente quién es. Los otros elementos de su identidad, tan útiles en otras circunstancias, parecen ser en este caso simples y banales suplementos de información; o por lo menos, parecen tomar un sentido diferente en función de este elemento particular.

La consecuencia es que tenemos la impresión de que todos aquellos que poseen este rasgo se parecen. Mientras que *nosotros, todos nosotros*, somos tan distintos los unos de los otros, tan únicos; esos *otros*, en función de ese rasgo que los diferencia de nosotros, son menos diferentes entre sí, que nosotros entre nosotros. Pueden ser tratados como una categoría. Conocer a uno, es conocer un poco a todos los demás.

En el marco de nuestra sociedad francesa, y para referirnos a temas franceses, podemos dar como ejemplo de tales elementos de identidad, el hecho de ser judío, gitano, negro, homosexual o tener síndrome de Down. Nos posicionamos, naturalmente, desde el punto de vista del que no es ni judío, ni negro, ni homosexual, ni tiene síndrome de Down. Si lo fuéramos, exceptuando algunos detalles, bastaría con invertir las cosas²².

22 Anticipemos y volvamos a los sordos. Partiendo de experiencias personales precisas, —y secundada en esto por otros Sordos— Dominique Charlon expuso magníficamente este punto en un seminario. Indicó cómo se había sorprendido a sí misma relegando a un familiar cercano a la categoría general e indistinta de los *oyentes*, todos más o menos iguales. Luego, citando el análisis de Bruno Bettelheim en *Le Coeur conscient* (trad. francesa, Laffont, 1972) de las percepciones mutuas de los judíos y los S.S. en los campos (sic!) terminó con esta interrogación: si los oyentes nos ven y nos tratan como si fuéramos todos un poco iguales, no se debe tal vez después de todo, a que nosotros los sentimos, los vemos y los tratamos indistintamente como si todos fueran un poco iguales.

Salvo en contextos bien específicos –como cuando se trata por ejemplo de personas con síndrome de Down– saber que alguien no tiene esta característica, es igual que no saber nada de él. Para comenzar a saber algo sobre esta persona debemos contar con otras informaciones. Al contrario, saber que alguien tiene síndrome de Down, es una información. Es saber algo de él. Algo que, independientemente de todo contexto, pareciera permitir –si me atrevo a decir– situarlo inmediatamente. Y hasta parecería en varios aspectos, dar a conocer lo esencial acerca de esa persona. Basta con imaginar que alguien enumere los elementos de la identidad de una persona y reserve para el final o para la próxima conversación el hecho de revelar que dicha persona tiene síndrome de Down. Tendremos la impresión de que, en cierta manera, nos ha engañado, o pensaremos que es un gran simulador. Esta declaración nos obligará a revisar enteramente la imagen que nos habíamos formado de la persona, como si la lógica indicara que es por allí que tendríamos que haber comenzado.

He precisado que esos rasgos son, o parecen ser, particularmente ricos en información. Esto significa que no es necesario saber todo o saber mucho acerca de lo que puede querer decir ser gitano, negro u homosexual. Basta con que sepamos que a causa de una experiencia específica, esa gente será, en muchos aspectos, diferente de nosotros: en su manera de sentir y de ver el mundo, de organizar su vida, de concebir las relaciones con los suyos y con los demás. Estas personas tendrán sus propios códigos –explícitos o tácitos–, secretos que no compartirán con todo el mundo. Cuanto menos sabemos acerca de ellos, más razones hay para que esperemos todo.

Estoy tentado de llamar *destino* a estos elementos de identidad. Después de todo, de eso se trata. Para quienes entran en estas categorías el problema consiste en: cómo hacer con aquello que no hemos realmente escogido ser, pero que somos, y que, en la sociedad en la que vivimos, nos coloca –por razones ligadas a la imagen que esa sociedad se forja de sí misma– en un lugar marcado y sujeto a una estricta vigilancia, puesto que se trata de un lugar situado en la frontera y no más allá de ella.

El destino es siempre una historia. Existe un momento en que lo descubrimos y luego, sin cesar de descubrirlo una y otra vez, existe también lo que hacemos con él. Podemos ignorar nuestro destino. Ignorarlo, incluso, durante mucho tiempo. Podemos también querer ignorarlo, aunque raramente podamos vivir sin que se haga presente en nuestro espíritu. Son siempre los demás los que se encargan de decírnoslo, o de recordárnoslo. Debemos pues vivir con él.

Podemos ignorar que somos judíos. Es algo que no está necesariamente inscripto en el cuerpo ni en el apellido. Podemos enterarnos de esto tardíamente. El secreto de familia puede haber sido guardado muy bien hasta ese momento²³. Podemos incluso descubrirlo aunque hubiéramos sido hasta ese día antisemitas. ¿Qué ocurre entonces? ¿Nada puede continuar como antes?

Pero antes que nada, ¿podemos razonablemente decir de alguien que es judío, si él mismo ignora que lo es? ¿Ser judío, además de la religión, no implica pertenecer a una tradición y –más allá de lo que se decida hacer con eso– inscribirse en ella y conocerla?

Desgraciadamente el antisemitismo no entiende de matices. A su manera, es tajante. Encontrarse, a causa de sus ascendientes, obligado por decreto y sin posibilidad de oponer un recurso, a ocupar un lugar sobre el que pesan periódicamente las más terribles amenazas, verse acusado de todos los pecados del mundo, es algo de lo que no podemos deshacernos fácilmente. El hecho de que hayan tratado con tanto celo de ocultarnos esta parte de nuestra identidad indica suficientemente la gravedad del asunto. Ser judío o ser cristiano no significa lo mismo en la sociedad en la que vivimos. Y no se trata de una simple diferencia.

Podemos discutir una y otra vez a partir de qué momento podemos considerarnos judíos. Puede ser que esta manera mínima –¿o tal vez total? – de serlo, puesto que nuestra madre es judía y ahora sabemos que lo es, sea el punto de partida para comenzar a ser lo que hasta ese momento nos había sido dado solo por herencia. Cualquiera sea la manera que elijamos para volvernos judíos, es decir volvernos lo que somos, es algo que no resulta visible para quienes no lo son.

Ser negro, es diferente. Se ve.

Aunque no es tan simple como parece.

A partir de la mitad de los años 60, las adopciones de niños negros por parejas blancas se volvieron corrientes. En países como Canadá o Inglaterra, en los que se han realizado trabajos acerca de este tema, se notó que estos niños tienen tendencia a negar el color de su piel. “No solamente niegan la realidad del color de su piel, sino que incluso rechazan a la gente de color de la misma raza”²⁴. Independientemente de las formas extrañas que adquiere esta manera de

23 Jerenec Erös, Andras Kovacs, Karalin Leval, « Comment j'en suis arrivé à apprendre que j'étais juif », *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, n° 56, mars 1985. *L'antisémitisme*, pp. 63-68.

24 John W. Small, « La crise de l'adoption transraciale, famille blanche, enfant noir », *Le Cœur Héron*, n° 92, 1984, pp. 52-69. Traducción francesa de un artículo publicado en *The International Journal of Social Psychiatry*, vol. 30/1 y 2, primavera de 1984.

considerarse blanco cuando se es negro, podemos pensar: “¿Y después de todo, por qué no?, ¿Acaso no tienen derecho?”.

Desgraciadamente, en muchos aspectos nuestras sociedades occidentales blancas tienen comportamientos discriminatorios y opresivos con respecto a los negros. Sin importar de qué manera se considere un negro en lo más profundo de su ser, a los ojos de un blanco no hay duda posible, él es negro.

John W. Small, de quién he obtenido lo esencial de esta información, afirma que la familia negra debe desarrollar mecanismos apropiados “que permitan al grupo conservar un cierto grado de dignidad y de respeto por sí mismo, que permitan a las familias sobrevivir psicológicamente. Por otro lado, el mecanismo de supervivencia de la familia negra, debe extenderse a la comunidad negra en general, proporcionando así técnicas de supervivencia que conciernen las relaciones económicas, educativas, profesionales e interpersonales, y que permiten la supervivencia de la familia”.

“Esta experiencia es exterior a la experiencia de la sociedad blanca. Por consiguiente, la mayoría de las familias blancas no tienen las herramientas necesarias para proporcionar el marco que preparará al niño negro a la inmensa tarea que deberá afrontar. Son estas técnicas de supervivencia las que procuran al niño el marco cultural y psicológico del que extraerá la energía y el sostén que necesita”.

John W. Small escribe acerca de la crisis de identidad, a menudo grave, por la que atraviesan —en general en la adolescencia— estos jóvenes, a la vez rechazados por la sociedad blanca e incapaces de entrar en relación con los negros. J. W. Small señala que esta crisis es más frecuente o más grave en aquellos adolescentes a quienes los padres adoptivos les han dicho —negando la realidad— que ser blanco o ser negro es igual, o que se trata de una simple diferencia, “que es bueno ser diferente, que sería muy aburrido si todo el mundo fuera igual”. Desgraciadamente, ser negro o ser blanco en el seno de una sociedad blanca racista, no es una simple diferencia.

Anteriormente, entre los elementos que constituyen la identidad, opuse los elementos que *heredamos*, que nos fueron *dados*, a aquellos que hemos *elegido*, que hemos *adquirido*. Los dos ejemplos precedentes nos invitan a pensar que, a veces, aquello que hemos heredado necesita ser confirmado. Para que estos elementos se inscriban en la idea que nos hacemos acerca de nosotros mismos, es necesario que hayan sido elegidos. Esto ocurre, tal vez, con todo lo que nos ha sido dado en materia de identidad. Pero las cosas se dan, en general, de una manera tan natural

que no somos conscientes de la necesidad de acoger y apropiarnos de aquello que somos.

Al contrario, la lotería de la vida puede habernos asignado lugares, *a priori*, difíciles de ocupar. Quienes los ocupan inspiran de antemano desprecio, piedad, envidia, miedo, odio o repugnancia. La posibilidad de ocupar pública y confortablemente estos puestos, de ocuparlos con dignidad o de ocuparlos simplemente, se vuelve entonces un desafío que requiere algo más que un esfuerzo personal de imaginación. Este desafío exige —y es felizmente lo que ocurre más a menudo— la experiencia acumulada de quienes habitan ya estos lugares, es decir, la experiencia de la comunidad con la que compartimos o compartiremos la cultura.

Ustedes presintieron ya lo que voy a decirles. Ahora disponemos de todos los elementos para abordar el problema de la identidad sorda.

Ser sordo. ¿Quién sabe?

Recuerden cuál era la costumbre hace apenas unos pocos años. El que se encargaba de informar acerca la sordera era exclusivamente un profesional oyente, de preferencia un médico. Esto incluye desde la información dirigida a los padres de niños sordos inmediatamente después del diagnóstico, hasta aquella que se imparte en todas direcciones dirigida al público en general.

Recuerden también las dificultades que existían para imponer la presencia de un intérprete en tantas de esas reuniones públicas de información. Un intérprete podía, por su simple presencia, ser considerado como una provocación. Este era el caso —principalmente— cada vez que en esas reuniones se juzgaba a los gestos y se discutía acerca de la mejor manera de acabar con ellos. Para ello se ponía en guardia a los padres y a las personas cercanas al niño sordo contra los gestos que pudieran escapárseles, o mejor aún, se evitaba hablar de ello, para hacer como si no existieran.

No obstante, pienso que era la presencia misma de las personas sordas lo que incomodaba a los organizadores de tales reuniones. Se podían tomar medidas para que interfirieran lo menos posible. Ocurrió alguna vez incluso, que la presencia de un intérprete fuera tolerada con la condición de que los sordos se quedaran tranquilos, no hicieran preguntas, no manifestaran sus opiniones, ni testimoniaran acerca de su experiencia. En resumidas cuentas, a condición de que no tomaran la palabra. A pesar de eso, y aún si habían venido solamente para ver sobre qué hablaban y qué decidían los oyentes con respecto a su persona, los Sordos, por su simple presencia, se transformaban en una molestia. Impedían,

como se dijo a veces, que “se pudiera hablar y discutir libremente entre sí”.

Los tiempos han cambiado. Hoy es evidente que sólo un sordo puede decir lo que significa ser sordo. Ahora bien, es precisamente este saber el que desean encontrar las personas en búsqueda de información sobre la sordera. En primer lugar, los padres de niños sordos.

Sin embargo, que los sordos tengan el monopolio de la experiencia, del conocimiento y de la palabra acerca de lo que significa vivir siendo sordo, no quiere decir que posean el monopolio del saber sobre la sordera. Quiero repetirlo: la sordera es una discapacidad necesariamente compartida. Todo oyente que tenga contacto con sordos tiene también algo que decir. Por otro lado, ¿no es así que el escritor David Wright, que se quedó sordo a temprana edad, comienza su libro *Sordera*²⁵? “Sobre la sordera —dice—, conozco a la vez todo y nada. Todo, si cuarenta años de experiencia de primera mano, cuentan. Nada, si considero lo poco que tengo que ver con el aspecto complementario de la sordera —con la otra mitad del diálogo.” Para eso —dice—, pregúntenle más bien a mi esposa y a todos aquellos que por elección profesional o por necesidad están obligados a frecuentar a los sordos. Puesto que —precisa, escuchen bien—, “aquel que no es sordo, es quien absorbe una gran parte del impacto de esa discapacidad. Los límites que impone la sordera son a menudo menos percibidos por quienes la padecen, que por aquellos que tratan con sordos.”

Puesto que el sordo no es consciente de todo lo que escapa a su alcance, ¿podría entonces el oyente saber más objetivamente sobre la sordera que el sordo mismo?

Propósitos para meditar, que el autor ilustra sucesivamente con un ejemplo de malentendido cómico causado por los sosías en lectura labial, y con una anécdota cuya banalidad es tan grande como la riqueza de los comentarios y conclusiones que podemos extraer de ella.

Una dama sorda, en compañía de otras damas literatas como ella, recibe a un poeta en plena ascensión. Éste, después de un largo silencio y tratando de reanudar la conversación, se lanza en consideraciones banales y sin ningún interés acerca del tiempo y el clima. “¡Qué hermoso día!”, exclama el poeta. La dama sorda, muy interesada y con los ojos clavados en los labios del poeta, de los que no podían salir más que palabras raras y exquisitas, le pide que repita. Él lo hace varias veces, sin mucho entusiasmo, consciente de que la repetición, vuelve su

25 David Wright, *Deafness*, Stein and Day, New York, 1969.

comentario cada vez menos pertinente y por ende carente de sentido. La dama, que continúa sin entender, insiste. Finalmente, el poeta se acerca a su corneta auditiva y le grita la famosa frase.

He aquí una historia clásica y realmente divertida que quisiera comentar a mi manera. La persona que se siente más incómoda en este caso, y que se expone al ridículo, no es la dama sorda, sino el poeta. Aunque no se trate de una metida de pata, el mecanismo que opera es más o menos el mismo. En materia de metidas de pata, el avergonzado no es quien la comete, puesto que a él se le escapó, ésta es incluso la definición de una metida de pata. Los que sí se avergüenzan son su entorno y, eventualmente, la persona a quien se dirige. Éstas son palabras reconfortantes que deberían decirse a los padres de un niño sordo, una vez pasado el estupor del diagnóstico. Después de todo, un sordo es a menudo en este sentido, un “mete pata”²⁶.

Cuanto más avanzo, más me sorprende del divorcio que existe entre la manera en que vivimos la experiencia de la sordera siendo sordos, o no siéndolo; del divorcio entre la imagen que nosotros tenemos acerca de cómo el otro vive esta experiencia, y la manera en que la vive efectivamente. El divorcio entre la manera en que consideramos que el otro debería experimentar la sordera y vivir con ella, y el modo en que él ha decidido manejarla, puesto que vive con ella. Es por eso que el intercambio es tan importante.

A los padres de sordos, y sobre todo a quienes son padres desde no hace mucho, les impactará sin dudas escuchar los testimonios de los Sordos, y ver hasta qué punto, vistas desde adentro, las cosas son naturales, simples, normales. Inversamente ustedes, Sordos, que recibirán los testimonios de los padres, comprenderán tal vez un poco mejor a los vuestros que, sin entenderlos a ustedes, se preocupaban por ustedes y en vuestro lugar, por aquello que a ustedes –por no poder percibirlo– no les preocupaba.

26 Soy consciente de que todo esto no es tan sencillo. La idea de que su hijo sordo no podrá gozar de una buena cantidad de cosas, –algunos piensan en primer lugar en la música–, oprime dolorosamente a los padres. Pero la idea de la privación, unida a la idea de que, al mismo tiempo el sordo no será consciente de ella, que no percibirá la falta o el error, en lugar de calmar el sufrimiento de los padres, muchas veces lo aumenta. Como si aquello que constituirá a menudo su fortaleza, no pudiera tener más efecto que el de librarlo desarmado frente al mundo.

Toma de conciencia de la sordera

Cada vez que ustedes, Sordos, nos hablan acerca de su experiencia, lo que me impacta inmediatamente es la edad, relativamente tardía me parece, en la que se dieron cuenta de que eran sordos. Esto ocurre rara vez antes de los diez u once años. Y éste no es más que el comienzo de una toma de conciencia que se hará por etapas. Eso es algo que siempre nos sorprenderá a nosotros, oyentes.

Ustedes no cesan de decir, generalmente quejándose de ello, que la sordera es una discapacidad invisible. Pero esto no es válido más que en ciertos contextos: cuando se trata de entornos nuevos y/o cuando ustedes han decidido no manifestarse. La sordera, créanme, y ustedes lo saben también, se nota. En una familia en todo caso, la presencia de un niño sordo –tal como ocurrió con ustedes–, aporta al orden natural de cosas tales perturbaciones que hacen que no pase desapercibida.

Entonces, mientras que las personas alrededor suyo sabían que ustedes eran sordos y se comportaban como se acostumbra comportarse en presencia de los sordos, ustedes que eran los primeros concernidos, ¿ignoraban que lo eran?

El segundo punto que quisiera destacar, es que esta toma de conciencia, al menos en un primer tiempo, no se refiere en absoluto a una experiencia de orden físico. No se apoya en el hecho de no oír, o de oír mal, que son –para nosotros oyentes– las manifestaciones más claras, más concretas y palpables de la sordera, sino su definición misma. No. Esta toma de conciencia se apoya en una experiencia que es en un principio una experiencia sociológica, si podemos decirlo así. Es la respuesta hallada finalmente, a una serie de preguntas hasta entonces difusas, acerca de las razones por las cuales su entorno los trata siempre de modo diferente que a los demás (sobrepotección, no les dicen todo, se burlan...).

Siempre me ha sorprendido la siguiente fórmula: “Nosotros no sufrimos por nuestra sordera, sino por la manera en que los otros nos tratan a causa de nuestra sordera.” Siempre le encontré un sabor militante. Pero antes de ser una fórmula con vocación militante, que debe ser entendida como “dejen de querer curarnos, acéptennos tal cual somos, la sordera es parte de nuestra identidad, no queremos más su piedad empalagosa y mortífera, nuestro problema son ustedes, etc....” Antes que todo eso, y contrariamente a lo que ocurre en el caso de quienes se han quedado sordos, esta fórmula es simplemente la expresión directa, la traducción exacta y literal de la experiencia de la sordera para los sordos de nacimiento.

Una educación muy oralista –es incluso su objetivo– retrasa, inhibe la toma de conciencia de la sordera. La prensa silenciosa militante, publica con gusto cada

tanto, testimonios de sordos que crecieron dentro del oralismo estricto y que, con el descubrimiento tardío de la Lengua de Señas, han conocido su camino de Damasco. Estos sordos reprochan amargamente a sus educadores el haberles impedido transformarse en lo que eran, y el haber hecho de ellos *falsos oyentes*²⁷.

La descripción y el análisis que me parecieron más exhaustivos acerca de la manera en que ocurren las cosas —cómo, siendo sordo, se puede no querer saber nada acerca de ello y lograrlo, y el precio que se paga por este desconocimiento— se encuentra en el testimonio de Paddy Ladd, traducido en el primer número de *Etudes et Recherches*²⁸.

Paddy Ladd, que es hoy en día una de las figuras del movimiento a favor de la Lengua de Señas en Gran Bretaña, no es más que medio sordo. Los especialistas que hicieron el diagnóstico cuando tenía tres años, dijeron a sus padres: “Su hijo no es verdaderamente sordo. Es normal, pero no oye muy bien. Para que se vuelva normal, tiene que saber utilizar bien su prótesis, si no, estará perdido para siempre para el mundo de los oyentes”. Ésto le valió que lo exhibieran frente a otros padres —que tenían hijos completamente sordos— para mostrarles lo que se puede lograr cuando se quiere realmente algo y se pone en ello el esfuerzo debido.

Hizo todos sus estudios con los oyentes. ¡Puesto que oye! Paddy Ladd cuenta las dificultades crecientes a lo largo de los años, que tenía para seguir el hilo, para comprender, así como en sus relaciones con los otros. Cuenta sus astucias y estrategias para guardar las apariencias. Muestra sobre todo la imagen cada vez más negativa y más insostenible que tiene de sí mismo. Puesto que oye, no puede atribuir sus fracasos más que a sí mismo. Y todas las formas de ser que adopta para ocultar su sordera, le parecen corresponder a su naturaleza más íntima. Torpeza, introversión, extrañezas; se siente anormal.

Luego, habiendo aprendido la lengua de señas para trabajar como asistente social para Sordos, cuenta que un día, durante una charla, desvió su vista de la boca del conferencista hacia el intérprete de LS, y se dio cuenta de que podía seguir la conferencia mucho mejor. Al principio no se animaba a acercarse a otros Sordos: “¡Van a pensar que soy sordo! ¡Pero soy sordo! Entonces ¿de qué me preocupó? Eso es... ¡Soy sordo! ¿Qué me aporta ser sordo? Por fin algo bueno...

27 Carolyn Hyatt, « Briser les chaînes du silence », suplemento de *Coup d’Œil*, n° 25, dic. 1980. Serge Meier, « Tribune Libre », *Les Mains du CRAL*, n° 43, junio 1985, pp. 27-26.

28 Paddy Ladd, « Intégration et génocide : une expérience personnelle », *Etudes et Recherches*, 2LPE, Vol.1, 2° semestre, 1983, pp. 295-306 (traducción francesa).

quiere decir que puedo seguir la reunión. ¡La primera de mi vida!... Entonces es eso lo que quiere decir ser sordo: tener una lengua que permita comunicarse fácilmente y de forma agradable. Como los demás, que hablan y escuchan y se sienten cómodos, yo puedo señar y mirar y sentirme cómodo. También puedo aprender mucho más fácilmente. Mi padre me decía siempre que me relajara. Ahora lo he hecho y puedo entender lo que significa y por qué antes no lograba hacerlo. Sí, es eso, soy sordo, soy normal, pero también soy sordo. Los sordos son normales. Solamente poseen una lengua propia, como todo grupo de personas”.

Para quienes se interesen en la continuación de la historia, lo vuelvo a citar: “A partir de ese momento, mi confianza creció y estos últimos cinco años, he “estallado” como persona. Hice cosas que antes nunca hubiera imaginado. Siempre pensé que era introvertido. Me di cuenta de que, en realidad, era un extrovertido reprimido, ya que la falsa identidad que me había sido impuesta no me ayudaba para nada. Esto no significa que uno deje de hablar con los oyentes. Al contrario, la confianza que ganamos nos permite estar con ellos y mezclarnos con ellos, ya que una vez que aceptamos nuestra identidad, aceptamos también que no es posible tener todo, y adaptamos nuestro comportamiento en consecuencia”.

Así pues, podemos ser conscientes, a cierto nivel, de nuestros problemas de audición. Pero, estando tan preocupados en ocultarlos a los demás –nada más personal, privado e íntimo que los problemas auditivos– podemos llegar a ocultárnoslos a nosotros mismos. Por deber, o por fanfarronería, que en este caso no es más que otra forma del deber, intentamos prestarles poca atención o no hacerles caso. Además, entre tener problemas auditivos y “ser Sordo” o “ser un sordo”, ¿no hay ya un paso?

El sordo, con la Lengua de Señas, de la que hasta entonces había estado alejado, descubre y vive lo que el oyente experimenta cotidianamente. Es con el descubrimiento del remedio, o mejor dicho del modo de empleo –modo de empleo que los educadores consideran como la esencia misma del mal–, que el sordo toma conciencia de la medida de ese mal. Ese mal no es la sordera, sino todo aquello de lo que ha sido privado a causa de una cierta política respecto de su persona. Si la sordera es percibida en su aspecto material, ella puede ser acogida plenamente. Esto quiere decir, la sordera y su manual de instrucciones, lo que implica que la sordera debe dejar de ser un asunto privado, íntimo, oculto, para convertirse en algo público, común, compartido, visible, reconocido, banal²⁹.

29 Soy consciente de haberme centrado, en el conjunto de esta reflexión, sobre todo, nada más que

La cultura sorda como solución radical al problema de la sordera

El hecho de que ustedes sean sordos-hablantes o no, es igual. De todas maneras ustedes pasan la mayor parte de su tiempo con oyentes. Este tiempo es, en primer lugar, el tiempo y el espacio de vuestra vida de familia: dejando de lado el caso de las parejas sin hijos, es raro que en una familia todo el mundo sea sordo, y que la sordera concierna a varias generaciones. Por otro lado, para casi todos ustedes este tiempo es el de las largas jornadas laborales.

Pero existen ocasiones, contextos y lugares privilegiados en los que ustedes se encuentran entre ustedes. Entre ellos, los internados especializados, cuna de la cultura sorda, los hogares para sordos u otros espacios informales de encuentro que cumplen con ese rol, tales como los eventos deportivos, las fiestas de sordos, los banquetes, las visitas recíprocas...

¿Qué es lo que ocurre en esos lugares, independientemente de los lazos afectivos que allí se anudan o desanudan?

Dos cosas a primera vista contradictorias, y sin embargo íntimamente ligadas:

Por una parte, es ahí *que se aprende a convertirse en Sordo*. Quien no haya frecuentado esos lugares ignora la solidaridad y todas las pequeñas astucias que son necesarias para desempeñarse con dignidad y eficacia en el mundo oyente. Dignidad y eficacia van de la mano, ésta es al menos la lección, puesto que *imitar a los oyentes y tratar de estar en la misma sintonía que ellos, implica siempre salir perdiendo*. El arte de comportarse con los oyentes, tal como lo aprenden los Sordos, es una de las formas más sutiles de arte marcial. Es mucho más que una simple técnica de supervivencia.

sobre una parte del problema: el caso de sordos que hasta una edad relativamente avanzada, fueron mantenidos lejos de la comunidad de los suyos, y que descubren al mismo tiempo los Sordos, la Lengua de Señas, la cultura sorda, y a través de esto, su propia sordera. Ésta, forma desde entonces parte de ellos mismos. Su relación con el mundo se ve perturbada de tal manera que estaríamos tentados de hablar de conversión. Es evidente que, deseosos de compartir su descubrimiento, es entre ellos que se reclutarán algunos de los militantes y proselitistas de la LS. Pero tales conversiones han sido posibles —o por lo menos más fáciles— gracias al movimiento identitario que concierne —desde hace casi dos décadas— al mundo de los Sordos a lo largo del mundo, en el que se hallan sobre todo los Sordos que crecieron con la Lengua de Señas. Ellos también toman consciencia tardíamente de que son sordos, o más exactamente, de lo que eso significa. Por otro lado, no basta con haber crecido con la Lengua de Señas y con vivir en el seno de la comunidad sorda para reivindicar su identidad —es decir ocupar un lugar de pleno derecho—, para estar orgulloso de su lengua, para aceptar darla a los oyentes, o aun en ciertas ocasiones, imponérselas. El testimonio de Bárbara Kannapel es esclarecedor sobre este aspecto central del problema de la identidad sorda.

Quien no frecuenta esos lugares, ignora sobre todo aquello que está en el centro mismo de la cultura sorda, la Lengua de Señas, manera tan singular de apropiarse el mundo y de estructurar sus relaciones con los otros.

Nada de ésto puede aprenderse solo, lejos de los suyos, con los oyentes.

Los educadores oralistas lo saben. Es por eso que despliegan tanta energía para destruir estos lugares que califican orgullosamente de guetos, puesto que no pueden imponer en ellos su propia ley. Cuando no pueden destruirlos, tratan al menos de mantener a los jóvenes deficientes auditivos que tienen a cargo, lejos de ellos. Hay que evitar que el joven sordo tenga contacto con otros sordos, porque si esto ocurre, hará rápidamente sociedad con ellos y se dejará llevar por la ley del menor esfuerzo: adoptará comportamientos de sordo y no comunicará más que en señas; estará perdido para el mundo de los oyentes. Esta concepción de la sordera como algo contagioso es el mejor homenaje a la existencia de la cultura sorda por parte de aquellos que sin embargo están más lejos de reconocerla como tal.

Al mismo tiempo quisiera insistir sobre esto: esos lugares son por excelencia, aquellos en los que la sordera puede ser olvidada de manera absoluta, es allí que la sordera queda *anulada*. No es, ni puede ser ya un principio de discriminación entre las personas.

Puede parecer una obviedad: cuando todo el mundo posee la misma característica, ésta es menos importante y deja de tener un rol discriminatorio.

Aunque basta con considerar una reunión de sordos hablantes para darse cuenta de que no es así. Lo primero que notamos, y con un relieve particular, es que, si bien todo el mundo es sordo, no todos lo son de la misma manera. Hay quienes son más o menos sordos. Cada sordo puede encontrar siempre alguien más o menos sordo que él. Pero esto no es todo, también están quienes pueden beneficiar de una prótesis auditiva y lo hacen, y quienes no. O aquellos que oyeron y hablaron antes de quedarse sordos, y que por ese motivo tienen un mejor manejo de la lengua oral. Esas diferencias, grandes o pequeñas, y multiplicables al infinito, son destacadas con el uso de la palabra. El sordo hablante conoce, debe obligatoriamente conocer, el grado de sordera de sus amigos. Esta información es reactualizada constantemente. Toda relación nueva comienza por la exploración recíproca del grado de sordera, exploración que puede requerir mucho tiempo: ¿con esta persona es útil o no hablar con la voz, se lo puede llamar cuando está de espaldas o no? Etc....

Todas estas diferencias no son simples diferencias que el uso de la palabra haría más aparentes. Son también elementos que contribuyen a construir una jerarquía

en la que forzosamente los sordos se sitúan, y que juega a favor de, o en honor a –y veremos de qué manera– quien es menos sordo y quien alguna vez oyó.

Hace unos doce años, en un texto que presentaba una organización mixta de sordos y oyentes, se mencionaban algunos de los aportes irremplazables de los oyentes en las discusiones. Por ejemplo el de tomar nota. El texto añadía, “el oyente puede ver si todo el mundo sigue y participa de la discusión y, al mismo tiempo, escuchar lo que se dice y ayudar a quienes tienen dificultades para seguir el hilo; los deficientes auditivos pueden difícilmente desempeñar ese papel”³⁰. Curiosa manera de juzgar la situación, como si la única manera posible de conversar y discutir fuera en lengua oral.

La superioridad que la lengua oral confiere automática y estructuralmente al oyente, también la confiere a los menos sordos sobre los más sordos.

Agregaré algo más³¹. El oyente puede, a veces, despreciar al sordo porque no comprende bien y habla mal. En cambio, es raro que se enorgullezca de sí mismo por hablar bien y oír, esto va de suyo. En el caso de los sordos es diferente, ya que para un sordo, hablar, y *a fortiori* hablar bien, es el resultado de un largo trabajo, una conquista de la que puede sentirse orgulloso. En el pasado sus maestros lo han felicitado mucho por esto. Puede incluso todavía complacerse en exhibir sus talentos delante de los sordos, entre otros, pero fundamentalmente, ¿no son acaso ellos los más aptos para medir su proeza?

Exhibido o discreto, este eventual orgullo de parecerse al oyente, impone el comportamiento de estos últimos, sus reglas y sus valores, y se transforma así en algo que muchos sordos gestuales no pueden soportar. Poco importa que estos últimos sean, en términos de audición, más o menos sordos que los sordos oralistas que están en este caso en infracción con la ley del mundo sordo. Poco importa que hayan sufrido durante mucho tiempo la humillación de no hablar bien, que hayan hecho el duelo correspondiente o que ni siquiera hayan tenido que hacerlo, por haber puesto, desde el principio, sus pretensiones en otra parte. Poco importa que, al contrario, sean eventualmente capaces de hablar tan bien como ese sordo oralista. Los sordos hablantes que se han arriesgado a incursionar –algunos para jamás volver, otros para comenzar su aprendizaje– en ciertos clubes y otros lugares de la cultura sorda, tienen todos algunos recuerdos dolorosos que contar sobre la

30 Odile Bailly, “Les sourds et les entendants dans le groupe Epheta”, *Bulletin d'Information de la Société centrale*, n° 37-38, pp. 69-76.

31 Basado en una reflexión de Dora Mottez.

manera poco amable en que fueron llamados al orden. El haber sido destinatarios de este desaire, en el momento mismo en que intentaban acercarse a los sordos gestuales, es a menudo percibido como una forma de intolerancia: “Yo me acerco a ellos respetando su manera de comunicar en señas, que ellos respeten mi forma de comunicar a través de la palabra”.

Se trata de una cuestión de dignidad que puede traducirse así: para comunicar entre Sordos, existe un medio natural, que les es propio, un medio confortable y no discriminatorio, pero despreciado por los oyentes. Cuando, siendo sordo, no se recurre en presencia de otros sordos más que a la palabra, es una muestra de desprecio hacia los Sordos, y una forma de reintroducir los cánones de los oyentes y sus discriminaciones.

A diferencia de los sordos hablantes, los Sordos gestuales no conocen generalmente el grado de sordera de sus amigos o no le atribuyen ninguna importancia. ¿De qué les serviría? El empleo de la LSF³² —y todas las formas de llamar a los otros, de distribuir los turnos de palabra, de interrumpir, etc.... que les son propias— impide toda referencia al grado de sordera. El uso de la LSF anula la sordera.

Es así que la forma de compartir el mundo con los oyentes, no es la misma para los sordos gestuales que para los sordos hablantes.

Para estos últimos, existe un continuo que va desde el sordo que no conoce el francés ni sabe hablar, hasta el oyente. Este continuo reposa sobre criterios tanto audiológicos —lo recibido— como fonoaudiológicos o educacionales —lo adquirido. Esta mezcla contribuye a que el sordo hablante se estime siempre superior al Sordo que recurre a las señas: dejando de lado el grado de sordera, a este último siempre le faltará un pequeño esfuerzo de su parte y/o la suerte de haber recibido una *buena educación*.

Para los sordos gestuales, el reparto del mundo entre sordos y oyentes es cultural y tajante. Es una dicotomía. Por un lado estamos *Nosotros los Sordos* —o más exactamente *Nosotros los Sordomudos*, puesto que insisto a propósito en traducir literalmente la seña con la cual ustedes se designan en LSF—, y por otro lado están los oyentes —o más exactamente los *hablantes*, puesto que es en general de esta manera que ustedes nos designan en LSF. Hablante —no hablante, es una distinción más clara y más visible que sordo —oyente. En todo caso es la vuestra, al menos cuando ustedes piensan en gestos y no en palabras.

32 N. de T.: LSF, Lengua de Señas Francesa.

En ese reparto dicotómico del mundo hay que situar a los *medio-sordos* –los *medio-sordos* pueden ser en términos audiológicos, completamente sordos y no servirse de ninguna prótesis auditiva–, pero eso sí se trata de sordos hablantes. ¡Qué problema! Esos medio-sordos son en efecto imposibles de clasificar: son raros, extraños, híbridos. Algunos Sordos confiesan el malestar que experimentan en su presencia. Con los hablantes, dicen, es igual que con los Sordos, sabemos a qué atenernos, sabemos qué podemos esperar o no, sabemos cómo comportarnos con ellos. Con un medio-sordo, en cambio, estamos siempre en la nebulosa. Cuando se suma a un círculo de conversación, enseguida todo el mundo se siente incómodo: ¿cómo debemos comportarnos con él? ¿Qué podemos esperar de él? Ni sordos (- mudos), ni oyentes (-hablantes), pero sin oír, o muy poco, sería mejor para la lógica, el orden de las cosas, el buen orden del mundo, su propio confort y el de los Sordos, que se comportaran como Sordos. No se puede estar de los dos lados al mismo tiempo. Hay que elegir. Dentro de esta visión dicotómica, los medio-sordos son percibidos como *a caballo entre dos mundos*, incluso si ellos no comparten esta consideración, puesto que para ellos no hay *dos mundos* sino un continuo.

A modo de conclusión

Cómo la cultura sorda los cambia

Terminaré con un testimonio reciente de Bernard Le Maire acerca de su experiencia en Gallaudet. Bernard Le Maire, de Liege, es uno de los pocos sordos francófonos que fue a perfeccionar sus estudios a Gallaudet. Cuenta que partió lleno de emoción ya que iba a vivir con sordos, experiencia nueva para él, e iba a comunicar en señas aunque no las conocía y no le gustaban. Luego de un año difícil de adaptación, –como le ocurre a todos los sordos educados en el oralismo y más aún para un francófono– vino la explosión. El descubrimiento del mundo y el descubrimiento de sí mismo. Todas las situaciones de aprendizaje se transforman gracias a la comunicación gratificante que procuran las señas unidas a la palabra: se puede *comprender todo y expresar todo*.

“En Gallaudet, dice, el estudiante sordo descubre sus verdaderas posibilidades y sus verdaderos límites, sus gustos, sus opciones, hasta entonces velados por las dificultades de comunicación. Se siente en plena posesión de sus capacidades: puede formar parte del club que elija –deportivo, teatral, religioso, científico, etc... – puede participar de grupos de discusión y defender sus ideas, aceptar las de los otros, relativizar y matizar sus opiniones. Resumiendo, puede desarrollar su personalidad y tomar conciencia de su identidad”.

Cuando Bernard Le Maire habla aquí de identidad, no creo que haga alusión a la identidad sorda, de hecho no habla de eso en ningún momento. Se refiere a su identidad en lo que ella tiene de más personal. Es a Bernard Le Maire mismo que él descubre, que es, entre otras cosas, sordo.

Un lujo que es posible únicamente en los lugares en los que el sordo es plenamente reconocido en su singularidad de sordo.

¿Existen los Sordos?³³

En homenaje a Bernard Truffaut

Para resolver los problemas que nos ocasionan las personas cuyos defectos no pueden ser corregidos, existen felizmente otros medios que la eliminación física. Podemos, por ejemplo, evitarlos. Podemos no mirarlos, no considerarlos, como si no hubiéramos notado nada particular en ellos. Podemos hacer como si no los hubiéramos visto o como si no existieran. Todas éstas son formas habituales de comportamiento frente a los discapacitados y, en general, frente a todas las personas que nos perturban, puesto que no sabemos cómo comportarnos *normalmente* con ellas.

Otro procedimiento, mucho más cercano al precedente de lo que parece a simple vista —ya que es otra manera de no hacerles un lugar—, consiste en no darles un nombre. Esto puede tener consecuencias inesperadas. Por poco que nos recuerden su existencia —y es nuestra manera de tratarlos que los incita a hacerlo— estas personas pueden enviarnos directamente al corazón mismo de la experiencia que queríamos precisamente evitar.

Hablar —con la voz—, no hablar, son actos y eso se ve

Los Sordos “con S mayúscula”, tal como nos hemos habituado a llamarlos, y sobre todo a escribirlo en los últimos años, tienen para designarse a sí mismos en su lengua, la LSF (Lengua de Señas Francesa), una seña clara y desprovista de ambigüedad: el índice señala sucesivamente la oreja y la boca. Con algunas variaciones, esta seña es la misma en todas las lenguas de señas del mudo. En las lenguas orales, esta seña debería traducirse literalmente como *sordomudo*, *deaf-mute*, *taubstumm*, *sourd-muet*, *glouho-nèmoi*, etc.

33 In *Psychanalystes*, número especial « La parole des Sourds. Psychanalyse et surdités », n° 46-47, 1993, pp. 49-58.

Los mismos Sordos tienen para designarnos a nosotros los oyentes, una seña que literalmente significa, no oyente, sino hablante³⁴.

Esta manera de decir corresponde a las lenguas orales hasta una época reciente. Antes se hablaba de sordomudos. En el siglo XIX, en muchas ocasiones, se decía hablante en lugar de oyente. Se prefería entonces designar a unos y otros por sus actos, por lo que es visible. Hablar —con la boca—, o no hacerlo, es algo que se ve. Es un acto. No oír, es algo que no se ve. Es más bien un estado. El término sordo a secas estaba reservado a los hablantes —iba a decir oyentes— que no oyen o que oyen mal. A quienes desde hace unos treinta años, y no más, llamamos hipoacúsicos, y a los sordos postlocutivos³⁵.

Así era como se nombraban y se distinguían perfectamente dos categorías de personas que comparten el hecho de poseer problemas de oído, pero que se oponen completamente en su forma de ver el mundo y de organizar su vida, sus frecuentaciones y lazos sociales, y en la manera en que se relacionan con los que oyen. Se oponen también en su manera de comunicarse, en su lengua cotidiana y

34 Desde que frecuento a los Sordos nunca he dejado de estar atento a su manera de designarnos. El puño cerrado con el mayor y el índice extendidos, juntos o en forma de V. El dedo mayor roza dos veces la mejilla con un pequeño movimiento de abajo hacia arriba. Ésta era la forma canónica en que se enseñaba la seña que nos designa cuando se abrieron en Francia los primeros cursos de LSF, hacia fines de los años 70. Se trata de una seña que cambia de sitio, y podemos imaginar que el lugar en el que nos indicaban hacerla, es una especie de término medio entre otros dos posibles: sobre la boca o sobre la oreja. Me sorprendió entonces el modelo que nos proponían. Bastaba en efecto con mirar a los Sordos alrededor nuestro. Bastaba con mirar a aquellos mismos que nos enseñaban las señas, cuando conversaban entre ellos sin preocuparse por nosotros. Ubicaban esa seña francamente sobre la boca. Exactamente como cuando señamos “hablar”. Pero un pequeño cambio puede darle una connotación peyorativa. Si la situamos bajo la nariz, o la punta de la nariz, puede querer decir “orgulloso”, “quien se cree superior”, “presumir”, “hacerse el pillo”. Una seña que no pudo escapársele a los espectadores, aún los menos entendidos, cuando Emanuelle Laborit, la Sarah de la obra *Los hijos del silencio*, se refiere con agresividad a los oyentes. Inversamente, no nos sorprenderemos de que, en manos de los oyentes, la seña haya tenido tendencia a subir hacia la oreja. Actualmente se hace francamente sobre la oreja. Esto responde mejor a lo que significa para ellos el término oyente.

35 Cuando el término sordomudo fue desterrado, los sordos “hablantes” tuvieron que encontrar una apelación que los distinga de los sordos que hacen señas, de los ex sordomudos, a quienes acusaban de haber monopolizado en su provecho el término sordo. Notemos que, para nombrarnos a nosotros que oímos, los sordos postlocutivos y los hipoacúsicos no dicen oyentes, sino bien-oyentes. Manera indirecta de decir que se sitúan ellos mismos en el mundo ordinario de los oyentes y no en el “mundo de los Sordos”.

en su manejo de la escritura³⁶. Debemos decir también, que se oponen en función del grado de sordera y de la edad en que se quedaron sordas, puesto que es esto lo que condiciona en parte su pertenencia a una u otra de las precedentes categorías.

No hay más que Sordos...

En las décadas que siguieron la Segunda Guerra mundial, el término sordomudo fue juzgado despectivo e inexacto por los oyentes, es decir por aquellos que, deseándoles el bien, se ocupaban de desmutizar a los sordos. Así fue como cayó en desuso. Este proceso tuvo lugar de manera más o menos rápida según los países. En Francia comenzó en los años 50 y quedó completamente instalado en los años 60. El término sordomudo fue definitivamente desterrado del vocabulario oficial. Según el decreto del 8 de octubre de 1964, el Certificado de Aptitud para la Enseñanza de los Sordomudos (CAESM), se convirtió en el Certificado de Aptitud para la Enseñanza de Jóvenes Sordos (CAEJS)³⁷. Las placas de mármol que ornaron los frentes de los viejos Institutos durante siglos, fueron reemplazadas por otras en las que no figuraba el término mudo.

A partir de ese momento, no hubo más que sordos.

En los años 70, cuando comencé a interesarme en los sordos, existía aún una reliquia a la que algunos buscaban dar una nueva vida: la más que secular Sociedad Central de Educación y de Asistencia para los Sordomudos de Francia³⁸. Algunas asociaciones silenciosas, principalmente las deportivas, habían conservado la antigua apelación. Los periodistas, en aquel momento –y aún en la actualidad– se obstinaban en decir sordomudos. ¿Era ignorancia de su parte? ¿Lo hacían para volver más pintorescos los hechos en que los sordos se hallaban implicados? ¿O buscaban realzar las proezas de quienes realizaban milagros devolviendo el oído y la palabra a los “pobres desheredados condenados a permanecer en su silencio”?

Personalmente, jamás se me ocurrió en aquel momento decir sordomudos. Quienes lo hacían inspiraban más bien lástima. Como si se hubieran quedado

36 Los hipocúsicos y los sordos postlocutivos prestan una atención mayor a la escritura, contrariamente a lo que sucede con los que llamábamos sordomudos, que nunca se sienten cómodos en este terreno. Algunos incluso experimentan un verdadero rechazo por lo escrito. ¿Es necesario señalar que no es su lengua?

37 N. de T. : En francés: Certificat d'Aptitude pour l'Enseignement des Sourds-Muets (CAESM) y Certificat d'Aptitude à l'Enseignement des Jeunes Sourds (CAEJS) respectivamente.

38 N. de T. : En francés: Société Centrale d'Education et d'Assistance pour les Sourds-Muets de France.

en el tiempo, pasados de moda. Cada vez que alguien se refería a los sordos de esta forma, se le señalaba el error y se le daba una lección. Sistemáticamente se lo acusaba de ignorar que el mutismo no es una enfermedad, sino solamente la consecuencia de la sordera. Entre quienes utilizaban esta apelación, más de uno se hubiera sorprendido al saber que entre los sordomudos, hay muchos que hablan. Más o menos bien, es cierto. Y que en muchas circunstancias se abstienen deliberadamente de hacerlo. Se trata de un acto, de una decisión.

... y los sordos oyen

Hubo un momento, en cambio, en el que el término sordo comenzó a su vez a caer en desuso, y fue un asunto serio. En algunos lugares incluso, su empleo fue prohibido. Una vez le pregunté a un alumno, profesor de los Institutos nacionales que estaba escribiendo una tesis bajo mi dirección, por qué no había usado ni una sola vez el término sordo en su texto. Me respondió que podría ser mal visto y que no quería correr ese riesgo. “El término oficial, el único permitido y adecuado, era deficiente auditivo”. Deficiente o discapacitado, se habían vuelto los nombres obligados para aquellos a quienes –a partir del informe Bloch-Lainé (1967)– se esperaba reunir bajo la misma ley común. Un año antes de la famosa Ley de Orientación de 1975, y con un gran atraso respecto de una práctica para entonces bien establecida –por no decir invasiva–, el Certificado de Aptitud para la Enseñanza de los Jóvenes Sordos (CAEJS), se convirtió en Certificado de Aptitud para la Enseñanza de los Jóvenes Deficientes Auditivos (CAEJDA) (Decreto del 5 de junio de 1974).

De la misma manera en que podemos conocer la edad de los caballos o de los perros de pedigri, según la inicial de su nombre, podemos adivinar, con un error inferior a una década, la fecha de creación de las asociaciones y de las instituciones cuya sigla termina en DA. Es el caso de la todopoderosa ANPEDA (Asociación Nacional de Padres de Niños Deficientes Auditivos) (1965), siempre fiel a su apelación. Así como de todas sus ARPEDA (Asociación Regional de Padres de Niños Deficientes Auditivos). También su rival, la FNAPEDIDA (Federación de Padres de Alumnos de Instituciones para Deficientes Auditivos), que terminó siendo absorbida por la primera. La UNISDA (Unión Nacional para la Inserción Social de los Deficientes Auditivos) (1973), curioso conjunto en el que, más que en otros sitios, unos hablaban en el lugar de otros. Existen más ejemplos, hasta llegar a la última de la serie, creada a principios de los años 80, la ANFIDA (Asociación Nacional Francesa de Intérpretes para Deficientes Auditivos),

rebautizada poco después como ANILS (Asociación Nacional de Intérpretes en Lengua de Señas)^{39 40}.

En efecto, esto no fue más que una moda, pero una moda que duró más de quince años. Finalmente, el término deficiente auditivo fue rechazado por aquellos a quienes designaba. Los Sordos no fueron los únicos que se mostraron hostiles. Pero en este combate hicieron prueba de mayor determinación que el resto de los “discapacitados”. Se volvió al *statu quo ante*. Un decreto del 27 de octubre de 1986, creaba el Certificado de Aptitud al Profesorado de la Enseñanza de los Jóvenes Sordos (CAPEJS)⁴¹ en reemplazo del CAEJDA.

Censura y negación

Al término “deficiente auditivo” se le reprochaba ser estigmatizante, no considerar más que la oreja, poner fuertemente el acento en aquello que no funciona, medicalizar. Estigmatizar, no era verdaderamente la intención de quienes lo habían adoptado y habían asegurado su éxito. Al contrario, este éxito se debía a que el término “deficiente auditivo” se encontraba en la misma línea que el proceso púdico de eufemización, y hasta de negación, que se había puesto en marcha con la censura de la palabra sordomudo. Se trataba de una etapa más en la misma dirección.

En las reuniones públicas sobre la educación de los jóvenes sordos, cansado de oír hablar sólo de educación auditiva, de oralización, de palabra o de integración en las clases de oyentes, no siempre pude resistir el deseo de interrumpir al orador. No podía evitar intervenir haciendo una pregunta, exclamando mi sorpresa, o simplemente constatando, “¡pero son sordos!” Eso hacía reír siempre a una gran parte de la asamblea, y hacía sonreír con condescendencia a la otra. Todos sabían de antemano cómo continuaría la escena. Todos sabían lo que el orador

39 Sin duda conviene mencionar también la reciente FEPEDA (Federación Europea de Padres de Deficientes Auditivos). Una especie de extensión de la ANPEDA a escala europea.

40 N. de T. : En francés, ANPEDA : Association des Parents d'Enfants Déficients Auditifs. ARPEDA : Association Régionale des Parents d'Enfants Déficients Auditifs. FNAPEDIDA : Fédération des Parents d'Elèves des Institutions de Déficients Auditifs. UNISDA : Union Nationale pour l'Insertion Sociale des Déficients Auditifs. ANFIDA : Association Nationale Française des Interprètes pour Déficients Auditifs. ANILS : Association Nationale des Interprètes en Langue des Signes.

41 N. de T. : En francés: CAPEJS : Certificat d'Aptitude au Professorat de l'Enseignement des Jeunes Sourds.

respondería. Otros, ingenuos, me habían precedido y habían hecho la misma observación. Era algo esperado en cierto modo. Sin querer, yo formaba parte del programa. Con amabilidad e indulgencia, el orador se disponía entonces a explicar que muchas personas se imaginan que los sordos no oyen. Ahora bien, esto es falso. Siempre existen restos auditivos.

Actualmente las cosas han quedado claras. Es la palabra sordo la que induce al error. El término exacto para designar a todos aquellos que se encuentran bajo esta apelación, y esto va de la sordera leve a la cofosis —un caso tan raro que nos preguntamos si vale la pena mencionarlo—, es evidentemente el de deficiente auditivo⁴². Esta designación, permite la existencia de todas las negaciones posibles.

Siempre hay restos auditivos y esos restos son lo esencial. Lo que cuenta en el caso del niño sordo no es su sordera, sino sus restos auditivos. Precisamente, es a ellos, por pequeños que sean, y sobre todo si lo son, que es necesario aferrarse. Éste era el sentido de la educación precoz. Educar al niño sordo, comenzando por la prótesis, significa despertar al oyente potencial que duerme dentro de él.

Tanto las consignas como “hablen, hablen, hablen”, o el desvío de frases célebres como “el niño sordo es ante todo un niño”, todas estaban al servicio de la negación.

La sordera no es más que un simple atributo

La última moda en materia de control de la lengua consiste en no designar nunca nominalmente, por su discapacidad, a las personas que tienen una deficiencia⁴³. No decimos un sordo o un ciego, sino una persona sorda o una persona ciega. Esto es aún menos imperativo si en lugar de sordo o ciego, decimos hipoacúsico o disminuido visual. Es una invitación a que la persona no

42 En este momento un verdadero delirio clasificador se apoderó de una parte del mundo que gira alrededor de la sordera. Habrá que escribir un día la instructiva y muy curiosa historia. A la clasificación intuitiva, que partía de criterios simples y prácticos y que distinguía los duros de oreja, los medio-sordos, los sordos profundos y los sordos totales, le siguió otra, fundada sobre criterios exclusivamente audiológicos. Esta escala distinguía la sordera leve, moderada, severa y profunda. Fue la Gran Obra del BIAP (Bureau International d'Audiophonologie). Éste la perfeccionó para responder a la monumental y monstruosa empresa de la OMS. Ver J.C. Lafon « Evaluation du handicap, critique des barèmes actuels et principe d'actualisation », in J. P. Bouillon, *La surdité chez l'enfant sourd*, Paris, CTNERHI, 1990, p. 103-116 y « Annexe 3 : Recommandation 02/1 BIAP, classification des déficiences auditives », *ibidem*, p. 323-332.

43 Una defensa reveladora en favor de esta censura: Jacqueline Lévi-Valensi, “Questions de vocabulaire”, in *GIHP Informations*, enero-marzo 1984.

sea identificada a su discapacidad, y a que esta última sea considerada como un atributo más entre otros, incluso como un atributo exterior a la persona misma. Hay quienes precisan —y pueden hacer un largo discurso acerca de esto— que una persona discapacitada no es alguien que es discapacitado, sino alguien que tiene una discapacidad.

H. Markowicz, responsable de la versión francesa de los textos que conforman las Actas del séptimo Congreso Mundial de Sordos (Washington, 1975), había recibido la consigna estricta de escribir sistemáticamente “personas sordas”, en todas las ocasiones en las que el autor, por falta de tacto, había escrito sin consideración, de manera directa, primitiva y brutal, los sordos.

He aquí rápidamente, un esbozo de la manera en que se pasó de un nombre a un adjetivo, y de una categoría antropológica que designaba las personas, a una categoría puramente médica.

Los “Sordos” tienen una lengua

Como aquellos a quienes antes llamábamos sordomudos siguieron existiendo, fue necesario encontrar una manera de designarlos.

Por si fuera necesario, tenemos la prueba de que no prestamos ninguna atención a la etimología de las palabras o de las señas que utilizamos cotidianamente: los Sordos, que siguen usando la misma seña para nombrarse, no quieren —feliz coincidencia— que los llamemos sordomudos. Pero por una razón completamente diferente de la que condujo a los oyentes a desterrar este término. Ellos consideran que no son mudos, puesto que tienen una lengua. La lengua de señas.

Quieren que en francés los llamemos Sordos. Simplemente Sordos. Pero Sordos “con s mayúscula” precisan algunos. Esta idea fue propuesta por el sociolingüista norteamericano James Woodward, entonces colega cercano de H. Markowicz, en el Laboratorio de Lingüística de Gallaudet, la Universidad sorda de Washington DC. Mientras que este último se dedicaba al trabajo forzado de vestir púdicamente las Actas del congreso, J. Woodward por su parte, hacía la proposición inversa, o si se prefiere complementaria. Proponía continuar utilizando la palabra sordo, con minúscula, para designar a los sordos únicamente en el sentido restringido de su condición fisiológica, es decir, para denominarlos como personas que no oyen, como deficientes auditivos. Por otro lado, proponía escribir Sordo con mayúscula —incluso cuando la palabra es utilizada como adjetivo—, para designar a los sordos como personas, como realidad sociológica o antropológica. La comunidad internacional de investigadores, principalmente los lingüistas que carecían de un

término apropiado, adoptaron esta solución. Los Sordos, unos años más tarde, aportaron su aprobación.

Desgraciadamente una mayúscula no se oye. La proposición no es válida más que para la escritura.

El orgullo de una cultura

Frente a la urgencia, en la conversación corriente se recurrió espontáneamente a expresiones como sordo-sordo, verdaderos sordos, sordos de la comunidad de Sordos, sordos gestuales, sordos LSF. Sin que existiera el menor acuerdo, se utilizaron los mismos términos en casi todos los países del mundo.

La expresión verdadero sordo, tenía el don de exasperar a los sordos que se sentían orgullosos de hablar con la voz, de no hacer “gestos” y de no frecuentar a quienes los hacen. También sacaba de quicio a los padres de estos sordos, responsables en buena medida de sus proezas. Puesto que estos éxitos eran el ejemplo viviente de lo que se puede lograr cuando se pone todo el empeño en ello, veían su honradez puesta en duda. En un primer tiempo sacaron a relucir los audiogramas, espontáneamente pensaban en términos de pérdida auditiva. Por eso también esas mismas personas, enteramente ocupadas en ocultar su sordera, fueron las primeras en disgustarse cuando los Sordos comenzaron a hablar del “orgullo de ser Sordo”. Estimaban que era llevar las cosas demasiado lejos. No se podía estar orgulloso de lo que era, evidentemente, un defecto. Los Sordos no se enorgullecían de no oír, para ellos el grado de pérdida auditiva no es una preocupación mayor. Se enorgullecían en cambio, como todos aquellos a quienes les toca afrontar un destino difícil, de haber sabido desarrollar maneras de comportarse, formas de solidaridad, una lengua común. Resumiendo, una cultura que lo oyentes deberían admirar en lugar de tratar de destruir. Desde finales de los años 70 los sordos se empeñaron en compartirla con ellos.

Pero esto era demasiado para aquellos que, reticentes, encontraban en la expresión verdadero sordo una especie de reproche moral dirigido hacia quienes no se mostraban conformes al nuevo modelo de Sordo que se les proponía.

Es por esta razón que la expresión quedó reservada a un uso interno, entre nosotros. Nos cuidábamos bien de no emplearla en los debates públicos. Era una frase problemática. Despertaba la cólera.

Sordo gestual, o sordo LSF, son tal vez las expresiones mejor recibidas por todos. Designan exactamente a las mismas personas que se designaban con el término sordomudo: aquellas en que los Sordos piensan cuando dicen en su lengua “Nosotros los Sordos”.

El rechazo de nombrar

Lo más importante no es el nombre que se utiliza para designar a las personas. Lo más importante es que exista uno. La ausencia de nombre tiene siempre desafortunadas consecuencias.

Mencionaré sólo una, de la que encontramos aún hoy ejemplos cotidianos.

Lo que dice aquel a quien no hemos dado un nombre, —aquel a quien no hemos sabido distinguir, aislar, identificar, reconocer— se encuentra desacreditado de antemano. Es alguien a quien se le impide hablar en primera persona. Es alguien que no puede ser escuchado. Es como si no existiera.

Cada vez que un Sordo, expresándose en su lengua, declara, llevándose el índice de la oreja a la boca: “Nosotros los sordos, he aquí lo que sentimos, lo que nos gusta y lo que no nos gusta, lo que nos conviene y lo que no nos conviene, he aquí nuestra manera de ver las cosas, y lo que reivindicamos...”, ese sordo sabe muy bien de quién habla. No habla de los hipoacúsicos ni de los sordos postlocutivos. Si se encuentra presente alguno de aquellos en cuyo nombre habla, éste sabrá perfectamente que forma parte de ese “nosotros” y sabrá también quiénes no están incluidos.

Cuando ese locutor se dirige hacia las personas que están familiarizadas con su lengua, no hay problema. Pero, cuando lo hace por medio de un intérprete, como ocurre en general cuando se dirige a un vasto público, el intérprete, salvo raras excepciones, traduce esta expresión simplemente por “sordos” sin más precisiones. Lo hemos constatado. La mayor parte de los oyentes comprenden “nosotros los sordos”, “nosotros los que no oímos”.

Acusan entonces de buena fe, a los Sordos, de olvidar que hay sordos que hablan bien, que no conocen la lengua de señas y que no quieren saber nada de ella, que están a favor de priorizar la presencia de intérpretes orales y de la instalación de circuitos magnéticos, etc., que quieren hablar en el lugar de los otros y comportarse como ayatolás...

Lo que los Sordos no han comprendido, aunque no cesan de repetir que los oyentes no entienden nada acerca de ellos y que no quieren escucharlos, es que, efectivamente, los oyentes no han comprendido. Como no existe un nombre para designar a los Sordos, estos últimos no han entendido que es de ellos que hablaban y de nadie más. Es así que los Sordos, con buena fe y con razón después de todo, verán en los propósitos de los oyentes una prueba más de su falta de consideración hacia ellos: los oyentes ponen en duda lo bien fundado de lo que

los Sordos expresan, les niegan simplemente el derecho de tener un punto de vista personal.

Se trata, claro está, de un simple malentendido. Pero lo he visto repetirse a menudo, y es grave. Es una trampa, de la que a veces es difícil salir indemne. Esto explica, en mi opinión, el carácter a menudo violento de los debates que conciernen la sordera, por qué algunos pierden el control de sí mismos y no encuentran las palabras. En esas situaciones caóticas, en las que todo el mundo se encuentra en las mismas circunstancias, nos preguntamos si hay aún personas capaces de oír.

Los sordos deben probar todo, incluso su existencia

¿Los Sordos tienen un alma? ¿Los Sordos tienen la noción del bien y del mal? ¿Los Sordos se comprenden entre ellos? ¿Los Sordos tienen acceso a la abstracción? ¿La Lengua de Señas es una verdadera lengua? ¿Los Sordos tienen un inconsciente? ¿La Cultura sorda existe?

De antemano, no se les da crédito sobre nada. Deben probar todo. Es una vieja tradición. En el siglo pasado Berthier ya hablaba de ello. Siempre se ha movido alrededor de los Sordos un mundo de Faurissons⁴⁴ puntillosos que piden pruebas y más pruebas.

Me pareció interesante presentar aquí la primera negación con la que me encontré, la que condiciona tal vez a todas las demás, la más curiosa, la más sutil –y por eso la más irritante– la más mortífera en fin, puesto que se trata de una cuestión de existencia.

44 N. de T. : El autor hace aquí referencia a la figura de Robert Faurisson, tristemente emblemática de las teorías negacionistas.

Sordos y oyentes, judíos y no-judíos. Una mirada sociológica⁴⁵

Frecuentemente, en una mesa de café o en otra parte he discutido frente a frente con Annette Leven de sordera y de judaísmo. La condición de sordo y la condición de judío tienen más de un punto en común. La condición de unos, para ser mejor comprendida, o tal vez mejor vivida, o vivida de manera más intensa, no puede más que ganar, me parece, si la confrontamos a la condición y a la experiencia de los otros.

Sin embargo, Annette Leven no cesaba de repetirme, quejándose, que la manera de vivir de los Sordos no era siempre comprendida ni apreciada por los Judíos. Les reprochaban de formar un bando aparte. Por otro lado, sabemos que ser sordo no impide a un no-judío de ser antisemita. Yo conozco más de un sordo a quien le repugna en el más alto grado la idea de que, por el solo hecho de ser sordo, pueda tener algo en común con un judío.

¡Y sin embargo!

La historiadora Aude de Saint-Loup atrajo recientemente nuestra atención sobre el siguiente hecho, remarcable y cargado de sentido: en la iconografía de la Edad Media, para representar a un sordo se representaba a un judío, e inversamente. Esta comparación no aventajaba a unos ni a otros. Se confundía en una misma imagen a aquellos que, voluntariamente o no, no oían la palabra de Dios, del Dios cristiano naturalmente. Son por excelencia, los que están fuera de la sociedad, los excluidos de la –verdadera– vida que pasa necesariamente por la palabra de Dios.

Medio en broma, medio en serio, le decía a Annette Leven que allí había, en todo caso, un gran tema para un sociólogo y que yo tendría muchas cosas que decir al respecto.

45 Traducción francesa de “Gehörlose und Hörende, Juden und Nichtjuden, eine soziologische Betrachtung”, Hamburg, *Das Zeichen*, 23, 1993, pp. 47-50. Intervención en el 4º Congreso Mundial de Sordos Judíos, París, 12-17 de julio de 1992.

Annette Leven tomó mi palabra al pie de la letra. Algunos meses atrás me pidió que interviniera en este congreso. Al principio emprendí la fuga, quise negarme. No soy sordo. No soy judío. Entre ustedes ¿no habrá muchos que verán, *a priori*, como algo sospechoso la presencia en esta tribuna de alguien que no es parte de los suyos? ¿A título de qué y con qué provecho me otorgaría el derecho de hablar de algo que no he experimentado, a aquellos que lo viven del interior?

Ella me respondió que no era necesario que fuera sordo ni que fuera judío. Me pedía que hablara en calidad de sociólogo. Lejos de convencerme o de tranquilizarme, eso no hizo en aquel momento más que aumentar mi confusión. Pensé automáticamente en esa generación de psicólogos que nos precedieron. A los inventores de la tristemente célebre “psicología del sordo”. Estos, armados de instrumentos de medida, de baterías de test comparativos, sin preguntarles a los Sordos lo que pensaban, incapaces de comunicarse con ellos y trabajando a sus espaldas, pretendían decir en nombre de la ciencia, qué eran los sordos, *quiénes* eran. También, claro está, *lo que debían ser, y cómo sacar el mejor partido de la “cuestión sorda”*.

Pero Annette Leven insistió. Insistió con tal determinación y gentileza que, muy honrado y conmovido, no pude más que aceptar. Acepté de todos modos con una condición. A condición de intervenir junto a otro oyente, judío e implicado en el mundo de los Sordos. Deseaba que ese judío fuera el sociolingüista Harry Markowicz, que actualmente enseña inglés en la Universidad de Gallaudet. El aceptó. Yo imaginaba nuestra intervención como un diálogo entre nosotros frente a testigos. La continuación de un diálogo que no hemos dejado de tener casi nunca desde hace más de quince años. Desgraciadamente, no pudo venir. A partir de recuerdos y de notas que me envió, he podido reintroducir su voz en esta presentación.

Cuando conocí a Harry Markowicz, no sabía gran cosa sobre la lengua de señas. Como la mayoría de la gente en esa época, e incluso algunos Sordos, creía que se trataba de una especie de código gestual de la lengua hablada, de una transcripción más o menos acertada del francés. El retorno de la lengua de señas a las aulas me parecía entonces un problema bastante simple. Esencialmente técnico. Una vez que la lengua de señas hubiera sido desempolvada y un poco renovada —ya que hacía tanto tiempo que no había servido para este uso—, bastaría con que los profesores retomaran la mano, más allá de que fueran sordos u oyentes.

Harry Markowicz me explicó que se trataba de una verdadera lengua. Que no era de ninguna manera un doble de las lenguas habladas. Que estaba bien como estaba y que no había que tocarla. Que sobre todo, nosotros oyentes, no teníamos que meter las manos en eso. Y añadió, lapidario: “La lengua de señas es como el yiddish. El yiddish no está hecho para los no judíos”. Quienes hablan yiddish, desconfiarían inmediatamente de cualquiera que hable yiddish sin ser judío, sin pertenecer a su comunidad. Por otro lado, si los oyentes son incapaces de señar como los Sordos, no es, como piensan y dicen frecuentemente los Sordos, porque son naturalmente incapaces de hacerlo. Sino simplemente, porque los Sordos se cuidan de hacer señas con los oyentes de la misma manera que las hacen entre ellos. Se trata de lenguas reservadas. Para emplear entre sí. De uso interno.

Las modalidades del retorno de la LSF a las aulas, me parecieron entonces un enigma, un verdadero rompecabezas. Decidí asistir al 7º Congreso mundial de Sordos que se realizaría en Washington (1975) y aprovechar para visitar el Laboratorio de lingüística de Gallaudet. Para ver. Para tratar de comprender. Fue un descubrimiento a cada instante. Un deslumbramiento. Harry me servía de guía y se refería de vez en cuando a la realidad judía. Así, cuando yo me sorprendía de la severidad que mostraba hacia ciertos sordos oralistas, me explicaba que eran como los judíos que quieren olvidar que lo son. Es algo con lo que se toparán en algún momento. Los otros se encargarán de recordárselo. Es por eso, que es algo que no se debe olvidar.

Podría multiplicar los ejemplos. A veces, tales observaciones me daban en el instante, elementos para comprender mejor. Sin embargo, a menudo iban contra mi sensibilidad, contra mi manera habitual de pensar. Estaba claro que Harry percibía la realidad sorda a la luz de su experiencia como judío. Con el tiempo, me di cuenta que su manera de pensar se estaba volviendo también la mía. A veces me pregunto cuál sería ahora mi visión del mundo de los Sordos si no hubiera tenido la suerte de tener esta mediación judía.

A fines de los años 70, Harry Markowicz y yo presentamos en el Centro cultural americano de París un video que mostraba a los actores del Teatro nacional de Sordos americanos (NTD) celebrando la Pascua judía (Pesaj). En este video estaba Bernard Bragg, que ya era conocido por muchos Sordos franceses. Nunca ningún ritual, ni ceremonia, ni liturgia, me pareció estar tan conectado con lo que entonces estaba viviendo la comunidad sorda. Ella comenzaba a liberarse de sus cadenas. Hacía su salida de Egipto.

Tal como Annette Leven me ha pedido, hablo aquí naturalmente como sociólogo. Por otro lado, es algo que se ha vuelto en mí como una segunda naturaleza. No puedo evitar serlo. Pero hablo también hoy como invitado. Es decir, como extranjero. Y quisiera precisar, justamente como sociólogo, qué quiere decir aquí “como extranjero”. En otros términos, quisiera explicar por qué, viniendo de ustedes, otorgo tal valor al estatus de excepción que me conceden durante el congreso.

Una de las grandes diferencias entre ustedes Sordos y nosotros oyentes, y entre ustedes judíos y nosotros que no lo somos, es que ustedes no se libran a ninguna forma de proselitismo con respecto a nosotros. Ustedes no tratan de convertirnos. No intentan hacer que nos volvamos Judíos. No intentan hacer que nos volvamos Sordos.

Entre ustedes en cambio, esto puede ser totalmente diferente. Eso dependerá de los momentos de su historia. Los judíos practicantes se dirigen a quienes no lo son para que vuelvan a las prácticas tradicionales. Los judíos ortodoxos Lubavitch reclutan activamente entre los judíos asimilados. A los sordos oralistas se los invita actualmente a aprender la lengua de señas y a formar parte de la comunidad de los suyos. A conformarse con su “verdadera naturaleza”. Pero ustedes no buscan convertirnos a nosotros. Creo saber aún —me dirijo a los rabinos presentes—, que cuando un cristiano, un no-judío, desea convertirse, ustedes no lo acogen calurosamente. No aplauden su decisión. Les parece más bien, en un principio, algo sospechoso. No le facilitan el trabajo. Le hacen pagar caro el precio para volverse uno de ustedes. Es algo poco frecuente pero posible. Y una vez que se ha hecho, no se vuelve a hablar de ello. El nuevo judío se ha convertido verdaderamente en uno. Es enteramente judío.

Ustedes los Sordos, buscan seguramente hoy en día, convencer a los oyentes de su entorno de que aprendan su lengua. Pero considerarían loco al oyente que, por el solo hecho de hablar su lengua, se creyera uno de ustedes, un Sordo en el sentido sociológico y cultural del término. Sin embargo, la tentación es grande para algunos. Pero en estos casos, ustedes pondrán rápidamente las cosas en orden. Ustedes saben que es algo imposible.

Hace algunos años, en una asamblea pública, un oyente se presentaba de cierta manera como modelo, y se vanagloriaba de sentirse tan a gusto entre los Sordos como entre los oyentes. Decía sentirse en su mundo, en compañía de unos o de otros. Por extrañas razones, había vivido desde la edad de dos años en un internado para sordos. Señaba como un Sordo. Su esposa era sorda. Y ocupaba

importantes funciones en las asociaciones típicamente sordas. Ni bien terminó de hablar, un Sordo se levantó para interpelarlo de manera bastante agresiva: “¿y tu mujer por qué no está aquí? –se trataba de una asamblea esencialmente oyente. La gran diferencia entre tú y nosotros, es que tú puedes estar a gusto tanto entre los Sordos como entre los oyentes. Nosotros no estaremos jamás a gusto con los oyentes”.

No podemos tener todo. No podemos ser todo. Quienes forman parte de la mayoría, aunque puedan soñar, no podrían seguir siendo parte de la mayoría y tener también la experiencia de la minoría. Les faltará siempre lo que ésta tiene de más específico. Esto no quiere decir que tales personas, preciosas, no tengan ningún rol que jugar. Tienen un lugar en los márgenes o en el seno mismo de la comunidad de Sordos, a condición de ser modestos, de no comportarse como conquistadores o como líderes. A condición de guardar su lugar. Como amigos. Estoy tentado de decir, como extranjeros.

Para nosotros que formamos parte de la mayoría, es exactamente lo contrario. Tenemos una seria propensión a pensar que el mejor regalo que podemos hacerles es transformarlos en seres semejantes a nosotros. Esto nos parece tan bueno, que estamos listos incluso a imponérselos si se muestran reticentes, o si no ponen suficiente voluntad para lograrlo. Nos acercamos así al punto en que los extremos se tocan: asimilación completa y/o liquidación. No quiere decir que los amemos, es que ustedes estorban. Están de más. Es necesario que de una forma u otra, desaparezcan de nuestra vista. Es necesario que ustedes desaparezcan de la escena, y con ustedes su esencia más singular.

El oralismo no consiste únicamente en hacer de ustedes, los Sordos, sordos que hablen con la voz. Si fuera sólo esto ¿sería necesario hacer tanta historia? El oralismo consiste también en hacer que ustedes se sientan orgullosos de no utilizar las señas y de no frecuentar más que oyentes. Se trata de lograr que ustedes renuncien a hacer grupo aparte, como se dice. Como Brassens dice en su canción: “Las buenas personas no quieren que se tome un camino distinto al suyo”. Pero la manera más radical de resolver “la cuestión sorda”, sigue siendo, y hay quienes se aplican en ello, hacer que no haya más sordos: prohibición de casamientos entre sordos, esterilización masiva de sordos durante el nazismo, implantes cocleares. ¿Es necesario que recordemos para ustedes judíos, las conversiones forzadas, la inquisición, los pogromos y la Shoah?

Pueblo sordo, ustedes están en todas partes del mundo. No conocen nuestras fronteras. Por eso las reuniones internacionales de Sordos parecen siempre

calurosos reencuentros. Pueblo judío, ustedes tampoco conocen nuestras fronteras. También están en todas partes del mundo. Pero eso quiere decir, tanto para unos como para otros, que ustedes viven en todos lados como extranjeros. Como exiliados, como dice Annette Leven. Ese es vuestro destino.

Ustedes, Sordos judíos, acumulan, añaden algo más a ese destino. Si viven en Israel, son extranjeros porque son sordos. Si son judíos de la diáspora, entonces son dos veces extranjeros, por ser judíos, y por ser sordos. Y muchos –como dijo Annette– son, igual que ella, triplemente exiliados. Muchos de entre ustedes, tal como lo he comprobado, no viven en la tierra que los vio nacer.

De aquí viene el lugar que ustedes saben otorgar a los extranjeros. Un lugar diferente del que nosotros solemos darles. En la Biblia se habla mucho de extranjeros. Me parece que entre ustedes, judíos, existe un lugar para los extranjeros en tanto que tales.

Algunos de ustedes conocen mi interés por los Banquetes de Sordos. Una de las razones de este interés, reside en que desde el primer Banquete, hace ya un siglo y medio (1834), ustedes habían reservado algunos lugares para los extranjeros: los oyentes. Amigos de los Sordos o personas que terminarían siéndolo. Les reservaban los puestos de honor. ¡Felices aquellos que fueron escogidos para ocuparlos!

Ustedes Sordos, y ustedes Judíos,

- La parte de ustedes mismos que reservan para ustedes o para los suyos, o para unos pocos elegidos entre quienes no forman parte de su pueblo,
- Las barreras, a veces altas, que ustedes erigen entre ustedes y los otros, para proteger su intimidad, su identidad, o para protegerse en general contra los peligros de toda clase que los amenazan,
- Lo “relativo a ustedes mismos”, retomando el bello título del trigésimo coloquio de intelectuales judíos de lengua francesa (1989).

Todo esto constituye para nosotros que no somos sordos y que no somos judíos, una gran lección. Es también una garantía preciosa. Es la certidumbre de que, mientras se atengan a ello, siempre habrá en alguna parte para los otros, un exterior, un resto, una otredad, algo desconocido. Es la seguridad de saber que nadie puede, intelectualmente o de cualquier otra forma, apoderarse del mundo, controlarlo completamente, dominarlo.

Para terminar diré algunas palabras acerca del yiddish y de la Lengua de señas. Es el complemento indispensable de lo que dije para comenzar. Lo que diré es una sugerencia de Harry Markowicz y se deriva de algunas ideas que me ha transmitido.

Resulta curioso retomar los juicios, emitidos durante siglos, sobre el yiddish: no es una verdadera lengua, sino una jerga híbrida, un galimatías... Estos mismos juicios despectivos no provenían solamente de personas extranjeras a la comunidad judía o a la comunidad sorda. Venían también de personas sordas o de judíos, de hablantes del yiddish y de la lengua de señas.

Estos juicios peyorativos se dan en un contexto en el que, una y otra de esas lenguas, constituyen casi exclusivamente la lengua de todos los días, la lengua utilizada para hablar entre sí de cosas ordinarias. El hebreo y la lengua escrita o hablada del país en cuestión –alemán, polaco, ruso...–, son empleados para usos elevados o eruditos. De la misma manera en que actualmente aquellos que componen lo que llamamos la elite de los Sordos, recurren al francés –eventualmente al francés señado– o a la lengua del país, para tratar temas serios.

Pero desde hace unos quince años, asistimos en todas partes del mundo a un desarrollo espectacular de la lengua de señas. No creo que exista, ni que haya existido jamás una lengua que haya conocido, en un tiempo tan corto, una progresión tan grande. De lengua reservada, de lengua que se esconde, de lengua vergonzante si podemos decir, la lengua de señas se ha vuelto una lengua que se muestra, una lengua que se ostenta, que se da. En algunos lugares incluso, tiende a volverse una lengua que se impone. Pienso en el campus de la Universidad de Gallaudet desde hace algunos años.

Esta expansión no implica solamente el aumento del número de hablantes. Significa –como ocurrió con el yiddish–, que se la utiliza para tratar temas elevados, eruditos, nobles. Actualmente en los Estados Unidos, sobre todo después del movimiento “Deaf President Now”, así como en Francia y en otros países del mundo, esto plantea un problema urgente y muy concreto. Hace salir a la luz un conflicto latente entre las antiguas y las nuevas elites.

Los sordos –y los oyentes–, que no conocen absolutamente nada acerca de la historia judía, se sorprenderán al descubrir hasta qué punto, lo que pasó con el yiddish en la conferencia de Tchernovitz (1908)⁴⁶ esclarece singularmente lo que está ocurriendo hoy en el mundo, con la lengua de señas.

Gracias por haberme recibido aquí. Gracias por su atención.

46 N. del T. : el autor hace referencia a la conferencia que tenía como objetivo designar la lengua nacional del pueblo judío. Se convirtió en cambio, en la escena de una apasionada confrontación entre los defensores del yiddish y los defensores del hebreo. La declaración final considerará el yiddish como una de las lenguas nacionales, aunque no la única, del pueblo judío.

Cuarto Congreso de la Organización Mundial de Sordos Judíos Resumen⁴⁷

Del 12 al 17 de julio, en el año de la conmemoración del 500º aniversario de la salida de los judíos de España, tuvo lugar en París, el 4º Congreso Mundial de Sordos Judíos. Es la primera vez que un congreso de la WOJD (World Organization of Jewish Deaf), creada en 1977, se desarrolla fuera de Israel.

Este congreso se llevó a cabo un mes después de la desaparición de Max Leven (1905-1992), una gran figura del mundo Sordo. Max Leven ocupó desde muy temprano puestos de responsabilidad en ámbito del deporte silencioso. Participó junto a Eugène Rubens-Alcais, en la creación de los primeros Juegos Olímpicos de Sordos (1925). Desde principios de los años 30, hasta 1966 –excepto durante su retiro forzado en los años de guerra–, fue consejero, presidente y vicepresidente del *Apoyo Fraternal de Sordomudos*, del Hogar de Sordos de París y de la *Alianza Francesa de Sordomudos*⁴⁸. No pudo asistir al congreso fundador de la *Liga Internacional de Sordos Israelitas* (Weltbund der Jüdischen Gehörlosen) que se realizó en Praga en 1931. Estuvo presente en cambio, en el segundo congreso que se llevó a cabo, paradójicamente, en Berlín en 1934. Según la información que tenemos, se rehusó a crear entonces en Francia, una Asociación de Sordos Judíos. Juzgaba que el momento era particularmente inoportuno. En 1976 en cambio, fundó la ASJF (Asociación de Sordos Judíos de Francia)⁴⁹, junto con Pierre Nataf y Bernard Baran, actualmente tesorero adjunto y vicepresidente de la ASJF, respectivamente.

El congreso fue organizado por la ASJF, cuyo presidente actual es Patrick Leven, hijo de Max.

47 Traducción francesa de “Vierter Kongress der Weltorganisatrtrtion der Jüdischen Gehörlosen”, Hamburg, *Das Zeichen*, 23, 1993, pp. 94-97.

48 N. de T. : en francés: *Appui Fraternel des Sourds-Muets*, Foyer des Sourds de Paris et *Alliance Française des Sourds-Muets*.

49 N. de T. : en francés: ASJF : Association des Sourds Juifs de France.

Fiel a la tradición de las grandes reuniones sordas, la semana fue rica en actividades sociales. Se hizo turismo –paseo por París en barco, visita a la Torre Eiffel, a la pirámide del Louvre, al Arco de la Defensa, al Memorial del mártir judío desconocido... Hubo espectáculos –fuegos artificiales del 14 de julio, espectáculos teatrales a cargo del grupo *Symbiose* de Joël Chalude, y del *Jewish Deaf Drama Group* (JDDG) de David Jackson. Actividades que culminaron con un suntuoso banquete. Sin embargo, me referiré aquí únicamente, a los días 13, 14 y 15 de julio que fueron consagrados enteramente a las exposiciones, discusiones y mesas redondas.

Annette Leven (Fr) (s), secretaria de la ASJF y profesora de LSF en una escuela de la región parisina, abrió el congreso con una intervención titulada: “Crisis identitaria: Sordo, Judío, Francés, tres veces exiliado”⁵⁰. Esta exposición apuntaba directamente al centro de lo que constituyó para nosotros, la trama de este coloquio, su leitmotiv: la dificultad de ser judío cuando se es sordo. Puntuada de ejemplos concretos, precisos, relatos de vivencias que suscitaron, a su vez, otras de parte de la asistencia. A menudo patética, siempre intensa, y a veces violenta, su intervención fue, en primer lugar, un llamado cargado de reproches, dirigido a los oyentes judíos, para que se muestren más acogedores con los sordos, para que dejen de considerarlos como menores de edad, como retardados, y para que los respeten en su particularidad y les permitan vivir su judaísmo. Annette Leven insistió, por ejemplo, en la importancia de la existencia de un hogar (=club), estaríamos tentados de decir una “tierra”, o sobre el hecho de que se recurra a intérpretes para los grandes acontecimientos en la vida de la comunidad judía, práctica que parece más bien ignorada.

David Jackson (GB) (s), presentó la otra cara de las cosas, el complemento: se refirió al antisemitismo de los Sordos. Dio algunos ejemplos. Desmontó ciertos mecanismos que lo sostienen. Y preconizó remedios.

Como sucede con otras minorías, cuando un miembro eminente de esta comunidad se libra a actos reprobables, es al conjunto de esta minoría que se le imputa dicho acto. Si se trata de un miembro de la mayoría, es sobre esta sola persona que recaen los reproches. Los Judíos, así como los Negros o los Asiáticos, están obligados a trabajar más para sobrevivir. D. Jackson sugiere que es tal vez por esta razón que los Judíos triunfan, pero después se les reprocha su éxito. El estereotipo del Judío, con una gran nariz y labios gruesos, está presente aún en la

50 N. de T. : en francés: « Crise identitaire : Sourd, Juif, Français, trois fois exilé ».

comunidad sorda; los grupos religiosos integristas contribuyen a alimentar este imaginario, a aumentarlo. Todas estas imágenes han sido la base de la propaganda nazi.

¿Qué hacer entonces? Los Sordos están sub-informados. Éste es su problema en el mundo entero. No conocen las creencias de los judíos, sus costumbres. No han tenido la ocasión de comprender la cultura judía. En los hogares no judíos, habría que desarrollar programas de *Jewish awareness*⁵¹, conducidos por sordos judíos estimados por la comunidad sorda en general. Hay que invitar a los sordos no-judíos a jornadas de puertas abiertas en los hogares de sordos judíos. Hay que hacerlos participar de algunas fiestas judías. Hay que organizar para ellos viajes a Israel. Los Sordos judíos deben estar orgullosos de su cultura y no esconderla: no hay por qué avergonzarse de ser judío.

El momento más desgarrador fue indudablemente aquel en que Ruth Aluf-Lewin (Is) (s), vice-presidente de la WOFD, habló de la Shoah (Holocausto). Cómo los Sordos se transformaron en víctimas del mismo, y cuál fue su número. Habló de las leyes eugenistas de Hitler, de las esterilizaciones masivas de Sordos. Habló del memorial especial dedicado a los Sordos judíos, actualmente en construcción, en el que se expondrán de manera permanente las obras de David Bloch⁵². Este último se hallaba en la sala y fue invitado a brindar testimonio, lo que permitió que la asistencia descubriera su gran estatura, su locuacidad y su humor. Otras personas a quienes la Shoah ha tocado de cerca, aportaron también su testimonio. Lo que más me impresionó sin embargo, fue sin duda la simple observación de un joven de la asistencia, que dijo que hasta hace dos años, ignoraba todo acerca de la Shoah. Esto muestra en efecto, hasta qué punto la sordera ligada al oralismo puede hacer que alguien sea, hasta ese punto, ignorante de una realidad que concierne tan de cerca su propio ser.

51 N. de T.: en inglés en el original.

52 David Bloch pinta sobre porcelana y graba en madera. Algunos de sus grabados relativos a la Shoah estaban expuestos en el hall de exposiciones del congreso. Algunos forman parte de la exposición permanente de la universidad de Gallaudet "In der Nacht". David Bloch nació en Baviera en 1910. Ingresó a la Escuela de Sordos de Munich a la edad de 5 años. Fue internado en Dachau en 1938, donde permaneció dos años. Logró escapar de Alemania y llegó a Shanghai, donde se casó con una china. Emigró a los Estados Unidos en 1949. Para más información *cf.* el número de la primavera de 1975 de *Gallaudet Today* y *Deaf Heritage*, de Jack Gannon (pp. 97-99), en donde se reproducen varias de sus obras.

La intervención de Ruth Aluf-Lewin fue interrumpida un momento por la llegada de un rabino que fue presentado primero –¿simple error del intérprete? – como el rabino Sitruk, el actual gran rabino de Francia. El interesado rectificó la información, era el rabino Sirat, precedente gran rabino de Francia, actualmente afectado especialmente a los sordos. El rabino felicitó a los intérpretes por su prestación, puesto que permiten comprender verdaderamente lo que dicen los Sordos. Recordó que la esperanza es una gran virtud judía y citó al profeta que dijo que al final de los tiempos, los Sordos oirían. Pidió disculpas por la brevedad de su intervención e informó que debía partir. Tenía que asistir en otra parte, a una reunión importante prevista desde hacía tiempo.

Dos rabinos americanos en cambio, participaron de todo el congreso. Ambos se oponían en todos los aspectos. El rabino Douglas Goldhamer, joven, seductor, de aspecto deportivo, cabeza descubierta y vestido con jeans y corbata, es un rabino reformado. De entrada, como para esquivar cualquier eventual pregunta de la asistencia, precisó qué era lo que lo diferenciaba del rabino Fred Friedman, mucho más ortodoxo. Este último, vestido de negro, con sombrero y hasta con barba, era más acorde a la idea que nos hacemos comúnmente de un rabino, en todo caso en Francia. El rabino D. Goldhamer es oyente, el rabino Friedman, sordo.

Desde sus primeras y vigorosas intervenciones quedó claro que el rabino Goldhamer es un militante de la causa sorda. Dirige un seminario para rabinos en formación, varios de ellos son sordos. Invitó a los Sordos judíos franceses que quieran ser rabinos a formarse en este seminario, proposición que el autor de este resumen encontró magnífica. No perdió nunca la ocasión de responsabilizar a la ley misma por la situación marginal de los Sordos en el seno de la comunidad judía. Sostuvo que es la ley la que debe ser modificada. Parecería difícil pedirle al rabino Friedman que adhiriera a esta proposición.

Si hubiera que resumir de manera lapidaria el punto de vista del rabino liberal con respecto a su homólogo más ortodoxo, diría que le reprocha ser más Judío que Sordo.

¿Qué es lo que está en primer lugar: “Sordo o Judío?” Éste fue precisamente el tema de la intervención con la que el rabino Fred Friedman abrió la segunda jornada. Tomó el título de un taller –*workshop*– animado por M. J. Bienvenu en el congreso nacional de sordos judíos norteamericanos realizado en New Jersey en 1990. Un taller que dejó marcas y quedó grabado en todas las memorias. Lamentó la atmósfera afectiva en la que se llevó a cabo y denunció los desvíos que de él resultaron. Afirmó que comprende, puesto que es sordo, que es difícil faltar a

los grandes acontecimientos de la vida sorda, como ciertos encuentros deportivos y planteó la siguiente interrogación: cuando los partidos tienen lugar durante el servicio de Rosh Hashana, Yom Kippour o Pesaj, ¿debo reunirme con mis amigos sordos, o debo ir al encuentro de mis amigos sordos Judíos para celebrar con ellos estas fiestas? No se puede estar en dos sitios diferentes al mismo tiempo. Muchos Sordos Judíos, hay que alegrarse y felicitarlos, ocupan puestos de responsabilidad, tanto a nivel local en los hogares, como a nivel nacional. Pero ¿por qué en lugar de querer complacer a los no judíos, no se preocupan más bien por planificar esos encuentros en función de las fiestas judías? Siguen soñando que sus hijos tendrán una esposa judía, que celebrarán las fiestas. Habiendo crecido en una familia en la que ya no hay una vida judía, serán asimilados.

Los Sordos Judíos son como el pan. Una vez que la masa está hecha, es imposible separar la harina del agua.

La comunicación del rabino Douglas Goldhamer, que le siguió, abordó un tema completamente diferente. El rabino sorprendió. Presentó la filosofía de Aboul al Barakat, un nombre desconocido hasta entonces para toda la asistencia. Este erudito árabe, nació hacia 1100 en la religión judía. Inmediatamente después de haber terminado la escuela de medicina, fue llamado para tratar al sultán de Irak. Lo hizo con éxito y fue recompensado por ello. Pero cuando volvió a Bagdad para recibir sus regalos, fue insultado por un noble de la corte por ser judío. Para poder seguir teniendo relaciones estrechas con el sultán y ejercer la medicina, se convirtió al Islam.

Pero, precisa el rabino Goldhamer, lo que vuelve a Aboul al Barakat único para la cultura del mundo, no es el hecho de que haya nacido judío y muerto musulmán. Es que habiendo nacido oyente, murió sordo. Comenzó a quedarse sordo después de su conversión y llegó a ser tan sordo que tuvo que abandonar el ejercicio de la medicina. Fue entonces que escribió *Kitab el Mutabar*, un sorprendente tratado de filosofía que, según sugiere el rabino Goldhamer, debe su lado innovador y hasta revolucionario a la sordera de su autor. Yendo en contra de las escuelas filosóficas prevalecientes, judías y musulmanas, así como del aristotelismo, que fundan todas el acceso a la verdad en los órganos de los sentidos –principalmente el oído– y en el logos –la palabra–; Aboul al Barakat, funda la verdad en lo que el rabino Goldhamer llama la intuición. La disertación acerca de esta filosofía, en la que el rabino Goldhamer ve un antecedente del cogito cartesiano, tuvo razones para excitar la curiosidad. Y nos alegramos de que ésta pueda ser enteramente satisfecha. El rabino D. Goldhamer acaba de traducir al inglés ese tratado bajo

el título *A book on Intuition*. La obra debería estar disponible en las Ediciones de Gallaudet.

El congreso terminó con la doble intervención de Guy Bouchauveau (Fr) y Rachid Benelhocine (Fr), Sordos, pero no judíos, acerca del humor sordo. Esta comunicación fue precedida por la de Bernard Mottez (Fr), autor de este resumen. Sin que hubiera habido de antemano la menor connivencia, ella trató sobre la cuestión de las identidades, tema que había sido abordado previamente por varios participantes. Pero esta vez, fue abordado desde el punto de vista de alguien que no es ni sordo, ni judío.

Como preludeo de su intervención, Bernard Mottez precisó que la tesis que se proponía desarrollar era que “ser Sordo” y “ser judío” es, en varios puntos, lo mismo. Y que en consecuencia, los sordos judíos son, de alguna manera y naturalmente, más judíos que los otros judíos. Del mismo modo, y por la misma razón, estos Sordos son potencialmente más esclarecidos, más conscientemente Sordos que los otros Sordos. Desgraciadamente –dijo–, todo lo que había escuchado desde el principio del congreso –hasta qué punto es difícil ser judío, cuando se es sordo– tendía a mostrar que estaba en un error. Se había equivocado de operación. Había hecho de esas dos identidades una suma, mientras que tratándose de identidad, debería haber pensado en una sustracción.

Pero como no podía volver a escribir su texto, se propuso decir lo que había preparado, exactamente como había previsto hacerlo.

Hay aún más.

Ser sordo no es solamente no oír, oír mal y/o no comprender. Por miles de razones es también, y tal vez en primer lugar, no ser oído. Desaparecer, pura y simplemente, por falta de interlocutor no es un caso de figura especial fuera del campo de la sordera. Es la sordera misma por excelencia, su figura extrema.

En los primeros minutos de este congreso, luego de haberse presentado y antes de exponer su comunicación, Annette Leven pidió a los oyentes presentes que levantaran la mano. Cinco o seis manos se alzaron, nada más. Se trataba de personas que no eran judías, como mi esposa y yo, o de oyentes judíos muy cercanos a los Sordos, como el rabino Goldhamer o algún pariente. Aquellos a quienes algunos querían dirigirse explícitamente en directo, o aquellos que se esperaba que fueran testigos de lo que iba a decirse e intercambiarse, simplemente no estaban presentes. Por cierto, el rabino Sirat se presentó. Pero la manera en que pasó, como un relámpago, para decir dos palabras sin tener tiempo para oír lo que sin cesar se decía, fue peor que si no hubiera venido. Buen ejemplo de puesta en escena de la sordera.

De este modo, lo que Annette Leven se proponía mostrar y denunciar —a saber, el exilio de los Sordos en el seno del mundo judío— comenzó a presentarse y a vivirse en la realidad a partir de esos primeros minutos en los que se constató la ausencia de los Judíos oyentes. Sin discursos, la demostración acababa de ser hecha. En última instancia, Annette Leven ya no tenía necesidad de hablar. No tenía nada que agregar. Otra razón más trágica podía dejarla muda. La ausencia de aquellos a los que se dirigía prioritariamente podía transformarla en una voz gritando en el desierto.

A pesar de todo, escogió hablar.

En esos mismos primeros minutos, me di cuenta yo también, que mis propósitos estaban destinados, prioritariamente, a los oyentes judíos, y la idea de que no estarían ahí, hizo que lo que había previsto decir, me pareciera carente de sentido. Apoyando la causa de los Sordos, quería decirles que los sordos judíos, no eran por eso menos judíos.

Sin embargo hablé, puesto que estaba previsto que lo hiciera.

Explicué que, como estaba indicado en el programa, estaba previsto que hablara junto con Harry Markowicz, profesor en la universidad de Gallaudet. Markowicz es Judío y oyente. Él es quien me sirvió de guía en el descubrimiento del mundo de los Sordos. Hizo de guía con su sensibilidad de judío. Tal como dije, todavía me quedan marcas de esta mediación judía. Se suponía que debíamos prolongar delante de testigos, el diálogo que nunca hemos dejado de tener desde hace 15 años. Desgraciadamente no pudo estar aquí.

Desarrollé entonces, principalmente, la idea de que la gran distinción que existe entre los Sordos y nosotros los oyentes, y entre los Judíos y nosotros que no lo somos, es que los Sordos y los Judíos no quieren que nos transformemos ni en Sordos ni en Judíos. Nosotros, que formamos parte de la mayoría, tenemos al contrario la molesta costumbre de pensar que el mejor regalo que podemos hacerles es volverlos semejantes a nosotros.

Harry Markowicz hubiera llevado más lejos de lo que yo he podido hacer, el paralelismo entre la lengua de señas y el yiddish, insistiendo principalmente en la conferencia de Tchernovitz (1908), que puede aportar un esclarecimiento original y útil a lo que ocurre hoy con la lengua de señas.

He aquí esencialmente, al menos tal como yo lo he vivido, lo que sucedió en estos dos días tan ricos en intercambios, en emociones y para mí, en descubrimientos.

La experiencia de la sordera⁵³

Ciencia y experiencia

Conozco la diferencia entre un texto científico y un texto no científico. Un texto científico no tiene nada de una conversación, de una competición oratoria, de un alegato, ni de una obra de teatro. Un texto científico es un texto sin sujeto y sin destinatario. No contiene pronombres. Está escrito en infinitivo. El enunciado científico es un objeto que se basta a sí mismo. Se sostiene solo. No necesita a nadie.

En estos dos textos, hay un sujeto. Yo me ubico en primer plano. Más allá de miles de precauciones, me arriesgo. También tienen destinatarios. La casi totalidad de mis textos son “dirigidos”. Generalmente de manera explícita. Y el hecho de que lo sean es muy importante para mí. Sé que hay que tender hacia el texto en infinitivo. Es lo que deseo y no me desespero por lograrlo algún día. Ocurre que, hasta ahora, y con respecto a lo que considero imperativo decir, no lo he conseguido.

La oposición entre *ciencia* y *objetividad* por un lado, y *experiencia* y *subjetividad* por otro, me parece cómoda. Permite poner en evidencia lo que constituye, *a priori*, una paradoja en el campo en el que trabajo. Entre las personas que frecuentan a los sordos, los profesores de sordos, los cirujanos del oído, los otorrinolaringólogos y los fonoaudiólogos, constituyen las raras excepciones de quienes llegan a evitar por completo la experiencia de la sordera. Ahora bien, no es casual que sean esas mismas personas las que tienen más conocimientos objetivos acerca de la sordera, quienes saben más sobre ella.

Es necesario aún ver en qué consisten esos conocimientos objetivos, a qué se refieren. Se trata de conocimientos acerca de la audición, la fisiología del oído, la psicología de los sordos, los problemas que encuentran para hablar, e incluso la lengua de señas y la cultura sorda. Se refieren a las personas sordas y a lo que

⁵³ Documento anexo, aumentado, para el seminario interno del CEMS, del 3 de febrero de 1994. Apéndice de los textos relativos al Congreso de Sordos Judíos publicados en *Das Zeichen* (inédito).

se puede hacer con respecto a ellas. Estos conocimientos no tienen nada que ver con aquello a lo que yo llamo sordera, y que concierne tanto a los oyentes como a los sordos. La sordera, entendida en este sentido, no forma parte de la enseñanza que reciben acerca de ella los profesionales. Como si fuera demasiado difícil, imposible, inútil, o como si estuviera prohibido hablar de ella. Yo mismo, que llevo casi veinte años errando en esos lugares, he escrito mucho y hablado aún más sobre los sordos. Pero, más allá de repetir que los oyentes no quieren oír nada acerca de ellos, no he dicho casi nada sobre la sordera. La he experimentado.

¿Qué es la sordera?

Bernard Truffaut escribe, “Habitualmente no me doy cuenta de que soy sordo, entonces no sufro por eso. Pero por ejemplo, cuando la gente a mi alrededor se ríe de algo que dijeron en la televisión, y yo, como un tonto soy el único que no se ríe puesto que ignoro el motivo, en ese momento siento cruelmente esta realidad. Es cierto, soy sordo”.

El autor habla de experiencia. Es experto en la materia. Estas pocas líneas, que nos hablan y nos conmueven de manera directa, nos recuerdan esta evidencia: nunca se es sordo *todo el tiempo*, nunca se es sordo *solo*. Es necesario ser al menos dos para que se pueda empezar a hablar de sordera. Es un juego que se juega entre varios. La sordera es una relación.

B. Truffaut no recurre al ejemplo más elemental, más clásico, que evocaríamos para ilustrarla: el de dos personas que intentarían en vano comunicarse, sin que el mensaje pase. Aquí no hay dos personas, sino francamente mucha gente. Y no hay ningún mensaje. Las cosas ocurren antes.

Sería un abuso de lenguaje decir que, al reírse, los oyentes enviarían a B. Truffaut un mensaje. Simplemente se ríen entre ellos. Están demasiado ocupados con el placer que eso les procura, están demasiado acaparados por esta comunión en la risa. Forman una burbuja, al menos que prefiramos decir que es B. Truffaut quien se encuentra en una burbuja. Estas risas de connivencia describen y subrayan los límites de un espacio, de un envoltorio, los límites de dos espacios. Es la exclusión. La exclusión en su forma la más avanzada, ya que no es aquella que consiste en una expulsión hacia los márgenes, explícita, anunciada, dicha, sino una manera de comportarse exactamente como si la persona sorda no estuviera presente.

La irrupción de la cruel realidad, la brusca conciencia de ella, viene de la comunión que existe entre los otros y de la que él se encuentra excluido. No

forma parte del mismo espacio. Espacio que puede concretizarse a través de imágenes, palabras, sensaciones –la caja de vidrio, el espejismo, la imposibilidad de tocar.... Es como si no estuviera allí. No hay un espacio común. O más bien, se encuentra allí y es importante que esté, pero no está en calidad de ser humano, sino como cosa, como objeto. La persona se constituye en objeto a partir del momento en que se puede hablar de ella, pero en tercera persona. Es por esta razón que, cuando hay varios otros –y no solamente uno, como en las relaciones duales, frente a frente– se experimenta de forma más dramática la sordera.

La sordera así definida –como realidad sociológica, como experiencia vivida, como práctica– es decir, como relación –como relación imposible o fallida, por oposición a la fisiología– es, en el ejemplo de B. Truffaut –que es un ejemplo entre otros–, la consecuencia de la sordera en el sentido fisiológico del término, la consecuencia de la deficiencia auditiva. La sordera así definida, en su realidad sociológica, vivida, existencial, puede tener su origen en algo muy distinto. Puede tratarse de una sordera psíquica de una de las personas presentes, o de una discapacidad de comunicación debida a la ausencia de una lengua común o a diferencias culturales. La deficiencia auditiva, la sordera fisiológica, representa en cierto modo, el ejemplo más típico.

Esta descripción no presupone para nada de qué lado se encuentra el que no oye, y de qué lado está el que no puede hacerse oír. Por miles de razones evidentes, el sordo de nacimiento suele ser, en muchas ocasiones, primero y sobre todo, el que no puede hacerse escuchar.

La sordera en todos sus estados

Este congreso fue una dura prueba. Salí de él, física y afectivamente agotado, vaciado. Lo que viví no es más que *la experiencia de la sordera*. Fue en ese aspecto, un florilegio.

Oídos sordos

La cuestión había comenzado bastante antes de la apertura del congreso. Durante un largo tiempo hice oídos sordos. Esperaba que si me quedaba tranquilo en un rincón acabarían por olvidarme y encontrarían a alguien más adecuado que yo para hablar en mi lugar. Pensaba que la invitación reposaba sobre un malentendido. Era demasiado difícil dar explicaciones. Entonces me quedé callado, tal como hacemos frente a aquellos a quienes pensamos de antemano que será difícil explicarles, tal como hacemos con los sordos. El malentendido

que creí percibir, partía de lo que Annette Leven esperaba que yo explicara a los oyentes –judíos–: lo que los sordos son, lo que es la cultura sorda. Ahora bien, si hay una cosa que digo con insistencia a los sordos desde hace años, es justamente que es necesario terminar con las definiciones de ellos mismos venidas del exterior, y sobre todo de los “sabios”. Esto es lo que se espera, por definición, de los investigadores. Y ha sido siempre un problema para mí.

A lo lejos, tiempo después, en frío, sin estar inmerso en la inmediatez de la vivencia, me pregunto si es posible hablar, en este caso, de sordera. Ya que después de todo, la historia terminó bien. Finalmente respondí al pedido de Annette Leven y pude hacerlo explicitando mi posición, mi lugar. Ese fue precisamente, el punto central de mi intervención. De este modo, aquello que experimenté como sordera en el instante de la vivencia, y que hubiera podido ser calificado como tal si el desenlace hubiera sido otro, se transformó, gracias al final que tuvo, en un simple episodio. Como si la sordera fuera el fundamento, el tiempo primero, el preludio indispensable de toda apertura, comprensión o decisión seria, el lapso de tiempo necesario para afinar los violines. Pero, ¿cuánto tiempo se necesita para saber si se trata o no de sordera? Cuando los violines rechinan, ¿podemos saber ya si se afinarán algún día?

La voz que grita en el desierto

El problema de la ausencia de destinatario es mucho más serio y mucho más difícil de vivir. La falta de destinatario no es un ejemplo por fuera de la sordera. Es el caso del niño que se encierra en el baño, a menudo trágico en los casos ordinarios, y completamente distinto cuando la madre o el niño –de hecho no tiene importancia cuál de los dos– es sordo. Ya no se trata de un diálogo angustiado de un lado al otro de una puerta cerrada, sino de la situación dramática que lo precede: ¿hay alguien allí, su llamado ha sido oído? Para el que sabe que el otro está allí: ¿cómo hacerle comprender que fue oído? He notado que es siempre en el momento anterior a la escena que se pone en juego lo que la sordera tiene de trágico.

Ver a Annette Leven desplegar tal energía, poner tanta pasión en defender su causa, explicar, suplicar, acusar, era un espectáculo a la vez trágico, absurdo y cómico, puesto que ella venía justamente de constatar que aquellos a quienes se dirigía su alegato, no estaban presentes. Era como un circo. Irreal, surrealista y loco. Siguiendo los consejos de algunos, había debido sacrificar ciertos pasajes y moderar el tono, para no chocar con los oyentes (judíos). Cuando después de su intervención, me preguntó muy seriamente si no había sido demasiado severa o,

al revés, poco atrevida, si había guardado la buena medida, no tuve ni siquiera el reflejo de decirle que eso no tenía ninguna importancia puesto que no había nadie para escucharla. Me pregunté solamente si no estaba soñando, si yo no había percibido erradamente lo que estaba ocurriendo, si después de todo yo no exageraba las cosas. Tal vez, cuando se les pidió a los oyentes que levantaran la mano, no habían comprendido.

Se comprenderá en todo caso por qué en esas circunstancias, la breve aparición del rabino, que vino solamente para decir que no tenía tiempo para quedarse a escuchar, me pareció una magnífica ilustración de lo que estaba pasando. Era Alicia en el país de las maravillas.

Evidentemente, no se trataba solamente para mí, de un espectáculo. Más de una vez, tuve que entrar en escena. Volverme actor. Aunque tampoco era un actor como los verdaderos, que saben que están actuando, que es “de mentira”. Era la pura verdad.

El ejemplo de Annette Leven, pero en sentido inverso, se erigió para mí en modelo. Ella me había indicado cuál era el camino a seguir. Su voz gritando en el desierto, fue lo que me dio la fuerza para decir lo que había previsto decir, incluso sabiendo que aquellos a quienes había destinado mi intervención, aquellos en quienes había pensado mientras la preparaba –los oyentes judíos–, no estaban presentes.

Pero después de todo, viéndolo de lejos, en frío, etc., pienso que no hay para la sordera solamente el criterio y la solución del *tiempo*, sino también la solución del *relevo*: el testigo, el abogado, el que transmite. Quienes han sido testigos, recibieron un mandato tanto más imperativo puesto que se trata de dar testimonio de voces gritando en el desierto, de voces que no lograron hacerse oír. Una gran tradición judía (?)

Nada más que decir, nada más que hacer

Este florilegio de la sordera en todos sus aspectos duró hasta el final, cuando fui condenado sin mucha grandeza, a compartir con un rabino el rol del sordo, en un litigio sobre una carnicería Kasher. Esos últimos minutos fueron para mí el golpe de gracia.

Pasé dos días huyendo cobardemente de una joven dama que insistía en hablar conmigo. Como ciertas personas saben hacerlo, ella llegaba siempre a contra tiempo, justo cuando no era el momento. Bastaba que yo comenzara una discusión animada, para verla rondando cerca de mí, tratando de hacerse notar. Esto me

irritaba, y tanto más puesto que las pocas veces que la dejé finalmente dirigirse a mí, no pude comprenderla. Como me sucede a menudo con las personas sordas, no entendía lo que quería de mí, por qué era a mí que ella buscaba. Yo veía solamente que estaba indignada, y que parecía pedir justicia de un perjuicio que le habían causado.

En los últimos minutos del congreso, cuando todo el mundo se levantaba para irse, pude beneficiar de la ayuda de un intérprete. La dama comenzó a contar que, junto con su compañero, había comprado una carnicería Kashner, precisando que para eso había tenido que endeudarse. Todo estaba en orden, el notario se los había vuelto a asegurar recientemente. Ahora bien, cuando llegó el momento en que el rabino debía hacer su oficio, este no sólo se rehusó a hacerlo, sino que montó en cólera contra la dama. Yo no lograba comprender la razón de este enojo, y suponía de antemano que se trataba, una vez más, de una de esas situaciones clásicas en las que se les reprocha a los sordos no estar al tanto de algo que nadie se tomó el trabajo de darles a conocer. Tampoco comprendía por qué era a mí que la dama quería dirigirse. Probablemente lo único que sabía de mí, es que no soy ni sordo ni judío. Nuestra conversación, que era ya bastante difícil de llevar, fue rápidamente interrumpida. Me suplicaban que no hiciera esperar más al coche que debía llevarme a la recepción en la Municipalidad. Le dije que prolongaríamos nuestra charla allá, después de la recepción. Me alegré de esa tregua salvadora. Así tendría tiempo de pensar en lo que podría decirle si, tal como sospechaba, no lograba saber algo más acerca de lo que le había ocurrido. Pero la recepción estaba limitada a un número reducido de personas. Ella no estaba invitada. No volví a verla.

Algunos meses más tarde, cuando le conté esta historia a uno de los responsables del congreso, me respondió que no había que prestarle atención. No era nada. Esta persona era bien conocida. No cesaba de hacer historias. Había intentado incluso hacer un proceso al rabino. La dama no era judía.

Comprendí evidentemente la cólera del rabino. Y comprendía también la de la dama. ¿Qué hubiera podido decirle? ¿Qué hubiera podido responder para asegurarle que la había escuchado? Pero ¿se puede escuchar incluso aquello sobre lo que no hay nada que decir? ¿Aquello respecto de lo cual no hay nada que hacer?

Así, en lugar de ser un sitio en el que se puede eventualmente hablar de sordera, ese congreso era un lugar en el que *lo que estaba en juego era ella, ella ocupaba un lugar*. Como si en una asamblea, en la que los participantes discutirían objetivamente de la locura, en la que no se trataría más que de hablar y de tenerse

así a distancia, la locura invistiera el lugar, y los oradores, inspirados por el contexto, comenzaran a emitir propósitos insensatos. Curiosamente, la sordera siempre está ahí en los congresos donde se habla de ella. De ahí la violencia que siempre ha chocado a los observadores exteriores.

¿La sordera es susceptible de un análisis, de un examen objetivo, de un discurso erudito, de un discurso científico? ¿O sólo es accesible a través de la puesta en escena, del relato, de la vivencia?

Por otra parte, tal vez es una de las razones por las que resulta tan difícil hablar de sordera, y por las que tan rápidamente se tiende a precipitarse sobre las maneras de acabar con ella.

La vida es un vasto teatro Al margen del *Grito de la gaviota*⁵⁴

Acabo de leer *El grito de la Gaviota*⁵⁵. Gracias Emmanuelle Laborit por haber escrito este libro. Es un regalo para todos, es un himno a la vida.

Muchos ya lo han leído, y esto es sólo el principio. No sólo lo han leído, sino que hablan de él. Del mismo modo que un magnífico test proyectivo, el libro es recibido de manera muy diferente por cada uno. Esto nos permite ver lo que la gente tiene en la cabeza. Sueño con un inmenso debate en el que se confrontarían esos puntos de vista. Un debate que haría circular las ideas.

Los que esperan cosas pintorescas o exóticas acerca de la vida de los Sordos se desilusionarán. Mejor así. Emmanuelle Laborit reserva algunas sorpresas a aquellos muchos que la confunden con Sarah⁵⁶. Algunos dirán o dicen ya que ella es muy militante. Quieren decir “demasiado”. Otros dirán que no lo es suficientemente, que habla demasiado de ella y no de los Sordos...

A estos últimos, estoy tentado de responderles, defendiéndola, que tal como se le pidió, el tema del libro es precisamente ella. Ella, que por cierto es sorda. Pero que también es actriz. Mujer. Y muchas otras cosas más. Pero que antes que nada, es ella, Emmanuelle. Ahora bien, pienso que es precisamente porque se trata de ella, de su vida, y porque el libro está escrito en primera persona, que tiene un impacto que no puede tener ninguna otra clase de escrito.

De las tantísimas ideas que me inspira este libro, retendré sólo una.

Leyendo el capítulo en el que habla de su experiencia teatral, me di cuenta de que en toda mi vida no había reflexionado más que algunos minutos acerca de la profesión de actor. En dos páginas a penas, ella pone al lector al corriente. Definitivamente se trata de algo mucho más serio de lo que imaginaba.

⁵⁴ *In Handicaps et Inadaptations*, Les Cahiers du CTNERHI, n° 64, 1994, pp. 90-93.

⁵⁵ Emmanuelle Laborit, *Le cri de la mouette*, París, Robert Laffont, 1994.

⁵⁶ Rol interpretado por Emmanuelle Laborit en la obra *Les enfants du silence*, que le valió la atribución del premio Molière.

En primer lugar, estoy sorprendido de que ella no haya comprendido por sí misma por qué Sarah es “tan violenta, tan oprimida”, y por qué ella quiere –como lo señala Emmanuelle– “encerrarse en su silencio”. Me sorprende que haya tenido que hacer muchas preguntas sobre esto para comprender. Por otro lado, nunca me había dado cuenta de que podían existir bloqueos que hacen que resulte hasta tal punto, tan difícil actuar ciertas escenas, decir ciertos pasajes. Encuentro particularmente impresionante el ejemplo que ella da. El de la escena en que Sarah dice que su padre la abandonó cuando tenía cinco años. Emmanuelle atribuye su inmensa dificultad al hecho de que ella misma no fue abandonada por su padre. Pero finalmente, esto es casi lo único que debe inventar. Ella lo dice muy bien: “Sarah no soy yo, ella es mi trabajo de actriz. Ella no soy yo, porque ella rechaza el otro mundo. Ella no soy yo, porque ella es desdichada. No soy yo, porque se rehúsa a hablar. No soy yo, porque lleva en ella el sufrimiento de la exclusión, de la humillación y del abandono”.

Así, ese rol que Emmanuelle Laborit parece haber investido tan naturalmente, como si se tratara de ella, implica un enorme trabajo. Trabajo contra natura, como lo es siempre en alguna medida todo trabajo.

Creo comprender su sorpresa y todo lo que debió pasar por su cabeza cuando, al día siguiente de ganar el Molière, en lugar de leer en la prensa “Emmanuelle Laborit recibe el Molière”, leyó “La sordo-muda recibe el Molière”. Ella dice que el término sordo-muda siempre la sorprendió. Está claro que es un término que no le corresponde. Ella habla, todos sus familiares lo saben. A mí me pareció divertido que sea justamente para referirse a ella, que esta expresión pasada de moda y en vías de desaparición, haya vuelto salir a la luz.

Pero pensándolo bien, aquellos que hablan de sordos mudos no deben ser catalogados únicamente de imbéciles, ignorantes o quedados en el tiempo, como ocurre a menudo. Aún menos deben ser considerados como culpables que deberían ser juzgados frente a un tribunal, tal como preconiza la ortofonista implacable que le escribe. Finalmente, no hacen más que decir lo que constatan. En lugar de indicarles lo que deben decir, convendría estimar a las pocas personas valientes y preciosas que inocentemente dicen lo que ven. Ellas nos obligan a reflexionar. Nos enseñan a ver.

Me explico.

El personaje de Sarah de “Los hijos del silencio”, ¿era una sordo muda? ¿Podemos llamarla sordo muda? Quisiera conocer la respuesta de la ortofonista que prodiga sus consejos a Emmanuelle. Pongo la mano en el fuego a que diría

que no. De hecho, lo que nos dicen es que Sarah no quiere hablar. Éste es el tema de la obra. Quiere decir que puede hacerlo si quiere. Por lo tanto, no debería considerársela como sordo muda. Ella sería simplemente sorda, una sorda que por el momento no habla. Para una ortofonista, no existen los sordo mudos. Existen sordos que no han sido reeducados, o que no quieren servirse de los beneficios de la reeducación.

Pero podemos decir exactamente lo contrario. Mientras esperamos que Sarah haga ese esfuerzo, que tome esa decisión, en resumen, que hable, ella se comporta como una sordo muda. Es deliberadamente muda. Continuamente. ¿Por qué nos molestaríamos con aquellos que la califican de lo que ella misma pone tanto empeño en ser, es decir, muda?

Cuando Emmanuelle Laborit interpreta el rol de Sarah, ¿los espectadores piensan que es muda? Tal vez algunos se lo pregunten, pero sin detenerse demasiado en ello, puesto que saben que los actores hacen “como si”, interpretan un rol. Aparentan. No es de verdad. Por otro lado, hasta hace poco ¿los roles de mudos no eran acaso interpretados por hablantes, por oyentes?

Es diferente cuando ella pasa a la televisión. En estos casos con un intérprete, Emmanuelle no explica cada vez que sabe hablar muy bien y las razones por las que no lo hace. Tal insistencia, al límite del buen gusto, acabaría por volverse sospechosa. Sería acordarle al tema una importancia desmesurada. En el tiempo siempre demasiado corto que se le concede, tiene otras cosas más interesantes que decir. Por eso pienso que un gran número de telespectadores están convencidos de que ella es realmente muda. Es decir, que no tiene voz o que no sabe utilizarla, que viene a ser lo mismo. Puesto que eso es lo que quiere decir en primer término, ser mudo. Conviene, sin embargo, agregar un detalle capital. Ella tiene tal presencia, responde por medio de la voz del intérprete con tal vivacidad a las preguntas que se le plantean, que su silencio no despierta en ningún momento en los telespectadores, ese malestar, ese sentimiento de incomodidad y de inquietante extrañeza que provoca tan corrientemente en los oyentes, la voz o la ausencia de voz de los sordos.

Sobre el escenario, en el teatro, está claro que el actor interpreta un rol, que se trata de una apariencia. Es ficción. En cualquier otra parte, en la vida cotidiana, siempre somos un poco lo que aparentamos ser. En todo caso, para aquellos frente a quienes aparentamos. No es sorprendente pues, que en la tienda donde la joven Emmanuelle y su compañera intentaron robar unos jeans, las guardias hayan creído, al final de la historia, que se trataba de dos jóvenes sordo

mudas. Es seguramente lo que debieron contar a sus familias esa noche en sus casas. Emmanuelle y su amiga habían hecho todo lo posible por hacérselos creer. También es el caso del lamentable individuo del ascensor del metro. Pero él, al contrario, se hubiera cuidado muy bien de contarle a quien sea su miserable aventura. Emmanuelle Laborit –como todo sordo– encontrará fácilmente en su vida cotidiana, mil ejemplos en los que fingió ser muda. Y por motivos muy distintos que una ruptura.

Sin embargo, la distancia entre fingir ser mudo, hacer la mímica, y serlo verdaderamente, disminuye cada vez más a medida que nos acercamos a las personas que saben que su voz es difícilmente audible, o que no conocen suficientemente el francés y se abstienen entonces de hablarlo. Estas personas no tienen otra opción que aparentar lo que son, es decir, sordo mudas.

Ahora bien, esos sordos, que yo sepa, no siempre se han avergonzado de llamarse sordo mudos. Por otro lado, ¿no es así que continúan designándose en su lengua, que es también la lengua de Emmanuelle Laborit? Los hablantes naturales de todas las lenguas de señas del mundo dicen, en efecto, para designarse ellos mismos por seña, “sordo mudo” –el índice va de la oreja a la boca– y no “sordo”. Y para designar a los otros, es decir a los oyentes, no hacen la seña de “oyente” sino de “hablante”. Es todavía más nítido en la lengua de señas americana que en la LSF (Lengua de Señas Francesa), en la que la seña de “oyente” no cesa, desde hace quince años, de acercarse a la oreja. La lengua de señas continúa hoy haciendo lo que se hacía al principio del siglo diecinueve en francés: cuando se hablaba de los sordos de nacimiento, se decía “*sordomudos*”, por oposición a los *hablantes*, y no *sordos*, por oposición a los *oyentes*.

El abandono de la palabra sordomudo es el resultado de una ofensiva lanzada por los profesores oralistas el día siguiente del Congreso de Milán⁵⁷. Ese término, ¿no designa justamente a aquel que intentan hacer desaparecer⁵⁸? Es verdad que el rechazo de ese término no hubiera sido posible sin la complicidad de las

57 La historia de la educación de los Sordos en el siglo XIX ha estado dominada por lo que se llamó la querella de los métodos. Siguiendo la ruta trazada por el Abad de l'Épée, ¿hay que recurrir a su lengua, a las señas, para instruirlos? O, al contrario, ¿hay que prohibir las señas y recurrir únicamente a la palabra, y hacer al mismo tiempo del aprendizaje de ésta el primer objetivo de su educación? El tristemente célebre Congreso de Milán (1880), decidió en forma tajante a favor del oralismo.

58 Cf. B. Mottez, “Les sourds existent-ils ?”, in *La parole des Sourds, Psychanalystes*, 46-47, primavera-verano 1993, pp. 49-58.

asociaciones de Sordos. No pienso en las asociaciones, de invención reciente, que agrupan a los sordos postlocutivos y a los hipoacúsicos, que no conocen las señas. Pienso en aquellas que reúnen a los sordos de nacimiento o a quienes se quedaron sordos a temprana edad, que son quienes —en general— han crecido en los internados especializados y hablan en lengua de señas. Entre ellos está la proporción, siempre creciente, de Sordos capaces de hablar —aunque hagan un uso de la palabra diferente que los oyentes. Son ellos quienes preconizaron el abandono de la palabra *mudo*. Sordos hablantes, cierto, pero estrechamente solidarios con aquellos que no hablan, y a menudo los más fervientes defensores de la lengua de señas.

La indignación de la ortofonista, a la que la palabra “sordomudo” produce urticaria, nos da la exacta medida de su inmenso desprecio por los sordos que no hablan. Es más, ella quiere que Emmanuelle Laborit esté de su lado. Quiere que se desolidarice con esos sordos. Quiere que se presente en público hablando, para demostrar que no tiene que ver con ellos, que no forma parte de los suyos. Cuando le da ese consejo, piensa que lo hace en favor de una gran causa. Seguramente se cree muy buena y generosa con ella y con todos los sordos. Quiere su bien y se consagra a eso.

¿Fue siguiendo el consejo de una ortofonista, fue porque no lo pensó bien, o simplemente porque tuvo ganas —después de todo está en su derecho— que Marlee Matlin⁵⁹ habló un día en televisión con su voz, sin intérprete? Fue a partir de ese momento, y de un día para otro, que todo el prestigio del que gozaba entre los Sordos norteamericanos, se derrumbó. No sé si es verdad, pero es lo que me han contado. En todo caso parece posible. Supongamos que lo sea. Oigo ya desde aquí los comentarios indignados de muchos oyentes, felices de encontrar una nueva ocasión de denunciar la intolerancia de los Sordos. Este comportamiento de los Sordos, que hubieran querido que ella siguiera siendo lo que ellos creían que era, puede explicarse de muchas maneras. Suponiendo que pueda verse ahí una muestra de intolerancia, ésta no sería peor que la de nuestra ortofonista integrista, que además nunca es percibida como tal.

59 La actriz sorda americana que hace el papel de Sarah en el film *Les enfants du silence*, basado en la obra del mismo nombre.

Una proposición de de-nominación: los avatares del vocabulario para designar a los sordos en los siglos XIX Y XX⁶⁰

Los sordos, los mudos y los hablantes

En el siglo XIX, la palabra *sordo* a secas designaba únicamente a quienes hoy, de manera oficial, llamamos *hipoacúsicos* y *sordos postlocutivos*. Designaba pues a las personas que, de forma natural, recurrían a la lengua hablada –con más o menos habilidad y confort– y que padecían una pérdida auditiva que podía ir desde la sordera leve –los *duros de oreja*–, hasta la *cofosis* –sordera total.

La denominación *sordomudo*, o simplemente *mudo*, empleada por las personas menos instruidas y la gente del campo –tal como ocurre actualmente en los países en vías de desarrollo–, se utilizaba para referirse a los sordos de nacimiento o a quienes se habían quedado sordos siendo muy pequeños, y que por esa razón no hablaban o lo hacían con mucha dificultad. Si estos sordos hablan la lengua del país, si *oralizan*, es gracias a una educación especial. Pero como su elocución puede ser ininteligible para quienes no forman parte de su familia, estos sordos pueden –por decisión propia– abstenerse de usar su voz.

A estos últimos se los designa empleando términos que oscilan entre dos polos: “capaces de emitir sonidos pero desarticulados e incomprensibles”, “sin palabras”, por un lado, *versus* “sin voz”, “afónicos”, “silenciosos”, por otro. En las lenguas indoeuropeas en general y particularmente en las lenguas latinas, anglosajonas y eslavas, los especialistas en etimología coinciden en que el origen de estos términos es la onomatopeya *mu*, *mum*: aquel que, con los labios cerrados, no es capaz de hacer más que “mu” como los animales. Más tarde este sentido adquirió un carácter más específico: “sin voz”. Es lo que significa, sin ambigüedad después de varios siglos, la palabra francesa *mudo*⁶¹, que aplicada al sordomudo no se refiere más que a un aspecto de lo que éste hace con su voz.

60 In Henry-Jacques Stiker, Monique Vial, Ctherine Baral (ed.), *Fragments pour une histoire : notions et acteurs*, Paris, Alter, difusión CTNERHI, pp. 101-120.

61 N. de T.: en francés, *mudo*: *muet*.

El inglés dispone al mismo tiempo de *mute*, que designa la incapacidad para emitir sonidos o la voluntad deliberada de callarse, y de *dumb*, que designa la incapacidad de expresarse de manera comprensible por medio de la palabra. Oficialmente ambos se utilizan de manera indistinta, *deaf and dumb* o *deaf-mute*, a pesar de la connotación un poco más despectiva de *dumb*, que tiende a querer decir estúpido. Este término fue el primero que estuvo en la mira de la ofensiva contra la expresión “sordomudo” (Dudley, 1885).

A veces recordamos como algo singular y gracioso, que los rusos llamaban y llaman aún a los alemanes, “mudos”. Esto sólo tiene sentido si comprendemos que *немой* *nemoï* –de donde viene *glouho-némoï*, “sordomudo”, ha adquirido el sentido de “sin voz” tardíamente. Originalmente quería decir “tartamudo”, “balbuceante”, “quien habla de manera indistinta e incomprensible”, “sin lengua”. El *немец* *nemetz*, es el extranjero, el que habla una lengua distinta del ruso o una lengua que no se comprende. Esta palabra es equivalente a la palabra “bárbaro” en griego antiguo, que como lo recordaba Claude Lévi-Strauss, podría “referirse etimológicamente a la confusión y falta de articulación del canto de los pájaros, por oposición al valor signifiante del lenguaje humano”. A partir del siglo XIX, se utiliza únicamente *nemetz* para referirse a los alemanes. Lo mismo ocurre en todas las lenguas eslavas. En polaco, por ejemplo, el adjetivo *niemy* quiere decir “mudo”, y *Niemiec*, “alemán”. Los húngaros adoptaron en su lengua –que no es una lengua eslava– la palabra rusa: dicen *néma* por “mudo” –de donde viene *süket-néma*, sordomudo– y también *német*, alemanes⁶².

En ciertas lenguas existen términos derivados, familiares, a veces más bien despectivos, otras afectuosos o ambas al mismo tiempo, como en inglés *dummy* –recordemos a Tontín del cuento Blancanieves– y *Stümmel* o *Stummerl* –por *Stumm*– en alemán.

Los sordomudos se expresan naturalmente a través de gestos. Según sus interlocutores, recurren a señas improvisadas, o a las señas de su verdadera lengua que han aprendido de las manos de sus pares. A propósito de esta forma de

62 Es difícil no mencionar, siguiendo la misma línea, el origen de la palabra “patois” (*jerga, dialecto popular*)(*las itálicas son de la traductora*) : “Patois está relacionado con el verbo *patoier* –*patier*, *pateer*, etc.- “mover, agitar las patas” y sería empleado –como una broma, según la actitud general propia de la Edad Media con respecto a los “físicamente débiles”[...]- para designar en primer lugar el “lenguaje gesticulatorio de los sordomudos” in ORR J., “Etymologie et sémantique du mot *patois*”, *Revue de linguistique romane*, tomo XIX, 1995, pp. 117-130.

comunicación, se hablaba de *mímica* o de *lenguaje de señas*. Se decía también *pantomima* o *lenguaje de acción*.

Para designarse a sí mismos en su lengua, *en señas*, los sordomudos mostraban sucesivamente con el índice su oreja y su boca. Esto corresponde exactamente al término sordomudo.

Es notable que para designar a los otros, es decir a aquellos que nosotros llamamos oyentes, utilizan una seña que literalmente no quiere decir *oyente* sino *hablante*. Preferían designarlos por sus *actos* y por lo que es *visible*. Hablar —con la boca— o no hacerlo, es algo que se ve. Es un acto. Ser sordo —o no— es más bien un estado. Es algo que no se ve.

Ahora bien, en el siglo pasado, al menos en francés, para designar a los oyentes por oposición a los sordomudos, se decía frecuentemente *hablante* en lugar de *oyente*.

De este modo, para designar respectivamente al sordomudo y al oyente, existía un paralelismo y una correspondencia entre el lenguaje gestual y la lengua hablada. Correspondencia que, como veremos más adelante, ya no existe hoy en día.

Otro cambio: al final de una historia que vamos a esbozar, aquellos a quienes llamábamos sordomudos, adquirieron el monopolio del término *sordo* para nombrarse. Aquellos a quienes llamábamos simplemente sordos en el siglo pasado, deberán forjarse una nueva denominación, sirviéndose para ello de expresiones como *hipoacúsicos* o *sordos postlocutivos*.

Para acabar con los mudos

El oralismo

La historia de la educación de los sordomudos en el siglo XIX está dominada por lo que se llamó la querella de los métodos. Siguiendo la vía trazada por el Abad de l'Épée, ¿se debe recurrir a su lengua —al gesto y a la mímica— para educarlos? O al contrario, como indica el método conocido como *oralista* ¿se debe recurrir a la palabra? Se trata en realidad de una disputa en cuanto al objetivo de la educación. ¿El objetivo primero de la educación de los sordos consiste en enseñarles a hablar? La opción oralista, que implica no sólo el aprendizaje de la palabra, sino también la prohibición de la lengua de señas, triunfó y por largo tiempo, en el famoso congreso internacional de Milán (1880).

Era inevitable que el término sordomudo fuera considerado, a partir de entonces, despreciable e inexacto por quienes deseaban el bien de los sordos y se afanaban en desmutizarlos. Fue así que comenzó a caer en desuso.

Siguiendo la propuesta de Lewis J. Dudley, presidente de la *Clarke Institution*, establecimiento que sigue siendo hasta hoy un feudo del oralismo en los Estados Unidos, la revista de pedagogía de los sordomudos más antigua del mundo, *American Annals of the Deaf and Dumb* (1847), se transformó en octubre de 1886, en los actuales *American Annals of the Deaf*. Esto no impidió que muchas escuelas conservaran, aún por largo tiempo, su antigua denominación. Lo que resulta sorprendente, tanto en los Estados Unidos como en el resto del mundo, es la lentitud con la que el término desapareció del lenguaje oficial.

En Alemania sin embargo, de fuerte tradición oralista, fue necesario esperar hasta 1993, el año del centenario de su fundación, para que el *Bund deutscher Taubstummen Lehrer*, la asociación de profesores alemanes de sordomudos, se transformara en el *Bund deutscher Gehörlosen Lehrer*.

En efecto, la verdadera ofensiva contra el término sordomudo tuvo lugar inmediatamente después del final de la segunda guerra mundial. Esta ofensiva corresponde con el resurgimiento del oralismo, ligado al apogeo de la *ortofonía* —en Bélgica y Suiza se la llama *logopedia* y en los países de lengua inglesa *speech therapy*—, así como con las esperanzas provenientes de los progresos espectaculares en materia de prótesis auditivas. Cuando en el congreso internacional de maestros de sordomudos de Groningue (1970), una resolución preconizaba que la palabra “sordomudo” fuera sistemáticamente remplazada por sordo, el movimiento de reforma iniciado sobre todo en los países anglosajones, había comenzado a expandirse. La revista de los profesores de sordomudos de los países escandinavos *Nordisk Tidskrift för Dövstumskolan* (Revista nórdica de las escuelas de sordomudos), se transformó en 1957, en *Nordisk Tidskrift för Dövundervisningen* (Revista nórdica de la enseñanza de los sordos). Diez años más tarde, le tocó el turno a la *Revista general de la enseñanza de los sordomudos*, entonces en su 59º aniversario, que se transformó en la *Revista general de la enseñanza de los deficientes auditivos*⁶³. El redactor de la publicación justifica la decisión de la siguiente manera: “Hemos renunciado a la expresión “sordomudos” un poco pasada de moda en los tiempos que corren, y ciertamente inadecuada para una época en la que todos los *hipoacúsicos* aprenden a hablar. La hemos reemplazado por una denominación más adaptada, puesto que comprende todo el campo de los restos auditivos”, escribe el responsable de la publicación.

63 N. de T: en francés: *Revue générale de l'enseignement des sourds-muets* y *Revue générale de l'enseignement des déficients auditifs*, respectivamente.

Ese cambio de nombre fue en Francia el coronamiento tardío de una evolución que ya había llegado a término en los medios profesionales. En 1964, el *Certificado de aptitud para la enseñanza de los sordomudos* (CAESM), se había convertido en el *Certificado de aptitud para la enseñanza de jóvenes sordos* (CAEJS). En 1962, la mitad de los establecimientos habían reemplazado en su sigla la palabra sordomudo por *joven sordo* o *deficiente auditivo*. Muchos anunciaban con orgullo y franqueza su posición, los llamados *Centros de reeducación del oído y de la palabra* (CROP)⁶⁴, confirmando así el grito de alarma lanzado cincuenta años antes por los sordomudos en uno de sus congresos: “Han transformado nuestros grandes establecimientos de enseñanza en clínicas de la palabra”.

La posición de las asociaciones de sordos (mudos)

El termino *sordomudo*, sin embargo, no habría caído jamás en desuso sin la connivencia de las mismas asociaciones de sordos (mudos).

Fue algo que se llevó a cabo en varias etapas. El abandono del término “sordomudo” en los nombres de las asociaciones o en los títulos de sus periódicos, no implicaba de entrada el rechazo de una nominación percibida como ofensiva, tal como ocurrió más tarde, o como ocurría ya a ojos de los profesores oralistas.

Estas asociaciones reunían a los ex alumnos de los internados especializados, todos locutores de la lengua de señas. Algunos, en general los sordos profundos y/o los sordos de nacimiento, o los que habían adquirido la sordera a edad temprana, no oralizaron jamás u oralizaban a penas. A ellos les corresponde plenamente la denominación sordomudo. Otros, generalmente medio-sordos o sordos postlocutivos, oralizaban más o menos bien. A estos últimos se los llamaba también eventualmente *sordomudos*, a veces *sordos hablantes*, o incluso, *sordomudos hablantes*. Estos sordos se diferenciaban de los que actualmente llamamos *sordos oralistas*, es decir, los sordos que han recibido una educación exclusivamente oralista, lejos de las señas, y que se sienten orgullosos de no conocerlas y de no frecuentar a aquellos que las emplean.

En ciertos contextos, estos sordos hablantes podían sentir la necesidad de afirmar su especificidad. Aunque nunca se lo haya dicho explícitamente, podemos suponer que los lectores de *La Gaceta de los sordomudos*⁶⁵, eran en su mayoría Sordos hablantes. Cuando en los años 40 se instauró un debate para cambiarle el

64 N. de T: en francés: *Centres de rééducation de l'ouïe et de la parole* (CROP).

65 N. de T: en francés: *La Gazette des sourds-muets*.

nombre al periódico, los sordos que estaban a favor del abandono de la palabra “mudo”, no manifestaban por ello ningún desprecio hacia sus camaradas que no hablaban, y esta denominación no tenía a sus ojos, ningún carácter injurioso. Simplemente buscaban un vocabulario común, que pudiera corresponder a cada uno.

Al contrario, treinta o cuarenta años más tarde, después de que tuviera lugar el movimiento de afirmación de sí de los sordos –cf. más abajo–, existió un rechazo motivado de la palabra sordomudo. Se le atribuyó un carácter injurioso: “Nosotros no somos mudos puesto que tenemos una lengua, la lengua de señas”.

En los estatutos de la primera gran asociación de sordomudos de los Estados Unidos, la *New Gallaudet Association of Deaf Mutes* (1854), se hablaba de “mudos” y de “nuestra comunidad muda”. Sin embargo, se estipulaba que la asociación estaba abierta también a aquellos que “eran sólo sordos” –los *sordos hablantes*– e incluso a los oyentes. Esta jerarquía a favor del sordomudo, merecía ser subrayada (K. Jankowski, 1993). En 1880, el mismo año del congreso de Milán, celebrando su “mutismo”, los sordomudos de los Estados Unidos, fundaron su organización nacional, que se llamó *National Association of Deaf Mutes*.

Pero no se necesitó ni siquiera una década para que, durante una de sus convenciones (1889), G. Veditz, sordo hablante pero gran defensor de la lengua de señas, lograra convencer a los congresistas de que renunciaran al término *mudo*: como un gesto diplomático hacia los profesores mayoritariamente oralistas.

Fue entonces que, sin desterrar de su vocabulario la palabra *sordomudo*, los Sordos debieron comenzar a emplear el término *silenciosos* –en inglés *silent*–, para designarse. Esta palabra, utilizada más que nada como adjetivo –hablamos de asociaciones silenciosas, prensa silenciosa, deporte silencioso–, tuvo un éxito más grande y duradero en los Estados Unidos que en Francia y en los países latinos en general. Algunos periódicos sordos de los Estados Unidos, incluyen todavía la palabra *silent* en su título. Esta palabra en cambio, nunca formó parte del vocabulario de los sordos alemanes, y al igual que el término sordomudo, tiende actualmente a caer en desuso.

En occidente, son los sordos de los países mediterráneos y de América Latina, quienes siguieron apegados a la vieja denominación durante más tiempo. La organización nacional de sordos de un país tan importante e influyente como la Argentina, se llama todavía *Confederación argentina de sordomudos*. Está lejos de ser la única. Muchas asociaciones deportivas, incluso en Francia, conservan en su denominación el término *sordomudo* o, por supuesto, *silencioso*.

Para acabar con los sordos

En los años 1960 y 1970, asistimos a un florecimiento de términos nuevos para designar a los sordos y a todo lo que gira en torno a la sordera.

Es conveniente señalar primero que, si bien el término sordo nunca desapareció del vocabulario cotidiano, comenzó en estos mismos años a ser objeto de prohibiciones. Era sistemáticamente remplazado por *deficiente auditivo* o, en ciertos contextos, por *hipoacúsico*. Finalmente fueron estos términos los que triunfaron frente a otros de igual inspiración, tales como *discapacitado del oído*, para denominar de manera oficial a quienes cotidianamente se seguía llamando sordos. A partir de 1965, todas las asociaciones y organizaciones oficiales que tenían algo que ver con los sordos y la sordera, excepto las asociaciones de los sordos mismos, utilizaron la expresión *deficiente auditivo*.

Es el caso de la poderosa ANPEDA (Asociación nacional de padres de niños deficientes auditivos), de sus ARPEDA (Asociaciones regionales de padres de niños deficientes auditivos), su rival la FNAPEDIDA (Federación de padres de alumnos de las instituciones de deficientes auditivos), la UNISDA (Unión nacional para la inserción social de los deficientes auditivos)... En 1974, el Certificado de aptitud para la enseñanza de jóvenes sordos (CAEJS), se transformó en CAEJDA⁶⁶.

Asistimos al mismo fenómeno en prácticamente todos los países del mundo. Tal vez tenga que ver con la particularidad de la lengua. El alemán se mostró en este aspecto particularmente prolífico. Desde hacía mucho tiempo existía ya el término *gehörlos* –literalmente “sin audición”– que competía con el término *taub*. El éxito de *gehörlos*, puede deberse a que, al contrario de *taub*, nunca había sido asociado a *stumm* –“mudo”–: *taubstumm*. En cambio, existen *hörgeschädigt*, *gehörgeschädigt*, *hörbehindert*, *hörbeeinträchtigt*, *hörgestört*, *schlechthörend*, *kommunikationsgetört*, *schwerhörig*, *resthörig*, y varios otros.

Este nuevo vocabulario, indica que el poder oficial de nominación, que estuvo durante siglos en manos de los profesores, comienza a pasar a manos de los médicos y otros profesionales de la salud. Por otra parte, es hacia ellos y sus promesas que se orientan de manera espontánea a partir de entonces, los padres de niños “deficientes auditivos”. Pero el éxito que tuvo esta denominación, tanto entre los padres como entre muchas categorías de profesionales, se debió a que iba en el mismo sentido que el proceso púdico de instauración del eufemismo, e incluso de negación, que había comenzado con la censura de la palabra sordomudo. De

66 N. de T.: Certificado de aptitud para la enseñanza de jóvenes deficientes auditivos.

hecho fue una etapa más en esta dirección –acerca de las graves implicaciones de esta censura, ver B. Mottez (1993)⁶⁷.

Este vocabulario pone el acento de manera evidente en el hecho de que algo en el cuerpo no funciona bien. Acerca a los sordos de los “otros” *discapacitados y deficientes* –sensoriales, motores, mentales– ... Atribuye así a este conjunto una especie de identidad común. Pero en el mismo movimiento, insiste en el hecho de que la pérdida no es absoluta. Siempre quedan restos. No se trata de una oposición entre “esto o lo otro”. Existe una graduación, un continuum, que va desde el que oye perfectamente al que no oye nada en absoluto. De este modo entre los sordos, sólo una pequeña minoría lo es verdaderamente.

Las preocupaciones clasificatorias de las administraciones responsables de la salud pública han logrado, durante dos décadas, hacer que los investigadores se ocupen de los problemas de medida, evaluación, nomenclatura. Antes del monumental, monstruoso y cómico proyecto de la OMS (1980), que llega incluso hasta preconizar medidas de elocución, existió la nomenclatura del BIAP⁶⁸. El BIAP ha clasificado las deficiencias auditivas en 4 categorías, en función del promedio de las pérdidas audiométricas tonales a 500, 1000 y 2000 Hz:

DA profunda: media de pérdidas superiores a 90 dB HL

DA severa: entre 70 y 90 dB HL

DA moderada: entre 40 y 70 dB HL

DA leve: entre 20 y 40 dB HL

En una estimación de 1982, llevada a cabo en Francia, Paul Veit (Laboratorio de corrección auditiva, París) evalúa que entre las personas que padecen deficiencias auditivas, el 55%, o sea 2 100 000 personas, padecen de sordera leve. Son en su gran mayoría sorderas adquiridas en la tercera edad. 1 250 000 personas, es decir el 33%, tienen una deficiencia moderada, 340 000, el 9%, son deficientes auditivos severos, y 115 000, o sea el 3% solamente, son deficientes auditivos profundos.

Aquello que se intenta curar o hacer desaparecer, es por definición algo malo. La última moda en materia de control de la lengua consiste en no designar nunca por su discapacidad a las personas que tienen una deficiencia. De este modo no diremos un sordo, sino una *persona sorda*. Esto es válido para el mundo entero, en

67 N. de T.: El autor se refiere al artículo «Los sordos existen ?».

68 N. de T.: En francés BIAP: “Bureau International d’Audiophonologie”, podría traducirse como “Agencia Internacional de fonoaudiología”.

todo caso para los países desarrollados y hasta la China, donde en poco tiempo, el sordomudo *long* (2^{on}) ya (3^{on}) se transformó en *long* y luego *long ren* –“persona sorda”. Por supuesto que todo esto es menos imperativo si, en lugar de “sorda”, nos tomamos el trabajo de decir *hipoacúsica*. Invitación a que la persona no sea identificada a su discapacidad y a considerar que ésta, después de todo no es más que un atributo entre otros, de la persona, incluso un atributo exterior a la persona misma. Una persona discapacitada, precisan algunos capaces de lanzarse en vastos discursos con respecto a esto, no es alguien que *es discapacitado*, sino alguien que *tiene una discapacidad*.

He aquí cómo, con respecto a los sordos, hemos pasado en el espacio de un siglo, de un *nombre* a un *adjetivo*, y de una *categoría antropológica o sociológica para designar a las personas*, a una *categoría puramente médica*. Esto, sin tomar en cuenta a los principales interesados.

“No somos discapacitados, somos una minoría lingüística”

El despertar sordo

El despertar sordo comenzó en los Estados Unidos. En el curso de los años sesenta, asistimos al nacimiento de un movimiento de afirmación de sí de los Sordos –veremos más adelante cuáles son las razones por las que escribimos sordos con mayúscula. Este movimiento se inscribe en la línea de movimientos identitarios que en el espacio de dos décadas remodelaron la escena social norteamericana: movimiento negro, *Women's Lib* –movimiento de liberación de las mujeres–, movimiento gay y todos los movimientos de minorías étnicas o lingüísticas.

El término *Deaf Power* tuvo un momento de éxito, corto es verdad. Hubo también algunos movimientos espectaculares, como la revuelta de los estudiantes de la Universidad para sordos, Gallaudet, en Washington: el movimiento “Deaf President Now” en marzo de 1988. Reclamaban un presidente sordo a la cabeza de la universidad. Y hasta que lo lograron, consiguieron tener en vilo a todo Estados Unidos durante una semana. Pero sobre todo, con el correr de los años, tuvo lugar el cambio de estatuto de la *lengua de señas americana* (American Sign Language, ASL, Ameslan). Hasta entonces despreciada, condenada, estigmatizada, vergonzante, escondida, y para usar entre sí; pasó a ser una lengua pública, que se muestra, que se exhibe –en la calle, en la televisión, en el teatro– y una lengua que se da –nacimiento y multiplicación de los cursos de lengua de señas para oyentes.

La posición de los Sordos puede resumirse en una frase: “Nosotros no somos discapacitados, somos una minoría lingüística”. Es posible tomar consciencia de la seriedad de este slogan cuando pensamos que fue el motivo de la respuesta negativa e indignada de la NAD (National Association of the Deaf) a la propuesta federal de una exoneración fiscal para los sordos, que reproducía la que se aplicaba a los ciegos. Esta frase puede declinarse y desarrollarse de muchas formas. “No sufrimos de nuestra sordera, sino de cómo ustedes nos tratan a causa de nuestra sordera. No somos enfermos, cesen de intentar curarnos, cesen de querer cambiarnos, acéptennos tal como somos” Pero también, por supuesto: “Lo que necesitamos son intérpretes y que la lengua de señas tenga el derecho a existir en las escuelas”.

Los investigadores del Laboratorio de lingüística de la Universidad de Gallaudet, creado por W. Stokoe, jugaron un rol decisivo en este movimiento. Los trabajos de este último conferían un estatuto de verdadera lengua a aquello que aún muchos Sordos consideraban como una simple manera de arreglárselas, una especie de doble, de acompañamiento, o incluso de subproducto degenerado de las lenguas habladas.

Las lenguas de señas

En Francia, a principios de los años 1970, no se hablaba, por así decir, de la lengua de señas más que como un resto del pasado, destinado a una pronta desaparición. Los viejos términos empleados para designarla, promovidos al mismo destino, tendían también a caer en desuso.

Cuando a fines de los años 1970, bajo el impulso del movimiento a favor del retorno de las señas a las escuelas, la denominación *lengua de señas* comenzó a imponerse, el psicólogo Pierre Oléron, especialista de la sordera, se mostró hostil: eso suponía aceptar que se trataba verdaderamente de una lengua. Él lo dudaba mucho. Por eso hablaba de *lenguaje gestual de los sordos* y proponía la sigla LGS, finalmente sin éxito.

Es alrededor de la palabra *gesto* que giraban todas las designaciones del momento. Sin ver en eso ninguna connotación despectiva, los sordos mismos hablaban de *gesticulación* para designar su lengua. Se decía *hacer gestos*. También se decía *gesticular*, porque es más corto y más directo. Algunos, que no se sentían cómodos con esta expresión, propusieron y utilizaron por su cuenta los neologismos *gestuar* y *gestizar*, pero no lograron imponerlos.

Aquellos que popularizaron en Francia las investigaciones de W. Stokoe, e informaron sobre los cambios que estaban ocurriendo en los Estados Unidos, tomaron sistemáticamente el contrapunto de esas denominaciones (Bernard Mottez, 1976)⁶⁹. Tomaron prestado del otro lado del Atlántico lo esencial de su vocabulario. Para decir “hablar, expresarse en lengua de señas”, llegaron incluso a utilizar, copiando el modelo de *to sign*, la palabra *señar*, que hasta ese momento no quería decir otra cosa más que “poner su firma al pie de un documento”⁷⁰. Y fueron los primeros en sorprenderse de la manera en que ese neologismo fue adoptado sin problemas. Por principio, no se hablaba más de lenguaje gestual, sino de *lengua de señas*. Y lo mismo ocurrió en casi todos los países del mundo. En Alemania, sin embargo, cuando se habla de *Zeichen* –“señas” –, se dice *Gebärdensprache* –literalmente “lengua de gestos”.

Esto no es todo. Se hizo el esfuerzo de no hablar de la lengua de señas en general, sino de especificar siempre de qué lengua de señas particular se trata. Y esto para ir en contra de la idea tan difundida de que la lengua de señas es una lengua universal. Tenemos entonces la *LSF* (*langue des signes française*), la *LIS* (*lingua italiana dei Segni*), la *BSL* (*British Sign Language*), etc. En principio, se utiliza la sigla tal como es usada en la lengua del país en cuestión. Así, en francés diremos BSL y no LSB para hablar de la lengua de señas británica. En lengua de señas procedemos de la misma manera cuando deletreamos estas siglas recurriendo a la *dactilología*. La dactilología es el *alfabeto manual* que emplean los Sordos para deletrear los nombres propios de las lenguas habladas, o las palabras para las que todavía no existe una señal. Propiamente hablando, la dactilología no forma parte de la lengua de señas, es un medio que permite tomar préstamos de las lenguas orales cuando nos expresamos en lengua de señas.

En los años 1970, cuando las señas comenzaron a retornar a las aulas en los Estados Unidos, los profesores de sordos hablantes juzgaron que la ASL estaba desprovista de gramática y elaboraron sistemas que recurrían al vocabulario de la ASL, pero que estaban estrechamente ligados al inglés. Hablaban y señaban al mismo tiempo. Estos sistemas, que pretendían dar una representación visual del inglés, se llamaron *Signed English* –inglés señalado. Fueron creados en muchos

69 N. de T.: Se trata del documento dactilografiado «A propósito de una lengua estigmatizada, la lengua de señas», producido en el marco de sus actividades científicas en el Centro de estudio de movimientos sociales de la EHESS. 90 p.

70 N. de T.: en francés, *signer*, quiere decir señalar y también firmar.

países, principalmente en Suecia. Estos sistemas artificiales fueron violentamente combatidos por los lingüistas y los militantes de la LS. En Francia, donde estos sistemas nunca salieron a la luz, llamamos *francés señado* a toda tentativa de hacer coincidir la lengua de señas con el francés, así como al equivalente francés de lo que los anglosajones llamaron durante largo tiempo *PSE (Pidgin Sign English)*, una mezcla más natural y menos normativa entre el inglés y la lengua de señas. Si bien la lengua de señas no es internacional, es cierto que los Sordos tienen una capacidad singular para negociar entre ellos una lengua común. Recurren en estos casos, a lo que en inglés se llama *gestures*, y que en francés llamamos *señas internacionales*.

Los Sordos, los sordos postlocutivos y los hipoacúsicos

El vocabulario de las lenguas orales

Puesto que aquellos a quienes antes llamábamos sordomudos siguen existiendo, fue necesario encontrar otra manera de designarlos cuando las circunstancias así lo exigían.

No nos sorprenderemos al ver que en los medios administrativos y médicos, se preconizó el uso de *sordo prelingual*, que quiere decir sordo de nacimiento o que ha adquirido la sordera antes del aprendizaje de la palabra. Haberse quedado sordo antes de haber comenzado a hablar es ciertamente un dato importante, pero no suficiente para determinar la condición sociológica y lingüística de una persona adulta. Hay sordos prelinguales “oralistas”, que se sienten orgullosos de frecuentar exclusivamente oyentes. Contrariamente, muchas de las personas que se quedaron sordas antes de los diez años, adoptan el modo de vida típico de los que antes llamábamos sordomudos, en lo que refiere a los medios de comunicación y las frecuentaciones.

En la conversación diaria, frente a la urgencia, se adoptaron al principio expresiones como *sordo-sordo*, *verdadero sordo*, *sordo de la comunidad de sordos*, *sordo gestual*, *sordo LSF*. Sin que haya habido de antemano ningún acuerdo, fueron las mismas que se emplearon en casi todos los países del mundo.

Sordo-LSF no es neutro, y tiende a ser asociado a la idea de militancia a favor de la LSF y de la *cultura sorda*.

Sordo gestual, tampoco es neutro, y tiende a designar a los sordos que sólo son gestuales y que no conocen el francés.

Sordo de la comunidad sorda —o *de los Sordos*—, aunque más no sea por su longitud, se vuelve más bien una explicación que una simple designación. La

expresión comunidad de los Sordos es relativamente reciente, aún en los países anglosajones. Estamos tentados de ver en ella el equivalente de la expresión “pueblo de los sordomudos”, tan apreciada por los líderes sordomudos del siglo pasado. Esta idea de pueblo o de nación aparecía sobre todo en la retórica de los discursos oficiales, principalmente en los famosos banquetes en los que los sordomudos festejaban el aniversario del nacimiento del Abad de l'Épée. Estamos tentados de decir que comunidad sorda no es otra cosa más que el único plural posible de una palabra que estaba prohibida, sordomudos, y que la expresión “sordos de la comunidad de los sordos” es un pleonismo. Naturalmente, comunidad implica comunidad de lengua y de cultura.

Con *sordo-sordo* y *verdadero sordo*, estamos más cerca de lo que parece ser la solución del problema. Es cierto que el término *verdadero sordo* fue a veces entendido en términos de pérdida auditiva, como un equivalente de sordo profundo, y no como se esperaba, en términos culturales, como un término que designa al sordo que frecuenta a los otros miembros de la comunidad sorda y utiliza la lengua de señas.

Para los interesados, las cosas son claras y simples. Quieren que se los llame *sordos*. Sordos simplemente. Sordos con S mayúscula, precisan algunos. Los sordos declaran no comprender nada acerca de esta proliferación de designaciones, hecha sobre todo para confundir las cosas. Según ellos, es una manera de disimular propia de quienes se avergüenzan de ser sordos y quieren hacer ver que no lo son completamente. Los Sordos que conciben su identidad en términos sociológicos, más bien que audiológicos —el grado de sordera de los individuos no es para ellos una preocupación mayor— consideran que, o se es Sordo o no se es.

La idea de Sordo con S mayúscula, viene de una práctica del Laboratorio de lingüística de Gallaudet. Los investigadores utilizaban la palabra sordo —*deaf*— con minúscula, tal como acostumbramos hacerlo, únicamente para referirse a los sordos en tanto personas privadas de audición, en tanto deficientes auditivos. Escribían Sordo con mayúscula, para designar a los sordos en tanto miembros de una realidad sociológica y antropológica. Sobre todo, en tanto miembros de una realidad lingüística, puesto que era esto lo que les interesaba. La comunidad internacional de investigadores adoptó esta solución. Y los Sordos la avalaron. Desafortunadamente, una mayúscula es algo que no se oye. En lengua de señas, los Sordos lograron en esta ocasión un milagro: ella puede eventualmente verse.

Puesto que no había un término que la reemplazara, la censura de la palabra *sordomudo*, creó durante largo tiempo mucha confusión. Causó malentendidos de

graves consecuencias. Actualmente parece bien establecido que, en un contexto oficial, cuando se habla de sordos, se hace referencia a los ex sordomudos, es decir, los sordos de nacimiento o las personas que se quedaron sordas en la infancia. Son ellos los que tienen el monopolio del término. Los demás *deficientes auditivos*, utilizan oficialmente aquellos términos que habían creado o tomado prestados para diferenciarse de los primeros: *hipoacúsicos* o *sordos postlocutivos*. Unos y otros, reunidos a veces en las mismas asociaciones, han adquirido la costumbre de llamar a los oyentes, *bien-oyentes*⁷¹.

En los países anglosajones existe la denominación *hard of hearing*, que no quiere decir *duro de oreja*, sino más bien *medio-sordo*. Podríamos decir *hipoacúsico*, si este término no hubiera sido empleado tan a menudo como un eufemismo para referirse al conjunto de los deficientes auditivos, más allá del grado de pérdida auditiva. La palabra *hard of hearing*, implica en general una categoría sociológica, más que una categoría audiológica. Alguien que se caracteriza como *deaf*, puede tener restos auditivos más importantes que el *hard of hearing*. El *hard of hearing* puede practicar la lengua de señas. Pero, puesto que conoce bien la lengua oral, utilizará una lengua de señas fácilmente identificable, con una estructura próxima a la de la lengua oral.

El vocabulario de las Lenguas de Señas

A diferencia de lo que ocurrió con las lenguas orales, con las lenguas de señas sucedió algo sorprendente —y tanto más sorprendente, puesto que las lenguas de señas son particularmente abiertas a los neologismos, podemos decir que todos los días se crean nuevos. Lo que ocurrió es que la seña empleada por los Sordos para autodesignarse se mantuvo estable. Desde hace al menos dos siglos, y en casi todos los países del mundo, esta seña —salvando pequeños detalles— es siempre la misma: el índice que muestra la oreja y la boca. Esta seña estándar no incomoda para nada a los Sordos, incluso a aquellos que están en contra de la palabra *sordomudo*. Por esta razón, nos resultó chocante ver que en ciertos países los intérpretes, alejándose de la deontología profesional, se tomaban la libertad de censurar esta seña y crear una nueva, pretextando que la primera no era conveniente.

En Francia y en Estados Unidos, existió una seña que competía con ésta: el índice muestra la oreja, y luego ambas manos con las palmas hacia abajo se

71 N. de T.: Por oposición a hipoacúsicos, en francés, *malentendant*; literalmente “maloyente”.

encuentran a la altura del pecho. Podríamos traducirla de manera literal como *oreja cerrada*. Esta seña data de hace varias décadas y ya no goza de popularidad entre las nuevas generaciones, es decir, entre las personas de menos de cincuenta años. Es una seña característica de una generación, y sólo de una parte de los Sordos de esta generación. No se la emplea en los internados para sordos, ni en los clubes deportivos, lugares privilegiados del “habla sorda” cotidiana. Se la utiliza en cambio, en Estados Unidos, en ciertos contextos oficiales y ceremonias.

Pero en Estados Unidos, las personas que recurren habitualmente a esa seña, utilizan para designar a los oyentes, una seña que literalmente no quiere decir oyente, sino hablante: el índice extendido de manera horizontal delante de los labios, hace pequeños círculos hacia adelante.

En Francia en cambio, asistimos en el espacio de veinte años, a una mutación de la seña que designa a los oyentes. El puño cerrado, el índice y el mayor extendidos en forma de V, mientras que el mayor roza o parece rozar la cara, haciendo pequeños movimientos de abajo a arriba. Cuando el mayor roza la boca, o más frecuentemente, el espacio entre la boca y la nariz, la seña quiere decir hablar. O al menos es una forma de decirlo. También quiere decir *oyente* o, literalmente, *hablante*. No es raro que la seña se haga francamente sobre la punta de la nariz – lugar en el que se articulan las señas con connotación más bien despectiva y –esta seña, que quiere decir “presumido” o “hacerse el vivo” –, designa en ese caso al oyente –más exactamente al hablante– de manera despreciativa. Esta mima seña, articulada sobre la frente, sirve para designar a los Sordos “que piensan como los oyentes”, cosa que –dicho sea de paso– no es un elogio.

Cuando se abrieron los primeros cursos de LSF a fines de los años 1970, se preconizaba, por razones sobre las que podemos hablar sin fin, que la seña para designar a los oyentes debía ser articulada sobre la mejilla, a mitad de camino entre la boca y la oreja. Era de cierto modo, una solución intermedia. En las manos de los oyentes, la seña fue naturalmente acercándose a la oreja, hasta designar literalmente lo que nosotros, oyentes, comprendemos cuando nos designamos a nosotros mismos en relación a los Sordos. En la actualidad, –¿a causa de los cursos de lengua de señas tal vez? – los jóvenes sordos ubican esta seña francamente sobre la oreja, y consideran que la manera en que se la hacía hace veinte años, es propia de los sordos mayores.

Esto en cuanto a las señas oficiales, las señas que se pueden encontrar en los manuales y que se enseñan en los cursos de LSF. En las conversaciones de todos los días, las cosas son más complejas. Existe una cantidad de señas increíble para

designar a los oyentes, pero sobre todo a los Sordos y a las diferentes maneras de ser Sordo. La sutileza de estas nominaciones es tal que permite evocar la diversidad del otro, incluso del otro que no está en la conversación. Es obvio que algunas de esas señas no se utilizan en presencia de oyentes, sobre todo si estos conocen la LSF.

Sin embargo, de la abundancia de señas nuevas que aparecieron en Francia después de la revolución identitaria de los años 1980, se desprende una idea. La insistencia sobre las dos cosas que el vocabulario oyente se empeñaba en borrar desde hacía décadas: el mutismo y la sordera. Una seña a la moda es una buena ilustración de esto. Para comprender el ejemplo, basta con saber que la S en dactilología se hace cerrando el puño. Esta seña es una variación de la seña canónica que se emplea para decir Sordo. En lugar de que el índice se dirija en un primer tiempo hacia la oreja, es el puño el que lo hace. En el segundo tiempo, no es el índice, sino el meñique, el anular, el mayor y el índice juntos, que se ubican con un gesto seco y decidido, sobre la boca. No es necesario ser un iniciado, para sentir que se trata de un superlativo, de un llamado brutal a la realidad, y de una afirmación, de un performativo. Significa, de manera provocadora, que uno es totalmente sordo, que no habla —deliberadamente o no, poco importa—, y que se está orgulloso de eso. No es necesario aclarar que se trata de un gesto militante.

Para designar todas las variedades de los otros “deficientes auditivos”, existen numerosas señas, bastante diferentes de un país a otro. En LSF en general, para decir *sordo postlocutivo*, se señala primero la oreja y después se hace la seña de “roto” con los dos puños. Para decir *medio-sordo*, primero se muestra la oreja y luego se hace la seña de “mitad”. En ciertos contextos incluso, no hace falta haber mostrado la oreja. Para decir *sordo oralista*, se indica la oreja, y luego con el índice y el mayor algo curvos, se hacen círculos alrededor de la boca.

Los deseos y la realidad

Hoy en día se ha vuelto corriente en el mundo entero que grupos sociales particulares, discapacitados, personas que ejercen profesiones serviles y/o despreciadas, minorías raciales, lingüísticas o sexuales, pueblos, y hasta naciones, rechacen la denominación que se emplea —a veces desde hace siglos— para designarlos. Se trata de grupos que han sido menospreciados, oprimidos, sometidos o colonizados, que ya no se reconocen en el nombre que les han asignado. A veces asistimos a cambios sucesivos muy rápidos, como ocurre por ejemplo con las palabras que se emplean para designar a los Negros en Estados Unidos.

¿Podemos esperar una política semejante por parte de los Sordos que se han vuelto tan sensibles y a veces hasta radicales con los problemas de vocabulario?

Según hemos podido observar, parece poco probable. Durante esta larga historia, los que insisten sin descanso en crear nuevas denominaciones, no son los Sordos. Son los oyentes. Los Sordos dan pruebas de un conservadorismo digno de ser remarcado.

Según nuestro conocimiento, una sola vez los Sordos hicieron una contribución al vocabulario que los designa en las lenguas habladas. Fue con el término *silenciosos*. Pero esta excepción confirma la regla: ¿no fue ésta una manera de hacer algo frente a la censura del término “sordomudo”?

Los que despliegan tanta energía para modificar las denominaciones, son personas que desempeñan una actividad profesional dirigida a los sordos, profesores oralistas en un primer tiempo, y médicos y profesionales de la salud en un segundo tiempo. La denominación que preconizan lleva su marca. Como ocurre a menudo, dice más acerca de ellos que acerca de los sordos. En ella inscriben sus deseos, sus proyectos, su voluntad, su poder.

A decir verdad, no nombran, hacen exactamente lo contrario. Des-nombran. Toman la delantera con las palabras. Desterrando el término “sordomudo”, ahogan en la indiferenciación, junto a todos los otros, al sordomudo; al sordomudo que sueñan con hacer hablar, al sordomudo que desean hacer desaparecer. Por otro lado, ensañarse con el término sordo responde a la misma lógica y la lleva aún más lejos.

“Sordo soy, sordo permanezco”, es el título iracundo de un artículo célebre de J. Jouannic, sordo bretón, publicado a fines de los años 1970. Esta fórmula se acerca a la seña militante de la que hablábamos más arriba. Los Sordos siempre han opuesto resistencia a los proyectos de denominación que los conciernen, recordándonos la obstinada realidad. Para ellos la sordera es un hecho. *Antes que nada un hecho*. Saben por experiencia, lo que ella les cuesta cada vez que se la olvida, o cada vez que se la intenta negar.

Sin embargo, los Sordos no son en sí mismos tradicionalistas ni enemigos del cambio y del progreso, tal como los profesionales activistas los consideran. Profesionales que consideran que la sordera es un mal, y *antes que nada un mal*. Un mal que, como tal, debe ser combatido de manera prioritaria por todos los medios.

Los Sordos también sueñan.

Pero unos inscriben sus deseos y sus sueños, allí donde los otros llaman al realismo. “Sean realistas, no se puede cambiar la sociedad, es a los sordos que hay que cambiar –entiéndase hacer desaparecer–”. Esto es lo que han repetido durante un siglo los oralistas, justificando de esta manera los proyectos más insensatos, más intolerantes. Que a su vez, gracias a una especie de círculo vicioso, se transforman en una reafirmación y una prueba de las premisas que los sustentan.

Ésta es la sociedad que el movimiento sordo, en provecho de los oyentes mismos, se ha propuesto cambiar desde hace veinte años.

Fuentes

Agradecemos al Marjorie Carr Adams Charitable Trust, que nos permitió pasar dos meses en la Universidad para Sordos, Gallaudet, en Washington D. C. Aprovechamos esa estadía para pasar largas horas en la rica biblioteca de la Universidad, para discutir acerca del vocabulario de manera apasionada con los docentes e investigadores, a la cabeza de los cuales se encuentra Yerker Anderson –entonces presidente de la Federación mundial de sordos. También interrogamos sistemáticamente en el restaurant universitario a los estudiantes extranjeros, acerca del modo en que en sus países se denomina en lengua de señas y en lengua oral a los sordos y a los oyentes. En Francia, agradezco particularmente a Bernard Truffaut (sordo), historiador de la comunidad sorda, por sus observaciones y sus preciosas sugerencias, así como a Guy Bouchaudeau, animador sordo en la Ciudad de las ciencias y de la industria, cuya lengua deslumbrante e imaginativa es un placer y una fiesta permanente para la inteligencia y para la vista.

Bibliografía

- Dudley, L. J., Deaf but not Dumb, *in: American Annals of the Deaf and Dumb*, vol. XXX, n° 1, 1885, p. 21-25.
- Faust, T., Taubstumm, *in: Deutsche Taubstumm-Korrespondenz*, IV/1, 1er janv. 1905; p. 2-3 y IV/2, 15 enero 1905, p. 10-11.
- La Gazette des Sourds Muets*, año 1943, *passim*, polémica respecto del eventual abandono del término sordomudo, artículos de L. Boujeant, J. Monnier, Donnadieu, M. Besson. A mediados de los años 1950, *La Gazette* se transformó en *La Voix du Sourd*.
- Hell, W., « Guehörlos –Der deutsche Sonderfall » *in: Das Zeichen*, n° 30, 12/94, p. 457-459.

- Jankowski, K., Reflexions upon Milan...with an eye to the future, Keynote presentations a Post Milan: ASL and english Literacy, Colloque Gallaudet, Washington, oct. 1993, próxima publicación.
- Jenkins, W. G., Why not deaf and dumb, *in: American Annals of the Deaf and Dumb*, Vol. XXX, nº 3, julio 1885, p. 21-22.
- Montalto, S., Quale terminologie adottare? Sordo o sordomuto? *in : Il Sordudente*, Anno XII, nº 1, enero-marzo 1994, p. 3 y 4.
- Mottez B., *A propos d'une langue stigmatisée, la langue des sourds*, ronéo, CEMS, Paris, 1976.
- Mottez, B., Les Sourds existent-ils ? *in : Psychanalystes*, 46-47, primavera-verano 1993, p. 48-58.
- Organización Mundial de la Salud, Clasificación internacional de deficiencias, discapacidades y minusvalías*, INSERM, CTNERHI, 1988. Edición inglesa, 1980.
- Rey, J. A., *Dictionnaire historique de la langue française*, Paris, Dictionario Le Robert, 1992.
- Teuber, H., Hörgeschädigt, hörbehindert, gehörlos oder tumb? *in : Das Zeichen*, Hamburg, nº 31, 1935, p. 40-43.
- Vasmer, M., *Russisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, 1950-1958.
- Webster's *Third International Dictionary of the English Language*, Enciclopedia Britanica, ed. 1971.

CAPÍTULO 2
LA CULTURA SORDA:
LO QUE ES, TIENE QUE SER ESCOGIDO

Contenido de los conceptos “la cultura de los sordos” y “la lengua de señas”¹

Al principio me sorprendió un poco que me pidieran que hiciera la primera intervención en una comisión que se propone esencialmente estudiar las modalidades – ¿o tal vez lo bien fundado? – de la reintroducción de las señas en la enseñanza de los niños sordos. Yo no soy pedagogo, y es sabido que mis investigaciones se orientan en general hacia los problemas de los sordos adultos.

Pero la vida adulta me parece un punto de partida sano, feliz, y finalmente perfectamente normal. En última instancia, es siempre en función de la preparación para la vida adulta que las sociedades basan las grandes elecciones pedagógicas. Lo mismo ocurre con los sordos. El mejor ejemplo de esto es la elección del oralismo.

En el caso de los sordos, las grandes elecciones pedagógicas se hacen en función de la vida adulta, pero éstas no se basan en una comprensión real de la misma. Como podemos comprobar, existe abundante literatura sobre el niño sordo y nada sobre el adulto, aunque no es este el lugar para analizar las razones.

Tomar la vida adulta como punto de partida me parece afortunado también por otra razón. Puesto que sitúa el problema sobre un terreno que, creo, dará en fin credibilidad a lo que dicen los sordos. Un adulto sordo es en general juzgado creíble, cuando dice qué es lo que le conviene en su vida adulta. Partiendo de esta evidencia podríamos reconocer que tiene derecho a juzgar si las elecciones que se han hecho por él, con respecto a la preparación de su vida adulta, han sido pertinentes. Podríamos también pensar que no se encuentra en el peor lugar para sugerir mejoras al sistema de educación.

Según creo haber comprendido, otra cosa que se espera de mí es que dé definiciones de los términos que usamos permanentemente y que son centrales para nosotros, tales como *cultura de los sordos*, *comunidad de los sordos*. Estos términos

1 In *Le langage mimo-gestuel dans l'éducation des déficients auditifs*, Jacky Simonin (éd.), Paris, CTNERHI, 1979, pp. 27-33.

gozan de cierto éxito. Son a menudo recibidos y a veces emitidos. Resumiendo, podemos decir que circulan y que se los emplea más bien como afirmaciones de principio, como elecciones filosóficas u opciones ideológicas, que como simples términos que designan realidades de hecho, que deben ser nombradas de alguna manera. Estos términos tienen resonancias pasionales. Detrás del uso que se hace de ellos se perfila a veces la imagen del gueto, del gueto magnificado.

Teniendo en cuenta que al final de estos encuentros debería crearse un programa de investigación, he decidido presentar esta intervención en forma de *problemática*. Se trata de hipótesis y no de afirmaciones. Intento formular preguntas que puedan ser respondidas por sí o por no; y esto no lo hago en función de una preferencia personal, de un juicio subjetivo, ni de una elección política, sino en función de los hechos.

Debo precisar que esta problemática inspira una investigación que se lleva a cabo en el Centro de Estudios de los Movimientos Sociales (EHESS)². Esta investigación, financiada por el CORDES, permite a Harry Markowicz trabajar en Francia.

La cultura sorda y la comunidad de los sordos

Por cultura no comprendemos el hecho, para un individuo particular, de ser más o menos culto, como ocurre cuando se dice de alguien, que tiene una gran cultura. Tampoco empleamos este término para designar, para un grupo social particular, la producción de obras eminentes de carácter literario, artístico o científico, como sucede cuando hablamos por ejemplo de “cultura alemana” para designar las características y la eminencia de la literatura, de la filosofía, y de la música alemanas.

Salvo en contextos específicos, empleamos la palabra cultura con el sentido habitual que se le da en sociología o en antropología. A grandes rasgos, para una sociedad dada, es “el conjunto de valores que hay que compartir y el conocimiento de ciertas normas y reglas a las que hay que adecuarse para ser reconocido como miembro”.

Si comprendemos el término cultura en este sentido, es claro que un cierto número de preguntas, tales como “¿existe o no existe una cultura sorda?”, “¿se trata de una cultura poco desarrollada?”, “¿debe y puede ser desarrollada?”, carecen de

2 N. de T.: en francés: Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux (EHESS : Ecole d'Hautes Etudes en Sciences Sociales).

sentido. Es evidente que existe una cultura sorda. Ella es lo que es, como toda cultura, y no hay lugar posible para juicios de valor. No existe un criterio en nombre del cual una cultura, entendida en este sentido, pueda ser juzgada mejor o más desarrollada que otra, y en consecuencia mejorable.

La comunidad de los sordos está constituida por aquellos que participan de esta cultura. El concepto de comunidad se refiere a una realidad sociológica y no fisiológica. No basta con ser sordo para pertenecer a ella. Como sucede con todas las demás culturas, se es parte de ella sólo en la medida en que no se ha sido apartado de la comunidad, en la medida en que se ha socializado en el seno de la misma.

Normalmente, los que forman parte de la comunidad son los sordos hijos de padres sordos y los sordos que fueron educados en los internados especializados. El criterio mayor de pertenencia es el recurso a la lengua de señas (LS), o aún más, el recurso a la LS como lengua materna —o primera lengua si se prefiere—, es decir, aquella en la que uno se siente más cómodo, incluso si fue adquirida después que el francés. Pero existen otros criterios de pertenencia que sólo pueden ser apreciados del interior, es decir, por aquellos que conocen las normas y reglas. La comunidad misma es la que reconoce a los suyos.

Es del interior de una cultura que debemos partir para describirla. Es significativo que no exista prácticamente ningún término genérico para decir *sordo* en lengua francesa de señas (LFS). Existe una seña para designar a los sordos de la comunidad, y cuando esos mismos sordos se expresan en francés, dicen “verdaderos” sordos. Existen varias señas, en general compuestas, para designar a los sordos que no forman parte de la comunidad.

El hecho de que los sordos en conjunto tengan problemas comunes, no impide constatar la diferencia entre los sordos que pertenecen a la comunidad y los sordos que no pertenecen a ella. Esta diferencia se traduce en la manera en que unos y otros llevan adelante su vida, se comportan con los oyentes y se consideran ellos mismos de manera recíproca.

La vida adulta

1- Para evaluar las necesidades de los sordos adultos, quienes se encargan de tomar las decisiones en materia de pedagogía, han optado siempre por partir de un cierto número de imperativos de la vida, según una organización social concebida forzosamente en función de la mayoría oyente. Esta manera de proceder, incluso si se la lleva a cabo de manera más sistemática que lo habitual, es irrealista y

falsa. Se debe proceder de manera inversa: hay que partir de la experiencia de los interesados.

Habría que comparar sistemáticamente el modo de vida y la manera de manejarse de los sordos adultos que pertenecen a la comunidad de los sordos y los que no. Para cada elemento de esta comparación habría que poder responder a la pregunta: “¿quiénes llevan una vida más satisfactoria?”, pregunta que puede fraccionarse en otras que pueden ser respondidas de forma más objetiva, tales como: “¿quiénes tienen una vida más *normal*?”, “¿quiénes tienen una vida más *productiva*?”, “¿quiénes están menos *aislados*?”, etc...

En un primer tiempo podemos considerar las grandes divisiones comunes de la vida, tales como: trabajo, tiempo libre, familia, etc... Con respecto a esto, me limitaré a algunos comentarios.

2- Habitualmente acordamos al trabajo un lugar central. Esto no se debe únicamente a que pasamos una parte importante de nuestro tiempo en el trabajo, ni al hecho de que el trabajo represente nuestro sustento económico. Sin embargo, es a este nivel de aspiración mínima que se encuentra reducida la forma en que se concibe el trabajo para los discapacitados. El trabajo ocupa un lugar central, como dijimos, porque la profesión es siempre el estatus más significativo cuando se trata de situar a una persona en la sociedad.

A veces se habla de la explotación de los discapacitados en el trabajo. Tratándose de los sordos, me parece que habría que hablar más bien de sub-explotación. De esta sub-explotación resulta una pérdida de ganancias para la sociedad, y una frustración para los sordos, que en general podrían hacer un trabajo más interesante que el que hacen.

Esto me parece válido para todos los sordos, para los que pertenecen a la comunidad de los sordos y para los que no.

Si queremos comparar a los sordos que señan con los que no, tal vez sea necesario aclarar que los primeros, en la situación actual, se dedican en mayor medida que los segundos a trabajos manuales. Independientemente de que esto sea cierto o no, se pueden hacer comparaciones: a) comparación de situaciones de trabajo manual *versus* laboratorio, informática, diseño industrial, etc... y/o b) comparación dentro del mismo tipo de profesión, entre los dos tipos de personas sordas.

Teniendo en cuenta que se trata de comunicación, en esas comparaciones habría que retomar la distinción tradicional de la sociología del trabajo entre relaciones y comunicación formales –en relación directa con la tarea– y relaciones

y comunicación informales. Una buena parte de la historia de la sociología ha consistido en analizar la relación entre unas y otras.

Nos parece que no existe mayor diferencia con respecto a la comunicación formal entre los sordos de las dos categorías. Al principio pensamos que la situación del sordo señante podía ser más favorable que la del sordo oralista en cuanto a las relaciones informales –debido menos al hecho de señalar o no señalar que al tipo de trabajo–, finalmente nos parece que también en ese caso, la diferencia entre unos y otros no es importante. Todos los sordos se encuentran en su trabajo en una situación de gran soledad, y tanto unos como otros dependen en general de una persona en particular para comunicarse.

Me parece que el rol de la palabra en el trabajo está sobreestimado.

3- Si bien no hay una diferencia capital entre sordos señantes y sordos no señantes en el ámbito laboral, sí existen diferencias en el resto sus vidas. Si tenemos en cuenta el lugar que ocupa el trabajo para los sordos en comparación con los oyentes, podemos ver hasta qué punto este resto es importante: tiempo libre, acceso a la información, amistades, familia –la familia de origen y la que se funda–, interacciones con los oyentes en la vida cotidiana, situaciones de urgencia, etc... Es ahí que los estilos de vida cambian y que la comunidad de los sordos adquiere todo su sentido. Resumiendo rápidamente, el sordo señante parece menos aislado. También está menos obligado a hacer incesantemente “como si” fuera oyente.

Se trata de un cambio social

1- En una reunión de la comisión “Comunicación” de la Unión Nacional para la Inserción Social de los Deficientes Auditivos (UNISDA), en la que se precisaba la organización de la comisión y en la que se hablaba de los temas de investigación que podrían proponerse al Centro Técnico Nacional de Estudios e Investigación sobre las Discapacidades e Inadaptaciones (CTNERHI)³, la Sra Chalude propuso que se realizara un tipo de investigación que fotografiara la realidad. Lo que se acaba de proponer es una investigación descriptiva que responde a este tipo de proposición. Al simple nivel de la fotografía se puede obtener una cierta cantidad de información útil.

3 N. de T.: en francés: Centre Technique National d'Etudes et de Recherches sur les Handicaps et les Inadaptations (CTNERHI).

El profesor Oléron le respondió, con algo de razón, que una investigación no es jamás una fotografía de la realidad y que no es a partir de una fotografía de la realidad que se pueden tomar decisiones políticas.

Ahora bien, ¿cuál es en este caso nuestro problema? Deseamos tener elementos para responder a la pregunta: “¿se debe reintroducir la lengua de señas en la educación de los niños sordos? ¿Con qué modalidades?”. La reintroducción de las señas en la enseñanza no es más que un aspecto de un cambio más general que podríamos llamar: el reconocimiento de la lengua de señas. La reintroducción de la lengua de señas en la enseñanza implica necesariamente que se la enseñe a los oyentes, implica también el desarrollo de un cuerpo profesional de intérpretes y otras muchas transformaciones. Se trata de un cambio social. Una sociedad hasta entonces intolerante con las señas les otorga un lugar, y de esta manera se transforma ella misma. Tolerar no significa “dejar hacer”, implica al contrario cambios institucionales concretos ligados a un cambio de actitudes.

Para saber si es sensato o no reintroducir la lengua de señas en la enseñanza, resulta entonces insuficiente y en muchos sentidos paradójico, comparar el modo de vida de los sordos pertenecientes a la comunidad de los sordos con el de los sordos oralistas en una sociedad hostil a la lengua de señas. Lo que se debe hacer es comparar el modo de vida de esas dos categorías de sordos en esas sociedades, con el que tienen en una sociedad que reconoce concretamente, y con todas las consecuencias que ello implica, la existencia de la lengua de señas.

2- Una parte de mi reflexión sobre este tema se sitúa en la tradición de ciertos estudios sociológicos americanos sobre la desviación, principalmente el de E. Lemert (*Social Pathology*, 1951) y H. Becker (*Outsiders*, 1963 y *On the Other Side*). Entendemos por desviantes a todos aquellos que, por razones físicas u otras, no se conforman a ciertas normas: discapacitados, tartamudos, alcohólicos, toxicómanos, miembros de ciertas sectas religiosas, homosexuales, jugadores, ladrones, etc...

En la práctica común —movimientos de reforma y trabajo social cotidiano—, se considera que los desviantes son un problema y que si se quiere saber algo acerca de la desviación con el objetivo de reducirla, es necesario sondear en profundidad a los mismos desviantes. La reflexión sociológica sobre la desviación constituye una ruptura con respecto a este punto de vista. “Los movimientos de reforma a menudo crean más problemas que los que resuelven, y en tales casos el “problema” se vuelve el movimiento de reforma mismo” (Lemert). Los valores

de una sociedad juegan un rol importante en la producción de comportamientos que los movimientos de reforma desapruaban y buscan eliminar. Esos valores forman parte del “problema”.

Lemert distingue la desviación primaria de la desviación secundaria. Esta última tiene lugar cuando alguien utiliza su comportamiento desviante o un rol ligado a éste, como medio de defensa, de ataque o de adaptación a los problemas que le generan las relaciones sociales derivadas de su comportamiento.

Becker ha insistido sobre el hecho de que hay un aprendizaje de la desviación. Rompiendo con la tradición de los estudios sobre la anomia (Durkheim, Merton), Becker estima que la desviación no es la ausencia de normas. Estas se aprenden en la comunidad de desviantes. Ahora bien, las normas de esas comunidades son tanto más exigentes, y la lealtad de los miembros es tanto más exigida, cuanto más estigmatizado es el grupo.

La comunidad de los sordos es una comunidad de desviantes. Que en su seno se aprenda cómo comportarse “como sordo”, es algo que cae por su propio peso: un miembro de la comunidad se comporta de manera diferente que un sordo que no pertenece a ella.

En el seno de la comunidad no se aprende solamente la manera más adecuada de vivir y de comunicar, como respuesta al hecho de ser sordo. En ella se aprende cómo comportarse dentro de la sociedad mayoritaria y principalmente con los oyentes. Ahora bien, la actitud de la sociedad mayoritaria es parte integrante del “problema”. El problema de los sordos no es solamente tener una lengua desviante, sino también el oralismo, es decir, el rechazo de esta lengua por parte de la sociedad. Conviene precisar que los agentes sociales activos de esta hostilidad hacia la lengua de señas, son las personas teóricamente más cercanas a los sordos, como por ejemplo sus educadores, y no “el resto de la sociedad” que se muestra más bien indiferente.

De este modo, muchas de las características de la comunidad de los sordos —y algunas en razón de las cuales se la estigmatiza— no resultan del empleo de la lengua de señas, sino de la intolerancia de la que es objeto. No hablemos de la sub-educación. Las barreras que erigen los sordos de la comunidad frente a los sordos que no se conforman a sus normas —que pueden ser a veces crueles en las escuelas— son el resultado de la intolerancia que padecen. Pienso incluso, que los más afectados por esta intolerancia no son los sordos típicos de la comunidad, sino justamente aquellos que se encuentran en los márgenes, aquellos de quienes se dice a veces algo que me resulta chocante, se dice que se ha logrado “salvarlos”.

Ellos son los que obtendrían más beneficios de un reconocimiento de la lengua de señas.

3- Para razonar acerca de este problema tenemos la ventaja de disponer del ejemplo de sociedades más tolerantes que la nuestra. Podríamos imaginar una investigación comparativa, aunque sería fútil ya que las consecuencias de una política tal para la vida de los sordos son llamativas. Esto comprende tanto la infancia como la edad adulta: comunicación real con la familia desde la primera infancia, condiciones óptimas para un desarrollo intelectual y afectivo normal, educación de calidad para los niños y adolescentes, participación a la vida social más amplia en la edad adulta, en una palabra, la integración social que tanto buscamos aquí a través de los medios inversos.

En lugar de una investigación comparativa, sería más realista –y en todo caso más urgente– solamente abrir los ojos y ver lo que ocurre en esas sociedades, informarse, ir a ver. Ésta es en todo caso, una de las tareas que nos hemos propuesto realizar, y es una de las funciones de Coup d'œil y de otras iniciativas ligadas a ella.

Aspectos de la cultura sorda⁴

Para el oyente, la deficiencia auditiva es antes que nada una cuestión de oreja. Pero para el sordo, lo que está en juego es un uso totalmente diferente del cuerpo y de la vida cotidiana. ¿Podemos entonces hablar de “cultura sorda”? ¿En qué puede convertirse esta cultura?

Uno de los consejos que se les da frecuentemente a los padres de niños sordos, en el marco de la educación estrictamente oralista, es que eviten el contacto de su hijo con otros sordos. ¿Será contagiosa la sordera?

Se ha ironizado mucho sobre este punto, pero sin razón, puesto que es así como ocurren las cosas. Esta concepción de la sordera como algo contagioso es el mejor homenaje que podría rendirse a la existencia de la cultura sorda, y en este caso por parte de aquellos que se muestran más reticentes a reconocerla.

Deficiente auditivo, se es naturalmente. Es algo físico. En Sordo, hay que convertirse. Es social. Se aprende. Se toma. Se atrapa. Es algo que se atrapa en contacto con los suyos: pares, mayores, adultos sordos; ya que curiosamente el mundo oyente no ofrece ninguna alternativa al respecto⁵. Y se aprende rápido. El

⁴ In *Santé Mentale*, n° especial «L'œil écoute», 3^e, Abril de 1980, pp. 16-17.

⁵ Para muchos discapacitados u otras categorías de desviantes, la sociedad ofrece modelos de desviación. Estos modelos, a veces confortables, no corresponden siempre o lo hacen de manera muy lejana, a los modelos propuestos por la comunidad de personas en cuestión. A menudo incluso, existen varios modelos en competencia. Con la sordera ocurre algo muy particular, tal vez único, y que acarrea grandes consecuencias. La sociedad mayoritaria oyente no propone ningún modelo con respecto a ella. No está permitido ser sordo. El único lugar reservado a la sordera –al menos en nuestras sociedades–, es el que ocupan los esfuerzos que se llevan a cabo para erradicarla o para ocultar su existencia. Del lado de los interesados, esto puede traducirse en una preocupación constante por dar una falsa impresión, que puede ir hasta el desarrollo de un grado de refinamiento extremo del arte de “fingir”, de “hacer como si”. Lo más sorprendente es que, en la preocupación por no parecer sordo ante los demás, el sordo puede llegar hasta olvidar él mismo que lo es. De este modo, –a menos que el arte de la fuga esté tan desarrollado en él como el arte de fingir–, el sordo se meterá regularmente en situaciones incómodas, que lo condenan a triunfar a medias. Olvidando

niño sordo, en contacto con los suyos, reconoce enseguida lo que es bueno para él y lo adopta.

Hablamos aquí de cultura, como lo hacen los etnólogos o los sociólogos. Es una manera específica de sentir, de ver el mundo, de organizar la vida y las relaciones con los otros y con el medioambiente, que comparten los miembros de un grupo en razón de una condición social común. Es en este sentido que podemos hablar de cultura alemana, gitana, negra, obrera, campesina, religiosa, e incluso homosexual, y esto sin que obligatoriamente se haga referencia a las eventuales expresiones artísticas propias de esos grupos. Justamente, una de las características de la cultura sorda es que se puede hablar de ella en este sentido.

La comunidad de los sordos

La cultura sorda es la cultura propia de los miembros de la comunidad de los Sordos⁶. La comunidad de los Sordos está formada por aquellos que buscan el intercambio con los suyos, y para quienes el modo habitual de comunicación –al menos entre ellos– es el lenguaje gestual o Lengua de Señas: aquellos a quienes antiguamente llamábamos *sordomudos* –incluso si podían hablar–, por oposición a aquellos que se enorgullecían de no hacer señas, y que se orientaban hacia los

su sordera, puesto que está acostumbrado –por obligación– a no prestarle atención, el sordo no le atribuye a ella sus fracasos, sino a sí mismo. De esto deriva el frecuente desprecio por sí mismo, presente en los sordos que no han aprendido de los suyos cómo ser sordo. En el caso del sordo que ha aprendido a ser Sordo, las cosas son bien diferentes. Él ha integrado su sordera. Su sordera es parte de sí mismo. Como no cree tener la fatigante obligación de aparentar, adopta frente a quienes lo rodean, comportamientos más realistas. Por otro lado, como no tiene por modelo los juicios de la sociedad oyente, es menos vulnerable a los comportamientos desagradables o humillantes de los oyentes con respecto a él. Estos problemas son percibidos como problemas inherentes a las relaciones entre sordos y oyentes en general, y no como problemas que lo conciernen a él personalmente. En otros términos, son percibidos como problemas sociales y no como problemas psicológicos individuales, cosa que es –si podemos decirlo– más fácil de afrontar, y mejor para la salud mental.

6 Este texto adopta la perspectiva elaborada primeramente por investigadores norteamericanos, principalmente por Harry Markowicz, con quien formamos equipo durante varios años. Cf. H. Markowicz « La communauté des Sourds en tant que minorité linguistique », suplemento de *Coup d'œil*, n° 24, octubre-noviembre de 1980, p. 12, y Carol Padden, “The Deaf Community and the Culture of Deaf People” in Charlotte Baker, Robbin Battison, *Sing Language and the Deaf Community*, Washington NAD, 1980, pp. 89-103. Siguiendo a quienes comparten esta perspectiva de análisis, empleamos una “s” mayúscula para designar a los sordos en el sentido sociológico y cultural del término, en tanto miembros de la comunidad de Sordos. Utilizamos una “s” minúscula para referirnos a los sordos en cuanto deficientes auditivos, o para designar a los “sordos hablantes”.

oyentes y reivindicaban la denominación de *sordos-hablantes* –incluso aunque su palabra no puede ser comprendida más que por oídos familiares.

El grado de pérdida auditiva no es en sí un criterio de pertenencia a la comunidad. Sobre todo si nos situamos desde un punto de vista interno.

Tal como lo señala Carol Padden, los Sordos ignoran en general cuál es el grado de sordera de sus amigos. ¿Qué razón tendrían, por otro lado, de interesarse por él? El recurso al lenguaje gestual, termina con toda discapacidad en este sentido, vuelve imposible la discriminación en función del grado de pérdida auditiva. En cambio, cuando la comunicación se hace de forma oral, la referencia a la sordera es constante. Los sordos hablantes conocen el grado de sordera de sus amigos y, tal como los oyentes hacen con ellos, se juzgan y se sitúan mutuamente en función de su pérdida auditiva. Esto no quiere decir que se hayan “vendido” a los oyentes, y que copien *a priori* sus valores. Lo que ocurre simplemente, es que cuando la comunicación se realiza de forma oral, las cosas no pueden ser de otra manera.

La pertenencia a la comunidad de los sordos está ligada, no tanto al grado de sordera, sino al momento en que se dio la pérdida auditiva. Un sordo de nacimiento o alguien que se quedó sordo antes de haber adquirido la lengua, tendrá más posibilidades de socializarse dentro de la cultura sorda que alguien que se quedó sordo más tarde.

En principio es la familia –primer agente de socialización–, la que se encarga de transmitir la lengua y los valores culturales en el caso de las minorías lingüísticas. En el caso de los sordos, esto es cierto sólo para una pequeña minoría –estimada al 2%–, que corresponde a los sordos hijos de padres sordos. Para la mayoría, la socialización es más tardía. Se lleva a cabo en la escuela. Es en el patio de la escuela y en los dormitorios, que el niño sordo aprende de los más grandes, la lengua y la forma de comportarse como Sordo. De ahí la importancia que tienen para los Sordos la escuela especializada y, principalmente, los internados, cuna de su cultura.

En la vida adulta hay muchas señas que no se pierden. Incluso si la lengua se enriquece y se transforma mediante el contacto con la comunidad adulta, durante toda la vida se guarda un fondo de vocabulario que permite reconocer la institución de la cual salió tal o cual sordo.

Tal como es la regla en general en muchas minorías, el ritual de presentación tiene una gran importancia (H. Markowicz, C. Padden). Cuando una persona sorda es presentada a otros Sordos, se dice su nombre oficial, tal como figura en su documento de identidad –puede ocurrir a veces que éste sea omitido si no se

conoce el alfabeto dactilológico—, pero lo que siempre se dice, es la seña con la cual se lo designa dentro de la comunidad y en la escuela a la que ha asistido. Esta última información es aún más importante para identificar a la persona que el lugar en el que ha nacido o la profesión que ejerce. No haber ido a la escuela de Sordos, es un poco como no ser un verdadero Sordo.

El nombre, o la seña que se tiene, es menos importantes que la persona que nos lo ha dado. Generalmente, el “sordomudo” ha recibido su seña en la escuela, a veces de sus pares, pero más frecuentemente de sus mayores, que lo han precedido en su pertenencia a la comunidad.

Puede suceder que la seña no sea más que una simple traducción del patronímico, cuando éste tiene un significado. Lo que ocurre más frecuentemente, ya que los bautismos se hacen rápidamente, y porque está bien que todos—incluso los no iniciados— puedan reconocer rápidamente de quién se trata cuando se habla de alguien, es que esta seña retenga una particularidad física saliente de la persona: es un defecto que se pone de relieve, tal como ocurría en el origen de los patronímicos. Muchos Sordos conservan como seña personal durante toda su vida, el número de matrícula que tenían en el internado.

En lugar de ser vividas como una despersonalización, esas señas pueden ser consideradas como la marca de una auténtica y precoz pertenencia a la comunidad: un título de nobleza en cierto sentido.

Cierto uso del cuerpo

En primer lugar, la cultura sorda se caracteriza por una cierta manera de utilizar el cuerpo.

Hablamos de cultura porque, por un lado, no basta con ser sordo para utilizar el cuerpo de esta forma. No oír, conduce evidentemente a hacer un uso del cuerpo diferente del que se hace cuando se oye. Pero puede ocurrir que la persona se haya quedado sorda y siga sintiendo, viviendo y juzgando de la misma manera que cuando era oyente. También puede suceder que, habiendo sido sorda toda su vida, haya crecido lejos de la comunidad de los suyos y adhiera a la escala de valores de los oyentes. En estos casos, puede que la persona no emplee su cuerpo de la manera más adecuada a su estado.

Hablar de cultura implica por otro lado, que un oyente, aunque sea oyente, debe poder experimentar en cierta medida en sus intercambios con los Sordos, esta manera particular de usar el cuerpo.

Las manos. Tanto para los Sordos como para los ciegos, las manos tienen una importancia fundamental en su relación con el medio. No ocurre lo mismo en el

caso de los oyentes. “Nuestras manos son nuestra palabra”. No se necesita de los oyentes para otorgar este valor a las manos de los Sordos. Pero si podemos hablar, como Carol Padden, del “carácter sagrado de las manos” para los sordos, es porque a esto se le suma otra cosa: precisamente los oyentes. Las manos cristalizan el punto de conflicto cultural con el mundo oyente. Durante un siglo, en nombre de la palabra, los educadores oralistas ataron y golpearon —y no sólo en sentido figurado— las manos de los niños sordos. Se esforzaron por callar y ensuciar su palabra.

Los sordos hablantes se enorgullecen de no recurrir al lenguaje gestual. Se esfuerzan por desterrar al máximo en sus intercambios hasta el uso de los gestos más naturales. Les resulta muy desagradable ver que los otros hacen uso de estos gestos, sobre todo con ellos.

La voz. Aún si no sirve para nada, los sordos postlocutivos o los sordos hablantes, pueden seguir empleando la voz cuando conversan entre sí. Es una cuestión de hábito y de manera de comportarse y de presentarse conforme a las normas prevalentes.

Al contrario, aun cuando hablan entre sí en francés, los Sordos no utilizan la voz. Y esto no se debe sólo a que es inútil, se trata también de normas culturales que pueden ser reforzadas en ciertos contextos.

Con la voz ocurre lo mismo que con las manos, pero a la inversa. La voz no es para nada valorizada entre los Sordos. Lo es inversamente entre los oyentes, sobre todo cuando se refieren a los sordos. Pero el énfasis que se pone en la educación de los sordos para que logren hacer algo que no pueden controlar, así como la costumbre de los oyentes de juzgar todas las emisiones vocales de los sordos, puede tener como resultado que sea culturalmente valorizado para los Sordos permanecer deliberadamente mudos.

El momento más emocionante de la obra de Mark Medoff, “Les enfants du silence” (*Children of a lesser God*), es aquel en el que la protagonista, Sarah, habla con la voz. La intensidad emocional de ese momento se debe a que condensa de manera brillante todos los aspectos del problema de la voz del Sordo en su relación con los oyentes.

La mirada. No hay nada más condicionado culturalmente, más interiorizado, más inconsciente, que las reglas relativas a la manera de utilizar la mirada. ¿Debemos o no debemos mirar a nuestro interlocutor? ¿Podemos mirar a un superior? Estas reglas varían según las culturas. Las interacciones entre personas que pertenecen a culturas diferentes, a menudo están minadas de malas

interpretaciones de “pequeñas cosas”, pequeñas cosas que pueden dar lugar a juicios, a malentendidos, y a los comportamientos racistas más violentos. Las relaciones sordos oyentes están llenas de malentendidos ligados a una forma diferente de utilizar la mirada⁷.

Una cultura oral

Calificaremos de buen grado la cultura sorda de cultura oral. No hay en ello ninguna paradoja. Empleamos ese término con el mismo sentido que se le da cuando se habla de culturas de tradición oral, aquellas en las que la lengua no tiene escritura. La lengua de señas no tiene escritura.

Esto tiene consecuencias sobre la lengua oral misma, sobre la manera en que es vivida, y partiendo de esta base, sobre la manera en que los sordos se viven ellos mismos. En cierto sentido la lengua de señas existe solamente “en situación”.

El patrimonio cultural sordo, evoca en ciertos aspectos el de otras culturas orales. En todo caso, es transmitido de la misma manera, cara a cara, de persona a persona.

Por supuesto, se pueden escribir muchas buenas historias de sordos: aquellas en las que los sordos son héroes, en las que por fin tienen su revancha y aprenden a vivir, a tomar el lado bueno de las cosas, a tomar distancia⁸. Pero es imposible escribir los relatos en pantomima, que hacen las delicias de las interminables reuniones de Sordos, o las historias y bromas basadas en “juegos de señas”. Lo mismo ocurre con la poesía sorda, estrictamente intraducible.

Los sordos viven en una sociedad de cultura escrita. Pero justamente, sus relaciones con la escritura son absolutamente opuestas a las de los sordos postlocutivos. Estos últimos, para conservar el contacto social, invierten doblemente en la lectura y la escritura. Recurren a ellas incluso en ocasiones en que los oyentes no lo hacen, por ejemplo, la pizarra mágica para las conversaciones cara a cara y el retroproyector para las reuniones públicas. El Sordo, al contrario,

7 Charlotte Baker, “Regulators and Turntaking in American Sign Language Discourse”, pp. 215-241, en Lynn A. Friedman (ed.) *On the Other Hand: new perspective on American Sign Language*, Academic Press, N.-Y., 1977, y Bernard Mottez, *La surdité dans la vie de tous les jours*, Paris, CTNERHI, 1981, pp. 28-29.

8 Bernard Truffaut, *Les sourds tels qu'ils vivent (histoires vraies)*, roneo, p. 23. De la colección, leer « Pour en finir avec la psychologie du sourd... et pour introduire la culture sourde », *Coup d'œil*, n  34, oct-dic. 1982, pp. 10-16.

es reticente a estos procedimientos. Suponiendo que sepa verdaderamente leer, lee poco y generalmente sin placer.

A escala mundial

Si bien la cultura sorda privilegia las relaciones frente a frente, esto no significa que se trata de una cultura particularista, limitada en el espacio, de un pequeño mundo, o de una colección de pequeños mundos. Algunas tradiciones seculares bien típicas, como los hogares, los banquetes, el deporte silencioso, existen, como tantos otros medios, en vistas de un mismo fin: intensificar los contactos e intercambios de los que los Sordos son tan ávidos. Es un pueblo de viajeros, más allá de nuestras fronteras. El mundo de los Sordos, que algunos consideran pequeño porque está al margen del nuestro, se extiende al contrario a escala mundial. No conoce nuestras fronteras. La comunicación entre Sordos del mundo entero, con lenguas de señas diferentes, es relativamente sencilla. Su patrimonio cultural es sorprendentemente común. Por otro lado, los Sordos son tan extranjeros en el resto del mundo como en su propio país. Como están acostumbrados a desenvolverse de alguna manera, en general tienen menos dificultades en el extranjero que los oyentes.

Una cultura oprimida

Ya hemos hecho alusión a esto en otras ocasiones. La cultura sorda ha sido hasta ahora una cultura oprimida. Condenada a una casi clandestinidad⁹. Esta cultura reúne todas las características que acostumbramos encontrar en las demás culturas oprimidas. La tentativa de genocidio cultural de la que fue víctima –Congreso de institutores de sordos en Milán en 1880–, punto de referencia importante en la memoria colectiva, retorna como un leitmotiv en los discursos de los militantes del movimiento sordo. En nuestra opinión, el verdadero “Milán” es más reciente, o más exactamente se repite sin cesar.

La opresión fue mantenida durante tanto tiempo, y vivida como tal, en razón de los esfuerzos que se pusieron en obra para “esconder” el lenguaje gestual.

Se levantó un muro entre el “sordo hablante” y el Sordo. El más oprimido resultó ser el sordo que es mantenido a distancia de los suyos, educado en el desprecio por las señas y por quienes hacen uso de ellas. Este sordo, sin embargo,

⁹ Bernard Mottez, *A propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes*, Paris, CEMS, roneo, 1976, 90 p. (agotado) y Christian Cuxac, *Le langage des sourds*, Paris, Payot, 1983, 206 p.

no puede tomar conciencia de su opresión más que experimentando él mismo este modo de comunicación. Ahora bien, esto no es posible si la lengua de señas no tiene un mínimo de visibilidad pública. Durante décadas, el sistema de opresión logró oponerse a esta visibilidad con una eficacia excepcional.

Por otro lado, en los establecimientos especializados, puesto que no podían deshacerse de la “mala hierba”, se estableció una separación bien neta entre las situaciones “entre sí” –patios de recreación, dormitorios–, en donde las señas son toleradas, y el aula, donde “eso no se hace”. De este modo, salvo en casos especiales, la lengua de señas no es vivida como oprimida o prohibida. Tal como sucede con las cosas que están permitidas en la intimidad, pero que son juzgadas como inoportunas en público, la lengua de señas es simplemente vivida como una lengua reservada a usos privados, y que no debe “mostrarse” al exterior. Es así que hasta estos últimos años, muchos Sordos se abstenían de conversar en público o lo hacían muy discretamente.

Esta modalidad de la opresión se transcribe directamente en la cultura sorda. Fundamentalmente en la idea que su manera ordinaria de señar, juzgada demasiado íntima, debe quedar estrictamente reservada a un uso interno. No debe ser transmitida a los oyentes, de quienes se piensa al mismo tiempo que son incapaces de aprenderla verdaderamente¹⁰. Ésta es una manera de considerar –de la misma manera que los peores detractores– que su lengua no es una verdadera lengua.

Hoy y mañana

La cultura sorda se encuentra en un momento crucial de su historia. Hace unos quince años nació en Estados Unidos un poderoso movimiento de reivindicación lingüística y cultural. Al principio limitado a los países escandinavos, este movimiento ganó luego toda Europa¹¹. Los Sordos tienden a presentarse como una minoría orgullosa de sí misma, que reivindica sus derechos y desea transmitir

10 Harry Markowicz y James Woodward, “Language and the Maintenance of Ethnic Boundaries in Deaf Community”, *Communication and Cognition*, vol. 11, nº 1, 1978.

11 Acerca del análisis de ese movimiento en Francia, y acerca del estado en el que se encontraba en ese momento, ver Bernard Mottez, Harry Markowicz, *Intégration ou droit à la différence, les conséquences d'un choix politique sur la structuration et le mode d'existence d'un groupe minoritaire, les sourds*. Paris, CEMS, 1979, roneo 165 p., así como también el conjunto de Coup d'œil, boletín sobre la actualidad de la lengua de señas, de la comunicación y de la cultura sorda, Paris, (CEMS, 54, bd. Raspail 75007), que hace de cierta manera la crónica del movimiento.

su lengua, y no como un grupo de personas disminuidas, que mendigan asistencia y de quienes deberíamos compadecernos. El lugar del Sordo dentro de la sociedad ha cambiado, aunque más no sea por el desarrollo del interpretariado. La cultura sorda también ha cambiado. Pensamos que, en particular, el reconocimiento de la lengua de señas y de la cultura sorda por parte de los oyentes, favorece notablemente el desarrollo de las producciones artísticas típicamente sordas.

Es difícil anticipar en qué puntos y hasta dónde la cultura sorda se verá afectada por otros cambios, tales como la supresión de los internados especializados –o en todo caso de la forma en que existen desde hace siglos–, la política de integración escolar, o el desarrollo en las telecomunicaciones de procedimientos más favorables para los sordos que el teléfono.

Experiencia y uso del cuerpo de los sordos y de aquellos que los frecuentan¹²

Cuando Patrick Sansoy me pidió que viniera a hablar de sordera, acepté de buena gana por una razón bien precisa. En todo lo concerniente al cuerpo, ustedes tienen una experiencia y una ciencia de las que yo carezco y de las que me gustaría poder disfrutar. Elegí entonces voluntariamente situarme en el terreno del cuerpo. En este ámbito es más grande mi curiosidad que mis esclarecimientos, y espero contar con los vuestros.

A cambio de lo que ustedes me aportarán al término de esta presentación, puramente introductoria y muy personal, espero poder comunicarles algo de la pasión que me anima infaltablemente cuando se trata de sordera. A quienes todavía no se han aventurado “en el mundo de los sordos”, espero darles ganas de ir a ver. Disimulados durante mucho tiempo frente a la mirada despreciativa y mortífera de los especialistas oyentes¹³, existen aún tesoros acumulados de saber y

12 In Jean-Marc Alby, Patrick Sansoy (bajo la dirección de), *Handicap vécu, évalué*, Grenoble, La pensée sauvage, 1987, pp. 107-116.

13 Un congreso de institutores de sordomudos, reunido en Milán en 1880, puso término por largo tiempo a un siglo de contiendas con respecto a la educación de los sordos -¿se debe o no se debe recurrir a la lengua de señas para educar a los niños sordos?- Este congreso proclamó la superioridad del método oral puro. De este modo, los profesores sordos fueron echados despiadadamente de las escuelas especializadas, por temor a que su lengua -considerada como primitiva y destinada a una pronta extinción-, fuera una perturbación para los alumnos sordos.

“El congreso de Milán” y “1880”, reaparecen desde hace 100 años como un leitmotiv en los congresos de sordos del mundo entero. Congresos que se llevan a cabo, obviamente, en lengua de señas. De todas maneras, los especialistas oyentes consideran sistemáticamente que los sordos no son competentes para juzgar de qué forma deben ser educados. Desde hace unos quince años en Estados Unidos, y un poco menos en Europa, un poderoso movimiento de reivindicación de los sordos en favor de su lengua tiende a modificar las cosas. Ver B. Mottez: *A propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes, ronéo*, C.E.M.S., 1976, 90 p., (agotado). B. Mottez y H. Markowicz: *Intégration ou droit à la différence, les conséquences d'un choix politique sur la structuration et le mode d'existence d'un groupe minoritaire*, les Sourds, C.E.M.S., 1979, 165

de *savoir-faire*, que no hemos descubierto por completo.

Una experiencia compartida

Partiré de una evidencia: no se es sordo cuando se está solo. Es necesario ser al menos dos para poder hablar de sordera. La sordera es una relación. Es una experiencia necesariamente compartida.

Esta proposición es válida, sin dudas, para un gran número de discapacidades, tal vez para todas. Y ella explica por qué las relaciones con los discapacitados son a menudo tan desagradables, tan difíciles, a veces incluso al límite de lo soportable. En las interacciones que tenemos con ellos debemos asumir nuestra parte. Pero esto es válido de manera muy desigual según el tipo de discapacidad.

Que nosotros podamos tener una experiencia de la sordera, no significa por supuesto, que ella sea simétrica de la que tienen los sordos. David Wright, que se quedó sordo cuando era un niño, comienza sus memorias¹⁴ diciendo que de la sordera sólo conoce la mitad del diálogo. Para conocer la otra –dice– pregúntenle a mi esposa o a otros oyentes que, por elección o por necesidad, estén en contacto con sordos. El sugiere y desarrolla la idea de que al sordo le toca la mejor parte de esta relación. En este terreno estoy dispuesto a seguirlo muy lejos.

Una experiencia compartida de forma desigual

La experiencia que nosotros los oyentes podemos tener de la sordera, varía en primer lugar en función del lugar que ocupamos en relación al (a los) sordo(s) en una interacción.

A lo largo del día, no hacemos otra cosa que aparecer en una sucesión de escenas, en las que desempeñamos roles diferentes, minuciosamente determinados. En cada una de estas escenas, todos los actores pueden representar más o menos el mismo rol. Pero en general se representan roles diversos; esto es evidente cuando se trata de interacciones que implican roles complementarios, como por ejemplo entre vendedor y cliente. A menudo, independientemente de esta complementariedad funcional, o ligada a ella, existe una jerarquía que hace que algunos ocupen con respecto a otros, al menos durante el tiempo que dura la interacción, posiciones dominantes: inspector-pasajero, amo-domésticos, patrón-

p. ; Christian Cuxac : Le langage des Sourds, Payot, 1983, 202 p. ; Harlan Lane : When the mind hears, a history of the deaf, Randon House, N.Y., 1984, 538 p.

14 David Wright, *Deafness*, Stein and Day, N.Y., 1969, 213 p.

empleado, maestro-alumno, médico-enfermo. También pueden existir jerarquías en las interacciones aparentemente más igualitarias y menos estructuradas, como las que se dan en la sala de espera del dentista, en una mesa de bar, en la cola del cine, o en un jardín público. Según las edades respectivas de las personas presentes, su sexo, y otros indicadores visibles de su estatus, deben comportarse de formas diferentes. No está permitido comportarse de la misma manera con unos y con otros, y lo que nosotros le hacemos al otro, no es necesariamente algo que el otro pueda retribuirnos.

En efecto, la jerarquía se manifiesta concretamente en la manera desigual en que se comparten algunos derechos muy precisos, como por ejemplo tomar la iniciativa en una interacción, luego finalizarla, tomar la palabra, interrumpir, hacer preguntas, pedir que se repita, dar órdenes, solicitar servicios, exigir que se nos comprenda o exigir comprender, poder asegurarse de que así sea, etc.

Me parece que en toda interacción, la posición dominante es la que mejor permite ahorrarse la experiencia de la sordera. Esta constatación, de importantes consecuencias, es tal vez válida para las otras discapacidades, y permite explicar un cierto número de paradojas. Cómo es posible, por ejemplo, que los profesionales que trabajan a diario con sordos —algunos profesores de sordos, fonoaudiólogos, audioprotesistas e incluso psicólogos de sordos— puedan pasar una vida entera sin haber tenido la mínima experiencia de lo que es la sordera. Esto no quiere decir que estos profesionales no conozcan nada acerca de los sordos y la sordera. En general saben muchas cosas. Pero se trata justamente de conocimientos objetivos, de realidades que no tienen nada que ver con lo que llamo aquí, la experiencia de la sordera, que es del orden de lo vivido, de lo relacional.

Algo que me sorprende cada vez, es que las familias proveen los ejemplos más sorprendentes de una participación desigual en la experiencia de la sordera —tanto en lo que ella tiene de negativo, como de positivo—, según el lugar que ocupan unos y otros. Los niños que tienen padres sordos, en todo caso los mayores, no pueden evitar pasar por la experiencia de la sordera. Al contrario, el padre o la madre de un niño sordo —uno de ellos en todo caso—, puede ahorrarse la experiencia de la sordera. Y esto es algo que sucede frecuentemente. Entre hermanos y hermanas, la experiencia compartida de la sordera varía de manera bastante directa en función del lugar recíproco que ocupan unos y otros dentro de la fratría.

Personalmente, en mi familia próxima o lejana no hay ningún sordo. No es por necesidad que los frecuento. Si hubiera habido alguno, desconozco cuál hubiera sido mi relación con la sordera.

Tampoco soy un especialista encargado de brindarles un servicio. No coloco audífonos, no hago reeducación auditiva, no les enseño a hablar, no tengo un rol pedagógico, ni tampoco un saber profesional o una habilitación que me permitiría brindarles ayuda en caso de dificultades psicológicas.

En resumidas cuentas, además de mi curiosidad, no les apporto nada. Me encuentro en general con respecto a ellos, *a priori*, en situación de igualdad, o aún a veces, de demanda. Esta posición ha sido hasta ahora una posición privilegiada, puesto que me ha permitido recibir mucho de ellos, en todo caso me ha permitido recibir lo mejor.

Rechinamientos

La experiencia que nosotros, oyentes, podemos tener de la sordera, varía por otra parte en función de los sordos con quienes nos encontramos.

Simplificando apenas, distinguiré dos tipos de sordos¹⁵. Por un lado, los que se designan a sí mismos como *sordos-hablantes*. A este grupo podemos añadir el de los sordos postlocutivos, es decir aquellos que han adquirido la sordera, a más tardar, en la adolescencia.

El término *sordos-hablantes* no significa necesariamente que se trata de sordos que hablan bien y de manera inteligible para quienes no están familiarizados con ellos. En cuanto a la recepción, no quiere decir que sean menos sordos que los demás —aunque esto es cierto en términos estadísticos—, ni que puedan servirse —o servirse mejor que los otros— de las prótesis auditivas, tampoco implica que tengan una mejor lectura labial. La denominación implica solamente que *no conocen los gestos* —la lengua de señas—, que se enorgullecen de ignorarla y de no frecuentar a los sordos que la emplean.

Por otro lado, están aquellos a los que antes llamábamos *sordomudos*. Este término tiende a caer en desuso. Sin embargo es de este modo que los interesados se denominan a sí mismos en su lengua, la lengua de señas¹⁶. Casi todos ellos hablan o son capaces de hacerlo. Más o menos bien, es cierto. Pero entre ellos, y con los oyentes que la conocen, se comunican en lengua de señas. Manejan esta lengua mejor que el francés. Para cualquier sordo, tener un dominio excelente

15 Dejamos de lado aquí las sorderas leves y las sorderas de la tercera edad.

16 El índice va de la oreja a la boca. Si existe alguna duda en cuanto a la traducción literal en francés, aclaramos que la seña más utilizada para designar a los oyentes, quiere decir manifestamente, “hablante”.

del francés, no implica dominar las situaciones de conversación en las que se encuentre incluido. Cuando se trata de la lengua de señas, en cambio, tal como ocurre para los oyentes con la lengua oral, hay una adecuación de principio entre el conocimiento de la lengua y el dominio de la situación conversacional. Por otro lado, la lengua de señas es la única que permite a los sordos una conversación natural y distendida entre más de tres personas.

En lugar de sordomudo, a veces decimos *sordo-gestual*, *verdadero sordo* o simplemente *Sordo*.

Por múltiples razones, en un primer tiempo, frecuenté a los sordos-hablaantes. De esta época no conservo únicamente recuerdos estimulantes. Si tengo amigos sordos-hablaantes, es en razón de lo que son, independientemente del hecho de que sean sordos, o más exactamente *a pesar de que lo sean*¹⁷. En este caso, compartir la sordera es una experiencia desagradable, casi exclusivamente negativa. La palabra que me viene regularmente al espíritu es: rechinante.

Habiendo escogido situarme únicamente sobre el terreno corporal, me limitaré a evocar como ilustración la siguiente situación delicada: un sordo-hablaante se nos acerca en medio de una reunión ruidosa, en un cocktail por ejemplo. Sabemos de antemano que no lo comprenderemos, ya que en medio del bullicio su voz será inaudible. Otra situación del mismo estilo puede darse cuando nos hallamos en compañía de varios sordos-hablaantes alrededor de una mesa. Como los sordos-hablaantes no pueden sostener una conversación que incluya a más de tres personas, nunca habrá una conversación única, ni varias conversaciones que interfieran entre sí de manera más o menos armoniosa. Habrá en cambio, un entrecruzamiento de conversaciones duales, generalmente bastante ruidosas, que transformarán los intercambios con nuestro interlocutor en un ejercicio agotador.

17 Ellos ven las cosas de este modo: su sordera no es ellos. Para ocultar este “defecto”, a menudo considerado como una verdadera falta, algunos sordos despliegan tal ingeniosidad, que terminan ellos mismos olvidando que son sordos. Pero tales triunfos, tal negación, tienen sus reverses. La sordera es una realidad testaruda. Y estos sordos deben encontrar alguna explicación a los inevitables malentendidos, incomprensiones, fracasos y fallos de su vida cotidiana. Puesto que su sordera está fuera de consideración, la explicación recae sobre su persona. De allí el desprecio de sí, tan común en los sordos habituados por obligación, o por fanfarronería, a hacer caso omiso de su sordera. El estilo artista, distraído, original, no permite esconder todo. Para reemplazar una sordera que no se quiere poner en evidencia, se impone inevitablemente, frente a los demás y frente a sí mismo, la imagen de alguien intrínsecamente limitado. Pero no se trata solamente de una imagen. Esta postura implica, a veces, que el sordo adopte comportamientos propios de la debilidad para guardar las apariencias, aunque parezca paradójico.

Los sonidos que provienen del medioambiente resultan agresivos en los intercambios con un sordo. Cuando conversamos entre oyentes podemos preservarnos de esta agresividad¹⁸. Entre oyentes los ruidos exteriores son neutralizados, dejados de lado. Las voces se elevan espontáneamente en función de la intensidad del ruido ambiente, y la conversación se interrumpe cuando pasa un camión o un avión, cuando suena una campana, el teléfono, o cuando se oye un martillo neumático. El sordo en cambio, puesto que no oye, habla de forma regular. En una conversación oral, en la que él se pone en el mismo terreno que el oyente, el sordo está más cómodo. Ningún ruido le molesta. El oyente al contrario, tiene dificultades para oírlo. En estos casos podemos informar al sordo de nuestra dificultad, pero sin abusar de este recurso. La posibilidad de hacerlo depende del lugar, del tema que se trate, del grado de intimidad entre los interlocutores y de la naturaleza de los ruidos parásitos, que pueden ser limitados en el tiempo, esporádicos o continuos: ruidos carentes de sentido, señales útiles o ruidos de conversaciones susceptibles de distraer nuestra atención, e incluso palabras que nos están dirigidas, aunque estemos ocupados tratando de oír a nuestro interlocutor sordo. La fatiga debida a la necesidad constante de adaptar nuestros esfuerzos para oír, engendra una profunda aversión al ruido y un deseo de taparse las orejas para —si podemos decirlo así—, poder oír mejor los propósitos del interlocutor sordo.

Que el oyente pase por la experiencia de la sordera a través del hecho de oír, y de oír demasiado, y que desee ponerle fin “dejando de oír”, es algo que puede parecer paradójico, y que en todo caso es completamente opuesto a la experiencia que tiene el sordo de no oír. Sin embargo, los testimonios de muchos sordos que se quejan del ruido ambiente, y la manera en que la mayoría utiliza su prótesis auditiva, indican que esta experiencia que los oyentes podemos tener con respecto a los sonidos, no está muy alejada de la que tienen muchos sordos. Ella explicaría por qué muchos sordos eligen dejar de escuchar.

Pero al menos en teoría¹⁹, no podemos dejar de percibir voluntariamente con el oído de la misma manera que lo hacemos con la vista. Tampoco tenemos prótesis auditivas que podamos desconectar cuando queremos, como algunos sordos.

18 Este párrafo y los dos siguientes, retoman con algunas pequeñas diferencias, un pasaje (pp. 47-48) de nuestro trabajo: *La surdité dans la vie de tous les jours*, C.T.N.E.R.H.I., 1981, 104 p.

19 Teóricamente, puesto que las costumbres sociales no toleran que nos dediquemos a cerrar los ojos cuando se nos da la gana.

Durante mucho tiempo me pregunté cómo neutralizar los ruidos, pero sólo comencé a aprender a hacerlo una vez que descubrí que no se trata de un esfuerzo del oído, sino más bien, de una nueva forma de ver. Y esta nueva forma de ver, sólo podemos aprenderla de los sordos gestuales.

Otra manera de aprehender el mundo, otra cultura

Es difícil encontrar las palabras para describir el placer especial que representa esta nueva forma de ver que aprendemos de los Sordos. El sólo hecho de explicar en qué consiste esta movilización y uso particulares de la mirada, es en sí mismo difícil.

Pero no basta tampoco con oponer la tensión crispada del oído en un intercambio con sordos-hablaantes, al confort de la vista y al uso pleno que hacemos de ella con los sordos gestuales. Este uso pleno nos lleva a descubrir que hasta entonces sólo la utilizábamos a medias, como en sordina. Esta oposición no es suficiente, puesto que con los sordos gestuales estamos confrontados más bien a un uso diferente del cuerpo en su totalidad. Descubrimos además que todo lo que decimos con palabras podemos decirlo también sin ellas, pero de una manera completamente diferente. El ritmo, la armonía y el silencio, que nos parecían hasta entonces ligados al mundo sonoro, pueden en realidad expresarse de otras formas. Se trata de una manera diferente de existir en el mundo y de aprehenderlo. Lo esencial de este placer, proviene del descubrimiento. Está claro que los Sordos no viven las cosas de la misma manera. Para ellos, su modo de existir y su manera de aprehender el mundo, son hasta tal punto evidentes y constitutivas de lo que son, que no tienen consciencia de la especificidad que nosotros descubrimos en ellos y que nos maravilla²⁰. Lo que nosotros experimentamos es lo mismo que sentimos cuando aprendemos y descubrimos una lengua y una cultura extranjeras, pero de manera aún más singular. Efectivamente, se trata de eso.

Las maneras de ser, de sentir, de comportarse, que son comunes a los Sordos, parecen tan sorprendentemente adecuadas a su estado que, en un primer tiempo, estaríamos tentados de pensar que son naturales, es decir que se derivan directamente del hecho de que no oyen. Pero si la oposición entre naturaleza y cultura tiene algún sentido, en este caso nos hallamos sin dudas del lado de la

20 Esto tiende a ser menos cierto desde que los Sordos enseñan su lengua a los oyentes. Las confrontaciones entre sordos y oyentes acerca de la manera de ser sordo y la manera de ser oyente, se han vuelto corrientes.

cultura. Y puesto que esta cultura debe afrontar el desafío que implica ser sordo entre los oyentes, podemos decir que se trata de una cultura con un alto grado de sofisticación.

No es suficiente con ser sordo en términos físicos para compartir las maneras de ser, de sentir y de comportarse comunes a los Sordos. Cuando está en contacto con los suyos, el niño deficiente auditivo reconoce desde muy temprano lo que es bueno para él, adopta el comportamiento de los Sordos y se apropia de la lengua de señas. Al contrario, cuando se encuentra alejado de sus pares, no tiene manera de acceder a nada de esto. Los pedagogos oralistas lo saben perfectamente, y es por eso que se empeñan tanto en que los niños sordos se mantengan alejados de los otros sordos y no frecuenten más que a los oyentes. Como si la sordera fuera contagiosa. En términos médicos, esto es absolutamente absurdo, pero en términos sociológicos es verdad.

Inversamente, los oyentes, aunque sean oyentes, pueden participar de la cultura sorda. El caso más claro y más corriente es el de los niños oyentes de padres sordos. Durante su infancia al menos, viven en un contexto bilingüe y bicultural. Estos niños son oyentes entre los oyentes y, al mismo tiempo, capaces de comportarse perfectamente como los Sordos entre los Sordos.

Pero la cultura sorda no es solamente diferente de la cultura oyente, es además una cultura minoritaria incluida en la cultura mayoritaria, oyente. Esta inscripción en la cultura mayoritaria, se traduce de manera muy concreta en la experiencia y el uso del cuerpo que nos interesan aquí. Me limitaré a dar dos ejemplos, en cierto modo opuestos, y me detendré ahí.

Tomemos en cuenta las manos. En este punto, los Sordos y los ciegos se parecen. Para los Sordos, así como para los ciegos, las manos tienen una importancia fundamental en los intercambios con el medio, cosa que no ocurre con los oyentes. Para los Sordos, las manos son el órgano de la palabra, son su palabra.

Pero esto no es todo. Carol Padden, una lingüista norteamericana sorda, habla del “carácter sagrado de las manos” para los Sordos. Con esto hace referencia, entre otras cosas, a la gran hostilidad de los Sordos —que es en general incomprensible para los oyentes—, hacia toda movilización de las manos, a título pedagógico u otros, con otros fines que la libre expresión de su lengua.

Las manos, en efecto, no son solamente su palabra, sino el punto de conflicto cultural más importante con el mundo oyente. Durante un siglo, y en nombre de la palabra, los educadores oralistas ataron y golpearon las manos de los sordos,

y no en sentido figurado. Se esforzaron por acallar y ensuciar su palabra. Con la voz sucedió lo mismo pero en sentido inverso. En principio, el uso de la voz no es para los sordos menos placentero que para los oyentes. Pero los sordos aprenden rápidamente de quienes los rodean, algo de lo que nosotros somos a penas conscientes: hasta qué punto la expresión, en apariencia espontánea de nuestros afectos —la risa, los gritos de felicidad o de placer, las quejas o los gemidos—, están sometidos a normas culturales severas²¹. Desde siempre se ha sancionado y corregido la expresión espontánea de los sentimientos de los sordos. Por un lado se los incita a utilizar la voz, y por otro a hacerlo con cuidado: los sordos han pasado los mejores años de sus vidas a ejercitarse cotidianamente, durante horas, para articular bien y emitir el sonido justo.

En principio podemos formular la hipótesis de que la voz es, para los sordos, algo bastante neutro, no es algo valorizado ni desvalorizado. Está claro que entre ellos la voz no tiene ninguna utilidad. Pero entre los oyentes sí tiene un valor, sobre todo cuando se trata de la voz de los sordos. Para los Pigmalión oyentes, ortofonistas u otros, la voz de los sordos tiene un valor: ella es su obra y el objeto de su dedicación. La voz tiene también un valor para los sordos-hablantes. Pero ellos, a diferencia de los oyentes, han hecho tantos esfuerzos por adquirirla o conservarla que pueden sentirse orgullosos de ella.

Todas estas cuestiones, así como el énfasis que pone la educación de los sordos en hacer que tengan éxito justamente en aquello que no pueden controlar, y la costumbre que tienen los oyentes de juzgar sus emisiones vocales —juicio aún más humillante cuando se trata de felicitarlos por su bella voz—, pueden conducir a

21 “Las carcajadas espontáneas en el aula eran a menudo silenciadas por las reprimendas despreciativas de nuestro profesor, no tanto porque eran muestra de mala educación, o porque no tenían lugar en el momento apropiado, sino porque eran, —según él— verdaderamente desagradables o irritantes, incluso bestiales. Jóvenes y poco comprensivos como éramos en aquel momento, recibíamos grandes discursos sobre la necesidad de ser conscientes de la manera en que nuestra risa podría ser percibida por aquellos que oyen. Nos forzaban a hacer ejercicios, por ejemplo a respirar solamente por la nariz, o respirar solamente por la boca, haciendo ruido o sin hacer ruido, y luego volver a hacerlo con la mano sobre el vientre o sobre la cabeza. A menudo felicitaban a aquellos que lograban reír de manera forzada pero perfectamente controlada, y miraban severamente los que no llegaban a reír “como se debe”, o que no lo hacían de la misma manera que una persona “normal”. Desde entonces, algunos de nosotros han olvidado reír tal como nos lo habían enseñado. Y hay dos o tres en nuestro grupo que han escogido reír en silencio el resto de sus vidas”. Bernard Bragg, extracto de *Mon troisième œil*, una obra de teatro del repertorio del Teatro Nacional de Sordos de los Estados Unidos.

que, para los sordos, sea culturalmente valorizado permanecer deliberadamente mudos. Puede incitarlos a utilizar la voz sólo en raras ocasiones y a reprocharles vivamente a los otros sordos de emplearla cuando se encuentran entre sordos.

El momento más emocionante de la obra de Mark Medoff “Children of a lesser God” –en francés “Les enfants du silence” –, es aquel en el que la protagonista sorda, Sarah, usa su voz. La intensidad emocional de ese breve momento se debe a que condensa de manera brillante todos los aspectos del problema de la voz del Sordo en su relación con los oyentes.

Saberes, *savoir-faire* y maneras de ser La transmisión en los Sordos²²

El tema que me propusieron inicialmente llevaba el siguiente título: historia de las relaciones entre la comunidad sorda y las instituciones.

Si dejamos de lado la existencia de los hogares que dependen de instituciones, a través de los cuales estas instituciones ejercen un cierto patronazgo sobre la comunidad de sordos adultos, y si olvidamos también que la comunidad de sordos comienza en las aulas, podríamos decir que las relaciones entre las instituciones y la comunidad sorda han sido durante un siglo, relaciones de pura exterioridad. Por supuesto, en sus congresos y en sus publicaciones, los Sordos no han cesado de deplorar —en general con enojo—, la degradación de la educación para la que preconizan ciertos remedios: terminar con la proscripción de la lengua de señas y de los profesionales sordos en las aulas. Pero ser sordo significa en primer término, no ser escuchado. Los oyentes se ocupan, hablan y deciden por ustedes, simplemente como si ustedes no estuvieran allí. Los responsables oficiales de la pedagogía de los sordos, son durante cien años la ilustración a escala institucional de lo que les sucede a las personas sordas en su vida cotidiana. Estos responsables son incapaces de prestar atención a lo que los Sordos dicen, y más aún, descalifican de antemano sus propósitos porque los sordos no son profesionales, no son especialistas; en definitiva, no saben de qué hablan.

Tratándose precisamente de sordera, el tema que me habían propuesto era en este sentido magnífico, central y ejemplar. Pero era a su vez un tema que se hubiera agotado rápidamente. En efecto, una vez que hemos hecho la constatación de la sordera, ¿qué más queda por decir?

Desde hace unos diez años, las señas y los adultos sordos, vuelven a estar presentes en las clases. Hay textos que acaban de reglamentar y hacer oficial este retorno. Pero aquellos a quienes llamamos de manera significativa, a veces *adultos*

22 *In Surdité, identité, langage: des nouvelles pistes pour l'enfant sourd*, actas del coloquio de Toulouse (junio 1990), Château de Brax (Lot-et-Garonne), ASEI-IDAC, 1992, pp. 201-212.

o *intervinientes sordos*, o a veces *profesionales*, son destinatarios de demandas divergentes, a menudo generadoras de malentendidos. Me detendré sobre ciertos aspectos de este feliz pero difícil retorno: dentro de un sector que se define enteramente por el profesionalismo, se manifiesta de manera aguda, justamente, la exigencia de algo que no es del orden del profesionalismo.

La comunidad sorda comienza en el aula

El acto pedagógico –y esto no vale únicamente para los sordos–, es a menudo concebido y presentado como una relación esencialmente dual y simple: un enseñante con la cabeza bien llena y más bien, bien hecha, aporta conocimientos a un alumno con el cerebro más bien vacío. En esta relación, uno de los dos sería esencialmente activo. El otro, que no hace más que recibir, tendría un rol pasivo. Esta forma de concebir al niño como un vaso vacío, o peor todavía, como una tabla rasa, que permite al mismo tiempo imaginar a los educadores como Pigmaliones, no es propia de la educación de los Sordos. Sin embargo, está muy difundida en este ámbito. Es inherente al proyecto oralista, aunque no de manera exclusiva, basta con releer a Sicard. Las explicaciones complicadas que Sicard propone a sus alumnos para que comprendan la gramática, el modo de funcionamiento del pensamiento, y al mismo tiempo el orden del mundo, se basan en la idea de que, inicialmente, los alumnos no tendrían nada en la cabeza que le permitiera recibir de manera natural lo que se les propone. Cuanto más pensamos que no hay nada en la cabeza, más nos esmeramos en querer meter todo.

Cuando analizamos el acto pedagógico, olvidamos en general tener en cuenta que la sala de clases es un sistema social complejo en el que se elabora, entre los alumnos, una cultura que mediatiza la recepción de todo saber. En el caso de los niños sordos, este olvido es también frecuente²³. A veces es incluso deliberado: es inherente al proyecto oralista. Sin embargo es aún más paradójico. Existe, en efecto, en la pedagogía de los sordos, una tradición que toma en cuenta esta realidad y que la utiliza. Recordemos en este sentido la práctica institucionalizada de la enseñanza mutua, en el tiempo del Abad de l'Épée. Hoy en día, en muchas clases, es común que el docente delegue a quien ha comprendido, la tarea de explicar a sus compañeros. A menudo sucede que el encargado es siempre el mismo. Resumiendo las explicaciones del maestro, la rapidez con la que este

23 Una excepción notable: Christian Cuxac, « La fin d'un monde? », número especial « l'œil écoute » de *Santé Mentale*, abril 85, p. 29-32.

repetidor oficioso cumple con su tarea nos permite ver que no actúa como un simple intérprete que se limitaría a traducir en gestos lo que el maestro acaba de decir en palabras. A menudo es en el patio de recreación o en los dormitorios, con los niños mayores o con aquellos que son hijos de padres sordos, que los niños sordos buscan información, explicaciones y respuestas que no tienen esperanzas de obtener de sus maestros o de sus padres.

Los internados especializados son la cuna de la cultura sorda. Es ahí que de generación en generación, se transmite la lengua. Esto no es poca cosa. Lo que se elabora entre los niños sordos –formas de solidaridad y de ayuda mutua, maneras de relacionarse con los oyentes, modos lúdicos de explorar el mundo...– todo eso, es la base de la cultura sorda. Esta cultura es una respuesta al desafío de tener que vivir en un mundo organizado para y por los oyentes. Es ella la que permite a los sordos funcionar en él lo mejor posible. En una palabra, en esos lugares el niño sordo aprende de sus pares y de sus mayores a volverse sociológicamente un Sordo: *una manera de ser*.

¿Existe una pedagogía sorda?

Mi primera pregunta será: ¿Existe una manera de transmitir típicamente sorda? ¿Existe una pedagogía sorda? No tengo una respuesta firme a esta cuestión. Pero deseo someterles las razones que me condujeron a interrogarme al respecto.

En primer lugar la lectura de un artículo de una colega etnóloga²⁴. Este texto abordaba la transmisión de los saberes en los grupos indígenas de Méjico, en particular la transmisión de ciertas habilidades y técnicas. La autora señalaba, entre otras cosas, hasta qué punto, y opuestamente a “lo que ocurre en la escuela, la capacidad de verbalizar lo que uno hace, no es valorada entre los indígenas”. El que aprende no hace preguntas, observa. Y quien sabe hacer, quien muestra, no da ninguna explicación. Todo se lleva a cabo mediante una observación atenta y muda. Por supuesto, pensé en los Sordos.

Durante la conferencia acerca de la poesía sorda, que tuvo lugar este invierno con ocasión de la exposición *Le Pouvoir des Signes*, Bruno Moncelle (S) evocó sus comienzos como actor. Se trataba de una compañía de oyentes en la que había dos sordos. Un intérprete traducía para ellos las explicaciones del director. Podríamos pensar que el intérprete era bueno, porque Bruno y su amigo entendían al pie

24 Marie-Noëlle Chamoux, « Apprendre autrement » in Pierre Rossel (bajo la dirección de) *Demain l'artisanat ?* Paris, PUF, 1986, p. 209-235.

de la letra todo lo que el director les decía. Pero Bruno señala que el intérprete no les era de ninguna utilidad. Para hacerles comprender verdaderamente lo que esperaba de ellos, el director tendría que haber *hecho* él mismo. Tendría que haberles *mostrado*. “Tal como hacemos los Sordos”, precisó.

Si esta observación no me hubiera hecho pensar en tantas otras análogas, la hubiera olvidado pronto. Todas ellas ponen en cuestión el recurso al intérprete como nueva solución milagro en la pedagogía de los sordos. Pero efectivamente, no se trata únicamente de traducir de una lengua a otra, sino de recurrir o no al lenguaje en el acto de transmisión.

Algunos de los presentes recordarán sin dudas lo dicho por Daniel Abbou (S) durante el coloquio de Nancy sobre el bilingüismo. Daniel Abbou es entrenador de tenis en un club de oyentes y explicó por qué lo prefieren a él y no a los otros entrenadores. Los demás entrenadores hablan y hablan. Él, que no habla, muestra, toca el brazo que sostiene la raqueta, palpa. Más que explicar, muestra o hace sentir.

Su demostración me resultó tanto más elocuente puesto que acababa de ser víctima de un aprendizaje demasiado verbal acerca de cómo tomar una curva esquiando. Necesitaba un tiempo excesivo para comenzar a comprender, visualizar y, *a fortiori*, interiorizar en mi cuerpo las explicaciones técnicas del tipo “inclinarse el cuerpo hacia adelante en el sentido de la pendiente siguiendo la prolongación del esquí interior, del que habremos previamente liberado el cuarto ubicado más arriba, teniendo cuidado de que el cuarto situado más arriba del esquí ubicado más abajo...” Las palabras eran para mí un obstáculo. El monitor de esquí, viendo que no comprendía, agregaba aún más. Yo soñaba con un monitor mudo.

Me dirán que esto es algo evidente, ya que se trata de apropiarse de técnicas, de oficios, de *savoir-faire*. Esto explicaría por otro lado, por qué habiendo desaparecido desde hace cien años de las aulas, algunos adultos sordos han continuado aquí y allá, de maneras diversas, haciendo oficio de instructores en las formaciones profesionales. Pero ¿qué ocurre con los saberes escolares, aquellos conocimientos que acostumbramos a asimilar a su propia verbalización?

Pienso que sucede exactamente lo mismo. Dos meses atrás, en una reunión pública en la que los alumnos de un establecimiento secundario para sordos presentaban sus quejas, sólo me sorprendí a medias al ver a uno de ellos afirmar que las dificultades que tienen para seguir los cursos y comprender, provienen de las excesivas explicaciones.

Hace poco, para estar seguro, le pregunté a Daniel Abbou si esta especificidad de la pedagogía sorda era válida también por fuera del ámbito de deporte y de

las actividades manuales. Según él, no cabe la menor duda. Enseguida me dio varios ejemplos, de los que citaré sólo uno. Supongamos, me dijo, que un niño sordo se encuentra con la seña o la palabra que quiere decir hotel. Seña o palabra desconocida para él. Si le pregunta a un oyente, incluso a un oyente que seña perfectamente, este último se aventurará en explicaciones sinuosas y complicadas. Se perderá en generalidades y abstracciones. En cambio, él mismo, u otro Sordo, más concretos y apuntando directamente al hecho, procederán de la siguiente manera. Mientras me dice esto, veo literalmente la mirada interrogadora del niño dirigiéndose a Daniel que le explica: “se hace de noche, estamos viajando en auto, estamos lejos de casa, llegamos a una ciudad y nos detenemos delante de un edificio, bajamos nuestras valijas...” en ese momento preciso, veo la cara del niño iluminarse: ha comprendido. Estableció la relación entre la seña o la palabra, y algo que conoce muy bien, un hotel.

En perfecta congruencia con lo que me estaba diciendo, Daniel Abbou acababa de hacer conmigo lo que decía haber hecho con ese niño imaginario. No me había explicado, propiamente hablando, sino que me había mostrado. Y yo había comprendido inmediatamente.

El ejemplo más estimulante con respecto a esto, es el trabajo de Guy Bouchauveau (S), animador de la Ciudad de Ciencias y de la Industria de la Villette. Lo vi presentar los cohetes espaciales. La intérprete, Cecile Guyomarc’h, traducía fielmente, empleaba términos muy sofisticados, elaborados y precisos como *gravedad* o *ingravedez*. A mí, que soy oyente, me parecía comprender mejor y –si puedo decir– en directo, lo que Guy con su talento de dibujante me hacía ver con sus manos. Tal vez la lengua hablada no es el medio más adecuado para hacer descripciones, y tampoco para transmitir los conocimientos más abstractos, a la cabeza de los cuales se encuentra la matemática. El acento que se pone en general en la creación de neologismos en lengua de señas en el terreno de las ciencias, esconde tal vez un problema más fundamental.

Si todo lo que trato de avanzar aquí resultara cierto, seguramente traería algunos problemas prácticos al sistema escolar tal como funciona actualmente. En primer lugar se plantearía el problema del control de los conocimientos. El hecho de recurrir a las señas crea ya un problema en este sentido. Hace algunos años, en un gran establecimiento se había propuesto un mismo tema en dos clases diferentes: el trabajo en las minas. En una clase la docente, por razones familiares, conocía las señas. Se dirigió de este modo a sus alumnos, tal como lo hacía habitualmente. Los alumnos se apasionaron, las preguntas surgieron enseguida, querían saber

todo acerca de las minas. Los alumnos de la otra clase, en cambio, no lograban interesarse por el tema, no entendían. La docente, como ocurre con frecuencia, tenía problemas para comunicarse con ellos. Finalmente sorteó el obstáculo como se hace a menudo, incluso con los oyentes, cuando no se logra transmitir algún tema, recurrió al aprendizaje “de memoria”. Dando al mismo tiempo una lección de francés, hizo que sus alumnos aprendieran algunas frases ya hechas acerca del trabajo en las minas. Cuando llegó el momento del examen escrito para controlar los aprendizajes, los resultados que obtuvo la primera docente fueron vergonzosos, hecho que daba la razón al método empleado por la segunda. Esa es la historia, al menos es así como me la contaron. Interrogué entonces a un responsable pedagógico: si lo que hay que evaluar son los conocimientos de los alumnos acerca de las minas, ¿no hay en este caso una paradoja? Lo que obtuve como respuesta fue que el sistema escolar estaba hecho así. Se trata en última instancia de poder decir las cosas con palabras. Estoy dispuesto a conceder que la primera docente no habría hecho más que la mitad de su trabajo. Pero entonces debemos admitir que la segunda, incluso habiendo cumplido con lo requerido por la institución, no habría ni siquiera comenzado a hacer la mitad del suyo.

Si es posible calificar esta pedagogía muda de pedagogía típicamente sorda, ¿qué es lo que quiere decir? Calificar ciertas actitudes de típicamente sordas, no significa que ellas no estén presentes para nada en los oyentes. Simplemente sucede que como los oyentes funcionan según otras modalidades y en otros contextos, no las han desarrollado suficientemente. Calificar ciertas maneras de hacer de típicamente sordas, no quiere decir que los oyentes no puedan, llegado el caso, proceder de la misma manera, o que, *a fortiori*, no puedan inspirarse en ellas o apropiárselas. Pueden aprenderlas. Hoy en día, cuando hablamos de pedagogía a propósito de los sordos que participan en la educación, pensamos únicamente en la pedagogía que tendrían que enseñarles los especialistas –oyentes– para que sean buenos profesores. Es por eso que insisto en la pedagogía que los sordos podrían también ellos enseñar a los oyentes.

¿Qué transmite el profesional sordo?

Una cosa es la manera de transmitir. Otra es lo que se transmite. ¿Qué se espera del profesional sordo? ¿Qué es lo que transmite? ¿Hay cosas que sólo un Sordo, porque es Sordo, puede transmitir?

Martine Brusque (S) nos presentó ayer su clase. Ella es la profesora a cargo. Muchos profesionales sordos la envidian. Y muchos niños sordos envidian a sus

alumnos. Esta clase, atípica si se la compara con las clases especiales ordinarias –no hace falta señalarlo–, corresponde a mi parecer al modelo de las clases ordinarias de oyentes. Y ésta es, sin duda, la razón principal de su éxito. Tal como sucede con los oyentes, la lengua que se utiliza es la lengua en la que los alumnos se sienten cómodos, su lengua, su lengua de todos los días, en este caso la LSF. Los saberes que se transmiten en esta clase, lo hemos visto, son los conocimientos escolares en el sentido más clásico y más completo del término.

Pero lo que se espera principalmente de parte de los profesionales sordos, es de un orden un poco más específico. Jean-François Mercurio (S) lo dijo ayer perfectamente, lo que se espera de ellos –y que ocuparía el 70% de su tiempo– es que hagan en la escuela lo que tendría que *haber sido hecho antes, y en otro lugar*. También agregó que lo que a ellos les gustaría, y lo que tratan de hacer en Poitiers, es que eso se haga fuera del marco escolar.

Esto esclarece esencialmente las discusiones acerca del rol del profesional sordo en el aprendizaje y la utilización de la lengua de señas. A veces se recuerda en los medios oficiales, y sobre todo desde la aparición de los nuevos textos, que los profesionales sordos no podrían ser profesores de LSF –o tener un estatuto equivalente– puesto que no existe una licenciatura en LSF. Y se repite de buen grado y con vehemencia la conocida frase: que alguien conozca una lengua, no quiere decir que sea capaz de enseñarla.

Justamente, no conozco a nadie más preocupado por el profesionalismo que esta generación de Sordos que, desde hace una década, se han lanzado en la enseñanza de su lengua. Saben hasta qué punto no es posible improvisarse como profesor de LSF y se preocupan por quienes lo hacen y enseñan cualquier cosa y de cualquier manera. Estamos lejos de los balbuceos iniciales de la transmisión agotadora y estéril de largas listas de vocabulario en señas. En diez años aproximadamente, se ha elaborado un capital pedagógico considerable que se transmite de un profesor a los futuros profesores. Este saber ha sido elaborado, es cierto, en los márgenes de los circuitos oficiales y escolares, principalmente, en el seno de las asociaciones (IVT, Académie de la LSF, 2LPE...).

Cuando hablo aquí de enseñanza de la LSF, me refiero a la enseñanza dirigida a los oyentes, a aquellos para quienes la LSF es una segunda lengua: a los padres, a los profesionales –más allá de las reticencias de los Sordos a transmitírselas– y a otras personas interesadas. Es una lástima que los Sordos que enseñan la LSF a los padres –una lengua que constituye un bien más escaso que el inglés–, no puedan ser oficialmente reconocidos por lo que hacen.

De los roles destinados a los adultos sordos, retenemos sin dudas sólo aquellos que ejercen en relación directa con los niños sordos. Puesto que en este sentido las cosas ocurren de manera diferente.

Nadie nos “enseñó” nuestra primera lengua. Nosotros la atrapamos, nos “apoderamos” de ella. No creo que el término profesionalismo sea adecuado para designar cualquier cosa relacionada con quienes han desempeñado un rol privilegiado en este aprendizaje. Nuestros padres no tenían una licenciatura de francés u otros diplomas que los habilitaran a enseñarnos a hablar. Lo mismo sucede con todos los que han desempeñado un papel similar a nuestro alrededor. Curiosamente, todos han hecho muy bien su trabajo. No veo por qué motivo los Sordos, por el sólo hecho de ser adultos, se volverían de repente incapaces de hacer lo que generaciones de niños sordos han hecho perfectamente y de manera natural entre pares, transmitir su lengua.

De todas maneras, esta transmisión no se hace de cualquier forma. Y nada impide, claro está, sobre todo en el ámbito escolar, que a este aprendizaje se incorporen actividades metalingüísticas, de reflexión, de análisis de la lengua de señas. Por otra parte, es así como procede Martine Brusque con sus alumnos. Así nos lo explicó.

Lo que es cierto para la lengua, lo es aún más para lo que hemos convenido en llamar la cultura sorda. Podemos imaginar la transmisión casi escolar de ciertas realidades propias de la cultura sorda. Incluso aunque los Sordos lo hagan mejor, nada impide que estos aprendizajes sean impartidos por oyentes. Pero esto sólo es válido para los aspectos más formalizados de esta cultura, la porción visible del iceberg. La cosa es completamente diferente cuando se trata de transmitir *formas de ser*, cuando el niño Sordo descubre las formas de comportamiento típicamente sordas, cuando se apropia de esos modelos culturales, y gracias a ello constituye su identidad sorda.

Para terminar, una ilustración de la cultura sorda. Y aquí me detendré.

B.M. Showe, sordo americano, es el autor de un libro sobre la identidad a propósito de la sordera²⁵. El autor comienza su obra atacando los escritos de dos sordos –que se quedaron sordos en la infancia para ser exactos–, ejemplos perfectos del éxito oralista. Estos sordos ignoraban todo acerca de las señas y vivían alejados de los otros sordos, pero se presentaban como modelos de un cierto modo de vida.

25 B. M. Schowe, *Identity Crisis in Deafness, A Humanistic Perspective*, The Scholars Press, Tempe, Arizona, 1979.

Me refiero a E. Calkins, director de lo que hoy sería una agencia de publicidad, que en su *Arte de vivir sordo*²⁶, confiesa sin embargo un recuerdo doloroso. Explica de qué manera enfurecedora y humillante perdió el negocio del siglo, para gran provecho de su competidor, obviamente oyente. Tendría que haber sabido sin embargo que la lectura labial es un ejercicio demasiado exigente para permitir, al mismo tiempo, gozar de la libertad de espíritu necesaria a las negociaciones serias. En cambio prefirió hacerse el vivo, hacerse pasar por oyente. Tendría que haber recurrido a los buenos servicios de un intérprete, o confiar la negociación a su socio oyente. B. M. Schowe hace unas cuantas otras sugerencias a ese prodigador de lecciones.

Grace Murphy, una mujer enérgica, es la autora de un libro con un título sorprendente *Su sordera no es usted*²⁷. Sin embargo, ni su temperamento, ni menos aún su filosofía, la ponen al resguardo de experiencias dolorosas. Cuenta por ejemplo, que una vez después de dar una conferencia frente a un vasto público, pasó la velada en casa de una amiga. Había muchos invitados. Se encontró rodeada de muchas personas, mimada y recibió muchas preguntas. Era el centro de interés. Aquellos que no lograban hacerse entender hablando, formulaban sus preguntas por escrito. Se habían acabado los problemas de comunicación. Lo que ella nunca había osado imaginar, había por fin sucedido. Se sentía en la gloria. Esto hasta que la dueña de casa, su amiga, le preguntó a qué hora quería que le llevaran el desayuno a la cama al día siguiente. Habitualmente ella tomaba el desayuno en la cama. Pero esta vez quería prolongar el placer de hallarse en tan buena compañía. La dueña de casa, insistiendo, volvió a hacerle la misma pregunta. Grace Murphy comprendió entonces que la fiesta había terminado, cayó a tierra nuevamente. Su amiga había conseguido que sus invitados fueran atentos durante una noche, no podía pedirles más que eso. Al día siguiente, luego de haber visto por la rendija de la puerta del comedor el feliz parloteo de sus amigos de la víspera, Grace Murphy se subió a su auto y arrancó a toda velocidad. Se fue sin decir nada, con el corazón estrujado por la tristeza, la vergüenza y el enojo.

B. M. Schowe, sostiene que aquellos a los que llamamos “Sordos”, se defienden mejor contra tales humillaciones. Está muy mal visto entre los Sordos, quejarse en exceso de las afrentas de los oyentes. Es otorgarles demasiada importancia, esperar demasiado de ellos. Es casi una falta de lealtad, un insulto para la comunidad

26 “On the Technique of being deaf”, *Atlantic Monthly*, January, 1923.

27 *Your deafness is not you*, New York, Harper and Brothers, 1954.

de los Sordos. Por otro lado, si en lugar de considerar su sordera como algo que *no formaba parte de sí misma*, G. Murphy se hubiera considerado *sorda*, hubiera podido sentir esta afrenta no como algo personal, sino como un problema sociológico, un problema entre Sordos y oyentes. Hubiera sido una manera muy diferente de vivirla, otra filosofía. Para ello tendría que haber conocido otros sordos.

Me gusta citar ejemplos como éste. Dicen más sobre la cultura sorda que los extensos comentarios que podríamos hacer. Nos hacen comprender, de alguna manera, su finalidad. Son una llamada al *realismo*, que nos permite navegar mejor en el mundo oyente. Con *eficacia* y con *dignidad*, ambas van de la mano. Sobre todo, nos permiten comprender –en todo caso el ejemplo de G. Murphy sobre el que les propongo que mediten un momento–, por qué los oyentes, incluso con la mejor buena voluntad del mundo, son estructuralmente, a causa del lugar que ocupan, incapaces de transmitir estas cosas a un niño sordo.

Cultura y diferencia²⁸

En Francia, los oyentes en general y a veces los intérpretes, traducen espontáneamente la palabra cultura –sorda– con esta seña que, dicho sea de paso, quiere decir también experiencia: los mayores tocan las sienes y luego se alejan. La seña belga que se utiliza para designar la cultura –sorda–, que me acaban de mostrar, me parece más o menos equivalente, a pesar de que se articula con una sola mano y con una configuración diferente.

Ahora bien, a los sordos franceses no les gusta esa seña. No la sienten propia. Se preguntan de dónde viene. Sospechan que fue importada artificialmente por los oyentes. Esta seña conserva tal vez cierta legitimidad para traducir el término cultura, cuando se trata de artes, teatro, letras y filosofía. Pero éste es sólo un aspecto de lo que llamaré aquí cultura, y de lo que consideramos cuando hablamos de cultura sorda.

Existe una seña más elocuente –si puede decirse– y más interna a la lengua de señas y a la “cultura sorda” para referirse a esta última. Se la emite tal vez con más énfasis. Es la seña que traducimos habitualmente por “típico”, “típicamente” o “así”, “es así como somos”, “es así como es”. Después de la seña “sordo”, – el índice va de la oreja a la boca–, la mano dominante, con la palma abierta hacia el interlocutor, se dirige vivamente hacia adelante. Ésta es la seña que fue propuesta para traducir “Deaf Way”, al principio del gigantesco festival sobre la cultura sorda que llevaba ese nombre (Washington, 1989). Esta seña, a la que no puedo evitar acordar un carácter preformativo, reúne en un solo gesto, al mismo tiempo la idea de identidad y de cultura. Identidad dicha, voluntaria, afirmada, reivindicada, mostrada y materializada a través de una forma de ser. Cultura que el gesto, en perfecta deíctica, designa y muestra con insistencia sin por ello especificar ni describir.

28 *In La Parentière*, boletín de la APEDAF, nº 2, 1993. Intervención en el VII fin de semana de información y de intercambios, organizado por la APEDAF en Wépion, el 25 y 26 de abril de 1992, sobre el tema ¿Cultura sorda- Mito o realidad?

Esta seña traduce, mucho más que la precedente, lo que yo quisiera precisamente que comprendieran aquí de la cultura sorda.

El término cultura que nos viene de los antropólogos, ha entrado ahora en el lenguaje ordinario. Hablamos corrientemente de cultura mediterránea, de cultura obrera, de cultura campesina y más aún, de cultura de pescadores, de cultura empresarial, e incluso de cultura carcelaria. Que yo sepa nadie pone ninguna objeción a esto. En líneas generales, todo el mundo se pone de acuerdo en lo que significa sin que sea necesario entablar debates preliminares.

Sin embargo, cuando se trata de los Sordos, las cosas son completamente diferentes. Desde hace algunos años, en efecto, se habla mucho de cultura sorda. Ahora bien, en cuanto intentamos dejar constancia de esto, se desatan infaltablemente discusiones pasionales. Nos pelamos para establecer qué es lo que debemos comprender por cultura sorda. Algunos incluso afirman que tal cultura no existe, que es imposible que exista. Otros, en cambio, están simplemente en contra, y sin mayores argumentos.

Desde mi posición de sociólogo, el concepto de cultura sorda me resulta un concepto útil, un instrumento de análisis cómodo. Este concepto me permite percibir desde una perspectiva particular, el mundo de los sordos y su diversidad: sus maneras de ser, su manera de ver el mundo, la manera en que organizan su vida y sus relaciones con los oyentes.

Pero primero quiero decir por qué la cultura sorda me interesa tanto a título personal. Por qué me apasiona. Por qué yo, que no soy sordo, que no tengo ningún familiar sordo ni estoy comprometido a nivel profesional con los Sordos, me siento concernido por ella.

Soy sociólogo y oyente. ¿Qué puedo saber acerca de la cultura sorda, yo que soy oyente? ¿Los Sordos no son más competentes que yo para hablar de ella? ¿Y no debían ser, después de todo, los únicos habilitados para hacerlo? Algunos Sordos así lo creen, y lo dicen muy alto.

Diré algunas palabras para terminar. Reivindicaré, claro está, mi derecho de oyente de hablar de la cultura sorda. Pero aportaré una precisión ¿Quién está habilitado a decir algo de alguien? ¿Qué puede decir? ¿A quién? ¿Cuándo? ¿Cómo? Estas cuestiones, en apariencia banales, nos conducirán tal vez al corazón de la cultura sorda. A aquello que se transforma en escándalo ni bien se lo menciona. Sobre todo cuando son los Sordos mismos los que lo hacen.

Destino y cultura

En la lotería de la vida a algunos les toca el número perdedor. Esto nos indigna, como si se tratara de una injusticia intolerable. El recién nacido sordo, o el bebé que se queda sordo muy temprano, están inexorablemente destinados a tomar caminos diferentes de los ordinarios, de los de todos, de los fáciles. El bebé sordo, por supuesto, no sabe nada acerca de todo esto. No sabe que es sordo, ni lo que ello implica. Tendrá que esperar años para saberlo, para preguntarse “¿por qué a mí?”²⁹, y para expresar eventualmente su enojo contra el destino, la naturaleza y los dioses. Sus padres, en cambio, lo saben. Piensan y hacen todas esas cosas en su lugar. Todos los padres han pasado por esto. Todos lo han vivido.

La idea de una vida sorda, parece *a priori* tan insoportable –y *a priori* tan limitada– que siempre se han hecho esfuerzos considerables para tratar de terminar con la sordera. Desafortunadamente, la sordera no es una enfermedad que puede ser curada. Es un estado. Volvámonos hacia las personas a quienes esta cuestión concierne directamente, los Sordos. Me refiero a los sordos de nacimiento o a quienes se han quedado sordos a temprana edad. Imaginémoslos en una de las situaciones que tanto les gustan y que ellos buscan generar: las reuniones de sordos. El panorama es bien diferente. Nada evoca la tragedia o el drama. Nada despierta piedad. Al contrario, estas reuniones son en general alegres. Aunque a nosotros –oyentes– se nos escape mucho de lo que en ellas ocurre, los problemas de comunicación están resueltos gracias a la lengua de señas. Todo funciona normalmente. Y se generan formas de solidaridad que les permiten a los sordos adaptarse mejor al mundo que los rodea, que es también su mundo, recordémoslo.

La cultura sorda es todo eso. Y es eso lo que me interesa.

A veces escucho decir que no puede haber una cultura sorda, puesto que la sordera es una deficiencia, y que una cultura no puede estar fundada en un defecto. ¡Esta observación es verdaderamente sorprendente! ¿La cultura no es, para cada sociedad, la manera en que ella afronta sus limitaciones, responde a los desafíos que le son propios e inventa respuestas a los problemas difíciles, insoportables y/o irresolubles, como el sentido de la existencia, el destino, la enfermedad, la desdicha y la muerte? Precisamente porque la sordera es un defecto, una falta, un

29 A propósito de este tema, leer el texto de Fabienne Cauwe sobre su primera clase con niños sordos, el texto más bello que ha sido escrito acerca de este tema y que quedará para siempre sin respuesta. *Quid Novi*, N° 21 septiembre-noviembre 1982.

límite; y porque vivir siendo sordo en una sociedad organizada en función del oído y la palabra es un desafío inmenso, es que se trata de una cultura, una cultura que da una lección a la humanidad entera³⁰.

Pero lo que es curioso, es por qué eso que es una solución a lo imposible y a lo intolerable, una especie de milagro, es precisamente tan a menudo rechazado con tanto vigor, con tanta hostilidad. Rechazado a tal punto que llegamos a declarar que no existe.

Ceguera, etnocentrismo

Lo que pasa a menudo, en efecto, es que los oyentes son incapaces de ver en la manera de comportarse de los Sordos, verdaderas elaboraciones culturales. En lugar de reconocer estas manifestaciones como verdaderos hallazgos del genio humano, sólo ven en ellas la consecuencia directa, bruta, inmediata, de la deficiencia auditiva, del hecho de ser sordo, de no oír. Las consideran, al contrario, como una falta de cultura y de civismo.

Esta ceguera no es exclusiva de los oyentes frente a la cultura sorda. Es la ceguera, casi espontánea, que padecen quienes se enfrentan, desconcertados, a una cultura que no logran comprender. Es lo que llamamos etnocentrismo.

Alguien que se aventura en un país que no es el suyo y que no encuentra su comida habitual, puede sentirse incómodo. La cocina, a la que hasta ese momento no había prestado mucha atención, puede cobrar de repente una gran importancia por el solo hecho de hallarse privado de ella. Por supuesto, acusará de carente al país que lo recibe. Lo que es válido para las costumbres alimentarias vale también para las demás prácticas culturales, para las formas de proceder, las reglas que rigen los intercambios cara a cara en la vida cotidiana, que pueden ser fuente de tantos malentendidos desagradables. De aquí viene el desprecio por el país extranjero, que nos hace decir que sólo en el nuestro se sabe vivir y hacer las cosas de la mejor manera. Estas carencias, por objetivas que puedan parecernos, sobre todo si las consideramos una a una, en realidad sólo existen desde un punto de vista subjetivo. Toda cultura no se trata más que de una manera diferente de concebir la organización de la vida material y la cooperación entre los hombres.

Claude Lévi-Strauss ha hablado de etnocentrismo mejor de lo que yo puedo

30 Sólo el nazismo ha hecho del ideal de perfección de los cuerpos, de la raza —de la naturaleza, podríamos decir— la esencia misma de la cultura. Sabemos qué fue lo que se derivó de tan grave confusión.

hacerlo³¹: “Esta actitud —el etnocentrismo—, dice, tiende a reaparecer en cada uno de nosotros cuando nos encontramos en una situación inesperada. El etnocentrismo consiste en repudiar, pura y simplemente, las formas culturales: morales, religiosas, sociales, estéticas, que se encuentran más alejadas de aquellas con las cuales nos identificamos. “Costumbres de salvajes”, “esto no es de nuestras tierras”, “no se deberían de permitir tales cosas”, etc. son algunas de las tantas expresiones groseras que traducen el mismo escalofrío, la misma repulsión frente a maneras de vivir, de creer o de pensar, que nos resultan extranjeras. Del mismo modo que en la antigüedad se llamaba bárbaro a todo lo que no formaba parte de la cultura griega —y luego greco-romana—, la civilización occidental ha utilizado en el mismo sentido el término salvaje. Ahora bien, detrás de esos epítetos, se disimula el mismo juicio de valor. Es probable que la palabra bárbaro, etimológicamente se refiera a la confusión y falta de articulación del canto de los pájaros, por oposición al valor significativo del lenguaje humano; y salvaje, que quiere decir “de la selva”, evoque también un tipo de vida animal, opuesta a la cultura humana. En los dos casos nos negamos a admitir la existencia de la diversidad cultural; preferimos echar fuera de la cultura, a la naturaleza, todo aquello que no corresponde con la norma bajo la cual vivimos”.

Un solo ejemplo. Recuerden cómo se concebía la lengua de señas hace apenas un poco más de diez años. Seguramente no como una lengua, sino más bien como una manera bastante primitiva de desenvolverse. Como una especie de subproducto degenerado y empobrecido de la lengua hablada. Le faltaban —decían sin bromea— los artículos, el pluscuamperfecto del subjuntivo y no sé qué más. Le faltaba pues, para ser una verdadera lengua, ser el francés.

La cultura debe ser aprendida

Tradicionalmente definimos la *cultura* por oposición a la *naturaleza*. Todo lo que es del orden de la naturaleza no necesita ser aprendido, transmitido. Es así que no basta con ser deficiente auditivo, no basta con no oír u oír mal, para formar parte de la cultura sorda. Es necesario haber sido socializado en ella. Es necesario haber frecuentado los lugares en los que, al mismo tiempo que se practica la lengua de señas, se aprende a ser Sordo, en sentido sociológico: los establecimientos especializados, los hogares, las fiestas, los banquetes, los encuentros deportivos u otros lugares de reunión. Un sordo aislado no puede reinventar la cultura sorda.

31 En Claude Lévi-Strauss, *Raza y cultura*, Altaya, Madrid, 1999.

Permítanme que les presente un ejemplo más sutil que me gusta citar.

B. M. Schowe, sordo norteamericano, es el autor de un libro sobre la identidad a propósito de la sordera³². Schowe comienza su libro comentando los escritos de dos sordos que se quedaron sordos en la infancia, para ser exactos. Son ejemplos perfectos de éxito oralista. Hablan bien. Ambos están casados con oyentes e ignoran todo acerca de la lengua de señas. Han vivido siempre lejos de los sordos y se enorgullecen de no frecuentarlos. Presentándose a sí mismos como ejemplo quieren mostrar que incluso siendo sordo, se puede vivir de manera absolutamente normal, como los demás.

Se trata de E. Calkins, director de lo que hoy sería una agencia de publicidad, que en su *Arte de vivir sordo*³³ confiesa sin embargo, un recuerdo doloroso. Explica de qué manera enfurecedora y humillante perdió el negocio del siglo, para gran provecho de su competidor, obviamente oyente. Tendría que haber sabido sin embargo que la lectura labial es un ejercicio demasiado exigente para permitir, al mismo tiempo, gozar de la libertad de espíritu necesaria a las negociaciones serias. En cambio prefirió hacerse el vivo, hacerse pasar por oyente. Tendría que haber recurrido a los buenos servicios de un intérprete, o confiar la negociación a su socio oyente. B. M. Schowe hace unas cuantas otras sugerencias a ese prodigador de lecciones.

Grace Murphy, una mujer energética, es la autora de un libro con un título sorprendente *Su sordera no es usted*³⁴. Sin embargo, ni su temperamento, ni menos aún su filosofía, la ponen al resguardo de experiencias dolorosas. Cuenta, por ejemplo, que una vez después de dar una conferencia frente a un vasto público, pasó la velada en casa de una amiga. Había muchos invitados. Se encontró rodeada de muchas personas, mimada y recibió muchas preguntas. Era el centro de interés. Aquellos que no lograban hacerse entender hablando, formulaban sus preguntas por escrito. Se habían acabado los problemas de comunicación. Lo que ella nunca había osado imaginar, había por fin sucedido. Se sentía en la gloria. Esto hasta que la dueña de casa, su amiga, le preguntó a qué hora quería que le llevaran el desayuno a la cama al día siguiente. Habitualmente ella tomaba el desayuno en la cama. Pero esta vez quería prologar el placer de hallarse en

32 B. M. Schowe, *Identity Crisis in Deafness, A Humanistic Perspective*, The Scholars Press, Tempe, Arizona, 1979.

33 "On the Technique of Being Deaf", *Atlantic Monthly*, January, 1923.

34 *Your deafness is not you*, New York, Harper and Brothers, 1954.

tan buena compañía, de pertenecer igual que los demás al mundo de todos. La dueña de casa, insistiendo, volvió a hacerle la misma pregunta. Grace Murphy comprendió entonces que la fiesta había terminado y cayó a tierra nuevamente. Su amiga había conseguido que sus invitados fueran atentos durante una noche, no podía pedirles más que eso. Al día siguiente, luego de haber visto por la rendija de la puerta del comedor el feliz parloteo de sus amigos de la víspera, Grace Murphy se subió a su auto y arrancó a toda velocidad. Se fue sin decir nada, con el corazón estrujado por la tristeza, la vergüenza y el enojo.

Esta historia me parece conmovedora. Quién puede permanecer insensible a la herida de tal recordatorio: “usted se equivoca, se hace ilusiones, usted no forma parte de nosotros.” Pero ¿qué dice de esto B. M. Schowe?

Por supuesto es consciente de la crueldad de lo que acaba de vivir G. Murphy, pero de todos modos le da un sermón. La invita a tener más dignidad. “Aquellos a quienes llamamos Sordos” —dice—, se defienden mejor contra este tipo de humillaciones. Está muy mal visto “entre los Sordos”, quejarse de tales afrentas que vienen de parte de los oyentes. Significa esperar mucho de ellos, colocarlos demasiado alto. Significa dar demasiada importancia a sus actos y a sus juicios. Es una falta de lealtad, un insulto hacia la comunidad de los Sordos. Pero, ¿de dónde podría G. Murphy sacar tal fuerza, si ella no se siente solidaria con los sordos y está orgullosa de no tener contacto con ellos?

Por otro lado, si en lugar de considerar su sordera como algo que *no formaba parte de sí misma*, G. Murphy se hubiera considerado sorda, hubiera podido sentir esta afrenta no como algo personal, sino como un problema sociológico, como un problema entre sordos y oyentes. Una forma bien diferente de vivirlo.

Este tipo de ejemplos dicen más sobre la cultura sorda que los extensos comentarios que podríamos hacer. Nos hacen comprender de alguna manera, su finalidad. Son un llamado al *realismo* que permite navegar mejor en el mundo oyente. Con *eficacia* y con *dignidad*, ambas van de la mano. Sobre todo, nos permiten comprender —en todo caso el ejemplo de G. Murphy sobre el que les propongo que mediten un momento—, por qué los oyentes, incluso con la mejor buena voluntad del mundo, son estructuralmente, a causa del lugar que ocupan, incapaces de transmitir estos valores a los sordos. Eso es algo que sólo puede hacerse entre sordos.

Esta transmisión puede hacerse de manera espontánea, cotidianamente, con la simple referencia a la existencia de un colectivo, de un “nosotros”. Un amigo sordo había pasado su infancia pupilo en una gran escuela cerca de París. Un verano

sus padres lo mandaron a una colonia de vacaciones de oyentes. Los oyentes se burlaban de él permanentemente sin que él entendiera por qué. Cuando volvió les preguntó a sus compañeros. La respuesta que obtuvo fue: “no te preocupes, son oyentes. Los oyentes son así –entiéndase: hay que tomarlos como son, no podemos cambiarlos. Son tontos–”. Esta explicación pareció satisfacerlo. En todo caso, pensemos lo que pensemos de ella, era para él una explicación. Una explicación que le permitía mantener su dignidad. Fue en ese momento que descubrió que era Sordo. Es decir, que pertenecía a un grupo diferente de los otros. Esta referencia a un “nosotros”, que le faltaba por completo a G. Murphy y la dejaba desamparada frente a ciertas experiencias de la vida con los oyentes.

Pero la transmisión de prácticas, de recetas de vida, de valores y de una visión del mundo típicamente sordas, puede hacerse –tal como ocurre en las grandes culturas–, de manera más elaborada –si puede decirse– aunque menos directa. Ésta es la finalidad y la moral de tantas historias cómicas o edificantes que los Sordos se transmiten de generación en generación y que constituyen su patrimonio. Carol Padden y Tom Humphries, han reunido varios ejemplos en su libro³⁵.

“He aquí lo que somos”

Algunos sordos son reacios a la idea de que un oyente pueda hablar de la cultura sorda. ¿Qué puede saber acerca de ella? En principio, estoy tentado de decir que es precisamente porque no somos sordos, que podemos hablar de ella. No conocemos nuestra propia cultura. No la vemos. Y es a partir de ella que vemos las otras culturas. No concebimos nuestra cultura como una cultura particular, sino como la manera normal de sentir, de pensar y de actuar. La vivimos, es verdad, y es por eso que la conocemos –digamos– desde adentro. Pero ésta es otra cuestión. La cultura es para nosotros una especie de inconsciente. Es lo que cae por su propio peso.

No podemos empezar a hablar de nuestra cultura más que en relación con otra, a partir de otra, diría incluso que es allí que ella comienza a existir. Para hablar de nuestra cultura debemos haber estado en contacto con otra, haber tenido acceso a ella y, obviamente, haberla reconocido como tal. No basta con haberse sorprendido con las maneras de vivir, eventualmente insólitas, de los miembros de otras sociedades o grupos sociales. Es necesario haber reconocido en ellas elaboraciones humanas del mismo orden que las nuestras.

35 *Deaf in America, Voices from a Culture*, Harvard University Press, 1988.

A los Sordos, exiliados en el seno de la sociedad oyente —ese es su destino—, no les falta contacto con la cultura oyente. Eso los transforma en observadores sagaces de lo que nosotros no conocemos de nosotros mismos. Tampoco les han faltado nunca —es lo menos que podemos decir— miradas exteriores sobre ellos. Pero la característica de muchas de esas miradas es justamente, que no los han considerado como miembros de una cultura, casi podría decir como personas, sino como fallas de la naturaleza que por esta razón no han podido acceder plenamente a nuestra cultura, o a la cultura simplemente. Se los considera como curiosidades.

Por otra parte, esas miradas que se posan sobre ellos no les están destinadas.

El ejemplo caricatural de este tipo de miradas es la tristemente célebre “psicología del sordo”. La elaboración hecha por los especialistas oyentes armados de instrumentos de medida, de baterías de test estandarizados, y que en general desconocen por completo las señas y son incapaces de comunicarse con los sordos, que pretenden decir *objetivamente* qué son los Sordos. Objetivamente es la palabra exacta. Enuncian esta “verdad” sobre los sordos, sin ni siquiera preguntarles cuál es su opinión. Lo hacen a sus espaldas, casi sin que los sordos lo sepan.

Puesto que esta mirada no está dirigida a los Sordos, tampoco espera nada de ellos. Se dirige en cambio, a otros oyentes, profesionales, pedagogos, para uso personal en sus relaciones con los sordos. “He aquí lo que los sordos son, esto puede resultarles útil para saber cómo tratar con ellos, cómo mejorarlos, para que se vuelvan lo más parecidos posible a nosotros”. En este asunto faltan los protagonistas. En lugar de presentarse como un mediador, el psicólogo “científico” aparece aquí como una pantalla. Es a esos mediadores pantalla que los Sordos atacan hoy en día.

La cultura sorda, tal como los Sordos la preconizan actualmente, se encuentra en las antípodas de esta vieja concepción. La proposición en tercera persona —estoy tentado de decir incluso, “neutra” y sin sujeto—: “he aquí lo que son los sordos”, es substituida por otra, en primera persona: “he aquí lo que somos, les guste o no”. Se trata de un cambio de posición que cambia todo, y que permite que los intercambios puedan comenzar.

Esquema con agujeros de un comentario a “Cultura y Diferencia” por su autor³⁶

¿Cuándo somos sociólogos?

El texto anterior es la transcripción casi palabra por palabra de una intervención para la apertura de las jornadas de estudio organizadas por la Asociación de padres de niños deficientes auditivos de Bélgica francófona, sobre el tema *Cultura sorda* - ¿Mito o realidad?

Siguiendo mi costumbre, esta intervención está compuesta en sus tres cuartas partes de fragmentos de otras intervenciones que he hecho e incluso de textos ya escritos. De allí las repeticiones, por las que pido disculpas, particularmente la historia que me sigue pareciendo preciosa de la pobre señora Grace Murphy.

En un principio, el tema que me habían pedido que tratara era *Cultura y alteridad*. Pero unos meses más tarde, a pedido del comité organizador, se transformó en *Cultura y diferencia*. Por miles de razones yo prefería *alteridad* en lugar de *diferencia*. Esta demanda, sin embargo, no ha modificado en nada la esencia de lo que me proponía decirles, me queda en el fondo la pregunta sobre las misteriosas razones de esta demanda.

Empezando por ligeros codazos en las costillas del vecino, risas sarcásticas, sonrisas, agresividad y hasta bocanadas de odio o violencias –en fin, el trayecto conocido que va del escepticismo a la negación, al rechazo, al alejamiento–; resulta difícil para alguien exterior al medio, imaginar la avalancha de pasiones que puede suscitar el término “cultura sorda”.

Tanto es así que la Asociación de Sordos suecos, primera en el mundo por sus realizaciones y por su insistencia en presentarse como portavoz de una “minoría lingüística y cultural”, habría renunciado recientemente a hablar de la cultura sorda. Muchos padres son alérgicos a este término. Ahora bien, los sordos suecos necesitaron y siguen necesitando de los padres para hacer avanzar las cosas. Por supuesto, esto no significa que los sordos suecos renuncien a la idea de una cultura

36 Título en homenaje a Marcel Duchamp (inédito).

sorda. Simplemente no hablan más de ella. Por otro lado, la consideran como algo evidente, como algo cuya existencia debe ser simplemente constatada más que promovida.

Personalmente vuelvo a decir con gusto que, si el término que designa la cosa, incomoda, estoy dispuesto a adoptar el que me propongan. Quisiera agregar además, que dispongo de numerosos sustitutos a los que recurro sin dudar en caso de necesidad, como por ejemplo el viejo y querido *usos y costumbres* de antaño, *formas de ver*, que no es más que la manera corriente y simple de decir *Weltanschauung*, *formas de hacer*, que me gustaría llevar del lado de maneras propias o caminos particulares. Pero como estoy convencido de que son las cosas en sí mismas las que dan miedo, más que las palabras que las designan³⁷, soy por principio hostil a toda policía en materia de lengua. Sigo hablando de cultura sorda.

Debemos señalar entonces la valentía y la apertura de la APEDAF, por no decir su audacia, al haber propuesto la cultura sorda como tema de estas jornadas. Se ha inscripto un número inhabitual de participantes, entre ellos un número inhabitual de Sordos. Consciente de lo que se ponía en juego, y tomándolo muy en serio, invertí mucha energía en la preparación de mi intervención. Hice un gran esfuerzo. Los que escucharon mi intervención –y las siguientes– no son los miembros de una sociedad erudita que vinieron a asistir por curiosidad a una demostración académica. Algunos son sordos, otros padres. A todos ellos el tema los concierne de manera existencial. Era su asunto. Una palabra podía causar daño, o lo contrario. Ahora bien, nada de esto es válido para las personas de este seminario. De todo lo que se dijo, de cómo se dijo o por qué, sólo queda el texto que adjunto aquí y que someto a sus comentarios. Lo veo ahora simplemente como la imagen, el doble, la copia –algo falso en cierto modo– de lo que ya no está presente pero que era esencial.

De allí la pregunta: ¿cuándo somos sociólogos? ¿Cuándo estamos en el terreno e interactuamos con otros y cuándo existen riesgos de que algo ocurra? ¿O somos

37 “Si las señas lo enojan, ¡oh cuánto lo enojarán las cosas que significan!”, decía de manera simple y pertinente Pantagruel a Panurge. Esto después de que Panurge hubiera consultado al sordomudo Nazdecabre. Si Panurge fue “con señas y sin hablar, a pedir consejo a un mudo”, es porque según los antiguos, los oráculos más seguros y más ciertos no son los que se dan por escrito o se profieren con palabras (cap. 19 y 20 del Tercer Libro, F. Rabelais). Si las señas –del lenguaje gestual de los sordos– flirtean con las cosas, de manera mucho más próxima que las palabras, vemos que ellas también guardan siempre distancia.

solamente sociólogos a través de los textos que dejamos, tanto más apreciados cuanto más se acercan al ideal de texto científico: un decir sin sujeto que no se dirige a nadie?

Prohibición de decir. Imposibilidad de ver

La negación de las realidades más evidentes, más escandalosas, me resulta familiar desde que trabajo con los Sordos. A tal punto que a veces me pregunto si no es eso, en última instancia, lo único que me motiva. Alrededor de los Sordos pulula un mundo de Faurisson³⁸ puntillosos, que no cesan de pedir pruebas y más pruebas. ¿Los sordos tienen alma? ¿Los sordos piensan verdaderamente? ¿Los sordos tienen acceso a la abstracción? ¿Los sordos se comprenden entre ellos? De entrada no se les da crédito en nada. ¿Por qué tanta desconfianza *a priori* y tanta mala fe?

Hemos luchado durante años para decir que la lengua de señas existe. Sin embargo ¡es algo que se ve! En nuestro seminario la lingüista sorda Carol Padden declaró que, puesto que es sorda, sabe que la lengua de señas es una verdadera lengua. Es su lengua materna, la lengua de su familia, que es una familia de sordos, y esta lengua les permite hacer todo lo que se hace con cualquier otra lengua. Desde su lugar de lingüista, deducía que, si para que un sistema de comunicación fuera considerado una verdadera lengua, tenía que permitir la distinción entre el verbo y el sustantivo, tenía que permitir hacer incisos y no sé qué otras cosas, entonces ella debería encontrar todo esto en la lengua de señas. Si no lo encontraba en el orden de las palabras, pues debería encontrarlo en otro lado. Si no estaba en las manos, tendría que estar en otra parte. Hizo entonces una demostración que, quienes la vieron, no olvidarán fácilmente. Existía un sistema de flexión. Nos pidió que miráramos únicamente sus manos e hizo dos frases que parecían idénticas. Lugo volvió a hacerlas, pero esta vez nos pidió que miráramos también su cara. Increíble, el sentido era completamente diferente, descubrimos así el rol gramatical del rostro. La casualidad quiso que al mismo tiempo apareciera la investigación de Pierre Oléron sobre la sintaxis del *lenguaje gestual* de los sordos —él se negaba a hablar de lengua, hasta que no hubiera pruebas de que se trataba efectivamente de una. Pierre Oléron afirmaba que si había una sintaxis, ésta debía encontrarse necesariamente en el orden de las palabras. Ignoraba que pudiera existir un sistema de flexión. Se concentraba entonces únicamente en las manos.

38 N. de T.: en referencia a Robert Faurisson, militante negacionista francés.

Después de hacer unos cuantos cálculos para morirse de risa, concluyó que no había encontrado ni el más mínimo rastro de sintaxis, y que había que ser muy prudente con este lenguaje. No vio nada. Era incapaz de ver. Todo esto a gracias a un prejuicio desfavorable, *a priori*, que le impedía pensar que tal vez era en su cabeza que algo faltaba y no en la lengua de señas. Terminando por donde Carol había empezado, llegó incluso a demostrar a través de un sistema de test complicados, que los gestos no permiten realmente a los sordos comunicar de manera eficaz entre ellos.

La primera negación con la que tropecé, la más curiosa, la más sutil y tal vez por eso, la más molesta, fue la negación de la existencia misma de los Sordos. En efecto, al final de los años 70 podíamos preguntarnos si los Sordos existían realmente.

Para acomodarse a las personas cuyos defectos perturbadores no pueden ser corregidos, existen otros medios distintos de la destrucción. Podemos por ejemplo no mirarlos. Hacer como si no estuvieran, o como si no hubiéramos notado nada. Es la manera habitual de comportarse con los discapacitados. Un procedimiento muy cercano, puesto que implica una vez más no acordarles un lugar, consiste en no darles un nombre.

En el siglo pasado se hablaba de *sordo-mudos*. En lugar de decir oyentes, se decía *hablantes*, tal como se hace hoy en día en lengua de señas. Se prefería llamar a las personas —puesto que eran las personas lo que se nombraba—, a partir de sus actos y de lo que se ve. Hablar o no hablar son actos, y eso se ve. Oír o no oír, son más bien estados, y eso no se ve. Pero la razón principal del cambio de vocabulario se debe a que, a partir de ese momento, se declara a los sordos, hablantes. Se los hace hablar.

Es cierto, se los hace hablar. Sin embargo, igual que en el siglo pasado, un gran número de sordos, incluso entre los que conocen bien el francés y articulan bien, prefieren por múltiples razones, arreglárselas de otra manera en muchas situaciones de la vida cotidiana. Podemos decir que se comportan exactamente como sordo-mudos. Diría incluso que en esas circunstancias, *son* sordo-mudos, y que hoy en día existen muchos.

A partir de los años cincuenta, con los progresos espectaculares en materia de prótesis, la moda está del lado de la medicina. Le toca entonces el turno al término sordo, de ser objeto de una verdadera censura en muchos lugares. A partir de entonces debemos decir deficientes auditivos. La supuesta superioridad de esta designación, viene de que ella cierne más de cerca la realidad, ya que no

implica ningún juicio acerca del grado de sordera. Además es ecuménica. Hay sorderas profundas, sorderas severas, sorderas leves. Decir de alguien que es sordo, da a entender que no oye nada. Muchas veces me corrigieron al principio en mis intervenciones cuando aclaraba que los sordos no oían. Casi todos los sordos tienen restos auditivos. Salvo los que no tienen para nada, pero son la minoría.

La última moda en materia de control de la lengua consiste en no designar jamás nominalmente por su discapacidad, a las personas que tienen una deficiencia. No decimos un sordo o un ciego –muchos dicen incluso hipoacúsico o disminuido visual–, decimos en cambio, una persona sorda o una persona ciega. Para recordar su estatuto de persona, por si lo hubiéramos olvidado. Invitación a que la persona no sea identificada a su discapacidad, y a considerar que ésta no es más que un atributo entre otros, incluso un atributo un tanto exterior a la persona misma. Como Grace Murphy. Y se obtiene el efecto deseado.

Era difícil hablar a finales de los años 70. El término sordo-mudo se había vuelto tabú. Para designar a quienes a veces hoy llamamos sordos gestuales, empleábamos el término *sordo-sordo* o *verdadero sordo*. El término *verdadero sordo*, tenía el don de irritar a los padres de los *sordos-hablantes*, que se escandalizaban de que pudiéramos considerar que sus hijos no eran verdaderos sordos, justamente ellos que eran la prueba viviente de que un sordo puede hablar y no hacer señas. Esto parecía ser la prueba de nuestra mala fe. Esta censura de las palabras, complicaba particularmente los debates, que eran ya de antemano difíciles. No estábamos de acuerdo ni siquiera sobre el sentido de las palabras. Eran cacofonías.

Esta vez, para hablar de la cultura sorda, no elegí describirla como he hecho otras veces, sino que preferí centrarme en los obstáculos que hacen que nos neguemos a ver. Pienso que es una forma de proceder que dará sus frutos.

¿Pero qué es la cultura?

Inicialmente me habían pedido si podía hacer otra intervención, de tipo universitaria y bastante breve, en la que hubiera expuesto qué entendemos por cultura. Hubiera sido una buena ocasión para poner en claro algunas cosas, puesto que desde hace tiempo hablo de ella sin haberme preocupado jamás por saber cómo se la define³⁹. Decliné la propuesta por varias razones que luego resultaron

³⁹ Me ha ocurrido a menudo, y lo he hecho sin escrúpulos, tener que forjar una definición rápidamente para paliar las necesidades del momento. “Es una manera específica de sentir, de ver el mundo, de organizar su vida, sus relaciones con los demás y con el entorno, que comparten los miembros de un grupo en razón de una condición social común” (1985).

ser pertinentes. De todos modos, una vez que mi exposición estuvo lista, y para evitar las eventuales preguntas viciosas, recorrí la monstruosa recopilación de Kroeber y Kluckhohn (*Culture: A critical Review of concepts and definitions*, 1952) que reagrupa por categorías una centena, o tal vez un millar, de definiciones de la cultura.

Al principio sentí un gran alivio: había procedido de la misma manera. Gracias a una especie de feliz armonía preestablecida, había previsto desarrollar mis propósitos presentando, por etapas, distintas facetas de la cultura. Cada faceta correspondía a una de las grandes rúbricas bajo las cuales nuestros colegas habían clasificado las definiciones que habían inventariado. Podríamos haber pensado que esta presentación de la cultura sorda, había sido hecha a partir de la lectura de ese libro.

Pero cuanto más avanzaba en la lectura, más me sentía invadido por una duda devastadora. ¿Qué es la cultura? O al contrario, ¿qué no es cultura, puesto que todo es cultura?⁴⁰ ¿El éxito del término no se deberá únicamente a que puede ser usado para todo? Pero si el concepto abarca todo, si quiere decir todo, entonces ya no significa nada. Fue así que la víspera de mi intervención, me pregunté si no sería necesario hacer con el concepto de cultura lo mismo que se hizo con el de diglosia⁴¹, que parecía sin embargo tan prometedor en un principio. Abandonar viejos conceptos demasiado cómodos, gastados por el uso y por haber circulado demasiado, es una operación poco corriente, saludable, liberadora y prometedora, que recibimos en general con alegría, del mismo modo que recibimos la aurora que anuncia un nuevo día. Pero en este caso, al contrario, me parecía ver el suelo abrirse bajo mis pies. ¡Qué ironía! ¿La apuesta no era justamente tratar de demostrar y mostrar la existencia de una cultura sorda a los eventuales escépticos a quienes yo acusaba de ceguera?

Me sobrepuse al miedo y al vértigo pensando que si estas personas ponen tanta energía en rechazar la idea de la cultura sorda, en argumentar que no existe y que no puede existir, es porque al menos significa algo para ellos. De algún modo están apegados a eso, y eso es lo que importa. Habrá pues que encontrarle un nombre.

40 Pero el problema ya había sido planteado en la definición canónica de Taylor (1871) a la que siempre se hace referencia: “conjunto complejo que incluye los saberes, creencias, costumbres, derechos, tradiciones, y toda otra disposición o uso adquirido por el hombre que vive en sociedad”.

41 Al que he recurrido enormemente y del que no he podido verdaderamente hacer el duelo.

De aquí se desprende el cambio de postura radical para abordar el problema, esbozado en los párrafos cuatro y cinco de “He aquí lo que somos”. Creo que puede hacer desaparecer ciertos falsos problemas ligados a una concepción substancialista de la cultura.

La cultura, por el solo hecho de ser dicha, ¿cambia entonces de naturaleza? O la cultura ¿no es en última instancia aquello que puede decirse de ella?

El ejemplo de la lengua de señas es particularmente espectacular. En todos los países del mundo, la relación de los sordos con su lengua e incluso –y esto es aún más sorprendente– la lengua misma en varios aspectos, han cambiado desde que se les dio un nombre (ASL: American Sing Language, BSL: British Sing Language, LSF: Langue des Signes Française. Antes decíamos únicamente “mímica”, “hacer gestos” o “gesticular”) y desde que los lingüistas comenzaron a analizarlas. Pero estos *nombres* han sido dados por *oyentes*. Los lingüistas al principio eran todos oyentes. Los autores –sordos– de un libro sobre la cultura sorda en los Estados Unidos, señalan que los sordos han tenido siempre que tomar prestado del mundo oyente que los rodea una parte de los elementos que les permiten describirse y situarse. Los toman, pero los reinterpretan. Los autores hacen un análisis fino sobre la forma en que los sordos han adoptado, durante mucho tiempo, los juicios peyorativos de los oyentes acerca de su lengua, y cómo al mismo tiempo esto les ha permitido decir cosas muy pertinentes al respecto. Durante mucho tiempo los sordos opusieron resistencia a los análisis de los lingüistas oyentes, que otorgaban un estatuto de lengua a su manera de comunicar. Luego, aunque vinieran de los oyentes, estos análisis se transformaron en la Vulgata y la bandera del movimiento sordo. Sigo con extrema atención los debates actuales de la comunidad sorda norteamericana sobre “¿qué es la ASL?”. Algunos sordos, y no los menos importantes, atacan a los lingüistas oyentes, que por ser puristas los habrían oprimido. Estos sordos, viva el mestizaje, reivindican como parte integrante de la ASL todo lo que hacen cuando se expresan: es decir –claro está– el inglés, el inglés tal como ellos lo hablan, el inglés sordo, que en algunos casos puede alejarse tanto del inglés estándar como el inglés negro.

Así es que, entre sordos y oyentes, existe una especie de negociación permanente de la definición recíproca, de sus límites –cambiantes. El resultado de esta negociación, que no puede por definición referirse más que a sus diferencias, es lo que llamaremos cultura. En todo caso, es lo que de ella veremos. De todos modos no creo que tengamos derecho a afirmar que detrás de lo que llamamos cultura, existe otra cosa que eso...

Los hogares de sordos vistos del exterior: recuerdos e impresiones de un oyente⁴²

Cuando leí la carta de Martine Fraiture invitándome a intervenir en este coloquio, sentí un inmenso placer. Primero, por el honor que representaba: aparentemente soy el único oyente invitado para hablar. Por otro lado, porque se trata de un coloquio sobre los hogares. Tengo un amor particular por los hogares de sordos. Son lugares de intercambio particularmente llenos de vida, que siempre me han recibido calurosamente. Cada vez que visito uno, descubro con profundo placer una nueva faceta del arte de vivir sordo, y esto no hace más que agudizar mi curiosidad, invariablemente hace que tenga ganas de saber aún más. Digo esto para contarles con qué avidez espero cada una de estas intervenciones.

En lo que me concierne, me propongo aquí evocar algunos recuerdos personales, compartir con ustedes algunas impresiones y tratar de hacerles comprender qué es lo que me une a los hogares. También intentaré esbozar algunas preguntas.

El territorio sordo, un hogar

Antes de comenzar, un primer recuerdo que *a priori* no tiene nada que ver con los hogares. En el coloquio internacional sobre la lengua de señas en Poitiers (1990), una tarde un joven sordo subió a la escena y, visiblemente encantado, declaró: “Anoche tuve un sueño magnífico: soñé que no había más oyentes. Era maravilloso, todo el mundo se comprendía”. Francamente me conmovió. Comprendí bien su sueño. Comprendí que era un hermoso sueño. Por otra parte, no era el único sordo que soñaba con algo así. En el siglo pasado hubo en los Estados Unidos, un proyecto de colonia sorda, una tierra de sordos, una especie de Israel sordo. Este proyecto tenía que llevarse a cabo en el estado de Oklahoma. En la revista *American Annals of the Deaf*, hubo un debate acerca de

42 In *Les foyers des sourds, quel avenir ?* Informe para el coloquio internacional organizado por la Fédération Royale des Associations des Sourds de Bruxelles et des Faubourgs, 30 de marzo de 1996, Bruselas, pp. 8-12.

los fundamentos y la realización de tal proyecto. ¡Un lindo sueño! Pero un sueño al fin de cuentas, que como el del joven de Poitiers, no fue más que eso.

Siempre habrá oyentes. Es más, si algún día quisieran hacernos desaparecer, no lo permitiríamos. Estamos condenados a vivir juntos. Es vuestro destino. Pero a falta de una tierra de sordos, me parece importante, incluso indispensable puesto que es una necesidad vital, que haya ciertos lugares y ciertos momentos en los que los sordos puedan estar entre ellos. Momentos en que puedan respirar, relajarse, interactuar en condiciones de igualdad, aunque más no sea, para tomar aliento y poder resistir en el mundo oyente.

Los hogares de sordos son en primer lugar eso: un enclave en territorio extranjero.

París y su hogar imposible

Hoy todo el mundo sabe que los sordos existen. Todo el mundo ha visto la lengua de señas y sabe lo que hay que hacer para aprenderla y conocer sordos.

En 1975, cuando empecé a interesarme por el mundo de los sordos, las cosas eran diferentes. No había cursos de lengua de señas. No se sabía que era algo que podía enseñarse. Yo vivo cerca de París, y había oído decir que en París había un hogar de Sordos. El hogar de la calle Thérèse. Seguramente algunos de los presentes lo conocieron. Ese lugar era un gran granero. Lo que tenía de más prestigioso y remarcable, era que se encontraba cerca del lugar en el que el Abad de l'Épée había creado su escuela. En ese entonces yo no sabía bien qué era un hogar de sordos y qué se hacía en él. Me armé de coraje y me arriesgué a ir. Fui sin que me hubieran presentado, sin pasaporte ni visa. Cuando crucé la puerta temblaba un poco. Tenía la impresión de estar viviendo una gran aventura en un país lejano. Era verdaderamente una aventura. Me recibieron bien.

Volví varias veces, algunas veces por celebraciones, otras por reuniones de trabajo, y otras como simple visitante. En los momentos en que no tenía lugar ningún acontecimiento oficial, el hogar era frecuentado sobre todo por ancianos que conversaban, jugaban a las cartas, a las damas o al dominó, y por jóvenes aparentemente sin trabajo y bastante ruidosos. Había también, como en todos los clubes, una o dos personas bastante pintorescas. Durante mucho tiempo me pregunté por qué no renovaban la pintura, hasta que me di cuenta de que el hogar iba a cerrar. En reemplazo encontraron otro local, que duró un poco más de dos años.

A partir de ese momento, y de eso hace ya quince años, no hubo otro hogar en París. Y hace falta. Sin embargo, en la región parisina hay una vida asociativa

importante. Hay algo más de veinte asociaciones bastante activas. ¿Es por eso que los Sordos parisinos se quedan durante horas al final de una reunión o de un partido? Creo que esta dificultad para separarse, esta necesidad de hablar, de recuperarse después de jornadas de trabajo en las que se encuentran solos entre los oyentes que conversan entre ellos, no son exclusivas de los sordos de París. Lo mismo ocurre en las ciudades en las que hay hogares de sordos. ¿El hogar de París es la estación de RER-metro Châtelet? Un hogar de jóvenes, sin muros, en medio de los oyentes. Estas reuniones de jóvenes, siempre han sido una intriga para los servicios de policía y transporte de París. A tal punto que consideraron la posibilidad de contribuir a la búsqueda y financiamiento de un hogar. Propuesta que no tuvo consecuencias.

Efectivamente, siempre ha habido problemas con el hogar de París –cf. Truffaut. Desde 1890, los sordos de París han pasado años soñando con un hogar. Cada vez que el proyecto iba a realizarse, algo fallaba.

Sin embargo, el primer hogar de Francia –y probablemente del mundo– se creó en París –y no en Reims como acostumbramos decir– en el local de la Sociedad Central, en la calle Saint Guillaume (año 1830). Allí, nos dice Berthier, se admitía únicamente la mímica. No nos dice si había un bar, pero describe las características de un hogar.

Contra el dominio y la invasión

Paternalismo

Guardo un gran recuerdo de los hogares italianos. Fue allí donde descubrí la importancia del deporte silencioso. Yo había sido introducido en el hogar, por un trabajador social oyente que tenía muchas funciones. Hacía de intérprete, de consejero, de conciliador, de intermediario. Me parecía que tenía responsabilidades oficiales en la gestión de la institución. Una vez, mientras le contaba acerca de mi entusiasmo a la salida de un hogar, comenzó a contarme –en plan de confidencia– ciertas cosas que me dejaron estupefacto. Que los sordos son un pequeño mundo cerrado, que se quedan entre ellos, que se casan entre ellos y corren el riesgo de tener hijos sordos, ¡de reproducirse! Era evidente que se sentía investido de un rol civilizador que me dejó perplejo. Fue en ese momento que sentí por primera vez, hasta qué punto la autoridad, acompañada de un poder moralizador, podía ser opresiva. Un año después supe que ese sistema, en el que se basan los hogares de sordos en Italia, había sido suprimido. Pensé que era una mala noticia para los sordos italianos, pero alguien me dijo que –al contrario– los sordos estaban muy contentos. Por fin eran patrones en su propia casa.

Noté que a veces había presiones en los hogares que dependen de las Escuelas de Sordos.

Sin estorbos

Cuando comenzaron a existir los cursos de LS, el problema era: ¿dónde hacerlos?, ¿en las escuelas?, ¿en los hogares? Me acuerdo del consejo de los daneses (Britta Hansen): “En los hogares no, porque hay riesgo de invasión de los oyentes que se creen que están en su casa.” Otra posibilidad: las asociaciones que no tienen su local en los hogares, como IVT o la Academia de la LSF en París. Me parece que hoy en día, el hogar es una fórmula aceptada.

En casa en todas partes

A veces los envidio mucho. Si bien cada uno de ustedes, en su país, tiene un poco un estatuto de extranjero, al contrario, en cualquier parte del mundo pueden encontrar un hogar.

Un sordo que llega a algún lugar pregunta dónde está el hogar de sordos. Allí encuentra con quién hablar, compatriotas, gente desconocida unos minutos antes, que resulta ser “de su país” puesto que comparte la misma experiencia de vida. No es solamente el hecho de encontrarse con sus pares lo que hace que se sientan como en casa, sucede que los hogares se parecen mucho entre sí, aunque guardan diferencias según la cultura del país: un bar –en Tlemcen, Argelia (país musulmán), no hay ni alcohol ni mujeres en los hogares–; un escenario o un estrado, cuando el hogar comienza a ser un poco importante; la sala con las copas y trofeos deportivos, medallas, banderines, estandartes, diplomas; los retratos pintados o fotografiados de los miembros fundadores en traje de ceremonia en sus grandes marcos ovales, fotos grupales.

Lugares de historia

Recuerdos del hogar de Buenos Aires. Conversación al pie de las fotos de los miembros fundadores, de los viejos. Uno de los fundadores, me dicen, es un pintor conocido en Francia. Me encuentro con un viejo sordo, que también es pintor y que lo conoció... ¿Fue porque me intereso por la historia de los sordos o porque esta historia se liga a la historia de los sordos de Francia? Me ocurrió algo inesperado. En este hogar, en el corazón de la capital argentina, tuve la sensación viva y sorprendente de sentirme completamente como en casa. Otros hogares que son lugares de historia con archivos preciosos: Reims, y por supuesto Liège, donde siempre soñé poder quedarme algunos días.

¿El fin de los hogares?

De repente un día algo vino a perturbar mi espíritu. Fue durante el primer coloquio de historia de los Sordos (Washington, 1991). Proyectaron una película que me conmovió profundamente, aunque cuando la vi no lo sabía.

Esta película, muy bella, contaba el cierre del Hogar de Sordos de Los Ángeles –creo que era Los Ángeles. Un hogar magnífico, inmenso, más grande que el hogar de Liège me parece. Debía tener al menos 50 años, y durante ese tiempo había albergado muchos acontecimientos. Entre ellos, bailes, obras de teatro, fiestas típicamente sordas, que a menudo habían sido filmados.

El hogar se cerraba porque el alquiler se había vuelto demasiado caro, el barrio se había transformado en un barrio peligroso, de mala fama, los sordos, principalmente los jóvenes, habían dejado de venir... Los miembros de la institución habían decidido organizar una gran fiesta de cierre. Una fiesta inspirada en los films de las fiestas pasadas, que sería a su vez también filmada. En la película se ven las viejas filmaciones y luego la última fiesta. Al final, el presidente cierra por última vez con llave la puerta del hogar. Se da vuelta, y en lugar de exclamar “¡qué tristeza!” con cara larga, dice alegremente: “Muy bien, esa era nuestra vida, lo que hemos hecho, nos hemos divertido mucho. ¡Ahora les toca a ustedes, jóvenes, es su turno de inventar algo nuevo!”

Cuando les conté el film a algunos amigos norteamericanos, muchos me dijeron: “Esa historia no es exclusiva de Los Ángeles. Los hogares de sordos se terminaron. Están destinados a desaparecer, es un pasado que ya no existe”.

Esta afirmación me impactó. Comprendí las razones que se alegaban –teletexto, etc. Pero ¡una cosa no quita la otra! Son lugares importantes de la vida sorda, con ellos se termina también una parte de la historia de los sordos.

Acerca de la propensión de los Sordos a crear asociaciones

Un día me desperté, me sacudí y me dije: no hay que creer todo lo que dicen los sordos norteamericanos. No hay que creer en todas las predicciones. Lo mismo nos hicieron con la LS en los años 1910. La asociación Nacional de Sordos (NAD), persuadida de que la LS iba a desaparecer, se propuso filmar una serie de prestaciones y de discursos en LS. Para que las generaciones futuras de sordos supieran lo linda que era la LS americana. Esto fue en 1913. Hoy en día nos cuesta creer cómo pudo haber en algún momento, sordos que creyeran que la lengua de señas iba a desaparecer. Pero así fue. De este tiempo nos quedaron muestras valiosas de la lengua de otros tiempos. Sabemos cómo siguió la historia.

No solamente la lengua de señas no desapareció, sino que goza en el mundo entero, de un brillo que nunca conoció a lo largo de su historia. Esto gracias a los sordos norteamericanos, que hace medio siglo habían dejado de creer en su lengua.

Yo no creo en la desaparición de los hogares. Me parecen tan consustanciales a la realidad sorda como la lengua de señas. Son para ustedes necesidades vitales. Y no son nuevas. Un día encontré por casualidad un libro del siglo pasado sobre los sordomudos. Estaba escrito por un médico. Era un libro muy grueso, que hablaba sobre todo de fisiología. Había sólo media página consagrada al carácter de los sordos, a su psicología podríamos decir. Ahora bien, decía casi únicamente esto: ni bien hay tres sordos juntos, crean una asociación. Me hizo reír mucho. Pensé, “¡ya entonces!”. Efectivamente tengo la impresión de que los sordos nacen sabiendo qué es un secretario, un secretario adjunto, un presidente, un vicepresidente y un tesorero, y cómo hacer para crear una organización. Tengo la impresión de que uno de cada dos sordos de 40 años, ha sido miembro fundador, secretario, presidente, vicepresidente o tesorero de una o varias asociaciones.

Algo que es cierto, por otro lado, es que existen por parte de los oyentes –y de los oyentes que tienen cierto poder de decisión– algunas actitudes con respecto a estas asociaciones, que van desde un cierto desprecio y condescendencia, hasta la desconfianza y la franca hostilidad. Un ejemplo de esto son los argumentos de los medios oficiales en Francia contra la creación de un hogar de retiro para sordos ancianos: el pretexto es la integración, no quieren que los sordos estén aislados. Mientras que lo que ocurre es lo contrario, es en un hogar para oyentes que los sordos están aislados. Un ejemplo más típico: la reticencia en el medio judío acerca de la creación de un hogar de sordos judíos. Dicen, “no hagan grupo aparte, únense a nosotros”, cuando sabemos bien que se trata de lo contrario. Si quieren un hogar para ellos, sordos judíos, es precisamente porque quieren compartir el judaísmo. No es una acción secesionista, sino al contrario, integracionista. Pienso que los que hablarán sobre el deporte silencioso tienen mucho que decir con respecto a esto.

La defensa de los hogares forma parte del mismo combate que el de la LS. Puede llevarse a cabo en los mismos términos. También se creía que la lucha por el reconocimiento de la LS aislaría a los sordos. Y ocurrió exactamente lo contrario.

CAPÍTULO 3

LAS SEÑAS DE LA LENGUA

La lengua de señas en Estados Unidos¹

La Ameslan y el inglés señado

En Estados Unidos es habitual distinguir y oponer de manera tajante la Ameslan (American Sign Language, A.S.L., lengua americana de señas) y el inglés señado (Signed English, S.E.)².

La Ameslan es la lengua familiar de los sordos norteamericanos. Es la que utilizan para comunicarse entre ellos, en todo caso en las relaciones cotidianas. Es, si podemos decirlo así, la lengua de señas tal como se la habla. Los hijos de los sordos, ya sean ellos mismos sordos o no, la aprenden en la familia. Pero esto representa sólo una minoría. El noventa por ciento de los sordos tienen padres oyentes. La mayoría la aprende en los internados, en el patio de recreación de la escuela, o gracias al contacto a veces más tardío, con la comunidad de sordos³.

1 *In Revue Générale de l'Enseignement des Déficiants Auditifs*, n°4, 1976, pp. 190-214. Los dos últimos capítulos del estudio: À propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes, ronéo, invierno de 1975-1976.

2 Los términos American Sign Language (A.S.L.) y Signed English (S.E.) terminaron imponiéndose para nombrar lo que durante mucho tiempo se designó y se continúa designando a veces de manera descriptiva como “real deaf sign language”, “deaf’ deaf language”, “street signing”, “low verbal sign language”, etc... para la Ameslan, y “signing in proper english order”, “gramatical sign language”; “correct signing”, etc... para el inglés señado (cf. Louis J. Fant Jr *Ameslan, an introduction to American Sign Language*, Joyce Motion Picture Co, 1972). Louis J. Fant tiene un gran éxito. Nunca lo escuché ni lo vi utilizar su curso de Ameslan más que en el prefacio. Los lingüistas, que con sus análisis volvieron a dar un lugar central a la Ameslan, a veces emplean el término Ameslan (o la sigla A.S.L.) para designar no solamente un polo de lo que consideran como un continuo –ver más abajo en el texto-, sino como ejemplo del continuo. A.S.L. designa la lengua de señas en su totalidad, tal como se presenta en Estados Unidos.

3 Sobre el concepto de comunidad de los sordos y su análisis ver: Harry Markowicz, James Woodward, *Language and the Maintenance of Ethnic Boundaries in the Deaf Community*, ronéo, 15 p. LRLG et Carol Padden, Harry Markowicz, *Crossing cultural group Boundaries into the Deaf Community*, ronéo, 23 p. LRLGC, comunicaciones del congreso sobre la cultura y la comunicación, Temple University, Filadelfia, marzo de 1975, y también Harry Markowicz, Carol Padden, *Cultural Conflicts between Hearing and Deaf Communities*, LRLG, comunicación en el séptimo congreso de

Cuando nos referimos a la comunidad de los sordos, aunque aquí diremos más bien el mundo de los sordos, debe comprenderse, no los sordos en general, sino precisamente los que utilizan la lengua de señas. El criterio de pertenencia no está dado por el grado de pérdida auditiva. Podemos considerar que forman parte de ella ciertos oyentes, hijos de sordos, generalmente los mayores, entre quienes se encuentran en general los intérpretes. Pero se trata de casos límite, que son discutibles. Inversamente, muchos sordos, incluso sordos profundos, se niegan a recurrir a la lengua de señas, a veces hasta la ignoran por completo. Esto no tiene nada de sorprendente. Las razones son las mismas que en Francia. Algunos sordos tienen vergüenza de hacer señas e indicar así su pertenencia a un grupo estigmatizado. Se puede ser sordo y rechazar su pertenencia al mundo de los sordos, se pueden rechazar formas de hacer que los diferencian de los oyentes, por más prácticas que sean.

Sin embargo creemos que, en este sentido, existe una diferencia entre Francia y Estados Unidos. Esta diferencia reside en el uso de la lengua de señas en muchas escuelas de sordos norteamericanos, en la existencia de una universidad para sordos, y en la multiplicación en los últimos años de programas especiales en muchas universidades, en las que la enseñanza se imparte en lengua de señas, o al menos de manera combinada. Es así que en Estados Unidos, la acumulación de atributos negativos que contribuyen a estigmatizar aún más a quienes usan esta lengua, es menor que en Francia. En Francia, hacer señas no quiere decir únicamente ser sordo. Tiende a querer decir, de manera más marcada que en Estados Unidos, tener un nivel cultural bajo y pertenecer al pueblo. En Francia, con la obsesión de querer integrar todo, hacemos que los guetos que construimos sean todavía más cerrados. No pensamos aquí solamente en aquellos que encerramos y excluimos de este modo, sino también en quienes, por estas mismas razones, se quedan en las fronteras y se niegan a recurrir a esta forma de comunicación tan cómoda. Se trata de los sordos, en general de las clases más favorecidas, que inaudibles y desprovistos de toda posibilidad de comunicación con los oyentes —más allá de

la Federación Mundial de Sordos, agosto de 1975. Para el análisis, estos investigadores se inspiraron en la concepción de Fr. Barth, tal como él la desarrolla en su introducción a *Ethnic Groups and Boundaries: the social organisation of Culture Difference*, Fr. Barth (éd.) Boston, Mass. Little, Brown and C^o, 1969. En razón de lo que diremos luego, vemos todo lo que podría extraerse de análisis inspirados en la tradición de H. Becker (ver *Outsiders*, N.Y., Free press of Glencoe, 1963) y H. Becker (editor) *The other side, perspectives on deviance*, N.Y., Free Press, 1964.

las que tiene cualquier sordo de la comunidad—, son “integrados” únicamente porque tampoco pueden comunicarse con los sordos.

Utilizar la Ameslan, pertenecer a la comunidad de los sordos, no quiere decir ser mudo y no saber hablar inglés. El bilingüismo no es un privilegio de los oyentes. Muchos de los sordos que forman parte de la comunidad, manejan mejor la lengua hablada que ciertos sordos que no forman parte de ella.

Por supuesto que existen diferencias dentro de la Ameslan, podemos incluso hablar de dialectos. No se seña de la misma manera en Alaska, en California y en Virginia. Los Negros no señan como los Blancos. Existen por ejemplo entre los Negros del Sur, ciertas maneras de señar que, tanto desde el punto de vista lexical como fonológico, los transforman en depositarios de formas antiguas. Esto nos recuerda la sorpresa que experimentamos cuando encontramos en el español que hablan los Indios de América Central, palabras y expresiones que han caído en desuso, que parecen salidas del Don Quijote. Pero estos no son los únicos elementos que distinguen el modo de señar de los Negros, ni mucho menos.

De la misma manera que en las lenguas habladas, existen diferencias según las clases sociales. Reconocemos el estatus social de un individuo por su manera de señar. Estas diferencias son interesantes puesto que no se caracterizan únicamente por una forma de señar más o menos cercana al inglés señado (S.E.) sobre el continuo del que hablamos más abajo, sino dentro del puro Ameslan, que puede ser percibido como más o menos refinado.

En fin, más allá de las particularidades que distinguen a cada internado, los jóvenes no señan de la misma manera que los mayores. Las diferencias en este punto son mucho más tajantes que en las lenguas habladas. Esto se debe esencialmente a que la separación entre la comunidad de los jóvenes y los adultos es particularmente fuerte entre los sordos. Los únicos nexos son los hijos de sordos, y los profesores y educadores sordos cuando hay. Notemos que los internados juegan un rol importante en materia de innovación lingüística. Cada vez que un contingente de jóvenes entra en la comunidad adulta y aporta sus señas, se hace rápidamente una selección entre las que son adaptadas y las que resultan demasiado infantiles.

Sea como sea, aunque hayamos visto que a veces se puede hablar incluso de dialectos, estas diferencias nunca son tan importantes como para que, con ciertos ajustes de cada parte, un sordo californiano de clase modesta no pueda comunicarse con un adulto de clase acomodada de la costa este. Se trata de la misma lengua. Más aun, algunas de estas diferencias que parecen considerables,

altamente significativas y hasta desconcertantes para un sordo, parecerán menores o pasarán desapercibidas a ojos de un oyente capaz de señar.

La situación es pues la misma que en Francia. Es algo que se dice a menudo, unos para quejarse, otros para alegrarse: no se seña de la misma manera en Saint-Jacques, en Asnières o en Bourg-la-Reine, esto sin mencionar el interior. Pero cuando los sordos se reúnen en el hogar de la calle Thérèse o en alguna competencia deportiva nacional, podemos constatar que no tienen ninguna dificultad para comprenderse.

Es a causa de esta diversidad que los oyentes y muchos sordos, sino la mayoría, afirman que no existe en Francia una verdadera lengua de los sordos. En este punto no se alejan demasiado de lo que piensan la mayoría de los sordos norteamericanos, que afirman que el Ameslan no existe, incluso si lo utilizan a diario. Sostienen que existe solamente el inglés señado.

Después de todo, es bastante comprensible. Cuando se trata de lenguas, estamos acostumbrados a razonar de manera diferente a como lo hacemos cuando se trata de casi cualquier otro tema. Aquí, lo que “existe” no es “lo que es”, sino “lo que debe ser”. La lengua que existe, nunca es la que hablamos, es la que debemos hablar. Todos aprendimos sin dificultad y en general con vivo placer, nuestra lengua materna, en este caso el francés. Pero cuando llegamos a la escuela o a veces un poco antes, aprendimos también que el “verdadero” francés no se le parece y es mucho más difícil, y que el único “francés que existe” es el que se enseña en la escuela. Aunque nos desprendamos de él cotidianamente, puesto que para comunicar realmente debemos utilizar los estilos, el vocabulario y la gramática que requieren las situaciones en las que estamos implicados, en ciertas circunstancias o para tratar ciertos temas, tratamos de acercarnos lo más posible a este francés.

El *inglés señado* (S.E.), o lo que a veces se llama forma “gramatical” o “correcta” de señar, es la vertiente noble, la versión elevada de la lengua de señas. Se lo emplea cuando hay que abordar temas calificados de “serios” y, en general, en todas las situaciones oficiales o algo ceremoniosas, “formales”, como dicen los norteamericanos –iglesia, conferencias, etc. Evidentemente es la lengua que se utiliza en la enseñanza. Es también la que utilizan espontáneamente los sordos cuando se comunican con un oyente. Si hay sordos conversando en Ameslan, y se dan cuenta de que hay un oyente entre ellos, pasarán inmediatamente al inglés señado, incluso si el oyente mostró que comprende y practica perfectamente la Ameslan.

Características lingüísticas del Ameslan y del inglés señado

Desde un punto de vista lingüístico o descriptivo –digamos–, la diferencia entre la Ameslan y el inglés señado no reside en el vocabulario. Ciertamente se recurre con más facilidad al deletreo usando el alfabeto dactilológico en el inglés señado. Pero en lo que se refiere a las señas, el léxico es el mismo. Si en este punto existen diferencias, son del siguiente tipo. Por ejemplo, en Ameslan existe una sola seña para decir *attempt*, *strive* y *try* –esforzarse, tratar. Esta seña, diferente de la que se usa en Francia, se hace avanzando de manera simétrica los dos puños a la altura del plexo solar. En inglés señado se usa la misma seña pero formando la *a*, la *s* o la *t* con los puños, empleando el alfabeto dactilológico para precisar si se trata de *attempt*, de *strive* o de *try*⁴.

La diferencia es de orden gramatical. Esto no significa que el inglés señado tenga una gramática y la Ameslan no. Sin embargo, es así como la diferencia es percibida tanto por los oyentes como por los sordos mismos.

En el caso de los oyentes, tanto los franceses como los norteamericanos, esto se debe a que no conocen más que su propio idioma. Como hacen de éste el canon de toda lengua, en general son incapaces de percibir en otra lengua –a la que acceden a menudo sólo por intermedio de una traducción término a término– categorías que no pertenecen a la suya. Al mismo tiempo, están listos para calificarla de inferior, de primitiva, incluso para afirmar que no tiene gramática, cuando no encuentran en ella las únicas categorías que conocen. Para quedarnos en el mismo nivel en el que se desarrollan tales debates, ¿es necesario hablar de la falta de artículos o de cópula en la lengua de señas? Que yo sepa, el latín no tenía artículos. Y aunque es una lengua muerta y bien muerta desde hace tiempo, continúan repitiéndonos que quien la ignore, no podrá acceder al corazón de la cultura. Esto basta para indicar que no es por sus artículos que se juzga la importancia de una lengua. Si la ausencia de cópula fuera suficiente para calificar una lengua de inferior, tendríamos que incluir en esta categoría algunas de las grandes lenguas de la cultura, como el chino o el ruso, que además carecen de artículos.

En el caso de los sordos esto se debe a una de las particularidades inherentes a toda situación de diglosia. C.A. Ferguson analizó ciertas características de

⁴ Ver James C. Woodward, Jr. “Black Southern Signing”, roneo, 16 p. LRLGC, a publicarse en *Language and Society*, y “Synchronic variation and historical change in American Sign Language” *Language Sciences* 37, p. 9-12.

situaciones lingüísticas en las que se diferencia de manera tajante una versión juzgada noble, sabia o elevada, y otra versión considerada popular de la misma lengua. Para esto tomó como ejemplo el árabe, el griego moderno, el suizo alemán y el criollo haitiano. Retomando las características señaladas por C.A. Ferguson, W.C. Stokoe mostró que todas ellas se aplican a la lengua de señas. C.A. Ferguson señala que “el locutor se siente cómodo –*at home*, en su casa– con la versión popular, nivel de comodidad que no alcanzará nunca con la versión elevada. La estructura gramatical de la versión baja se aprende sin que se discutan explícitamente los conceptos gramaticales; la gramática de la versión elevada, en cambio, se aprende en términos de *reglas y normas a imitar*”⁵.

En otras palabras, la gramática de la Ameslan es algo que va de suyo, no se la percibe como gramática. El inglés señado y la Ameslan tienen el mismo vocabulario. Pero el inglés señado tiende a adoptar la gramática del inglés, mientras que la Ameslan tiene su propia gramática⁶.

Lo que distingue la gramática de la Ameslan de la gramática del inglés, deriva de este rasgo fundamental: mientras que las lenguas habladas son lineales, la lengua de señas es espacial. Ella organiza inmediatamente todos los elementos del discurso en el espacio.

Me parece –y me gusta recordarlo– que esto es lo que había percibido y analizado muy bien Remy-Valade (1854). El empleaba el término localización: “la localización dispone sobre la escena las personas y las cosas, a menudo también abstracciones”. “Si afirmo que el lenguaje de señas hace un uso continuo de la localización, no estoy exagerando. No digo que ella aparezca cada vez de manera expresa y formal al mismo nivel, pero puede ser detectada por una mirada atenta. A veces ella existe *ipso facto*, como cuando hablamos de objetos presentes, otras

5 C.A. Ferguson, « Diglossia », *Word* 15, pp. 325-40, 1959, reproducido en Dell Hymes, *Language in Culture and Society*, p. 429-39 citado por William C. Stokoe, “Sign language diglossia”, *Studies in linguistics*, vol. 21, 1969-70, pp. 27-41.

6 Sobre la sintaxis, una obra de U. Bellugi y Klima sobre la lengua de señas, que estaba por publicarse en 1972 y que seguramente ya ha salido, debería hacer una recapitulación. Desgraciadamente no hemos podido acceder a la obra fundamental de W. Stokoe: *Studies in Linguistics: Sign Language Structure: An Outline of the Visual Communication Systems of the American Deaf*, Buffalo, N.Y., University of Buffalo Press, 1960. Nos hemos inspirado aquí directamente de un artículo de W. Stokoe “A Classroom experiment in two languages” in Terrence O’Rourke (éd) *Psycholinguistics and total Communication*, A.A.D., 1972, pp. 85-91 y de Ursula Bellugi “Studies in Sign Language”, *ibid*, pp. 68-84. Con respecto a Rémy-Valade, se trata de *Études sur la lexicologie et la grammaire du langage naturel des signes*, 1854, 219 p.

veces consiste en una simple mirada, pero existe siempre, puesto que es inherente a la esencia misma del lenguaje. En la naturaleza no hay dos objetos en el mismo lugar. Una frase compuesta por señas emitidas en un espacio muy circunscrito, una escena en la que todos los personajes estarían acumulados en el mismo punto, presentaría la misma obscuridad. Es fácil convencerse.”

Tomemos como ejemplo lo que distingue el sujeto del complemento directo –aquello o aquel sobre el que recae la acción. En inglés y en francés podemos distinguir uno de otro según el lugar que ocupan en la frase. Así, en la frase “Juan golpea a Pablo”, sabemos que es Juan el que golpea y Pablo el que es golpeado y no lo contrario. Hay lenguas en las que el orden de las palabras importa poco, o al menos no dice nada acerca de esta distinción, es el caso del latín. En este sentido la lengua de señas puede compararse con el latín, pero con una diferencia mayor. Es la localización y no una modificación en la seña misma –que hubiera sido equivalente a la declinación en latín– lo que permite distinguir el sujeto del complemento directo. La seña de los sustantivos es invariable. El indicador es la mirada de la persona señante, o a menudo incluso, un movimiento de toda la cabeza. Lo que varía en cambio, es la seña del verbo que se hace partiendo del sujeto en dirección del complemento. Esto es lo que da un suplemento natural de información que hace que nunca haya la menor ambigüedad entre sujeto y complemento en la lengua de señas popular.

Comprenderemos entonces por qué no se utilizan los pronombres, y por qué no es necesario diferenciar la voz activa de la voz pasiva –existen, por otro lado, lenguas habladas en las que no existe la voz pasiva.

Digamos además, para quedarnos en las generalidades, que al contrario de lo que ocurre en todas las lenguas indoeuropeas, en las que cada vez que aparece el verbo se indica el tiempo, en la lengua de señas hay una seña especial para designar el tiempo. Una vez que se ha hecho, esta seña sirve para indicar el tiempo de todos los verbos que siguen hasta que una nueva seña indique un tiempo diferente.

Para terminar, señalaré el recurso frecuente a la repetición de una seña. Veo que E. Sapir (*Le langage*, Payot, pp. 75-77) lo considera como uno de los seis grandes tipos de procedimientos gramaticales y que ciertas lenguas lo utilizan para expresar la idea de repetición o continuidad, el plural y otras nociones más sutiles.

Sería interesante poder explicitar dentro de las categorías gramaticales de la lengua de señas popular, justamente aquellas que no existen en nuestras lenguas. ¿Entendí bien el comentario que hizo Nancy Frishberg en la reunión de la comisión de psicología? Cuando escuchó hablar a una delegada soviética, se dio

cuenta de que en la lengua de señas americana popular, existe estructuralmente el equivalente del perfectivo y del imperfectivo rusos, que no existen ni en inglés ni en francés.

En todo caso, todo esto explica cómo la gramática de la lengua de señas popular permite una gran economía de señas. Retomaré aquí un ejemplo muy simple que dio Úrsula Bellugi. Consideremos la proposición “*It is against the law to drive on the left side of the road*” –es contrario a la ley conducir sobre la mano izquierda de la calzada⁷.

Hay catorce palabras en inglés y quince en francés. La Ameslan transmite lo esencial, sino la totalidad de la información con tres señas: “ilegal”, “conducir”, “izquierda” –o “a la izquierda”. Esto tiene la brevedad y la precisión de una señal de “contramano”, indica U. Bellugi. Para los literatos poco sensibles a la naturaleza de los mensajes de las señales de tránsito, evocaré la brevedad y la precisión de los artículos del código penal con los que Stendhal se deleitaba, y los opondré al estilo administrativo contemporáneo, a la vez prolífico, confuso y poco consistente.

Concebimos finalmente hasta qué punto el recurso a la gramática inglesa y la organización de las señas según el orden lineal y unidimensional de la lengua hablada puede resultar perturbador, y vemos por qué, aunque se trate del mismo léxico, podemos considerar verdaderamente la Ameslan y el inglés señado como dos lenguas, y hablar de diglosia dentro de la lengua de señas.

El inglés manual

Sin duda conviene mencionar aquí todos los sistemas artificiales que se multiplican a voluntad desde hace unos diez años. Se los designa habitualmente con el término genérico de “inglés manual”⁸.

7 N. de T.: en francés: il est contraire à la loi de rouler sur le côté gauche de la route.

8 Según W. Stokoe es Rourke quien habría propuesto el término inglés manual para designar todas las creaciones de lengua de señas artificial. Hasta ese momento se las llamaba “nuevas señas”, “nuevas lenguas de señas”, “see-signs”, “contrived sign language”. Para formarse una idea general de algunos de estos sistemas, consultar el número del invierno 74-75 del *Gallaudet Today*, en el que cada uno de los artesanos sale en defensa de su retoño y propone una ilustración. En ese número encontraremos también una presentación sucinta de la Ameslan, del *Cued Speech*, del recurso exclusivo al alfabeto dactilológico para el aprendizaje del inglés y del último milagro de la electrónica, un par de anteojos que permiten leer el sonido. Finalmente encontraremos –nos referiremos a esto más abajo– el punto de vista del secretario de la Asociación Americana de sordos, Frederick C. Schreiber y de William Stokoe sobre los sistemas de inglés manual. Para un análisis crítico más riguroso –pero de acceso más difícil– de estos sistemas artificiales, señalaré entre otros

Los sistemas más conocidos son el *Seeing Essential English* (SEE 1), *Signing Exact English* (SEE 2), *Love* y el sistema de Bronstein que se llama simplemente inglés señado. En efecto, los congresistas ingenuos que hayan comprado alguno de los álbumes para colorear que se presentan en el hall de exposición del congreso o en la librería de Gallaudet College, tendrán en realidad una muestra de la invención de Bronstein más que del verdadero inglés señado. Estos sistemas comparten todos la ambición de querer cernir de cerca el inglés. La única diferencia, evidentemente, es que es señado. Estos sistemas se presentan entonces con respecto al inglés, como una especie de compromiso entre la pura dactilología –deletreo con el alfabeto manual del tipo sistema Rochester– y el inglés señado. En realidad, la ambición de algunos va más allá de una dactilología que milagrosamente fuera al mismo tiempo generalizada y cómoda, puesto que intentan que la lengua de señas se aproxime no sólo al inglés escrito, sino al inglés hablado.

Hay como mínimo una seña por palabra. También hay señas para las terminaciones gramaticales –el *ing* del participio pasado, el *ed* del imperfecto y la “s” que indica el plural o la tercera persona del presente del modo indicativo. Evidentemente se señan los artículos y se reproduce cada expresión palabra por palabra. En lugar de usar una sola seña, como en el inglés señado, para decir *cut it out* –terminen– o *set up an appointment* –tomar una cita–, se usarán tantas señas como palabras en inglés hablado, es decir, tres en el primer caso y cuatro en el segundo.

Si bien las señas del léxico se toman prestadas de la Ameslan, los creadores de estos sistemas –excepto Bronstein que es el que más respeta la lengua de señas americana– no dudan en crear nuevas señas cuando lo juzgan útil. Esto ocurre por ejemplo, cuando la lengua de los sordos, demasiado pobre, no cuenta más que con una seña para referirse a algo que el inglés distingue. Inversamente por supuesto, para dar a los sordos una imagen más exacta del genio propio de la lengua inglesa, se utilizará una sola seña en los casos en que por una necesidad un poco primaria de especificidad, la Ameslan o el inglés señado utilizan varias. Es el caso por ejemplo, de *right* en todas sus acepciones –a la derecha, derecho, justo, por derecho, etc. Algunos sistemas darán a los sordos una idea aún más

W. C. Stokoe “The use of Sign Language in teaching english”, *American Annals of the Deaf*, agosto 1975, vol. 120, n° 4 y Vera R. Charrow *A linguist's view of Manual English?* que meritan ambos una reflexión frase por frase.

exacta de la lengua hablada, esto significa que incluirán también los sonidos y preconizarán por ejemplo una misma seña, no solamente para todos los sentidos de *right*, sino también para *write* –escribir– y *rite* –rito, ceremonial– porque todo eso, es cierto, se pronuncia más o menos de la misma manera. Sin dudas, es en este sentido también que descompondrán *butterfly* –mariposa– en dos señas: *butter* –manteca– y *fly* –mosca–. De este modo, al señar, los sordos americanos tendrán una idea de lo que oyen y comprenden sus compatriotas más favorecidos cuando se les dice mariposa.

Un continuo

Si dejamos de lado por el momento el inglés manual y volvemos a la Ameslan y al inglés señado, podemos decir que entre ellos no hay una barrera tajante. Es más exacto considerar a la Ameslan y a inglés señado como dos extremos de un continuo. La mayor parte de los intercambios lingüísticos se llevan a cabo en una zona intermedia y cada uno de ellos se acerca más o menos a uno u otro de los extremos.

Como vimos, el contexto, la situación social en la que tiene lugar el intercambio y/o el tema que se aborde, incitan a emplear una forma de señar que se acerca más o menos a uno de los polos. Conocer la lengua de señas implica lo mismo que conocer cualquier otra lengua, implica saber de qué manera señar según la situación, es decir, saber en qué lugar del continuo situarse. Si bien en todos estos casos usamos el francés, sabemos que no empleamos la misma lengua para dirigirnos a un ministro o a nuestros padres, para declarar nuestro amor, reír con amigos o insultar al mal conductor con quien tenemos un altercado.

El extranjero que conozca únicamente el “buen francés”, el que se enseña en la escuela, podrá dirigirse solamente a un ministro, cosa que ocurre en muy raras ocasiones. El resto del tiempo tendrá la sensación de que algo “desentona” siempre en lo que oye y en lo que dice. Conocer el francés no significa conocer el “buen francés” solamente, significa también conocer todos los demás y saber emplearlos.

No obstante, los individuos se caracterizan por su aptitud y su propensión a utilizar preferentemente una parte del continuo. Un sordo profundo, hijo de sordos, sabrá señar y señará en Ameslan pura. Si no conoce el inglés o lo conoce mal, como ocurre a menudo, tendrá una gran dificultad para manejar la parte del continuo que se encuentra cerca del inglés señado y no será idóneo en las situaciones que requieran recurrir a él. Si ese sordo conociera el inglés, podría introducir más

inglés señado en sus propósitos. Tanto más puesto que éste es considerado como una forma correcta de señar. Si además fuera un poco pedante y quisiera parecer cultivado, “exageraría”. Inversamente, alguien que se quedó sordo después de los cinco años y *a fortiori* un oyente, que harán siempre referencia a la gramática de la lengua oral, tendrán grandes dificultades para dominar los intercambios lingüísticos que se realicen cerca del polo de la Ameslan, que nunca dominarán por completo, especialmente la localización que es un elemento central. Pero si se trata de situaciones familiares, entre colegas, podrán recurrir al inglés señado que es una manera correcta de señar y que los demás comprenderán.

Vemos entonces que si la pertenencia a la comunidad de los sordos, es decir, la utilización de la lengua de señas como forma de comunicación no depende enteramente del grado de pérdida auditiva, existen sin embargo jerarquías. La paradoja reside en que el sordo profundo de nacimiento, que es el único capaz de manejar bien la Ameslan, es al mismo tiempo el más penalizado cuando se trata del manejo de lo que se llama manera “correcta” de señar, la versión elevada de su propia lengua⁹.

9 “Un estigma es algo que pone de lado a una persona de manera negativa. Me parece que incluso en el mundo de los sordos, uno ocupa un lugar dependiendo de la medida en la que puede esconder su estigma y pasar por oyente. Desde el punto de vista del mundo de los sordos, la cima de la siguiente clasificación es lo más positivo, y la base lo más negativo.

Negativo	Oyente	Positivo
	Hipoacúsico	
	Sordo postlocutivo	
	Sordo prelocutivo con capacidades orales y conocimiento del inglés	
	Sordo prelocutivo con capacidades orales o conocimiento del inglés	
Low verbal	Sordo prelocutivo sin capacidades orales ni conocimiento del inglés	High visual

Es una vista general de la jerarquía dentro del mundo de los sordos, está construida en términos de acceso al mundo de los oyentes. La lengua de señas está estrechamente ligada al estigma. Ciertos sordos piensan que utilizar la Ameslan los enviará a la parte más baja de la escala, como “low verbal”. Algunos piensan que cuanto más puedan hablar o escribir, mas serán aceptados en el mundo oyente. Algunos se avergüenzan de la lengua de señas y se niegan a usarla para comunicarse con los oyentes que la conocen. Piensan que es más importante ser como los oyentes. Entonces tratan de utilizar la lengua oral, que es a menudo incomprensible para los oyentes. En las escuelas de sordos se enseña que la lengua de señas es inferior al inglés, por eso se la emplea únicamente con los sordos. En relación con la clasificación que mostramos más arriba, vemos que los sordos prelocutivos sin capacidades al oral y sin conocimiento del inglés son a menudo calificados de “low verbal”. Lo mismo ocurre dentro del sistema escolar. ¿Por qué este sistema no se basa en las capacidades visuales

La inversión y la reivindicación

Éste es un esbozo a grandes rasgos de la situación de la lengua de señas en los Estados Unidos tomando prestados ciertos elementos de análisis a los lingüistas y sociolingüistas. Pero para terminar debemos volver al que consideramos el elemento más interesante, o en todo caso el más cargado de consecuencias.

Como hemos notado, a diferencia de todas las otras situaciones de diglosia, en este caso los modelos de la versión noble son tomados como préstamos de otra lengua, la lengua dominante, la lengua oral. En este caso la versión noble no es más que un pidgin. La versión baja, en cambio, tiene una gramática propia y merece por sí misma ser considerada una lengua. La verdadera lengua de señas es la Ameslan. Si se trata de buscar un modelo, es hacia ella que debemos mirar y no hacia el inglés señado¹⁰.

Esta inversión confiere a la lengua de señas un verdadero estatuto de lengua, y al mismo tiempo les otorga a los sordos autonomía y un papel central en la definición.

William Stokoe nos recuerda que el término *pidgin* viene de la pronunciación china de *business*, palabra clave en el comercio de la China británica del siglo XIX. Es la forma de hablar que resulta cuando se emplea el vocabulario de una lengua con la gramática de otra. Esto corresponde un poco a lo que en Francia se llama *sabir* o “*petit nègre*”.

Se trata de una forma de hablar que no es la lengua natural de ningún grupo. El inglés señado es para la mayor parte de los sordos una segunda lengua, primero aprenden la Ameslan, lo mismo sucede *a fortiori* con los oyentes. A diferencia de las verdaderas lenguas el pidgin está destinado únicamente a la *comunicación*,

que los sordos poseen? Los sordos que no tienen capacidades al oral, a menudo no consideran la lengua de señas, gracias a la que comunican libremente entre sí, como una calificación positiva que les pertenece. Al contrario, tienden a considerarla de manera negativa como un estigma.” (Extraído de la comunicación de Barbara Kanapell en la Comisión de Psicología del 7º Congreso de la F.M.S.)

10 Acerca de esta concepción del inglés señado como pidgin, cf. principalmente: J. Woodward, “Some characteristics of Pidgin Sign English”, *Sign Language Studies*, 3, 1973, p. 39-46; Harry Markowicz “Sign English: It is really English?”, que se publicará en *Proceedings of the First Sign Language Conference*, R. Battison (ed.) Washington, D.C., abril 1974; J. Woodward, H. Markowicz, *Some handy news Ideas on Pidgin and Creoles: Pidgin Sign Languages*, comunicación en la conferencia internacional sobre pidgins y criollos, Honolulu, Hawái, enero 1975, roneo, 32 p. LRLGC; H. Markowicz, J. Woodward, *Language and maintenance of ethnic Boundaries sin the Deaf Community*, op. cit. Marzo 1975; y diversos artículos de H. Markowicz publicados a lo largo del tiempo en *Buff and Blue*, revista de los estudiantes de Gallaudet College.

e incluso en este punto conviene que limitemos la cuestión: está destinado solamente a la comunicación necesaria a las relaciones entre dos comunidades, de las cuales una se halla en relación de dependencia con respecto a la otra.

Un pidgin no puede cumplir con las funciones *integrativas* y *expresivas* de una lengua natural. Ésta es una de las razones, entre muchas otras, por las cuales los sordos sólo utilizan el inglés señado entre ellos en situaciones oficiales, aunque este último sea considerado más noble.

Podemos percibir un aspecto de las funciones integrativas en el comportamiento que mencionamos más arriba: cuando un sordo se dirige en inglés señado a alguien que emplea la Ameslan pero que resulta ser oyente. Podemos hacernos una idea del sentido de este modo de actuar si lo comparamos con un comportamiento similar, por ejemplo entre un parisino que en el siglo XVI se dirige a un campesino en su dialecto. El hecho de que el campesino recurra al francés puede significar, en primer término, que quiera mostrar que él también es capaz de hablar en francés. En este caso, y mediante esta elección, reconoce la superioridad del francés como lengua dominante. Esta jerarquización de las lenguas está inscrita en la estructuración de las distintas lenguas regionales dentro de una misma nación, incluso puede depender de las circunstancias. Es lo que le ocurre a alguien que se encuentra en otro país, sea cual sea el prestigio de su propia lengua. Si hace el esfuerzo de expresarse en la lengua del país, puede resultar de bastante mal gusto que ustedes le hablen en la suya, incluso si ustedes dominan mejor su lengua que él la de ustedes.

Por otro lado, el campesino puede recurrir al francés para poner al parisino en su lugar: no todo el mundo está habilitado a hablar el dialecto regional, hay que ser del lugar o mostrar su pertenencia. El derecho a recurrir a un indicador tan central de la pertenencia a una comunidad cuando no somos parte de ella, sólo es posible cuando las buenas intenciones con la comunidad son manifiestas. Este derecho, si el campesino les contesta en dialecto por ejemplo, no los vuelve miembros de la comunidad pero les otorga un estatuto de amigos. Es lo que sucede cuando los sordos responden en Ameslan. El oyente no se vuelve parte del mundo de los sordos, permanece en el suyo, pero es amigo de los sordos.

Esta manera de establecer barreras y de controlar el acceso de los otros a la propia lengua, es tanto más fuerte cuanto más marginalizado y subordinado se encuentre el grupo que habla la lengua en cuestión. Esta marginalización puede ser un efecto de la sociedad dominante o puede ser una elección deliberada. Es lo que ocurre con muchas jergas propias de algunas profesiones y aún más con el

lunfardo. La lengua de los sordos tiene algunos rasgos, que no mencionaremos aquí, que la acercan de estas últimas. Quienes establecen los léxicos se han preocupado siempre por detectar y eliminar justamente las señas que consideran que pertenecen al argot¹¹.

Todas las lenguas naturales tienen una función integrativa. Esta función se percibe más claramente cuando hay contactos entre culturas, y aún más en casos de subordinación o marginalización, en los que esta función se manifiesta al menos bajo ciertos rasgos específicos.

Las funciones expresivas de una lengua natural, opuestamente a los pidgin, son evidentes. Una prueba de esto es la necesidad de conocer la Ameslan que manifiestan los psicoterapeutas. Y esto no es válido sólo para los Estados Unidos. En la Comisión de psicología, la psiquiatra Elsa Crafford contó la experiencia sueca y declaró que conocer el sueco señado es insuficiente, es importante conocer la manera común de señar de los sordos, la lengua familiar de los sordos suecos.

El pidgin puede ser analizado ampliamente desde un punto de vista sociolingüístico y desde un punto de vista lingüístico más estrecho. Al menos que se transforme en un criollo, el divorcio entre el vocabulario y la gramática no le permite desarrollar plenamente sus capacidades.

Estos análisis contribuyen a crear el nuevo clima que rodea actualmente la lengua de señas en Estados Unidos: la Ameslan está de moda.

Cuando Louis Fant concibió un método de aprendizaje de la lengua de señas para los oyentes, propuso la Ameslan y no el “*correct signing*”. Si queremos conversar en inglés señado –dice– podemos hacerlo con facilidad si conocemos la Ameslan. En cambio, es difícil hacer lo contrario. Quien puede más, puede menos. Más es la Ameslan, la verdadera lengua de los sordos. Esta manera de concebir las cosas hubiera sido insólita o incluso inconcebible hace veinte años.

11 “Con respecto a las señas convencionales, hemos eliminado todas aquellas que pertenecen al argot (*sic*) y todas aquellas que son demasiado locales o demasiado personales. Hemos admitido únicamente las más generalizadas, las más útiles y racionales” (Abad Lambert, *Dictionnaires des signes*, 1865, p. 65). Es un ejemplo entre otros, de una constante que muestra la línea que divide el punto de vista de los sociolingüistas y la mayoría de los lingüistas contemporáneos, y el punto de vista generalmente utilitario y forzosamente normativo frente al que se encuentran tradicionalmente los autores de léxicos, que están obligados a hacer una selección. Es casi paradójico estar obligado a separar, despejar, aislar lo puro y lo racional, de lo impuro –el argot, lo local, lo demasiado personal– a propósito de una lengua cuya característica es justamente –sí puedo decirlo así– estar hecha en gran medida de este “impuro”.

Las personas que frecuentan a los sordos, al igual que los psicoterapeutas, se interesan ahora por la Ameslan y no por el “*correct signing*”.

Lo más impactante es el movimiento a través del cual los sordos reivindican su identidad y muestran hasta qué punto están orgullosos de su verdadera lengua, la Ameslan. Conscientes del papel que juega el escrito para una lengua, reclaman una forma de escritura para la suya, se preocupan por su promoción y se oponen a todo lo que pueda poner en peligro su integridad, sobre todo a la invasión por parte de la lengua dominante.

Podemos imaginar cuál es su actitud con respecto a los sistemas de inglés manual. En un artículo a la vez incisivo y lleno de humor, el apasionado secretario de la Asociación nacional de Sordos llega casi a lamentar los “buenos tiempos del pasado” descritos en la novela de J. Greenberg “*In this sign*”¹². Nuestra lengua —dice— no era entonces reconocida, el vocabulario era pobre. Pero al menos era nuestra, pertenecía a los sordos. Con el fracaso patente del oralismo, los educadores se acordaron de la lengua de señas. Se empeñaron en renovarla, en darle respetabilidad, en volverla aceptable para los padres y para las personas cuya primera lengua es el inglés. Los nuevos sistemas cumplen con todos los criterios impuestos por aquellos que tienen ideas acerca de los sordos y la educación de los sordos, pero de ninguna manera cumplen con los criterios de los sordos mismos. Cuando se trata de mejorar la comunicación entre sordos, todo el mundo sabe cómo hacer y sabe más que los sordos mismos que comunican entre sí. En el pasado, nuestros mentores nos decían “hablen, hablen, hablen, todo el mundo habla, háganlo incluso si no los escuchan, les enseñaremos”. Juntos hemos construido el principio “Sean razonables, hagan a mi manera”. Pero reina la confusión, y J. Greenberg lamenta el caos al que ha conducido la proliferación de sistemas construidos por los oyentes¹³.

No es necesario aclarar que los lingüistas están del lado de los sordos. Estos sistemas artificiales, más allá de las buenas intenciones de sus partidarios, fallan en muchos aspectos. Los lingüistas podrían contentarse con sonreír y burlarse un poco de la ingenuidad con la que están concebidos, si no fuera porque estos

12 La novela de Joanne Greenberg, *In this sign* (primera edición, 1970, en paperback de Avon, 1972) cuenta la historia de una pareja de sordos de clase popular. Da una idea bastante impresionante de su vida cotidiana y de su soledad desarmada frente a un mundo oyente incomprensible e implacable. Es sorprendente el contraste que existe entre lo que pudimos ver o soñar en Estados Unidos y la realidad que describe la novela, que se sitúa en un pasado todavía bastante cercano.

13 Cf. nota 8, igualmente para lo siguiente.

sistemas son impuestos a los sordos sin ningún provecho para ellos y de modo tal que se transforman en nuevos instrumentos de dominación por parte de los oyentes.

Algunas de las nuevas señas resultan cómodas para los oyentes, pero no entran dentro del sistema de reglas estructurales de la lengua de señas americana y no pueden ser integradas. Estas señas introducen una perturbación a nivel fonológico, comparable a la que resultaría para nosotros si nos forzaran a integrar a nuestra propia lengua y a pronunciar de forma correcta ciertos fonemas del árabe o del chino.

Pero esto es un defecto menor. El problema es un problema de fondo. Los lingüistas no ven qué es lo que se gana con estos sistemas, ven lo que se puede perder. Es cierto, para los oyentes es más fácil. Pero para los sordos es una fuente de vastas confusiones.

Al igual que cuando los niños oyentes aprenden su lengua, cuando los sordos aprenden la Ameslan, aprenden de manera directa y casi inconsciente todo lo que concierne a un sistema lingüístico, todas las interrelaciones entre los elementos y los distintos niveles de una lengua –sistema de transmisión, estructura, contexto, sentido, etc. El aprendizaje de la primera lengua se lleva a cabo de manera natural y en un período determinado. Si este aprendizaje no se hace, o se hace de manera imperfecta, no se puede recuperar. En posesión de una primera lengua, el niño dispone del equipamiento cognitivo necesario para aprender una segunda lengua si las circunstancias lo imponen –cf. sobre todo en el caso de las minorías lingüísticas. Lo mismo ocurre con los sordos. Pero “la reducción o la canibalización de la lengua de señas a un código imperfecto del inglés puede hacer que el objetivo que nos proponemos fracase y que el niño sea tan incompetente en una lengua como en la otra” (Stokoe).

En otros términos, el joven sordo manejará mejor el inglés si se ha respetado su lengua. Me parece efectivamente, que los profesores que enseñan el inglés a los sordos son los más hostiles a esos sistemas y los más fervientes partidarios de la Ameslan.

A modo de conclusión

Las condiciones favorables al reconocimiento de la lengua de señas

Para muchos Estados Unidos era considerado como el paraíso de las señas, y por lo tanto el paraíso de los sordos. La diferencia que existe con respecto a Francia es tan marcada que podemos considerarlos el día y la noche. Pero me

parece que es posible matizar las cosas. En Estados Unidos el sol recién se levanta, es aún la aurora.

No debemos caer en la misma ilusión que los visitantes franceses en la víspera del Congreso de Milán, cuando constataron que en todas las escuelas de Italia todos los niños hablaban y que, por muy italianos que fueran, lo hacían sin mover las manos. Esto duró sólo una temporada, el tiempo de un congreso, el tiempo de la visita preparada para aquellos que querían creer en ello.

Más de una intervención de los delegados americanos mostró hasta qué punto la lengua de señas no es aun plenamente reconocida. El combate contra la tiranía oralista todavía no ha sido ganado. Los tiempos en los que un puñado de educadores oralistas podían lograr que se promulgara una ley –aun en vigor hoy–, que prohibiera el uso de la lengua de señas en las escuelas de Massachusetts, no están lejos. Menos lejano aun es el tiempo en que fue necesaria una campaña nacional para terminar con el poder que se había otorgado la asociación americana más poderosa, de prohibir “por el bien de los sordos” la difusión en televisión del teatro nacional de sordos. Fueron incluso los sordos californianos mismos lo que se indignaron, como si se tratara de un insulto hacia ellos, de que un canal de televisión de la costa oeste hubiera retransmitido un importante encuentro nacional de fútbol americano en Ameslan¹⁴.

El vigor de las intervenciones, la denuncia de ciertas prácticas con respecto a los sordos, evidentes a tal punto que en Francia no podríamos concebirlas sin indignación, nos muestran que la situación es otra. No podemos crear artificialmente el clima que nos permita hablar de lo que en Francia ni siquiera está prohibido por ley porque son cosas que a nadie se le ocurrirían.

Sería interesante poder analizar lo que ha permitido y contribuido al nacimiento de ese movimiento a favor de las señas. Esto permitiría entrever cuales son las posibilidades de un movimiento similar en Francia, para poder acelerarlo¹⁵.

14 Charlotte Baker fue quien nos contó este último ejemplo.

15 Existen en Francia algunos indicios de un movimiento de este tipo. Durante el curso de mantenimiento y perfeccionamiento de la educación de los adolescentes deficientes auditivos, llevado a cabo a principios de julio de 1975 en Jarville-la-Malgrange, se redactó un informe dirigido a los establecimientos de la F.I.S.A.F., que recordaba que se debe “respetar el deseo de los sordos de encontrarse entre ellos y de usar el lenguaje que les resulta más espontáneo”. Las jornadas de estudio sobre la comunicación, a la ocasión del décimo aniversario de Epheta, en octubre pasado, indican el camino recorrido por una asociación cuyo nombre era sin embargo todo un programa. La *Revista General de la Enseñanza de los Deficientes Auditivos*, abrió sus columnas (4, 1975) al alegato caluroso y decidido a favor de la comunicación total de J. Dreillard, Director pedagógico

Este movimiento, que todavía no ha dado todos sus frutos, comenzó hace apenas unos diez años. Se inició al mismo tiempo que otro movimiento similar que, por otros caminos, revolucionó de forma más espectacular países como Dinamarca y Suecia, que en ese momento estaban apegados al más estricto oralismo. Fue por esto que resultó una verdadera revolución.

Sabemos en efecto que cuando se trata de un tema que despierta tantas pasiones, como el pleno reconocimiento de la lengua de señas, no son los argumentos lo que vale y de nada sirve afinarlos. Sólo importan las situaciones sociales y las situaciones psicológicas que permiten oírlos, discutir acerca de ellos sin pasión e incluso ni siquiera discutir acerca de lo bien fundado de esos argumentos ya que resultan evidentes. En estos casos la disputa tendrá como objeto únicamente las consecuencias que se desprenden de un tal reconocimiento.

Lamentablemente, carecemos de elementos que nos permitirían hacer este análisis para los Estados Unidos, Suecia o Dinamarca.

La medicina francesa estaría tan retrasada con respecto a la medicina de los Estados Unidos y de otros países occidentales, que no podemos encontrar en nuestro país la siguiente evolución: antes del uso de los antibióticos 30 a 40% de los niños sordos norteamericanos, habían perdido la audición después de haber aprendido a hablar. Hoy, el 95% son sordos prelocutivos¹⁶. Es difícil discernir la transformación radical en la evolución de los espíritus de quienes se ocupan de los sordos en Estados Unidos desde hace quince años. Este hecho jamás fue presentado como hipótesis para explicar lo que ocurrió. Se lo utiliza más bien como un argumento dirigido a los educadores que insisten en ignorarlo o en sacar las consecuencias que de él se desprenden. Por fundamental que sea, el impacto de un cambio semejante nunca es directo. Puede percibirse por ejemplo, a través de la disminución del éxito de la escuela oralista.

Efectivamente, el cambio en los espíritus se explica más a menudo por el fracaso de la escuela. De la escuela oralista, por si es necesario aclararlo. La enseñanza oralista norteamericana es tal vez de bastante menor calidad que la

del Instituto de Jóvenes Sordos de Marsella, cosa que hubiera sido difícil de imaginar hace algunos años. Finalmente, la Dirección del I.M.P. de Saint-Laurent-en-Royans confió a Christian Deck la responsabilidad de la enseñanza en señas a los jóvenes sordos con retraso mental, lamentablemente ésta es la única iniciativa de este tipo en Francia.

16 Mc Cay Vernon, « Current etiological factors in deafness », *American Annals of the Deaf*, 113, 1968, p. 106-115; cf. también Eugene D. Mindel et Mc Cay Vernon, *They grow in Silence, the Deaf Child and his Family*, National Association of the Deaf, 1971, p. 96.

nuestra. Es difícil juzgarlo. Pero aunque la nuestra fuera peor, es difícil pensar de qué manera podría hacerse aquí un balance semejante. Hemos visto más arriba todo lo que se opone al reconocimiento de un fracaso. A las razones que ya hemos mencionado debemos agregar otra. Si queremos comparar la enseñanza oralista y los logros intelectuales y escolares de los sordos a quienes se les negó el acceso a su lengua desde la infancia, con la enseñanza a través de la comunicación total y los logros de los sordos que desde la infancia comunican con su entorno en lengua de señas, es necesario que ambas políticas existan. Si bien el movimiento a favor de la lengua de señas es reciente en Estados Unidos, ésta nunca fue proscrita. Esto hace que la comparación sea posible.

Ahora bien, quienes han podido conservar su lengua no sólo obtienen mejores logros en general, sino que su dominio del inglés no es inferior al de los otros. Podemos analizar las razones. Si consideramos únicamente los resultados, estamos tentados de afirmar que es una lástima sacrificar tantas cosas por miedo a que no hablen, puesto que cuando se las sacrifica los resultados en cuanto al habla no son mejores¹⁷.

Pero lo sorprendente de ese movimiento es que no se trata del simple reconocimiento de las señas por parte de quienes se ocupan de los sordos. Los sordos llevan adelante la ofensiva.

Como el combate de los sordos se sitúa en un terreno que puede compararse más con el de las luchas de ciertas minorías étnicas o lingüísticas oprimidas que con la lucha por el reconocimiento que llevan adelante otros discapacitados, estamos tentados de atribuir cierta importancia a los lingüistas. Los lingüistas han conferido a la lengua de señas un estatuto de verdadera lengua y, a través del cambio radical que hemos señalado, han vuelto a dar a los sordos autonomía y un lugar central en la definición de la lengua. De este modo los han afianzado en la afirmación de su identidad.

Cualquiera sea la importancia de los lingüistas en el movimiento de toma de palabra y de afirmación de sí de los sordos, me parece importante destacar

17 Cf. las investigaciones acerca de las consecuencias del recurso precoz a la comunicación manual, Meadow, Kathryn, 1968, "Early manual communication in relation to the deaf child's intellectual, social and communicative functioning", *American Annals of the Deaf (A.A.D.)*, 113, 29-41. Vernon, M. And Koh, S.D. "Effectives of early manual communication on achievement of deaf children", *A.A.D.*, 1970, pp. 527-536. Stuckless, E.R. and Birch, J.W., 1966, "The influence of the early manual communication on the linguistic development of deaf children", *A.A.D.*, 3, pp. 452-462. Montgomery, G.W., 1966 "Relationship of oral skills to manual communication in profoundly deaf students". *A.A.D.*, 3, pp. 557-565, *et alt.*

un aspecto remarcable de las relaciones que tienen con ellos. A diferencia de la mayoría de los profesionales que se ocupan de los sordos —educadores, ortofonistas, médicos, etc.— los lingüistas tienen bastante poco para darles. Más precisamente tal vez, sucede que los lingüistas esperan mucho de los sordos, mucho más que lo que ellos mismos pueden darles. Los lingüistas se niegan incluso a darles a los sordos lo que les piden: un “modelo” normativo de la Ameslan. En lugar de eso les ofrecen únicamente su curiosidad y continúan recorriendo el país, recolectando señas e interesándose por la manera de señar de los sordos de todas las categorías sociales. Cuando estos últimos, para hacerles honor, se esfuerzan por señar “correctamente”, los lingüistas se encargan de aclarar que eso no les interesa, lo que les interesa es su manera natural de señar. Es así que lo que ellos escondían guardándolo para sí mismos, a veces por vergüenza, pero en general porque pensaban que no merecía que se le prestara atención ni que se le concediera existencia, se transforma en algo valioso.

No puedo evitar comparar este tipo de relaciones —para tratar de comprender la paradójica eficacia— con los comentarios de Barbara Kanapell sobre el artículo de Lars Von der Lieth, presidente de la comisión de psicología, sobre todo del siguiente pasaje: “Muchos discapacitados —decía— tienen vidas ricas porque en sus relaciones con los demás, sobre todo con sus semejantes, dan y reciben sobre un pie de igualdad, aunque tendamos a considerarlos como personas que reciben”.

Barbara Kanapell analizó la relación entre el desprecio de sí mismo —y de su propia lengua— que resulta tan impresionante encontrar en tantos sordos, y el hecho de estar condenado siempre a recibir y nunca a dar. Ella señaló el cambio que tuvo lugar en sí misma cuando pudo dar algo a los oyentes siendo sorda. Desaparecieron al mismo tiempo el desprecio por sí misma y la profunda hostilidad hacia los oyentes, a quienes percibía de manera uniforme como dispuestos a ayudar, pero no a recibir nada de los sordos. Es cierto que fue necesario que se presentara la oportunidad de dar algo como sorda a los oyentes. Más allá de su trabajo como lingüista, ella ayuda a los padres de niños sordos enseñándoles la Ameslan, aconsejándolos sobre la educación y explicándoles lo que significa ser sordo. Pero estamos en Estados Unidos, las condiciones están dadas para que esto suceda.

En Francia no paramos de hablar de integración, pero en realidad no aceptamos nada de los sordos, y no existe ninguna institución en la que el sordo, por ser sordo, aporte algo a los oyentes. Se tolera con bastante dificultad que los sordos prefieran estar entre ellos en lugar de estar con los oyentes y que busquen entre

sí lo que les negamos puesto que lo guardamos únicamente para los intercambios entre nosotros, esto es los intercambios sobre un pie de igualdad. Nos felicitamos por esta intolerancia y la llamamos orgullosos hostilidad hacia los guetos. Esta intolerancia –o si preferimos, esta pasión por la integración– es tan fuerte que, no contentos con estimar que no tenemos nada que recibir de los sordos, les prohibimos incluso dárselo a sus semejantes. La enseñanza no es más que un ejemplo entre otros, pero ciertamente el más significativo y espectacular. No sabemos qué inventar de nuevo para ellos. Algunas solicitudes demasiado vivas, disimulan mal la voluntad de no darles sobre todo un lugar. Aceptar al sordo es aceptar su lengua. Esto es demasiado aquí. En el mejor de los casos se la tolera ya que no se puede hacer otra cosa. Pero no se la reconoce.

Lengua de señas francesa, francés señado y francés manual

Durante una sesión de la Comisión de psicología hubo un intercambio bastante vivo entre los delegados de diferentes países, unos sordos y los otros oyentes. Algunos sordos norteamericanos manifestaron estar en contra de la comunicación total. El presidente de la Comisión puso término a la discusión argumentando que no era el momento de pelearse entre nosotros, cuando en ciertos países recién acabábamos de vencer al oralismo.

Los delegados franceses, así como los suizos o los latinoamericanos, hubieran podido pasar por alto este incidente, o pensar que lo que se ponía en juego no justificaba la pasión desatada por el debate. ¿Lo principal no es, en efecto, que las señas sean reconocidas? Si la reacción de los norteamericanos hubiera sido registrada, hubiera sido percibida como un exceso, incluso como una fantasía, o en todo caso como un lujo que les está permitido únicamente a ellos, los niños mimados del país del Tío Sam.

El análisis que presentamos más arriba muestra que no se trata de un problema menor. Un contexto desde todo punto de vista más favorable, les ha permitido a nuestros amigos norteamericanos hacer un análisis de esta realidad, algo que nosotros no estamos en condiciones de hacer debido a la prohibición que recae sobre ella y que nos impide incluso observarla con buenas intenciones. Esto no quiere decir que lo que sostienen tenga que ser relativizado. No creo que debamos ponerlo entre paréntesis o evitar hablar de ello con el pretexto de que un punto de vista demasiado avanzado sería perjudicial para el buen desarrollo de las ideas. Digo esto porque para algunos, este análisis viene a agitar las aguas y resulta inadmisible. Teniendo en cuenta la hostilidad de la que puede ser objeto la lengua

de señas, es necesario no choquear a nadie y avanzar prudentemente por etapas.

Hay otro tipo de relativismo al que no adherimos plenamente. Me refiero al punto de vista que considera que lo que vale para Estados Unidos no vale para Francia, y que muestra que no nos gusta recibir lecciones de ese país al que tanto le gusta darlas. Me parece que deberíamos tomar las cosas buenas que puedan ser tomadas, sobre todo porque en materia de sordos, aceptar lo que viene de Norteamérica es aceptar algo bueno para nosotros. Habiendo recorrido el camino a su manera, nos transmiten una idea de las cosas con las que podríamos encontrarnos ahora, si hubiéramos seguido nosotros mismos el camino que les indicamos a ellos hace más de un siglo a través de L. Clerc.

Al contrario, creo que deberíamos sacar provecho de la experiencia de Estados Unidos y del análisis de los lingüistas. Deberíamos reflexionar acerca de la toma de posición de muchos sordos norteamericanos para evitar ciertos errores que ellos cometieron y acceder de este modo más rápidamente a un mundo nuevo. Sería lamentable que, con el pretexto del progreso, nos encontráramos en la misma situación que precedió y motivó el congreso de Milán. Quiero señalar que lo que varios congresistas atacaban era la confusión entre lenguas, y pedían que cuando se señee no se hable al mismo tiempo, y cuando se hable no se señee.

Aquí hay un problema que me parece importante formular. En Francia resulta difícil imaginar de qué modo podría introducirse la lengua de señas si no fuera bajo la égida de la *comunicación total*. El análisis de los lingüistas se opone a la posición que me parece que adoptan, si no todos, la mayoría de los partidarios de la comunicación total.

No podemos estar en contra de la filosofía que sostiene la *comunicación total*, es decir, el principio que afirma que lo que cuenta es la comunicación y poco importan los medios que se empleen para lograrla: ninguno debe ser privilegiado ni excluido *a priori*. Pero ya sea por elecciones circunstanciales o por su lógica interna, la comunicación total parece ir en contra de lo que persigue: viene acompañada de un nuevo fetichismo, el fetichismo de los medios, de la lengua. Fetichismo que recae no sobre la lengua oral –y/o escrita– sino sobre la lengua de señas, que se transforma en una caricatura. Las señas, en lugar de ser medios de *comunicación*, se vuelven una vez más, pretexto de *control* y de *corrección*.

El otoño pasado, al final de una reunión en la que se había hablado de la lengua de señas y de su reconocimiento, algunos docentes hicieron una declaración común: se negaban a aprenderla –y defendían esta postura con cierto orgullo– argumentando que se trata de un “petit negre” que dice “caramelo mamá dar”.

No habría una forma más clara de negarle a la lengua de señas el estatuto de lengua.

Lo mismo sucedería si tuvieran que enseñarles el francés a jóvenes rusos y se negaran a aprender ruso, con el pretexto de que las palabras no siguen el orden de la sintaxis del francés, y que no existen los artículos ni las cópulas. *Dom drouga krassivi*, “casa amigo linda”, he aquí –dirán– una manera bastante primitiva de decir “la casa de mi amigo es linda”. Y, por otro lado, ¿quién nos asegura que se trata de mi amigo y no del tuyo o del suyo? Decididamente, el ruso no tiene ni la elegancia ni la precisión del francés. Si se lo traduce palabra por palabra, el ruso no es menos “petit negre” y fuente de malentendidos que la traducción palabra por palabra con la que nos quisieron demostrar antiguamente la superioridad del latín.

El profesor de francés que deje de lado su desprecio por el ruso y lo aprenda sin esperar la buena noticia de que lo han ordenado de manera correcta, descubrirá que las cosas no son tan simples y que el ruso no es tan primitivo como parece. Descubrirá que, aunque es difícil traducir en ruso ciertas expresiones del francés, esto no demuestra su inferioridad, puesto que la misma dificultad existe en sentido contrario. Se trata simplemente de otra lengua, es decir, de una manera diferente de aprehender el mundo, de pensar y de sentir. Casi no valdría la pena aprender otra lengua si ésta fuera el duplicado exacto de la propia.

En general las personas que enseñan su lengua a extranjeros son bilingües, es decir que conocen la lengua de sus alumnos, la respetan y la toman tal como es, sin juzgarla y sin atribuirse el derecho de legislar sobre ella. Sus alumnos, independientemente de la edad que tengan, comprenden y aceptan que la otra lengua posea una sintaxis diferente, la sintaxis de la lengua que aprenden, que quieren conocer y que esperan de su profesor. Recibirían de mala manera las lecciones de un profesor que, equivocándose de objeto o de manera propedéutica, en lugar de enseñarles su lengua tratara de mostrarles cómo hablar en la de ellos.

Sucede más a menudo que la persona que enseña una segunda lengua sea bilingüe, pero comparta con sus alumnos la misma lengua materna. Esto no ocurre en el caso de los sordos, ya que un sordo no está habilitado para enseñar el francés a sus pares.

Entre los partidarios de la lengua de señas, que son cada día más, la mayoría está de acuerdo con los adversarios en este punto. Se dice que hay que ponerse a trabajar, reunir a los especialistas, formar comisiones de estudio, que hay que enriquecer la lengua de señas, codificarla y ordenarla, y sobre todo crear un francés señado que no tenemos.

Preconizar las reuniones de expertos es frecuentemente, igual que en la administración pública, una manera de diferir las reformas, de posponerlas. Pero sobre todo, la idea de someter la materia a la opinión de los expertos, muestra precisamente el vicio que nuestros amigos norteamericanos no paran de denunciar¹⁸.

Estoy dispuesto a afirmar que existe el francés señado, aunque se diga lo contrario. Pero para esto es necesario mirar las cosas con más detenimiento.

Cuando le pedimos a un sordo que nos muestre cómo se dice en señas tal o tal proposición, a menudo –y sobre todo si ha sido educado– nos indicará cómo se debe hacer, y luego cómo hace la mayoría por negligencia o para simplificar. En general tenemos allí la diferencia entre una forma de señar que explicita todos los pronombres y respeta el orden de la sintaxis francesa –manera de señar que el sordo empleará para una exposición pública, sobre todo si habla al mismo tiempo– y, por otro lado, una forma que corresponde a la lengua de señas tal como se la habla si podemos decir. En otros términos, un francés señado opuesto a la lengua de señas francesa familiar, a la que deberíamos simplemente llamar *lengua de señas francesa*.

18 Está claro que no negamos el interés de los grupos de trabajo que se interesan en la lengua de señas. Pero si lo que queremos es cambiar las cosas, tampoco debemos sobreestimar su importancia y pensar que pueden legislar sobre todo en materia de señas. No son las Academias las que hacen la lengua. La variedad de señas es un tema que preocupa a algunos, me permito reproducir el comentario del redactor de *Sing for our times* (n° 37, dic-ene. 75-76) sobre una serie de artículos del *Deutsche Gehörlosen-Zeitung*. “Hay demasiadas señas para un solo y mismo sentido, declara la publicación de sordos alemanes (8, 1975, 205). Por ejemplo, encontramos 250 señas para decir lunes. Sólo en la región de Hamburgo, en una encuesta que incluye desde las escuelas hasta los hogares de ancianos, se relevaron 19 señas diferentes para decir lunes”. En otro número (10, 263) un artículo sobre la estandarización de la lengua de señas recuerda a los lectores la diferencia entre los léxicos y la lengua que utilizamos concretamente: “En 1970, Bernard Stovesand, el capellán de los sordomudos, reunió 1000 señas. ¿Quién las utiliza?” El comentarista de S.T. estima que en Alemania ocurre lo mismo que en Estados Unidos, “las reuniones más frecuentes (*increased face-to-face interaction*) entre sordos señantes, hasta entonces separados, *estandarizarán* las señas mucho más rápidamente de lo que podrían hacerlo los comités, los manuales y los inventores de nuevas señas”. En cuanto al gran número, 19 y 250, de símbolos *diferentes* con el mismo sentido, es necesario juzgarlos con un poco más de refinamiento lingüístico. Un encuestador en fonética puede encontrar 19 maneras de pronunciar Monday en 19 informantes diferentes que hablen inglés; al mismo tiempo, cada uno comprenderá a los otros 18 cuando pronuncien ese término. Lo que debe ser estudiado es cuántas señas dentro de la variedad son consideradas como *la misma seña* por los hablantes nativos de la lengua.

Por otro lado, es difícil pensar que los sordos podrían estar aislados a un punto tal que la lengua del país en el que viven no interfiriera de algún modo con la suya, introduciendo en ella una franca diglosia o un continuo jerarquizado que siempre ha existido tal como muestran los escritos del siglo XIX. Que la lengua de señas esté desterrada de las instituciones no cambia el fondo del problema, sin embargo, esto tiene consecuencias en ciertas modalidades de la diglosia. Hay materia para interesantes investigaciones para los sociolingüistas. No sé si se puede generalizar esta observación personal muy parcial y tal vez circunstancial: no he encontrado en Estados Unidos ningún sordo que acompañe las señas con movimientos de los labios como si dijera algunas palabras, cosa que es muy frecuente entre los sordos franceses. Si esto fuera generalizable me parece que podríamos hacer la doble hipótesis de que la forma francesa tiene que tener consecuencias sobre la estructura de la lengua y que podemos atribuirla a la educación oralista. Esto acabaría con los eventuales temores de los extremistas que piensan que la introducción de las señas en la educación podría atentar contra la pureza de la lengua, puesto que sería inevitablemente un francés señado hecho por oyentes.

En realidad, cuando se dice francés señado, en general se hace referencia a un francés manual. Es por esto que afirmo que algunos defensores de la lengua de señas coinciden con sus adversarios más determinados. Si la lengua de señas, para estar a la altura de las circunstancias, debe ser una especie de duplicado del francés y en ese sentido siempre inferior a él, entonces la lengua de señas no es una verdadera lengua o deja de serlo de aquí en más.

Me parece que muchos educadores pecan por querer hacer demasiado. La tarea de enseñar a los sordos el francés, el cálculo, la historia, la geografía, las ciencias, la instrucción cívica, el código de tránsito y quién sabe cuántas cosas más, no es suficiente como para encargarse también de ser profesor de “bien señar” o para presentarse como modelo. Al menos en ese aspecto deberían dejar de hacer el esfuerzo –imposible y cansador– de querer dar todo, hacer todo y controlar todo, tendrían que descansar un poco y por una vez ser ellos los que reciben. Deben volver a las señas para simplificar su trabajo, no para complicarlo aún más.

La enseñanza en general, tal vez desde siempre, ha estado ligada al conocimiento y a la búsqueda de dominio de la lengua. Si bien se considera que estamos en el terreno de la enseñanza cuando se transmiten nociones de historia o geografía, siempre está en juego el manejo correcto del francés escrito u oral. En el caso de los sordos, ¿hay que insistir aún más sobre el francés, o al contrario considerar que lo que importa es la historia o la geografía? Ésta era la cuestión que señalaba J. Lillo en uno de sus numerosos y estimulantes artículos sobre la enseñanza del

cálculo para los sordos¹⁹.

El objetivo principal de la enseñanza de los sordos –dice– es ciertamente la enseñanza de la lengua francesa. ¿El aprendizaje del cálculo debe estar subordinado a ello al punto tal de servir únicamente como pretexto para ejercitar el francés?

En la medida en que las nociones son comprendidas y asimiladas ¿no se puede progresar sin preocuparse por la verbalización o la redacción de las respuestas en frases gramaticalmente correctas? Si los recursos no lingüísticos nos permiten avanzar –y el autor incluye entre ellos la lengua de señas– ¿debemos privarnos de emplearlos? Lo que consideraba válido para el cálculo lo hacía extensivo también a otras materias.

El retraso en la progresión del aprendizaje del cálculo en los sordos, que había constatado en su encuesta de 1965, podía según él imputarse a esto.

Desgraciadamente J. Lillo se opone a la mayoría de sus colegas que adhieren a la posición oficial²⁰. Esto nos permite ver claramente lo que considero como el corazón de la posición oralista: la negativa de darles a los sordos lo que tienen derecho a recibir en la medida en que eso no pase a través del francés, y sobretodo del francés oral.

¿Tan importante es imponer una lengua de señas que respete la sintaxis francesa para hacer cálculos o para enseñar el código de tránsito? La única materia en la que deberíamos preocuparnos por la lengua me parece que debería ser el francés. Para enseñar esta materia sería necesario que el docente tuviera conocimientos más profundos de la lengua de señas, obviamente de la lengua de señas que los sordos usan entre ellos, y no de aquella que se habría inventado para confundir todo. Pienso en todo el provecho que se podría sacar del tipo de clases como las que describe Stokoe²¹. Se parte de un texto escrito por un sordo en el que el orden de las palabras y las reglas de gramática no son respetadas. En un trabajo común con los sordos se busca establecer la forma correcta de expresión en cada una de las dos lenguas que interfieren. Se ve en efecto que un texto de este tipo no corresponde más a la sintaxis de la lengua de señas que a la de la lengua oral.

19 J. Lillo, « À propos de l'enseignement du calcul et des mathématiques, critique de l'emploi trop exclusif de la communication linguistique (possibilité d'utilisation des moyens de substitution) », escrito en abril de 1968, y publicado recién en la *Revue générale de l'enseignement des déficients auditifs* del primer trimestre de 1970.

20 Resultados de una encuesta realizada a 200 colegas del autor.

21 William Stokoe, « A classroom experiment in two languages » in Terrence J. O'Rourke (éd.) *op. cit.*, pp. 84-89.

La diglosia en la lengua de señas Paráfrasis de un artículo de W. Stokoe²²

Lo que me propongo hacer aquí es presentar de manera parcial y bastante libre un texto importante pero ya antiguo de William Stokoe, “Sign Language Diglossia”²³. Lo ilustraré con observaciones de la situación en Francia.

Digo ya antiguo y sin embargo el libro no tiene más de diez años. Pero diez años es mucho en el campo de la investigación sobre la lengua de señas. En aquel momento W. Stokoe trabajaba casi solo. Siguiendo sus huellas, el número de investigadores y de centros especializados se ha vuelto más importante y comenzamos a ver sus frutos. Algunas de las comunicaciones presentadas en el Simposio de Chicago²⁴ son justamente el testimonio claro de los progresos realizados en los últimos años en el análisis y el conocimiento de las lenguas visuales. Podría señalar de paso que tal vez las comunicaciones más originales fueron hechas por lingüistas sordos.

Cuando digo antiguo, pienso sobre todo en el cambio de estatuto espectacular que han experimentado las señas en Estados Unidos en el espacio de una década: tendencia a la generalización de la comunicación total en las escuelas, creación y multiplicación de los programas para sordos en las universidades de oyentes, éxito creciente de los cursos de lengua de señas para padres de niños sordos, personas cercanas a la sordera o simples curiosos, aumento del número de intérpretes, y simplemente la familiarización de todos –aunque sea superficial– con una lengua que estamos acostumbrados a ver en la televisión, principalmente durante las campañas políticas que no dejan de lado a los sordos. El problema de los

²² In *Rééducation Orthophonique*, n° 100, vol. 16, 1978, p. 111-123.

²³ Publicado en *Studies in Linguistics*, 21, 1970, 27-41. El Profesor William C. Stokoe es director del *Linguistic research Laboratory* de Gallaudet College. Para más información sobre sus trabajos, cf. *Coup d’OEil*, n° 4, §3, 1977.

²⁴ Este texto retoma, actualizándola un poco, una intervención hecha en las jornadas de la ARPLOE sobre “Langues des signes et polyglottisme” en relación con el informe del Simposio de Chicago realizado por Danielle Bouvet. Cf. *Rééducation Orthophonique*, n° 97.

sordos tiende a ser planteado en Estados Unidos como un problema de minorías lingüísticas más que como una cuestión de discapacidad. Estos cambios, entre los cuales el Simposio de Chicago marca una etapa importante, tienen consecuencias sobre el tema tratado aquí por W. Stokoe.

Si este último tuviera que volver a escribir ese texto, lo haría –pienso– de manera un poco diferente. Modificaría ciertos detalles seguramente. Pero, sobre todo, tendría que extenderse sobre ciertos puntos para dar cuenta de lo que pasó. Lo esencial, sin embargo, permanecería igual. Es un clásico.

Este texto me parece indispensable para comprender lo que ocurrió en Chicago. Nosotros, que todavía no hemos llegado a este punto, podríamos hacer de él un uso acorde a ciertos intereses. El texto debería resituar y aclarar ciertos problemas que todo el mundo se plantea aquí con respecto a la lengua de señas. Debería sobre todo incitarnos al realismo y ayudarnos a tomar de manera más inteligente algunas decisiones que se han vuelto urgentes, a saber las que se refieren a: la enseñanza de la lengua de señas a los oyentes que quieren aprenderla, que son cada vez más; el aprendizaje de esta lengua por parte de los niños sordos en el marco de la educación precoz, a una edad en la que –al igual que los demás niños– aprenden a manipular el lenguaje; las modalidades de su reintroducción en la educación de los sordos. Lugar en el que surgió el conflicto en primer término y en el que se tiende a confinar todas las discusiones al problema de la lengua, creyendo que es únicamente allí que se la aprende y que se hace un buen uso de ella. Sin embargo, toda lengua es hablada en el hogar, en la calle o en la plaza pública, antes de que se la hable y enseñe en la escuela.

La diglosia

Existen muchas comunidades lingüísticas en las que “las mismas personas utilizan dos o varias versiones de la misma lengua según las circunstancias”. Charles A. Ferguson propuso llamar diglosia a esta situación. En la cuenca mediterránea existió durante siglos una situación de diglosia en la que coexistían diferentes lenguas romances destinadas a los usos populares, y el latín reservado a los sabios. En la actualidad, China es un ejemplo de diglosia a gran escala. En el artículo donde desarrolla esta noción por primera vez, Charles Ferguson toma el ejemplo del árabe, del griego moderno, del suizo-alemán y del criollo haitiano. Opone una versión de la lengua calificada como alta (A), en este caso el árabe

clásico, la katharevusa, el hochdeutsch y el francés, a una versión baja (B), el árabe dialectal, la dhimotiki, el schwyzertütsch y el criollo²⁵.

W. Stokoe retoma este artículo casi término a término. Reexamina el conjunto de características puestas en relieve por Ch. Ferguson y muestra que la noción de diglosia corresponde perfectamente a la situación lingüística de la comunidad de sordos norteamericanos. Esta noción hace posible que la lengua de los sordos sea examinada desde un punto de vista diferente del que prevalecía hasta ese momento: hasta entonces se la consideraba de manera unitaria y sin ninguna referencia a las situaciones contextuales que los sociolingüistas colocan en el centro de sus análisis. Este análisis es el preludio del gran vuelco que permitirá a los sordos tomar consciencia de su lengua, sentirse orgullosos de ella, afirmar su originalidad y –si podemos decir– reapropiársela. En la lengua de señas americana –dice Stokoe–, la versión alta “A” es el inglés, pero un inglés presentado de manera inhabitual: no de manera oral sino visual. Esta presentación puede hacerse por medio de la dactilología –alfabeto manual–, que resulta poco práctica y que no representa el inglés hablado sino el escrito. También puede hacerse recurriendo a alguno de los sistemas, en parte artificiales, capaces incluso de introducir en la lengua de señas el sistema de inflexiones del inglés. En general lo que se utiliza es una mezcla más natural de señas y de dactilología emitidas siguiendo el orden de la sintaxis del inglés. En la actualidad, tal vez a partir de este artículo, se llama a “A” inglés señado o manual. Durante mucho tiempo se lo llamó “forma correcta” o “forma gramatical de señar”. El gesto que designa “B” puede traducirse como “seña”, pero –igual que en Francia– este gesto se aplica también a “A”. Designa el conjunto de todo lo que es señado, las dos versiones. Sin embargo en inglés existían algunas expresiones para designar “B” que hablan por sí mismas, como “real deaf sign language”, “deaf-deaf language”, “streer signing”, “low verbal sign language”²⁶.

Digamos de entrada que esta situación –la coexistencia dentro de la lengua de señas de dos versiones bien diferentes “A” y “B”–, no es específica de Estados

25 «Diglossia», artículo publicado en *Word*, 15 pp. 325-40 (1959), reproducido en su recopilación de textos junto a otros artículos sobre la diglosia, “Language Structure and Language Use, Essays” by Ch. Ferguson; Standford University Press, 1971.

26 Expresiones extraídas de Louis J. Fant Jr.: “Ameslan, an introduction to American Sign Language”, Joice Motion Picture Co, 1972.

Unidos, aclaremos que comprender una no implica comprender la otra. El hecho de que la lengua de señas no esté desterrada de la enseñanza puede contribuir a dar ciertas características a la diglosia. Pero no es esto lo que la constituye. Al menos que la comunidad de sordos se encuentre completamente aislada de la sociedad oyente, cosa que parece bastante poco probable, la diglosia existe siempre. La diglosia ha sido estudiada en Suecia y en Dinamarca. También en Gran Bretaña, donde la lengua de señas no es más apreciada por los profesionales oyentes que en Francia²⁷. Ella existe aquí. Lo que a veces llamamos “la manera correcta de señar” es “A”, y deberíamos llamarlo *francés señado*. Lo que todavía designamos como la manera de señar de los sordos no educados, y veremos que no les corresponde únicamente a ellos, es simplemente “B”, y deberíamos llamarla *lengua de señas francesa*.

Veremos algunas características de la diglosia.

Especialización de las funciones

Ch. Ferguson recopila una docena de situaciones en las que se utiliza “A” o “B”. Estas situaciones corresponden a otras tantas en las que se recurre ya sea a “A” o a “B” en lengua de señas. Resumiendo, podemos decir que se utiliza “A” en las situaciones formales, oficiales, para hablar de temas “serios”, “culturales”, “sagrados” —radio, T.V., conferencias, salas de clase— y se emplea “B” en la vida cotidiana.

Insisto, el recurso a una u a otra versión está determinado por la *situación*. No tiene que ver con la persona. Ciertamente algunos pueden tener un mejor manejo de una u otra de las versiones y se sentirán más cómodos según las situaciones en las que se encuentren. Estas situaciones son imperativas. Quien utilice “A” en las situaciones que requieren “B”, se expone al ridículo, del mismo modo que quien emplee “B” cuando se necesite “A”. El juego tiene sus reglas y es a veces intrincado. En todos los ejemplos que cita Ferguson, el diario se lee en “A”, pero se comenta en “B”.

En la emisión semanal de Antenne 2 para sordos e hipoacúsicos, Joëlle Laniepece et Claude Marcotte utilizan “A”. Esto es claro ya que señan y hablan

27 Para la lengua de señas sueca, cf. el estudio de B. Bergman citado en *Coup d’Œil*, n° 6, §5, 1977. Para la lengua de señas danesa, cf. Britta Hansen “Varieties in Danish Sign Language and Grammatical Features of the Original Sign Language” *Sign Language Studies*, 8 pp. 249-256. Para la lengua de señas británica, cf. Margaret Deuchar “Sign Language diglossia in a British Deaf Community” en *Sign Language Studies*, 17 (1977), 347-356 y *Coup d’Œil* n° 10, § 6 (marzo 1978).

en francés al mismo tiempo. Si algunos sordos se quejan de no entender –cosa que sorprende a los oyentes–, no se debe tanto a que se emplean señas de Saint-Jacques o de Saint-Jean-de-la-Ruelle²⁸ como se dice a menudo, sino a que se utiliza “A”, es decir el francés, que no es accesible a todos los sordos. Del mismo modo, naturalmente, cuando Christine Fournier interpreta las intervenciones de los expositores de las jornadas de la ARPOLE utiliza “A”. En cambio, se expresa de una manera completamente diferente –en “B” –, cuando debe interpretar a un sordo en una comisaría²⁹. Lo mismo vale para Joëlle Laniepce y Claude Marcotte cuando conversan de manera natural con otros sordos. Emplean una lengua diferente de la que utilizan en la televisión. Conviene señalar incluso que se trata de oyentes, es decir, de personas extranjeras a la comunidad. La regla en las situaciones de diglosia, es que los miembros de la comunidad se dirijan a los extranjeros en “A” –en la medida en que la conozcan– y no en “B”, que está reservada a los miembros de la comunidad³⁰.

Prestigio

“A” es evidentemente considerada como superior que “B”, incluso hasta el punto de negar la existencia de “B”. Algunos árabes declaran desconocer por completo el árabe que es sin embargo su lengua, la que usan a diario. Esto es porque se refieren a “A”, la única versión que tiene para ellos estatus de existencia, y que merece el nombre de lengua.

Cuando se trata de lenguas es curioso ver hasta qué punto se le presta poca atención a la lengua que más se habla, o en todo caso a la que se habla más frecuentemente, o a la que habla la mayoría. Para juzgarla sólo se toman en cuenta las situaciones excepcionales en las que se hace un uso erudito. Hay otro modo de negar la existencia de “B” por parte de los letrados. “Si alguien que no habla árabe le pidiera a un árabe instruido que se lo enseñe, éste le enseñará naturalmente

28 N. de T.: dos escuelas para sordos. El Institut des Jeunes Sourds de Paris (INJS), en la calle Saint Jacques. Y el Institut Régional pour Sourds et Déficients Auditifs (IRESDA), en Saint-Jacques-de-la-Ruelle, Francia.

29 Christine Fournier desarrolla claramente este punto en su artículo sobre “Le problème des interprètes en langue des signes” publicado en *Coup d’Œil*, n° 10, § 2, marzo de 1978.

30 Las razones, al igual que todas las implicaciones de este comportamiento han sido estudiadas sobre todo por H. Markowicz y J. Woodward en “Language and Maintenance of Ethnic Boundaries in the Deaf Community” traducido al francés en los *Proceedings of the World Congress of the Deaf*, Washington D.C., National Association of the Deaf, 1976.

“A”, e insistirá diciendo que es el único que debe emplearse”. Él mismo está convencido de que habla únicamente en “A”, del mismo modo que el haitiano cultivado de Puerto Príncipe, que afirma emplear siempre “A” (francés) y nunca “B” (criollo)³¹. Ante la evidencia, si se los confronta con el hecho, uno y otro se defenderán diciendo que se trata de excepciones sin consecuencias, de paréntesis sin importancia: simplemente, si no recurrieran a “B” no podrían hacerse comprender en su vida cotidiana por sus mujeres, sus hijos, sus domésticos o cualquier otro locutor de su comunidad lingüística.

Lo mismo ocurre con la lengua de señas.

Esto es cierto en Estados Unidos. W. Stokoe relata que cuando comenzó a estudiar la lengua de señas, encontraba únicamente sordos que empleaban “A” y que afirmaban desconocer “B”. Algunos admitían que podía haber una “pequeña diferencia” entre el modo de señar que usaban con su mujer o sus hijos, o en la sala de clases. W. Stokoe notó sin embargo, que la mayoría señaba en “B” cuando hablaba con él sobre otros temas y no sobre la lengua de señas. Con respecto a esto, W. Stokoe narra algunas anécdotas que harán reflexionar a todos los investigadores que se inician y recurren a informantes sordos para conocer la lengua de señas.

Esto es cierto también en Francia. Actualmente, y tal vez incluso más que antes —en la medida en que hablamos de volver a hacer un lugar a las señas en la educación— es común ver a los sordos instruidos quejarse de la manera en la que la mayor parte de los sordos se expresan en señas. Les indican cómo deben hacer. Pero lo que les muestran es francés, un francés presentado de manera visual, seña por palabra, en otros términos “A”. Y les aseguran que es esto lo que ellos mismos emplean.

En una conversación con otros sordos, mientras toman un trago y hablan de deporte o de la elección de la última Miss Francia sorda, estos mismos sordos abandonan rápidamente la forma que preconizan (“A”). También pueden decir que necesitan ponerse al nivel de sus interlocutores, pero esto ya da que pensar. Es cierto que un sordo podrá manejar bien “A” si conoce bien el francés. Y, como sabemos, no es el caso de todos. Pero hay aún más. Inclusive en las conversaciones corrientes entre locutores que conocen “A”, se recurre a “B”, por una serie de motivos que no analizaré aquí, aunque podríamos resumir diciendo que es simplemente porque se trata del modo más cómodo y económico.

31 Encontraremos varios ejemplos particularmente significativos acerca de esto en el libro de Dany Bébel-Gisler, *La langue créole, force jugulée*, Paris, L'Harmattan, 1976.

Algunos oyentes que querían aprender la lengua de señas se dirigieron a J. Jouannic, que aceptó enseñárselas. Así fue como se creó en Francia el primer curso de lengua de señas, que fue rápidamente seguido por otros. Como si fuera obvio, espontáneamente J. Jouannic comenzó enseñando “A”. No solamente hacía una selección entre las señas “buenas” y “malas”, sino que pretendía que se hablara y se señara al mismo tiempo. Así, casi relegadas a ser una ayuda y un soporte de la palabra, puntuando lo dicho, ilustrándolo de alguna manera, las señas se organizan de manera muy diferente que en las conversaciones corrientes entre sordos. Desaparecen todos los hallazgos de la sintaxis de las lenguas visuales, la organización espacial que permite una economía sorprendente, y todas las maneras de proceder que descubren poco a poco los lingüistas y que –como ocurre con todas las lenguas– los locutores ignoran, aunque las respeten excelentemente. Los locutores de la lengua las emplean de forma tan natural que no pueden tener conciencia de ello. En la enseñanza de J. Jouannic todo esto desaparece para dejar lugar a una organización puramente lineal de las señas puestas una después de otra, tal como indica el modelo al que tiende esta forma de señar: el francés.

Es cierto que cuando J. Jouannic debía dirigirse en directo a los sordos presentes, abandonaba enseguida esta manera de señar. Incluso para indicarles cómo hacer las señas “correctamente” les daba las explicaciones en una lengua que no era la que él enseñaba: una lengua más animada, más económica y completamente hermética para los oyentes. La misma lengua que los oyentes deseaban ansiosamente aprender.

Los oyentes le explicaron que ninguno de ellos tenía la ambición de presentarse ante los sordos como un modelo del “señar bien”. Lo que deseaban más bien era acceder un poco a la práctica de la lengua que los miembros de la comunidad utilizan *de hecho* y de manera natural entre ellos en las conversaciones de todos los días. Querían conocerla y les importaba poco saber si ella era correcta o no, o si debía ser mejorada.

Este pedido era obviamente mucho más exigente y osado de lo que parecía. Jouannic se rio, mostrándoles así su pretensión. Esa lengua no era para los oyentes. Estaba reservada a los sordos. Los oyentes nunca podrían comprenderla.

Sin embargo, junto a la idea bien establecida de que el francés señado, “A”, era superior, coexistía una consciencia viva de la existencia y de la originalidad de una lengua propia a los sordos, fundamento necesario del orgullo sordo. Uno de los argumentos a favor de ella era que permitía mayor precisión.

Ésta es exactamente una de las características de las situaciones de diglosia. Incluso cuando no se niega completamente la existencia de “B”, precisa Ferguson,

existe la creencia de que “A” es superior, puesto que es “más bella, más lógica, más apta para la expresión de pensamientos importantes”. Esto puede llegar lejos. En una situación de diglosia muchas personas prefieren escuchar un discurso político o una exposición cultural en “A”, aunque les resultara mucho más inteligible en “B”. No hablemos de la religión, en la que la expresión en “B” de los textos sagrados puede considerarse como un sacrilegio. La traducción del Evangelio en *dhemotiki* habría sido el origen de los disturbios en Grecia en 1903.

Nosotros hemos conocido lo mismo. En los países latinos, en los que se hablaba toscano, francés o cualquier otra lengua que goza hoy de una buena situación, fue inconcebible durante siglos que se pudiera escribir y “pensar en serio” en otra lengua que no fuera el latín. En materia de religión esta situación se prolongará, incluso hasta el absurdo, durante unos siglos más.

Todo esto es esencial para comprender lo que sucedió realmente en el simposio de Chicago. D. Bouvet insistió acerca de la atmósfera de alborozo en la que se llevó a cabo. Esto puede sorprender a un francés. ¿No hacía ya varios años que los sordos norteamericanos habían obtenido el derecho de existencia para su lengua que tanto les envidian los sordos franceses? Nadie ignoraba ya allí, que sin recurrir a la palabra y de manera completamente gestual, se pueden expresar los propósitos más sofisticados. Pero todavía subsistía la idea de que la lengua de señas no lograba hacerlo completamente y que su valor estaba dado por la medida en que se amoldara al inglés. Era una forma más de no reconocer su propia lengua.

Actualmente es un hecho. Cuando la lengua de señas está prohibida y es oprimida, los sordos reclaman su “bella lengua”, que no es más que la lengua hablada presentada de forma visual. El simposio de Chicago tuvo tanta significación justamente porque mostró que, una vez que la opresión ha disminuido, los sordos reivindican su lengua de todos los días (“B”).

Adquisición

Desde el punto de vista de la adquisición, Ch. Ferguson precisa que los adultos emplean “B” para hablarles a los niños, y los niños utilizan “B” entre ellos. Es el medio normal de aprendizaje de la lengua materna. Contrariamente, “A” se aprende siempre de manera formal, en la escuela.

Según W. Stokoe, en el caso de la lengua de señas las diferencias en este punto no hacen más que confirmar la idea de base. Los padres sordos emplean “B” con sus hijos sordos y oyentes. Pero esto concierne únicamente a una minoría. La mayor parte de los niños sordos aprenden la lengua de señas de sus pares, en los

internados, en el patio de la escuela durante el recreo, algunos incluso más tarde. La lengua que aprenden de manera natural es “B”.

El aprendizaje de “A” no se hace en lengua de señas como en los otros casos de diglosia, ya que, contrariamente a lo que se cree, “A” es empleada en las escuelas pero no enseñada. Se la enseña solamente a los oyentes. De todos modos, como se trata de la lengua hablada del país, presentada de manera visual, ella será adquirida por los sordos –a diferencia de lo que ocurre con los oyentes– solamente a través de un entrenamiento formal. El resultado es más o menos el mismo.

W. Stokoe considera importante una observación de Ch. Ferguson y señala que en materia de lengua de señas, ella es aplicable también a los sordos que la han aprendido tardíamente: “El locutor se siente cómodo –*at home*– en “B”, a un punto que no logrará casi nunca en “A”. Esto se debe a que la estructura gramatical de “B” se aprende sin discusión explícita de los conceptos gramaticales. Al contrario, la gramática de “A” se aprende en términos de reglas y de normas a imitar”. Añadiré que ésta es una, y solamente una, de las numerosas razones que llevan a sus usuarios a pensar que “B” carece de gramática.

Características propiamente lingüísticas

Es posible analizar muchos otros aspectos de la diglosia: herencia cultural, estandarización, estabilidad –la diglosia no es necesariamente una situación inestable de transición, puede no ser un problema y durar siglos, pero no hablaremos de ellos aquí. Otros aspectos que se analizan también son las características internas propias de “A” y “B” –fonología, léxico y gramática– de los que diremos dos palabras.

“Los sistemas de sonidos de ‘A’ y ‘B’, dice Ferguson, constituyen una sola estructura fonológica. ‘B’ es el sistema de base. Los rasgos de la fonología de ‘A’ son un subsistema o un parasistema”. Lo mismo sucede en la lengua de señas, podemos verlo a simple vista. El hecho de que se hable de sistema fonológico a propósito de la lengua de señas puede parecer sorprendente para algunos. Pero es el término que se emplea, en lugar de sistema querológico, que sería más adecuado para designar las unidades gestuales elementales y no significantes utilizadas en la lengua de señas. Puesto que, conviene recordarlo, la lengua de señas posee la doble articulación³².

32 Cf. los trabajos de W. Stokoe, sobre todo *Sign Language structure: an outline of the visual communication system of the american deaf*, Univ. of Buffalo, 1960, que acaba de ser reeditado. Ver

El vocabulario es en gran parte el mismo en “A” y en “B”, dice Ferguson. Es evidente que “A” posee toda una serie de términos eruditos, técnicos y especializados que no tienen equivalente en “B”, por la simple razón de que en “B” nunca se habla de ellos. Del mismo modo, “B” comprende muchas expresiones familiares y términos relativos a la vida cotidiana y afectiva que no tienen equivalente en “A” por las mismas razones. Pero existen también muchos términos específicos de “A” y de “B” que designan a grandes rasgos lo mismo. Esto también es válido para la lengua de señas. W. Stokoe sostiene que de las casi 3000 señas que recopila su diccionario, la mayor parte pueden utilizarse indiferentemente en “A” o en “B”.

Aprovecharé para decir que no existe ningún término de la lengua hablada, incluso el más erudito, que no pueda decirse en “A”. Simplemente puede ser dicho por medio del alfabeto manual. Si es un término que se empleará frecuentemente es raro que no se transforme en seña, en una seña percibida como tal. Esto hará que se olvide su origen dactilológico, del mismo modo que se olvida el origen icónico de otras señas que lo han sido al principio. Este proceso de enriquecimiento de la lengua de señas a través del canal de la dactilología fue estudiado por Robin Battison en una obra que se publicará en breve³³.

Los principales ejemplos que da W. Stokoe de pares de señas que tienen el mismo sentido, pero que corresponden a “A” o “B”, merecerían que nos detuviéramos un momento, ya que me parece que las cosas son un tanto diferentes en el caso de la lengua de señas francesa. Pero es una cuestión de forma y no de fondo, puesto que en la lengua de señas francesa encontramos sin dificultad ejemplos de formas de hacer diferentes que empleamos según estemos en “A” o en “B”.

W. Stokoe es relativamente breve en cuanto a la gramática. Se limita a confirmar que, una vez más, las cosas ocurren tal como lo indica Ch. Ferguson. Lo esencial de lo que afirma este último es que existen grandes diferencias entre las estructuras gramaticales de “A” y de “B”, que “A” posee categorías que no se encuentran en “B”, y que “A” presenta un sistema de flexión de los sustantivos y verbos que es casi inexistente en “B”. En otros términos, la gramática de “B” sería más simple que la de “A”.

En los orígenes, el término *gramática* designaba, creo, el latín “A”, y no la gramática específicamente. Esto es instructivo y nos permite pensar cómo el

Coup d’Œil, n° 4, § 3, 1977.

33 A partir de su tesis (PhD) presentada en el Linguistics Department de la Universidad de California, San Diego, en 1977: “Lexical Borrowing in American Sign Language: phonological and morphological Restructuring”.

francés puede ser considerado un memento con respecto al latín. No cabe duda que con respecto al sistema flexional del latín y sobre todo a sus declinaciones, el francés parece una lengua particularmente simplista, sino degenerada. Pero es necesario recordar que la gramática –si podemos decir–, se ha escondido en otro lado. El francés ya había adquirido los artículos –tan valorados por quienes desprecian la lengua de señas– cuando conservaba aún, pero solamente, el caso sujeto y el caso régimen.

Con la lengua de señas sucede lo mismo. “B” economiza categorías gramaticales que “A” se esfuerza por conservar, puesto que las copia de la lengua hablada del país. Esto no significa que “B” tenga categorías gramaticales más simples o que no tenga gramática. Tiene otra gramática que recién hoy comienza a ser estudiada. Con respecto a esto, hay dos exposiciones del simposio de Chicago que merecen ser mencionadas. La de Carlene Canady-Pedersen –sorda– acerca de las flexiones de los verbos, y la de Ted Suppalla –sordo– sobre la distinción entre los sustantivos y los verbos. Hasta hoy, no se hablaba de flexión en la lengua de señas. En la mayoría de las lenguas occidentales habladas, para agregar información tendemos a agregar palabras, mientras que en la lengua de señas “B”, modificamos la seña³⁴. Por otro lado, como no se sabía bien cómo mirar, se acostumbraba a decir que, en las lenguas visuales, a menudo la misma seña podía servir como verbo o como sustantivo, y que únicamente el contexto permitía distinguirlas. Estos trabajos tienen una gran importancia para el prestigio de la lengua de señas. Ya que curiosamente, para que se respete una lengua, no basta con que sea utilizada y funcione eficazmente. Es necesario que los “sabios” descubran sus reglas de funcionamiento y tranquilicen a todo el mundo, incluso a quienes la utilizan, sobre el derecho a existir de esta lengua.

34 La lingüista sorda norteamericana Carol Padden mostró numerosos ejemplos de esto cuando estuvo en Francia. Pudo constatar sin dificultad que lo mismo ocurría en la lengua de señas francesa (“B”).

Los sordos como minoría lingüística³⁵

Considerar a los sordos como una minoría lingüística resulta para muchos una proposición paradójica y peligrosa. ¿No proviene esto de la posición que se niega a considerar la lengua de señas como una lengua? ¿No viene también de la idea que nos hacemos habitualmente de las minorías lingüísticas? El ejemplo de un país en el que la puesta en marcha de este modo de pensar es inseparable de una verdadera reinserción de los sordos en la vida social y cultural de la Nación, merece ser considerado un momento. Las ventajas que las personas sordas pueden obtener de la adopción de un punto de vista semejante, están ligadas a la manera en que una sociedad se comporta con sus minorías³⁶.

Un cambio de actitud, una nueva política

En el espacio de diez años aproximadamente, hubo en Estados Unidos un cambio en las actitudes y un cambio de política con respecto a las personas sordas. Estos cambios modificaron radicalmente el lugar de los sordos en la sociedad, desde la primera infancia hasta la madurez.

Cuando un niño pequeño es diagnosticado sordo, los padres aprenden la lengua de señas. Esto tiende a volverse la norma. En la práctica no solamente los padres, también los hermanos, a menudo los abuelos, los tíos y algunos amigos de la familia.

Este verano participé de un taller organizado por *Coup d'Œil* en el campus de Gallaudet, la universidad para sordos que se encuentra en Washington. En el mismo momento había un taller para padres de niños sordos. Algunos de ellos habían venido con toda su familia. Nos sorprendió enormemente ver que todos se

35 *In Rééducation orthophonique*, n° 107, 1979, pp. 197-212 y *Audition et Parole*, n° 1, Masson, París 1979, pp. 144-149. Traducción portuguesa «Os surdos como uma minoria linguística», *Reabilitação*, Revista do Secretariado Nacional de Reabilitação, Lisboa, vol. 1, 1981.

36 Este texto retoma con algunas modificaciones, una exposición hecha en el 50° Aniversario de la Amicale des Sourds de Havre y de la Región. El texto aparecerá también en las *Actes du Congrès de la Fédération des Sourds de l'Ouest*, realizado en Leval en octubre de 1978.

comunicaban sin problemas con el pequeño sordo de la familia. Lo comprendían y se hacían comprender a su vez, acompañando siempre la palabra con señas. Las conversaciones colectivas se desarrollaban naturalmente, sin necesidad de modificar el ritmo de los intercambios, sin necesidad de interrumpirlos para explicarle al niño sordo lo que se dijo, resumiéndolo con frases simplificadas y articuladas excesivamente. También nos sorprendieron otros pequeños detalles como el que sigue. Cuando el padre, la madre o los hermanos hablan entre ellos sin dirigirse al sordo, acompañan su palabra de gestos para que el niño sordo se encuentre en una situación *normal*, la situación que viven todos los oyentes: si el niño tiene ganas, puede saber de qué hablan los demás cuando hablan entre sí. Hoy en día sabemos hasta qué punto el niño pequeño saca provecho de las conversaciones que no están dirigidas a él. Un provecho lingüístico en primer término —es precisamente lo que llamamos “baño del lenguaje”—, pero también un provecho intelectual, ya que recibe información preciosa que le permite estructurar el mundo que lo rodea, situarse en él y estructurarse a sí mismo.

Esta concepción pedagógica que pone el acento sobre la importancia primordial de la comunicación se denomina *comunicación total*. La idea que sustenta es que lo esencial, tanto en un sentido como en otro, es que el mensaje pase y sea comprendido, sin otorgar *a priori* ninguna jerarquía a los medios empleados con este fin. Esta concepción se opone al *oralismo*, concepción pedagógica que hace de la palabra a la vez el objetivo final y el medio privilegiado en la educación de los sordos, tanto en la escuela como en la educación precoz. Inevitablemente, el *oralismo* se ve obligado a sacrificar constantemente la comunicación a favor de la palabra. Las veces en que hace alguna concesión a las señas, lo hace justamente como si se tratara de un modo de comunicación inferior a la palabra, menos noble.

Quiero insistir en este punto. Con respecto a este tema hay un grave malentendido. El cuestionamiento del oralismo es muy a menudo percibido y presentado por sus partidarios como una puesta en cuestión de la palabra y su aprendizaje. Nunca se trató de esto. *La oposición entre comunicación total y oralismo no es la oposición entre partidarios de las señas y partidarios de la palabra*. La comunicación total implica que no se menosprecia ningún medio que permita mejorar la comunicación: prótesis, educación auditiva, aprendizaje de la palabra y de la lectura labial, lectura, escritura, lengua de señas, gestos naturales, dibujo... Se respeta del mismo modo la lengua de señas y la palabra. No es una filosofía del “o bien... o bien...”.

La comunicación total fue introducida por primera vez en una escuela en 1969. Esta experiencia fue expandiéndose. Una estimación realizada cinco años más tarde indicaba que dos tercios de las clases en Estados Unidos la habían adoptado, y que seguía generalizándose. El punto central de las discusiones entre docentes ya no es hoy en día saber si hay que emplear las señas o no. Se las utiliza. Lo que se discute más bien, son las modalidades de puesta en obra de la comunicación total. ¿Cuál es la mejor manera de proceder? Por ejemplo, ¿debemos contentarnos con doblar la lengua hablada con una lengua gestual que es una especie de calco de la primera, a veces bastante artificial, o debemos hacer una educación verdaderamente bilingüe, idea que comienza a tener sus adeptos?³⁷

En Estados Unidos existe desde hace más de un siglo un establecimiento de enseñanza superior para sordos. Tradicionalmente estaba destinado a los sordos provenientes de escuelas para sordos o de escuelas comunes que no podían continuar sus estudios en las universidades para oyentes. La novedad no es entonces la existencia de Gallaudet, de la que tanto se habla en Francia hoy en día, sino la multiplicación de los programas para sordos en los establecimientos de enseñanza superior de oyentes. Los sordos pueden asistir a los cursos que elijan y contar con la presencia de un intérprete.

Esto está ligado a un fenómeno más general. Una ley relativamente reciente obliga a todos los organismos —universidades, hospitales, etc.— que reciben dinero del estado federal, a respetar ciertas reglas relativas a la accesibilidad de los discapacitados. En el caso de los discapacitados motores, estas normas se aplican a la arquitectura. Para los sordos, la norma tiende a ser el derecho a un intérprete.

Como recurrir a un intérprete profesional es en general muy oneroso, a veces los organismos prefieren formar a algunas personas del establecimiento para que puedan comunicarse con los sordos si fuera necesario. Es lo que sucede sobre todo en ciertos servicios públicos u organismos privados de carácter comercial, cultural, religioso u otro, que, aunque no se sometan a estas normas, tienden a no descuidar una eventual clientela sorda.

Sea cual sea la solución que se adopte, esto genera como consecuencia un desarrollo de los cursos de lengua de señas de todos los niveles en las escuelas, las universidades y otros espacios. La lengua de señas que, como a los sordos

37 Cf. con respecto a este tema, ver sobre todo el Congreso de San Diego, California, 15-19 Octubre de 1978, « Éducation bilingue et biculturelle » del que encontraremos un breve resumen en *Coup d'Œil*, n° 16, § 4. Ver también el artículo de Cécile Guyomarc'h en el mismo número.

norteamericanos les gusta decir, es la cuarta lengua más usada en el país, es enseñada del mismo modo que cualquier otra lengua.

¿Es necesario que aclaremos cuáles son las consecuencias que tiene esto en la vida de los sordos? Tienen a disposición eventualmente servicios de intérpretes calificados para ciertas necesidades habituales o excepcionales de la vida cotidiana, pero igualmente para todo lo que los sordos franceses consideran un lujo cuando debería ser un derecho: formación, actividades culturales. Sin contar la televisión o la preocupación de no dejar de lado a los sordos en las campañas políticas. Recordémoslo, tal como vimos en la televisión, durante su campaña el presidente Ford se desplazaba siempre con un intérprete de lengua de señas americana³⁸.

Si tuviera que resumir todos estos cambios en una sola palabra, diría *integración* o *participación*. Una importante minoría de la población americana, hasta entonces mantenida al margen de la Nación, comienza a participar. Comienza a ocupar puestos y empleos hasta ese momento prohibidos. Comienza a hacer oír su voz, sobre todo en todas las decisiones que la conciernen, hasta entonces tomadas por los oyentes. Comienza a tener un acceso normal al circuito de intercambios de información e ideas. Anteriormente los sordos debían mendigar o contentarse con las migajas.

Ahora bien, esta integración ha sido posible a través de los medios exactamente contrarios a aquellos que hasta entonces se preconizaban para lograrla, algunos de los cuales prevalecen todavía. Es siempre en nombre de la integración que se combate la lengua de señas en las escuelas y desde la primera infancia con los padres. Al contrario, la integración pasa por el reconocimiento de la lengua de señas.

Este cambio sólo ha sido posible: después de que comprendimos —y el camino fue largo— que los sordos son una minoría lingüística y una vez que pudimos extraer de ello las consecuencias positivas.

La visión de la sordera sufrió una revolución. En la actualidad los sordos norteamericanos tienden a considerarse más como una minoría lingüística que como discapacitados.

¿Qué quiere decir pertenecer a una minoría lingüística?

Quiere decir, en primer lugar, *tener una lengua propia, una lengua que la mayoría no comprende*. Esta lengua no se aprende en la escuela sino en contacto

³⁸ Sobre esto ver *Coup d'Œil*, n° 11, §§ 2, 8 y 9.

con otros miembros de la comunidad. Es la lengua que se utiliza en general “entre sí”, para expresar cosas de la vida cotidiana, sentimientos, intereses.

Pertenecer a una minoría lingüística significa, en segundo lugar, *ser bilingüe*. Se puede tener un manejo perfecto de la lengua de la mayoría o se la puede dominar parcialmente, pero siempre se la conoce al menos un poco. Efectivamente, es muy raro y muy difícil no conocer al menos un poco de la lengua mayoritaria del país en el que se vive.

Se puede haber aprendido esta segunda lengua de manera casi tan natural como la primera, a través del contacto prolongado con los miembros de la mayoría con los que se vive. Es posible también, que se la haya aprendido además de manera formal en la escuela. Es por esta razón que a menudo se tiene un conocimiento explícito y teórico de la gramática de la lengua mayoritaria, que no se tiene de la propia lengua, de la primera lengua. Ciertamente se conoce la gramática de esta última, pero se trata de un conocimiento implícito, intuitivo, de algún modo natural.

Esta segunda lengua es la que se emplea normalmente en las interacciones de la vida corriente con los miembros de la sociedad en la que se vive. Es la lengua que utilizamos espontáneamente –incluso si sabemos que no la dominamos a la perfección– para preguntar dónde queda la calle que buscamos, en las estaciones, en el banco, en los negocios, con el médico, con la administración y la policía. Es también la lengua por la que debemos pasar si queremos conocer la actualidad lo más correcta y completamente posible –diarios, radio, televisión.

Pertenecer a una minoría lingüística implica ser bilingüe. Es decir, ser más rico que quien tiene a disposición sólo una lengua.

Sin embargo, pertenecer a una minoría lingüística quiere decir también finalmente, *ser objeto de cierta desconfianza y desprecio por parte de la mayoría*. Esta paradoja puede ser explicada.

Siempre experimentamos desconfianza frente aquello que no podemos controlar. No conozco ninguna sociedad ni grupo social que haga esta excepción: siempre desconfiamos de aquellos que de una forma u otra parecen hacer grupo aparte. Mantenemos cuidadosamente alejados a quienes hablan entre ellos una lengua que no comprendemos. Lo hacemos con más libertad aún cuando consideramos que fueron ellos los primeros en alejarse de manera antisocial actuando del modo en que lo hacen.

Me parece que el desprecio es el resultado de varios factores que se conjugan. Tal vez, en el origen no hay más que simples razones banales como la siguiente.

Cuando alguien habla con ustedes en vuestra lengua, se lo juzga en función del conocimiento que tiene de ella. Si habla mal, en lugar de constatar simplemente que la persona es inferior a ustedes en cuanto al dominio de la lengua —un punto solamente—, se tiende a extender este juicio a toda la persona: la persona es inferior a ustedes. Tenemos la impresión de que le falta algo importante. Así, por ejemplo, si la persona tiene dificultades para encontrar la palabra justa, si se expresa de manera confusa, pensamos que en sus ideas reina la misma confusión, que no piensa con claridad. Si ella no comprende sus chistes o sus juegos de palabras, en lugar de pensar que es un problema de la lengua, pensaremos que la persona es un poco obtusa, que carece de fineza.

A menudo los miembros de una minoría lingüística no dominan perfectamente la lengua de la mayoría. En todo caso, la dominan menos bien que su propia lengua, que es la que deberíamos usar obligatoriamente antes de juzgar sus capacidades intelectuales, su vivacidad o su fineza. Cuando manejan la lengua de la mayoría, a veces tienen un acento que permite reconocerlos y hace que se los clasifique un poco aparte, como si no tuvieran el mismo derecho que ustedes a la ciudadanía, medida en función del manejo de lo que es para ustedes esencial.

Hay motivos suplementarios y si puedo decir, mucho mejor contruidos que hacen que despreciemos a las minorías lingüísticas. Hasta el día de hoy, en casi todos los países, la enseñanza oficial se realiza exclusivamente en la lengua de la mayoría. Recién ahora, principalmente gracias a los trabajos de los sociolingüistas, nos damos cuenta hasta qué punto esto desfavorece a las minorías. Es primordial, sobre todo en los primeros años de la educación, que el niño reciba una enseñanza al menos en parte en su propia lengua. Si esto no ocurre constatamos que, aunque las minorías lingüísticas hayan tenido un acceso a la enseñanza teóricamente igual, obtienen malos resultados. Los miembros de las minorías abandonan antes los estudios. Las minorías son sub-educadas de forma masiva y luego ocupan puestos profesionales en consecuencia, situación que pesa sobre la imagen que nos hacemos de ellas. Estaríamos tentados de afirmar que la igualdad formal en el acceso a los derechos y oportunidades, paradójicamente refuerza los prejuicios. En la actualidad resultaría ridículo explicar los resultados inferiores según un criterio racial, se lo ha substituido por el concepto de “medio culturalmente desfavorecido”.

Sacar provecho de lo que significa pertenecer a una minoría lingüística quiere decir, entre otras cosas, promover una enseñanza bilingüe. La UNESCO defiende esta posición, que comienza a desarrollarse. De este modo nos damos cuenta

de que los jóvenes Indios, Negros, Chicanos o Puertorriqueños no son menos dotados en términos intelectuales, y pueden obtener los mismos logros que los jóvenes Norteamericanos cuya lengua materna es el inglés estándar. No es que estos jóvenes sean incapaces de realizar estudios superiores, lo inadecuado es la escuela y sus métodos.

Los sordos son una minoría lingüística

Los sordos *poseen una lengua propia, una lengua que no es comprendida por la mayoría.*

Tienen una lengua que les pertenece, la lengua de señas, de la que se dicen comúnmente muchas cosas: que es una lengua pobre, imprecisa, esencialmente concreta y no apta para expresar la abstracción, etc. Es curioso constatar que esos juicios que andan por ahí, son emitidos o retomados por cuenta propia tanto por profesores y personas con profesiones “pensantes”, como por los sordos mismos, incluso si se trata de su lengua. Esto es curioso, puesto que nada de ello es cierto.

La lengua de señas no es pobre. Me inclino más bien a pensar que en ciertos puntos es más rica que el francés. No es imprecisa, es en muchos aspectos más precisa que el francés. No es menos apta que el francés para expresar la abstracción. Estoy tentado de decir que en diferentes puntos de vista lo hace incluso mejor.

Estos juicios no tienen nada que ver con la lengua de señas. Son los mismos que emitimos regularmente con respecto a muchas otras lenguas habladas. Son, precisa y justamente, los juicios que emitimos a propósito de todas las lenguas habladas cuando son lenguas minoritarias, sobre todo si se trata de lenguas orales, es decir sin escritura, tal como la lengua de señas. Es lo que siempre se dijo, y en los mismos términos, del catalán, del vasco, del bretón, de las lenguas amerindias y africanas, antes de que los lingüistas y los sociolingüistas se interesaran por ellas seriamente como sucedió recientemente.

Muchos, incluso niegan que la lengua de señas sea una verdadera lengua, sólo ven en ella una especie de mezcla de gestos más o menos improvisados y de francés degenerado, presentado de manera visual.

Solamente diré aquí que las investigaciones lingüísticas que comienzan a hacerse sobre la lengua de señas nos permiten entrever a la vez su riqueza y su extrema complejidad. Sin embargo, no es necesario recurrir a los análisis lingüísticos para darse cuenta de que la lengua de señas es una lengua de pleno derecho.

En el Congreso de Laval, P. Adeline³⁹ señalaba que los sordos a menudo no comprenden los juegos de palabras y las gracias de los oyentes, y viceversa. Es lo que pasa de una lengua a otra. Creo que no hay formulación más lapidaria que ésta para afirmar que se trata de una lengua⁴⁰. De manera aún menos sofisticada, podemos limitarnos a constatar que cuando las personas se comprenden perfectamente entre ellas y pueden expresar por ese medio de comunicación todo lo que tienen para decirse, es porque se trata de una lengua. Es el caso de la lengua de señas.

La lengua propia no es conocida por la mayoría. Y esto es tal vez aún más cierto para los sordos que para otras minorías lingüísticas. La prohibición que recae sobre ella hace que incluso aquellos que están en contacto regular con los sordos dentro de las instituciones no la conozcan. Hay incluso profesores que están orgullosos de no conocerla. Debemos agregar también, que los sordos por cortesía se dirigen a los oyentes que deberían conocer la lengua de señas en una lengua cercana al francés, un francés visual, en señas, un sabir, una lengua diferente de la que usan entre ellos⁴¹.

Los sordos son bilingües

Obviamente no me refiero a los sordos postlocutivos ni a los hipoacúsicos. Ellos crecieron con la lengua francesa, la lengua hablada, y la dominan. Ella ha sido siempre, es y será su primera lengua. Para que tuvieran motivos de aprender la lengua de señas sería necesario que se dieran ciertas condiciones, de las cuales ninguna está presente en la actualidad.

Tampoco me refiero a los sordos congénitos o precoces que han sido mantenidos cuidadosamente lejos de la lengua de señas y de la comunidad de los suyos hasta una edad bastante avanzada a veces: hasta una edad en que, dada la situación actual, resulta difícil ser aceptado verdaderamente por sus semejantes puesto que, al menos en parte, se comparten los valores del mundo en el que se estaba socializado hasta entonces, un mundo que les ha enseñado a despreciar la lengua de señas y a quienes la utilizan. Cuanto más tarde se llega a la comunidad

39 Presidente de la Amicale des Sourds de Havre y de la Región.

40 E. Klima, U. Bellugi, « Wit and Poetry in American Sign Language », *sign Language Studies*, n° 8, 1975, pp. 203-224.

41 Cf. B. Mottez, « La Diglossie à l'intérieur de la langue des signes », *Rééducation Orthophonique*, n° 100 y sobre todo, de un modo general, los textos de H. Markowicz.

de los sordos, más difícil resulta integrarse verdaderamente. Esto no solamente porque deben aprender de forma más lenta, relativamente formal y consciente ciertos saberes que los sordos han adquirido de manera natural desde la infancia, sino también porque para obtenerlos, a veces es necesario desplegar toda una estrategia. La lengua de señas no se aprende comprando el Método Assimil⁴² o inscribiéndose en la Escuela Berlitz⁴³. Del mismo modo que las demás lenguas minoritarias, la lengua de señas es enseñada por quienes la conocen a aquellos que han demostrado pertenecer al grupo y que han dado pruebas de su lealtad.

Aquellos sordos para quienes el modo de comunicación natural es la lengua de señas conocen siempre, al menos un poco el francés. Lo conocen, aunque más no sea porque, como ocurre a menudo con las lenguas minoritarias, la lengua de señas contiene numerosos préstamos de la lengua mayoritaria del país. Pero los sordos conocen la lengua mayoritaria siempre un poco más, y por otras razones. Puesto que su entorno, incluso el más próximo, se niega obstinadamente a aprender su lengua, deben recurrir a menudo a la lengua del país. En todo caso es en esta lengua que han sido educados.

Los sordos tienen mucho más mérito por conocer la lengua de la mayoría que los miembros de otras minorías lingüísticas. Han tenido que aprenderla de manera completamente artificial, a pesar de los esfuerzos que se realizan desde hace más de un siglo para que este aprendizaje se haga de la manera más natural posible. Los sordos son entonces más ricos que los oyentes, que no disponen más que de una lengua.

Sin embargo –como ocurre con los miembros de otras minorías lingüísticas– *los sordos son objeto de cierta desconfianza y desprecio por parte de los oyentes.*

Independientemente de que conozcan bien o mal el francés, de que hablen bien o no, de que conozcan la lengua de señas o no, las personas sordas son siempre dejadas de lado por los oyentes. Cuando una persona sorda se encuentra entre varios oyentes, en el trabajo o en otro lado –como sucede habitualmente– estos últimos, salvo en escasos momentos, se comportan como si el sordo no estuviera allí o –lo que es lo mismo– como si oyera. No modifican en nada su forma de comunicar y esto los conduce, sin que sean conscientes de ello, a hacer *apartes*. Los sordos no viven momentos de intensa soledad cuando están solos, sino cuando están entre oyentes. La soledad es el rechazo. Es lo que más sienten

42 N. de T.: método de aprendizaje de lenguas muy utilizado en Francia.

43 N. de T.: empresa norteamericana especializada en la enseñanza de lenguas.

los sordos en los momentos de paroxismo de la comunicación, cuando se les hace la farsa de la participación: las grandes fiestas de familia. La comunicación es para los sordos un bien escaso que siempre tienen que mendigar a los oyentes.

Por eso, aunque conozcan bien el francés, aunque hablen e ignoren las señas, los sordos buscan estar entre ellos, disfrutan reunirse. Entre ellos se comunican y se comprenden mejor que con los oyentes.

Pero entre personas sordas el modo de comunicación normal y más eficaz, el que asegura entre ellos la misma calidad de intercambios que la palabra para los oyentes, es la lengua de señas. La información lingüística, exclusivamente visual, es recibida en su totalidad. No es necesario jugar a las adivinanzas. El ritmo de los intercambios es el mismo que el de los oyentes con la palabra, no se ve disminuido por las necesarias repeticiones y procedimientos de control para asegurarse de que no haya malentendidos. En fin, olvidamos demasiado seguido que la lengua de señas es la única lengua que permite las conversaciones grupales entre sordos y las asambleas en las que cada uno puede comprender lo que se dice, intervenir de manera normal y del mismo modo ser escuchado –si podemos decir. La lectura labial no permite intercambios normales cuando hay más de tres personas implicadas.

La lengua visual es hasta tal punto adaptada a la situación de los sordos, es tan natural para ellos, que podemos pensar que es una de las razones por la que es tan intensamente reprimida por los educadores. Estos últimos temen que los niños sordos recurran a ella con placer y que luego abandonen el esfuerzo de hablar, temen que prefieran relacionarse con otros sordos y no con los oyentes, que –como se dice habitualmente– “elijan el mundo de los sordos” y dejen de tomar a los oyentes como modelo. Pertenecer a este mundo es considerado por los educadores como algo decadente. Lo califican de gueto, proclaman con orgullo su hostilidad hacia él y aspiran a “salvar” de ese destino a la mayor cantidad de niños sordos posible.

Pero creo que cuando nos referimos a los sordos “que eligen el mundo de los sordos”, nos olvidamos regularmente de que viven en general entre oyentes. Trabajan entre oyentes y no viven en barrios reservados. La elección de estar entre pares concierne esencialmente la vida afectiva y privada, la elección de los amigos, las relaciones, los matrimonios, así como las actividades de esparcimiento y el tiempo libre.

Los sordos viven en dos mundos.

Ahora bien, los miembros de las minorías lograrán adaptarse mejor al mundo de la mayoría si tienen a su disposición lugares en los que pueden sentirse como

en casa, en los que se encuentran con personas que comparten las mismas experiencias, que tienen los mismos valores y con las que pueden comunicarse sin esfuerzos ni rodeos. Lugares donde no son discapacitados, en los que no existen las barreras de la compasión, del desprecio, del miedo, del paternalismo, del resentimiento o simplemente de la lengua.

Esto es válido tanto para los sordos como para otras minorías étnicas o lingüísticas. Pero la diferencia podría ser que este modo de comportarse es paradójicamente mucho mejor tolerado cuando se trata de estas otras minorías. No conozco ningún grupo social que, por recurrir a su lengua, por minoritaria que sea, padezca un desprecio semejante al que recae sobre los sordos cuando emplean la suya. Sin embargo, para las otras minorías no hay imperativos tan claros que les impidan comunicarse entre sí en la lengua mayoritaria del país.

Tal vez ésta es justamente la razón. Como la sordera es una patología, la lengua de los sordos lo es también. Puesto que la sociedad mayoritaria considera la sordera como un motivo de inferioridad, tolera a los sordos en la medida en que no se muestren mucho como tales y mientras hagan el esfuerzo por parecer lo que se espera que sean, es decir, oyentes. Se les perdona que sean sordos porque es una desgracia de la naturaleza. Aunque consideramos que es su deber y deseamos – deseo que esperamos sea también el suyo– que se esfuercen por corregir la sordera tanto como sea posible. Contrariamente, lo que no se soporta más, es que la sordera sea considerada como la base de una creación cultural como la lengua de señas. Lo que debería ser motivo de admiración es percibido más bien como una provocación. Los sordos que recurren a la lengua de señas no consideran que la sordera sea algo de lo que deban disculparse, es una elección. Esta elección parece escandalosa puesto que va más allá del simple hecho de ser sordo: implica además osar afirmarse como tal.

Tal como sucede con otras minorías lingüísticas, los sordos no siempre dominan la lengua mayoritaria, ni mucho menos. El desprecio de los sordos puede ser explicado enteramente de este modo. Se los juzga en función de su conocimiento del francés. Se felicita a los sordos que lo hablan bien y hasta se lo considera como un signo de inteligencia. Los sordos son evaluados por oyentes que en general desconocen completamente la lengua de señas, y sus capacidades intelectuales son juzgadas a través de criterios que se refieren a la lengua francesa.

El resultado de esto es una imagen muy negativa del sordo, que aparece como un ser limitado, mutilado incluso. Esto hace que no esperemos mucho de él y explica por qué nos resignamos tan fácilmente al nivel de educación mediocre que habitualmente se les concede.

El hecho de que se ponga en cuestión a los sordos y no al sistema educativo se debe también a que los juicios con respecto a ellos se prestan particularmente bien a explicaciones de orden físico que ya no nos permitimos con otras minorías raciales. La sordera es evidentemente una deficiencia. Desgraciadamente los psicólogos, con sus tristes inventarios de rasgos psicológicos propios de los niños sordos –los pretendidos o verdaderos retardos, carencias o anomalías de orden intelectual, afectivo y de carácter– nos han habituado a ver en ellos las consecuencias del defecto de su cuerpo, es decir, las consecuencias de no oír. Desafortunadamente, los psicólogos en general evitan hacer referencia a todo lo que deriva de la manera en que se los trata en nombre de esa falta esencial. Así como de lo que se les niega deliberadamente con el pretexto de la reparación: el derecho a la comunicación, a una comunicación normal, en sus propios términos, el respeto de su lengua.

Todo esto cambia radicalmente si en lugar de considerar a los sordos como individuos discapacitados los consideramos como una minoría lingüística y sacamos de ello las consecuencias necesarias, es decir, respetar y emplear su lengua para su educación.

Conclusión

Inicialmente hablé de los Estados Unidos. Hubiera podido hablar igualmente de los países escandinavos, pero los conozco menos. Se dan menos a conocer. Sin embargo, desde hace algunos años, han tenido lugar cambios similares. La lengua de señas ha adquirido derecho de existencia. Debido a esto, la situación de los sordos cambia de manera tan notable, que basta con mirar lo que ocurre en esos países para darse cuenta que lo que se impone es la política.

Estoy convencido de que dentro de algunos años Francia adoptará la misma política. Nos preguntaremos entonces cómo hemos podido durante tanto tiempo, con la consciencia tranquila y de manera tan obstinada, sostener una política escolar y de la primera infancia tan absurda, nefasta y cruel. Cómo nos contentamos con resultados tan mediocres y mantuvimos tal intolerancia y falta de curiosidad por la lengua de señas, y un desprecio tal por los sordos.

Algunos esperan todo de las leyes y reglamentaciones ministeriales. Piensan que no se puede hacer nada si ellas no cambian. Las leyes son importantes, pero en general son la consagración de un cambio en las costumbres, que ellas a su vez aceleran o consolidan.

Veo varios indicios de este cambio de costumbres.

El principal es la actitud diferente que adoptan hoy muchos sordos con respecto a su lengua. Muchas personas sordas se avergüenzan de ella, piensan que es inferior al francés y temen utilizarla en público por miedo a que se los señale como sordos, ya que siempre se les enseñó que no debían sentirse orgullosos de serlo. Ser sordo es algo que deben esconder o corregir. Al contrario, no hay por qué avergonzarse de ser sordo. Ser depositarios de una lengua tan original como la lengua de señas y dominarla como sólo ellos pueden hacerlo, deberían ser motivos de orgullo.

En toda Francia se constituyen grupos cada vez más grandes de sordos que están orgullosos de su lengua, que quieren mostrarla, darla a conocer, enseñarla, promoverla, estudiarla y mostrar las excelencias de las que es capaz, a través de producciones poéticas u otras formas registradas en video.

Dos ejemplos exitosos de este movimiento son la Asociación Ferdinand Berthier de Bordeaux, y el grupo compuesto por unos cincuenta sordos que se reúnen después del trabajo una vez por semana en el Instituto Nacional de Jóvenes Sordos de París. Este grupo constituirá la Asociación que lleva el nombre de Académie de la Langue des Signes Française, que funciona como una verdadera universidad nocturna. Algunos enseñan la lengua de señas a los oyentes, otros confeccionan un diccionario de lengua de señas francesa, otros hacen investigaciones lingüísticas de alto nivel acerca de esta misma lengua.

Esto es posible porque los oyentes se interesan por ella. Porque los oyentes, padres, profesionales o simplemente curiosos, se preocupan finalmente por comunicar y quieren conocerla. Esto es igualmente una novedad.

Me resulta difícil creer que no haya en cada ciudad de Francia, al menos algunos oyentes que quieran conocer la lengua de señas. Sordos, ¡recíbanlos bien, no los decepcionen! Si les permiten compartir vuestros tesoros, verán las recompensas. La multiplicación de estas iniciativas en Francia es el camino más seguro hacia el cambio de leyes. Estas iniciativas contribuyen por sí mismas a modificar las relaciones entre sordos y oyentes, hasta aquí plagadas de incomprensión mutua, de malentendidos, de paternalismo, por no hablar de un franco racismo.

¿La lengua de señas es una verdadera lengua?⁴⁴

Los rasgos que se le imputan a la lengua de señas para despreciarla son los mismos que tradicionalmente se les atribuyen a las lenguas minoritarias orales para no acordarles un estatuto de verdadera lengua. Confundir la lengua de señas con la comunicación no verbal o con el lenguaje del cuerpo, equivale también a no reconocerla como una verdadera lengua. La lengua de señas es verbal, simplemente emplea otros canales que el lenguaje oral y lo hace con la misma economía. La confusión entre lengua de señas y comunicación no verbal o lenguaje corporal, se basa en la experiencia de los oyentes que la aprenden y en el hecho de que los sordos puedan recurrir a los “gestos” para hacerse entender por los oyentes.

Palabras clave: Comunicación – Comunicación no verbal – Gesto – Lenguaje del cuerpo – Lengua minoritaria – Lengua de Señas – Minoría lingüística.

Debía tratar aquí el tema: “¿la lengua de señas es una verdadera lengua?”. Hubiera podido responder haciendo el inventario de todos los requisitos con los que una lengua debe cumplir para que sea considerada como tal, y mostrar que la lengua de señas responde perfectamente a estos criterios. Pero me pareció más instructivo dar vuelta el problema y preguntar en primer término qué es lo que hace que nos preguntemos esto actualmente. Hace más de un siglo la respuesta era evidente, a tal punto que no era necesaria ninguna pregunta. En aquel entonces se buscaba respetuosamente descubrir las reglas de su funcionamiento (Y. Remi-Valade, 1854).

Una lengua minoritaria

Todo esto está ligado a un movimiento contra las lenguas minoritarias del que me hubiera gustado hablar. Puesto que el lenguaje de señas es en primer lugar un lenguaje minoritario, casi todo lo que se ha dicho de él durante cien años, ya fue

⁴⁴ In *Psychologie Médicale*, n° 12, 1980, pp. 2111-2114.

dicho casi en los mismos términos, de otras lenguas minoritarias orales que se quería hacer desaparecer. El elogio que se hacía de su composición en imágenes y de su carácter concreto, e incluso onomatopéyico, apuntaba únicamente a enfatizar su incapacidad para expresar la abstracción y forjar el espíritu.

Actualmente las lenguas minoritarias son consideradas de forma muy diferente. Por razones políticas tenemos hoy en día una mirada más favorable de ellas, y esto nos permite descubrir cosas que antes no veíamos. Estas razones tienen la ventaja de mostrar que, hasta ahora eran motivos políticos también lo que impedían que fueran consideradas dignas de estudio. Una mirada etnocéntrica y normativa no permitía entonces considerarlas de otro modo que como lenguas inferiores, desviadas, híbridas o degeneradas. El vasco, el bretón, el alsaciano, tanto como el español, el árabe o el portugués, que son las lenguas de los trabajadores inmigrantes, son lenguas tan completas como el francés. Permiten expresar todo lo que la comunidad que las habla desea expresar, no tienen ningún vicio interno que las vuelva incapaces de adaptarse y enriquecerse para responder a cualquier nueva necesidad de la comunidad en cuestión.

Para quienes no estén convencidos, basta con imaginar la triste situación del francés si el final de Babel impusiera como lengua mayoritaria una lengua distinta, que probablemente hoy en día sería el inglés, el ruso o tal vez el chino. El francés aparecería rápidamente como una lengua bastante miserable, sin mucho interés, puesto que —como se dice de la lengua de señas—, si sólo la entienden los que la conocen, es decir los franceses, cuál es el interés de aprenderla. Con el paso del tiempo, una vez que se haya intentado hacer desaparecer el francés para salvar a los franceses, para sacarlos de su pequeño mundo, de su aislamiento, llegará el día en que nos preguntaremos cómo hemos podido cometer el error histórico de considerarla durante tanto tiempo una verdadera lengua si —tal como se ha demostrado— ella impedía pensar. Como los conceptos relativos al orden del mundo y a la ciencia serán expresados en la lengua mayoritaria que todos comprenderán, el francés, por no haberse impuesto, será declarado por un veredicto de la historia *a posteriori*, intrínsecamente incapaz de expresar la abstracción.

Resumiendo, habitualmente no se juzga a una lengua en función de lo que ella es, sino en función de la condición social reservada a quienes la hablan. Cuando queremos matar al perro, le diagnosticamos la rabia. Qué mejor manera de quitarles a las minorías el derecho a la palabra, que decretando y proclamando a viva voz que en realidad carecen de palabra, de lengua, o de una lengua que les permita pensar realmente.

La corriente actual a favor del reconocimiento de las lenguas minoritarias debería beneficiar a la lengua de señas. Es en estos términos que me hubiera gustado referirme a ella. Pero como el tiempo del que dispongo es limitado, es tal vez más urgente abordar otro aspecto del problema que es a mi entender fuente de vastas confusiones. Estas confusiones tienen influencia sobre el debate. Es importante disiparlas, y tanto más puesto que son compartidas por quienes se oponen a la lengua de señas, así como por sus más fervientes defensores, aunque pueda parecer curioso.

La lengua de señas es verbal

Sin dudas y particularmente en Francia, el interés por la lengua de señas se ve beneficiado por otra corriente. Me refiero al interés actual por todo aquello que llamamos de manera muy general, comunicación no verbal y lenguaje del cuerpo. Están de moda.

Creo que en este ámbito deberíamos proceder con cierto rigor y no mezclar todo. Por empezar, me niego a amalgamar lengua de señas y comunicación no verbal. Son términos contradictorios. La lengua de señas es verbal. Existe por un lado lo verbal oral –lenguas habladas– y por otro, lo verbal visual o señado –lengua de señas.

La comunicación no verbal es algo bien distinto. Digamos que es –si retenemos sólo un aspecto– todo aquello que incluimos bajo el término de pre-, proto-, meta- y sobre todo paralenguaje. Concretamente, la emisión de ruidos, los *flatus voci*, las expresiones del rostro, los gestos y movimientos del cuerpo que acompañan al enunciado lingüístico o que se hacen por fuera de él, ya sean deliberados, conscientes o inconscientes. Porque felizmente la comunicación existe incluso cuando no hay un mensaje emitido de forma lingüística. Pero cuando hay un mensaje lingüístico también hay paralenguaje, es decir, emisión principalmente gestual y mímica de una cantidad de informaciones con fines diversos. Por ejemplo, para asegurarse de que el mensaje pase correctamente, o al contrario para bloquearlo. Puede tratarse también de informaciones que completan el mensaje lingüístico situándolo, otorgándole matices, exagerándolo o eventualmente contradiciéndolo.

Lo mismo ocurre en el caso de los sordos. Pueden comunicar de manera no verbal. Y sus comunicaciones en lengua de señas, es decir verbales o lingüísticas, pueden estar acompañadas de información no verbal.

El análisis de lo que corresponde al terreno verbal o no verbal, incluso en la investigación acerca de las lenguas visuales, es un tema particularmente

estimulante, delicado y rico en sorpresas. Algunas reformulaciones de la dicotomía verbal/no verbal a las que conduce este análisis podrían tener consecuencias importantes sobre la manera en la que ella ha sido concebida hasta hoy en referencia únicamente a las lenguas orales (*Coup d'Œil*, n°20, p.4).

De todos modos, parece más fácil aceptar la lengua de señas en el ámbito de la comunicación no verbal o del lenguaje del cuerpo, que reconocerla como una lengua. Ésta es la posición actual de algunas personas conscientes de los excesos del oralismo y de la prohibición de los gestos derivada directamente de esta corriente, prohibición que comprendía hasta los gestos más naturales. Su punto de vista podría resumirse de la siguiente manera: cuando se pone el acento exclusivamente en la palabra y su aprendizaje –con todo lo que comporta de artificial para el niño sordo– se deja de lado la espontaneidad y la libre expresión que –sobre todo para los sordos– pasan por los gestos y el lenguaje corporal. Esto último “también es importante”, no podemos privar de ello al niño sordo.

La expresión “también es importante”, muestra lo poco que se le concede a la lengua de señas, si es que se refiere a ella. Pone de manifiesto la división existente entre lo racional y serio, y lo afectivo y espontáneo. Es una manera de reconocer lo afectivo, al mismo tiempo que se niega racionalidad a todo aquello que no pasa por la palabra.

Ir en este sentido no ayudará a estas personas a tomar más en serio la lengua de señas. Es lo que sucede cuando se le brinda un homenaje excesivo, que me parece también peligroso. Desde esta óptica, la lengua de señas sería considerada *superior* con respecto a las lenguas habladas puesto que utiliza todo el cuerpo, cosa que no ocurre con las otras. Frecuentemente, y como si derivara de ella, se asocia a esta concepción la idea espeluznante de que la lengua de señas, por ser un lenguaje total, no podría mentir. Sin embargo, ¿afirmar esto no implica afirmar al mismo tiempo que la lengua de señas no es una lengua?

La misma economía que en las lenguas orales

Una de las características de las lenguas es su recurso a un número limitado de medios. Cada lengua hablada recurre a un número limitado de fonemas. Los fonemas a su vez, se hallan sometidos a ciertas reglas que hacen que no se los pueda usar de cualquier manera. Cada lengua posee su propio sistema limitado de fonemas y su propio sistema de reglas. No se puede decir que una lengua sea mejor que otra porque posee una mayor cantidad de fonemas.

No existe ninguna lengua que utilice todos los sonidos posibles. Intentemos imaginar una lengua semejante. No nos parecerá rica, la encontraremos

simplemente caótica. No sería posible comprenderse. Con las lenguas ocurre lo mismo que con la economía, ambas se basan en la escasez. Es justamente porque se parte de un material limitado que son posibles una precisión y unos matices tan finos.

Esto mismo es válido para las lenguas de señas. Es falso decir que todo el cuerpo entra en juego en una suerte de expresión total. Las partes del cuerpo y los órganos que permiten la emisión y la recepción de las lenguas visuales no son los mismos que los que operan en las lenguas orales. Pero son un número limitado. De todas las producciones posibles, es decir de todos los gestos y movimientos del cuerpo y del rostro, sólo una pequeña parte es susceptible de formar parte del material signifiicante de la lengua. Con respecto a las manos –emplazamiento de las señas, configuración, movimiento–, para cada lengua de señas existe un número limitado de queremas –equivalentes en las lenguas visuales a los fonemas de las lenguas habladas– y de reglas de utilización (W. Stokoe, 1978, *Coup d’Œil*, n° 19, § 9). Si hiciéramos el inventario de todos los movimientos del rostro –tan importantes– que desempeñan un rol lingüístico, lexical y sintáctico, algo que no se ha hecho aun (*Coup d’Œil*, n° 11, §3), nos sorprendería el número limitado de elementos en juego. Al contrario, lo que me impresiona es la extraordinaria economía de los gestos de algunos sordos, sobre todo de aquellos que forman parte de familias de sordos. Cuando se los observa, nada se parece a lo que comúnmente llamamos lenguaje corporal.

Algunas fuentes de la confusión

Dicho esto, ¿por qué cuando hablamos de lengua de señas estamos tentados de pensar en el lenguaje del cuerpo o en la comunicación no verbal? Me limitaré a dar dos razones.

La primera: cuando nosotros, otros, oyentes, aprendemos la lengua de señas, descubrimos cosas, tal como nos ocurre cuando aprendemos cualquier otra lengua. Cuando aprendemos alemán, ruso o árabe, debemos aprender a oír y a emitir sonidos que habíamos desaprendido a oír y a emitir cuando aprendimos a hablar, ya que no nos eran de ninguna utilidad. Esto exige mucho trabajo y también aporta mucho placer, ya que es agradable utilizar y manejar en un discurso cargado de sentido, sonidos que habíamos abandonado en el caos del sin-sentido.

Lo mismo sucede cuando aprendemos la lengua de señas. Aunque el descubrimiento es aún más grande, ya que no se trata del oído y la voz –es decir

únicamente de sonidos nuevos— sino de la vista, las manos y el rostro, que debemos aprender a utilizar de un modo completamente nuevo. Quedamos anonadados cuando nos damos cuenta de que *todo puede ser dicho de este modo*.

Sin embargo, esto no implica que nuestra experiencia corresponda con la vivencia de los sordos para quienes la lengua de señas es su lengua, como si fuera posible proyectar nuestros propios descubrimientos sobre la lengua de los sordos. Las manos y el rostro forman parte del cuerpo del mismo modo que la voz que, podríamos decir, viene “de lo más profundo del cuerpo”. Las lenguas humanas pasan necesariamente por el cuerpo. Algunos sordos afirman que su lengua es la lengua del cuerpo. Creo que esa es sobre todo su manera de decir que uno se siente mucho más cómodo en su propia lengua que en la de los demás, y hasta qué punto para ellos las lenguas orales, tanto en la emisión como en la recepción, no pasan por el cuerpo como para nosotros.

La segunda razón que evocaré aquí es de otro orden. Insisto con que los sordos representan una minoría lingüística. Pero tienen algunas características suplementarias con respecto a otras minorías lingüísticas.

Los integrantes de otras minorías, cuando están en casa, en familia, hablan su propia lengua. Los sordos son una minoría incluso en este sentido. Aún en familia están condenados a enfrentarse con otros que no comparten su lengua. En segundo lugar, para los sordos es más difícil manejar la lengua mayoritaria que para los miembros de cualquier otra minoría lingüística. Finalmente, a diferencia de lo que ocurre con la mayor parte de las minorías, los sordos poseen una lengua que la mayoría se niega con obstinación a aprender.

Si reunimos todos estos puntos vemos que, para hacerse entender, muchas veces los sordos deben recurrir a tesoros de imaginación. Más allá de nuestras divergencias, pienso que todos los que nos interesamos por la sordera podemos estar de acuerdo en lo siguiente: en materia de comunicación ¡los sordos son expertos! ¿Cómo hacen? Recurren a la mímica, a la pantomima y al lenguaje del cuerpo que dominan como verdaderos maestros. Pero no debemos confundir su lengua con los esfuerzos que despliegan para ponerse a la altura de quienes no la conocen. Este talento que nosotros les envidiamos es, si puedo decirlo, la recompensa de la condición social a la que los destinamos.

Bibliografía

- Grosjean, F., Lane, H., “La langue des signes”, número especial de *Langages*, diciembre de 1979, 56, 124 p.
- Klima, E., Bellugi, U., *The Signs of Language*, Harvard University Press, Cambridge Mass., London, 1979, 417 p.
- Markowicz, H., *American Sign Language: fact and fancy*, Gallaudet College, Washington, 1977, 32 p.
- Remi-Valade, Y. –L., *Etudes sur la lexicologie et la grammaire du langage naturel des signes*, 1854, Langages Croisés, Hong Kong, reimpresión 1979, 219 p.
- Stokoe, W.C., *Sign Language Structure*, Linstok Press, 1978, 94 p.
- Coup d’Œil*, Boletín sobre la actualidad de la lengua de señas, bimestral, Centre d’Étude des Mouvements Sociaux, EHESS, 54 bd Raspail, 75270 Paris Cedex 6.
- Sign Language Studies*, Revue trimestrielle spécialisée, Linstock Press, 9306 Mintwood Street, Silver Spring, Maryland 2091, U.S.A.

La comunicación entre sordos y oyentes en la vida diaria⁴⁵

Christian Deck

Esta tarde comenzaremos con una intervención de Bernard Mottez intitulada –si no la ha cambiado– “La comunicación entre sordos y oyentes en la vida diaria”. No sé si conocen a Bernard, se los voy a presentar: es uno de los pioneros de la evolución de la lengua de señas desde hace casi diez años. Bernard descubrió el problema de los sordos un poco por casualidad. Antes se interesaba por las personas con problemas de alcoholismo. Luego conocí a Bernard y fuimos juntos al Congreso Mundial de Sordos que se llevó a cabo en Washington, Estados Unidos, en 1975. Bernard es sociólogo, director de investigaciones en el CNRS, trabaja en un laboratorio en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y es redactor de *Coup d’Œil*.

Bernard Mottez

No he cambiado el título de mi intervención.

Efectivamente hace unos cuantos años que me intereso por el problema de la sordera. Durante todo este tiempo he asistido a numerosas discusiones acerca del oralismo y la palabra. El punto de vista más generalizado sobre este tema podría resumirse del siguiente modo: “Si el niño logra hablar, se habrá salvado –al menos en lo esencial–; si no lo consigue, quedará por fuera de la sociedad”.

No pondré en discusión la legitimidad o no de esta posición. Solamente quiero poner de manifiesto un punto que en general olvidamos y que modera singularmente el carácter absoluto de esta afirmación.

En estas discusiones, que como ustedes saben son pasionales, una cosa me impactó desde el principio y me sigue impactando.

Cualquiera sea la actitud que adopten unos y otros, cuando se habla de lengua y de palabra, se lo hace sin tener en cuenta el contexto. Se habla de ellas como si ambas pudieran existir por sí mismas en algún lado, no sé dónde,

⁴⁵ In 2LPE, *Taller para padres* (Julio de 1981), Saint-Laurent-en-Royans, 1982, pp. 3-11.

independientemente de las personas que las emplean y de los contextos en los que lo hacen. Cuando se habla de contexto, se hace referencia a algo que podría ser completamente exterior o accesorio: se trata de un decorado que, en última instancia, podría dejarse a un lado para comprender lo que ocurre, lo que se dice, lo que se intercambia.

Todo esto me sorprende mucho. Tal vez soy demasiado concreto, pero en la vida cotidiana nunca he visto una lengua o una palabra que exista por sí misma.

No logro comprender bien, pero tampoco soy tonto. Veo cómo es posible llegar a pensar de manera abstracta, cómo se llega a imaginar la lengua y la “palabra” independientemente de todo contexto.

En primer lugar, para un gran número de investigadores, la investigación científica por excelencia ha consistido siempre en aislar de su contexto aquello que se quiere estudiar. Esto es lo que caracteriza la psicología experimental o de laboratorio, por oposición a la psicología clínica u otras disciplinas como la sociología o la etnología.

Por otra parte, el hecho de aislar la lengua proviene también de los lingüistas, que nos han habituado a creer que las lenguas existen independientemente de las situaciones en las que se las habla.

Finalmente, como se trata de niños sordos, que por ser sordos no se encuentran en situaciones naturales de aprendizaje de la palabra, se debe proceder a un aprendizaje formal, se debe “montar la lengua” como se dice a veces. Naturalmente, esto conduce a hacer de la palabra una entidad aislable. ¿Qué consecuencias puede tener este modo de aprendizaje artificial sobre el uso que se hará de la lengua más tarde? Dejaré a otros la tarea de desarrollar esta cuestión.

En un primer momento me limitaré aquí a indicar brevemente algunos aspectos del contexto que me parece importante no dejar de lado cuando hablamos de la palabra.

Luego esbozaré el análisis de un contexto específico muy banal. Veremos que en ese contexto el recurso a la palabra, que es habitual, no es absolutamente necesario. Al contrario, para un sordo puede ser preferible no recurrir a ella en absoluto. Esta paradoja divertida puede ser aún más picante si pensamos que es justamente este contexto el que se utiliza como primer argumento a favor del aprendizaje de la palabra.

Nosotros, otros, sociólogos, tenemos nuestra jerga. En lugar de decir “personas” o “gente”, como todo el mundo, a menudo decimos “actores”. No es

simplemente por coquetería. Esto corresponde a una cierta realidad. En efecto me parece fructífero considerar la vida social como un vasto teatro en el que todos jugamos roles. Y no siempre el mismo, sino una serie de ellos a lo largo del día. Cuando estamos con nuestros hijos desempeñamos el papel de padres y encarnamos el rol contrario con nuestros propios padres. Podemos, de manera sucesiva y en lugares diferentes, ser aprendices o maestros. En el trabajo o en otro lugar, somos a veces el superior o el subordinado en las relaciones de jerarquía.

El hecho de que podamos desempeñar roles complementarios y hasta opuestos es lo que nos permite juzgar mejor cada uno de ellos y tener una visión un poco general del funcionamiento social.

En este ejercicio, no necesariamente hacemos uso de la palabra. Pero inversamente, el recurso a la palabra no se ejerce nunca fuera de un rol social. Ahora bien, el derecho –o el deber– de recurrir o no a la palabra, la lengua que se emplee, el modo en que se la use, el derecho a interrumpir, el derecho de exigir explicaciones o de ser comprendidos, están estrechamente determinados por el rol que ocupemos en un contexto específico y por aquellos que ocupen las personas presentes.

Pero remitámonos simplemente a una cuestión más elemental: el número de personas presentes. En teatro este número define una escena.

El número de personas en escena es por supuesto capital cuando se trata de sordera. Intenten hacer el inventario de todas las situaciones –de todas las escenas– de las que participan a lo largo del día. Verán que aquellas compuestas por no más de dos o tres personas no son las más frecuentes. Cuando hay más de tres personas, un sordo no puede participar normalmente, al menos que sea en lengua de señas.

Esto no sólo tiene consecuencias sobre la persona sorda, sino sobre los oyentes que viven con ella. Me dirijo a los oyentes que tienen padres, un hermano, una hermana o un hijo sordo. Ustedes pueden comunicarse muy bien con el miembro sordo de su familia. Pueden comunicarse muy bien también con otros oyentes desconocidos. Pero los problemas comienzan cuando están presentes en la misma situación otros oyentes y la persona sorda, y esto ocurre a diario. Cuando es así, ¿no se sienten desgarrados, sin poder responder verdaderamente a las expectativas de unos y otros, y sin poder ser ustedes mismos? En estas ocasiones deben elegir entre participar o ser intérpretes.

El número de personas presentes en la escena puede ser importante incluso si no participan de la conversación. Un ejemplo: una persona sorda va a comprar

un pasaje de tren o a preguntar algo a la ventanilla –el problema es el mismo si se trata de un extranjero que habla mal la lengua del país, de una persona que tartamudea, o de alguien a quien le cuesta comprender o hacerse comprender. Hay un problema de comunicación con el empleado de la SNCF⁴⁶. El empleado puede mostrarse extraordinariamente paciente, felizmente hay gente paciente. Ahora imaginemos que detrás de la persona que quiere comprar su pasaje hay una cola y que ésta no cesa de aumentar. Aunque las personas que están en la cola no intervengan ni muestren signos de impaciencia, su presencia pesa considerablemente sobre la interacción. El margen de libertad del empleado para mostrarse paciente se reduce, puesto que tiene también obligaciones con respecto a todas las personas presentes.

Encontrarán miles de ejemplos de situaciones como ésta.

Ustedes, otros, padres, pueden ser muy pacientes con su hijo sordo y saber tomarse el tiempo necesario para comprenderlo y hacerse comprender. Pero hay situaciones sociales en las que no hay tiempo para ello. También hay situaciones en las que nos hallamos en presencia de personas exteriores frente a las cuales no es materialmente posible –aunque podemos discutirlo– ni moralmente deseable tener la misma paciencia, en función del rol que ellas desempeñan.

Esbozaré aquí el análisis de un contexto particularmente simple *a priori*. Se trata de una interacción eminentemente práctica, generalmente entre dos personas. Me refiero a los momentos en que una persona sorda va a comprar algo a un negocio, pide lo que desea comer en un restaurant o va a cargar nafta en su auto. Frecuentemente he visto a los padres preocuparse por sus hijos ante la perspectiva de tales situaciones. Según ellos, ellas bastan para justificar todos los esfuerzos hechos por aprender a hablar.

Me sorprende ver que, en general, estas interacciones se realizan sin mayores inconvenientes. Es comprensible, ya que son breves interacciones que se dan siempre de la misma manera. Forman parte de la rutina, están centradas en un objeto preciso. Por otro lado, y contrariamente a lo que sucede con la mayor parte de las interacciones que se llevan a cabo a lo largo de una jornada, las dos partes implicadas en ellas tienen la voluntad de comunicar. El sordo desea comunicarse para obtener un objeto preciso, un atado de cigarrillos o el pan que ha venido a

46 N. de T.: SNCF: «Société Nationale des Chemins de fer Français». Red ferroviaria nacional francesa.

comprar. El comerciante tiene algo así como la obligación de comprender, esto forma parte de su oficio.

En esta situación es el sordo quien toma la iniciativa. En otros casos, al contrario, puede que lo tomen de improviso. Es lo que sucede cuando alguien le pregunta algo en la calle sin decir agua va. Entonces, aunque el sordo no sea el primero en hablar y sea el vendedor el que comienza con un “le toca a usted, ¿qué desea?”, el sordo ya se ha puesto en guardia. Sabe que le toca a él pedir “una baguette, por favor” o “por favor llene el tanque”. A menudo el intercambio verbal se termina aquí y termina bien, sin necesidad de que el sordo explique que es sordo.

Si la conversación continúa, se trata de todos modos de una situación cara a cara en la que en general el sordo puede leer los labios, como hace habitualmente en estas circunstancias. Incluso si se trata de labios finos, como dice Françoise Cuif en su libro, o de labios nuevos, puede hacerlo puesto que sabe de antemano de qué tratará la conversación. Puede anticipar una respuesta posible.

Pero hay aun algo más. Teóricamente estas situaciones pueden llevarse a cabo muy bien, e incluso a veces mejor, sin intercambio de palabras. Ustedes pueden por ejemplo señalar con el dedo lo que desean de la carta en el restaurant. En la peluquería, a veces es más fácil explicar el peinado que queremos con las manos y sirviéndonos de gestos, que hablando. Pero como tenemos la costumbre de decir las cosas hablando, entonces preferimos hacerlo de este modo.

Si bien en general acostumbramos hablar, muchas veces lo que se dice no tiene que ver con el servicio que se presta en ese momento. Por ejemplo, el comerciante puede decir: “Se está poniendo fresco” o “¿Cómo están sus hijos?” como un gesto de amabilidad. Este tipo de comentarios laterales a veces ponen a la persona sorda en una situación que no es ni confortable ni agradable. Es cierto que se trata de lugares comunes, es decir comentarios que de ante mano sólo requieren la aprobación del interlocutor, independientemente de su contenido. Pero para que esto funcione es necesario que el carácter marginal de dicho propósito sea identificado como tal. Hay que evitar responder “sí”, creyendo que se trata de cuestiones banales sin consecuencias, cuando en realidad el camarero preguntaba si queríamos una última copa, o cuando el empleado de la estación de servicio, sin saber que estamos apurados, se ofrecía a lavarnos el auto.

Es comprensible que cuando las personas sordas deben hacer compras o pedir un servicio en su vida cotidiana, adopten como estrategia el recurso a todas las formas posibles de autoservicio, o la fidelidad a los comerciantes que los conocen.

Cuando no pueden evitar encontrarse cara a cara con un desconocido los sordos recurren a otras estrategias muy instructivas por cierto. Los que logran desenvolverse mejor y enfrentar este tipo de situaciones con menos aprehensión son aquellos que se presentan tal cual son y no quienes tratan de imitar a los oyentes.

Conozco sordos postlocutivos para quienes este tipo de encuentros representa una pesadilla. Tienen miedo. Teóricamente un sordo postlocutivo debería hallarse en mejor posición en este tipo de pequeños intercambios, ya que habla francés perfectamente. Sin embargo ¿qué es lo que sucede? Tomaré en cuenta dos casos extremos: un sordo postlocutivo que habla bien y un sordo profundo de nacimiento, lo que algunos llaman sordomudo. La diferencia entre ambos no consiste en que el último anuncie su sordera exclamando “soy sordo”. Sin embargo, al escucharlo hablar, la persona que se encuentra frente a él tendrá elementos necesarios para identificar la situación como una situación de comunicación difícil, aunque no necesariamente reconozca que la persona es sorda. Esto le permitirá organizarse en consecuencia.

Al contrario, si la persona sorda habla –y sobre todo si habla perfectamente bien– el empleado o el comerciante actuará del mismo modo que con un oyente. Cuando uno habla bien, es porque oye. Ni bien surja un malentendido la relación se degradará rápidamente y será imposible para el sordo aclarar que es sordo. Es demasiado tarde. La persona pensará simplemente que no hizo el esfuerzo de oír. Y a esta altura la persona ya estará demasiado fastidiada para recibir todas las explicaciones que el sordo quiere darle: que no entendió, que es realmente sordo, cómo comportarse con un sordo...

El ejemplo que hemos escogido no es ideal, tampoco es aplicable a todo el mundo. En él, la persona sorda maneja la situación del principio hasta el fin. Tal vez les resulte más útil pensar en ejemplos en los que ustedes mismos estén implicados, analizar la manera en que se comportan y sacar las conclusiones adecuadas. Por ejemplo, pueden pensar en lo que sucede aquí en las pausas, durante la comida en el bar de la plaza –o en otros sitios calificados *a priori* como más serios–, ver cómo nos comportamos cuando conversamos con una persona sorda y no entendemos. Es algo que ocurre frecuentemente, vale la pena que nos detengamos a pensar un momento.

Me parece que a menudo, una vez que hemos pedido a la persona sorda que repita, no insistimos, aún si seguimos sin comprender. Pero en estos casos la

actitud de sordos y oyentes es diferente: los sordos son mucho más hábiles para darse cuenta de que el oyente no entendió, aunque afirme lo contrario. Por su lado, el sordo sabe mucho mejor que el oyente cómo hacer para fingir que ha comprendido.

Hay muchas otras cosas que debemos observar en cuanto a los problemas de no comprensión. Por ejemplo: el carácter a veces completamente artificial de las consignas del tipo “cuando no entienda, hágame saber, deténgame y le explicaré”. Hay contextos en los que esto es imposible, y otros en los que es incluso imposible identificar el momento en que no se ha entendido.

Pienso que se darán cuenta rápidamente que para analizar todo esto es necesario el contexto. Las maneras de actuar varían mucho menos en función de la personalidad de cada uno que en función de la cantidad de personas presentes, del estatus de cada una de ellas, de su lugar en la interacción y del grado de implicación que tengan.

Éstas son sólo algunas indicaciones para que puedan analizarlas ustedes mismos. Me parece que he hablado suficiente. Voy a pasar la palabra a alguien que tiene experiencia en relaciones mixtas en las que se utilizan todos los medios para alcanzar objetivos muy variados. Creo que tiene mucho que decir con respecto a este tema.

La lengua de señas francesa. La Comunidad lingüística de los sordos⁴⁷

La *LSF* (Lengua de Señas Francesa), lengua visual gestual, es la lengua de la Comunidad de los Sordos de Francia. Antes se la llamaba –sin otra especificación–, mímica, lenguaje de señas, lenguaje gestual o simplemente, señas, gestos, incluso gesticulación. Esta nueva denominación (*LSF*), que apareció a fines de los años 1970, fue adoptada imitando a los lingüistas norteamericanos que hablaban de *ASL* (American Sign Language) o de *Ameslan*, y que habían sido rápidamente seguidos por la comunidad de sordos norteamericanos, así como por los oyentes. Veremos más adelante cuáles son las razones y los límites de esta referencia a la Nación, que actualmente se ha vuelto la norma en casi todos los países del mundo.

Para muchos Sordos, el hecho de haber introducido en su lengua la sigla *LSF* –préstamo del francés a través del canal de la dactilología⁴⁸– ha tenido como efecto una materialización o exteriorización de su lengua, que hasta entonces era designada por varias señas traducidas habitualmente en francés como “hacer gestos”.

La expresión “Comunidad de los Sordos”⁴⁹ también es reciente. Antes se decía simplemente, “sordomudos”, aunque la mayoría fuera capaz de hablar. El término sordomudo tiende a desaparecer. Sin embargo, es el término que emplean los Sordos para designarse en su lengua: el índice va de la oreja a la boca. Los que duden de la legitimidad de esta traducción literal, podrán encontrar la confirmación en la forma en que se designa a los oyentes en casi todas las lenguas de señas del mundo. Tal como ocurría en las lenguas habladas en el siglo pasado,

47 In Geneviève Vermes (éd.) *25 Communautés linguistiques de la France. Parler sa langue aujourd'hui en France*, Paris, L'Harmattan, vol. 1, 1988, pp. 360-380.

48 La dactilología es el alfabeto manual. Se recurre a él esencialmente para deletrear los nombres propios que no poseen una seña o cuya seña es desconocida por el interlocutor, también para las siglas y para hacer “citas en francés”.

49 Adoptamos el uso de la mayúscula –actualmente habitual– para designar a los Sordos en el sentido sociológico y cultural del término, como miembros de la comunidad de los Sordos. Utilizamos una “s” minúscula para hablar de los sordos como deficientes auditivos.

en las que no se decía “oyentes” sino “hablantes”, la seña designa sin ambigüedad el hecho de hablar y no de oír⁵⁰.

LSF, pidgin francés señas, francés señado

“¿Has ido a Norteamérica?” puede decirse del siguiente modo:



50 En LSF, la seña que designa a los oyentes puede parecer ambigua: con el puño cerrado y el índice y el mayor formando una “V”, el mayor toca dos veces con un pequeño movimiento de abajo hacia arriba, un espacio comprendido entre la boca y la oreja. Al menos ésta es la forma canónica en que se la enseña. En realidad se trata de un gesto movedizo. Si el contacto se hace cerca de la oreja, indica más bien el hecho de oír. Los oyentes pueden tender a hacerlo de este modo. Si se la hace más cerca de la boca, en la comisura de los labios o sobre la boca, como lo hacen los Sordos de ciertas regiones de Francia, la seña indica más bien el hecho de hablar. Cuando los sordos están entre ellos o con oyentes que no conocen su lengua, a veces realizan esta seña en la base de la nariz y con énfasis, de manera que se aproxime y casi se confunda con otra que significa “hacerse el vivo, el interesante”. Es de buen gusto que los oyentes no utilicen este tipo de gestos para designarse a sí mismos. Son gestos que deben ser usados con buen criterio y no está permitido a todo el mundo servirse de ellos. Sería algo así como si un cristiano, un no gitano o en otro tiempo un alemán, emplearan para designarse los términos de “goy”, “gadje” o “boche”.

Esta manera de señar, bastante cercana al francés —el orden de las señas sigue el orden de las palabras de la frase en francés—, no es incorrecta. Sin embargo es un poco pesada. Es una especie de pidgin señas y francés. Los sordos entre ellos dirán más bien, de manera más fluida, más elegante y más clara (LSF):



(Los dos ejemplos presentados más arriba provienen de Bill Moody, t, 1, p. 168).

Para algunos pedagogos por fin sensibles a las señas, estos últimos reenvían o deberían reenviar a las palabras de la lengua hablada y no a las cosas, a los conceptos. Transformando la lengua de señas en un código del francés, preconizan sistemas en los que cada palabra de la lengua hablada corresponde a una seña. En la frase que mostramos más arriba, habría siete u ocho señas. En caso de necesidad, recurren sistemáticamente al alfabeto manual para representar el sistema de flexiones de la lengua hablada. Los promotores de estos sistemas lingüísticos estiman que de este modo enriquecen la lengua de señas y la vuelven más gramatical, más accesible a los oyentes. Piensan que si los niños sordos recurren a ella, aprenderán al mismo tiempo la lengua hablada.

Tengo dieciocho años. Nací sordo, mis padres son sordos y tengo también dos hermanas y un hermano sordos. Ellos me dieron mi lengua materna que es la lengua de señas. No tengo ningún problema de comunicación... A los cuatro años entré en la escuela de Asnières —una de las grandes escuelas de sordos de Francia. Usamos la LSF en el recreo, pero en clase todas las maestras hablan y tenemos que leer los labios. A los ocho años cambié de escuela porque cerca de mi casa había una nueva escuela integrada. En esta escuela las clases de sordos y las clases de oyentes están separadas. En el recreo y en el comedor los alumnos están mezclados. Desde los primeros días de clases las maestras me prohibieron terminantemente la LSF. Yo no entendí por qué la LSF estaba prohibida allí y no en Asnières ni en mi familia. Los oyentes no paraban de decirme: “Cuidado, ¡te voy a cortar las manos!” Yo estaba paralizado, cada vez tenía más miedo. Me volví enfermizo y me encerré en mí mismo. Sufrí mucho la prohibición de la LSF y dejé de hablar mi lengua materna...

En mi familia sorda comencé a detestar la LSF e intenté hablar oralmente con mis padres. Para mis padres fue muy difícil porque no pudieron hacer nada frente a la demanda de la escuela... Para aliviarme recurrieron a las dos lenguas, la lengua de señas y la lengua oral. Por suerte mi hermana mayor me dio muchos consejos y poco a poco pude separar en mi vida, la escuela, la familia y la sociedad. Tomé la decisión de no volver a usar la LSF en la escuela. Pero en familia, volví a mi manera natural de comunicar y sintiéndome cómodo con mi propia lengua, guardé mi identificación con la LSF...

Me siento más cómodo en mi propia lengua para expresar naturalmente lo que pienso. Es lo mismo que les pasa a los franceses oyentes que viven en otros países y tratan de hablar la lengua extranjera. No se puede vivir cotidianamente con una lengua extranjera. Ellos necesitan encontrarse con personas de su país para expresarse confortablemente en la misma lengua y en la misma cultura. Para nosotros los Sordos es lo mismo. No podemos vivir siempre en el mundo de los oyentes haciendo esfuerzos para hablar con ellos... (Philippe L’Huillier, traducción de una parte de su intervención en LSF en el Colloque sur l’Intégration des Jeunes Sourds, organizado por la Educación Nacional el 11-12 de octubre de 1983).

En Francia se estima que hay más de tres millones ochocientas mil personas sordas. La mayoría de ellas padecen de sorderas leves o son personas que se quedaron sordas en la tercera edad. La LSF es la lengua de los sordos profundos y severos, y de una parte de los hipoacúsicos. En Francia el número de sordos severos o profundos varía según las estimaciones ¡entre 92 000 (1976) y 450 000 (1980)! Pero entre ellos hay algunos que se califican a sí mismos como “sordos

hablantes”, ya sea porque se trata de sordos postlocutivos tardíos o porque sus padres y educadores lograron mantenerlos alejados de las tentaciones de la comunidad de pares hasta una edad avanzada. Estos sordos se enorgullecen de “no frecuentar otros sordos”, de no hacer señas y de no saber nada acerca de ellas.

Existe una sola evaluación del número de sordos que emplean habitualmente la LSF, son en total 80 000 como máximo. Sin embargo, desde hace algunos años, como la prohibición de la LSF se ha vuelto menos severa, la cantidad de sordos que recurren a ella seguramente ha aumentado. Al menos entre los jóvenes.

La LSF ha recibido ciertas acusaciones. Se trataría de una lengua pobre, desprovista de matices, concreta, demasiado concreta y por ello incapaz de abstracción. La LSF mantendría a los sordos aislados, encerrados en su subdesarrollo. Interferiría negativamente con el aprendizaje del francés, no permitiría a los sordos comprenderse verdaderamente entre sí. Resumiendo, no se trataría realmente de una verdadera lengua. Estos mismos reproches, o casi todos, son los que reciben igualmente otras lenguas minoritarias. Por varias razones la LSF puede ser considerada como el prototipo de las lenguas minoritarias, ya que posee todos los rasgos que se les imputan a las demás llevados al extremo.

En lugar de detenernos sobre los puntos en común, pondremos el acento en tres particularidades que, según creemos, diferencian radicalmente el estatus sociológico de la LSF y de la comunidad de los sordos, del de otras lenguas y culturas minoritarias.

Una lengua necesariamente compartida

Aprender la lengua dominante es más difícil para los Sordos que para los miembros de cualquier otra minoría lingüística. Para un sordo profundo de nacimiento o para alguien que se quedó sordo a una edad temprana, el aprendizaje del francés es necesariamente el resultado de una enseñanza formal. Es siempre un “montaje” artificial. Los verdaderos éxitos en este terreno son en general una excepción. Esto es así si no tenemos en cuenta la calidad de la voz, que hace que más de un sordo sólo pueda hacerse comprender por su familia. Este hecho incita a algunos sordos a dejar de usar la lengua oral.

Pero esto no es todo. Contrariamente a lo que ocurre con los miembros de otras comunidades lingüísticas, para un sordo, el eventual dominio del francés no implica el dominio de la situación de conversación. Los sordos postlocutivos conocen también esta dificultad. La lectura labial es un ejercicio difícil que no todos dominan, puesto que no todo puede leerse en los labios y que todos los

labios no son igualmente legibles. El esfuerzo que implica adivinar y seguir la conversación impide casi por completo intervenir libremente. La lectura labial es cansadora y no puede ser sostenida durante mucho tiempo, cuando se trata de conversaciones entre más de tres personas se vuelve problemática, y resulta imposible en conferencias públicas, emisiones radiales o de televisión.

Comprenderemos por qué los Sordos, aislados permanentemente dentro de la sociedad oyente, tienden a formar entre ellos una sociedad. Ávidos de contacto, buscan los intercambios entre pares, con quienes pueden comunicar normalmente, confortablemente y sobre un pie de igualdad —cf. el testimonio de Philippe L'Huillier. En general en las ciudades en las que no hay un hogar de sordos oficial, existen lugares habituales de reunión y encuentro. Los sordos se casan entre sí casi en un 90 % de los casos.

De estas dos cuestiones relativas a la relación de los sordos con la lengua dominante se desprende otra.

Los miembros de otras minorías lingüísticas de Francia, en general bilingües, no necesitan recurrir a terceras personas en las situaciones en las que se habla francés. Cuando precisan un intérprete, éste puede ser un miembro de su misma comunidad. Incluso, a veces, hasta se prefiere no recurrir al intérprete, es el caso por ejemplo de los grupos que han conocido el menosprecio.

Este aspecto de “entre sí”, de “lengua reservada”, existe en el caso de los Sordos. Al mismo tiempo para ellos es absolutamente necesario que otros, oyentes, conozcan su lengua.

Algunos oyentes conocen la lengua de señas de manera natural. Es el caso en general de los hijos de padres sordos. Muy a menudo los mayores hacen de intérpretes para los padres. Pero también otros oyentes pueden conocer la LSF: padres, amigos, educadores, trabajadores sociales, curas, pastores y por supuesto intérpretes oficiales.

Los Sordos norteamericanos dicen con placer que la ASL es la cuarta lengua en Estados Unidos. Esto no significa que hay una gran cantidad de sordos en ese país, sino que la ASL es hablada por los Sordos, pero igualmente por un número todavía mayor de oyentes. En Estados Unidos, donde la lengua de señas ha tenido un desarrollo espectacular en los últimos quince años, la proporción de oyentes que la usan con respecto a la población sorda es mucho más grande que en Francia. Si consideramos que en Francia la LSF es el modo de comunicación habitual y privilegiado de 50 000 personas sordas ¿podríamos decir que hay un número más o menos equivalente de oyentes que la practican?

En este punto resulta aún más difícil responder en cifras, puesto que es necesario interrogarse acerca de la LSF de los oyentes. Aquellos que son hijos de padres sordos pueden tener un dominio de la lengua que les permita pasar por sordos. Pero no es el caso de todos los que dicen conocerla y la utilizan de manera cotidiana. En los intercambios entre sordos y oyentes se trata a menudo de un pidgin. Dependiendo del tema que se aborde, del conocimiento que el Sordo tenga del francés y el oyente de la LSF, la cosa puede ir desde una lengua muy cercana a la LSF con una gramática espacial, hasta una especie de presentación visual de la lengua hablada que es lineal.

El internado especializado, cuna de la cultura sorda

De buen grado se compara la represión que sufrió la LSF con la que se aplicó a otras culturas y lenguas minoritarias en Francia. Las mismas coyunturas políticas. Los mismos motivos. El mismo lugar especializado para la estigmatización: la escuela. Los mismos métodos: “las manos atadas” o el afiche con la inscripción “viva la palabra” que debía portar todo aquel que dejara escapar un gesto. Métodos comparables al símbolo que debían colgarse al cuello los niños Bretones que hablaran la lengua de sus hogares en la escuela.

Pero en un aspecto no menor la situación es diferente.

El niño Bretón de otros tiempos, aprendía francés en la escuela y al mismo tiempo aprendía a despreciar su lengua. Pero llegaba a la escuela sabiendo lo que significa hablar y una vez que atravesaba el umbral volvía a encontrarse con *su* lengua.

En el internado especializado, lejos de los suyos, el niño sordo aprende que no está bien hacer gestos, que los gestos lo asemejan a los simios. Sin embargo, es ahí mismo que el niño descubre y aprende las señas. No de sus maestros, por supuesto, sino de los niños mayores: en el patio durante el recreo, en el comedor, en los dormitorios. A menudo el niño sordo experimenta por primera vez cuando llega a la escuela, y gracias a la LSF —con una alegría y una emoción que a muchos les gusta recordar—, lo que es una lengua, para qué sirve y cómo jugar con ella.

En general en las minorías lingüísticas es la familia, primer agente de socialización, la que se encarga de la transmisión de la lengua y de los valores culturales. En el caso de los sordos esto sólo ocurre con una pequeña minoría —un 3% tal vez—, los niños sordos de padres sordos. La socialización lingüística es para la mayoría de los sordos más tardía. Se lleva a cabo en la escuela, y para algunos aún más tarde. Es también en la escuela que el niño sordo, al mismo tiempo que

aprende su lengua, aprende de sus mayores cómo comportarse como Sordo, las formas de solidaridad entre pares y la manera de desenvolverse con los oyentes. El internado especializado es la cuna de la cultura sorda. La vida adulta conserva aún sus huellas.

Aunque la lengua se enriquece y se transforma luego con el contacto de la comunidad de los adultos, los sordos conservan durante toda la vida un vocabulario que los identifica y que conserva la marca de la institución a la que han pertenecido. Desde hace una década los contactos entre sordos adultos y niños sordos se han vuelto más frecuentes. Ya no debe existir la diferencia tajante que existía antes entre la lengua de los adultos y la de los niños. Por otro lado, sin duda, la circulación de los alumnos entre las instituciones puede contribuir también a atenuar las particularidades de cada establecimiento.

Otro indicador de las huellas que deja la escuela en la vida adulta es el ritual de presentación. Cuando un sordo es presentado a otros sordos, se dice su nombre —aunque a veces puede omitirse, sobre todo si los interlocutores no conocen el alfabeto dactilológico— y se dice también la seña que lo identifica dentro de la comunidad de los Sordos —en las conversaciones en LSF es únicamente esta seña la que se emplea para designarlo. También se dice de qué escuela viene la persona, ya que dentro de la comunidad éste es un elemento de información más importante para situar a la persona que su lugar de nacimiento o su profesión. No haber ido a la escuela de Sordos es un poco como no ser un verdadero Sordo.

El nombre o la seña personal, es menos importante que la persona que los da. En general a los sordos se les atribuye una seña personal en la escuela. A veces inventada por sus compañeros de clase, pero más a menudo por los sordos mayores que han ingresado al mundo de los Sordos un poco antes que él.

Puede ocurrir que esta seña sea la simple traducción del patronímico, cuando éste tiene un significado. Pero en general los “bautismos” se hacen rápidamente y en relación con la apariencia, porque es bueno que todo el mundo pueda identificar a la persona en cuestión cuando se habla de ella, incluso los no iniciados. La seña personal hace referencia a una característica física saliente de la persona, es un defecto puesto en evidencia —tal como sucedía originariamente con los patronímicos. Sin embargo muchos Sordos conservan toda la vida como seña personal el número de matrícula que les correspondía cuando estaban en el internado. Lejos de ser vividos como una despersonalización, estos números —que frecuentemente se transforman en una verdadera seña y entonces se articulan de modo diferente que las cifras originales—, son percibidos como la marca de

pertenencia auténtica y precoz a la comunidad. Como un título de nobleza en cierto sentido.

Sin embargo, nada muestra mejor la importancia de la escuela en la cultura sorda que el papel que adquieren las Asociaciones de Ex Alumnos de cada institución en la vida social y en la organización política de los Sordos.

Universalismo

Algunos sordos se quejan a veces de la gran diversidad que existe entre las señas de una ciudad y las de otra. Los oyentes todavía más. Incluso algunos no se lanzan a aprender la lengua de señas porque consideran que una lengua “que no forma una unidad” no es una verdadera lengua. Esta diversidad de hecho y las actitudes que provoca en unos y otros, son cuestiones que la LSF comparte con otras lenguas minoritarias. Sobre todo con aquellas que carecen de escritura⁵¹, o en todo caso con las lenguas que no poseen una escritura estándar impuesta.

Al contrario, y al mismo tiempo, un punto que la diferencia fuertemente de otras lenguas es el prejuicio de universalidad que recae sobre ella, desde la época del Abad de l'Épée si no antes. El lenguaje gestual de los sordos es portador de todos los sueños que conciben el fin de Babel.

El oyente en general se muestra reticente a aprender las señas locales, o al menos es lo que se piensa. Quiere aprender los gestos “más universales” y reclama a los sordos algo que nunca pretendería de los oyentes: la lengua universal.

51 Las filmaciones, los videos e incluso la TV, cumplen hoy en día con ciertas funciones tradicionalmente atribuidas a la escritura –emisión fuera del contacto cara a cara, conservación, duplicación- y desempeñan cierto rol en la estandarización de la lengua. La LSF depende sin embargo del soporte humano, es por ello que ni las filmaciones ni los videos ni la TV pueden cumplir con todas las funciones de la escritura. El primer modo de escritura de la LSF, muy inteligente, fue propuesto por A. M. Bébien en 1825. Actualmente los investigadores utilizan el sistema propuesto por William Stokoe o alguno de sus derivados. Este sistema se funda en un análisis “fonológico” o “querológico” de la LSF. Querológico –de χερ in griego, mano- puesto que en los primeros análisis de lo que en lengua de señas equivale al sistema fonológico de las lenguas vocales, sólo se tenía en cuenta las manos. Más tarde se tomarán en cuenta ciertos movimientos del cuerpo y del rostro, William Stokoe fue el primero en insistir en este punto. Las señas son descritas en función de su variación –en número limitado- según tres parámetros: el lugar del cuerpo en el que se articula la seña, la configuración de la (o las) mano(s), el movimiento. En Estados Unidos, Valerie Sutton imaginó una escritura de tipo pictográfica, que es difundida en el diario bilingüe ASL-Inglés, *The Sign Writer News-Paper*. El problema de la escritura de la lengua de señas ha despertado, y despierta hoy en día, la pasión de numerosos investigadores, es el caso de Paul Jouisson en Francia. Pero todavía no forma parte de la academia.

Hay algo todavía más serio. El mismo sordo que se lamenta de la diferencia que existe entre las señas de Toulouse y Montpellier, un minuto más tarde y sin percibir la más mínima contradicción, elogiará las virtudes de su lengua que permite que todos los sordos del mundo puedan comprenderse sin problemas. Lo peor es que los sordos del mundo, para quienes el internacionalismo no es una palabra vana, tienen de hecho una sorprendente capacidad para comunicarse entre sí. Esta habilidad increíble de negociar una lengua común no ha sido aún objeto de investigaciones profundas.

Para terminar con el *a priori* de una lengua de señas universal y única, y sobre todo con las políticas voluntaristas que podrían desprenderse de ello, los lingüistas han adquirido la costumbre de hablar únicamente de la lengua de su país. Esto es solidario con la idea de que existe una pluralidad de dialectos. Los sordos negros de Virginia no señan del mismo modo que los sordos de Alaska. Sin embargo en ambos casos se habla de ASL.

Pero en materia de lengua de señas, la referencia a la Nación o a la lengua que se habla ¿es una referencia pertinente? Para empezar, algunas lenguas de señas alejadas geográficamente unas de otras y que corresponden a países con lenguas orales diferentes, pueden tener entre sí más similitudes que otras lenguas de señas de países cercanos en los que la lengua oral es la misma. Es el caso citado a menudo de la Lengua de Señas Norteamericana y la LSF. Más cercanas entre sí que de la Lengua de Señas Británica. Esto se debe a cuestiones históricas que recordamos con placer entre franceses y norteamericanos: fue un sordo francés alumno de Sicard, Laurent Clerc, quien en 1817 fundó en Estados Unidos la educación de los sordos, llevando consigo al menos en parte la LSF.

Si estableciéramos el mapa de las lenguas de señas, no es seguro que coincidan exactamente con las fronteras políticas o lingüísticas de las lenguas orales. Sin embargo, resulta claro que las políticas activas a nivel nacional con respecto a la lengua de señas favorecerán esta referencia nacional, y es lo que ocurre actualmente.

Aunque en este caso no se trate de la lengua de señas es importante recordar el papel eminente que el abad Grégoire asignó a los sordomudos en materia de lengua. En ese entonces “naturaleza” rimaba con “razón” y se suponía que las lenguas debían copiar las cosas. Al final del informe para la Convención (1794) acerca de “la necesidad y los medios para eliminar los dialectos locales y universalizar el uso de la lengua francesa” Grégoire sugiere algunas medidas para enriquecer el francés, volverlo aún más claro, más racional y en consecuencia más universal. Entre otras cosas preconiza “hacer desaparecer todas las anomalías

que resultan de los verbos irregulares y defectivos o de las excepciones a las reglas generales. Y precisa: en la Institución de los sordomudos los niños que aprenden la lengua francesa no pueden concebir estas rarezas que contradicen el sentido de la naturaleza de la que han aprendido. Siguiendo lo que ella les dicta y respetando la analogía con las cosas, los niños otorgan a cada término declinado, conjugado o construido, todas las modificaciones que de ello se derivan”. Un siglo más tarde las cosas se han invertido. Los sordomudos no se erigen en jueces del francés. Es por su francés que se los juzga. Las faltas que cometen son imputadas a su lengua. Ellas la condenan. La lengua de señas que había escapado al cuestionario de Grégoire –incluso si algunas preguntas parecían expresamente concebidas en su honor– se unirá a los dialectos locales.

Historia

Como sucede a menudo con los pueblos que quieren volver a ser sujetos de su historia, desde algunos años los Sordos de Francia se dedican con gusto a visitar su pasado. Se han creado grupos de investigación. Y el teatro militante ha creado las mejores obras de su repertorio acerca de este tema.

En la memoria colectiva de los sordos están presentes dos fechas: el Abad de l'Épée (1712-1789) y el Congreso de Milán (1880). Y no sólo para los sordos de Francia o de Europa, sino para los sordos del mundo entero que constituyen un solo pueblo. Estos puntos de referencia en la historia de los sordos se han erigido en mito y símbolo. El Abad de l'Épée es el mito de los “orígenes”. Sin embargo, de l'Épée no fue en absoluto el primer institutor de sordomudos. Tampoco fue el inventor de su lengua, ni del alfabeto dactilológico que a veces lleva su nombre. Fue sí el primero en concebir una enseñanza popular de masas fundada en la utilización de la lengua de los sordos. Lo que se llamará el método francés, en oposición al método alemán enteramente basado en la palabra, se diseminará por el mundo como un reguero de pólvora.

Cuando su lengua o su estatuto en las escuelas se ven amenazados, los sordos vuelven indefectiblemente a la memoria del Abad de l'Épée. Fue así que en un momento difícil los educadores sordos de la Institución de París decidieron festejar cada año el nacimiento del Abad. Las primeras manifestaciones del movimiento sordo, y el nacimiento de un culto, fueron los famosos banquetes presididos por Ferdinand Berthier. El primero tuvo lugar en 1834. Estos “ágapes” que cada año contaban con un invitado oyente a elección –Chateaubriand, Lamartine, Hugo– tenían algo de religiosos. Una religión orientada hacia la liberación y el

progreso. La religión de un pueblo que consideraba a de l'Épée como redentor y a Berthier como papa. Durante décadas cientos de brindis fueron dedicados al “padre espiritual” y al “regenerador” de los sordomudos. Antes de ellos los sordos no eran nada, eran los descarriados, los ignorantes, los parias. Ahora constituyen un pueblo. Lograr dominar las artes y las ciencias, obtener la plenitud de sus derechos cívicos, siempre amenazados aunque parezcan adquiridos, depende únicamente de ellos.

El Congreso de Milán (1880), leitmotiv de todas las reuniones del mundo en las que se trata de la defensa de la lengua, es la Mancha Negra de la historia de los Sordos. Milán tiende a establecer una división entre un antes, período que se conoce sin precisión pero que se considera como la época de oro de la lengua de señas, y un después, en el que la lengua de señas oprimida y vergonzante no habría cesado de degenerarse. Este congreso que reunió a los institutores de sordomudos y excluyó a los institutores sordos, puso término a un siglo de disputas pedagógicas acerca de la elección entre lo que se llamaba el método oral puro —oralismo— y el método mixto —que actualmente conocemos como comunicación total— que otorga un lugar importante a las señas. El congreso concluyó con el grito de “Viva la parola”. Aunque se habla de método, lo que triunfó en Milán fue la afirmación clara de los objetivos que perseguiría a partir de entonces la educación de los sordos: la palabra, considerada hasta entonces como un medio entre otros para la educación, se transformará en el único, y adquirirá al mismo tiempo el estatuto de fin. Los grandes establecimientos de educación pasarán a ser “clínicas de la palabra”.

Las decisiones establecidas en Milán fueron aplicadas en Francia con una violencia que no se conoció en otros lugares. En los establecimientos, las nuevas generaciones de alumnos fueron separadas de los mayores por miedo a la contaminación. Cuando los últimos alumnos que habían conocido las señas dejaron la escuela, los docentes sordos fueron implacablemente perseguidos y se les prohibió enseñar. Se temía que perpetuaran aquello que ya no era considerado una lengua, sino una anomalía destinada a una pronta desaparición.

Para todos los sordos del mundo, paradójicamente bajo la égida de ideologías de “progreso”, comenzaba un siglo de obscurantismo y fanatismo. Este período que alcanzó su apogeo en la Alemania nazi con la ley de prevención de la transmisión de enfermedades hereditarias, que obligaba a las mujeres sordas a abortar. 16 000 sordos fueron esterilizados de oficio y más de mil, considerados ineducables, fueron exterminados en las cámaras de gas o por otros medios químicos.

Hasta la Segunda Guerra mundial e incluso un poco más tarde, los Sordos franceses supieron conservar el lugar privilegiado del que habían gozado hasta el siglo precedente. Fueron los creadores de varias manifestaciones de alcance internacional, principalmente los juegos olímpicos silenciosos. Iniciativa que podemos apreciar en su justa dimensión si conocemos el lugar que ocupan el deporte y los eventos deportivos en la cultura sorda.

El gran despertar es reciente. Comenzó en Estados Unidos hacia fines de los años 1960. En Europa se limitó al principio a los países escandinavos y llegó a Francia hacia fines de 1970. Como una devolución de favores –gracias Laurent Clerc– contó con el apoyo de los norteamericanos, sordos y oyentes.

Problemas actuales

La ley

En Estados Unidos existe una ley que obliga a todos los organismos que reciben dinero federal –escuelas, universidades, hospitales, asociaciones culturales o religiosas...– a plegarse a ciertas reglas relativas a la accesibilidad de los discapacitados. En el caso de los Sordos, comprenderíamos que se trata del derecho a un intérprete. Podemos decir que esta ley, que cambió por completo la vida de los Sordos norteamericanos, es la responsable del desarrollo espectacular de la Lengua de Señas americana y del interpretariado. Desgraciadamente en Francia no existe una ley semejante.

En materia de leyes, en los últimos años los Sordos se han movilizado esencialmente en pos del reconocimiento oficial de su lengua. Sin éxito. La LSF no aparece ni en el informe Giordan, ni en la propuesta de ley socialista sobre “Las lenguas y culturas minoritarias de Francia”, un olvido semejante sería inconcebible en Estados Unidos o en los países escandinavos. Algunas asociaciones de Sordos interpellaron a los representantes socialistas para recordarles que existían, y pidieron que se tomara en consideración su lengua bajo la rúbrica “lenguas desterritorializadas”.

La LSF tampoco aparece en la proposición de la ley comunista relativa a las “Lenguas de Francia y a las culturas regionales”. El grupo comunista considera que no se debe “colocar bajo la misma bandera a las culturas enraizadas en el territorio nacional, a las lenguas de las minorías de origen extranjero, a las de las poblaciones de los departamentos y territorios de ultramar, las culturas judía o gitana...”, pasibles cada una de un trato específico. Siguiendo esta lógica la LSF es objeto de una propuesta de ley separada que se llevó a la Asamblea en junio de 1985.

El 1º de febrero de 1986 entre 3000 y 5000 personas, en su mayoría sordas, desfilaron por las calles de París para apoyar esta propuesta de ley y reclamar el reconocimiento oficial de la LSF.

La enseñanza de la LSF

En 1976 nos parecía que sólo se podía hablar de derecho de cité de la Lengua de Señas en un país, si se cumplían ciertas condiciones. Por un lado, que la lengua de señas no estuviera proscrita de la enseñanza de los sordos. Por otro, que quienes necesitaran o quisieran aprenderla pudieran disponer de lugares destinados a ello. Y por último, que existiera un cuerpo profesional de intérpretes.

Ninguna de estas condiciones estaba dada en Francia en ese momento.

La tarea más urgente era la puesta en marcha de la enseñanza de la LSF. No tenía sentido convencer a los padres de emplear la LSF con sus hijos sordos e incitarlos a ejercer presión en las escuelas para que se levante la prohibición si no existían lugares donde aprenderla. Los primeros cursos comenzaron en 1977 y se desarrollaron de manera salvaje. Bastaba con que dos o tres oyentes convencieran a un sordo de enseñarles su lengua. Sin embargo, estos encuentros no eran siempre confortables. Para los Sordos, sobre todo en aquel momento, la idea de enseñar su lengua a los oyentes no era algo evidente. No todos esos cursos tuvieron éxito. La mayoría de los Sordos no tenía consciencia de su propia lengua. Tampoco estaban seguros de que fuera una verdadera lengua, o simplemente se mostraban reticentes a enseñárselas a los oyentes. Por ello muchos juzgaban que era más conveniente o más fácil enseñar una lengua señada que copiara el francés. Al principio la mayoría de los cursos consistía en enseñar largas listas de vocabulario en señas, acompañadas de querellas acerca de la legitimidad de tal o cual seña.

Este movimiento comenzó a expandirse en 1979. Durante mucho tiempo se limitó a la región de París y al sur del Loire. Luego se extendió a toda Francia e incluso a algunos países vecinos. Sin embargo, la región de Bretaña y el norte de Alsacia son hasta hoy regiones sub equipadas en materia de cursos de lengua de señas.

La necesidad de compartir las experiencias, de discutir sobre la política de la lengua y de pensar en una formación y un estatus para los profesores de LSF se transformó pronto en un imperativo. En noviembre de 1980 la Academia de la LSF, una de las asociaciones cuya misión principal es la enseñanza de la LSF, reunió a profesores sordos de toda Francia, de Suiza y Bélgica francófonas durante tres días en Dourdan.

Desde entonces existe un sistema a la vez formal e informal de intercambios que asegura la circulación de ideas, de conocimiento –sobre todo de investigaciones de lingüística de la lengua de señas que los sordos consumen con avidez–, y de *savoir-faire* –cómo conducir un curso, por ejemplo. Con los años este sistema se ha ido enriqueciendo y constituye una especie de bien común. Desde hace algunos años estos intercambios, que duran una semana aproximadamente, han alcanzado un nivel internacional. No se admiten oyentes y no hay intérpretes. Las discusiones se llevan a cabo en lengua de señas, que es la lengua de todos y al mismo tiempo de nadie.

En Francia, además de la Academia, los lugares de formación y perfeccionamiento en LSF son el Château de Vincennes (IVT-CSCS, International Visual Theater – Centro socio cultural de los Sordos) y los talleres de la asociación 2LPE (Dos lenguas por una Educación).

Paralelamente a sus actividades teatrales –un teatro militante de investigación, que ha logrado sensibilizar al público sordo y oyente a la cultura sorda, a sus temas y al modo de sentir y de ver propios de los Sordos– IVT fue y sigue siendo en muchos sentidos, el primer centro activo de enseñanza e investigación sobre la LSF.

Desde 1980 la asociación 2LP organiza con éxito creciente cada verano – más de 500 participantes en 1985–, talleres destinados a padres de niños sordos, profesionales y Sordos. La formación está a cargo de Sordos con experiencia. En 1983 contó con la participación de especialistas sordos de Gran Bretaña, Suecia y Estados Unidos, como una verdadera universidad de verano.

En un principio, los destinatarios de los cursos de LSF fueron los profesionales, principalmente fonoaudiólogos. Luego vinieron los padres de niños sordos, otros miembros de la familia y amigos, así como también sordos e hipoacúsicos educados en el más estricto oralismo. Actualmente existe un número creciente de gente que viene simplemente porque han visto la LSF, porque les ha gustado y ha despertado en ellos la curiosidad, ya que en la actualidad la LSF se deja ver mejor en las calles, en los lugares públicos y en la televisión.

Interpretariado

El desarrollo reciente de la interpretación –aún escasa en la educación superior, un poco menos en la formación continua y habitual en las conferencias de carácter cultural, social y político– ha comenzado a transformar la vida de los Sordos. Ella demuestra hasta qué punto el reconocimiento de su lengua, lejos de aislarlos, es la condición *sine qua non* de su integración social.

Siempre han existido personas que desempeñaron la función de intérprete. En contextos diversos y en general de urgencia: consulta médica o jurídica, negociación antes de una compra importante, relación con el escribano, la administración, la policía o la justicia. Sin duda estas situaciones son las que requieren más fuertemente la presencia de un intérprete profesional calificado. Los errores o las insuficiencias de la traducción pueden tener consecuencias graves. En general las personas que asumen la función de intérprete son personas cercanas al sordo –familiares o amigos–, o trabajadores sociales. Esta proximidad hace que se vean tentados de intervenir o de manipular la relación. Los roles se confunden.

El interpretariado voluntario se inscribe dentro del concepto de caridad que representa la ayuda brindada a una persona discapacitada, en este caso el sordo. El intérprete profesional en cambio, es un intermediario neutro –y sometido al secreto profesional– entre dos o más personas *igualmente* discapacitadas una y otra a causa de un problema de lengua.

En Dinamarca hay aproximadamente cien intérpretes para unos 3000 o 4000 sordos. En Suecia son 350 para unos 8000 o 9000 sordos y 4000 hipoacúsicos que conocen la lengua de señas. La asociación de Sordos suecos estima que serían necesarios 1500 intérpretes.

Francia está lejos de estas cifras. Sin embargo, en 1979 se creó la Asociación nacional Francesa de Intérpretes para Deficientes Auditivos (ANFIDA)⁵². Su primera tarea fue otorgar diplomas a unas cincuenta personas aproximadamente. Luego puso en pie una formación que desgraciadamente no dio los resultados que se esperaban. Esta asociación, que no funcionaba como un organismo oficial investido de un poder real de control del ejercicio de la profesión –calidad de las prestaciones, secreto profesional, no intervención como consejeros...–, necesitó retomar sus fuerzas para poder dar respuesta a las expectativas crecientes de las personas sordas. Y lo ha logrado luego del congreso europeo de interpretación en LS que tuvo lugar en Albi en enero de 1987.

La LSF y los Sordos en la educación especial

Los sordos, que no son ni más ni menos inteligentes que los oyentes, son masivamente sub-educados. Si aplicamos a los sordos los mismos criterios que empleamos con los oyentes, deberíamos considerar que el 95% de los sordos

52 N. de T.: Association nationale Française des Interprètes pour Déficients Auditifs (ANFIDA).

se encuentran en situación de fracaso escolar⁵³. Son muy pocos los que llegan a terminar la escuela secundaria. Podemos decir que la mayoría de los sordos profundos de nacimiento son iletrados. La lectura es para ellos un ejercicio difícil al que se aplican sin placer. La mayor parte de los sordos siguen estando destinados a aprender los oficios manuales que se les han adjudicado tradicionalmente.

Esta situación está ligada evidentemente al rechazo de emplear su lengua. La prohibición comienza a penas a levantarse.

En 1968 en Estados Unidos, tres escuelas adoptaron la “comunicación total”, una filosofía que se opone al oralismo y privilegia la comunicación en todas sus modalidades: oral, lengua de señas, gestos naturales, dibujo... Algunos años más tarde dos tercios de las clases de sordos en Estados Unidos declaraban adherir a ella. En el mismo momento los sordos volvían a ocupar cargos docentes en la educación. Pero para muchos “comunicación total” era sinónimo de “comunicación simultánea”, es decir que había que señar y hablar al mismo tiempo. Se crearon entonces sistemas de señas en parte artificiales destinados a calcar la lengua hablada. Estos sistemas eran enseñados a los padres con el nombre de lengua de señas.

Los lingüistas ligados al movimiento sordo denunciaron las absurdidades de esta manera de ver y hacer, y preconizaron una verdadera educación bilingüe en la que la ASL fuera aceptada como tal, como primera lengua, y el inglés se enseñara siguiendo las modalidades que se emplean para la enseñanza de segundas lenguas.

Los militantes franceses adoptaron de entrada este punto de vista. Las clases bilingües comenzaron a desarrollarse en 1980. El movimiento es lento y es recibido con hostilidad en los ámbitos oficiales. La política de integración de los discapacitados en las escuelas comunes, a la que los últimos gobiernos han acordado la prioridad, se le opone claramente.

La educación bilingüe requiere la participación de personas sordas cuya primera lengua es la LSF. Sin embargo, a los Sordos se les prohíbe pasar los exámenes para ser profesores de Sordos. Esta prohibición fue levantada hace diez años, excepto en el ámbito de la Educación Nacional⁵⁴. Los sordos que se presentan a los

53 Christian Cuxac, « Pour une éducation bilingue de l'enfant sourd », *Etudes et Recherches*, 2LPE, vol. 3, 1^{er} semestre 1986, pp. 15-46.

54 La casi totalidad de los jóvenes sordos están escolarizados en uno de los cuatro institutos nacionales que dependen del ministerio de la Solidaridad —o de la Salud—, y sobre todo en una de las numerosas escuelas privadas que reciben del mismo ministerio un “presupuesto por la jornada”. Sólo existen algunos establecimientos especializados para sordos que dependen del ministerio de la

exámenes hoy en día son en general hipoacúsicos o sordos oralistas que conocen mal la lengua de señas. A pesar de ello, en Francia hay aproximadamente unos cincuenta sordos, cuya primera lengua es la lengua de señas, que intervienen en las escuelas. Lo hacen sin tener un diploma. Justamente, la cuestión de su estatus y de su formación docente, son algunos de los tantos problemas que se presentan hoy en día.

Bibliografía

- Baker C., Battison R. (ed.), *Sing, Language and the Deaf Community, Essay in Honor of William Stokoe*, Silver Spring, USA, NAD, 1980, 267 p.
- Bouvet D., *La parole de l'enfant sourd*, Paris, PUF, 1982, 313 p. (La adquisición del lenguaje en el niño sordo desde una óptica bilingüe. La teoría y el análisis de una práctica).
- Cuxac C., *Le langage des sourds*, Paris, Payot, 1983, 206 p. (Historia de la Educación de los Sordos en Francia, del Abad de l'Épée al Congreso de Milán, 1880).
- Jouison P., « Rôle du corps dans l'organisation syntaxique du discours gestuel » in *Etudes et Recherches*, vol. 4, 2^e semestre de 1986, 2LPE Presse (Ch. Mas, Juzes, 31540 St-Félix-du-Lauragais).
- Grosjean F., Lane H., (ed), "La langue des signes", in *Langages*, n°56, Paris, Larousse, diciembre de 1979. (Una revista de estudios lingüísticos sobre la lengua de señas americana y un estudio histórico de la represión de la lengua de señas en Francia y en Estados Unidos).
- Kyle J. G., Woll B., *Sing language. The study of Deaf People and their language*, Londres, Cambridge University Press, 1985, 318 p.
- Lane H., *When the Mind Hears, a History of the Deaf*, New York, Random House, 1984, 537 p. (Monumental historia de las comunidades sordas en Francia y en Estados Unidos desde fines del siglo XVIII hasta 1900. Traducción francesa que publicará la editorial Inter Éditions).
- Moody B., con Vourc'h A. y Girod M., *La Langue des Signes, tome II, Dictionnaire bilingue élémentaire*, Paris, Ellipses, 1986, 211 p. (El último de la docena

Educación. Sin embargo, en el marco de la política de integración, todo el sector de la educación especial debe, de una forma u otra, entrar bajo el control de la Educación nacional, que prohíbe formalmente el acceso de los sordos a los puestos de preceptor, docente y director.

de repertorios de señas de la LSF publicados desde hace diez años).

Mottez B., Markowicz H., *Intégration ou Droit à la différence, les conséquences d'un choix politique sur la structuration et le mode d'existence d'un groupe minoritaire, les Sourds*, CEMS, EHESS, Paris, 1979, 165 p.

Rondal J., Henrot F., Charlier M., *Le langage des signes, aspects psycholinguistiques et éducatifs*, Bruselas, P. Mardaga, 1986, 220 p.

Stokoe W. C., (ed), *Sign and Culture, A Reader for Students of American Sign Language*, Silver Spring, Linstok Press, 1980, 378 p. (Recopilación de artículos publicados en la revista *Sign Language Studies*).

Periódicos

Coup d'Œil, Boletín sobre la actualidad de la lengua de señas, la comunicación y la cultura sorda, 1977, CAMS, EHESS, Paris.

Sign Language Studies, revista trimestral creada por William C. Stokoe en 1972, Linstok Press Inc., Silver Spring, MD 20901, USA.

Vivre ensemble, órgano de la Asociación Dos Lenguas por una educación.

Video

Jouison P., *Cours de Grammaire de la Langue des Signes française* (cassettes). Cuatro lecciones de 50 minutos cada una, 1983. Producido y difundido por la asociación Ferdinand Berthier.

Además de este curso de P. Jouison, en Francia no se comercializan aún producciones en LSF. Existen producciones culturales en LSF (canciones en señas, poemas, relatos, historias cómicas y ponencias en LSF...) en los archivos privados de personas y asociaciones. La videoteca –de uso interno– más importante de Francia actualmente, es sin duda la de la asociación 2LPE.

Una lengua minoritaria distinta de las otras⁵⁵

Lo que voy a decir es una prolongación de lo que acaba de decir L. J. Calvet⁵⁶.

Aquí estamos en Francia, un país cuya lengua oficial, mayoritaria, dominante o como quieran llamarle es el francés. Pero en Francia hay una cantidad de personas, ciudadanos franceses o no, que en su vida cotidiana, en sus relaciones con las personas cercanas, no hablan francés. Estas personas pertenecen a minorías lingüísticas. En Francia existen al menos treinta lenguas minoritarias con cierta importancia. Algunas están ligadas a un territorio: el bretón, el alsaciano, el vasco, etc... y otras no: el armenio en la región de París, y alrededor de Lyon el árabe, el creol, el portugués, etc... y por supuesto la Lengua de Señas que es una lengua no territorial.

Para comenzar diría que algunas de estas comunidades lingüísticas están bastante integradas y otras son francamente marginales o marginalizadas. Y esto por razones que en general no son lingüísticas sino puramente sociológicas o históricas. Si nos limitamos al caso de los ciudadanos franceses, puedo citar por un lado a los armenios que son franceses desde hace dos generaciones después de la guerra de 1914, y que están bastante bien integrados. Inversamente, —y creo que todo el mundo estará de acuerdo— los Gitanos, que son franceses desde hace más de un milenio, son francamente marginalizados por toda una serie de razones que no analizaremos aquí, hasta tal punto que no gozan de los mismos derechos que los otros ciudadanos franceses, lo que constituye un problema. Estoy tentado de afirmar que entre todas las comunidades lingüísticas de Francia, aquella que habla la lengua de señas es una de las más marginalizadas.

En segundo lugar, a menudo ocurre que las lenguas minoritarias y quienes las hablan se transformen en objeto de políticas y de prácticas discriminatorias, hostiles, opresivas, por parte de los poderes públicos y también de los ciudadanos.

⁵⁵ *In Bilinguisme et Société*, actas del coloquio de Nancy (marzo de 1987), Asociación APPOR, 1988, pp. 52-62.

⁵⁶ N. del T. : Louis-Jean Calvet, reconocido sociolingüista francés.

Una vez más diría que entre todas las lenguas minoritarias de Francia, la lengua de señas es una de las que más (o la que más) ha sido objeto de la tentativa más extrema y más radical de exterminación.

Por otro lado, comúnmente se dice que “cuando uno quiere matar a su perro lo acusa de tener rabia”. De este modo se ha acusado a muchas lenguas minoritarias de numerosos males para justificar el destino que debían padecer. No voy a entrar en detalle, pero presentaré algunas pequeñas formas de acusación que pueden hacerse.

La manera más simple de suprimir una lengua consiste sencillamente en decir que no existe. Por ejemplo, de un dialecto local que se asemeja a la lengua estándar mayoritaria, el francés, se dice que es un francés mal hablado, es decir, que no es una lengua. Es un error utilizarlo, es algo que no existe o que no debería existir.

Hay otra forma de decir que una lengua no existe. Es lo que sucede con las lenguas que no tienen escritura y que por lo tanto no tienen variedades de lengua estándar que se impongan como tales. Son lenguas que presentan grandes variaciones de un lugar a otro. Y si una lengua no es igual en todos lados, entonces todavía no existe como tal.

Desde este punto de vista puedo decir que entre todas las lenguas minoritarias la lengua de señas es ciertamente una de las que más ha visto negada su existencia, si no la que más.

Diría que la lengua de señas puede ser considerada como el prototipo de la lengua minoritaria. Como el ejemplo más perfecto, o mejor dicho más extremo, de las lenguas minoritarias. Esto por un lado. Pero lo más llamativo de la cuestión reside en otro punto, y es aquí que la cosa se vuelve interesante, ya que hasta ahora no he hecho más que repetir lo que se dice de ella desde hace años. Lo más curioso es que la lengua de señas posee al mismo tiempo ciertos rasgos que se oponen completamente a los que caracterizan en general a las lenguas minoritarias.

Voy a retomar de manera algo diferente los tres puntos que señalé al principio y mostraré que, paradójica y curiosamente, en la lengua de señas coexisten aspectos absolutamente contradictorios. No me sitúo desde un punto de vista estrictamente lingüístico, sino digamos sociolingüístico, o más bien sociológico como veremos luego. Esta manera de ver, que tiene en cuenta los dos aspectos, debería permitirnos plantear de una forma más sofisticada o en todo caso más fructífera, el problema o los problemas acerca de la descripción de la lengua, de la nominación de la lengua —es decir el nombre que se le da a la lengua de señas— y sobre todo los problemas más generales de política de la lengua. A

continuación no me dedicaré a exponer las conclusiones, lo que haré será presentar esquemáticamente estas oposiciones, ya que la contradicción abre la discusión y la posibilidad de concebir múltiples soluciones.

El primer punto y tal vez el más esencial, es que consideraré la lengua de señas como una lengua necesariamente compartida. Si me lo permiten, jugaré un poco con la oposición entre la lengua reservada para usar entre sí, para sí, en oposición con las lenguas que se dan, las lenguas conquistadoras, dominantes, colonizadoras o como quieran llamarlas.

Partiré de una constatación que me parece evidente —aunque algunos no estén de acuerdo—, y que sin embargo es siempre difícil de señalar: los sordos son sordos. Sé que es una banalidad difícil de aceptar, ya que siempre se dice que “los sordos no son completamente sordos”. Pero incluso si no son completamente sordos, de todas maneras son sordos. Es la “cosa” que siempre debemos recordar, puesto que regularmente la olvidamos. Es lo que sucede a menudo cuando se habla de la lengua de señas o de otras lenguas, en términos de minorías lingüísticas —algo a lo que nos hemos acostumbrado—, regularmente olvidamos que los sordos son sordos. Y en este caso el hecho de que sean sordos tiene cierta importancia.

Para los sordos es más difícil aprender la lengua dominante que para los miembros de cualquier otra minoría lingüística. Para un sordo profundo de nacimiento o para alguien que se quedó sordo a temprana edad, el aprendizaje del francés es necesariamente el resultado de una enseñanza formal, de un montaje artificial; me parece que los ortofonistas llaman a esto justamente “montar la lengua”. Por supuesto que siempre se trata de hacerlo de la manera más natural posible, pero a pesar de todo es algo no natural. Los verdaderos éxitos en este ámbito constituyen más bien la excepción, y creo que debemos tomarlo como un hecho. Sin hablar de la calidad de la voz que hace que algunos sordos sólo puedan ser comprendidos por quienes los conocen. Pero tal vez esto no es lo más importante.

Lo más importante, que es al mismo tiempo lo que los distingue de otras minorías, es que cuando un sordo domina completamente la lengua mayoritaria, en este caso el francés, no domina por lo tanto las situaciones en las que se usa esa lengua. Esto no sucede con cualquier otro miembro de una minoría lingüística como el árabe o el bretón.

Como ustedes saben la lectura labial no es fácil. No todo el mundo la domina. Hay labios que se pueden leer más fácilmente que otros. De todos modos es imposible mantener una conversación entre más de tres personas. El trabajo

necesario para tratar de seguir lo que se dice les impide a los sordos participar de la conversación. Incluso cuando logran comprender sólo pueden hacerlo durante un tiempo.

Esas dos cuestiones hacen necesaria la presencia de un intérprete. Puedo por ejemplo tratar de articular, pero eso no permitirá que se me comprenda mejor. Es evidente que hace falta un intérprete.

De esta doble constatación se desprende algo importante con respecto a la lengua dominante: los miembros de otras minorías lingüísticas en Francia o en otros lugares, logran hablar la lengua mayoritaria —más o menos bien— o al menos logran desenvolverse. No necesitan un intérprete.

En segundo lugar, si a veces necesitan un intérprete pueden recurrir a alguien de su propia comunidad, y es lo que sucede en muchas minorías. Alguien de la misma comunidad lingüística puede servir como intérprete porque conoce mejor la lengua dominante.

Ahora bien, esta solución que es la que se prefiere en el caso de las lenguas que han sido objeto de desprecio y opresión, no puede ser adoptada por los sordos.

Tomaré en cuenta casos más lejanos. El yiddish, por ejemplo, no era hablado por los cristianos en Europa del Este antes de la última guerra. Podían hablarlo un poco, pero corrían el riesgo de que se los considerara sospechosos, ya que el yiddish era una lengua reservada. El romaní es otra lengua reservada a los intercambios entre sí, no es una lengua que se dé a los otros, por las mismas razones que señalé antes. En general para un Gitano es bastante fácil dominar el francés.

Algunos oyentes conocen obligatoriamente y de manera natural la lengua de señas. Conozco algunos niños hijos de padres sordos que son perfectamente bilingües y biculturales y que pueden pasar por sordos entre los sordos, incluso entre los sordos aquí presentes. No sólo es el caso de los hijos de sordos, sino también de algunos padres o de algunos intérpretes, o de algunas personas que por una razón u otra están en contacto permanente con la comunidad de los sordos. Ésta es una particularidad de la lengua de señas.

Los sordos americanos se jactan de que la lengua de señas es la cuarta lengua hablada en Estados Unidos. Creo que esta afirmación es falsa, últimamente he visto cifras más modestas que indican que la lengua de señas sería la octava lengua, pero de todas maneras la proporción es enorme y no quiere decir que haya tantísimos sordos en Estados Unidos. Lo que quiere decir, es que la lengua de señas se ha extendido considerablemente en Estados Unidos en los últimos quince años, y que actualmente hay muchos más oyentes que la hablan que

sordos. Es decir que los sordos son una minoría entre los que practican la lengua de señas, que es su lengua.

Me gustó mucho lo que dijo Louis-Jean Calvet hace un rato, “una lengua en expansión es un pueblo en expansión”. En parte estoy de acuerdo y en parte no. Pienso que él estará de acuerdo con una cosa: tal vez logremos definir lo que entendemos por lengua conquistadora, podemos tomar el ejemplo del inglés o el francés —que desgraciadamente es un poco menos conquistador—, o del ruso o el español, en fin, lenguas como esas, bastante imperialistas, lenguas que se imponen, que se dan, que son generosas. Curiosamente la lengua de señas posee la misma particularidad que una lengua verdaderamente conquistadora.

Con respecto a esto haré sólo un comentario sobre lo que ha sido tal vez un aspecto de la política de la lengua durante los últimos años. Me refiero al entusiasmo y la inversión que se ha hecho por ubicar a la lengua de señas en la misma barca que las otras lenguas minoritarias, y a la triste decisión que se tomó en el mes de agosto hace dos años, que hizo que finalmente el proyecto no se realizara. Es triste ciertamente, aunque no todo está perdido. Sin embargo, no creo que sea necesario adoptar una postura de defensa del patrimonio que me parece un poco triste. Es cierto que la lengua de señas tiene un pasado muy rico y que no debe perderse. Pero también es cierto que tiene un futuro por delante y que es una lengua que se extiende más allá de la comunidad de los sordos.

El problema de la lengua de señas no es que deba ser enseñada a los niños sordos. El problema en Estados Unidos no es que se haya comenzado a usar la lengua de señas en las escuelas más o menos bien. La revolución fue que los oyentes comenzaran a aprenderla, debemos recordar que ese es el fondo del problema.

La lengua de señas es al mismo tiempo una lengua conquistadora y una lengua “entre sí”, reservada a los sordos. Creo que los sordos aquí presentes estarán de acuerdo con ello. Ciertos lingüistas americanos han insistido sobre este punto (Klimakowitch, Padden, Woodworth, Rudi para los amigos...) poniendo el acento en los cambios de código que los sordos realizan cuando conversan entre sí o cuando un oyente interviene en la conversación.

A menudo a los sordos no les resulta agradable que un oyente se introduzca en el grupo, incluso si es un oyente que conoce bien la lengua de señas. En general hay un pequeño instante de incomodidad y a partir de ese momento ya no se habla de la misma manera que hasta entonces. Muchos oyentes se enojan frente a esta actitud, cómo apropiarse de la lengua si cada vez que estamos en situaciones normales no nos la dan. Podría dar mil ejemplos, es algo que aparece mucho más

cuando hay una política de la lengua. Es lo que sucede en Francia con la lengua de señas desde hace unos diez años y que había comenzado ya antes en Estados Unidos.

Stokoe cuenta que cuando confeccionó su diccionario les pidió a sus colegas sordos que le dijeran las señas correspondientes a las palabras en inglés. Por supuesto, rápidamente se dio cuenta de que los sordos entre sí empleaban otras señas que las que le habían dado y les preguntó “¿Por qué no me dan esas para el diccionario?”. Los sordos le respondieron “Porque no es nada, es algo entre nosotros, no tiene importancia, las señas que nosotros les damos son las verdaderas señas que hay que usar”. Resulta bien claro que hay dos lenguas, una lengua elevada, pública, para los otros... y también una lengua reservada al “entre sí”, que no está hecha para los oyentes.

Lo mismo nos sucedió a Christian Cuxac y a mí hace exactamente diez años en el primer curso de lengua de señas con el Padre Jouannic. Había algunos sordos presentes, algunos jóvenes de Saint Jacques que querían ver qué era esta lengua que se iba a enseñar. También había algunos oyentes que confiábamos en que nos enseñara verdaderamente la lengua de señas, aunque sabíamos que mucho no podíamos esperar. Como se hacía en general entonces, el Padre Jouannic nos enseñaba palabras con la seña correcta correspondiente. También quería al mismo tiempo que pronunciáramos bien, que habláramos y articuláramos, cosa que nos ponía un poco nerviosos porque nos daba pequeñas lecciones de francés para que comprendiéramos bien.

Luego, cuando les explicaba a los sordos cómo había que hacer las señas, hablaba como uno de ellos, empleando la verdadera lengua de señas. Cuando le decíamos que era esa lengua la que queríamos aprender, se reía y nos decía que pretendíamos demasiado, esa lengua no está hecha para los oyentes. Es una lengua reservada para los sordos, “los oyentes nunca podrán hacer eso, simplemente no pueden”.

Detrás de esto hay muchas cosas, entre ellas una idea que creo que algunos de ustedes tienen presente de manera muy clara. Justamente ayer R. Mimoun señaló sutilmente que siendo oyentes nunca podríamos hablar la lengua de señas como los sordos. Es necesario reflexionar sobre esto, porque si es cierto, quiere decir entonces que no se trata de una lengua. Una lengua puede darse y puede darse íntegramente, es cierto que bajo ciertas condiciones, son justamente estas condiciones lo que debemos examinar.

Me gustaría dar muchos otros ejemplos, pero pienso en los fascinantes cursos de Poulain de hace algunos años. Él nos decía que era un curso de argot y recuerdo

que en un momento, en París, hubo cierta reticencia por parte de los sordos que me decían “podemos darles un montón de señas a los oyentes, pero no todas, no exageremos! Hay algunas que son sólo para nosotros, que forman parte de nuestro ser”.

Algunos oyentes se sorprenden y otros se ofenden frente a esta afirmación. En todo caso espero que comprendan un poco el modo en que las cosas funcionan y por qué. Por miles de razones la lengua de señas no es una lengua que se aprende en Berlitz⁵⁷, de la misma manera que otras. Es una lengua a la que nos aproximamos con cierto respeto y tacto para saber hasta dónde podemos emplearla. La lengua de señas no se enseña del mismo modo que una lengua mayoritaria. Y pienso que incluso si entre ustedes hay personas que no pertenecen a una minoría lingüística, de todos modos podrán comprenderlo.

A veces pienso, por ejemplo, cuando los extranjeros utilizan términos del argot: “podrían hablar francés sin usarlo, es delicado, hay circunstancias en las que puede ser empleado, pero hay que hacer un uso adecuado, exacto”. En cierta forma, un extranjero puede comenzar a utilizar el argot sólo cuando está tan integrado que casi es francés, cuando domina la lengua estándar de manera suficiente como para ir un poco más allá.

Me doy cuenta entonces que hay lugares de retención de la lengua. Es aquí que se presenta el problema del francés señado y de todo aquello que designamos de este modo. Este problema debe ser considerado dentro de la situación de conflicto inherente a la lengua de señas. Me refiero a que la LSF es necesariamente, y al mismo tiempo, una lengua que debe darse y una lengua reservada.

La represión de la que ha sido víctima la lengua de señas francesa se compara muchas veces con aquella que sufrieron otras culturas y lenguas minoritarias en Francia. Generalmente las ofensivas contra las lenguas minoritarias, así como contra la lengua de señas, han tenido lugar en las mismas coyunturas políticas, con excepción de un caso emblemático que reservaré para el final. La estigmatización y la lucha contra estas lenguas han tenido los mismos motivos y se han llevado a cabo en el mismo lugar: la escuela.

El método empleado ha sido el mismo: las manos atadas. Algunos sordos todavía recuerdan la plaqueta –llamada bola por alguna extraña razón, puesto que era plana– sobre la que estaba escrito “Viva la palabra”. En los internados y en las escuelas, cuando a algún sordo se le escapaba una seña, recibía enseguida la

57 N. de T.: instituto de enseñanza de lenguas presente en muchas ciudades de Francia.

plaqueta de la que sólo podía deshacerse si denunciaba a su vez a otro compañero al que se le hubieran escapado tres o cuatro señas. Al final del día se veía quien la tenía. Lo mismo se hacía con los bretones, como algo divertido –si podemos decir. Se les colgaba un sueco de madera alrededor del cuello. El método es el mismo y es la misma cuestión.

Sin embargo, la situación es diferente en un punto no menor. El niño bretón de entonces aprendía el francés en la escuela, al mismo tiempo que aprendía a despreciar su propia lengua. La diferencia reside en que el niño bretón llegaba a la escuela sabiendo hablar, sabiendo lo que significa hablar, y una vez fuera de la escuela volvía a encontrarse con su lengua. La división es clara, en la escuela hay que aprender francés, afuera se habla bretón. No sirven para lo mismo. No creo que estas situaciones, sobre las que tanto se ha escrito, causen traumatismos intelectuales.

El caso de los sordos es diferente. En esta época los niños sordos vivían en internados, lejos de los suyos y en situación desventajosa las 24 horas. Se les decía que hacer gestos no estaba bien, que los hacía parecerse a los monos... y tantas otras cosas por el estilo. La escuela es el lugar de estigmatización de la propia lengua –de manera aún más brutal y más cruel para los sordos, ya que no se reencuentran con ella a domicilio–, pero al mismo tiempo es allí que los niños la descubren, de las manos de los niños mayores –y no de los maestros– en el recreo, en los dormitorios, en el comedor. Es entonces en la escuela –con una emoción y una alegría que algunos describen bien– que los niños sordos aprenden qué es una lengua, cómo jugar con ella, cómo usarla para comunicar. Para el niño sordo se trata de una especie de nacimiento.

Si comparamos la lengua de señas con otras lenguas minoritarias que se aprenden en general en familia, vemos el lugar particular que adquieren la escuela y el internado como cuna de la cultura sorda. Ambos portan una marca negativa y al mismo tiempo extraordinariamente positiva. Tal vez ésta sea una de las razones por las que, cuando se habla de lengua minoritaria en el caso de los sordos, siempre se termina hablando de la escuela, aunque no se trate necesariamente de un problema pedagógico. Efectivamente, para referirse a la historia de ciertas lenguas minoritarias no es necesario evocar la historia de la escuela, sino solamente señalarla como un lugar de opresión pasajero. Cuando hablamos de los sordos y de la lengua de señas siempre debemos retornar a la escuela, el lugar que ha marcado de por vida una lengua y a la vez un modo de ser.

Ahora trataré rápidamente la oposición entre lo que podríamos llamar universalismo y particularismo.

Hace algunos años cuando dábamos alguna charla de información sobre la lengua de señas, sabíamos de ante mano que sistemáticamente algún oyente levantaría la mano para decir: “la lengua de señas no es una lengua porque los gestos no son los mismos en Asnières o en Saint Jacques, no es posible comprenderse”. Algunos sordos decían que las señas eran muy diferentes entre un lugar y otro y que, antes de comenzar a enseñar la lengua de señas, era necesario ponerse de acuerdo, delimitarla y definirla. En *Coup d’Œil* recibí una gran cantidad de cartas de oyentes que querían aprender las señas más universales posibles. Nunca nos detuvimos suficientemente sobre esta contradicción: las mismas personas que afirman que la lengua de señas no es una lengua, puesto que sólo funciona de a dos o en pequeños grupos, al mismo tiempo reivindican la universalidad, cosa que jamás se le exige a ninguna otra lengua. De la lengua de señas se espera que sea universal, que todo el mundo se comprenda, de allí la cuestión de Gestuno⁵⁸.

Algo similar sucedía con los sordos. Los sordos decían que, si bien no se entendían de una ciudad a otra, afortunadamente su lengua tenía un carácter universal, que les permitía comprenderse al menos entre sordos, en París o en Tokio.

La primera reacción que se produjo hace unos diez o quince años consistió en bautizar o nombrar la lengua de señas, que hasta entonces no era designada de forma particular. Los norteamericanos fueron los primeros que comenzaron a hablar de ASL, Lengua de Señas Americana. Luego en Francia, en los años 75/76, nos propusimos hacer como en Estados Unidos, unificar las señas para que sean iguales en todos lados. Sin embargo, basta con ir a Estados Unidos para ver que las señas no son de ningún modo iguales de un lugar a otro. Incluso dentro de Washington existe un modo de hablar negro que es completamente diferente. Así fue como en Francia comenzamos a hablar de LSF, término perfectamente admitido en los congresos internacionales. Como en estos congresos los participantes se agrupan en general en delegaciones por países, cada uno habla de la lengua de señas de su país como si tal cosa existiera.

A menudo se hace referencia a la proximidad entre la lengua de señas francesa y la lengua de señas americana –porque Laurent Clerc fue a Estados Unidos–, lo mismo ocurre con Brasil y México. La lengua de señas inglesa, en cambio, es totalmente diferente. En fin, hay una dimensión diferente de la dimensión nacional.

58 N. de T.: Gestuno: lengua de señas internacional (ISL).

Recuerdo a Andy Anderson, que intentó confeccionar mapas de familias de lenguas de señas. En este mapa había una línea que pasaba sobre el norte de Holanda, descendía un poco por debajo de Dinamarca y cortaba Alemania en dos. Se podía ver finalmente que existía cierta cercanía entre las lenguas de señas, pero que no correspondía para nada con la lengua oral del lugar ni con las fronteras de las naciones.

Se trata de un problema complicado, ya que en él se mezclan diferentes niveles –más o menos cercanos– del continuo que va desde la lengua de señas “pura”, que no toma préstamos de la lengua oral, a la lengua de señas que se acerca a la lengua hablada y que por definición está impregnada de características nacionales.

Terminaré sobre una cosa de la que me gusta hablar. Me parece que es algo formidable.

En Francia hay dos momentos de oposición bastante violentos contra las lenguas minoritarias: el momento de la Revolución Francesa y, exactamente un siglo más tarde, 1880 y la reedición de las cartas del Abad Grégoire durante la tercera república, su memoria a la Convención.

Este informe del Abad Grégoire y la respuesta a su cuestionario, ponen a la luz, a la vez, la necesidad y los medios empleados para eliminar las lenguas regionales y universalizar el uso del francés. El Abad Grégoire aspiraba a terminar con los dialectos y a hacer que la lengua francesa se transformara –si podemos decirlo así– en una lengua más racional. El francés tenía un gran porvenir, ya que llevaba en sí la racionalidad y las ideas de libertad.

En este texto, entre las proposiciones para mejorar la lengua francesa y volverla aún más racional, el Abad Grégoire propone dirigirse a los sordos, –en ese momento era Sicard quien estaba en el instituto Saint Jacques. El Abad preconiza medidas para alivianar el francés, para hacerlo más claro. Para hacer desaparecer las anomalías de la lengua, que resultan en general de los verbos irregulares o defectivos, o de las excepciones a las reglas gramaticales, sugiere someter estas cuestiones a los niños sordos de Saint Jacques. En su aprendizaje de la lengua francesa estos niños, alumnos de la naturaleza, no pueden concebir las extrañezas que la contradicen. Siguiendo así lo que la naturaleza les dicta, darán entonces a cada declinación, construcción o conjugación la forma correspondiente, siguiendo la analogía de las cosas.

Detrás de esto hay muchas ideas. Entre ellas, que la lengua es una copia de las cosas y que las personas como los sordos, sin prejuicios y más próximos de la naturaleza, cuando cometen errores de francés, nos permiten detectar las

irracionalidades que hay en la lengua. En realidad, los oyentes están un poco viciados por la costumbre, para poder encontrar esta pureza, esta cuestión universal. Hay que ser sordo. Entonces, cuando un sordo comete un error, quiere decir que muy probablemente sea necesario mejorar el francés, hacerlo más racional.

Un siglo después, en 1880, el trabajo del Abad Grégoire fue reeditado. Muchas cosas habían cambiado con respecto a la lengua de señas.

No creo que hoy en día se le atribuyan al francés mismo las dificultades que los sordos encuentran en su adquisición. Tal vez hayan pensado que si los sordos cometen errores, es porque tienen razón. Después de todo, quizás es la única manera de aprender el francés. El error no estaría del lado de los sordos sino en realidad del lado de la lengua.

Esta idea, sobre la que deberíamos hablar, es un indicador precioso del lugar que los sordos tienen en una sociedad.

La comunicación en familia, cuando uno o varios miembros son sordos⁵⁹

Aunque algunos de mis propósitos sean válidos también para los hipoacúsicos o para quienes se han quedado sordos a una edad tardía, quiero precisar que me referiré aquí a los sordos de nacimiento o a las personas con una sordera adquirida en la temprana infancia, aquellos que en otros tiempos llamábamos sordo-mudos. Para ellos el aprendizaje del francés es problemático. Se hace de manera artificial. Es raro que lleguen a dominar verdaderamente el francés oral y escrito. Y suponiendo que lo logren, eso no les da un dominio de las situaciones de conversación. Su elocución hace que las personas no familiarizadas con los sordos tengan dificultades para comprenderlos. La lectura labial es un ejercicio difícil, cansador, y en general no les permite participar de una conversación de más de tres personas.

Pero en cambio, los sordos disponen de una lengua propia en la que se sienten a gusto, una lengua visual y gestual, la lengua de señas. El niño sordo la aprende de forma natural en su casa, de las manos de sus padres cuando estos son también sordos. Pero es la excepción. En más del 90% de los casos la aprenderá durante el recreo en las escuelas especiales para sordos, de las manos de sus compañeros, de los niños mayores o de los adultos sordos, todos extranjeros a su familia.

Desde hace unos veinte años se acostumbra hablar de LSF (Lengua de señas francesa), de ASL (American Sign Language) o de BSL (British Sign Language), y no de lengua de señas en general, para poner de relieve la diversidad de las lenguas de señas y recordar que la lengua de señas no es internacional, contrariamente a lo que se cree. Sin embargo, esto no quiere decir que las lenguas de señas nacionales sean la transposición visuo-gestual de la lengua hablada del país. Por ejemplo, la lengua de señas americana se parece más a la LSF que a la BSL.

El lingüista para describirla, el profesor para enseñarla y el militante sordo para defenderla, tienen todos la misma preocupación: aislar una lengua de señas lo más

⁵⁹ In *Plurilinguisme*, 1, « Des langues en famille, vue du dehors et du dedans », Paris, CERPL, Université René Descartes, Paris, 1990, pp. 64-74.

pura posible de toda interferencia de la lengua hablada del país. Esta preocupación se pone a menudo de manifiesto, lo que prueba que tales interferencias existen, tal como ocurre cada vez que dos lenguas están en contacto. Pero en este caso tal vez más que en otros. El hecho de que las dos lenguas utilicen canales diferentes –audiofonatorio *versus* visuo-gestual–, en lugar de limitar las interferencias, permite pensar que una persona podría expresarse simultáneamente en las dos lenguas a la vez.

Esta idea fue explotada en Estados Unidos por los creadores de sistemas artificiales, utilizados sobre todo en la enseñanza, en los que cada palabra de la lengua hablada es representada al mismo tiempo por una seña tomada teóricamente de la ASL. Es lo que se conoce como *inglés señado*. En la práctica cotidiana hay sobre todo mezclas naturales muy variadas, a veces más eficaces que el inglés señado y a veces menos. En la literatura anglosajona se los llama *pidgins señas-inglés* (PSE). En realidad de forma errónea⁶⁰. En Francia el *francés señado* designa en general esos pseudo-pidgins, cosa que no simplifica los debates. Los sistemas de francés señado en el sentido estricto del término, casi no existen en los países francófonos, excepto en Quebec. Desgraciadamente no puedo entrar en los detalles de estas mezclas poco estudiadas y menospreciadas por los lingüistas, y condenadas por los militantes, incluso por aquellos que necesitan emplearlas cotidianamente.

¿Cuál es la lengua que se emplea en las familias en las que al menos un miembro es sordo? ¿El francés, un francés eventualmente simplificado, la LSF pura, una variedad intermedia? Es evidente que depende de los contextos, pero primero del lugar que el o los sordos ocupen en el seno de la familia. De los múltiples casos posibles, me limitaré aquí a tres, definidos de forma bastante vaga:

1. Los padres son oyentes, uno de los hijos es sordo
2. La pareja mixta sin hijos
3. Los padres son sordos y el hijo, o al menos uno de los hijos, es

oyente

No presentaré una investigación sistemática. Sólo me limitaré a reagrupar libremente, para cada uno de los casos, algunas observaciones, remarcas, interrogaciones e hipótesis, arriesgándome a hacer extrapolaciones tal vez algo apresuradas, soy consciente de ello.

60 Dennis Cokley, "When is a Pidgin not a pidgin? An alternate Analysis of the ASL English Contact Situation", *Sign Language Studies*, 38, 1983, 1-24.

1. *Los padres son oyentes, uno de los hijos es sordo*

Lo que sucede con más frecuencia en estos casos es que no haya lengua de señas en el hogar. Sobre todo porque hasta hace poco: 1) los especialistas recomendaban enfáticamente a los padres que podían verse tentados de recurrir a la lengua de señas, de abstenerse; 2) no existía ninguna institución donde aprenderla; 3) los sordos se mostraban entonces más reticentes y menos aptos que hoy para enseñar su lengua a los oyentes.

Tomaré el caso, que afortunadamente se vuelve un poco más frecuente cada día, de los padres que han elegido para su hijo una enseñanza que se lleva a cabo, al menos en parte, en su lengua, y para quienes la lengua de señas tiene derecho de existencia en el hogar. Los padres, los hermanos y hermanas e incluso algunos otros miembros de la familia reciben cursos de lengua de señas. En estos casos se recomienda habitualmente a las familias utilizar las señas, incluso para hablar entre ellos, cuando el niño sordo está presente. Y esto para que, igual que sus hermanos y hermanas oyentes, el niño sordo pueda tener acceso a los intercambios que no le están directamente destinados. Hay que tener en cuenta que, si en presencia del sordo los oyentes conversan oralmente, sus emisiones en señas no serán en LSF sino en una especie de francés señado.

A pesar de estos aprendizajes y recomendaciones, existe un límite al empleo generalizado de la LSF o simplemente de las señas en el seno de la familia, incluso si nos limitamos a los momentos en que el sordo está presente. Efectivamente podemos hacer ciertas constataciones.

El niño sordo se vuelve mucho más competente que sus padres y sus hermanos en la que será —o ya es— su primera lengua.

Los miembros de la familia adquieren un dominio de la lengua de señas bastante heterogéneo comparados unos con otros. Por varias razones, frecuentemente es el padre quien tiene más dificultades. Uno o dos miembros de la familia, la madre y/o uno de los hermanos, logran un mejor manejo y se transforman en interlocutores privilegiados para el integrante sordo.

Pero el niño sordo, igual que todos los sordos, sabe adaptarse de forma notable a su interlocutor. Con los miembros de la familia menos hábiles en LSF, recurrirá a improvisaciones mímicas o empleará una lengua más parecida al francés o incluso el francés. Por supuesto un francés a la altura de sus propias capacidades, que sobre todo en la primera infancia no pueden ser más que bastante limitadas. De este modo, al menos que por algún motivo particular uno de los miembros de la familia logre un dominio importante de la LSF, el niño sordo no hablará

nunca la LSF pura en su casa tal como lo hace con sus compañeros o con otros sordos mayores. Excepto por supuesto cuando sus amigos o un sordo adulto sean invitados al hogar.

En una conversación dual, poco sofisticada y/o poco urgente, cada uno se adapta al otro sin mayor problema, pero cuando se reúnen tres o más miembros de la familia, o cuando se trata de una urgencia, el mejor locutor oyente de LSF puede intervenir –o no– para rectificar un malentendido del que es testigo, o para dar una mano haciendo momentáneamente de intérprete. Puede hacerlo espontáneamente o a la demanda explícita de uno u otro.

Esta persona dispone pues de un poder considerable de manipulación de las relaciones en el seno de la familia. Pero a veces este poder se paga caro. El que interpreta está sujeto a ciertas obligaciones, aunque más no sea porque mientras lo hace, prisionero de ese rol, no puede intervenir libremente a título individual en los intercambios. El caso típico: en una comida familiar el niño está impaciente por contar algo, pero está ocupado sirviendo de intérprete para su padre, o la madre que es vivamente solicitada por el niño para que le traduzca lo que se dice en la mesa, puede estar ella misma en plena acción o ser solicitada del mismo modo por los demás niños que reclaman su atención.

Las comidas, que son en general momentos de distensión, en las familias en las que hay un niño sordo son, al contrario, el punto culminante de la pesadilla. La fragmentación extrema de las intervenciones, los saltos de un tema a otro, la rapidez de los turnos de palabra, el hecho de que a menudo varias personas hablen al mismo tiempo... todo lo que hace que la participación de los sordos sea problemática se encuentra reunido en estas circunstancias. Para él es todo o nada: o bien es el centro de la conversación y de su organización, o bien se encuentra rápidamente sumergido. Es por excelencia el lugar en el que se impone la comunicación simultánea –palabras y señas– a falta de la pura LSF. Pero en esta situación, en la que tomar la palabra es más importante que lo que se dice, no usar las señas es justamente la manera más eficaz de cortocircuitar al hermano sordo que quiere ocupar todo el lugar y que se empeña en ir a contratiempo de los otros.

2. *La pareja mixta sin hijos*

Antes de comenzar debemos notar que, en general, la regla es la endogamia. La pareja mixta es más bien la excepción, y todos coincidimos en decirlo, es poco estable. Por supuesto a menudo vemos al adolescente sordo soñar con una pareja oyente, ya sea por el prestigio acordado a quien accede directamente a toda la

información, o simplemente porque no se le da mayor importancia a este tipo de diferencia. La adolescencia es para los jóvenes sordos una etapa importante en la toma de consciencia de su identidad. Una decepción amorosa puede ser a veces justamente la ocasión dolorosa de darse cuenta de todo lo que separa a los sordos y los oyentes. Me limito aquí al caso en el que el miembro de la pareja sordo es locutor de la LSF. El miembro oyente puede conocerla también, sobre todo si viene él mismo de un medio sordo. Pero también puede aprenderla para la ocasión. Conozco algunos que no aprenderán ni siquiera una seña, pero en esos casos la persona locutora de la LSF conoce bien el francés.

La comprensión en las conversaciones cara a cara es poco problemática. Hay que notar eventualmente la sorpresa del oyente cuando descubre que en los altercados domésticos el sordo goza de una gran ventaja. El sordo puede simplemente dar vuelta la cara y no mirarlo, el oyente podrá gritar con todas sus fuerzas y hacer un escándalo sin que esto produzca el menor efecto sobre su cónyuge sordo. La posibilidad de acabar de modo tan violento y radical con la comunicación debe tener consecuencias sobre la manera en que se conducen los debates conyugales y otros juegos que hacen las delicias de los analistas de la comunicación, de los terapeutas de pareja e incluso de los implicados.

Los problemas comienzan en presencia de terceras personas, es decir en las relaciones exteriores. Pero es allí donde vemos hasta qué punto el exterior es también el interior, aún más en el caso de las parejas mixtas, en las que ciertas variables parecen invertidas. Al menos que la tercera o las terceras personas estén familiarizadas con la comunicación con los sordos, el cónyuge debe hacer de intérprete. Durante una comida o en una reunión con oyentes, por ejemplo, hay que decidir de antemano cuál de los dos miembros de la pareja participará, es decir, si el sordo se quedará sin intérprete o si el oyente estará al servicio del sordo. Paradójicamente, mientras que en la relación dual cara a cara ambos son enteramente libres, en las relaciones con el exterior se vuelven dependientes, necesitan estar pegados uno al otro. Las cosas sólo serán diferentes cuando el exterior corresponde al mundo sordo, siempre y cuando el cónyuge oyente esté plenamente familiarizado con él y conozca la LSF.

Todo esto explica por qué, tan a menudo, la ruptura de una pareja mixta adquiere la dimensión de un drama sociológico. En lugar de ser simplemente la separación entre dos personas que han dejado de entenderse, es la constatación

trágica de la imposibilidad de vivir en el mismo mundo⁶¹, el rechazo amargo y lleno de resentimiento del mundo sordo en su totalidad para uno, y de la sociedad oyente para el otro. Hasta tal punto que podemos preguntarnos si, en las antípodas del ideal de compartir, la costumbre de salir cada uno por su lado, en su mundo, no es la mejor garantía de equilibrio, de comprensión y de durabilidad de la pareja mixta.

3. *Padres sordos locutores de la LSF, un hijo oyente*

Tal como hice más arriba dejaré de lado aquí el caso de la pareja de sordos que no conocen la lengua de señas, ya sea porque han sido educados entre oyentes o porque se han quedado sordos a edad tardía. Me limitaré a recordar el interés de este caso en el marco de un coloquio sobre la comunicación en familia y a señalar que, aunque no se trate verdaderamente de un trabajo de interpretación –puesto que la lengua es siempre el francés– el niño se ve a menudo conducido a servir de intermediario entre sus padres y el mundo exterior.

Es siempre sorprendente observar la intensa comunicación entre el bebé y su madre en los momentos privilegiados de cuidados: cuando se lo cambia, se lo baña o se le da de comer. Si la madre es sorda el espectáculo es aún más sorprendente. Más allá de que el bebé sea sordo u oyente –hasta ese momento en general no se sabe–, la madre se dirige a él en su propia lengua, la LSF, y puede acompañarla eventualmente de algunas vocalizaciones. La manera en que la madre utiliza la LSF es bastante curiosa. En lugar de localizar las señas en función de su propio cuerpo, como se hace habitualmente, las ubica sobre la piel del bebé, lo toca. A veces también toma la mano de su bebé para hacerle localizar los gestos. ¡Podemos imaginar muchas cosas sobre esta lengua en contacto con la piel!

Esta manera de comunicar está reservada naturalmente a esas ocasiones y luego desaparecerá. Aunque he notado que en ciertos momentos privilegiados relativamente íntimos y lúdicos, la madre –o el padre– pueden volver a esta forma de intercambio. Por ejemplo, cuando cuentan un cuento antes de ir a dormir.

Es sorprendente ver al niño pequeño oyente de padres sordos, comportarse en todo como un sordo. Existe una cultura sorda, es decir, un modo de sentir, de emplear los órganos de los sentidos, de ver el mundo, de comportarse, de comunicar, que es típicamente sorda. Es la manera más cómoda de hacer cuando

61 Cf. la obra de Mark Medoff, *Children of a Lesser God* (*Te amaré en silencio*) cuya conclusión es algo diferente de la del film inspirado en ella.

se es sordo. Pero es una cultura. Significa que debe ser aprendida. Por eso, muchos sordos que no tienen contacto con otros sordos, no sabrán cómo hacer, serán como oyentes discapacitados. Pero aquí se trata de la situación inversa. Existen algunos casos, raros por cierto, de oyentes que se creen sordos y se comportan como tales, que no se darán cuenta de que son oyentes hasta los siete años más o menos. Pero en general, los oyentes comprenden rápidamente cuál es su naturaleza y se pliegan a ella. Cuando los dos padres son sordos y locutores de la LSF, pareciera que esta lengua es la que se impone en el hogar. Los intérpretes, que son en su mayoría hijos de padres sordos, dicen que han crecido con la LSF, que ha sido su primera lengua, su lengua materna.

En realidad una buena parte de las parejas que hablan habitualmente la LSF tienen como principio no emplear “los gestos” con sus hijos —cosa que sucede menos entre los jóvenes. Esta política es aún más sorprendente para un observador externo, puesto que se trata de personas que dominan muy poco el francés. Esta elección, en general ligada a la vergüenza que sienten por su propia lengua, puede tener motivos más positivos. Por ejemplo, la preocupación de introducir al niño en la lengua dominante e incluso el respeto por la lengua del niño oyente, el respeto de su identidad.

Pero a veces la distancia es grande entre lo que se quiere y lo que se cree hacer, y lo que se hace en realidad. Esto también es válido para quienes piensan —al contrario— utilizar sólo la LSF con un niño constantemente inmerso en el francés. Sin embargo, cualquiera sea la variedad intermedia o la mezcla de lenguas utilizada entre padres e hijos, el hijo se encuentra siempre expuesto a la LSF pura. Ve a sus padres. Ve a los amigos de sus padres. Está inmerso también en un medio sordo⁶². Es así como los padres se sorprenden al descubrir un día que su hijo es un verdadero locutor de la LSF, ellos que creían dirigirse a él únicamente en francés.

Desde que empieza a hablar, o casi, el niño oyente comienza su carrera obligatoria de intérprete entre sus padres y las personas con las que se relacionan: los que los solicitan —o a quienes solicitan—, con los que se enojan —o a los que hacen enojar—, quienes los provocan o les tienen miedo, quienes se compadecen de ellos o los menosprecian. Hace llamadas telefónicas para sus padres, les cuenta

62 Frecuentemente los padres sordos deben recurrir a tesoros de imaginación y diplomacia para que a sus hijos los inviten a la casa de los compañeros de clase o para conseguir invitarlos a su vez. La incomodidad y los prejuicios de los oyentes con respecto a los sordos pueden ser muy grandes. Es sólo un ejemplo que muestra hasta qué punto el hijo de padres sordos, aunque sea oyente, participa del mundo sordo y sabe lo que es vivir en él.

lo que dijo el altavoz o la televisión, participa en las negociaciones delicadas, los acompaña a hacer trámites o al médico, es mensajero de buenas y malas noticias. Como se dice a veces, es su voz y sus orejas⁶³. Mucho más. Ansioso por proteger la imagen de sus padres, o a sus padres mismos, todo lo que elige no traducir tanto de un lado como del otro, todo lo que elige deformar o reinterpretar, lo transforma en el intermediario activo entre dos mundos de los cuales ha conocido temprano los secretos, los antagonismos y los trágicos malentendidos.

63 A cerca de los hijos de padres sordos ver el film del mismo título que la novela de Joanne Greenberg, *In this Sign*, New York, Avon Books, 1970, y sobre todo el relato autobiográfico de Lou Ann Walker, *A Loss for Words*, Harper and Row, 1986. El desarrollo del minitel y del interpretariado constituyeron una verdadera revolución para los hijos de sordos y por ende para la familia toda.

Capítulo 4

NACIÓN SORDA Y POLÍTICAS DE LA COMUNIDAD

Las paradojas de la política de integración: La comunidad de los sordos¹

A partir del informe Bloch-Lainé (1968)², los discapacitados se han vuelto una preocupación más grande para los poderes públicos. Acaba de ser votada una ley de orientación a su favor (1975). Los medios de comunicación les otorgan un lugar más importante que antes. Los debates acerca de ellos son más numerosos. La sensibilidad que despiertan se parece a la que provocan otros grupos minoritarios, marginalizados o desviantes, tal como lo muestra el libro de R. Lenoir, *Les Exclús* (Los Excluidos, Ed. du Seuil, 1976).

Las tomas de posición y las elecciones se hacen en nombre de fórmulas que nacen tan rápido como desaparecen y que en general están cargadas de pasión. Se habla de integración en oposición a la exclusión y a la marginalización. Inversamente se habla también de respeto a la alteridad, de derecho a la diferencia. Las mismas palabras recubren a menudo entidades netamente opuestas.

Es importante encontrar detrás de las palabras la realidad de las cosas y de las elecciones, y de allí, sus intenciones y consecuencias políticas. El caso de los sordos nos parece un ejemplo privilegiado entre los discapacitados, que puede ayudarnos a aclarar estos problemas³.

Cuando hablo aquí de sordos me refiero sobre todo a los sordos congénitos o a los que han perdido la audición antes de la adquisición del habla. No me refiero a los sordos postlocutivos que encuentran problemas específicos, y menos aún a los

1 *In Santé, Médecine et Sociologie*, actes du colloque de Sociologie médicale (6-9 juillet 1976), Paris, Ed. CNRS-INSERM, 1978, pp. 285-292.

2 N. de T.: se trata del informe presentado por François Bloch-Lainé, "*Etude du problème de l'inadaptation des personnes handicapées*" (estudio del problema de la inadaptación de personas discapacitadas).

3 Esta comunicación retoma y desarrolla una parte de la exposición preliminar de un proyecto de investigación presentado al CORDES: "Intégration ou droit à la différence; les conséquences d'un choix politique sur la structuration et le mode d'existence d'un groupe minoritaire, les sourds". Esta investigación es llevada a cabo por B. Mottez y H. Markowicz en el marco del Centre d'Etude des Mouvements Sociaux.

que solemos llamar “duros de oreja”. Hablaré de los que llamamos sordo-mudos sin tener en cuenta que hablan.

Los sordos constituyen un mundo aparte: la comunidad de los sordos

Entre todas las categorías de discapacitados, los sordos se caracterizan al máximo por formar una sociedad aparte. Se habla de la comunidad de los sordos. Es decir, un grupo con una cultura propia, que puede ser analizado en términos de minoría étnica⁴.

Tal como sucede con otras minorías, los sordos no tienen un lugar de residencia ni de trabajo propios. Viven y trabajan entre los oyentes. Viven en la sociedad oyente. Pero las dificultades y a veces el temor que los oyentes experimentan cuando tienen que comunicarse con ellos, hace que muchas veces estén aislados. Los intercambios se limitan en general a cuestiones de orden práctico. Es por ello que los sordos buscan estar entre ellos, sobre todo para los intercambios afectivos, los entretenimientos o la ayuda mutua.

Tienen sus propias asociaciones deportivas, sus fiestas, sus tradiciones –teatro mímico. Tienen sus propios lugares de encuentro. En general en cada ciudad hay un “hogar de sordos”. Cualquier sordo que esté de paso está seguro que allí será bien recibido, sin importar cuál sea su procedencia.

En efecto, ese mundo que creemos “pequeño”, se extiende a escala mundial y no conoce nuestras fronteras. Los sordos son grandes viajeros. Más allá de las diferencias entre las lenguas de señas nacionales, los sordos logran siempre comunicarse entre sí. Por otro lado, habituados como están a ser extranjeros en su propia casa y acostumbrados a tener que arreglárselas, tienen menos dificultades

⁴ La comunidad de los sordos ha sido objeto de varias descripciones. Tomaremos la de Vernon, M. y Makowsky “Deafness and minority group dynamics”, *The Deaf-American*, 3-6, 21 (11) 1969, y la de Katherine P. Meadow, “Sociolinguistics, Sign Language and the Deaf Subculture” p. 19-33 en *Psycholinguistics and total communication: the State of the Art*, Terrence O'Rourke (ed.), *American Annals of the Deaf*, Oct. 1972. Pero la conceptualización de esta comunidad como grupo étnico fue sin dudas llevada más lejos por otros autores que se inspiraron en las concepciones del antropólogo Fr. Barth, *Ethnic Groups and Boundaries*, Oslo, Johansen and Nielsen Bokttykeri, 1969. Ver: Harry Markowicz y James Woodward “Language and maintenance of ethnic boundaries in the deaf community”, marzo de 1975, que aparecerá en *Communication and Cognition*, 1978, y un estudio de la aculturación a la comunidad de los sordos de los adolescentes que han vivido alejados de ella: H. Markowicz y Carol Padden “Crossing cultural boundaries into the deaf community”, *Actes du 7ème Congrès Mondial de la Fédération Mondiale des Sourds*, 1975.

que los oyentes en general para desenvolverse en un país que no es el suyo. Los sordos se casan entre ellos.

Es cierto que la comunidad de los sordos se distingue en ciertos puntos de la mayor parte de las otras minorías étnicas y lingüísticas, sobre todo en los siguientes.

La lengua y la cultura sordas no son transmitidas por la familia, excepto para quienes tienen padres sordos (5%). La socialización en su mundo se hace más tarde, esencialmente en los internados y a veces después.

Por otra parte, el aprendizaje y el dominio real de la lengua dominante son menos problemáticos para los miembros de otras minorías lingüísticas que para los sordos.

Incluso cuando estas dificultades lingüísticas están en parte resueltas —y no nos olvidemos que esto sólo le ocurre a una ínfima minoría de sordos y al precio de un gran esfuerzo—, nunca están resueltas completamente, siempre persisten cuestiones de orden práctico que hacen difícil la comunicación entre sordos y oyentes. A los oyentes les molesta la elocución de los sordos, y no siempre se preocupan por articular claramente y situarse cara a cara. La lectura labial, que es en sí misma cansadora —sólo una parte de los sonidos puede ser descifrada a través de los labios—, se vuelve entonces imposible. Por otra parte, una conversación en lectura labial entre más de tres personas no es posible, ya que es necesario estar cara a cara, excepto que se modifiquen las reglas habituales de conversación a un punto tal que los oyentes en general no logran sostener.

La política con respecto a los sordos es deliberadamente integradora

El término integración es por cierto siempre relativo. A fines del siglo XVIII el Abad de l'Épée abrió el camino a la educación masiva de los sordos —escuelas *versus* preceptores. Permitiendo la educación de los jóvenes sordos, sobre todo de los jóvenes de las clases populares, que de otro modo no hubieran recibido instrucción, el Abad de l'Épée hacía una obra de integración.

El triunfo del oralismo a fines del siglo XIX también pone de manifiesto una elección hecha en nombre de la integración. Elección opuesta a la política del Abad de l'Épée y de sus sucesores inmediatos. El objetivo de la educación de los sordos se volvió el aprendizaje de la palabra. Se declara a los mudos hablantes. Se prohíbe emplear la lengua de señas en las escuelas. La prohibición no se dirige únicamente a los profesores. Los niños que comunican entre sí en lengua de señas son severamente reprimidos. La lengua de señas se transforma en una lengua vergonzante que se usa sólo a escondidas.

La política actual es deliberadamente integradora y se propone ir aún más lejos para lograr aquello que, después de un siglo de esfuerzos y a pesar de los avances en materia de prótesis auditivas, no ha tenido éxito. Como no se puede transformar a los sordos en oyentes, todos los esfuerzos están puestos en hacer que se les parezcan lo más posible. Los sordos deben tomarlos como modelo, olvidar sus particularidades y comportarse como si fueran oyentes.

Aunque nos hubiera gustado revalorizar este término y conferirle un sentido distinto, nos vemos obligados a dar a la integración el sentido que habitualmente y de modo oficial se le atribuye. Efectivamente, la integración no es el reconocimiento de una minoría en cuanto tal, el respeto de su lengua y su modo de vida, ni los esfuerzos para que los sordos vivan lo mejor posible dentro de los dos mundos en los que les toca vivir. Intolerante a toda forma de cultura distinta y a todo mundo que escape al control, proclama la hostilidad a los llamados guetos. La integración comprende todos los esfuerzos desplegados para alejar al máximo al niño sordo de la seducción del mundo de los suyos. Mundo que, más tarde o más temprano, la mayoría descubrirá e integrará. Estos esfuerzos implican obligatoriamente la estigmatización de la lengua de los sordos. Y como los sordos prefieren los intercambios entre sí en lugar de los intercambios con oyentes, el resultado será la estigmatización de los sordos mismos.

Política de la primera infancia

El gobierno actual es el primero en preocuparse verdaderamente por poner en marcha una política de la primera infancia. Basta con mencionar los proyectos de detección precoz y de orientación para padres. La óptica es integradora, pero a diferencia de lo que se hace en los países que nos han precedido en la instauración de políticas sobre la primera infancia, aquí no está prevista la enseñanza de la lengua de señas para los padres. El acento está puesto exclusivamente en la educación precoz, es decir, el aprendizaje artificial de la palabra.

Política de la infancia y de la adolescencia

Desde que existe una política escolar para todos los franceses, siempre ha existido una política de la infancia y de la adolescencia para los sordos. Francia sigue fiel a la elección del oralismo en 1880. La política actual es integradora en este sentido: la aplicación de la ley de orientación sobre los discapacitados debe tender, para los sordos, a privilegiar los externados con respecto a los internados, las clases anexas con respecto a las escuelas especiales, y debe favorecer al máximo

la integración de los sordos e hipoacúsicos en las clases de oyentes, valiéndose de fórmulas flexibles.

Política de la edad adulta

Como se supone que los sordos deben ser capaces de hablar y hacerse comprender a la salida de la escuela, nunca hubo, propiamente hablando, una política dirigida a los adultos. Sin embargo, se les concede el derecho a un intérprete únicamente en los tribunales, cosa que resulta significativa. Cuando hay una infracción a la ley, es importante que cada uno sepa de qué se lo acusa. En el ámbito laboral, sólo existen medidas parciales dentro del marco general de las disposiciones a favor de los discapacitados.

De esta doble constatación podemos deducir que hay un divorcio entre la política y la realidad, más exactamente una contradicción entre los objetivos de la política, sus medios y sus resultados. A una política que tenga como objetivo cambiar las cosas no se le puede reprochar que vaya en contra de la realidad. Sin embargo, después de un siglo de política oralista en nombre de la integración, podemos preguntarnos si sobre ciertos puntos, ella no hace más que agravar lo que pretende resolver.

Política de la primera infancia

A decir verdad, es difícil hablar de integración si tenemos en cuenta que una vez que el diagnóstico ha sido establecido, a los niños sordos se los trata de una manera completamente diferente que a los oyentes. A una edad en la que lo importante es sobre todo la comunicación con la madre, y contrariamente a lo que sucede con los niños oyentes, para quienes ni siquiera se habla todavía de educación, el niño sordo pequeño es sometido a una reeducación severa. Desde temprano debe aprender a corregirse de ser sordo. Los gestos están prohibidos, tanto para el niño como para la madre. Y esto por temor a que el niño, viendo que la comunicación con la madre es posible en señas, prefiera tomar el camino más simple. Este camino está reservado a los niños oyentes, a quienes jamás se les reprocha que puedan comunicar y que aprendan a hablar por placer y sin el menor esfuerzo. Todo lo contrario, son logros de los que nos regocijamos. Sus gestos de oyente no son condenables.

Numerosos trabajos y la práctica de los psicoterapeutas, han mostrado los daños intelectuales y afectivos causados por una comunicación insuficiente con

los padres⁵. Por esta razón en algunos países como Estados Unidos, Suecia o Dinamarca, en lugar de acumular obstáculos de comunicación, se les enseña cada vez más la lengua de señas a los padres.

Pero esto no es todo. No se trata únicamente de comunicación sino de lengua. El aprendizaje precoz y artificial de la palabra, en nombre del cual se sacrifica el resto, va en contra del objetivo mismo que él persigue: el dominio de la lengua. La palabra, en este caso la emisión vocal de un vocabulario restringido adquirido tardíamente y aprendido de forma artificial, no tiene nada que ver con el aprendizaje del lenguaje. Este último implica jugar con elementos que se manejan sin dificultad. El aprendizaje de la lengua –poco importa de qué lengua se trate–, se lleva a cabo en un período determinado. Si esto no ocurre, o si el aprendizaje es imperfecto, el daño es irreversible. La lengua de señas, que es más accesible para el niño sordo, tiene todas las características de una verdadera lengua. Una vez que el niño posee esta lengua, dispone de todo el equipamiento cognitivo que le permitirá adquirir otra lengua. No recurrir a la lengua de señas en ese momento, con el pretexto de favorecer el aprendizaje precoz de la palabra, implica a menudo privar definitivamente al sordo del dispositivo intelectual que le permitirá más tarde acceder realmente a la lengua de los oyentes como segunda lengua. Ésta no es más que una de las numerosas paradojas y cambios de dirección de la política de integración.

En Francia dos actitudes nos han disuadido de proceder de este modo. La primera proviene del desprecio que se tiene por la lengua de señas, al punto que no se le concede ni siquiera el estatuto de verdadera lengua. Se la califica más fácilmente de gesticulación.

Pero incluso si se la considera una lengua –tal como se la consideraba cuando se la prohibió–, se desconfía del bilingüismo. Hablar dos lenguas, sobre todo si la lengua en la que uno se siente más cómodo no es el francés, significa que uno no es completamente francés. No es necesario señalar que la condenación de la lengua de señas es contemporánea de la lucha que se llevó a cabo en la naciente Tercera República para terminar con las lenguas regionales, los dialectos y hablas locales. Siguiendo de cerca estas ideas, la psicología, servil criada de

⁵ Ver sobre todo: Hilde S. Schlesinger et Katryn P. Meadow, *Sound and Sign, Childhood Deafness and Mental Health*, Berkeley, University of California Press, 1972, 265 p. et E. D. Mindel et Mc. Kay Vernon, *They Grow in Silence, the deaf child and his family*, N.A.D., Silver Spring, Maryland, 1972.

las ideas preconcebidas e imperantes, contribuyó durante años a sostener los inconvenientes del bilingüismo.

Política de la infancia y de la adolescencia

Los sordos son masivamente sub-educados. En promedio, los sordos no son ni más ni menos inteligentes que los oyentes, cosa que nos permite afirmar que esta carencia de educación no puede atribuírseles a ellos. Resulta claro que ella tiene su origen en la falta de adecuación de la educación que se les propone, en un sistema fundado sobre el fetichismo de la palabra.

Durante todo el siglo XIX, los educadores de niños sordos se enfrentaron en torno a los métodos: método mímico, método oral, método mixto. A finales de siglo era claro que el triunfo del oralismo no significaba únicamente la victoria de un método: la palabra, que antes era el medio, se había transformado en fin.

De forma general cuanto más se hace del aprendizaje de la palabra el objetivo de la educación de los sordos, cuestión que hace de la escolaridad una terapia orientada hacia algo que los sordos no lograrán más que a medias, más se descuida el resto. La mediocridad de los resultados en articulación, en francés y en gramática se vuelve a su vez la prueba de su incapacidad para realizar estudios avanzados. En los países que adhirieron al oralismo estricto, como Francia, hasta hace poco no existía la enseñanza de nivel secundario para los sordos. Salvo casos excepcionales, no se los consideraba capaces. En los países en los que el oralismo nunca triunfó completamente, como en Estados Unidos por ejemplo, desde hace más de un siglo existe el nivel secundario e incluso superior de educación para sordos. No se rechaza el recurso a las señas.

Es en el ámbito escolar donde más se emplea el término integración, y donde se lo utiliza con más patetismo. La integración consiste para el niño sordo en ser educado entre los oyentes. El solo hecho de encontrarse entre oyentes hace que se lo considere integrado. Y como la integración es lo más deseable para él, si no triunfa en este modelo se considera que ha fracasado. Tener que ser educado entre sus semejantes es un descrédito.

En la escuela o en la clase especial se toman más en cuenta las especificidades del niño sordo. Sin embargo esto no significa que el niño sea respetado totalmente ni que reciba la educación a la que tiene derecho. Entre sus particularidades, se tiene en cuenta principalmente una: el niño no oye u oye muy mal. Por otro lado, se cuida muy bien de no basar la educación en otra particularidad: sus capacidades sorprendentes en materia de comunicación visual. H. Herren afirma,

con razón, que la enseñanza de los sordos es la excepción a la tradición en la enseñanza secundaria, que en general valoriza a los más dotados⁶. Efectivamente, mientras que la palabra siga ocupando el lugar que ocupa, la educación de los niños sordos consistirá más en la valorización de sus restos auditivos que en la valorización y puesta en obra de sus capacidades intelectuales. De este modo, en el ámbito de la educación especial para sordos, paradójicamente, los sordos de nacimiento se encuentran en desventaja con respecto a los hipoacúsicos y a los que tienen una sordera adquirida.

La oposición más determinante no pasa tanto por las formas de reagrupamiento geográfico, como se tiende a hacer, sino por el reconocimiento y la valorización de las particularidades del niño sordo. Tal como hemos visto, estas particularidades pueden no ser enteramente reconocidas en la escuela especial. En términos absolutos, nada se opone a que lo sean en la clase de integración. La presencia de un intérprete por ejemplo puede ser suficiente, única manera de que el niño sordo no pierda nada de lo que se dice.

Las concepciones que sustentan a menudo la educación de los niños discapacitados hacen que a veces se rechace la ayuda del intérprete. En estos casos se confunde educación con reeducación, y se acumulan así, de gusto, las dificultades para el niño, como si se tratara de hacerles asimilar a fuerza de repetir incesantemente, que aunque sólo sea para estar al mismo nivel que los otros, siempre deben hacer más esfuerzos que ellos. Así, privar a los niños sordos de un intérprete cuando más necesitan de él, con el pretexto de que no siempre tendrán uno a disposición, parece una medida educativa en sí misma, y de elevada moral.

La idea de recurrir a un intérprete en la clase de integración jamás se nos ha ocurrido aquí. Sin embargo tiende a extenderse en otros países. Regularmente esto tiene una consecuencia inesperada: los niños oyentes descubren la lengua de señas y se interesan por ella. La lengua de señas puede transformarse en objeto de la enseñanza. Algunos niños oyentes se transforman en intérpretes de sus compañeros sordos. De este modo la integración funciona en los dos sentidos, y no solamente en el sentido limitado que se le da habitualmente y que deja ver el desprecio que se tiene por las personas sordas, y la incapacidad total de abrirse a todo lo que sea diferente de uno.

6 « Les déficients de l'ouïe », *Esprit*, 11/ 65, Número especial sobre la infancia discapacitada, p. 700-716.

Integración y derecho a la diferencia⁷

Me propongo presentar rápidamente algunas reflexiones, y sobre todo introducir una distinción que me parece útil para pensar el problema de los discapacitados en general. Tal vez parezca bastante general en relación con lo que se presentó durante la semana, aunque espero que no demasiado. Creo que esto nos permitirá reestructurar algunas cosas que se han dicho. Por otro lado, espero que no parezca demasiado abstracto, me esforzaré por ser lo más concreto posible.

Entre estos términos puede haber una oposición, una antinomia, una contradicción. El término integración tiene una fuerte carga para los sordos y puede incluso desatar pasiones. La integración evoca cuestiones muy concretas acerca de la escolaridad y de la experiencia que muchos sordos han vivido al encontrarse aislados en medio de los oyentes, en situaciones en las que se les niega el derecho a la diferencia... Por eso prefiero emplear términos que no sean antinómicos, hablaré de participación y derecho a la diferencia. El término participación es menos trillado y es claro. La participación y el derecho a la diferencia van de la mano.

Esto es válido tanto para los individuos como para los grupos sociales. Ambos existen, participan, es decir aportan y reciben, en la medida en que se presentan de manera específica, haciendo valer sus diferencias. Si todo el mundo fuera igual, si todo el mundo tuviera lo que los otros tienen, no habría nada que intercambiar. No habría más sociedad, sería la muerte. Que la participación y el derecho a la diferencia vayan de suyo me parece evidente. Pero podemos verlo más claramente si observamos el terreno.

Para ello compararé de forma esquemática dos sociedades. Una que reconoce para los sordos el derecho a la diferencia, y otra que lo niega.

Una sociedad que lo reconoce es la sociedad norteamericana. Desde hace apenas una década se reconoce en Estados Unidos el derecho de los sordos a la diferencia, es decir el derecho a la lengua de señas.

⁷ In *Bulletin de la FNAPEDIDA*, actas del taller para padres 2LPE, verano de 1980, n° 34, 1981, pp. 46-51.

Este reconocimiento tiene consecuencias concretas sobre la situación de los sordos en la sociedad norteamericana. En la temprana infancia, por ejemplo, el derecho a una comunicación normal, que le permite al niño sordo en todas circunstancias saber lo que se dice a su alrededor, la posibilidad de un desarrollo afectivo e intelectual en condiciones normales, el derecho a una educación normal, el derecho en la vida cotidiana a la información que viene desde el exterior. En una sociedad en la que se reconoce la especificidad de los sordos hay una mayor participación social y no, como ocurría antes, una sociedad de sordos un poco al margen de la sociedad global.

Está claro que cuando se reconoce el derecho a la diferencia, los sordos participan y son ciudadanos de pleno derecho, pero además en estas circunstancias todo el mundo sale ganando. No sólo los sordos están mejor, sino también los oyentes, que entonces disfrutan de una parte de la riqueza y de la invención humanas, de orden lingüístico o de otro tipo, hasta entonces escondidas, mantenidas al margen o consideradas patológicas. Todo el mundo puede aprovechar y aprender la lengua de señas, tratar de comprender visualmente, todo el mundo sale ganando...

Por otro lado, existe la sociedad francesa tal como es desgraciadamente, aunque espero que no será así por mucho tiempo más. Una sociedad en la que a los sordos se les niega lo que resulta de su especificidad: la lengua de señas. No es necesario entrar en detalles, un siglo de oralismo nos muestra bien de qué se trata. Esta situación lleva a que una parte de la población sea excluida de la nación, no tenga derecho a la información o a ciertos empleos y sea puesta en una suerte de gueto.

Creo que esto debería estar claro, es algo que salta a la vista, que no plantea ningún problema. El único pequeño problema que aparece es que, de manera general, esta política que no reconoce la especificidad de los sordos, está enteramente construida y elaborada con sentimientos *a priori* llenos de buena voluntad, pero que paradójicamente producen un resultado inverso al esperado. Esto significa que durante un siglo nos empeñamos en seguir una dirección, y cuantos más resultados negativos obtuvimos con ella más nos empeñamos en mantenerla. Allí hay un mecanismo social bastante curioso.

Una segunda reflexión general, un tanto preliminar, viene de la preocupación y el interés que siempre he tenido por la cuestión del racismo. El racismo, tal vez no tiene sentido extenderse en explicaciones, es una relación social marcada por la incomodidad en la interrelación, que proviene de un pánico mal identificado, y que se resuelve en general en sentimientos tales como el desprecio, el rechazo, el paternalismo o el odio, e incluso la exterminación. En todo caso hay una especie

de temor a la proximidad en la relación de igual a igual, es por ello que debe haber inmediatamente algo que se dé vuelta.

Cada uno de nosotros ha hecho la experiencia del racismo. Si pensamos bien, cada uno ha sido racista con los miembros de algún grupo minoritario.

Un grupo minoritario es un grupo que, por una razón u otra, no tiene las mismas normas que todo el mundo, que la mayoría. Podemos encontrar ejemplos de racismo cotidianos, ya sea con respecto a un grupo étnico, a una minoría lingüística o a una minoría sexual. En los últimos días hemos visto algunos ejemplos picantes en *Le Monde*, a propósito de los homosexuales. Por otro lado, tal vez nos hemos encontrado ya en la situación inversa, y hemos tenido la experiencia más o menos brutal de formar parte de una minoría en una situación mayoritaria. O tal vez hayamos vivido la experiencia brutal de un rechazo sin comentarios, pero teñido de un marcado y claro sentido racista.

Recuerdo que después de la guerra, cuando pensábamos que las cosas no volverían a suceder, hubo una serie de publicaciones sobre el racismo que sostenían que el mismo carecía de fundamentos. Afirmaban que el racismo existía únicamente en el pensamiento de la gente, y que si observábamos bien podríamos ver que todos éramos semejantes. Todos éramos humanos, iguales, sin diferencias, el racismo resultaba de la exagerada importancia que se acordaba a las pequeñas cuestiones. Sin embargo, creo que ésta es la posición racista por excelencia. Si nos interesamos por el racismo, no hay duda de que el problema de los discapacitados es un ejemplo privilegiado, y esto por varias razones. Por un lado, porque si hay un grupo que es víctima del racismo es sin dudas el grupo de los discapacitados. Existe hacia ellos una sensación de incomodidad que se racionaliza bastante rápidamente y se traduce en comportamientos evasivos, en miedo y rechazo.

Hay otra cuestión que vuelve interesante la investigación del problema en el siguiente punto: cuando se trata de discapacidad, no hay problema, la discapacidad es visible, está inscrita en el cuerpo, no se puede negar que existe una diferencia.

En tercer lugar, existe otro elemento que no favorece a los discapacitados puesto que sirve de eventual justificación *a posteriori* del racismo: la diferencia física claramente presente es considerada como una marca de inferioridad visible y evidente.

Para analizar este tipo de problema quisiera exponer brevemente una distinción que me parece capital. Voy a pedirles que en un primer tiempo distingan claramente dos aspectos diferentes de la condición del discapacitado. Estos dos aspectos son en realidad dos caras de la discapacidad. La primera, a la que acabo

de referirme, es el aspecto físico. Para todo discapacitado hay algo en el cuerpo que funciona mal, que no funciona en absoluto, o que falta directamente. En este punto no hay problema. Un ciego no ve y si consideramos únicamente los ojos, podemos afirmar que los ojos de un ciego funcionan menos bien que los ojos de alguien que ve bien. No es necesario entrar en detalles. En materia de sordera, *idem*, y si pensamos en las discapacidades motrices o mentales, es exactamente lo mismo.

Si examinamos detalladamente el aspecto físico, nos sorprenderá ver hasta qué punto podemos circunscribirlo. Hay en él algo concreto, forma parte del trabajo de los médicos que emplean materiales. Sin embargo, cuando miramos más de cerca, vemos que cuando se quiere medir la discapacidad no se toma en cuenta la falta física, sino más bien lo que esta falta impide realizar.

Al aspecto puramente físico, que corresponde al dominio médico, lo llamo de manera convencional deficiencia. El término deficiencia indica que algo es inferior.

El otro aspecto que separo completamente del primero cuando considero el problema de los discapacitados, es la situación social. Digo bien social, ya que lo psicológico no entra en esta división.

Cuando alguien padece de una deficiencia, hay una cierta cantidad de roles sociales de los que se halla excluido. No voy a hacer el inventario aquí, pero la cosa puede ir bastante lejos. Puede comprender, por ejemplo, cuestiones formales. En Francia existe una ley que creo que está aún en vigor, aunque gracias a Dios haya infracciones, que dice: “Nadie puede trabajar en la función pública si no es sano de cuerpo y espíritu”. En otros términos, quiere decir que para garantizar el buen funcionamiento de la función pública, todos los funcionarios deben ser sanos de cuerpo y espíritu. Quedan excluidos evidentemente todos aquellos que posean algún defecto del cuerpo o el espíritu.

He aquí una exclusión formal. Sin embargo, podemos ir de las exclusiones establecidas formalmente, a las más cotidianas, aquellas que parecen obvias. Podríamos nombrar una gran cantidad que no vale la pena formalizar puesto que nadie piensa en ellas. Por ejemplo, no se le prohíbe la entrada a la Escuela Politécnica a los débiles mentales. Sabemos perfectamente que un débil mental no va a prepararse para ingresar a la Politécnica, no vale la pena prohibirlo. A menos que me equivoque, hasta ahora tampoco hemos visto muchos ciegos que intenten obtener un permiso de conducir. Existen ciertas cosas, como éstas, que son obvias.

Nos vemos tentados de decir que una deficiencia... la llamaré más bien discapacidad, es algo que no hace referencia a la deficiencia física. Llamaré discapacidad al conjunto de roles sociales de los que un individuo o una categoría de individuos se hallan excluidos en razón de una deficiencia. Es entonces enteramente social. Podemos decir que una deficiencia ocasiona una discapacidad, es así como funciona. Pero —y es en este punto que la cuestión se vuelve interesante—, cuando examinamos las cosas más de cerca nos sorprende ver hasta qué punto no existe una relación mecánica entre una deficiencia y lo que de ella resulta en la vida social de un individuo. No hay una relación de causa-efecto.

Una misma deficiencia no implica la misma discapacidad según el modo de orientación, de organización de una sociedad. Una deficiencia menor, sin consecuencias en cierto tipo de sociedad o contexto preciso, puede transformarse en una deficiencia enorme en otra sociedad. Voy a dar varios ejemplos: imaginemos a nuestros ancestros lejanos que vivían en la selva y necesitaban ser robustos para poder mover piedras enormes. Imaginemos a Einstein, algo débil físicamente, viviendo en este tipo de sociedad; una sociedad que valoriza la fuerza física, más importante entonces que la inteligencia. Einstein, que no era muy fuerte, hubiera sido considerado como alguien que tiene una deficiencia neta, visible, notoria, absolutamente enorme. Contrariamente, la diferencia de inteligencia entre una personalidad y otra hubiera sido considerada menor. Es un ejemplo ficticio, solo para dar una idea.

Daré otro ejemplo, y lo haré con gusto ya que se refiere a personas cuya situación social es extraordinariamente comparable a la de los sordos: voy a hablar de los enanos.

Podríamos analizar el problema de los enanos. Ser enano no es un problema en sí, en términos fisiológicos se trata de una patología. Algo no es normal, hay un defecto. Como siempre esto se traduce en el orden social, es evidente que vivir siendo enano plantea ciertos problemas. Es más difícil vivir siendo enano que no siéndolo.

Las personas los miran o a veces evitan hacerlo. Los miran de un modo un poco extraño. Los enanos soportan la incomodidad que los otros sienten en su presencia. Se encuentran excluidos de una cantidad de roles, de representaciones y, en términos prácticos, de una serie de oficios y profesiones. El botón del ascensor siempre se encuentra demasiado alto. En el supermercado siempre necesitan pedir ayuda para alcanzar las latas. Vestirse es más caro porque hay que hacerse ropa a medida. Hay una serie de pequeños problemas prácticos o generales que

hacen que esta deficiencia se traduzca en un montón de pequeños problemas que finalmente resultan difíciles de sobrellevar.

Imaginemos que los enanos fueran a donde viven los Pigmeos –dejando de lado la pigmentación de la piel–, o imaginemos que estuvieran en lugares en los que todo está hecho a su medida. En estos dos casos la discapacidad desaparece por completo. La discapacidad deja de existir aunque no se haya hecho nada para modificar la deficiencia. Esta última sigue existiendo como tal, y considerada en términos físicos sigue siendo una patología. Esto significa que hemos solucionado el problema de la discapacidad sin ocuparnos de la deficiencia.

Podemos incluso imaginar que si la mayoría de los humanos fueran enanos, sordos o ciegos, las cosas se habrían organizado de modo diferente. De ello resultarían una organización social y una cultura diferentes, pero no inferiores. Se hubieran elegido otros caminos y explotado otras posibilidades y se hubieran dejado de lado otros. La conclusión que resulta de esta oposición es que para reducir la discapacidad existen dos direcciones posibles que podemos separar analíticamente. Dos direcciones que, en teoría, no se excluyen mutuamente.

Podemos concentrarnos directamente en lo que hemos convenido en llamar discapacidad. Podemos modificar ciertos modos de organización social y, en vez de intentar que una persona con parálisis cerebral, parapléjica o tetrapléjica camine, podríamos organizar la cité de forma tal que la discapacidad disminuya. Hacer viviendas tomando en cuenta lo que esas personas son, para que puedan vivir normalmente. En los lugares públicos se pueden evitar las escaleras, se pueden instalar puertas corredizas en lugar de puertas que se abren, y baños accesibles en las estaciones y aeropuertos. Todo esto hace que finalmente la discapacidad se reduzca, aunque las cosas sean lo que son.

Esta forma de política, de orientación de dirección de la sociedad, es lo que se conoce como tolerancia.

La tolerancia no significa no hacer nada, como muchos tienden a creer. Al contrario, cuando viene de la mayoría, de aquellos que determinan las normas y la organización sociales, la tolerancia implica una acción sobre sí mismo. Una acción para hacer un lugar a las personas tal como son y no tal como quisiéramos que fueran para nuestro mejor funcionamiento, o simplemente porque somos buenos con ellas.

Sin embargo existe una relación entre una deficiencia y una discapacidad. Hay otra dirección posible. Aquella que consiste en esforzarse por disminuir la deficiencia pensando que de ese modo se reducirá al menos un poco la discapacidad.

En este caso podemos hablar de óptica terapéutica. Aclaremos que se trata por supuesto de disminuir la deficiencia, ya que está claro que cuando se trata de sordera, de ceguera, de una afección de la médula espinal o de una mutilación, por ejemplo, no es posible hablar de cura. Sólo podemos hablar de ortopedia o de paliativo.

A diferencia de las medidas anteriores, que van en dirección de un cambio social, las medidas que apuntan a reducir la deficiencia se orientan hacia la persona discapacitada. La idea es que mejorando el desempeño de la persona, se le proporcionan los medios para integrarse mejor. Independientemente de las categorías de discapacidad en general, todos los especialistas en la materia tienen como única definición y función esta acción dirigida hacia el discapacitado. Una acción que apunta a disminuir la deficiencia con vistas a una mejor integración social.

Quisiera insistir simplemente en un punto. Esta distinción puede ser útil para analizar muchos aspectos de la situación social de los discapacitados. Permite explicar sobre todo por qué durante siglos, en ciertas situaciones sociales en las que no se trataba de disminuir la discapacidad, los discapacitados eran menos discapacitados que hoy en las sociedades que se esfuerzan por reducir la deficiencia.

Creo que es necesario decir algo acerca de los mecanismos que permiten pensar que ambas cosas son complementarias y que se puede hacer un poco de cada una. En muchos casos sin embargo se instala un mecanismo vicioso. Cuando los esfuerzos se centran en reducir la diferencia, se incrementa la intolerancia hacia los discapacitados, a quienes se debe salvar por los mismos medios.

Creo que de cierto modo toda la historia del “oralismo” se concentra en este punto. Ya que antes hablé de los discapacitados motores, daré un ejemplo.

Con los discapacitados motores ocurre algo bastante similar que con los sordos. Creo que no existe ninguna categoría de discapacitados en la que no ocurran cosas semejantes. En última instancia, ciertas categorías de discapacitados motores pueden optar en cierto modo por una solución ortopédica, que les permita ponerse de pie y hacer como si fueran válidos al precio de esfuerzos increíbles, o elegir una silla de ruedas eléctrica como forma de desplazamiento más o menos exclusiva.

En el caso de los discapacitados motores, la alternativa entre uno u otro modo de desplazamiento, desata debates tan pasionales como el problema de la palabra para los sordos. En el caso de los discapacitados motores hay una fuerte oposición entre los reeducadores, que insisten en que las personas permanezcan erguidas

y traten de caminar como un modo de desarrollar las nociones de esfuerzo y de respeto por sí mismo —ya que es normal que alguien esté parado y no sentado—, y consideran importante no dejarse llevar por soluciones más cómodas como el desplazamiento con una asistencia eléctrica.

Es un debate interesante y un combate pasional. Los discapacitados motores que participan de la vida activa, que trabajan, se desplazan y llevan una vida normal, son partidarios de la silla de ruedas eléctrica contra la ortopedia que da una falsa impresión.

Creo que este tipo de cosas ocurren en todas las categorías de discapacidad.

Existe tal vez un aspecto que permite explicar por qué, en el caso de los sordos, nos quedamos siempre en las mismas cuestiones. Hice referencia a la óptica médica, aunque no se trata de una enfermedad. Desde un punto de vista sociológico todas las sociedades otorgan cierto estatus al enfermo. Un enfermo, como todos sabemos, quiere curarse. Afortunadamente, ya que es una obligación. La sociedad tolera al enfermo y tiene ciertas consideraciones con él: el enfermo no trabaja, es servido, etc., únicamente con la condición de que haga todo lo necesario para dejar de estar enfermo. Se le conceden una especie de vacaciones, con la condición de que esté decidido a ponerles fin. En general las cosas funcionan bien porque los deseos de unos y otros coinciden. La enfermedad es entonces un estado del que hay que salir, es un imperativo moral, social. La deficiencia es otra cosa.

La deficiencia es lo contrario, es algo que hay que aceptar, hay que hacer un pacto con ella para vivir, y esto también es un imperativo moral, social, un imperativo de vida igual que para el enfermo intentar curarse.

En la era de progreso en la que vivimos, el problema que se presenta tiene que ver con que hemos cambiado las reglas. Muchas cosas que podrían ser consideradas como simples discapacidades se transforman en enfermedades porque, y no podemos negarlo, hay constantes progresos en materia terapéutica, en cirugía y otras áreas que nos permiten esperar que cuando se trata de deficiencia, a cada cosa se le encuentre una solución. Me parece que ésta es una de las razones de la desviación del “oralismo” durante un siglo.

Me pidieron que fuera breve, tal vez sea mejor desarrollar ciertas implicaciones de esta distinción a partir de sus preguntas. Espero no haber sido demasiado abstracto.

La salida del gueto⁸

El gran rechazo

Toda sociedad, por las razones más variadas, tiende a rechazar a algunos de sus miembros. Estas exclusiones pueden ser parciales: restricciones de acceso a ciertos lugares, a ciertas funciones, amputación de ciertos derechos. También pueden tomar formas extremas, como el gueto, la deportación, el campo de internación, la prisión o el hospital psiquiátrico. A veces pueden ser explicitadas de manera formal, legal: “nadie puede formar parte de la función pública si no es sano de cuerpo y espíritu”. Y en muchos casos se presentan de manera más insidiosa y banal, como algo que “va de suyo”.

En general es inexacto decir que una sociedad olvida a sus excluidos o no se interesa por ellos. Eso es lo que desearía, pero en general sucede lo contrario. La sociedad hace por ellos lo que no hace por ninguna otra categoría de ciudadanos. Les dedica ministerios especiales. Les otorga asistencia, la mayoría de las veces sin que haya necesidad de una verdadera contrapartida. Cuando el problema se plantea dividido entre “reparación, conversión, cura, readaptación” o “reclusión necesaria”, está claro que nos hallamos en un espacio sagrado en el que son necesarias inversiones generales. Estas inversiones no se justifican ni se evalúan en términos de rentabilidad económica.

En general nos inclinamos a medir la inserción social de una persona en función de lo que ha recibido de la sociedad. Es así que encontramos, por un lado, los privilegiados, favorecidos por la sociedad, y por otro los excluidos, aquellos que han recibido menos, o que no han podido sacar provecho de lo que les ha tocado. Me parece en cambio más juicioso medir la integración de cada uno en función de lo que cada uno aporta a la sociedad. Esto es válido tanto para los individuos como para los grupos sociales. Ambos existen en el mundo, participan

⁸ In *La langue des signes dans la formation et l'intégration de la personne sourde. Promotion du langage gestuel pour les sourds*, ASBL, 1985, pp. 84-92. Reproducido en Jean-Pierre Bouillon (éd.), *La surdité chez l'enfant en France*, Paris, CTNERHI, 1990, pp. 44-48.

en él, aportan y reciben, en la medida en que se presentan y se afirman en él con su especificidad.

Los excluidos, los periféricos, los marginales, serían entonces aquellos que no aportarían nada en razón de *quienes son*. Más exactamente, aquellos de quienes no se espera nada y/o de quienes sobre todo no se quiere recibir nada, ya que estimamos –con razón o no– que son incapaces de hacer un verdadero aporte o que este no puede ser bueno.

Inútiles, malos o peligrosos, de algún modo se los condena por adelantado –y eso es lo que los define– a no poder ofrecer jamás lo que poseen y que es su especificidad. En el mejor de los casos se los condena a recibir solamente.

De la clandestinidad...

Pero volvamos a los sordos y a la lengua de señas.

La lengua de señas fue durante décadas objeto de un gran desprecio por parte de todas las personas comprometidas, de un modo u otro, con la educación de los niños sordos. La consideraban un medio de comunicación primitivo. Les parecía fea y hasta animalesca, pobre, inadecuada para expresar la abstracción, los matices, los sentimientos elevados, los sentimientos profundos y no sé cuántas cosas más. Sin embargo estos educadores que seguramente querían lo mejor para sus alumnos, no hubieran desplegado tanta energía en combatirla si no la hubieran considerado responsable de *encerrar a los sordos en un gueto*, y si no hubieran notado con acierto que la lengua de señas es *contagiosa*. Un niño sordo en contacto con otros sordos la toma rápidamente, la aprende, se la apropia.

Siempre nos sorprendemos de la cantidad de sordos que los educadores y los padres han logrado mantener lejos de sus pares y de la seducción del lenguaje gestual, hasta una edad avanzada. Educación con los oyentes, educación protegida y difícil, austera y reservada en general a los sordos de un medio favorecido, cuyos padres pueden reforzar el trabajo de los maestros.

En los internados especiales, en cambio, es difícil terminar con lo que durante mucho tiempo se consideró “hierba mala”. Sin embargo, en general se ha logrado establecer una separación tajante entre las situaciones “serias”, escolares, en las que las señas están prohibidas, y los momentos como el recreo, el comedor o el dormitorio, en los que las señas tienen libre curso.

Esta separación tajante entre la lengua de la vida, la lengua de todos los días, y la lengua culta, que al mismo tiempo es un poco la lengua de los otros, no favorece el aprendizaje en general, ni el aprendizaje del francés en particular. Por

otro lado, penaliza a los sordos de nacimiento y a los sordos que no pueden usar audífonos, con respecto a los hipoacúsicos y a los sordos postlocutivos. Sin embargo esta separación puede ser vivida como algo que “va de suyo”, y el hecho de que los gestos sean tolerados en los contextos ordinarios, puede hacer que no se la perciba como una medida opresiva.

Esta política se ve reflejada en la cultura sorda. Incluso en la edad adulta quedan vestigios de ella. Por ejemplo, el evitar señar en público. A veces por vergüenza de la lengua de señas en sí misma, pero más a menudo por razones bien diferentes. Con el lenguaje gestual sucede lo mismo que con muchos actos íntimos o privados, que no son en sí mismos vergonzantes, pero que se vuelven vergonzantes si se los exhibe, si se los realiza en público. Entonces se lo esconde. En última instancia, por respeto hacia él y hacia la comunidad de quienes lo emplean.

Hay lenguas orgullosas y conquistadoras que parecen llevar el sello del universalismo. Al menos así es como las conciben las comunidades que las hablan. Dan con gusto su lengua. La exportan. Mejor aún, piensan que puede ser un beneficio para los demás imponérselas. El francés fue durante mucho tiempo el prototipo de una lengua de este tipo. Ahora pensaríamos en el inglés.

En el lado opuesto están las lenguas de las minorías, que históricamente han conocido el desprecio y la opresión. Por ejemplo el yiddish o las lenguas cingaras. Son lenguas que se reservan cuidadosamente para sí. No se enseñan. Hay muy pocas personas que no pertenecen a esas comunidades y las conocen. Y, en general, se desconfía de quienes las usan si no comparten desde el nacimiento el destino de la comunidad en cuestión.

En la situación que describo, la lengua de señas pertenece a esta categoría de lengua. Tiene todas las características de una lengua de gueto. A decir verdad, los sordos la consideran como algo un tanto diferente de una lengua propiamente dicha. Es un modo de comunicar particularmente original y que, aunque tenga vocación universalista, es inherente a los sordos: los oyentes, por naturaleza, serían incapaces de adquirir un completo dominio.

Los muros de este gueto se erigen incluso dentro del mundo de los sordos, y separan a quienes emplean las señas de quienes se enorgullecen de no saber nada de ellas.

Estos muros están hechos de ignorancia recíproca, de menosprecio, de reproches y –creo– también de miedos.

... al derecho de cité

Lo que sucede en casi todo el mundo desde hace unos quince años, nos obliga a reconsiderar las antiguas formas de ver y de hacer. Las señas han sido condenadas y combatidas en nombre de la integración y la lucha contra el gueto. Hoy está claro que hay que proceder de manera inversa. El reconocimiento de la lengua de señas es la condición *sine qua non* de la integración y de la salida del gueto.

Algunos años atrás, hubiéramos tratado de demostrar esto tomando como ejemplo lo que sucede en Estados Unidos o en los países escandinavos. Hoy en día podemos apoyarnos en lo que ocurre en Francia, aunque los cambios se produzcan de manera un tanto conflictiva y con ciertos roces.

Lo que podemos observar hoy hubiera sido inconcebible hace algunos años. Pienso por ejemplo en los “sordos hablantes”, que no conocen las señas. Son los primeros beneficiarios de los intérpretes. Antes les era imposible acceder a toda conferencia o debate público, cosa que parecía obvia. Como no sabían comunicar en señas, no imaginaban que pudiera existir para ellos una situación de conversación entre varios en la que no se hallaran en inferioridad de condiciones.

Estos descubrimientos, que se presentan a veces como una revelación, hicieron que varios de estos sordos se transformaran en activos militantes en favor de su lengua recuperada.

Caen las barreras entre sordos, y gracias a la multiplicación de los intérpretes en todos los contextos —administrativos, médicos, culturales, religiosos, profesionales, políticos...—, todos tendrán por fin acceso a lo que ocurre en el mundo de los oyentes, que es también su mundo.

No basta con mencionar todo lo que en la actualidad se ha vuelto por fin accesible para los sordos *aunque sean sordos*. Deberíamos más bien hablar de todo lo que es al fin accesible justamente *porque son sordos*. El ejemplo más claro son las numerosas intervenciones de carácter pedagógico dirigidas a los niños sordos, de las que paradójicamente habían sido excluidos antes a causa de su sordera.

Pero quisiera detenerme un momento sobre otra cosa. Quiero hablar de los cursos de lengua de señas.

Existieron en otra época. Se trataba de iniciaciones breves, en general informales y reservadas a quienes se dedicaban a la enseñanza especial o a alguna forma de apostolado con sordos.

La novedad radical de esta enseñanza, es en primer lugar su carácter sistemático, aunque a menudo los cursos se desarrollen de modo salvaje. En segundo lugar, su amplitud. Y sobre todo, la naturaleza del público al que se dirigen, que sobrepasa ampliamente el ámbito de la educación de los niños sordos. El marco se extiende a los padres de niños sordos, la familia extendida, los amigos, los profesionales de

cualquier área que pueden en un momento u otro estar en contacto con sordos, personas que quieren aventurarse en la interpretación, y todos aquellos, cada vez más numerosos, que han visto la lengua de señas y se interesan por ella. En Francia, al menos en una universidad, la lengua de señas es una materia optativa.

A los sordos norteamericanos les gusta decir que la lengua de señas americana es la tercera o la cuarta lengua de los Estados Unidos. Esto no significa que en Estados Unidos haya tantos sordos y que la lengua de señas sea la lengua habitual de un número tan importante de ciudadanos. Lo que quiere decir, es que esta lengua es empleada por la mayoría de los sordos, pero también por un número aún mayor de oyentes. Las señas se han transformado en una especie de *bien común*.

Salvo error de mi parte, Bélgica ha hecho la misma elección que nosotros, y otro tanto han hecho nuestros amigos de Suiza francófona. Los sordos poseen casi el monopolio de la enseñanza de la lengua de señas. Esto está lejos de ser así en los demás países del mundo. Esta elección se justifica plenamente en el momento presente. Me parece importante.

Que la enseñanza esté a cargo de los sordos no significa que enseñen siempre su lengua. A veces los cursos consisten en largas listas de vocabulario. Para enseñar algo que se hace “naturalmente” es necesario un análisis mayor que para enseñar algo que se ha aprendido de manera formal. Por el momento los lingüistas están lejos de haber descubierto todo lo que las lenguas nos esconden aún.

A veces, deliberadamente, se enseñan las señas como un soporte de la palabra o como un doble o sustituto, seña por palabra, de la lengua hablada. Esta forma de enseñanza puede resultar de la inmisión en los cursos de lengua de señas de ciertas preocupaciones propias de los pedagogos de sordos, como ¿qué modo de comunicación se debe adoptar en clase con los niños sordos? Sobre todo, me parece que es la herencia de una mala época. Permite tratar con consideración, pero al mismo tiempo perpetuar, antiguas actitudes: la de los oyentes, para quienes la lengua de señas “tal como se habla” sigue siendo objeto de desprecio, y la de los sordos, que guardarán para sí lo que es más específico de ellos. El número creciente de oyentes que asisten a esos cursos, que no tienen responsabilidades pedagógicas con los niños sordos y que por ello son menos proclives a adoptar una actitud normativa con respecto a la lengua de señas y se interesan por ella tal como “se habla” y se vive, —y no como algunos quisieran que fuera—, todo esto obra a favor de la enseñanza de la verdadera lengua de señas francesa.

A esto se suma también el interés de los oyentes por el florecimiento actual de producciones artísticas, teatrales y poéticas en lengua de señas.

Milán es hoy⁹

Cuando se habla actualmente de la lengua de señas desde un punto de vista político, por ejemplo, para reivindicar su pleno derecho de cité, invariablemente se hace referencia al Congreso de Milán. Es el origen y la explicación de todos los males. A decir verdad, este ritual obligatorio comienza a cansarme. Incluso a veces me pregunto si no resulta peligroso seguir insistiendo sobre esto con los ojos cerrados. El congreso de Milán es un mito.

El Congreso de Milán es un mito. Igual que el Abad de l'Épée. Esto no significa que el Abad de l'Épée no haya existido, ni que el Congreso de Milán no se haya llevado a cabo. Tampoco quiere decir que la obra del Abad de l'Épée y las decisiones que se tomaron en Milán no hayan tenido efectos. En ambos casos las consecuencias fueron enormes. Es por esta razón que adquirieron valor de símbolos. Símbolos que ocupan un lugar capital en la estructuración de la cultura sorda. Sobre todo en Francia. Sin embargo, mientras que esas realidades históricas funcionen como símbolos no existe ninguna razón para detenerse sobre la realidad de los hechos. Al contrario, para resaltar aún más su carácter ejemplar, no dudamos en “simplificar” y “añadir”.

Es por ello que a menudo escuchamos decir que el Abad de l'Épée es el inventor de la lengua de señas o de la dactilología. Frecuentemente, el comienzo de la historia de los sordos se hace coincidir con el Abad de l'Épée, lo anterior es la prehistoria. El Congreso de Milán, por su parte, es como sabemos la línea divisoria entre un período de oro, que todo el mundo aspira a reencontrar, y un siglo de opresión y de silencio, durante el cual nada importante habría sucedido. Nada, excepto una degradación de la lengua más o menos rápida pero cierta, causada por la interrupción de su enseñanza en las escuelas.

La idea de una degradación de la LS corre el riesgo de no resistir un examen más atento. Por otro lado, la concepción según la cual una lengua se degradaría

⁹ In *Journées d'Etudes, 10, Autour de la langue des signes*, (4 de junio de 1983), UER de Linguistique Générale et Appliquée, Paris, Sorbonne, 1985, pp. 9-16.

porque no se la enseña, es una concepción sin dudas halagadora para los profesores, pero que no corresponde para nada con la realidad. La salud de una lengua no se hace ni se decide en un salón de clases.

En fin, que nosotros sepamos, la lengua de señas nunca fue enseñada a los niños sordos. Se la usaba, sí, pero eso es algo diferente. La idea de un sordo adulto que enseñe la LS a los niños sordos en el aula es una idea actual. Cualquiera sea la modalidad de enseñanza, esta idea se basa en una concepción escolar del aprendizaje de las lenguas, y tiene aún más razón de ser, puesto que se niegan o se han destruido cuidadosamente las bases sociológicas naturales y tradicionales de su aprendizaje: la escuela especial.

Desde hace algunos años numerosos investigadores se han interesado por la educación de los sordos antes del Congreso de Milán¹⁰. Entre ellos Christian Cuxac, que se pregunta cómo es posible haber llegado a un punto tal. Había profesores sordos, y esto no es poca cosa. Sin embargo todos los trabajos muestran que las cosas no eran color de rosa, ni mucho menos.

En Francia, según tengo entendido, todavía nadie se ha interesado por el siglo que nos separa del famoso congreso¹¹. El examen de este período podría sin embargo reservarnos algunas sorpresas. Pienso que descubriríamos en Francia un movimiento sordo particularmente vivo y para nada marginal, combativo, que no duda en intervenir en la política escolar, siempre listo a luchar contra el cierre de alguna escuela, y en general cercano a los lugares políticos de decisión y rico en iniciativas de alcance internacional: creación de los Juegos Olímpicos silenciosos, organización de congresos mundiales.

La lengua de señas por su parte, a pesar de los años –incluso décadas– de violencia, de desprecio y de estupidez que siguieron a la triste farsa de Milán, no desapareció de los establecimientos de educación especial. Me refiero al uso de las señas que hacen los profesores, los adultos oyentes. Puesto que para los alumnos sordos de los internados, a pesar de los períodos de gran represión y el uso a veces casi clandestino de las señas, las cosas continuaron *grosso modo* igual que antes.

10 Entre los numerosos artículos de René Bernard, retendremos principalmente “Les cours normaux pour la formation des maîtres de sourds-muets en France au dix-neuvième siècle” in *Bulletin d'Audiophonologie*, vol. 11, n° 2, p. 61-110.

11 En cambio la obra monumental de Jack R. Gannon sobre los Estados Unidos, comienza en 1880, que es el año del Congreso de Milán y a la vez el de la creación de la NAD, la Asociación Nacional de Sordos. Gannon, Jack R., *Deaf heritage. A narrative history of deaf America*, NAD, 1981, 483 p.

El recurso a las señas debía depender en primer lugar del conocimiento que de ella tenían los adultos oyentes. Para ellos por supuesto no había cursos de lengua de señas. La mayoría de los niños sordos, tal como ocurre actualmente, asistían a establecimientos privados. En general estos establecimientos dependían de congregaciones, como los Hermanos de San Gabriel para los varones, o las Hijas de la Sabiduría para las mujeres. Es algo que olvidamos, o mejor dicho olvidamos las consecuencias que de ello se derivan: hasta no hace mucho tiempo los docentes vivían en los establecimientos. No existía toda la proliferación de especialistas con sus áreas y tiempos de intervención bien delimitados: profesores, educadores, ortofonistas, psicoreeducadores, psicólogos... Estos docentes, que retrospectivamente podríamos llamar “docentes multitareas”, formaban parte de la vida de los alumnos fuera del aula, compartían las comidas y los momentos de esparcimiento. Mal o bien, conocían las señas, algunos seguramente bien. Aunque no las emplearan en clase, al menos podían comprender a sus alumnos. Tal vez no haya que ir más lejos si buscamos la clave del éxito de su enseñanza, siempre y cuando este éxito se corrobore.

El recurso a las señas dependía también de la materia que se enseñaba. Cuanto más importante la materia o más urgente su enseñanza, mayor era la tendencia a recurrir a las señas.

Un primer ejemplo: la enseñanza profesional. Es algo que se dijo durante dos siglos. Además de ser la puerta de entrada a los grandes institutos, fue una de las razones para mantener los establecimientos especiales para sordos fuera del ministerio de la Instrucción pública: el objetivo de la enseñanza de los sordos no era que fueran cultos, sino que aprendieran un oficio. Justamente se insiste para que los niños sordos oralicen porque para trabajar en el mundo de los oyentes —se decía— tendrán que poder hablar. Pero llegado el momento de elegir los oficios, se privilegiarán aquellos para los cuales oír o hablar no tienen mayor importancia, los tradicionales oficios de sordos. Por otro lado, una vez en el campo de juego, se presta menos atención a la interdicción de las señas. Lo esencial es la comprensión. Las señas, bautizadas a la ocasión de naturales, son en general mucho más claras que cualquier explicación oral para explicar los gestos del trabajo manual.

Añadamos que en muchos lugares la enseñanza de los oficios consistía en un aprendizaje sobre la marcha, a la par de los obreros o maestros-obreros, que trabajaban para asegurar el funcionamiento de los establecimientos escolares que se esforzaban por autoabastecerse. Algunos de estos obreros y maestros-obreros eran sordos también.

Todo esto reunido constituye una incitación a infringir las reglas y preocupaciones oralistas.

El ejemplo de la enseñanza religiosa es más claro aún. Algunos alegarán sin dudas que la enseñanza religiosa no es todavía tan importante. Pero el problema no consiste en saber qué piensa cada uno ni en saber qué hay que pensar de modo absoluto. La cuestión es saber si los responsables de la educación religiosa la consideran suficientemente importante como para obviar la prohibición que respetan escrupulosamente en todos los demás contextos.

Durante el segundo curso de verano que organizó la asociación 2LPE (Dos Lenguas para una Educación), la hermana Hélène, de Saint-Laurent-en-Royans evocó sus recuerdos. Cuando habló de las consignas de la FISAF (Fédération des Institutions de Jeunes Sourds et Jeunes Aveugles de France)¹² durante el último retorno del oralismo, confesó que su deber de obediencia se terminaba en la enseñanza del catecismo. Allí, a pesar de las consignas más estrictas, había decidido deliberadamente seguir usando los gestos. Agregó incluso que para conservar las verdaderas señas había vuelto a la escuela del abad Lambert¹³.

Jack Gannon relata que en Estados Unidos las tentativas de enseñar la religión con métodos exclusivamente orales en los años 1890 fueron un fracaso. Grupos religiosos cada vez más numerosos comenzaron a pedir que se empleara la lengua de señas y otras ayudas visuales. Algunas escuelas se negaron sistemáticamente. Otras aceptaron una solución de compromiso: los docentes debían continuar con el oralismo estricto, los capellanes en cambio estaban autorizados a usar las señas. A partir de los años 40, en los seminarios se comenzó a inscribir el aprendizaje de la lengua de señas en el currículum de aquellos que se dedicarían a trabajar con los sordos¹⁴.

Podríamos citar aun muchos ejemplos relativos a la enseñanza de la religión en todos los países del mundo.

El respeto por la lengua de señas que muestran quienes se preocupan por el alma de los niños sordos puede sorprender a quienes presentaron los argumentos morales, religiosos e incluso teológicos para condenar la mímica en el Congreso de Milán¹⁵. Sobre este punto hago referencia a los trabajos de Massimo Fracchini,

12 N. de T.: Federación de instituciones de niños sordos y de niños ciegos de Francia.

13 *In Stage Parents, verano de 1981*, 2LPE, pp. 169-172.

14 Jack Gannon, *op. cit.*, p. 193.

15 *In Bernard Mottez, A propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes*, CEMS, 1976, pp. 74-

que señaló el carácter un tanto artificial y forzado de esta argumentación. Los abades Balestra, Tarra y Pendola, mosqueteros del oralismo organizados en torno a la revista *l'Educazione del Sordomuto*, la habían forjado sobre todo pensando en la jerarquía religiosa para quien la causa oralista no era algo evidente¹⁶.

Después de todo, esto corresponde bien a la gran tradición de las misiones. A diferencia de los comerciantes que emplean el pidgin, los misioneros son unos de los pocos colonizadores que no dudan en utilizar e incluso defender o ilustrar la lengua de aquellos a quienes llevan la buena palabra.

¿No se ha criticado suficiente a los curas de Quebec o de Bretaña por predicar en francés o en bretón, perpetuando o legitimando así una lengua que mantenía a sus fieles en una especie de sumisión y retraso?

Otra observación. Las decisiones que se tomaron en Milán, no nos obligan a nada en la actualidad. No tienen ningún valor constitucional, jurídico o reglamentario. No hay necesidad de ningún acto solemne para abolirlas. La explicación de que se haya seguido y se siga yendo en el mismo sentido debemos buscarla en otro lado y no en el Congreso mismo. No dilapidemos nuestras energías. Terminemos de ir sin fin y sin provecho en contra de los participantes del Congreso. Paz para sus almas. Es más realista y más fructífero en cambio tratar de analizar, cada vez que sucede, las razones que impulsan a algunos a recrear Milán. Milán se rehace, se reedita constantemente, incluso por quienes ignoran por completo que alguna vez existió.

En Francia fueron necesarias por lo menos dos décadas –el final del siglo XIX– para que muy tímidamente comenzáramos a ver lo evidente. Pero la intolerancia oralista vuelve siempre a la carga. La última ola –y creo que la más violenta–, comenzó hacia fines de los años 50 en la mayor parte de los países occidentales y estuvo ligada a las esperanzas nacidas del progreso espectacular de las prótesis. Esto fue ayer. No es necesario ir más atrás en la historia para tratar de comprender el mecanismo que hace que incluso los mejores espíritus se dejen llevar por un fervor ciego contra la lengua de señas y la comunidad de los sordos.

Pero esto no es todo. Ahora tenemos la impresión de estar saliendo de una larga noche. Pensamos que sale el sol y que el reconocimiento de la lengua de señas es una causa ganada en lo esencial. La brecha está abierta, el resto es cuestión de tiempo.

77 y Christian Cuxac, *Le langage des sourds*, Paris, Payot, 1983, pp. 136-138.

16 *In Actes du Symposium de Rome sur la recherche en langue des signes* (1983), próxima aparición, « Comme l'Italie est devenue oraliste », suplemento de Coup d'œil, N° 40, abril-junio de 1984, 8 p.

Sin embargo esta euforia no debe impedirnos ver lo que sucede ante nuestros ojos. Las generaciones futuras no nos perdonarían la ceguera. Hay un texto que pasó casi desapercibido y que fue paradójicamente aplaudido por algunos que se dicen defensores de la LSF. Me pregunto si esto no es incomparablemente más grave que las decisiones del Congreso de Milán. Quiero hablar de la circular Questiaux-Savary de enero de 1982 sobre la integración¹⁷.

Los congresistas de Milán hicieron las declaraciones que conocemos contra la LS, pero no destruyeron, ni soñaron por un momento con destruir lo que fue y sigue siendo hasta estos últimos años la cuna de la cultura sorda, la base sociológica y el lugar de aprendizaje de la LSF y de las reglas del *savoir vivre* de la comunidad de los sordos: la escuela especial. Es en general el objetivo que persigue abiertamente la integración.

A menudo se compara la represión que ha sufrido la lengua de señas con la que se infligió al mismo tiempo en Francia contra las demás lenguas minoritarias: mismos motivos, mismos lugares especializados para la estigmatización, mismos métodos. Pero hay un punto –no menor– en el que la situación es diametralmente opuesta. El niño Bretón o el Vasco, aprenden en la escuela, al mismo tiempo, el francés y el desprecio por su propia lengua. Pero ellos llegan a la escuela sabiendo hablar, sabiendo lo que significa hablar. Y una vez que atraviesan el umbral de la escuela vuelven a encontrar su lengua. Al niño sordo se le enseña –en la escuela– que no está bien hacer gestos. Pero es allí mismo que los aprende, de las manos de los mayores. Es en la escuela que el niño sordo aprende a hablar –en LSF–, y es allí que aprende lo que significa hablar.

Es por ello que en la historia de los Sordos la escuela ocupa un lugar privilegiado y completamente diferente que el que tiene en la historia de los Bretones y los Vascos. Que la escuela tenga tradicionalmente un lugar tal en la historia de los sordos no se debe a que los oyentes tiendan a confundir la historia de los sordos con la historia de lo que los oyentes hacen por ellos. Se debe a que, contrariamente a los Bretones y los Vascos, es en la escuela que el niño deficiente auditivo aprende a ser Sordo.

He aquí, al mismo tiempo, un alegato a favor de la historia de los últimos cien años y algunas observaciones a veces poco ortodoxas que quería someter a vuestra reflexión.

17 N. de T. : Circular n° 82-2 y n° 82-048 del 29 de enero de 1982 sobre la integración de los niños y adolescentes discapacitados en la escuela común.

Bibliografía

- Cuxac, Christian, *Le langage des sourds*, Paris, Payot, 1983, 206 p.
- Karacostas, Alexis, *L'Institution Nationale des Sourds Muets de Paris de 1790 à 1800. Histoire d'un corps à corps*. Tesis de doctorado en medicina, Paris V, Faculté de Médecine Cochin – Port Royal, 219 p. + 113 p. de los anexos.
- Lane, Harlan, *L'enfant sauvage de l'Aveyron*, Paris, Payot, 1979, 131 p.
- When the Mind Hears: A history of the deaf*, Random House, 1984, 537, p.
- Motte-Tridon, Catherine, *Education des Sourds-Muets au XVIIIe siècle en France et en Angleterre. Théories grammaticales*. Tesis de tercer ciclo, Paris VII, 1979, 338, p.
- Presneau, Jean-René, *L'idée de surdité et l'éducation des enfants sourds et muets en France et en Espagne du XVIe siècle au XVIIIe siècle*. Tesis de tercer ciclo, EHESS, 328 p.
- Variot, Bernard, *Approche de quelques aspects de la vie sociale des sourds-muets et de leur instruction au milieu du XIXe siècle, vus au travers de l'Impartial*, 1856-1859. Memoria de un alumno-profesor del INJS, 1980, 280 p.

Los banquetes de sordomudos y el nacimiento del movimiento sordo¹⁸

Debemos inscribir 1834 entre las grandes fechas de la historia sorda. Este año marca el inicio del culto del Abad de l'Épée con el primer banquete que se organizó para conmemorar su nacimiento. Es la fecha de nacimiento de la nación sorda. Es el año en que, por primera vez, los sordos se otorgaron una especie de gobierno, que nunca se detuvo desde entonces.

Sicard, sucesor del Abad de l'Épée, muere en 1822 dejando la Institución de París¹⁹ en un estado lamentable. Su sucesión fue difícil. Durante casi una década el funcionamiento de la institución estuvo prácticamente en manos del consejo de administración. Este último, poco competente en materia de educación de los sordo-mudos, adoptó una orientación oralista. Orientación que puso en cuestión el lugar de la mímica en la educación, y al mismo tiempo el rol de los profesores sordos. Ambas cuestiones van de la mano, ya que si se introduce la articulación –la enseñanza del habla– dentro de las funciones ordinarias de los profesores, los profesores sordos, incapaces de enseñarla, se encuentran lógicamente reducidos a asumir la función de repetidores. Junto con éstas se preconizaron otras medidas del mismo estilo que, gracias a la resistencia de los maestros y alumnos o simplemente a causa de su propia absurdidad, no fueron aplicadas. La guerrilla se había instalado en la institución.

En 1834 Ferdinand Berthier –profesor sordo-mudo de la institución de París– y algunos de sus colegas, Lenoir, Forestier –que luego será director de la escuela de Lyon–, decidieron dar un gran golpe. Crearon un comité de sordo-mudos. Entre los diez miembros del comité se encontraban: F. Peysson, de Montpellier –pintor y autor unos años más tarde del célebre cuadro “Les derniers moments

18 In Lysiane Couturier et Alexis Karacostas (con la dirección de), *Le pouvoir des signes*, catálogo de la exposición del bicentenario de la creación del Institut National de Jeunes Sourds de Paris en la capilla de la Sorbonne, Paris, INJS, 1989, pp. 170-177.

19 N. de T.: referencia al INJS: Institut National de Jeunes Sourds, de Paris.

de l'abbé de l'Épée”—, y un italiano del Instituto de Torino —también pintor— Mosca. La primera decisión del comité fue festejar de allí en más el aniversario del nacimiento del Abad de l'Épée con un banquete.

¿Quién participaba?

Una élite... Así fue como dos semanas más tarde, el 30 de noviembre según relata la crónica, “casi sesenta miembros de esta nación aparte estaban reunidos en los salones del restorán de la plaza del Châtelet. Había profesores, pintores, grabadores, empleados de distintas administraciones, impresores y simples obreros excluidos en principio del seno de nuestra sociedad, pero que gracias a su inteligencia habían podido entrar en ella y conquistar posiciones que les permitían vivir honorablemente. Había cerebros vastos y bien constituidos que hubieran despertado la admiración de la sociedad de frenología, ojos centelleantes de verbo, dedos activos, rápidos, más rápidos que la palabra. Representantes privilegiados de una especie excepcional... que Swift no imaginó, pero que hubieran podido ser descritos hábilmente por su pluma”.

A los sordo-mudos les gustaba hacer alarde de los puestos que habían logrado ocupar y felicitarse unos a otros, como para mostrar lo que eran capaces de obtener. De ello resultan largas listas de éxitos sociales ejemplares. Estos banquetes reunían sobre todo a la élite. Los sordo-mudos no instruidos, que representaban entonces más de tres cuartos de la población de sordos, no participaban.

...internacional. Segundo hecho que constatamos: siempre había sordos extranjeros, desde el primer banquete. En el tercero había sordos de Italia, Inglaterra y Alemania. Seguramente no venían exclusivamente por el banquete, sobre todo los norteamericanos. Es el caso de John Carlin, alumno de L. Clerc que nos dejó varios retratos de él, que hizo un discurso durante el sexto banquete (1839) y algunos brindis los años siguientes. Muy a menudo se trata probablemente de artistas que, como él, venían a París para formarse y perfeccionarse e incluso a vivir. Varias décadas más tarde los artistas sordos norteamericanos H. Moore, Douglas Tilden —que presidió un banquete en 1891—, Graville S. Redmond —amigo de Ch. Chaplin—, E. Hannan, o el pintor A. Terry —padre del movimiento sordo en Argentina—, eran asiduos participantes de los banquetes de aniversario del Abad de l'Épée durante sus estancias en París.

Hablantes. A la ocasión del primer banquete, dice la crónica, “sólo dos hablantes habían obtenido el raro privilegio de asistir a esta fiesta extranjera: E.

de Monglave –su seña era “bigote”–, amigo de los sordo-mudos, hablante de su lengua e iniciado a los usos y costumbres de la nación. Y el periodista de un gran diario, hombre incompleto según los sordos, desafortunado privado de la palabra mímica, paria de esta sociedad, que se veía obligado a recurrir al lápiz para conversar con los héroes de la fiesta. Una expresión de inefable compasión podía leerse en todos los rostros cuando se acercaba. “Pobre –decían los dichosos del momento–, no podrá hacerse entender””.

Desde el segundo banquete los sordos comprendieron las ventajas de no permanecer entre sí. Invitaron a una cantidad de redactores de grandes periódicos de la época y ello se volvió un hábito. Estos últimos, mimados y aclamados, supieron cumplir con la tarea que les estaba asignada: hacer que la cosa se sepa.

Hubo otros E. de Monglave que, como dice el brindis en su honor, “se volvieron ellos mismos sordo-mudos en el pensamiento y el apego”. A menudo eran quienes desempeñaban el rol de intérpretes.

Luego se invitó a funcionarios del Ministerio de Tutela y a responsables políticos, y esto también se volvió una costumbre. Así fue posible pasar por encima de la dirección del Instituto de París y hacer algunas confesiones con respecto a las vejaciones que sufrían los sordo-mudos y la mímica.

Las relaciones se normalizaron con la llegada de un nuevo director, Delaneau, que puso fin a la ofensiva oralista. El (los) director (es), una gran parte del personal e incluso una delegación de alumnos se volvieron *habitués* de los banquetes. Los profesionales venían en calidad de invitados y en general se comportaban bien, es decir, como invitados. Algunos sin embargo, no podían evitar la deplorable costumbre de querer dar consejos.

Por último, había también invitados prestigiosos. En el tercer banquete, por ejemplo, cuando se abrieron las puertas entró con paso grave un anciano cubierto de arrugas. Era Bouilly, autor de un drama muy famoso durante la Revolución, “L’abbé de l’Épée”. También se aplaudió a John O’Connell, hijo del libertador de Irlanda, un símbolo.

Sin embargo no siempre tuvieron suerte con los invitados vedette. Cuando le pidieron que escribiera unos versos sobre el Abad de l’Épée, el cantautor popular Béranger respondió –calurosamente sin duda– que su musa estaba agotada y que para componer necesitaba más tiempo que el que le acordaban (1836). Lamartine respondió “encantado, vendré”, pero un inconveniente de último momento se lo impidió (1837). Chateaubriand no contestó a la invitación (1839). Berthier fue hasta su domicilio y lo halló paralizado a medias, sin poder ni siquiera

escribir para contestar a sus preguntas. De A. de Vigny, lograron obtener una “estrofa para los sordo-mudos, compuesta de inspiración después de los ejercicios de la Institución real (1840)”. Luego fue el turno de V. Hugo (1843) que desgraciadamente acababa de perder a su hija de manera trágica. No podía venir, pero escribió a Berthier sus excusas con palabras que generaciones de sordos se transmitieron: “Qué importa la sordera de la oreja cuando el espíritu escucha. La única sordera, la verdadera sordera, la incurable, es la sordera de la inteligencia”. Tres años más tarde lo volvieron a invitar. V. Hugo respondió con una carta más bien seca algo que podemos resumir en “nunca un domingo”. Pero los sordos no se desaminaron, esperaron. En 1850 fue Pélissier, el fino poeta “con el gesto dúctil”, quien se ocupó del asunto. Varios meses antes del banquete fue hasta su domicilio para tratar de seducirlo. Le tradujo en señas una de sus novelas para que “pudiera observar el lujo del lenguaje pintoresco que, en su compasión, la naturaleza concede a los pobres sordo-mudos”. La víspera del banquete, Pélissier lo invitó y le recordó este grato momento. Mala suerte. Hugo estaba en cama, su médico le prohibía salir. En esa ocasión escribió también unas bellas palabras, no quería tratar a los sordo-mudos de “desheredados –escribía–, puesto que la naturaleza les ha quitado el órgano pero los ha dotado casi siempre del doble de inteligencia. Usted, Señor, es una noble y brillante prueba. Tiene usted el raro talento de ser a la vez mudo y elocuente”.

Y ahí quedaron las cosas, pero ¡qué lástima!

Únicamente hombres. Las grandes ausentes fueron las mujeres. Una o dos veces alguien tuvo la delicadeza de proponer un brindis “por las sordo-mudas, por nuestras mujeres!” y recordar que fue gracias a ellas, a quienes tanto debemos, que todo comenzó. Se refería a las dos hermanas que habían revelado su vocación al Abad de l'Épée. Pero a nadie se le ocurrió pensar que las mujeres podían formar parte de la fiesta. ¡Hubo que esperar hasta 1883 para que las sordas-mudas participaran del banquete! Fue un evento. Fue un banquete en el mes de julio, en homenaje a la ley del 2 de julio de 1791 –que declaraba que el Abad de l'Épée merecía el reconocimiento de la patria y de la humanidad y transformaba su escuela en Instituto nacional–, y a la ley del 28 de junio de 1793 –que adoptaba a los niños sordo-mudos como hijos de Francia y ordenaba la creación de seis escuelas nacionales para su instrucción.

¿Los sordo-mudos eran falócratas? Bastante pareciera. Pero no más que los hablantes de esa época, cuyos banquetes fueron durante mucho tiempo un asunto de hombres. El lugar de las mujeres era el hogar.

¿Qué se hacía?

Un festival de la mímica. ¿Habían querido hacerle daño? Bueno, entonces la verían. Sería un espectáculo para los hablantes. De los banquetes se decía que eran las olimpiadas del pueblo sordomudo, “olimpiadas cuatro veces más frecuentes que las griegas y cien veces más curiosas, más atractivas”.

“Creeríamos –relata el cronista visiblemente deslumbrado–, que sesenta hombres privados del oído y de la palabra tendrían que formar un conjunto triste y lastimoso, pues en absoluto. El alma humana anima a tal punto sus rostros, en general bellos, se pinta tan vivamente en sus ojos, se abre camino tan rápidamente hacia la punta de sus dedos, que en lugar de tenerles lastima nos veríamos tentados de envidiarlos. En los juzgados, en el púlpito, en el teatro, en el mundo, oímos tan a menudo palabras desprovistas de pensamiento que, al menos una vez al año, no lamentamos ver pensamientos sin palabras.

No es exagerado afirmar que ninguno de los oradores que más admiramos podría luchar contra Berthier, Forestier o Lenoir en cuanto a la gracia, la dignidad y la limpidez del gesto. En realidad, cuando vemos un discurso como los que esos tres jóvenes han pronunciado, queríamos –creo– desaprender la palabra”.

No se trata únicamente de bellos trozos de retórica. Muchos intentan la poesía, pero el encantador, el Píndaro, la delicia de los banquetes es Pélissier.

En los brindis los sordomudos extranjeros jamás olvidan señalar el carácter universal de la mímica “ella les gana a todas las lenguas parciales de la humanidad hablante, confinadas a un espacio más o menos vasto. Nuestra lengua abraza todas las naciones, el mundo todo”.

Un lugar de culto del Abad de l'Épée. El busto del Abad de l'Épée, rodeado de banderas tricolores y a veces coronado de flores, preside como desde un altar la cumbre de la mesa en U. Es a él que se dedican la mayor parte de los brindis. Los sordomudos lo llaman “nuestro padre espiritual, nuestro padre intelectual, nuestro mesías, nuestro salvador, nuestro redentor”. Padre espiritual no significa buen papá, padre de familia que protege, alimenta, recompensa y castiga. Quiere decir genitor. Aquel que nos ha hecho pasar de la noche a la luz del día. Una vez y para siempre. “¡Ahora nos toca a nosotros obrar!”. El tema invariable de los brindis es: antes de él no éramos nada, éramos parias, vivíamos en el caos, en la ignorancia, fuera de la sociedad, lejos de las miradas. Ahora existimos, hemos sido devueltos a la sociedad.

No se necesitará mucho tiempo para que la separación tajante entre un antes –en el que no existíamos– y un después, pase también por 1834. Desde el cuarto

banquete Forestier, en respuesta al discurso del presidente Berthier, declara: “Acuérdense de lo que éramos hace apenas cuatro años, miren lo que somos hoy... Estábamos aislados en el mundo, hoy nos hemos reunido. Sin apoyo, sin lazos en común, cada sordo vivía para y por sí mismo como podía: triste vida, una suerte de exilio en el seno mismo de la sociedad... Hoy hemos reunido nuestras inteligencias, nuestros esfuerzos, nuestras luces. Hoy formamos un cuerpo, somos todos miembros activos y fieles, todos deseamos su bienestar. Hoy, nosotros que no éramos, ¡somos!”.

La nación sordomuda no nació directamente con el Abad de l'Épée o un poco después. Nació cuando su herencia se vio amenazada y los sordos decidieron rendirle culto.

Un mesías, un antes y un después. Podríamos pensar en algo puramente religioso. Se trata sobre todo de uno de los temas centrales de la Revolución Francesa: la regeneración. Tema que vuelve a menudo en los brindis. Una clave de la política sorda del siglo XIX, impregnada de la filosofía de las Luces.

Una tribuna política. Durante los banquetes se rendía cuenta de la actividad del Comité de sordomudos, que luego ampliaría sus funciones y se transformaría en la Sociedad Central (1838), la Sociedad Universal de los sordomudos (1867), para volver a llamarse modestamente después de la muerte de Berthier, la Sociedad amical de sordomudos de París (1887). En las actas de los banquetes podemos leer los sueños, los proyectos, las luchas, las realizaciones y los deberes del pueblo sordo en pleno apogeo. También los desacuerdos tan parecidos a los actuales.

La organización de los banquetes fue el desafío común de sociedades rivales que se reconciliaban periódicamente. Los banquetes proliferaron en el interior y luego en el extranjero.

Los banquetes, igual que el deporte, son hoy en día momentos importantes de la vida social sorda, pero hemos olvidado sus orígenes.

Lección de la historia de los sordos²⁰

Cuando Joël Liennel, en nombre del Comité organizador, me hizo el honor de pedirme que interviniera aquí, me recordó los grandes períodos de la historia sorda.

El primero va desde el Abad de l'Épée hasta el fin del siglo XIX. A veces lo llamamos la edad de oro. Pensamos en primer lugar en la elite bien visible y bien ubicada en la sociedad de entonces. Esta pléyade de pintores y de intelectuales sordomudos que había recibido su formación en escuelas que no se preocupaban por enseñar la palabra. La lengua de señas reinaba en esos recintos. Muchos profesores y directores incluso, eran sordos.

Luego vino la noche, el congelamiento, la vergüenza, un siglo de opresión –de 1880 hasta los años 1970.

Desde hace unos quince años sopla un viento nuevo. Por fin sale el sol. El pueblo sordo se levanta. Se pone de pie. Un período nuevo y prometedor acaba de comenzar. Una especie de renacimiento.

Una vez que estuvo seguro de que yo compartía esta visión de la historia sorda repartida en tres períodos, Joël Liennel me pidió que dirigiera hacia ella una mirada política. ¿O tal vez podamos decir sociológica? Después de todo esa es mi profesión.

Luego, Joël Liennel me pidió que me dirigiera a los oyentes. Es pues a ellos que me dirigiré en primer lugar. Tengo mucho que decirles.

Estoy de acuerdo con los aspectos fundamentales de esta división de la historia en tres partes. Sin embargo, me invaden constantemente algunas preguntas, algunos escrúpulos, la necesidad de precisar ciertas cuestiones, de rectificar, de matizar.

Por ejemplo, los Sordos no esperaron al Abad de l'Épée para existir. Incluso a menudo, en épocas lejanas, fueron menos marginalizados que lo que creemos.

20 In *La voix du Sourd*, n° 178, mayo de 1990, pp. 3-5 y 10. Intervención en el XXII congreso de la Federación Nacional de Sordos de Francia : *Bicentenaire de la Révolution : notre culture et notre langue*, 1 al 3 de diciembre de 1989.

El Abad de l'Épée no fue el primer educador de sordos, ni mucho menos. Mejor aún, fue un sordo, Étienne de Fay, quien abrió la primera escuela de sordos en Francia. ¿Qué más podemos pedir?

¿Por qué decimos entonces que la historia de los sordos comienza con el Abad de l'Épée? ¿Por qué no comienza con Étienne de Fay?

Creo que la obra del Abad de l'Épée tiene valor fundacional precisamente porque de l'Épée era oyente y no sordomudo.

Después de todo ¿qué puede ser más natural que un Sordo que enseñe a otros Sordos? Las cosas funcionan siempre mejor de este modo. Incluso todo sigue funcionando así de manera informal. Hoy en día la mayor parte de la información, del conocimiento y del *savoir-faire* que los sordos tienen a disposición viene de otros Sordos.

Lo que es realmente novedoso es que un oyente –un hablante como se decía entonces–, haga lo necesario para que los sordomudos puedan ser educados sin renunciar a lo que son, sin convertirse en hablantes, sin imitar a los oyentes como monos, sin verse obligados a “hacer como si”. De l'Épée no hace del aprendizaje de la palabra un prerrequisito de la instrucción de los sordos. Y menos aún considera la palabra como el objetivo de su educación.

Por sus frutos los conoceréis. Las escuelas de Sordos nacen y se multiplican en el mundo siguiendo el modelo de la escuela del Abad l'Épée.

Todo hubiera podido continuar así idílicamente. Pero siempre están presentes los oyentes que creen que educar a los sordos es en primer lugar hacerlos conformes a su propia imagen. Cuarenta años después de la muerte del Abad de l'Épée intentan imponer su visión en el Instituto de París, sede de su herencia. Intentan destronar a la lengua de señas y a los profesores sordomudos en provecho de la palabra y de los docentes hablantes.

Cólera de los Sordos. Personalmente es allí donde yo marcaría el comienzo de la historia de los Sordos. Fue en ese momento (1834) que se adjudicaron por primera vez una especie de gobierno y un jefe: Berthier. A partir de allí el movimiento nunca se detuvo. Hablan de pueblo de los sordomudos, nación de sordomudos. Detrás de estas palabras no hay una idea de secesión, al contrario. Es sólo allí y con ese mismo movimiento que nace el culto al Abad de l'Épée, Mesías sagrado, Regenerador de los sordomudos. Los Sordos realizan banquetes anuales en su honor e invitan a oyentes prestigiosos del mundo del arte, del teatro, de letras, de la política y de las altas esferas de la administración. Los Sordos no se comportan como mendigos, como enfermos que exhiben sus heridas. No intentan

dar lástima para obtener favores y beneficios excepcionales. Se comportan como señores. Cuando invitan a los oyentes a compartir su mesa, simplemente les muestran la belleza y la universalidad de su lengua. La misma lengua que ha sido objeto de ataques diversos.

El segundo período estuvo dominado, del lado de los oyentes, por la pasión de la integración. Una pasión devoradora, arrasadora. Estoy tentado de decir integrismo. Rechazo de las diferencias. La escuela de la Tercera República ha concebido ciertos aspectos de su elevada misión únicamente bajo el sello de la exclusión. La escuela, lugar de estigmatización de las particularidades, fue un elemento central del dispositivo destinado a erradicar las lenguas y las culturas minoritarias. Este combate contra las singularidades se ejerció de modo aún más violento contra los Sordos y su lengua que contra los vascos o los bretones. ¿Por qué?

Porque coincidió en el tiempo con el triunfo de la visión que considera que la sordera es un mal, un mal antes que todo. Un mal que en cierta medida puede ser combatido, y que por lo tanto debe ser imperativamente combatido. Esa es la prioridad.

Para el Abad de l'Épée y para la mayor parte de los Sordos, la sordera es ante todo un hecho. Es por cierto un defecto del cuerpo y por ello mismo un mal, un mal al que debemos acomodarnos por necesidad. Sin embargo se puede vivir con él, se puede incluso vivir muy bien. Las soluciones no se encuentran estando solo, y en general tampoco se las aprende de los oyentes. Se aprenden de otros Sordos, de los Sordos mayores. Como volverse Sordo, vivir siendo Sordo y vivir bien, todo eso es la cultura sorda.

Cuando triunfa el punto de vista que considera que la sordera es un mal, los héroes oyentes ya no son aquellos que, como el Abad de l'Épée, saben acoger la sordera, hacerle un lugar. Al contrario, son los que la combaten. Y en general combaten con el mismo ardor la sordera y todo aquello que tiende a otorgarle un lugar, tanto en el ámbito institucional como en los modos de organización social. Combaten la lengua de señas y la cultura sorda.

En la época del nazismo en Alemania, por ejemplo, el combate fue extremo. Miles de sordos fueron esterilizados para evitar que dieran vida a otros sordos.

En los años 1880, en Francia, los profesores sordos fueron echados de las escuelas. Esta situación perduró en el tiempo. ¿Como podrían los sordos alcanzar el que se había erigido como objetivo principal y casi único de la educación de los sordos (hablar, articular, vocalizar)? Se teme que los sordos perpetúen y propaguen

aquella que, destituida de su estatuto de lengua, se ha vuelto una anomalía destinada a desaparecer. En los internados para sordos es difícil acabar con la hierba mala, como se la llamó durante años. Sin embargo, de manera general, se logró establecer una clara separación entre las situaciones consideradas “serias”, escolares, en las que los gestos están prohibidos, y las otras, como el recreo, el comedor o el dormitorio en las que las señas tienen libre curso. La lengua de señas se volvió entonces la lengua de los intercambios afectivos, la lengua de la conspiración, la lengua de los niños sordos contra los maestros oyentes.

Esta separación tajante entre la lengua de vida, la lengua de todos los días, y la lengua “sabia”, que es al mismo tiempo la lengua de los otros, no favorece el aprendizaje de los contenidos generales, ni tampoco el aprendizaje del francés. Penaliza a los sordos de nacimiento y a los sordos que no pueden servirse de una prótesis auditiva mientras que favorece a los hipoacúsicos o a los sordos postlocutivos. Sin embargo esta separación puede ser vivida como algo que “va de suyo”. La tolerancia de las señas en el ámbito cotidiano hace que tal separación no sea vivida como opresiva.

Esta política se vio reflejada en la cultura sorda de ese período. Los sordos, incluso siendo adultos, evitarán las señas en público. Como si se avergonzaran verdaderamente de su lengua. Podríamos pensar también –y no es algo tan diferente– que con el lenguaje gestual ocurre lo mismo que con otros actos de la vida privada o íntima: no son vergonzantes en sí, sino que se vuelven vergonzantes cuando se los ejecuta en público. Son actos que se esconden. Muchos sordos llegan incluso a evitar las señas con sus propios hijos. No son tiempos lejanos. Fue ayer. Se vive escondido. Me impresionó la conferencia que Guy Bouchauveau dio hace una semana, cuando nos recordó la vergüenza que muchos sordos sentían de tener hijos sordos.

Este sistema de opresión y vergüenza ha comenzado a modificarse hace algunos años. Extremadamente rígido y sólido hasta entonces, comenzó finalmente a desgranarse. Se derrumba.

Lo que sucede desde hace unos diez años es un verdadero milagro. Me siento feliz de estar presente cuando estas cosas ocurren, de ser testigo.

La lengua de señas es una lengua minoritaria. Se la ha comparado con otras lenguas minoritarias, principalmente con las lenguas regionales, ya que unas y otras terminaron teniendo características comunes debido a la suerte que les estaba reservada. En los últimos años muchos se han preguntado si el interés reciente por las lenguas regionales no podría beneficiar a la lengua de señas. Pero

justamente este interés se debía a que muchas de esas lenguas se hallaban en franca decadencia. Incluso en vías de desaparición. Decadencia que parece no detenerse a pesar de las medidas que se tomaron a favor de ellas.

Con la lengua de señas sucede exactamente lo contrario. Anda muy bien. No necesita ir al médico. En lugar de debilitarse y languidecer se ha vuelto una conquistadora. Me pregunto si entre las lenguas orales –que solo dios sabe hasta qué punto conocen de conquistadores e imperialistas– existe al menos una que haya conocido tal expansión en un tiempo tan breve. En todo el mundo la lengua de señas ha conquistado su derecho de cité en la plaza pública. La vemos en las salas de conferencia, en las reuniones, en los lugares de culto y en la televisión. Se la enseña a los oyentes. He escuchado que en algunos países el número de oyentes capaces de hablarla supera al de los Sordos, para quienes es la lengua corriente. La lengua de señas ha dejado de ser una lengua escondida y “entre sí” para transformarse en una lengua que se muestra. Pero no solamente, también se ha vuelto una lengua que se da. Una lengua compartida.

Hasta ahora esta formidable expansión no ha ocasionado ninguna catástrofe. Que yo sepa, ningún oyente se ha sentido invadido, violado, amenazado o disminuido de una forma u otra a causa del florecimiento de la lengua de señas. No se ha vuelto realidad ninguno de los males sobre los que nos alertaban con gran severidad quienes intentaban contener el desarrollo de la lengua de señas. Según ellos, que un oyente recurriera a la lengua de señas –en familia, en la escuela o en cualquier otro lugar– significaba “renunciar”. Algo así como una regresión. Recurrir a la lengua de señas significaba sobre todo encerrar a los sordos en un gueto.

Cada día asistimos a la demostración de lo contrario. El reconocimiento y la popularización de la lengua de señas constituyen la condición *sine qua non* de la integración, de la salida del gueto. Vemos como caen las barreras entre los sordos que señan y los sordos que hasta ahora estaban orgullosos de no hacerlo. Gracias a la multiplicación de los intérpretes en los ámbitos administrativos, médicos, culturales, religiosos, profesionales, políticos... unos y otros comienzan a tener verdadero acceso y a poder participar de lo que ocurre en el mundo de los oyentes que –debemos decirlo– es también su mundo.

Pero todo esto no se ha dado sin dificultades. Acuérdense de hace diez años. Algunos psicólogos, y no los menos conocidos, desplegaron una energía increíble para demostrar que nada aseguraba que la lengua de señas fuera una verdadera lengua. Y que en todo caso, ¡no permitía que los Sordos pudieran

comprenderse verdaderamente entre sí! ¡Muchos profesionales de la sordera, que sí la consideraban como una lengua, pensaban que era indispensable ponerla en orden! Puesto que durante un siglo la lengua de señas había quedado abandonada “en manos de los Sordos”, era evidente que se había empobrecido y degenerado. Ésta fue una forma más de retardar su retorno a las aulas.

Era posible encontrar entonces una posición que algunos Sordos conservan aún, derivada de una concepción muy “escolar” de la lengua. Se creía que el modo de señar corriente debía quedar reservado para uso interno ya que era demasiado íntimo. Esta forma no debía ser comunicada a los oyentes, incapaces de aprenderla verdaderamente. Esta es en realidad una manera de afirmar que no es una verdadera lengua, tal como lo hacen sus peores detractores.

Una última palabra sobre la cultura sorda. Cuando hablamos de cultura, en general nos referimos al arte, la pintura, el teatro, la poesía... éste fue el sentido que retuvimos ayer cuando hablamos de cultura sorda.

Pero el término cultura se emplea también en otro sentido. Es algo así como lo que antiguamente se conocía como hábitos o usos y costumbres. La cultura es una manera específica de sentir, de ver el mundo, de organizar la vida propia y las relaciones con los otros y con el medio, que comparten los miembros de un grupo en razón de una condición social común. La seña “Deaf Way” traduce este sentido mucho mejor que la que se usa habitualmente para decir cultura –los dos mayores que tocan la frente y parten hacia los costados. “Deaf Way” quiere decir a nuestra manera. A la manera que nos es propia a nosotros, otros Sordos. Así somos. La cultura es la identidad sorda.

Los oyentes que están en contacto con los Sordos, están necesariamente en contacto con la cultura sorda. Estos contactos pueden ser solo esporádicos y superficiales, o frecuentes y más profundos. Pueden incluso representar una verdadera participación en la cultura sorda. Es lo que sucede con los niños de padres sordos.

Lo que sucede a menudo es que los oyentes son incapaces de concebir las formas de comportamiento de los Sordos como verdaderas elaboraciones culturales. En lugar de reconocerlas como auténticas creaciones del genio humano, piensan que son la consecuencia directa, bruta e inmediata del hecho de ser sordo, de no oír. Las consideran como ausencia de cultura y civilidad.

Es la posición etnocentrista, bien descrita por Claude Lévi-Strauss: “Esta actitud –escribe– tiende a reaparecer en cada uno de nosotros cuando nos hallamos en una situación inesperada. Consiste en repudiar pura y simplemente

las formas culturales: morales, religiosas, sociales, estéticas que estén más alejadas de aquellas con las que nos identificamos. “Costumbres de salvajes”, “eso no es así en nuestro medio”, “no debería estar permitido esto o lo otro”, etc., son todas reacciones groseras que traducen el escalofrío, la repulsión que nos producen las formas de vivir, de pensar o de creer extranjeras. En la antigüedad se llamaba “bárbaro” a todo aquello que no formaba parte de la cultura griega y luego greco-romana. Más tarde la civilización occidental empleó el término “salvaje” con el mismo sentido. Detrás de estos epítetos se disimula un mismo juicio, es probable que el término bárbaro se refiera a la confusión y falta de articulación del canto de los pájaros en oposición al valor significativo del lenguaje humano. Salvaje, que quiere decir de la selva, hace referencia a una forma de vida humana opuesta a la “cultura humana”. En ambos casos se niega la diversidad cultural, se expulsa fuera de la cultura, al ámbito de la naturaleza, todo lo que no corresponde a la norma bajo la cual vivimos”.

A veces escuchamos decir que no puede haber una cultura sorda ya que la sordera es un defecto. ¡Sorprendente! ¿La cultura no es para cada sociedad la manera en que ella afronta sus limitaciones, responde a los desafíos que le son propios, inventa respuestas a los problemas difíciles, insoportables o irresolubles como el sentido de la existencia, el destino, la enfermedad, la desdicha y la muerte? Precisamente porque la sordera es un defecto, una falta, y porque vivir siendo sordo en una sociedad organizada en torno a la audición es un desafío inmenso, es por ello justamente que se trata de una cultura, de una cultura cuya lección concierne y debería interesar a toda la humanidad. Únicamente el nazismo hizo del ideal de perfección de los cuerpos, de la raza —de la naturaleza podríamos decir— la esencia misma de la cultura. Y todos conocemos las consecuencias de tan grave confusión.

Conclusión

Si hubiera tenido que dirigirme a los Sordos, no me hubiera atrevido a decirles “¡Muéstrense, den!” Al contrario, a veces la reserva es necesaria. La discreción es la prueba de la sabiduría, por ejemplo, cuando aquello que ofrecemos no es bien recibido.

Pero lo que me han pedido es que me dirija a los oyentes. A ellos están dirigidas mis palabras.

En esta larga historia hay momentos en los que los Sordos se dejan ver, se muestran, dan. Muestran y dan su lengua, la LSF. Lo más específico que poseen.

Estos momentos corresponden a los períodos de gran participación e integración social. Después de todo, los grupos sociales y los individuos existen en el mundo, participan de él, hacen aportes y reciben en la medida en que presentan y afirman su especificidad.

En otros momentos en cambio, se vuelven discretos, se esconden, guardan para sí sus tesoros. Son momentos de repliegue social.

Oyentes preocupados por la integración, que nunca dejaron de dar, dar y dar a los Sordos, de llenarlos, tal vez ha llegado el momento –es la lección de esta historia– de empezar de una vez a recibir. A aprender. A intercambiar.

La herencia de la Revolución²¹

No es mi intención comparar la condición de los Sordos durante la Revolución francesa con su condición actual. Simplemente abordaré algunos puntos importantes de su historia que creo que deben ser considerados a la luz de las ideas y de la herencia de la Revolución francesa. Propongo esto como un apéndice de la presentación que hizo Alexis Karacostas.

Los primeros están relacionados con el nacimiento del movimiento sordo y algunas de sus orientaciones.

Los otros tienen que ver con la política lingüística de la Revolución francesa —quiero hablar del ideal monolingüe— que fue retomada por la III^a República. La sordo-mudez es ante todo un problema de lengua. Podemos apreciar *a priori* la importancia de esta cuestión.

Antes que nada haré una precisión acerca del vocabulario. Emplearé a menudo *mímica* para designar lo que actualmente se conoce como *lenguaje gestual*, o mejor aún, *lengua de señas* o *lengua de señas francesa*. Del mismo modo seré fiel al vocabulario de la época y diré *sordo-mudo* y *hablante* en lugar de *sordo* y *oyente* como se dice actualmente. En ese entonces se prefería designar a unos y otros en función de los actos y de lo que es visible. Hablar o no hablar es algo que se ve. Son actos. Oír o no oír, son más bien estados. Algo que no se ve. Estas consideraciones son válidas únicamente para los oyentes. Los intérpretes no han tenido que modificar sus costumbres, más allá de la articulación labial que acompaña la seña “oyente”, puesto que en lengua de señas francesa y en la mayoría de las lenguas de señas del mundo se sigue empleando la seña “sordo-mudo” para designar a los sordos y “hablante” para los oyentes.

21 In P. Turpin (éd), *Les acquis de la révolution française pour les personnes handicapées de 1789 à nos jours*, actas del coloquio (22 de marzo de 1989), Paris, Université Paris X, 1991, pp. 54-63.

Nacimiento del movimiento sordo

Me gusta situar el nacimiento del movimiento sordo en 1834. Es también la fecha del culto al Abad de l'Épée. Las dos cosas están íntimamente relacionadas. Forman una sola.

Alexis Karacostas citó a Desloges y nos recordó que antes del Abad de l'Épée ya existían medios sordos. Es muy probable que antes del Abad de l'Épée, pero sobre todo a partir de ese momento, los sordo-mudos conocieran formas de acción colectiva organizada. Sin embargo, fue recién en 1834 que este pueblo, esta nación –esos son los términos que los sordo-mudos de entonces preferían para designarse como entidad colectiva– se dio a sí misma una especie de gobierno, de representación permanente.

Esto surgió de un grito de cólera.

El Abad Sicard, sucesor del Abad de l'Épée, muere en 1822 dejando la Institución de París en un estado lamentable. Su sucesión fue difícil. Durante casi una década el funcionamiento de la institución estuvo prácticamente en manos del consejo de administración. Este último, poco competente en materia de educación de los sordo-mudos, adoptó una orientación oralista. Orientación que puso en cuestión el lugar de la mímica en la educación y al mismo tiempo el rol de los profesores sordos. Ambas cuestiones van de la mano, ya que si se introduce la articulación –la enseñanza del habla– dentro de las funciones ordinarias de los profesores, los profesores sordos, incapaces de enseñarla, se encuentran lógicamente reducidos a asumir la función de repetidores. Junto con éstas se preconizaron otras medidas del mismo estilo que, gracias a la resistencia de los maestros y alumnos o simplemente a causa de su propia absurdidad, no fueron aplicadas. La guerrilla se había instalado en la institución.

En 1834 Berthier, profesor sordo-mudo del Instituto de París, decidió junto con otros dar un gran golpe. Crearon un comité de sordo-mudos compuesto por diez miembros, entre los que figuraban personas que no pertenecían a la institución. Había incluso un extranjero, Mosca, pintor italiano sordo-mudo.

La primera decisión tomada por el comité fue: a partir de ahora se festejará con un banquete el aniversario de nacimiento del Abad de l'Épée en noviembre. Esta tradición existe aún en nuestros días, pero ha perdido su sentido original. En la actualidad estos banquetes ya no tienen el sentido político que tenían al inicio.

En ese entonces los banquetes reunían a la elite de los sordos. Aquellos sordos que no habían ido a la escuela probablemente no participaban de ellos. Eran la mayoría. También participaban sordos del interior del país y algunos extranjeros,

italianos, ingleses, alemanes y hasta norteamericanos²².

El primer año sólo dos hablantes tuvieron el privilegio de ser admitidos. Uno era “sordo-mudo de cuerpo y espíritu”, conocía la lengua y “los usos y costumbres de la nación”. El otro era un periodista que aparentemente estuvo un poco perdido, pero al mismo tiempo deslumbrado y calurosamente atendido. Los hablantes invitados a comulgar con el culto al Abad de l'Épée fueron más numerosos cada año. Entre ellos podemos contar una cantidad de redactores de periódicos importantes de la época que fueron recibidos con gran dedicación y que a cambio hicieron lo que se esperaba de ellos: hablar de los banquetes. También participaron funcionarios del ministerio de tutela y algunos responsables políticos. El director de la Institución de París y una parte del personal estuvieron presentes una vez que las relaciones se normalizaron. Hubo también invitados prestigiosos. Entre ellos algunos se excusaron por no poder venir o declinaron la invitación a último momento: Béranger, Lamartine, Chateaubriand, Alfred de Vigny y Víctor Hugo.

Estas fiestas periódicas fueron consideradas como las olimpiadas del pueblo sordomudo, “olimpiadas cuatro veces más frecuentes que las griegas y cien veces más curiosas y cautivadoras”. Era en efecto un verdadero festival de mímica.

Se hacía elogio de ellas. Los sordomudos extranjeros, en sus brindis nunca dejaban de señalar el carácter universal de su lengua diciendo que “le gana a las lenguas parciales de la humanidad hablante, limitadas todas a un espacio más o menos grande. Nuestra lengua abraza todas las naciones, el mundo entero”.

Pero, sobre todo, en los banquetes se mostraba la lengua. Se la presentaba bajo sus formas retóricas y poéticas más seductoras. Pelissier es el más célebre de los sordos que encantaron a los invitados con la declamación de sus poemas en lengua de señas.

El busto del Abad de l'Épée coronado de flores y rodeado de banderas tricolor presidía como un altar en el centro de la mesa en U. Se le dedicaban la mayoría de los brindis. Los sordomudos lo llamaban “nuestro padre espiritual, nuestro padre intelectual, nuestro mesías, nuestro salvador, nuestro redentor”. Estos términos no evocan en absoluto al padre de familia que protege, alimenta, recompensa y castiga, sino al *genitor* —en el sentido más fuerte del término—, el que engendra.

22 *Banquets des sourds-muets réunis pour fêter les anniversaires de la naissance de l'abbé de l'Épée*, (de 1834 a 1863), T. 1, 287 p., T. 2, 205 p., Paris, Hachette, 1864; en los diarios de sordo-mudos, *passim*.

Invariablemente los brindis giraban alrededor de un mismo tema: “antes de él no éramos nada, estábamos en la noche, en el caos, en la ignorancia, fuera de la sociedad. Hoy somos”. De aquí en adelante la separación entre un antes – en el que no existíamos– y un después, se fijará también en 1834: antes de los banquetes no éramos, ahora somos.

Primero pensé que esto tenía que ver con una visión puramente religiosa, pero luego me di cuenta de que se trataba sobre todo de uno de los temas centrales de la Revolución francesa: la *regeneración*²³. Un término que vuelve a aparecer a menudo en los discursos y brindis de los banquetes.

En esos banquetes se rendía cuenta de la actividad del Comité de Sordomudos, que más tarde se transformará en la Sociedad central de Sordomudos de París (1838) y luego en la Sociedad universal de Sordomudos (1867).

En el transcurso del siglo los banquetes se volvieron cada vez más brillantes. También más numerosos. La idea de festejar de este modo al Abad de l'Épée se extendió a las ciudades del interior, también al extranjero, hasta los Estados Unidos. En París, una sociedad rival organizará otros.

Finalmente, a partir de 1843, en plena monarquía, se crean los banquetes de julio en honor a las leyes del 21 de julio de 1791 –que declara el mérito del Abad de l'Épée para la patria y la humanidad, y transforma su “humilde escuela” de la calle des Moulins en institución nacional– y la ley del 28 de junio de 1793 –que proclama a los sordomudos hijos de Francia y ordena la creación de seis escuelas nacionales para su instrucción²⁴.

La acción fue organizada enteramente según lo que significa la regeneración. Por un lado, en continuidad con la línea de la filosofía de las Luces, se organizó una escolaridad exigente dentro del marco de la educación pública y no una instrucción mínima, mezquina y puramente utilitaria bajo la tutela del departamento de beneficencia del ministerio del Interior. Por otro lado, tuvo lugar la plena conquista de los derechos cívicos. No una jurisdicción de excepción, sino el derecho de todos. Los sordomudos debían conocer sus derechos y obligaciones. Berthier es el autor de un código de Napoleón accesible a los sordomudos.

23 Mona Ozouf, « Régénération », in Furet F., Ozouf M., *Dictionnaire critique de la Révolution française*, Flammarion, Paris, 1988, pp. 821-831.

24 *Aperçu historique des banquets annuels de juillet en l'honneur des lois des 21 juillet 1791 et 28 juin 1793*, Alliance silencieuse, Tours, Juliot, 1900, 12 p.

El lugar de la mímica en la República ideal monolingüe

No es sorprendente que la Constituyente y la Convención se preocupen también por la lengua, tomadas como estaban por la fiebre de la regeneración que las hizo modificar la manera de medir las cosas y el tiempo. Sin embargo, lo que motivó esta preocupación fueron problemas prácticos y no motivos ideológicos relativos a la naturaleza de las lenguas y al lugar que ocupaban en la edificación de la Nación. Seis millones de ciudadanos ignoraban por completo el francés. Otros seis millones lo conocían a penas. ¿Cómo era posible dar a conocer las leyes e incentivar la adhesión popular?

A un problema práctico se le dio una solución técnica. Para empezar se adoptó espontáneamente una solución que no implicaba en absoluto un proyecto de reforma de la situación lingüística de Francia: la traducción. En el ministerio de Justicia y en las provincias se abrieron oficinas encargadas de traducir las leyes en alemán, italiano, catalán, vasco y bretón.

Al cabo de algunos años, a partir de 1793, la estrategia cambió radicalmente. Esto se debió esencialmente a la opinión de los enviados especiales a las provincias. Éstas no serían un “simple obstáculo pasivo, sino el lugar de una resistencia propia que difunde la contrarrevolución”. “El federalismo y la superstición, escribe Barère, hablan bretón; la emigración y el odio de la república hablan alemán; la contrarrevolución habla italiano y el fanatismo habla vasco”.

Barère hizo votar una ley que establecía un institutor de lengua francesa en cada comuna en la que se hablaba una lengua extranjera. Este institutor debía encargarse de enseñar el francés y la Declaración de los derechos del hombre a los niños y de “dar lectura al pueblo y traducir vocalmente las leyes de la República” cada década. Otros textos del mismo tipo siguieron y el 16 pradiel²⁵ año II, Grégoire presentó a la Convención su famoso *Informe sobre la necesidad de eliminar las lenguas regionales y de universalizar el uso de la lengua francesa*²⁶.

El informe de Grégoire no menciona en ningún momento la lengua de señas. Hubiera sido paradójico que se desterrara de la cité la lengua que el Abad de l'Épée

25 N. de T.: noveno mes del calendario republicano.

26 «Rapport sur la nécessité d'anéantir les patois et d'universaliser l'usage de la langue française». Lettres à Grégoire sur les patois de France (1794-1795), Biblioteca de las lenguas regionales de Francia, 1880, Slatkine Reprints, Ginebra, 1969, 353 p.; de Certeau M., Julia D., Revel J., *Une politique de la langue, la Révolution française et les patois*, Gallimard, Paris, 317 p.; Roger P., «Le débat sur la langue révolutionnaire» in Bonnet J.C., (bajo la dirección de), *La Caramagnole des muses, l'homme de lettre et l'artiste dans la Révolution*, Colin, Paris, 1988, pp. 157-184.

había empleado para reintegrar a los sordomudos a la sociedad, a la Nación. Una vez eliminada la idea de que l'Épée habría creado o perfeccionado esta lengua, y suponiendo que la misma hubiera podido ser tomada en consideración, se le hubiera acordado un lugar privilegiado y aparte. Esto a causa de la idea que en ese entonces se tenía de las lenguas en general y de la mímica en particular. La iconicidad de la lengua de señas *a priori* va bien con la idea –prevalente entonces– de que el lenguaje es la pintura de los objetos y de la realidad. Pero sobre todo es su imputación de universalismo la que podía conferirle un estatus de excepción.

El informe de Grégoire no menciona la mímica, pero sí menciona a los sordomudos y les atribuye una misión sorprendente. Nada menos que la de contribuir a revolucionar el francés. A perfeccionarlo.

Al final de su informe, entre las medidas preconizadas para mejorar el francés, propone “hacer desaparecer todas las anomalías que resultan de los verbos irregulares o defectivos y de las excepciones a las reglas generales. En la institución de los sordomudos –dice– los niños que aprenden el francés no pueden concebir estas rarezas que contradicen la marcha de la naturaleza en la que se los educa. Y es en función de esta última que acuerdan a cada declinación, a cada conjugación o construcción, las modificaciones que siguiendo la analogía de las cosas, se derivan de ella”.

El informe de Grégoire fue precedido por una encuesta magistral acerca de la situación lingüística y sociolingüística de Francia. Esta encuesta comenzó a hacerse pública en 1880. En ese año Gazier publicó lo que él creía que eran casi todas las respuestas al cuestionario del Abad Grégoire. Se dirigía a los amantes de las lenguas minoritarias, a los “conocedores”. “Verán –decía– cuál era hace 80 años el estado de todos esos bellos dialectos marchitos injustamente bajo el nombre de jergas. Podrán regodearse pensando que todos los esfuerzos destinados a hacerlos desaparecer, hicieron en definitiva que se los conociera mejor”. La Revolución –decía y se felicitaba por ello– no logró eliminar las lenguas regionales. “Pero le debemos en parte los bellos resultados que hemos obtenido sobre todo después de la creación de las redes ferroviarias: ... hoy en día todos los franceses comprenden la lengua francesa”.

Desgraciadamente esto no podía ser suficiente para la joven III República. Ella retomará por su cuenta el programa del Abad Grégoire y lo ejecutará casi completamente. No es éste el momento para entrar en detalles ni para hacer un balance de la lucha contra las lenguas minoritarias, pero hay que subrayar que a partir de ese momento la lengua de señas forma parte del conjunto.

Es cierto que hasta allí, al menos que yo sepa, en ningún momento se aproximó explícitamente la lengua de señas de las lenguas regionales y otros idiomas minoritarios: tal vez esto se debió a que la comunicación entre el ministerio de la Instrucción pública, encargado de estos últimos, y el ministerio del Interior —de los Cultos y la Beneficencia—, responsable de la educación de los sordomudos, no era corriente.

Entre el largo cortejo de vicios que se les imputan a las jergas, no hay ninguno del que no se acuse también a la lengua de señas, y en los mismos términos. La única diferencia es que cuando se trata de la lengua de señas estos vicios parecen aún más graves. Los jóvenes sordomudos se ven desposeídos de su rol de jueces del francés. Ahora es a través de su francés que se los juzga. Sus faltas en francés son consideradas como la consecuencia de la interferencia de su lengua. Los procedimientos empleados para erradicar las lenguas particulares, las jergas y la lengua de señas son del mismo orden. Humillaciones, sistema organizado de denuncias en el aula. Pero el método “de las manos atadas” es aún más severo. Después de todo, cuando un niño bretón entra a la escuela ya sabe lo que significa hablar, para qué sirve y cómo se usa. Cuando sale del aula vuelve a encontrar fuera de la escuela su lengua de todos los días.

En cambio, es en la escuela —en el internado especializado— que el niño sordo aprende su lengua de las manos de los mayores. Allí, a una edad en general avanzada y con un deslumbramiento y una exaltación que muchos recuerdan con placer, el niño sordo descubre lo que significa hablar —en señas. El internado es por esta razón y por otras, la cuna de su cultura. Es allí que el niño sordo aprende culturalmente, sociológicamente, a convertirse en Sordo. Pero paradójicamente es también el lugar en el que su lengua es estigmatizada. En el internado le enseñan que emplear la lengua de señas sirve para hacerse notar y asemejarse a los monos; esto también forma parte del aprendizaje. En la vida cotidiana, en el recreo y hasta en los dormitorios la institución se esfuerza por ensuciar la lengua de señas, por prohibirla.

Con respecto a la condena de la lengua de señas el veredicto fue emitido en 1880. En ese año se llevó a cabo en Milán un congreso internacional de institutores de sordomudos, en gran parte bajo la instigación de los oralistas franceses. Los profesores sordos fueron cuidadosamente dejados de lado. Esta asamblea de hablantes puso término a más de un siglo de querellas pedagógicas: ¿se debe recurrir al lenguaje gestual en la educación de los sordos, en qué medida? El Congreso se termina al grito de “¡Viva la parola!” después de la decisión a favor

del oralismo puro²⁷.

Se acordó una prórroga de siete años para que aquellos que habían comenzado a ser educados en la mímica pudieran terminar su escolaridad. Sólo había que separarlos de sus compañeros más jóvenes, por temor a que estos últimos resultaran contaminados con sólo mirarlos. Se comparaban los gestos con la cizaña. En nuestros días diríamos el sida. Siete años más tarde, de manera despiadada, junto con los últimos alumnos educados en la mímica, partían de los establecimientos los profesores sordos²⁸. Estaba terminantemente decidido que no perpetuarían aquella que, desposeída de su estatus de lengua y considerada como una anomalía vergonzante, debería prontamente desaparecer.

A pesar de los controles periódicos no hubo nada que hacer. La lengua de señas desapareció de las aulas pero no de los internados. Se convirtió en la lengua de los intercambios afectivos y de la conspiración, en la lengua de los niños contra los maestros oyentes. Una vez terminada su educación, estos niños encontrarán en las manos de sus mayores, en los hogares de sordos, en los campos de deporte o en las grandes reuniones que tanto les entusiasman, una lengua algo diferente de la suya. Lo mismo sucederá en los grandes congresos nacionales e internacionales. Congresos en los que, durante un siglo, en todos los países del mundo de manera repetitiva y testaruda –y sin ser escuchados jamás–, los sordos no cesaron de pedir el derecho de cité para su lengua y una educación a la altura de sus ambiciones y capacidades. No de rebaja.

Hace apenas una década que este pedido comienza a ser un poco oído.

27 Mottez B., *A propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes*, roneo, CEMS, 1976 ; Cuxac C., *Le langage des Sourds*, Payot, Paris, 1983 ; Lane H., *When the Mind Hears, A History of the Deaf*, Random House, New York, 1984.

28 Karacostas A., "On liquide, L'Institution de Paris après les décisions du Congrès de Milan", suplemento de *Coup d'Œil*, n° 42, 1984.

La sordera en la sociedad francesa y norteamericana²⁹

Algunos puntos cronológicos para comenzar

En 1965 un nuevo actor hacía irrupción en la escena política de la sordera. Un grupo de padres enojados creaba la ANPEDA (Asociación Nacional de Padres de Niños Deficientes Auditivos)³⁰. Este grupo de padres se negaba a alienar a sus hijos desde la más tierna infancia en los internados especializados. Se rehusaban a aceptar un sistema de educación sin ambiciones que los destinaba de antemano a los oficios manuales. Enemigos de toda forma de segregación y exigentes en nombre de sus hijos, cuestionaron las rutinas seculares, trastocaron las reglas de juego y establecieron nuevas alianzas. Ferozmente oralistas, tomaron como blanco las escuelas especiales y los docentes tradicionales, y se alinearon del lado de los médicos y los profesionales de la salud. Su objetivo: la integración en las escuelas comunes.

El año pasado esta asociación festejó sus 25 años. Puede felicitarse de haber marcado profundamente este período, de haber triunfado.

Ella dispone hoy en día de medios materiales, humanos y estratégicos que no pueden compararse con los de la Federación de Sordos de Francia. Su poder de influencia y su espíritu de empresa exceden ampliamente el ámbito escolar. Desde el principio, esta asociación invistió sus energías en el período que precede el paso por la escuela; militó por la detección, el uso de prótesis auditivas y la educación, precoces. Actualmente se concentra en el espacio extraescolar o en el período que sigue a la escolarización. Se ocupa de los hospitales de día, de las infraestructuras de apoyo para los estudiantes sordos y realiza operaciones de envergadura en pos de la reinserción profesional.

En los Estados Unidos no existe una asociación con estas características. No hay, que yo sepa, un lobby de padres. No se puede comprender la situación francesa si no se tiene en cuenta la ANPEDA.

29 *In Les Sourds dans la Société. Education et accès*, actas del coloquio franco-americano (16-18 oct. 1991), Paris, Edition franco-américaine, 1992, pp. 36-39.

30 N. de T. : ANPEDA, en francés: Association des Parents d'Enfants Déficients Auditifs.

En 1973, partiendo del principio que afirma que la unión hace la fuerza, las asociaciones de Sordos, de sordos postlocutivos y de padres, que habían colaborado con éxito en la organización del congreso de la Federación Mundial de Sordos (París 1971), crearon la UNISDA (Unión Nacional para la Integración Social de los Sordos)³¹.

Este organismo, en cierta medida federativo, tuvo tendencia a transformarse en el portavoz oficial de los que hoy en día llamamos consumidores o usuarios frente a los poderes públicos en todo lo referido a la sordera. Los profesionales, o en todo caso sus organizaciones, asociaciones o sindicatos, fueron excluidos de manera deliberada de esta Unión.

La UNISDA, de la que no hablaremos. -M. Raynaud, es también una particularidad francesa que nos distingue no solamente de ustedes los norteamericanos, sino tal vez de la mayoría de los países del mundo. Innegablemente la UNISDA ha contribuido a promover la Confederación de Sordos. Al mismo tiempo sin embargo muchos se preguntan hasta qué punto no la ha mantenido bajo una especie de tutela. Suponiendo que retengamos únicamente aquello que los une, podemos preguntarnos también si no contribuyó a mantener adormecidas ciertas reivindicaciones esenciales de los Sordos, como por ejemplo todo lo que concierne a la Lengua de Señas.

1975, año del 7º congreso de la Federación mundial de Sordos (Washington), fue para nosotros, Franceses y Norteamericanos, el comienzo de un nuevo encuentro luego de varias décadas de relaciones laxas y episódicas.

Este verano en Washington, en el coloquio sobre la Historia de los Sordos, Bernard Truffaut volvió a trazar nuestra historia común haciendo hincapié en un punto: estos encuentros fueron particulares, puesto que no se trató como otras veces de encuentros en la cúpula, sino en la base. Algunos norteamericanos vinieron a vivir a Francia varios años y nos abrieron las puertas de los Estados Unidos. Nos permitieron compartir su sensibilidad. Nos transmitieron su saber y su *savoir-faire*.

Llevaban la marca de la Norteamérica de los años 70. La Norteamérica de los derechos cívicos. La del derecho de las minorías a salir a la luz y vivir como son, como desean ser, y no como los demás quisieran que fueran. La Norteamérica del movimiento negro, del movimiento de mujeres, del movimiento gay. Fue el despertar de lo que ustedes llaman etnicidades.

31 N. de T. : UNISDA, en francés: Union Nationale pour l'Intégration Sociale des Sourds.

Es exactamente en esta línea que se inscribe el despertar sordo. No somos enfermos a los que se debe tratar y curar, afirman los sordos, sino una minoría lingüística que debe ser aceptada tal como es. Una minoría que reivindica el uso público y el reconocimiento de su lengua.

Éste será uno de los *leitmotifs* de lo que ustedes otros, Sordos, nos dirán durante estos tres días, a veces con humor y más a menudo como algo evidente y obvio. En todo caso como algo de lo que debemos cuidadosamente sacar todas las consecuencias.

Las posibilidades de que ese mensaje fuera recibido en Francia eran tanto más importantes ya que a fines de los años 70 Francia se inscribía también en la línea de los movimientos identitarios y del derecho a la diferencia. Se recordó entonces que el año en que la Lengua de Señas y los profesores sordos fueron oficialmente desterrados de las aulas (1880) correspondía con la ofensiva de la escuela republicana contra las lenguas minoritarias. Y esto no era una simple coincidencia.

La nueva forma de concebir y de reivindicar su inserción social no fue compartida automáticamente por todos los Sordos. Algunos no se reconocían como parte integrante del mundo sordo o en todo caso reivindicaban el hecho de no hacer señas. Pero sobre todo entre los que sí consideraban que pertenecían al mundo de los sordos, hubo una gran masa que prefirió plegarse a la sabiduría secular de los que no tienen el poder: para vivir felices vivamos escondidos. Quedémonos en casa, entre nosotros, al margen.

Al contrario, los sordos con visión conquistadora que eran más numerosos cada año, comenzaron en todo Francia a salir de sus talleres y oficinas para enseñar la lengua de señas a los oyentes e implicarse en la educación de los niños sordos. En general obraban en el seno de asociaciones creadas a menudo en colaboración con los oyentes, padres y profesionales, que compartían esta óptica.

Entre estas asociaciones la más perturbadora fue Dos Lenguas por una Educación (2LPE)³², que al igual que la Academia de la Lengua de Señas, fue creada en los días que siguieron a los talleres de verano de Gallaudet y en referencia explícita a lo que allí se había cosechado. Retuvo entre otras la filosofía de la *Deaf Pride* y las lecciones de los investigadores del laboratorio de lingüística de Stokoe, críticos de la comunicación total y partidarios del bilingüismo. Estos Sordos se esforzaron por transmitir a todas las personas concernidas por la sordera de un

32 N. de T.: 2LPE en francés: Deux Langues pour une Education.

modo u otro, su lengua, y al mismo tiempo su convicción y su esperanza. Estaban animados por el mismo militanteismo que los pioneros de la ANPEDA. Su pasión estaba fundada en el mismo doble rechazo: rechazo de la marginalización y de la mediocridad del sistema de educación que les estaba destinado. Pero el diagnóstico y el remedio que preconizaban estaban en las antípodas. A la palabra a cualquier precio y en todos lados, oponían la Lengua de Señas, el bilingüismo y los intérpretes en los espacios públicos. A la inflación de los especialistas de todo tipo y a los utensilios pedagógicos milagrosos inventados cada diez años, oponían simplemente el regreso de los profesionales sordos, los verdaderos especialistas de la sordera.

Estos son los nuevos elementos a la vez imperativos y contradictorios, en función de los cuales profesionales y especialistas debieron repensar su lugar y sus prácticas. Y en función de los que los políticos y administradores tuvieron que imaginar nuevas reglas de juego.

Hoy

Hoy en día los movimientos identitarios dan miedo. Lo único que se retiene de ellos son los envalentonamientos y los excesos. El derecho a la diferencia ha dejado de tener buena prensa. Como si hubiera sido simplemente una moda o un error, hoy se le opone la igualdad, valor heredado de nuestra Revolución.

Un informe importante acerca de la integración de los inmigrantes permitió recientemente reafirmar con fuerza la opción de nacionalidad, una integración al estilo francés: una opción que reconoce solamente a los individuos y que no está fundada en el reconocimiento de las comunidades, como ocurre en los países anglosajones, entre ellos el de ustedes. El Jacobino que todo Francés lleva dentro, tiende a ver en el simple reconocimiento de toda comunidad y de toda cultura particular un atentado contra la igualdad y una amenaza contra las libertades individuales. Tiende a ver en una política de este estilo la expresión y el riesgo de cierta forma de racismo y de segregación.

Éste es sin dudas uno de los reflejos que hizo que aquí se rechazara de un solo gesto, particularmente en los medios más apegados a la laicidad y en su nombre, la idea de la comunidad de los Sordos, de la cultura sorda, el reconocimiento de su lengua y Gallaudet.

Para nosotros la integración de los Sordos no implica solamente la integración en las escuelas de oyentes como en los países anglosajones. Comprende además la integración a la Educación Nacional que es un sistema ligado al principio de

laicidad y que no avala las particularidades religiosas, culturales o étnicas de los alumnos. Próxima a las obras de beneficencia, la educación de los Sordos en Francia dependió —y depende todavía en gran medida— de otros ministerios, y no del ministerio de la Educación Nacional.

Los discursos oficiales de los últimos quince años sobre Francia pluricultural no fueron acompañados de grandes realizaciones, al menos en lo que concierne las lenguas particulares.

Por ejemplo, no se hizo nada comparable con los proyectos bilingües de vuestras escuelas. Debemos señalar que estos programas no apuntaban a desarrollar las lenguas y culturas minoritarias. Estaban destinados a los niños Indios o hispanohablantes y, partiendo de una realidad de hecho y de su propia lengua, tenían como objetivo introducirlos mejor al inglés y a la cultura norteamericana.

Exactamente lo contrario de lo que sucedió en Francia en ciertas clases bilingües con lenguas regionales. Estas experiencias militantes destinadas a niños francófonos se proponían, al contrario, dar una nueva vida a las lenguas en decadencia, a veces olvidadas incluso por los padres de estos niños.

La Lengua de Señas no es una lengua en decadencia. Está en pleno auge. Cada vez son más los Sordos y sobre todo los oyentes que la hablan, y esto es cierto en todo el mundo. En primer lugar en su país. Lo más sorprendente es que en vez de favorecer el gueto que tanto se teme y del que se habla sin cesar, el reconocimiento de la Lengua de Señas y el desarrollo de los intérpretes fue lo que contribuyó de manera más espectacular a sacar a los Sordos norteamericanos del gueto. El estatus de la Lengua de Señas es en su país algo adquirido. No hay discusión acerca de eso. Aquí estamos todavía lejos de una situación similar.

Tal vez por esto les sorprenderán algunas prácticas y realizaciones francesas de las que hablaremos en estos días. Como si en algunos puntos nosotros hubiéramos ido más lejos en las lecciones que ustedes nos han impartido.

Después del *Deaf Way* (julio de 1989) hubo incluso algunos sordos franceses que, con una mirada severa de sus prácticas y cierta inquietud, encontraron que la ASL estaba bastante invadida por el inglés.

Desgraciadamente algunas realizaciones de vanguardia y en todo caso cierto purismo, me parece que están ligados a un estatus todavía marginal y precario de la Lengua de Señas y de los profesionales sordos. Todavía no existe ningún lugar público en el que se pueda aprender la LSF, hay que dirigirse a las asociaciones.

Los nuevos docentes oyentes siguen prácticamente sin conocerla. Los pocos profesionales sordos que forman parte del sistema han obtenido sus puestos

gracias a una decena de pequeñas luchas internas llevadas a cabo por algunos administradores inteligentes y audaces. Ha vuelto el orden. El empleo de Sordos dentro del ministerio de la Educación Nacional sigue estando prohibido. Su empleo dentro del ministerio de la Solidaridad es en fin legítimo pero sujeto a una reglamentación severa.

Un período se termina.

Amigos norteamericanos, gracias por haber venido hasta aquí para discutir públicamente sobre todas estas cuestiones.

Con la presencia masiva de conferencistas sordos que ocupan los puestos más diversos, ustedes nos demuestran sin necesidad de comentarios, lo que significa para ustedes la integración de los Sordos.

“El rol de Norteamérica en el renacimiento de la comunidad sorda francesa”

*Conferencia en la Universidad de Gallaudet,
Washington DC, 23 de noviembre de 1994.*

En octubre de 1991 se llevó a cabo en París un importante coloquio bajo el título “Los Sordos en la sociedad. Educación y Acceso”. Fue organizado por la Fundación franco-americana con el objetivo de mediatizar el problema de los Sordos en Francia y de comparar las políticas norteamericanas y francesas en materia de sordera.

Del lado francés, que era sin embargo donde había nacido la iniciativa, la preparación fue difícil. En un primer momento los Sordos se mostraron muy reticentes a participar, argumentando: “los Sordos norteamericanos son verdaderos profesionales, nosotros no podremos estar al mismo nivel”. Entre los oyentes, sobre todo entre quienes formaban parte de las autoridades políticas o morales indispensables para la realización del proyecto, hubo muchos que expresaron sus reservas y otros que se mostraron hostiles a la participación de los sordos. Decían: “los Sordos franceses no son capaces de tomar la distancia suficiente, no serán suficientemente objetivos, hablarán de su propio punto de vista”. Esta actitud de varias personalidades oficiales finalmente motivó aún más a los promotores del coloquio.

Del lado norteamericano las cosas fueron más simples. Los conferencistas escogidos eran casi todos sordos. Sordos con un nivel elevado, tanto por sus diplomas como por los puestos que ocupaban. Tanto es así, que casi no era necesario llevar a cabo el coloquio, la demostración quedaba hecha de antemano.

El resultado: un desfase radical entre Francia y Estados Unidos. Los Sordos franceses que habían asistido al coloquio se manifestaron ruidosamente, sobre todo cuando tomó la palabra quien había sido el responsable nacional de la educación de los sordos durante dos décadas.

En los comentarios orales que siguieron al coloquio, las personas elogiaban invariablemente la madurez de los Sordos norteamericanos por oposición a los Sordos franceses, a quienes calificaban a veces de jóvenes perros ladrones.

La prensa escrita no hizo demasiados comentarios acerca del coloquio. Se extendió, en cambio, sobre la gran manifestación que tuvo lugar dos días más tarde. Una manifestación por la aplicación de la ley sobre el bilingüismo. Esto explica también el nerviosismo de los Sordos frente a los discursos oficiales: estaban calentando los motores. Si bien el coloquio no logró inspirar a la prensa francesa, permitió a dos Norteamericanos pintar un cuadro de la situación francesa.

El primero lo debemos a Frances Parsons: “What happened in France?” Resumo. Lo que ella llama “los Sordos educados”, son oprimidos por una banda de sordos militantes de la LSF que siembran el terror y les prohíben utilizar la voz. Este movimiento comienza con algunos Norteamericanos —ella da nombres— que les hicieron creer a los pobres Franceses que lo que ellos promovían era representativo de los Estados Unidos.

El otro texto es mucho más duro. Es el prefacio de Harlan Lane, de la edición americana —de próxima publicación— de las Actas del Coloquio. Resumo. Hay dos maneras de considerar la sordera: el punto de vista médico, catastrófico, y el punto de vista cultural. En Estados Unidos la visión que prevalece es la cultural. En Francia, la concepción médica. Pero ¿por qué esta resistencia por parte de los Franceses a adoptar el punto de vista cultural? Según Harlan Lane, se debe a nuestro incorregible etnocentrismo. De algún modo este etnocentrismo forma parte de nuestra cultura, está en nuestra naturaleza. Viene de lejos. H. Lane da ejemplos que remontan al siglo dieciocho. El imperialismo lingüístico de los Franceses es tal que no toleran la existencia oficial de otras lenguas en su territorio o en sus colonias. En eso difieren de los Anglosajones.

Estos dos textos me recuerdan una observación del lingüista R. Jakobson. En un comentario sobre una recopilación de textos de escritores rusos acerca de Francia, decía que podía leerse en ellos mucho más sobre la realidad rusa que sobre la francesa: desde Pouchkine hasta nuestros días, los escritores proyectan en Francia todo lo que temen o desean para su propio país.

Resulta claro que F. Parsons y H. Lane ven inmediatamente y casi de manera exclusiva en Francia, una imagen que les es familiar. La imagen de todo aquello que no les gusta y que combaten con pasión en Estados Unidos. La gran diferencia entre F. Parsons y H. Lane es que no se interesan por el mismo punto. F. Parsons señala el movimiento sordo y los militantes de la LSF. H. Lane, al contrario, hace

hincapié en la condición que las instituciones francesas acuerdan a los Sordos. Naturalmente el cuadro es abrumador. Pero H. Lane no habla, o habla muy poco, de los Sordos y su movimiento, que sin embargo forman parte de la realidad francesa. Y que son justamente lo que constituye nuestro honor, nuestro orgullo. Hablar de ello puede dar una imagen más positiva de Francia.

Nosotros, Franceses, hacemos exactamente lo mismo: cuando miramos otras sociedades proyectamos también en ellas algo de nosotros mismos. Por ejemplo, sobre la sociedad norteamericana, pero de modo inverso —si puedo decirlo. En cuanto a la situación de los Sordos, los Estados Unidos representan para la mayoría de nosotros un ideal, un modelo, un sueño. Justamente, un sueño tal vez. ¿Y quién sabe si no fuimos nosotros mismos los que inventamos en parte aquello que creemos haber recibido de ustedes? Es la pregunta que haré para terminar con la preocupación de la pureza de la lengua y del bilingüismo. Dicho de otro modo: esto es lo que hemos hecho con lo que ustedes nos han dado.

Si lo único que hubieran hecho fuera darnos razones para soñar, tendríamos que agradecerles de todos modos. Pero hicieron más.

Hoy están presentes algunos de los Norteamericanos que se instalaron en Francia durante algunos años, no sólo para hacernos soñar y “contarnos historias”. Para transmitirnos también su saber y su *savoir-faire*. Dirán tal vez que no siempre fue un placer. Y eso espero francamente.

Para empezar, he aquí, un breve relato de mi experiencia y de lo que esperaba de su venida.

Para mí todo empezó en la primavera del 75. Un grupo de investigadores del laboratorio de Stokoe llegó a Francia. Entre ellos J. Woodward, Carol Erting, Harry Markowicz. Su objetivo: comparar la ASL y la LSF. Era un retorno a las fuentes: Laurent Clerc había venido con señas francesas en sus valijas.

Fue entonces que H. Markowicz comenzó mi educación.

Igual que la mayoría de las personas en ese momento, e igual que algunos Sordos incluso, yo creía inocentemente que la LS era una especie de doble más o menos logrado de la lengua hablada. Él me enseñó que la lengua de señas es una verdadera lengua, independiente del francés. Mejor aún, que toda tentativa de acercar las LS a las lenguas habladas sólo conduce a la confusión. Juzgó duramente los sistemas artificiales de señas (SEE1, SEE2) que proliferaban en Estados Unidos. Me dijo también que era imposible que un oyente hablara la lengua de señas como un sordo. En ese momento yo me preguntaba de qué manera la lengua de señas podría volver a las aulas.

A modo de respuesta, H. Markowicz me invitó a venir al 7º Congreso de la Federación Mundial de Sordos que se llevaría a cabo en Washington, y me propuso aprovechar la ocasión para conocer a W. Stokoe y visitar su laboratorio de lingüística en Gallaudet.

Vine con un medio sordo, Christian Deck, que desempeñaría luego un rol importante en Francia en la lucha por el bilingüismo. Ese congreso fue para los dos una maravilla, un descubrimiento a cada paso. Algunas de las comunicaciones quedarán para siempre grabadas en mi memoria, principalmente la de Barbara Kannapel y Ann Wilson. Lo que me interesó particularmente fue la cuestión de la LS. En efecto, las pocas personas favorables a un retorno a las señas en Francia, pensaban espontáneamente en la comunicación simultánea. Pensaban que la LSF, a diferencia de la ASL, carecía de gramática y que debía ser reformada antes de volver a las aulas.

Yo pensaba que había que evitar este impasse a cualquier precio. Nosotros, Franceses, estábamos retrasados con respecto a los Norteamericanos y los Suecos, pero podíamos sacar provecho de sus errores e ir directamente al grano. Para eso necesitábamos ayuda. Harry estaba dispuesto a venir a París.

Cuando Harry llegó a Francia, a fines del 76, otro Norteamericano lo había precedido: Alfredo Corrado (sordo), desertor del NTD³³. Corrado dirigió IVT (International Visual Theatre) durante muchos años, y jugó un rol decisivo en la toma de conciencia del primer grupo de sordos que trabajaron en IVT.

Bill Moody vino como intérprete de IVT, pero hizo mucho más. Profesional y formador exigente, intolerante del amateurismo y del más o menos, dio el puntapié inicial de la enseñanza de la LSF. Enseñanza que hasta nuestros días está en manos de los Sordos.

Sería demasiado largo hacer el inventario de todos los Sordos que vinieron a Francia durante esos años. Algunos sólo dieron una vuelta (H. Schlessinger, Lloyd Anderson, King Jordan, Carol Padden y Tom Humphries...), otros se quedaron varios meses e incluso varios años, (Joe Castronovo, Laura Goodrich, Ralph Robin). Muchos de esos viajes fueron organizados por Harry. Creamos una *newsletter*, *Coup d'Œil*, con difusión en unos treinta países.

Una de nuestras operaciones más exitosas fue la creación de talleres de verano en Gallaudet. El artesano era Harry. Los talleres duraban cinco semanas y reunían unas treinta personas: profesionales, padres, Sordos. Uno de los grandes

33 N. de T.: NTD, National Theatre of the Deaf.

momentos de la jornada era el Workshop de Gil Eastman. La lingüística ocupaba un lugar importante y el laboratorio de Stokoe, que aportaba su contribución, intervenía activamente. Se organizaban también encuentros con *Deaf Pride*.

El éxito de estos talleres reside justamente en que, una vez de vuelta en Francia, y tomando como referencia lo que se había vivido en ellos, se crearon las asociaciones que fueron la punta de lanza del cambio en nuestro país. Primero la ALSF (Académie de la Langue des Signes Française), una asociación íntegramente compuesta por sordos, que existe aún. Luego 2LPE (Deux langues pour une éducation), una asociación presente en toda Francia y en Suiza francófona, compuesta de profesionales, de padres y de Sordos. Esta asociación milita desde hace diez años por la educación bilingüe. Desde su creación, 2LPE organizó talleres de verano basados en el modelo de Gallaudet. Cientos de personas en relación con la sordera participaron de ellos.

Durante la década del 80, Harry, luego Alfredo y después Bill, volvieron a Estados Unidos. Habían cumplido con su misión. El tren estaba encarrilado. Recuerdo su partida con emoción. Parece que fue hoy que les dijimos gracias y hasta luego. Su epopeya y su partida me hacen pensar indefectiblemente en las películas “Seven Samourais” y “The magnificent Seven”.

Después, las referencias a Estados Unidos se volvieron menos frecuentes. Las miradas se volcaron hacia Europa y Suecia. Hasta que *Deaf Way* inauguró nuevas relaciones entre Francia y Estados Unidos, más igualitarias en cierto sentido y, por ende, eventualmente más críticas. Por ejemplo, lo que más sorprendió a los Sordos franceses fue esta especie de ASL formal, que vemos aquí sin cesar y que recurre todo el tiempo al *fingerspelling*. En Francia algunos hablan de ella hasta hoy: “¡Cuidado!, no debemos dejar que nos suceda lo mismo que a los Norteamericanos: la ASL está invadida por el inglés”.

La pureza de la lengua

Cuando hice mi iniciación, en 1975, entendí que existía un continuum entre la ASL y el inglés. Sin embargo, había una cuestión que me preocupaba y que no lograba despejar. Lo que llamamos ASL, ¿es la forma pura de la ASL, o es el conjunto del continuum? Incluso hoy, sigo pensando que es una buena pregunta.

Me parece que aquí, desde hace un tiempo, algunos tienden a pensar que la ASL es el conjunto del continuum. Creo que esto puede deducirse del artículo de Carol Padden que invita a repensar el *fingerspelling*. Pienso sobre todo a las declaraciones de algunos Sordos –con Bernard Bragg a la cabeza– en una publicación de la

NAD (*Eyes, hands, voices, cummunication issues among Deaf people*, 1990), que sostienen: “Lingüistas oyentes, dejen de decirnos lo que debemos hacer, dejen de decirnos cómo debemos expresarnos. Todo lo que hacemos es ASL, incluso cuando nos expresamos en inglés”. En Francia, al contrario, somos puristas.

Al principio, cuando la LSF era considerada aún como un subproducto degenerado del francés, era primordial señalar su autonomía con respecto a él. Era un imperativo político. La pregunta es, ¿este purismo tiene hoy la misma razón de ser? Podemos encontrar diversas explicaciones. Pero me pregunto seriamente si no se debe justamente al fetichismo de la lengua, a la obsesión de la pureza de la lengua que nos caracteriza y que Harlan Lane nos critica.

La educación bilingüe

El purismo de la lengua es incompatible con la práctica de la comunicación simultánea. Es importante señalar que el término “comunicación total” nunca circuló en Francia.

La primera clase bilingüe se abrió en París a fines de los años 70 con la iniciativa de una oyente, Danielle Bouvet, que trabajaba con una Sorda que muchos de ustedes conocen, Marie-Thérèse Abbou. Más tarde se unió a ellas otra Sorda, que algunos de ustedes conocen, Martine Brusque, que hoy es responsable de la clase bilingüe de Toulouse. Esta experiencia se llevó a cabo bajo el patronazgo de la fundadora de la ortofonía en Francia, y contó con la bendición del ministerio. La clase recibió muchas visitas y fue tomada como ejemplo. Hay un libro traducido al inglés que habla de ella. Fue el periodo eufórico.

Al mismo tiempo comenzó a desarrollarse otra práctica, que alcanzó incluso las escuelas más oralistas en ese momento. Un sordo hablante nativo de la LSF venía a las escuelas a contar historias, y el mismo tiempo les enseñaba la lengua de señas a los niños. Luego, a mediados de los años 80, comenzaron a abrirse clases bilingües en varias ciudades de Francia, bajo la égida de la asociación 2LPE. Esta vez, si la comparamos con la primera experiencia, los Sordos ocuparon un lugar más central y a veces hasta exclusivo en la enseñanza.

Pero debemos señalar un punto importante. Muchos de esos sordos –tal vez la mayoría–, incluso en las clases bilingües, no tenían diploma. A mediados de los años 80 debería haber en Francia unos cincuenta adultos sordos sin diploma trabajando en las clases. Este desarrollo comenzó a generar preocupación en los ámbitos oficiales y en la asociación nacional de padres de niños sordos. A fines de los años 80, una primera medida prohibió contratar a los sordos sin diploma.

Los sordos oralistas diplomados que habían aprendido la lengua de señas a las apuradas, comenzaron a suplantarse a la primera generación pionera de sordos nativos de la LSF. Era el fin de una época.

La aparición del manifiesto de Gallaudet, “Unlocking the curriculum”, que hizo tanto ruido aquí, fue una gran sorpresa para muchos de nosotros. Los principios que enunciaba como una novedad, eran los mismos que habían fundado la historia –bastante larga entonces– de las clases bilingües en Francia y en Suiza. Nosotros los habíamos tomado de ustedes, creyendo que aquí la educación bilingüe de los niños sordos formaba parte de las costumbres.

La ley sobre el bilingüismo (enero del 91), abrió una nueva etapa. Sin embargo no es exactamente lo que se cuenta *urbi et orbi*. Nadie estaba preparado. Sorprendió a todo el mundo. La ley es corta, y da a los padres el derecho a elegir entre una educación oralista y una educación bilingüe –francés y lengua de señas. Todo dependía de la definición de bilingüismo que daría el decreto de aplicación. El decreto apareció en octubre del 92. Dejó así tiempo suficiente para que todas las personas hostiles al bilingüismo ejercieran presión. Sobre todo las direcciones de casi todas las escuelas de sordos, incapaces de brindar una educación bilingüe. Creo incluso que, en el decreto, el término bilingüe ya no aparece. El ministerio es el único capaz de juzgar lo que significa “bilingüe”. Soy bastante pesimista en cuanto al carácter revolucionario de la medida.

Antes de terminar, no puedo dejar de mencionar al menos un evento que alegró a toda la comunidad sorda francesa. La primavera pasada, el premio más prestigioso en el ámbito teatral, el “Molière”, fue otorgado a una joven actriz sorda, Emmanuelle Laborit. De un día para el otro, se transformó en una vedette nacional: mimada por los medios, figura de tapa de las revistas, presente y entrevistada en todos los programas de televisión. Con toda naturalidad, Emmanuelle se presentaba cada vez como la abogada de la causa sorda. En sólo unos meses, logró transmitir al público todo lo que queríamos hacerle oír desde hace quince años. Ella participa en primera línea de la batalla contra los implantes cocleares. Poco antes de venir, un médico que se encarga de anunciar la sordera del niño a los padres, me confesó hasta qué punto su trabajo ha cambiado desde que los padres tienen la imagen de Emmanuelle. Dentro de poco publicará un libro que podría ser un best-seller. Seguramente diga lo que ya ha dicho en las entrevistas: su vida dio un vuelco cuando puso un pie en Gallaudet. Allí fue donde descubrió el mundo sordo. Debería tener entonces siete años. Fue en uno de los talleres de los que hablé antes.

Nota biográfica

1930 Bernard Mottez nace el 22 de noviembre, en Sainte Colombe sur Seine, Francia.

1953 Licenciado en Filosofía

1954 DESS de filosofía sobre la elección profesional. Sus trabajos se inscriben en el marco de una investigación acerca de la movilidad social que lleva acabo Alain Touraine en el *Centre d'études sociologiques* de la EHESS (Escuela de altos estudios en ciencias sociales de Paris).

1954 y 1955 Interino en el *Institut des sciences sociales du travail*. Participa en la investigación sobre la siderurgia en Lorena: “Les travailleurs face au changement technique”, bajo la dirección de J. D. Reynaud y A. Touraine.

1955 y 1957 Servicio militar (Alemania, Francia, Marruecos, Argelia).

1958 Casamiento con Dora Guerra, salvadoreña, que más tarde se implicará en el movimiento por el reconocimiento de la lengua de señas (cf. Año 1984).

Creación del *Laboratoire de sociologie industrielle* por Alain Touraine. Mottez participa de la creación. Sus investigaciones se centran en la sociología del trabajo, específicamente, sobre la historia del sistema de remuneración.

1959 Participa en la creación de la revista *Sociologie du travail* donde publica varios artículos. También redacta los informes de la revista hasta 1968. Es miembro del comité de redacción en 1966, y se retira definitivamente en 1972.

1960 Nacimiento de su primer hijo.

Pasante en el CNRS (Centre national de la recherche scientifique), asociado en 1962, encargado de investigación en 1963 e investigador en 1975.

1961 hasta 1964. Profesor interino en el *Institut d'études psychologiques et psychosociales* de la Universidad de Bordeaux, curso sobre “La historia del movimiento obrero”.

1963 Doctorante de tercer ciclo en sociología en La Sorbona, tesis dirigida por G. Friedmann.

1964 Nacimiento de su segundo hijo.

1964 y 1965. Curso en el *Centre des sciences humaines appliquées* de la Facultad de letras y ciencias humanas de París, sobre el tema “Les problèmes actuels du syndicalisme”.

1966 Publicación del libro *Systèmes de salaire et politiques patronales. Essai sur l'évolution des pratiques et des idéologies patronales*, Edición del CNRS, 266 p. (Resultado de su tesis. Traducción española, Editorial Nova Terra, 1971).

1966 y 1967 Enviado a Santiago de Chile como consejero del ministro de trabajo W. Thayer, a título de la cooperación técnica del gobierno de Eduardo Frei Montalva. Su misión es crear un Instituto de investigación en ciencias sociales del trabajo. Poco después de su partida nace el *Instituto de Estudios Laborales* (dependiente del futuro Consejo Superior del Trabajo, que nunca vio la luz). Al mismo tiempo, Mottez se vuelve profesor invitado de la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales). Allí dicta un curso de “Sociología del trabajo y movimiento obrero” y organiza un seminario de investigación.

1968 Curso en el *Institut des sciences sociales du travail* sobre “La sociologie de la rémunération” (La sociología de la remuneración).

1969 Curso en la *Ecole de Superintendants du Travail* de “Initiation à la sociologie du travail et des organisations” (Iniciación a la sociología del trabajo y de las organizaciones).

1970 El *Laboratoire de sociologie industrielle* se transforma en el *Centre d'étude des mouvements sociaux* (laboratorio de la EHESS y del CNRS). A partir de ese momento los trabajos de Mottez se centran en el alcoholismo y la discapacidad.

1971 Publicación del libro *La sociologie industrielle*, Paris, PUF, 128 p. (traducido al japonés y al español en 1972; al portugués y al árabe en 1974). En el marco del *Institut national d'orientation professionnelle*, Mottez anima un grupo de trabajo de estudiantes consagrado a la inserción laboral de los débiles mentales. Al año siguiente anima otro grupo sobre la inserción profesional de los ciegos.

1972 y 1973. Sus investigaciones de terreno lo llevan a frecuentar las bibliotecas y archivos de las asociaciones e instituciones que se dedican a los discapacitados. Se interesa por los paralíticos, los mutilados por accidentes de trabajo, los débiles

mentales, los ciegos, los sordos y sobre todo los alcohólicos. Escribe un informe: “L'alcoolisme en milieu de travail” (El alcoholismo en el ámbito laboral) (CEMS, 140 p.), con el objetivo de proponer pistas de investigación sociológica al *Haut Comité d'étude et d'information sur l'alcoolisme*.

1973 Durante un viaje de estudios en Suecia, profundiza sus investigaciones sobre el alcoholismo. También investiga sobre la situación de los sordos. Después de ese viaje escribe un proyecto ATP sobre “La méthode des signes dans l'enseignement des sourds” (“El método de las señas en la enseñanza de los sordos”), su primer texto acerca de los sordos. Este estudio de los mecanismos de producción de la imagen despreciativa y de la exclusión social del sordo (con el pretexto oficial de la inserción), es al mismo tiempo una contribución al estudio del racismo.

1975 Encuentro con Harry Markowicz, investigador del Laboratorio de lingüística de la universidad de Gallaudet en Washington, dirigido por William Stokoe. Este encuentro acelera su compromiso con el mundo de los Sordos. A partir de allí sus investigaciones se centrarán en las relaciones entre sordos y oyentes, la lengua de señas, la cultura de los Sordos y su historia.

Asiste al 7º congreso de la Federación mundial de Sordos, en Washington, Estados Unidos.

1975 y 1976. Después de su viaje a Estados Unidos, escribe un informe intitolado À propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes (A cerca de una lengua estigmatizada, la lengua de señas), texto que populariza los análisis de los lingüistas norteamericanos, exhorta a tomar en cuenta su ejemplo para evitar los mismos errores que ellos cometieron con el inglés señado, y propone por primera vez en Francia la denominación *lengua de señas francesa* que pronto será adoptada.

1976 Septiembre. Llegada de Harry Markowicz a París. Viene a trabajar con Bernard Mottez al *Centre d'étude des mouvements sociaux* (CEMS), gracias a un contrato de investigación del CORDES.

Noviembre. En el Institut national de jeunes sourds de París se abre el primer curso de lengua de señas en Francia. El profesor es J. Jouannic. Mottez forma parte de sus alumnos.

1977 a 1986. Fundador y redactor, junto a Harry Markowicz durante los primeros cinco años, de *Coup d'Œil*, revista sobre la actualidad de la lengua de

señas en Francia y en el mundo. El impacto de *Coup d'Œil* se explica por su rol informativo, sus análisis de la actualidad, sus tomas de posición polémicas y la organización de estadías de investigadores en Francia y en el extranjero. *Coup d'Œil* jugará un rol de catalizador en el movimiento a favor de la lengua de señas. La revista es difundida en unos treinta países, y al momento de su desaparición tiene una tirada de 1200 ejemplares.

1977 a 1979. Junto con Harry Markowicz, abre un seminario de sociolingüística sobre la lengua de señas y la comunidad de los Sordos en la École des hautes études en sciences sociales de París (EHESS).

1978, 1979, 1981 y 1982. Organiza, junto con Harry Markowicz, talleres de verano en la universidad de Gallaudet, a los que asisten unas treinta personas (sordos, padres, profesionales). Luego de esos talleres, los participantes deciden fundar las asociaciones como la Académie de la Langue des Signes y 2LPE (Deux Langues pour une Éducation), que tuvieron en Francia un rol decisivo en los cambios ocurridos durante los años 80.

1980 a 1987, luego en 1989 y 1990. Investigador en la EHESS.

1981 Publicación del libro *La surdité dans la vie de tous les jours*, Paris, CTNERHI, dif. PUF, 104 p. (agotado).

Retorno de Harry Markowicz a Estados Unidos.

1982 Seminario de Mottez en la EHESS, intitulado “Ethnographie de la communication. La communication entre sourds, la communication entre sourds et entendants” (Etnografía de la comunicación. La comunicación entre sordos, la comunicación entre sordos y oyentes).

1984 a 1986. Dora Mottez participa en la comisión encargada de la accesibilidad del futuro museo de ciencias del parque de la Villette. La “comisión accesibilidad” es creada a pedido de Paul Delouvrier, entonces presidente del EPPGHV, organismo que reúne todos los sitios del parque de la Villette, entre ellos el futuro museo de ciencias. Paul Delouvrier, afirma así su voluntad política de hacer que el museo de ciencias sea accesible a todos. Confía esta misión a Louis Avan, quien reúne asociaciones de padres y representantes de distintas discapacidades y, hecho excepcional para la época, personas discapacitadas. Por primera vez en Francia, se comienza a reflexionar acerca del acceso de las personas discapacitadas a la cultura. Guy Bouchauveau y Dora Mottez contribuyen a esta reflexión. Luego, la comisión edita “la charte des personnes handicapées”

(el estatuto de las personas discapacitadas). El apartado “public sourd” (público sordo) es escrito casi en su totalidad por Dora Mottez. Una de las recomendaciones de la comisión es que se empleen personas discapacitadas. Esta recomendación se confirma en marzo de 1986 cuando se contrata al primer mediador (del mundo) en lengua de señas, Guy Beauchauveau (sordo), Cécile Guyomarc’h (intérprete) y Hoëlle Corvest (ciega).

1985 La contribución de Bernard Mottez se extiende más allá de Francia. Es invitado al 2º Congreso de Sordos latinoamericanos en Buenos Aires, el margen del cual se toman decisiones importantes en materia de política de la lengua de señas. Mottez juega un rol esencial en las orientaciones que serán tomadas.

1986 Enseña en la École nationale de la santé publique en la formación de los estudiantes-profesores de sordos.

1988 Profesor en SERAC (Sourds-entendants recherche, action, communication) (Sordos-oyentes, investigación, acción, comunicación), en la formación de intérpretes LSF-francés.

1989 Participa activamente en el festival de la cultura sorda “Deaf Way” en Washington.

1991 Presenta una parte de su trabajo acerca de los banquetes de sordo-mudos y el origen del movimiento Sordo, en el marco del primer coloquio organizado en Washington por la *Association internationale d’histoire des Sourds* (Asociación internacional de historia de los Sordos).

Octubre. Es uno de los principales organizadores del coloquio franco americano sobre la sordera en París.

En el marco del CEMS y del CPSAS (Centre de promotion sociale des adultes sourds) (Centro de promoción social de los adultos sordos), realiza un seminario intitulado “Ce qui grince et grimace entre sourds et entendants”, el último de la serie de los seminarios organizados durante años en la EHESS.

1992 De vuelta en Buenos Aires, hace la apertura, una intervención y la clausura del Primer coloquio latinoamericano (Argentina, Brasil, Uruguay y Chile) sobre la educación bilingüe de los niños sordos, organizado por Graciela Alisedo. Luego de haber participado en el seminario de Mottez en la EHESS, y como corresponsal de *Coup d’Œil*, Graciela Alisedo había vuelto a Buenos Aires para crear la primera escuela bilingüe para niños sordos en Argentina.

1993 Entre el 16 de octubre y el 23 de diciembre, Mottez reside en el Gallaudet Research Institut. Continúa su investigación sobre el vocabulario (señas y palabras) para designar a los Sordos y a los oyentes, que comenzaba con su artículo “Les Sourds existent-ils?”. Se interesa por los problemas de las minorías dentro de la comunidad sorda y en los Estados Unidos. Participa en debates, da conferencias y conoce a muchos investigadores, estudiantes y docentes.

1994 Junto con Carol Erting, organiza un seminario franco americano sobre el bilingüismo en Washington.

1997 El 10 de octubre, el *Centre d'étude des mouvements sociaux*, organiza una jornada de estudio consagrada a los trabajos de Mottez. Esta jornada será luego objeto de una publicación: *L'expérience du déni. Bernard Mottez et le monde des sourds en débats* (La experiencia de la negación. Bernard Mottez y el mundo de los sordos en debates), bajo la dirección de Pascale Gruson y Renaud Dulong, Editions de la Maison des sciences de l'homme, Paris, 1999.

1999 Recibe la distinción de “mejor promotor oyente de la causa sorda” en la noche de las Manos de Oro (*soirée des Mains d'Or*) organizada por la *Académie de la Langue des Signes Française*.

2004 Julio. Durante la universidad de verano en Poitiers, la asociación 2LPE rinde homenaje a Bernard Mottez y anuncia el proyecto de Michel Lamothe de reeditar *Coup d'Œil*.

El 20 de noviembre, la asociación GESTES organiza la conferencia “Les Sourds existent-ils? Hommage à Bernard Mottez” (¿Existen los Sordos? Homenaje a Bernard Mottez”) en la Municipalidad del 9° barrio de París.

2005 Bernard y Dora Mottez parten vivir en El Salvador, América Central.

2009 El 4 de enero, Bernard Mottez fallece en San Salvador.

A lo largo de su carrera, Bernad Mottez participó en trabajos de diversas asociaciones y revistas : comité de redacción de la revista *Sociologie du travail* y de la revista *Surdités*, consejo de administración de la Académie de la Langue des Signes Française, consejo de administración de GESTES (Groupe d'études spécialisé : thérapie et surdité) (Grupo de estudios especializado: terapia y sordera), y de ALTER (Association internationale d'histoire des infirmités) (Asociación internacional de historia de la invalidez).

Bibliografía de Bernard Mottez

Fundador y editor, con Harry Markowicz, de la revista *Coup d'Œil*, en la que escribió numerosos artículos. La colección completa puede consultarse en la biblioteca del Institut national de jeunes sourds de Paris (INJS, 254, rue Saint Jacques, 75005 Paris) o pedir una reedición de la colección a 2LPE-*Coup d'Œil*, 15 avenue R. Schuman, 86000 Poitiers. La digitalización de la colección será próximamente puesta en línea.

A: artículo; C: comunicación; E: ensayo; En: entrevista; L: libro; OC: obra colectiva; T: texto mimeografiado; I: informe; V: video.

1958 – 1968

Resúmenes de bibliografía, *in Sociologie du Travail*

1959

A: “Donnés statistiques sur la condition ouvrière”, *in Arguments*, n° 12-13, pp. 2-7.

A: J. R. Tréanton y B. Mottez, “Syndicalisme et négociation collective”, *in Sociologie du Travail*, n° 1, pp. 72-76.

1960

A: “La bureaucratie comme organisation et comme appareil”, *in Arguments*, n° 17, pp. 14-18.

A: “Du marchandage au salaire au rendement”, *in Sociologie du Travail*, n°3, pp. 206-215.

1961

A: “Le patronat français vu par les Américains”, *in Sociologie du Travail*, n°3, pp. 293-287.

OC: “Les professions non industrielles”, cap. II, pp. 47-90 y “Le mouvement

ouvrier”, cap. V, pp. 167-202, *in* Alain Touraine (éd), *Histoire générale du travail*, Paris, Nouvelle Librairie de France, vol. 4.

1962

OC: Alain Touraine & Bernard Mottez, “Classe ouvrière et société globale”, *in* Georges Friedmann & Pierre Naville (éd), *Traité de Sociologie du Travail*, Paris, A. Colin, vol. 2, cap. XX, pp. 233-281.

A: “Formes de rémunération et rationalisation”, *in Sociologie du Travail*, n° 3, pp. 262-277.

1966

L: *Systèmes de salaires et politiques patronales. Essai sur l'évolution des pratiques et des idéologies patronales*, Paris, CNRS, 266 p.

1967

A: “Formes de salaire et types d'action ouvrière”, *in Le Mouvement social*, n° 61, pp. 5-12.

1969

A: “La notion de société industrielle”, *in Recherche sociale*, n° 23-24, pp. 5-20.

1970

A: “La rémunération eu rendement”, *in Bulletin du Militant*, CFDT-FGM, n° 5, pp. 1-15.

OC: “Artisanat”, *in Encyclopédie Larousse*.

1971

OC: “Comité d'entreprise”, *in Encyclopédie Larousse*.

L: *La sociologie industrielle*, Paris, PUF, 128, p. (traducción japonesa y española en 1972, portuguesa y árabe 1974).

“L'étang” poema escrito en el otoño-invierno de 1971, inédito.

1972

A: “Avant propos” del número especial de *Sociologie du Travail* sobre los trabajadores inmigrantes, preparado bajo la responsabilidad de Bernard Mottez, n° 3, pp. 257-259.

OC: "Industrialisation", in *Encyclopédie Larousse*.

1973

OC: "Lumpenprolétariat", in *Encyclopédie Larousse*.

T: *L'alcoolisme en milieu de travail*, CEMS, 140 p.

T: *La méthode des signes dans l'enseignement des sourds. Les causes et les conséquences d'un déplacement des buts*, proyecto de ATP, CEMS, 18 p.

1974

OC: "Sociologie du travail", in *Encyclopédie Larousse*.

1975

A: "Nous ne sommes pas tous des héros", in *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 1, pp. 98-101.

A: "Les blessures de la guerre", in *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 3, pp. 41-42.

1976

A: "Le médecin, le comptable et l'alcoolique", in *Sociologie du Travail*, n° 4, pp. 381-393.

T: À propos d'une langue stigmatisée, la langue des signes, CEMS, 90 p.

A: "La langue des signes aux États Unis", in *Revue Générale de l'Enseignement des Déficiants Auditifs*, n° 4, pp. 190-214.

A: "Plaidoyer pour les signes", in *Informations Sociales*, n° 7/8, pp. 56-57.

1977

A: "À s'obstiner contre les déficiences, on augmente souvent le hándicap : l'exemple des sourds", in *Sociologie et Société*, Montreal, volumen 9, n° 1, pp. 20-32. Traducción italiana in Maria Montanini Manfredi, Laura Fruggeri, Massimo Facchini (éd.), *Dal gesto al gesto, il bambino sordo tra gesto e parola*, Bologna, Capelli, 1979. Reedición aumentada en *Coup d'Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), suplemento n° 39, 1984, pp. 1-20.

C: "Les réactions à la loi d'orientation", exposición introductoria al trabajo de las comisiones, difundida a los participantes de la XXVI° Assemblée Fédérale des

Sociétés de Croix-Marine, Bourges, 26-28, septiembre de 1977.

1978

OC: “Sociologie du travail”, in *Encyclopédie Larousse. La Sociologie*, Paris, Larousse, pp. 180-196.

C: “Prélude à un exposé linguistique sur la langue des signes”, intervención en el coloquio organizado por la FISAF en Marsella. Basado en la intervención en el coloquio de Mónaco.

OC: “Les paradoxes de la politique d’intégration : le monde des sourds”, in *Santé, Médecine et Sociologie*, actas del coloquio de sociología médica (6-7 de julio de 1976), Paris, CNRS-INSERM, pp. 285-292. Traducción italiana in M. Montanini Manfredi, Laura Frugieri, M. Facchini (éd.), *Dal gesto al gesto, il bambino sordo tra gesto e parola*, Bologna, Capelli, 1979.

A: “La formation d’un corps d’interprètes professionnels en langue des signes, première condition d’une véritable intégration des sourds”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 10, pp. 1-2.

A: “La diglossie dans la langue des signes, paraphrase d’un article de W. Stokoe”, in *Rééducation orthophonique*, n° 100, vol. 16, pp. 111-123.

1979

I: *La vie des adultes sourds dans la société entendante*, en colaboración con Harry Markowicz, París, CEMS, (investigación en relación con un Grupo de estudio en el marco del CTNERHI sobre “Le langage mimo-gestuel dans l’éducation des déficients auditifs”, febrero 1978 – mayo 1979).

OC: “Contenu des concepts la culture sourde et la langue des signes”, in Jacky Simonin (éd.), *Le langage mimo-gestuel dans l’éducation des déficients auditifs*, Paris, CTNERHI, pp. 27-33.

A: “Les sourds comme minorité linguistique”, in *Rééducation orthophonique*, n° 107, pp. 197-212, y *Audition et parole*, n° 1, pp. 144-149. Traducción portuguesa “Os surdos como uma minoria linguística”, in *Reabilitação*, Rev. Do Secretariado Nacional de Reabilitação, Lisboa, vol. 1, 1981.

A: “Choses vues”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n°20, pp. 1-3.

A: “Une médaille por la télévision”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz

(éd.), n° 20, pp. 6-9.

I: B. Mottez y H. Markowicz, *Intégration ou droit à la différence, les conséquences d'un choix politique sur la structuration et le mode d'existence d'un groupe minoritaire, les Sourds*, Paris, CEMS, 165 p.

1980

I: Bernard Mottez y Josette Poulain, "Vue générale su l'état de l'enseignement de la Langue des Signes française", in Actas del congreso de Dourdan sobre la enseñanza de la LSF, Paris, Académie de la LSF, pp. 6-10.

OC: Bernard Mottez y Harry Markowicz, "The Social Movement surrounding French Sing Language", in Ch. Baker, R. Battison (éds.), *Sign Language and the Deaf Community*, Silver Spring (MD), NAD, pp. 221-232.

A: "Cartes sur la table", in *Coup d'Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 21, pp. 13-15.

A: "Cours de signes", in *Coup d'Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.) n° 22, pp. 22-28.

A: "La langue des signes est-elle une vraie langue?", in *Psychologie médicale*, n° 12, pp. 2111-2114.

A: "Le mouvement des sourds: les mains pour le dire", in *Autrement*, n° 29, pp. 136-143.

1981

L: *La surdité dans la vie de tous les jours*, Paris, CTNERHI, diff. PUF, 104 p. (agotado).

C: "Intégration ou droit à la différence", in Actes du stage parents 2LPE, verano 1980, *Bulletin de la FNAPEDIDA*, n° 34, pp. 46-51.

OC: "Deux logiques : lutte contre la surdité et combat pour les sourds", in *Conceptions, mesures et actions en santé publique*, actes du colloque INSERM (8-9 actubre 1981), Paris, INSERM-CNRS, vol. 104, pp. 397-405.

OC: "La communication entre sourds et entendants dans la vie de tous les jours", in *2LPE stage parents*, Saint Laurent en Royans, julio 1981, pp. 3-11.

A: "Préface" a Catherine Maury, *Et je t'offrirai les fleurs de mon silence*,  ditions

Itinéraires, Saint-Orens de Gameville, reedición 2004, pp. 14-7.

1982

A: “Héritage sourd”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° “é”, pp. 11-13.

A: “Déception”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 33, pp. 1-5.

A: “Pour en finir avec la psychologie du sourd... et pour introduire la culture sourde”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 34, pp. 10-15.

1983

OC: “Préface” a Bill Moody, *Introduction à l’histoire et à la grammaire de la langue des signes. Entre les mains de sourds*, Paris, Ellipses, p. 187.

OC: “Mode d’approche sociologique des problèmes de communication”, in *Vie relationnelle du sourd et action éducative*, Paris, FISAF, pp. 3-16.

A: “2LPE - Poitiers frappe à nouveau”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 36, pp. 15-17.

A: “Du Brésil, où l’on découvrira pour finir un autre Laurent Clerc”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 38, pp. 3-6.

C: “Où va la culture sourde?”, comunicación en el coloquio “Les cultures populaires” de la Société Française de Sociologie y de la Société Française d’Ethnologie, Nantes, 1983.

1984

OC: “Développement du langage gestuel (langue des signes)”, in *Réduire les handicaps*, Paris, INSERM, La Documentation Française, pp. 212-213.

A: “Sens interdits, Handicaps et Culture”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 39, pp. 2-3.

A: “Français signé”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 39, pp. 14-16.

A: “Les pages les plus noires”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 39, pp. 16-19.

A: “L’enfant sourd”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 40, pp. 12-18.

A: “Un coup porté au prestige de Gallaudet”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz (éd.), n° 42, pp. 2-3.

C: “La langue des signes dans l’éducation des Sourds : la langue des signes n’est pas une méthode”, intervención en las Jornadas internacionais de audiologia e reabilitação auditiva, Lisboa, mayo 1984.

1985

OC: “La sortie du ghetto” in *La langue des signes dans la formation et l’intégration de la personne sourde*, actas del coloquio de Liège au Sart-Tilman, 27/04/85. Reproducido in *Promotion du langage gestuel pour les sourds*, ASBL, Belgique, 1985, pp. 84-92. Y in Jean-Pierre Bouillon (éd.), *La surdité chez l’enfant en France*, Paris, CTNERHI, 1990, pp. 63-69.

OC: “Milan c’est aujourd’hui”, in *Journées d’études*, 10, *Autour de la langue des signes*, (jornada del 04/06/83), UER de Linguistique Générale et Appliquée, Paris, Sorbonne, pp. 9-16.

A: “L’œil écoute” (resumen crítico), in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz ( d.), n° 43, pp. 11-12.

A: “Aspects de la culture sourde”, in *Santé Mentale*, n° spécial “L’ il  coute”, n° 35, pp. 13-16. Traducción española, “La cultura de sordos”, in *El Cisne*, n° 9, Buenos Aires, pp. 6-7. Versión ligeramente modificada con el título “La culture sourde”, in *M diations, Handicaps et Culture*, Marseille, AELGAIBUS, pp. 89-92.

C: “Los sordos en tanto que minoría lingüística, lo que esto implica para los oyentes”, comunicación en la Conferencia Latinoamericana de los Sordos, Buenos Aires, 1985.

C: “Les sourds dans le monde”, Jornada de información sobre la sordera organizada por la Union des Sourds-Muets de la willaya de Tlemcen y la Union Nationale des Sourds-Muets d’Algérie, 1985.

1986

A: “La marche du 1er février”, in *Coup d’Œil*, B. Mottez y H. Markowicz ( d.), n° 44, pp. 2-9.

1987

OC: “Expérience et usage du corps chez les sourds et ceux qui les fréquentent” in

M. Alby & P. Sansoy (éds.), *Handicap vécu, évalué*, Grenoble, La pensée sauvage, pp. 107-116.

OC: "France", in Van Cleve (éd.), *Gallaudet Encyclopedia of Deaf People and Deafness*, New York, Mac Graw Hill, vol. 1, pp. 431-434.

A: "L'éclat de rire", in *La Caravelle*, bulletin des devenus-sourds, n° 100, julio, pp. 12-13.

C: "Les langues de signes", comunicación en el coloquio *Contacts de langues, quels modèles*, organizado por IDERIC (Université Nice) y Langue et Société, Maison des Sciences de l'Homme (Paris), Nice, del 28 al 30 de septiembre.

A: "L'identité sourde", in *Études et Recherches*, 2LPE, vol. 5, 2° semestre, pp. 41-55. Reproducido in *Déficients auditifs : de l'identité a la socialisation*, Paris, FISAF, pp. 63-79. Traducción inglesa: "Deaf Identity", in *Sign Language Studies*, n° 68, Fall, pp. 195-216.

1988

OC: "La langue des signes française et la communauté des sourds", in Geneviève Vermes (éd.), *25 Communautés linguistiques de la France. Parler sa langue aujourd'hui en France*, Paris, L'Harmattan, vol. 1, pp. 360-380.

OC: "Une langue minoritaire pas comme les autres", in *Bilinguisme et Société*, actas del Colloque de Nancy (marzo 1987), Nancy, APPOR, pp. 52-62.

1989

OC: "Les banquets des sourds-muets et la naissance du mouvement sourd", in Lysiane Couturier et Alexis Karacostas (bajo la dirección de), *Le Pouvoir des Signes*, catálogo de la exposición del bicentenario de la creación del Institut National des Jeunes Sourds de Paris, Paris, INJS, pp. 170-177. Traducción portuguesa: GELES (Grupo de Estudos sobre Linguagem, Educação e Surdez), Boletim n° 5, Ano 5, Universidade Federal de Rio de Janeiro, Brasil. Traducción inglesa (versión mas completa): "Deaf Mute Banquets and the Birth of the Deaf Movement" in Renate Fisher, Harlan Lane, (éds.), *Looking Back. A Reader on the History of Deaf Communities and their Sign Language*, Hamburg, Signum Verlag, 1992, pp. 143-155.

1990

A: "Ouvrir aux sourds les programmes scolaires : principes leur permetta,t d'y

accéder”, in *Les cahiers du CTNERHI*, n° 59, pp. 124-126.

A: “La communication en famille lorsqu’un ou plusieurs membres sont sourds”, in *Plurilinguisme, 1, Des langues en famille, vue du dehors et du dedans*, Paris, CERPL, Université René Descartes, pp. 64-74.

A: “Des yeux pour entendre, le pouvoir des Signes”, in *La Quinzaine littéraire*, n° 561, pp. 18-19.

A: “La Communication totale, doctrine de la Fédération mondiale des sourds, battue en brèche”, in *Communiquer*, n° 98, p. 28.

C: “Leçon de l’histoire des Sourds”, intervención en el XXII° Congrès de la Fédération nationale des Sourds de France : Bicentenaire de la Révolution : notre culture et notre langue, 1-3 de diciembre de 1989, in *La voix du Sourd*, n° 178, mayo, pp. 3-5 y 10.

V: “La communauté sourde commence dans la salle de classe”, intervención en el Colloque IDAC, “Surdité, identité, langage”, Toulouse, 7, 8 y 9 de junio de 1990, 60 min, interpretación en LSF, difundido por Vidéo-sourd, Toulouse.

V: “Synthèse du Colloque international sur la Langue des Signes”, intervención en el coloquio de Poitiers, julio de 1990, 20 min, interpretación en lengua de señas internacional, difundido por Vidéo-sourd, Toulouse.

1991

A: “Une histoire vivante” (editorial), in *Echo de famille*, n° 584, p. 1.

A: “Première conférence internationale de l’histoire des sourds”, in *La Brève d’Apilter*, p. 4.

A: “Histoires des sourds”, in *Interfaces*, n° 9, pp. 22-23.

A: “Paul Jouison (in memoriam)”, in *La voix du sourd*, diciembre, p. 1.

V: “Deaf-Mute Banquets and the Birth of the Deaf Movement”, comunicación en el Premier coloquio internacional sobre la historia de los Sordos y la sordera, Washington DC, junio de 1991, 45 min, en inglés y en lengua de señas americana. Difundido por Sign Media, Burtonsville, MD, USA.

OC: “L’héritage de la Révolution”, in P. Turpin, (éd.), *Les acquis de la Révolution française pour les personnes handicapées de 1789 à nos jours*, actas del coloquio (del 22 de marzo), Paris, Université Paris X, pp. 54-63.

1992

OC: “Les sourds” in *Musées ouverts à tous les sens. Mieux accueillir les personnes handicapées*, Paris, Fondation de France/ICOM, Cahiers 2, pp. 127-128.

OC: “Les Sourds dans la société française et américaine”, in *Les Sourds dans la Société*. Éducation et accès, Actas del coloquio franco americano (16-18 de octubre 1991), Paris, Edicion franco americana, pp. 36-39.

OC: “Savoirs, savoir faire et façons d’être, la transmission chez les Sourds”, in *Surdité, identité, langage : des nouvelles pistes pour l’enfant sourd*, Actas del coloquio de Toulouse, (junio 1990), Château de Brax (Lot-et-Garonne), ASEI-IDAC, pp. 201-212.

A: “La comunicazione tra sordi. La comunicazione tra sordi e udenti”, in *Il Sorduento*, n   1/2 y 3/4, pp. 1-2.

C: “Pourquoi des enseignants sourds?”, Journée d’études sur l’éducation bilingüe, Lille, Centre social de formation et de culture des Sourds, 11 de abril 1992.

C: “Les mal-entendants en public”, con Arlette Morel y Guy Beauchauveau, in *Mobilités réduites. Des citoyens pas comme les autres*, actas del seminario “Accessibilité et situations d’urgence” del 16 de octubre de 1992 organizado por el Plain urbain, la DRAST y la RATP, Coordinación científica Isaac Joseph, pp. 91-101.

C: “Qu’est ce que la surdité?” (introducción), “Les conséquences inattendues du développement du minitel-dialogue en France” (intervención), “Les savoir-faire de l’intervenant sourd” (clausura). Primer congreso internacional sobre la Educación Bilingüe para ni  os sordos, Buenos Aires, diciembre 1992.

1993

A: “Les sourds existent-ils?”, in *Psychanalystes*, fasc  culo especial “La Parole des Sourds, Psychanalyse et surdités”, n   46-47, pp. 49-58.

A: “Geh  rlose und H  rende, Juden und Nichtjuden, eine soziologische Betrachtung” (trad. alemana de “Sourds et entendants, juifs et non-juifs, un regard sociologique”), Hamburg *Das Zeichen*, n  23, pp. 47-50.

A: “Vierter Kongress der Weltorganisation der Jüdischen Gehörlosen” (trad. alemana de “Quatrième congrès de l’Organisation mondiale des sourds juifs”, Paris, 12-17 julio 1992), Hamburg, *Das Zeichen*, n   23, pp. 94-97.

A: "Culture et différences", in *La Parentière*, n° 2, Bruxelles, marzo-abril, pp. 6-20.

1994

A: "La vie est un vaste théâtre. En marge du *Cri de la mouette*", in *Cahiers du CTNERHI*, n° 64, pp. 90-93.

En: "Un sociologue découvre le monde des sourds", transcripción de la entrevista de Georges Kleinmann, difundida en la TSR (Emisión "Signes"), in *Les Mains du CRAL*, Journal des Sourds de Genève, n° 132, junio, pp. 8-12.

1996

OC: "Une entreprise de dé-nomination, les avatars du vocabulaire por désigner les Sourds au dix-neuvième et au vingtième siècle", in Henry-Jacques Stiker, Monique Vial, Catherine Baral (éd.), *Frangments pour une histoire : notions et acteurs*, Paris, Alter, difusión CTherHI, pp. 101-120.

C: "Les foyers des Sourds vus de l'extérieur : souvenirs et impressions d'un entendant", in *Les Foyers de sourds, quel avenir?* Informe del coloquio internacional organizado por la Fédération Royale des Associations de Sourds de Bruxelles et des Faubourgs, Bruxelles, 30 mars, pp. 8-12.

1997

C: "Le grand tournant des années 70/80 : d'une langue cachée entre soi, à une langue qui s'affiche et se donne", texto de base de dos intervenciones: Saint Etienne (CLES, 26/04/97) y Narbonne (12/07/98).

En: "Un centre, un chercheur. Interview de Bernard Mottez", in *Lettre du CEMS*, 30 de septembre, n° 1, pp. 2-6.

1999

C: "Introduction. Débuts de l'enseignement de la Langue des Signes (fin des années 70)", in *Les rencontres de Saint-Jacques, La LSF : son enseignement*, Paris, INJS, 10 de abril, pp. 1-3.

OC: "Une page d'histoire", diálogo Harry Markowicz y Bernard Mottez, pp. 7-17; "Colères. Propos de Bernard Mottez tenus à l'adresse de Françoise Davoine", pp. 93-103; "De l'engagement personnel dans la recherche en sciences humaines" diálogo de Bernard Mottez con Nicole Diederich, pp. 141-149, "Juifsn sourds,

muets et les autres” diálogo de Bernard Mottez con Myriam Pécaut, pp. 235-244, in Pascale Gruson et Renauld Dulong (bajo la dirección de), *L'expérience du déni. Bernard Mottez et le monde des sourds en débats*, actas de la jornada del 10 de octubre de 1997 del CEMS, Paris, Éd. Maison des Sciences de l'homme, 309 p.

2000

A: “Les codas, une communauté du vécu”, in *Surdités*, revue international, n° 2, junio, pp. 14-17.

En: “Mottez et le monde des sourds. Le petit Bernard illustré”, in *Echo Magazine*, septiembere-octubre, pp. 4-5.

2004

E: “Flipper au flipper ou le capitalisme et l'ennui. Petit essai de sociologie ludique”, texto escrito a fines de los años 1950, in *Histoire et sociétés. Revue européenne d'histoire sociale*, presentación de François Vatin, n° 9, pp. 95-115.

2005

C: “Le rôle de l'Amérique dans la renaissance de la communauté sourde française”, comunicación en Gallaudet University, Washington DC, 23 de noviembre 1994, hasta hoy inédita.

A: “Esquisse avec trous d'un commentaire à *Culture et Différence* par son auteur même”, escrito probablemente en 1993, hasta hoy inédito.

A: “L'expérience de la surdité”, documento para el seminario interno del CEMS del 3 de febrero de 1994. Apéndice de los textos sobre el Congrès des Sourds Juifs en *Das Zeichen*, hasta hoy inédito.

A: “Accueillir la surdité”, sin fecha, hasta hoy inédito.

Bernard Mottez

¿Existen los Sordos?

Textos reunidos y presentados por Andrea Benvenuto

Cuando se habla de los sordos y de la sordera hay temas que se espera sean tratados. En tanto algunos la sitúan irremediablemente del lado de la fisiopatología y ven en las personas sordas a sujetos que deben ser reparados; otros defienden la idea que la sordera es la base sobre la que se funda la lengua y la cultura sorda y consideran a los Sordos como miembros de una comunidad lingüística minoritaria.

En el cruce de esas problemáticas, el sociólogo francés Bernard Mottez, en precursor, dedicó su trabajo a un tema central que privilegió entre todos : la sordera tal como es vivida por los sordos, tal como cada uno de nosotros puede hacer la experiencia, la sordera entendida desde un punto de vista sociológico como relación, o más exactamente, como ruptura en una relación.

Los escritos de Bernard Mottez nos hablan de esta ruptura. La ruptura se nutre de la negación, de la intolerancia y del racismo frente a los sordos, al punto de cuestionar incluso su existencia. Pero esa ruptura puede también inspirar las transformaciones que las sociedades y los individuos están dispuestos a realizar para reestablecer o simplemente instaurar la relación. El sociólogo elige de qué lado se ubica: «No se trata de luchar contra esta realidad obstinada y molesta -la sordera-, sino darlo todo su lugar. Recibirla. Se trata también de un combate».

¿Existen los Sordos? es la narración de este combate colectivo contra la negación, en el que Bernard Mottez jugó un rol esencial desde 1975, para que la lengua de señas francesa y los Sordos, sean al fin recibidos en el corazón de la cité.

Bernard Mottez, sociólogo. Director de investigación en el Centro nacional de la investigación científica (CNRS) de Francia. Centro de estudios de movimientos sociales (CNRS, EHESS, INSERM).

Andrea Benvenuto, filósofa. Profesora - investigadora en la Escuela de altos estudios en ciencias sociales (EHESS) de Francia. Centro de estudios de movimientos sociales (CNRS, EHESS, INSERM).